

John le Carré

**La chica
del tambor**

Lectulandia

La acción arranca tras la masacre de Munich y recrea la época más activa del terrorismo palestino. Khalil, un misterioso y audaz terrorista, mantiene en jaque a los servicios secretos israelíes. El Mossad, poniendo en práctica un plan tan maquiavélico como inteligente, capta los servicios involuntarios de Charlie, una actriz inglesa de poca monta y vida bohemia. Charlie es sometida a un durísimo entrenamiento psicológico para que consiga, aun sin saberlo, lo que nadie ha conseguido: atrapar a Khalil...

Lectulandia

John Le Carré

La chica del tambor

ePUB v1.0

NitoStrad 19.02.12

más libros en lectulandia.com

Título original: La chica del tambor

1ª edición: mayo 1984

Traducción: Luis Murillo Fort

ISBN: 13: 978-84-320-8201-6

Para David y J. B. Greenway,
Julia, Alice y Sadie,
por los momentos, los sitios y la amistad.

Prefacio

Muchos palestinos e israelíes han contribuido con su ayuda y su tiempo a la redacción de este libro. Entre los israelíes, he de mencionar especialmente a mis buenos amigos Yuval Elizur de *Ma'ariv* y su esposa Judy, quienes leyeron el manuscrito sin meterse con mis opiniones, por erróneas que fueran, y me apartaron de ciertos graves solecismos que ahora prefiero olvidar.

Otros israelíes -en concreto, varios funcionarios retirados o en activo del gremio de los servicios de información- merecen también mi agradecimiento por sus consejos y su cooperación. Tampoco ellos me pidieron ningún tipo de garantía y supieron respetar escrupulosamente mi independencia. Pienso con especial gratitud en el general Shlomo Gazit, antiguo comandante en jefe del espionaje militar y actual rector de la Universidad Ben Gurión del Néguev en Beer Sheva, quien será siempre para mí la encarnación del soldado e intelectual israelí de su generación. Pero hay otros a quienes no puedo mencionar.

Asimismo, debo expresar mi agradecimiento al alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek, por su hospitalidad en Mishkenot Sha'ananim; al legendario matrimonio Vester, del hotel American Colony de Jerusalén; a los propietarios y personal del hotel Commodore de Beirut, por hacer posible lo que era humanamente imposible, y a Abu Said Abu Rish, decano de los periodistas beirutíes, por la generosidad de su asesoramiento, que me brindó sin conocer mis intenciones.

De los palestinos, algunos han muerto, otros han caído prisioneros y el resto está en su mayor parte disperso y sin hogar. De los guerrilleros que cuidaron de mí en el piso de Sidón y charlaron conmigo en los huertos de mandarinos, así como de los refugiados -indómitos por más que machacados por las bombas- de los campos de Rashidiyeh y Nabatiyeh, me temo que su destino haya sido poco diferente del de sus homólogos de ficción.

Quien fuera mi anfitrión en Sidón, el comandante militar palestino Salah Ta'amari, merecería un libro entero dedicado a su figura, y espero que él lo escriba algún día. Por el momento, quede constancia aquí de su valor y de mi agradecimiento a él y sus ayudantes por haberme mostrado el corazón de Palestina.

El teniente coronel John Gaff me puso al corriente de los banales horrores de las bombas caseras y se aseguró de que yo no pudiera suministrar inadvertidamente a nadie la fórmula para su fabricación; por último, Mr. Jeremy Cornwallis, de Alan Day Ltd., Finchley, se encargó de darle un repaso profesional a mi Mercedes rojo.

John le Carré
Julio de 1982

Primera Parte

La preparación

1

La prueba definitiva la proporcionó el incidente de Bad Godesberg, aunque las autoridades alemanas no tenían forma de saberlo. Ya antes de lo de Bad Godesberg las sospechas habían ido en aumento de modo constante, pero la excelente planificación en contraste con la deficiente calidad de la bomba convirtió las sospechas en certidumbre. Tarde o temprano, como dicen los del oficio, el autor estampa su firma. Lo irritante es tener que esperar.

Estalló mucho más tarde de lo previsto, probablemente con más de doce horas de retraso, a las ocho y veintiséis minutos del lunes por la mañana. Así lo corroboraron varios relojes estropeados pertenecientes a las víctimas. Al igual que en los atentados con bomba producidos en los meses precedentes, no había habido aviso. Claro que tampoco había sido ésa la intención. No hubo ningún aviso de la bomba colocada en el coche de un funcionario israelí enviado a Dusseldorf para comprar armas; tampoco lo hubo cuando se remitió un libro bomba a los organizadores de un congreso de judíos ortodoxos en Amberes, que hizo volar por los aires a la presidenta honoraria y causó quemaduras mortales a su secretario. Ni hubo aviso tampoco en la bomba colocada en un cubo de basura junto a un banco israelí en Zurich, que provocó mutilaciones a dos transeúntes. Sólo hubo aviso de bomba en el caso de Estocolmo, y ésta resultó ser obra de un grupo totalmente distinto, sin relación con la serie de atentados precedente.

A las ocho y veinticinco, la Drosselstrasse de Bad Godesberg era un frondoso remanso diplomático como cualquier otro, y tan apartado del bullicio político de Bonn como uno podía razonablemente esperar estando a unos quince minutos en coche del centro. Era una calle nueva pero bien acabada, con suntuosos y recoletos jardines, viviendas para las doncellas encima del garaje y rejas góticas de seguridad ante las ventanas de culo de botella. El clima del Rin septentrional tiene buena parte del año esa bochornosa humedad de la selva; su vegetación, al igual que su comunidad diplomática, crece casi a la misma velocidad con que los alemanes hacen sus carreteras, y ligeramente más deprisa de lo que trazan sus mapas. Así pues, las fachadas de algunas casas aparecían ya medio ocultas por espesas plantaciones de coníferas, que, si algún día alcanzan su tamaño característico, sumergirán probablemente a toda la zona en un bosque encantado propio de los cuentos de Grimm. Estos árboles resultaron ser de una notable eficacia contra ondas expansivas, y, a los pocos días de la explosión, un centro de jardinería local los vendía como especialidad de la casa.

Varios de los edificios tienen un marcado aspecto nacionalista. Sin ir más lejos, la residencia del embajador noruego, situada a la vuelta de la esquina de la Drosselstrasse, es como una austera alquería de ladrillo rojo levantada en pleno barrio

elegante de Oslo. El consulado egipcio, al otro extremo de la calle, tiene el aspecto miserable de una villa alejandrina venida a menos. Surge de su interior una melancólica música árabe, y sus ventanas permanecen siempre cerradas al bochornoso calor norteafricano. Era mediados del mes de mayo y el día había amanecido espléndido; una ligera brisa mecía a la vez brotes y hojas tiernas. Las magnolias estaban recién floridas y sus tristes pétalos blancos, en su mayoría sin hojas, serían después un rasgo distintivo de los escombros. Tanto follaje hacía que apenas penetrase el fragor del tráfico en la autopista. El sonido más audible antes de la explosión era la algarabía de los pájaros, y de entre éstos varias palomas rollizas que le habían tomado gusto a la glicina malva del agregado militar de Australia, que tan orgulloso estaba de ella. A un kilómetro hacia el sur, las invisibles barcazas del Rin suministraban un penetrante e ininterrumpido zumbido de fondo al que los residentes de esa zona se vuelven sordos a menos que deje de sonar. En resumen, era una mañana como para asegurarle a uno que, fueran cuales fuesen las desgracias que publicaban los sesudos y más bien pusilánimes periódicos de la República Federal - recesión, inflación, desempleo, insolvencia, es decir, los acostumbrados y al parecer incurables males de una economía capitalista arrolladoramente próspera-, Bad Godesberg era un lugar estable y decente en el que estar vivo, y Bonn no era ni mucho menos tan malo como lo pintaban.

En función de su nacionalidad y rango, algunos maridos se habían ido ya al trabajo, pero los diplomáticos no son más que un tópico de su especie. Un melancólico consejero de la embajada escandinava, por ejemplo, seguía en la cama sufriendo la resaca de los estragos conyugales. Un encargado de negocios sudamericano, ataviado con una redecilla para el pelo y un batín chino de seda fruto de un viaje a Pekín, estaba asomado a la ventana dándole instrucciones al chófer filipino que se iba a la compra. El consejero italiano se estaba afeitando, todavía desnudo. Le gustaba afeitarse después del baño pero antes de su gimnasia diaria. Su esposa, ya vestida, estaba abajo regañando a una impenitente hija por presentarse muy tarde en casa la noche anterior, diálogo que les ocupaba casi todas las mañanas de la semana. Un enviado de Costa de Marfil estaba notificando a sus superiores por el teléfono internacional sus últimos esfuerzos encaminados a obtener ayuda para el desarrollo de un cada vez más renuente tesoro público alemán. Al cortarse la comunicación, en Costa de Marfil pensaron que él les había colgado y le mandaron un agrio telegrama preguntando si deseaba dimitir. El agregado laboral israelí había partido hacía más de media hora. No se encontraba a gusto en Bonn y siempre que podía gustaba de trabajar según el horario de Jerusalén, cosa que provocaba no pocos chistes étnicos, por cierto bastante malos.

En toda explosión de bomba suele haber un milagro, y en este caso llegó en forma de autobús del colegio americano, que acababa de irse llevándose a bordo a la

mayoría de niños de la comunidad que cada día lectivo se congregaban en la rotonda, a menos de cincuenta metros del epicentro. Afortunadamente ningún niño había olvidado los deberes en casa, ninguno se había dormido ni ninguno había opuesto resistencia a ser escolarizado aquel lunes por la mañana, de modo que el autobús partió a tiempo. Los cristales de atrás se hicieron añicos, el conductor fue haciendo eses hasta dar con el vehículo en un arcén y una niña francesa perdió un ojo, pero básicamente los colegiales escaparon ilesos a la bomba, cosa que después fue interpretada como una liberación, un rescate. Pues ésa es también una característica de tales explosiones o al menos de sus inmediatas secuelas: un arrebatador impulso colectivo de festejar a los vivos antes que perder el tiempo llorando a los muertos. En tales casos la verdadera aflicción viene después, cuando ha pasado la conmoción, normalmente varias horas más tarde, aunque de vez en cuando ocurre antes.

El ruido mismo de la bomba no fue algo que la gente que estaba en las cercanías pudiera recordar después. Al otro lado del río, en Königswinter, oyeron una especie de guerra lejana, y la gente se fue amontonando conmocionada y medio sorda con la sonrisa de consuelo de los cómplices en la supervivencia. Malditos diplomáticos, se decían unos a otros, ¿qué otra cosa se podía esperar? ¡Que se larguen todos a Berlín a gastarse nuestros impuestos en paz! Pero quienes estaban más a mano no oyeron al principio nada de nada. Sólo pudieron mencionar, si acaso hablar podían, que la calle se bamboleó, que un fuste de chimenea salió silenciosamente disparado del tejado, o el vendaval que arrasó sus hogares y de cómo les estiró la piel, los aporreó, los tiró al suelo, e hizo saltar las flores de sus jarrones, lanzando los jarrones contra la pared. Recordaban, eso sí, el tintineo de los cristales caídos y el tímido roce de las frondas barriendo la calle. Y el gemido de la gente que tenía demasiado miedo para gritar. De modo que no es que no se percataran totalmente del ruido como algo que se les negaba a sus sentidos. Hubo asimismo varias referencias de testigos presenciales a la radio de la cocina del consejero francés, que retransmitía a todo volumen una receta. Un ama de casa, creyéndose sensata, quiso saber de la policía si era posible que la explosión hubiera subido el volumen de la radio. En una explosión, le contestaron amablemente los agentes mientras se la llevaban envuelta en una manta, todo es posible, aunque en este caso la explicación era otra. Con la de cristales que se habían reventado y sin nadie dentro en condiciones de apagar la radio, nada pudo evitar que el aparato sonara directamente hacia la calle. Pero la mujer no lo acabó de entender.

Pronto estuvo allí la prensa, cómo no, protestando por el cordón de seguridad. Las primeras y entusiastas informaciones mataban a ocho personas y herían a una treintena y echaban la culpa a una estrafalaria organización alemana de extrema derecha llamada Nibelungen 5, consistente en dos muchachos retrasados mentales y un viejo loco incapaz de reventar un globo. A eso del mediodía la prensa se había visto forzada a rebajar el botín a cinco muertos, uno de ellos israelí, cuatro heridos

graves y otras doce personas ingresadas en el hospital por tal y cual cosa, y se hablaba de las Brigadas Rojas italianas sin que hubiera, una vez más, el menor indicio de prueba. Al día siguiente cambiaron nuevamente de opinión y adjudicaron el atentado a Septiembre Negro. Un día después era un grupo autodenominado Agonía Palestina el que se adjudicaba no sólo esa bomba sino también las explosiones precedentes. Y en Agonía Palestina se quedó, aunque no fuera tanto un nombre para los responsables cuanto una explicación a su acto criminal. Y funcionó como tal, puesto que fue debidamente adoptado en los titulares de muchos y tediosos artículos de fondo.

De los no judíos que murieron, uno fue el chófer filipino de los italianos, y el otro su cocinera siciliana. De los cuatro heridos, uno fue la esposa del agregado laboral israelí, en cuya casa había explotado la bomba. Ella perdió la pierna. El israelí muerto fue el hijo del matrimonio Gabriel. Pero la conclusión ampliamente aceptada después fue que la víctima buscada no era ninguna de estas personas, sino más bien un tío de la esposa herida del agregado laboral que había venido a visitarlos desde Tel Aviv: un especialista en Talmud ligeramente famoso por sus beligerantes opiniones respecto a los derechos palestinos en la orilla occidental. En pocas palabras, creía que los palestinos no tenían derecho alguno, y lo afirmaba con mucha frecuencia y sin ambages, totalmente a despecho de las opiniones de su sobrina, la mujer del agregado laboral, que pertenecía a la izquierda liberada israelí y cuya educación en un kibbutz no la había preparado para el lujo riguroso de la vida diplomática.

Si Gabriel hubiera estado en el autobús escolar se habría salvado, pero como muchos otros días además de aquél, Gabriel se encontraba mal. Era un muchacho inquieto e hiperactivo que hasta entonces había sido considerado elemento discordante en la calle, concretamente durante la siesta. Pero, al igual que su madre, tenía talento musical. Y ahora, con absoluta naturalidad, nadie en toda la calle recordaba otro niño tan encantador. Un periódico sensacionalista alemán de derechas, rebosante de sentimientos pro judíos, le apodó el «Ángel Gabriel» -título que, desconocido para los editores, prestaba servicio a ambas religiones- y durante toda una semana no dejó de publicar historias inventadas acerca de la santidad del niño. Los periódicos de calidad se hicieron eco de ese sentir. La cristiandad, escribió un destacado comentarista -citando a Disraeli sin atribución-, sería el judaísmo consumado o no sería. Así pues, Gabriel era tanto un mártir cristiano como uno judío; y el hecho de saberlo hizo sentir mejor a los preocupados alemanes. Miles de marcos, que nadie había solicitado, fueron recibidos en la redacción y consumidos de un modo u otro. Se habló de un monumento a Gabriel, pero apenas se mencionaba a los otros muertos. Conforme a la tradición judía, el ataúd ominosamente pequeño de Gabriel fue devuelto enseguida para proceder a su enterramiento en Israel; su madre, demasiado agotada para viajar, se quedó en Bonn hasta que su marido pudiera

acompañarla a fin de pasar el *shibah* juntos en Jerusalén.

A primeras horas de la tarde del día de la explosión aterrizaba procedente de Tel Aviv un grupo de seis expertos israelíes. Por parte alemana, la investigación le fue encargada de un modo impreciso al controvertido doctor Alexis, del Ministerio del Interior, el cual peregrinó hasta el aeropuerto para ir a recibirles. Alexis era un individuo inteligente y astuto que toda la vida había padecido el hecho de ser diez centímetros más bajo que sus compañeros. Tal vez como compensación a este hándicap, Alexis era además muy testarudo: tanto en su vida oficial como en la privada, la polémica le acompañaba fácilmente. Era abogado, agente de seguridad y politicastro a partes iguales, como los que estaban surgiendo últimamente en la República Federal, gente con atrevidas convicciones liberales que no siempre son bienvenidas por la coalición, y una desdichada debilidad por airearlas en televisión. El padre de Alexis, o eso se decía, había sido algo así como miembro de la resistencia antihitleriana, y a su caprichoso hijo el sambenito le resultaba más bien embarazoso en estos tiempos de cambios. Sin duda había en los palacios de cristal de Bonn quienes le juzgaban insuficientemente dotado para ese trabajo; un divorcio reciente, con sus perturbadoras revelaciones sobre una amante veinte años más joven, había contribuido poco a mejorar la opinión que de él se tenía. Si hubiera sido cualquier otro el que llegaba, Alexis no se habría molestado en ir al aeropuerto -no estaba previsto que hubiera cobertura informativa de la llegada-, pero las relaciones entre Israel y la República Federal atravesaban un verdadero bache, así que se plegó a la sugerencia del ministerio y fue. Contra lo que era su deseo, le cargaron en el último momento con un cachazudo policía silesio de Hamburgo, conservador declarado, que se había ganado cierta fama en el terreno del «control estudiantil» durante los años setenta y era tenido por gran experto en alborotadores y en sus bombas. La otra excusa era que se llevaba bien con los israelíes, aunque Alexis sabía, como todo el mundo, que se lo habían endosado a modo de contrapeso de sí mismo. Pero lo más importante, quizá, teniendo en cuenta el clima cargado del momento, era que tanto Alexis como el silesio eran *unbelastet*, es decir que ninguno de los dos era lo bastante mayor para ser en absoluto responsable de aquello a lo que los alemanes aludían como su pasado invicto. Si los judíos estaban hoy en día sufriendo algún tipo de persecución, fuera cual fuese, ni Alexis ni su colega a la fuerza lo habían hecho ayer; y, por si hacía falta mayores garantías, tampoco era cosa de Alexis padre. La prensa, bajo asesoramiento de Alexis, destacó este particular. Únicamente un editorial sugirió que mientras los israelíes persistieran en sus indiscriminados bombardeos de los campamentos y aldeas palestinos -matando no a uno sino a docenas de niños a la vez- debían contar con este tipo de represalia bárbara. Al día siguiente la oficina de prensa de la embajada israelí publicaba apresuradamente una acalorada aunque confusa réplica. Desde 1961, se decía en el comunicado, el Estado de Israel había estado

sometido a los constantes ataques del terrorismo árabe. Si les dejaran en paz, los israelíes no tendrían que matar ningún palestino. Gabriel había muerto por una sola razón: porque era judío. Probablemente los alemanes recordarían que Gabriel no era un caso aislado. Si ya no se acordaban del Holocausto, puede que no hubieran olvidado los Juegos Olímpicos de Munich de hacía diez años.

El editor cerraba así la correspondencia y se tomaba el día libre.

El anónimo avión de la fuerza aérea procedente de Tel Aviv tomó tierra al fondo del campo de aviación. Las formalidades aduaneras fueron descartadas, la colaboración empezó enseguida. Alexis había recibido órdenes terminantes de no negarles nada a los israelíes, pero se trataba de órdenes superfina: él era un *philosemitisch* y se le conocía por ello. Alexis había realizado su visita obligada a Tel Aviv y había sido fotografiado con la cabeza gacha en el Museo del Holocausto. En cuanto al tedioso policía silesio, bueno, como no se cansaba él de decir a quien quisiera oírlo, todos iban tras el mismo enemigo, ¿o no? Hablando claro: los rojos. Al cuarto día, pendientes todavía los resultados de muchas de las pesquisas, el grupo mixto que trabajaba en el caso había confeccionado una convincente descripción preliminar de lo acaecido.

En primer lugar se estableció que la casa en cuestión no había sido vigilada por ninguna patrulla especial de seguridad, y tampoco es que ello estuviera previsto según los términos del acuerdo pertinente entre la embajada y las autoridades de Bonn. La residencia del embajador israelí, situada a tres calles de allí, era vigilada las veinticuatro horas. Un furgón verde de la policía montaba guardia fuera; el perímetro del edificio estaba protegido por una valla metálica; parejas de jóvenes centinelas demasiado jóvenes como para que les preocupara la ironía histórica de su presencia patrullaban obedientemente los jardines, metralleta en ristre. La categoría del embajador merecía asimismo un coche a prueba de balas y una escolta de policías. Después de todo, además de embajador era judío, de ahíla doble protección. Pero un simple agregado laboral ya era otro cantar, y no hay que pasarse de la raya; su casa era objeto de la protección general por parte de la patrulla diplomática móvil, y todo cuanto se puede decir es que en calidad de edificio israelí estaba ciertamente sometida a vigilancia particular, como probaron los informes de la policía. A modo de precaución adicional, las direcciones del personal israelí no constaban en las listas oficiales del cuerpo diplomático por temor a alentar acciones impulsivas en un momento en que Israel no podía ser tomada muy en serio. Políticamente.

Justo después de las ocho de la mañana de aquel lunes, el agregado laboral abrió el garaje y como de costumbre examinó los tapacubos de su coche, así como la parte inferior del chasis, mediante un espejo sujeto a un palo de escoba que le habían dado a tal efecto. El tío de su mujer, que iba en el coche con él, confirmó este particular. El

agregado miró bajo el asiento del conductor antes de conectar el encendido. Estas precauciones se habían convertido en algo obligado para todo el personal israelí desde el inicio de los ataques con bomba. El agregado sabía, como todos, que se tarda unos cuarenta segundos en llenar de explosivo un tapacubos corriente, y menos aún en adherir una bomba magnética al depósito de gasolina. Como los demás, sabía también -se lo habían inculcado desde el primer día de su tardío ingreso en el cuerpo diplomático- que muchas personas querrían ponerle una bomba debajo. Leyó los periódicos y los telegramas. Dándose por satisfecho tras el examen del coche, dijo adiós a su esposa y a su hijo y se fue al trabajo.

Segundo, la *au pair* de la familia, una chica sueca de impecable expediente que se llamaba Elke, había empezado el día anterior una semana de vacaciones en el Westerwald acompañada de su igualmente impecable novio alemán, Wolf, que estaba de permiso de su servicio militar. Wolf había recogido a Elke el domingo por la mañana en su Volkswagen descapotable, y todos los que pasaban por allí o estaban de guardia pudieron verla salir por la puerta delantera vestida para el viaje, darle un beso de despedida al pequeño Gabriel y partir saludando alegremente con el brazo al agregado laboral, que permaneció en el escalón de la puerta para decirle adiós mientras su mujer, una apasionada del cultivo de hortalizas, seguía con su trabajo en el jardín trasero. Elke llevaba con ellos un año o más y, en palabras del agregado laboral, era un miembro muy querido de aquella casa.

Estos dos factores -la ausencia de la muy querida *au pair* y la ausencia de control policial- hicieron posible el atentado. Si éste tuvo éxito fue gracias al desastroso buen carácter del agregado laboral.

A las seis de la tarde de ese mismo domingo -por tanto, dos horas después de la partida de Elke-, mientras el agregado laboral estaba enzarzado en religiosa conversación con su invitado y su esposa seguía cultivando suelo alemán con más deseos que esperanzas, sonó el timbre de la puerta. Un solo timbrado. Como siempre, el agregado atisbo por la mirilla antes de abrir. Como siempre, mientras miraba se pertrechó de su pistola, aunque teóricamente las restricciones locales prohibían cualquier tipo de arma de fuego. Pero lo único que vio por el ojo de pez fue una chica rubia de unos veintidós años, más bien frágil y patética, que aguardaba en el escalón junto a una maleta gris llena de arañazos con la etiqueta de la compañía Scandinavian Airline Systems atada en el asa. Un taxi -¿o era un sedán particular?- esperaba detrás de ella en la calle, y al agregado le pareció oír que tenía el motor en marcha. Claramente. Creyó oír incluso el tictac de una magneto defectuosa, pero eso fue después, cuando se agarraba a un clavo ardiendo. La chica, según la descripción del agregado, era realmente agradable, etérea y jovial a la vez, con pecas estivales -*Sommersprossen*- en torno a la nariz. En vez del típico y aburrido uniforme a base de téjanos y blusa, llevaba un recatado vestido azul abrochado hasta el cuello y un

pañuelo de seda, blanca o crema, en la cabeza que hacía resaltar sus cabellos dorados y que -como admitió sin demora en la primera y angustiosa entrevista- halago su gusto por la respetabilidad. Tras devolver el revólver al cajón superior de la cómoda del vestíbulo, quitó la cadena para dejarla entrar y sonrió radiante porque la chica era un encanto y porque él era tímido y obeso.

Con todo, eso fue en la primera entrevista. El talmúdico tío no vio ni oyó nada. Como testigo, era un inútil. Tan pronto estuvo a sus anchas y con la puerta cerrada, parece que se embarcó en una glosa de la *mishna*, de conformidad con ese precepto suyo de no perder nunca el tiempo.

La chica hablaba inglés con bastante acento. Nórdico, no francés o latino; cotejaron con él un sinnúmero de acentos diferentes, pero lo más que pudieron conseguir fue que sonaba a costa norte. Ella preguntó en primer lugar si estaba Elke llamándola Ucki, un apodo cariñoso que sólo empleaban los amigos íntimos. El agregado laboral le explicó que se había ido de vacaciones hacía sólo dos horas: qué pena, ¿podía ayudarla en algo? La chica expresó una ligera desilusión y dijo que ya volvería en otra ocasión. Acababa de llegar de Suecia, dijo, y había prometido a la madre de Elke que le entregaría esta maleta con ropa y unos discos. Lo de los discos fue un detalle muy hábil, ya que a Elke le encantaba la música pop. Para entonces el agregado la había convencido para que entrase en casa e incluso, con toda su inocencia, le había cogido la maleta y atravesado el umbral con ella, algo que no se perdonaría en toda su vida. Pues claro que había leído todas esas advertencias sobre no aceptar jamás paquetes entregados por intermediarios; sí, él sabía que las maletas muerden. Pero ahora se trataba de Katrin, la simpática amiga de Elke, de su ciudad natal en Suecia, que venía con la maleta que su madre le había entregado ese mismo día. Era algo más pesada de lo que él esperaba, pero lo achacó a los discos. Cuando comentó solícito que con esa maleta debía de haber agotado el permiso de carga, Katrin le explicó que la madre de Elke la había acompañado al aeropuerto para pagar el exceso de peso. Era una de esas maletas macizas, reparó el agregado, y además de pesada parecía llena hasta los topes. No, nada se movió al levantarla, de eso estaba seguro. Sólo quedó una etiqueta marrón, un fragmento.

Le ofreció café a la chica pero ésta declinó la invitación diciendo que no debía hacer esperar al conductor. No al taxi. Al *conductor*. El equipo de investigación insistió hasta la saciedad en este particular. Él le preguntó qué estaba haciendo en Alemania y ella contestó que confiaba matricularse en la Universidad de Bonn como estudiante de teología. Él fue enseguida por una libretita y un lápiz y la invitó nervioso a que dejara su nombre y dirección, pero ella se los devolvió diciendo con una sonrisa: «Bastará con que le diga que ha venido Katrin.» Se hospedaba en un albergue luterano para chicas, explicó ella, pero sólo mientras buscaba habitación. (En Bonn existe un albergue así, un toque más de exactitud.) Volvería a pasar cuando

Elke hubiera vuelto de vacaciones, dijo. A lo mejor podrían estar juntas por su cumpleaños. Le gustaría mucho, la verdad. El agregado sugirió que tal vez organizarían una fiesta para Elke y sus amistades, una *fondue* de queso, por ejemplo, él mismo la prepararía. Porque mi esposa -como explicó él después repitiéndose de modo patético- es una kibbutznik, sabe usted, y no tiene paciencia para la buena cocina.

Más o menos en ese momento, desde la calle, el coche o taxi empezó a tocar el claxon. Un do central de registro, varios destellos de los faros delanteros, tres quizá. Se dieron la mano y él le entregó la llave. Aquí fue donde el agregado laboral se fijó por primera vez en que la chica llevaba unos guantes blancos de algodón, pero era de esa clase de chicas y hacía mucho bochorno como para ir carreteando una maleta pesada. Así pues, ni escritura en la libretita ni huellas en la libretita o en la maleta. O en la llave. Según calculó después el pobre hombre, el intercambio duró apenas cinco minutos. El agregado la vio alejarse por el camino particular con su simpática manera de andar, sexy pero no intencionadamente provocativa. Cerró la puerta, pasó la cadena y luego llevó la maleta al cuarto de Elke, que estaba en la planta baja, y la dejó a los pies de la cama, pensando con lealtad que al ponerla horizontal estaba dando mejor trato a la ropa y los discos que contenía. Dejó la llave encima. Desde el jardín, donde castigaba implacablemente el duro suelo con una azada, su mujer no había oído nada, y cuando entró para reunirse con los dos hombres, su marido olvidó mencionarle la visita.

En este punto se entrometió una pequeña y muy humana enmienda.

¿Se olvidó?, preguntaron los del equipo israelí sin acabar de creérselo. ¿Cómo podía haberse olvidado del fastidioso episodio doméstico con esa amiga sueca de Elke? ¿Y lo de la maleta encima de la cama?

El agregado se vino nuevamente abajo mientras lo admitía. No fue exactamente que se le olvidara.

Entonces ¿qué?, le preguntaron.

Parece ser, más bien, que tomó la decisión, en su interior y por su cuenta, de que, bueno, verás, a su mujer habían dejado de interesarle los asuntos mundanos. Sólo quería regresar a su kibbutz y relacionarse libremente con la gente sin toda esta frivolidad diplomática. Dicho de otro modo, verás, señor, la chica era preciosa y, bueno, puede que lo mejor fuera guardársela para sí. En cuanto a la maleta, verás, mi mujer no entra nunca en el cuarto de Elke, entraba, quiero decir, Elke se encarga ella sola de su cuarto.

¿Y el especialista en Talmud, el tío de su mujer?

El agregado laboral tampoco le había contado nada. Confirmado por ambas partes.

Tomaron nota sin más comentarios: *Guardársela para sí.*

El curso de los acontecimientos terminaba aquí, como un tren fantasma que desaparece bruscamente de la vía. Elke, la chica *au pair*, con el galante apoyo de Wolf, fue llamada rápidamente a Bonn. No conocía a ninguna Katrin. Se emprendió una investigación sobre el entorno social de Elke, pero eso llevaba tiempo. Su madre no había enviado ninguna maleta y no se le había pasado por la cabeza en ningún momento: como le dijo a la policía sueca, condenaba el mal gusto musical de su hija y no habría pensado nunca en fomentarlo. Wolf regresó desconsolado a su unidad y fue sometido a un exhaustivo interrogatorio por parte de la seguridad militar, que no llevó a ninguna parte. No apareció el conductor, fuese de taxi o de coche particular, aunque la prensa y la policía le estuvieron buscando por toda Alemania, ofreciéndole por su historia, *in absentia*, grandes sumas de dinero. Ningún viajero procedente de Suecia o de cualquier otra parte se ajustaba a la descripción, ya fuera en las listas de pasajeros, los ordenadores o los sistemas de almacenamiento de datos de ningún aeropuerto alemán, no digamos ya el de Colonia. Las fotografías de conocidas y no tan conocidas terroristas, incluida la lista entera de «semi-ilegales», no le refrescaron la memoria al agregado laboral por más que éste estaba como loco de aflicción y habría ayudado a quien fuera a hacer lo que fuera, sólo para sentirse útil. No recordaba qué zapatos llevaba la chica, o si tenía los labios pintados, o si usaba perfume o rímel, o si podía haber llevado el pelo teñido o incluso una peluca. ¿Cómo iba él a saber, dio a entender el agregado -él, que era economista de carrera y por lo demás un tipo patoso, conyugal y afectuoso a quien lo único que le interesaba aparte de Israel y su familia era Brahms-, cómo iba él a saber nada de pelos teñidos?

Recordaba, eso sí, que tenía bonitas piernas y el cuello muy blanco. Manga larga, sí, porque si no se habría fijado en los brazos. Sí, una combinación o algo debía de llevar, porque si no habría visto sus formas iluminadas por el sol que se colaba por detrás. ¿Sostén? Seguramente no, tenía poco pecho y podía permitirse ir sin sostén. Le mostraron mujeres vestidas como la terrorista. Debió de ver un centenar de vestidos azules enviados por otros tantos almacenes de toda Alemania, pero que le zurzan si recordaba si el vestido tenía cuello, puños o era de más de un color; y ni toda su congoja anímica pudo refrescarle la memoria. Cuanto más le preguntaban, más olvidaba él. Los acostumbrados testigos accidentales confirmaron parte de su declaración pero sin añadir nada de importancia. Las patrullas de la policía no tuvieron el menor conocimiento del incidente y es muy probable que la colocación de la bomba fuese planificada teniendo esto en cuenta. La maleta podía haber sido de veinte marcas distintas. El coche o taxi era un Opel o un Ford; gris, no muy limpio, ni nuevo ni viejo. Matrícula de Bonn; no, de Siegburg. Sí, un letrero de taxi en el techo. No, era un techo solar y alguien había oído música, pero no quedó establecido qué programa era. Sí, con antena de radio. No, sin antena. El conductor era de raza blanca

pero podía haber sido turco. Han sido los turcos. Iba bien afeitado, llevaba bigote, tenía el pelo oscuro. No, rubio. De complejión débil, pudo ser una mujer disfrazada. Alguien estaba seguro de haber visto un pequeño deshollinador colgando de la ventanilla trasera. O pudo haber sido una pegatina. Alguien dijo que el conductor llevaba un anorak. O pudo haber sido un jersey.

Llegado a este punto muerto, el equipo israelí pareció entrar en una especie de coma colectivo. Les sobrevino un estado de letargo; llegaban tarde, se iban temprano y pasaban la mayor parte del tiempo en su embajada, donde parecían estar recibiendo nuevas instrucciones. Al pasar los días, Alexis dedujo que estaban esperando algo. Estancados pero al mismo tiempo excitados. Premiosos al tiempo que serenos, como solía pasarle a Alexis demasiado a menudo. Tenía una habilidad especial para descubrir estas cosas mucho antes que sus colegas. A la hora de identificarse con los judíos, tenía la certeza de vivir en un vacío de excelencia. Al tercer día se unió al equipo un hombre mayor de cara gruesa que se hacía llamar Schulmann, a quien acompañaba un socio muy delgado y mucho más joven que él. Alexis los comparó a un César y un Casio judíos.

La llegada de Schulmann y su ayudante proporcionó al buen Alexis un raro descanso de la furia controlada que le inspiraban sus propias investigaciones y del aburrimiento de ser seguido a todas partes por el policía silesio, cuyo comportamiento empezaba a parecerse más al de un sucesor que al de un ayudante. Lo primero que observó en Schulmann fue su capacidad de elevar inmediatamente la temperatura del equipo israelí. Hasta la llegada de Schulmann, los seis hombres del equipo habían dado la impresión de estar incompletos. Habían sido corteses, no habían bebido alcohol y habían mantenido entre ellos la cohesión típicamente oriental de una unidad de combate. Su autodomínio era turbador para quienes no lo compartían, y cuando, en el curso de un almuerzo rápido en el bar, al cargante silesio le dio por hacer chistes sobre los alimentos *kosher* y hablar de un modo paternalista sobre las bellezas de su tierra natal, permitiéndose de pasada una mención sumamente ultrajante sobre la calidad del vino israelí, los judíos recibieron ese homenaje con una cortesía que Alexis supo enseguida les estaba costando gotas de sangre. Incluso cuando siguió extendiéndose sobre el renacimiento de la *Kultur* judía en Alemania, y la astucia con que los nuevos judíos habían acaparado los mercados inmobiliarios de Frankfurt y Berlín, ellos siguieron mordiéndose la lengua aunque las travesuras financieras de los judíos *shtetl* que no habían respondido a la llamada de Israel les repugnaban, concretamente tanto o más que el histrionismo de sus anfitriones. Pero de pronto, con la llegada de Schulmann, todo adquirió una claridad de muy distinto signo. Él era el líder que habían estado esperando: Schulmann de Jerusalén, llegada anunciada con varias horas de antelación por una perpleja llamada telefónica del cuartel general en

Colonia.

–Nos mandan a un nuevo especialista, él mismo se presentará a usted.

–¿Especialista en qué? -había preguntado Alexis, que, cosa poco propia de alemanes, se esmeraba en detestar a la gente cualificada.

No se sabía en qué. Pero allí estaba él, no precisamente un especialista, a ojos de Alexis, sino un activo y cabezón veterano de todas las batallas desde las Termópilas, edad comprendida entre los cuarenta y los noventa años, achaparrado, eslavo y fuerte, y mucho más europeo que hebreo, con un tórax enorme, zancada de luchador y esa manera de hacer que todos se sintieron a gusto; y aquel bullicioso acólito suyo, al que nadie había mencionado para nada. No Casio, sino tal vez el arquetipo de estudiante dostoievskiano: famélico y en conflicto con los demonios. Cuando Schulmann sonreía, las arrugas que acudían a su rostro eran fruto de siglos de agua corriendo por los mismos senderos rocosos, y sus ojos se entrecerraban como los de un chino. Pasado un buen rato, sonreía también su acólito haciéndose eco de algún retorcido significado secreto. Cuando Schulmann te saludaba, todo su brazo derecho te columpiaba con un picotazo de cangrejo capaz de levantarte del suelo si no lo parabas. Pero su socio seguía con los brazos pegados a los costados como si no se fiara de dejarlos a su albur. Cuando Schulmann hablaba, disparaba ideas contradictorias como si fueran balas, y luego esperaba hasta ver cuáles daban en el blanco y cuáles rebotaban hacia él. La voz del socio sonaba acto seguido como los camilleros recogiendo cadáveres subrepticamente.

–Soy Schulmann; encantado de conocerle, doctor Alexis -dijo Schulmann en un inglés con alegre acento.

Schulmann sin más.

Sin nombre de pila, rango, título académico, rama ni ocupación, y el estudiante no tenía nombre siquiera o, al menos, no para los alemanes. Tal como Alexis lo veía, Schulmann era un general del pueblo; el que infunde esperanza, el que jamás se arredra, el extraordinario capataz; un supuesto especialista que si necesitaba habitación para él la conseguía el mismo día (ya se ocupaba el socio). Muy pronto, desde su puerta cerrada, la voz incesante de Schulmann adquirió el tono de un fiscal forastero, sondeando y evaluando el trabajo que habían realizado hasta entonces. No era necesario ser un entendido en hebreo o para oír los porqué y los cómo y los cuándo y los por qué no. Un improvisador, pensó Alexis: un guerrillero urbano nato, también él. Cuando se quedaba en silencio, Alexis podía oír incluso eso y se preguntaba qué demonios podía estar leyendo ahora de tan interesante como para hacer que su boca dejase de trabajar. ¿O acaso estaba rezando? ¿Es que rezaban también? A menos que le tocara el turno al socio, en cuyo caso Alexis no habría podido oír ni un solo susurro, pues la voz del muchacho en presencia de alemanes tenía tan poco volumen como su cuerpo.

Pero lo que sintió Alexis, más que cualquier otra cosa, fue la impetuosa premura de Schulmann. Era como un ultimátum en forma humana comunicando a su equipo su propio apremio, imponiendo sobre su quehacer una desesperación apenas soportable. Podemos vencer, pero también podemos perder, les estaba diciendo en la vivida imaginación del doctor. Y ya hemos llegado tarde demasiadas veces. Schulmann era su agente, su mánager, su general -las tres cosas-, pero él mismo era también un hombre sometido a muchas órdenes. Eso, al menos, le hacía pensar a Alexis, y no siempre se equivocaba de mucho. Lo veía en la manera inquisitiva con que los hombres de Schulmann acudían a él, no pidiendo detalles de su trabajo sino para saber si servía de algo, si lo que estaban haciendo era un paso adelante. Lo veía en ese gesto habitual de Schulmann de subirse la manga de la chaqueta agarrándose del robusto antebrazo izquierdo para retorcerse luego la muñeca como si no fuera suya, hasta que la esfera de su viejo reloj le devolvía su mirada. Así que, pensó Alexis, Schulmann también tiene un plazo que cumplir: también debajo de él hay una bomba de tiempo haciendo tictac; su socio la lleva dentro del maletín.

Alexis estaba fascinado por la interacción entre los dos hombres, una distracción que le consolaba de los apuros del momento. Cuando Schulmann daba una vuelta por la Drosselstrasse para ver las precarias ruinas de la casa bombardeada y estiraba el brazo y protestaba y miraba su reloj y afectaba tanta indignación como si la casa hubiera sido suya, el socio acechaba su sombra como si fuera su conciencia, con sus esqueléticas manos resueltamente apoyadas en las caderas mientras parecía contener a su jefe con la susurrada gravedad de sus creencias. Cuando Schulmann convocó al agregado laboral para tener con él unas últimas palabras en privado, y su conversación, oída a medias a través de la pared contigua, llegó a los gritos para caer después en un murmullo de confesionario, fue el socio quien salió de la habitación con el pobre hombre y lo puso de nuevo personalmente al cuidado de la embajada, confirmando así una teoría que Alexis había mantenido interiormente desde el principio pero que había sido visto forzado por Colonia a no seguir bajo ningún concepto.

Todo apuntaba a ello. La entusiasta e introvertida esposa que sólo soñaba con su sagrada tierra; el pasmoso sentimiento de culpa del agregado laboral; su recibimiento ridículamente generoso a Katrin, la chica, adjudicándose casi el papel de hermano sustituto en ausencia de Elke; su extravagante confesión de que si bien él había entrado en el cuarto de Elke, su esposa no iba a hacerlo nunca. Para Alexis, que en su momento había pasado por situaciones parecidas, y justo ahora estaba pasando por una -nervios desgarrados por la culpa expuestos a la menor brisa de insinuación sexual-, las señales estaban por todo el informe, y se felicitó secretamente de que Schulmann hubiera interpretado lo mismo. Pero si Colonia se mostraba obstinada al respecto, en Bonn se habían vuelto histéricos. El agregado laboral era un héroe

público: el padre desolado, el marido de una mujer horriblemente mutilada. Era la víctima de un ultraje antisemita en suelo alemán; era un diplomático israelí acreditado en Bonn, tan respetable por definición como cualesquiera otros judíos habidos y por haber. ¿Quiénes eran precisamente los alemanes -le insistían que considerase casi implorándole-, para presentar a aquel hombre a la opinión pública como adúltero? Aquella misma noche el perturbado agregado laboral siguió a su difunto hijo a Israel, y no hubo telediario en toda la nación que no mostrara una toma de su musculosa espalda avanzando pesadamente pasarela arriba y del omnipresente Alexis, sombrero en mano, observándole con una pétrea expresión de respeto.

Ciertas actividades de Schulmann no llegaron a oídos de Alexis hasta que el equipo israelí hubo regresado a su país. Descubrió, por ejemplo, casi accidentalmente pero no del todo, que Schulmann y su socio habían buscado juntos a Elke con independencia de los investigadores alemanes, conminándola a altas horas de la noche a posponer su viaje a Suecia a fin de que los tres pudieran disfrutar de una voluntaria y bien pagada conversación privada. Se pasaron otra tarde entrevistando en un cuarto de hotel y, contrariamente a la economía de esfuerzos sociales que mostraban en otros campos, la acompañaron alegremente en taxi hasta el aeropuerto. Todo ello -así pensaba Alexis- con el propósito de averiguar quiénes eran sus *verdaderos* amigos, adonde iba cuando su novio estaba a buen recaudo en su unidad y dónde había comprado la marihuana y las anfetaminas que encontraron entre los escombros de su habitación. O, más probablemente, quién se las había dado y en brazos de qué persona o personas le gustaba a ella hablar de sí misma y de sus patronos cuando estaba realmente colocada y relajada. Alexis lo dedujo en parte porque para entonces sus hombres le habían traído su informe confidencial sobre Elke, y las preguntas que le atribuía a Schulmann eran las mismas que a él le habría gustado formular, si Bonn no le hubiera hecho tener la boca cerrada insistiendo en que aquello era materia reservada.

Nada de marranadas, le decían constantemente. Dejemos crecer la hierba primero. Y Alexis, que ahora luchaba por su propia supervivencia, captó la indirecta y se calló, porque cada día que pasaba las acciones del silesio subían en detrimento de las suyas.

Pese a todo, habría apostado fuerte por el tipo de respuestas que Schulmann, con su despiadada y frenética premura, pudo haberle sacado a la chica entre furiosas miradas a ese vetusto reloj de sol suyo; el retrato robot del varonil estudiante árabe o joven agregado diplomático de poca monta, por ejemplo -¿o acaso era cubano?-, con dinero para derrochar y esos paquetitos de mandanga, y una inesperada disposición para escuchar. Mucho después, cuando ya era demasiado tarde para preocuparse por ello, Alexis se enteró asimismo -por medio del servicio de seguridad sueco, el cual había sentido también curiosidad por la vida amorosa de Elke- de que Schulmann y su socio habían llegado a conseguir, mientras los demás dormían, una serie de

fotografías de posibles candidatos. Y que entre ellos la chica había escogido a uno, un supuesto chipriota a quien ella había conocido únicamente por el nombre de pila, Marius, que él le hacía pronunciar a la manera francesa. Y que ella les había firmado una vaga declaración en ese sentido («Sí, ése es el Marius con el que me acosté») que, como le dieron a entender, necesitaban para Jerusalén. ¿Por qué lo hicieron?, se preguntó Alexis. ¿Para comprar ese plazo que pendía como espada de Damocles sobre la cabeza de Schulmann? ¿Cómo fianza, para ganar credibilidad en la base? Alexis comprendía estas cosas. Y cuanto más pensaba en ello, mayor era la sensación de afinidad y camaradería que sentía hacia Schulmann. Tú y yo somos una misma persona, no dejaba de oírse pensar. Peleamos, sentimos, vemos.

Alexis percibía todo esto en lo más profundo de su ser y con tremenda autoconvicción.

La obligatoria conferencia de clausura tuvo lugar en la sala de actos, con el cargante silesio presidiendo tres centenares de sillas, en su mayoría vacías, pero entre ellas los dos grupos, el alemán y el israelí, arracimados como familias en una boda a ambos lados de la nave central de la iglesia. Los alemanes habían ganado peso específico con funcionarios del Ministerio del Interior y un poco de carne de voto del Bundestag; los israelíes tenían consigo al agregado militar de su embajada, pero varios de los miembros del equipo, incluyendo el famélico socio de Schulmann, habían partido ya para Tel Aviv. O eso decían al menos sus compañeros. El resto se reunió a las once de la mañana y fue recibido por un aparador cubierto por un lienzo blanco sobre el que fueron dispuestos los reveladores fragmentos de la explosión a modo de hallazgos arqueológicos al término de una dura jornada de excavación, cada cual con su pequeña etiqueta de museo escrita a máquina eléctrica. En un tablero contiguo pudieron contemplar las horribles fotografías (en color, para más realismo). Al entrar, una bonita muchacha de sonrisa demasiado simpática les entregó unos cuadernillos con cubierta de plástico que contenían los datos esenciales. Si les hubiera dado caramelos o helados, Alexis no se habría sorprendido lo más mínimo. El contingente alemán charlaba y estiraba el cuello por todo, incluidos los israelíes, quienes por su parte conservaban la quietud mortal de los hombres para quienes cada minuto desperdiciado era un verdadero martirio. Únicamente Alexis -de eso estaba seguro- percibía y acompañaba su secreta angustia, fuera cual fuese su origen.

Es que los alemanes somos demasiado, se dijo para sus adentros. El no va más. Hasta una hora antes de la reunión, Alexis confiaba en ser él mismo quien llevara la voz cantante. Había pensado anticipadamente en una ráfaga de su lapidario estilo, que había preparado incluso en privado: un escueto y enérgico «Gracias, caballeros» en inglés. Pero no iba a ser así. Los barones habían tomado ya su decisión y querían silesio para desayunar, comer y cenar; de Alexis nada, ni para el café. De modo que hizo ostentosa gala de pasearse por las filas de atrás, cruzado de brazos y fingiendo

un descuidado interés mientras por dentro echaba pestes y se identificaba con los judíos. Cuando todos excepto Alexis hubieron ocupado sus asientos, hizo su entrada el silesio con esa pelviana manera de andar que según Alexis sobrevenía a cierto tipo de alemanes cuando subían a la tribuna. Tras él iba un joven asustadizo con un abrigo blanco, acarreando una réplica de la ya célebre arañada maleta gris con sus etiquetas de la Scandinavian Airline Systems, que depositó en el estrado como si fuera una ofrenda. Alexis buscó a su héroe con la mirada y lo encontró a solas en un asiento lateral, bastante atrás. Se había quitado la chaqueta y la corbata y vestía unos pantalones holgados que, debido a su generosa cintura, le quedaban demasiado cortos sobre sus zapatos pasados de moda. En su morena muñeca parpadeaba el reloj de acero; la blancura de su camisa contra su piel curtida le daba ese aire bonachón de quien está a punto de irse de vacaciones.

Espera, voy contigo, pensó Alexis con más deseo que esperanza, acordándose de su penosa sesión con los barones.

El silesio habló en inglés «por consideración a nuestros amigos israelíes». Pero también, sospechaba Alexis, en consideración a aquellos de sus patrocinadores que habían venido a presenciar la actuación de su as. El silesio había asistido al obligado cursillo de antisubversión en Washington, y desde entonces hablaba un chapucero inglés de astronauta. A modo de introducción, el silesio les dijo que la atrocidad era obra de «elementos radicales de izquierda», y cuando introdujo una alusión a la «exagerada lenidad socialista de la juventud moderna», hubo cierto revuelo de aprobación en señal de apoyo por parte de los escaños parlamentarios. Ni nuestro querido Führer en persona lo habría expresado mejor, pensó Alexis, pero permaneció imperturbable de puertas afuera. La explosión, por motivos arquitectónicos, había seguido una dirección ascendente, dijo el silesio dirigiéndose a un diagrama que su ayudante desplegó detrás de él, y se había abierto camino por la estructura central hasta salir de la casa, llevándose consigo el tejado y por tanto la habitación del niño. Resumiendo, una gran detonación, pensó cruelmente Alexis. Entonces ¿por qué no decirlo así y acabar de una vez? Pero el silesio no estaba dispuesto a callarse. Los cálculos más ajustados cifran la carga en cinco kilogramos. La madre había sobrevivido porque estaba en la cocina. La cocina era un *Anbau*. Esta súbita irrupción de una palabra alemana causó -en los germanoparlantes, al menos- un singular engorro.

–*Was ist Anbau?* -dijo malhumoradamente el silesio a su ayudante, haciendo que todos se incorporaran buscando un intérprete.

–Anexo -respondió Alexis delante de todos, y se ganó la risa contenida de los enterados y la no tan contenida irritación del club de fans del silesio.

–Anexo -repitió el silesio en su mejor inglés y, haciendo caso omiso del mal hallado informador, prosiguió a ciegas su penoso avance.

En mi próxima reencarnación seré un judío, un español, un esquimal o simplemente un anarquista totalmente comprometido como todo quisque, decidió Alexis. Pero alemán, nunca; eso se es una vez como penitencia y basta. Sólo un alemán puede hacer un discurso inaugural a expensas de un niño judío muerto.

El silesio estaba hablando de la maleta. Barata y fea, como las que gustan a tales personas infrahumanas, como obreros foráneos y turcos. Y socialistas, podía haber añadido. Los interesados en el tema podían leer los pormenores en sus carpetas o examinar los fragmentos de la estructura metálica que había sobre el aparador. O podían pensar, como Alexis había decidido hacía rato, que bomba y maleta eran un callejón sin salida. Pero nadie podía hurtarse a la voz del silesio, porque aquél era su día y su discurso.

De la maleta propiamente dicha pasó a su contenido. El artefacto, caballeros, estaba encajado en su sitio mediante dos tipos de relleno, dijo. Relleno número uno, periódicos viejos que según los análisis procedían de las ediciones de la cadena Springer en Bonn durante los últimos seis meses (muy apropiado, sí señor, pensó Alexis). Segundo tipo de relleno, manta partida en dos, excedente del ejército, similar a la que ahora les muestra mi colega el señor fulano de tal, de los laboratorios de analítica del estado. Mientras el asustadizo ayudante sostenía en alto una manta grande de color gris para que fuera examinada, el silesio siguió desgranando sus brillantes pistas. Alexis escuchó cansinamente el familiar recitado: una punta ensortijada de detonador... partículas minúsculas de explosivo sin detonar (confirmada su procedencia: plástico ruso estándar conocido por los americanos como C4 y por los ingleses como PE y por los israelíes comoquiera que lo llamen)... la cuerda de un reloj de pulsera barato... el chamuscado pero aun así identificable muelle de una pinza de la ropa. En pocas palabras, pensó Alexis, un dispositivo clásico de escuela de terroristas. Ningún material comprometedor, ningún toque de ostentación, nada de adornos, aparte de una trampa explosiva para chavales instalada en el ángulo interior de la tapa. Salvo que con las cosas que montaban los chavales hoy en día, pensó Alexis, un dispositivo así le hacía pensar a uno con nostalgia en aquellos grandes terroristas anticuados de los años setenta.

Eso mismo parecía estar pensando el silesio, pero él lo convirtió en un chiste de muy mal gusto:

—¡Le llamamos la bomba bikini! -tronó muy triunfante-. ¡La mínima expresión! ¡Nada de extras!

—¡Y ninguna detención! -clamó Alexis imprudentemente, obteniendo como recompensa una admirativa y extrañamente cómplice sonrisa de Schulmann.

Pasando bruscamente por alto a su ayudante, el silesio alargó un brazo y extrajo ceremoniosamente de la maleta un trozo de madera tierna sobre el cual había sido montada la maqueta, una cosa parecida a un circuito de coche de carreras de juguete

hecho con cable fino y blindado, rematado en diez cartuchos de plástico grisáceo. Mientras los no iniciados se acercaban a echar un vistazo, Alexis se sorprendió al ver que Schulmann se levantaba de su asiento y con las manos en los bolsillos se aproximaba a ellos. ¿Por qué?, le preguntó mentalmente Alexis, mirándole con fijeza y vergüenza. ¿Por qué de pronto tanta lentitud, cuando ayer apenas tenías tiempo de mirar tu tronado reloj? Abandonando sus esfuerzos a la indiferencia, Alexis se deslizó rápidamente a su lado. Así es como se hace una bomba, estaba diciendo el silesio, si uno es así de convencional y quiere mandar judíos por los aires. Se compra un reloj barato como éste, nada de robarlo, va uno a unos grandes almacenes a la hora punta y compra un par de cosas más para despistar a la dependienta. Se quita la aguja horaria. Se practica un orificio en la esfera, se introduce una chincheta en el orificio, se suelda el circuito eléctrico a la cabeza de la chincheta con cola de impacto. Ahora la batería. Se coloca la aguja tan cerca, o tan lejos, de la chincheta como se quiera. Pero como norma hay que dejar el menor tiempo de demora posible a fin de que la bomba no sea descubierta y desmontada. Se le da cuerda al reloj. Se comprueba que la aguja grande siga funcionando. Funciona. Se ofrecen oraciones a quien uno considere su creador y se introduce el detonador en el plástico. Cuando el minuterero toca la pata de la chincheta el contacto cierra el circuito eléctrico y, si Dios es bueno, la bomba estalla.

Para hacer una demostración de semejante maravilla, el silesio retiró el detonador desarmado y los diez cartuchos de explosivo plástico de demostración, y los sustituyó por una pequeña bombilla de linterna eléctrica.

—¡Ahora les demostraré cómo funciona el circuito! -exclamó.

Nadie dudaba de que funcionase, casi todos se lo sabían de memoria, pero pese a ello, y durante un momento, le pareció a Alexis que los espectadores compartían un involuntario estremecimiento cuando la bombilla pestañeó alegremente su señal. Sólo Schulmann parecía inmune. Puede que haya visto demasiado, pensó Alexis, y que no sepa ya lo que es la compasión. Pues Schulmann ignoraba por completo la bombilla y permanecía inclinado sobre la maqueta con una amplia sonrisa y la mirada crítica de un entendido en la materia.

Un parlamentario, deseoso de lucir sus excelencias, quiso saber por qué la bomba no había estallado a tiempo.

—La bomba estuvo catorce horas dentro de la casa -objetó en un sedoso inglés-. La aguja grande gira como máximo una hora. La aguja pequeña lo hace durante doce. ¿Cómo se explica, vamos a ver, esas catorce horas en una bomba que tiene como tope un máximo de doce?

Para todas las preguntas, el silesio tenía a punto un discurso. Mientras procedía a ello, Schulmann, sin abandonar su complaciente sonrisa, empezó a tantear con sus gruesos dedos los bordes de la maqueta, como si se le hubiera perdido algo en el relleno que había debajo. El silesio dijo que el reloj debía de haber fallado, que

posiblemente el viaje hasta la Drosselstrasse habría estropeado el mecanismo, que el agregado laboral, al dejar la maleta sobre la cama de Elke, habría desencajado el circuito, o que como el reloj era barato se habría parado y puesto en marcha otra vez. En fin, cualquier cosa, pensó Alexis, incapaz de contener su enfado.

Pero Schulmann tenía una sugerencia mucho más ingeniosa que hacer:

–O que el terrorista en cuestión no quitó pintura suficiente de la manecilla del reloj -dijo como en un despistado aparte mientras fijaba su atención en los goznes del facsímil de maleta. Sacándose del bolsillo una vieja navaja del ejército, seleccionó de entre sus accesorios una escarpia gruesa y se puso a hurgar detrás de la cabeza del tornillo del gozne, confirmando para sí la facilidad con que se podía quitar-. La gente de su laboratorio rascó toda la pintura. Pero puede que el terrorista en cuestión no hiciera un trabajo tan científico como ellos -dijo al cerrar la navaja con un chasquido-. Puede que no supiera tanto. Que no fuese tan concienzudo en su trabajo.

Pero si era una chica..., protestó mentalmente Alexis al punto; ¿por qué de repente emplea Schulmann el masculino, si se supone que hemos de pensar en una bonita muchacha con un vestido azul? Ajeno -al menos de momento- al hecho de haberle pisado la escena al silesio en plena actuación, Schulmann dirigió ahora su atención a la trampa explosiva casera de dentro de la tapa, dando unos ligeros tirones al trocito de cable que estaba engrapado al forro y unido a un taco en la boca de la pinza de la ropa.

–¿Algo interesante, herr Schulmann? -inquirió el silesio con angelical continencia-. ¿Ha encontrado una pista, quizá? Cuente, cuente, puede que nos interese.

Schulmann sopesó la generosa oferta del silesio.

–Hay poco cable -anunció, regresando al aparador para rebuscar entre los espeluznantes objetos exhibidos-. Aquí tienen los restos de setenta y siete centímetros de cable. -Blandía ahora un carbonizado ovillo que se enroscaba sobre sí mismo como un pelele, con un lazo a la cintura para que no se desbaratara-. Según esta reconstrucción, hay un máximo de veinticinco centímetros. ¿Qué ha pasado con el medio metro restante?

Se produjo un momento de confuso silencio antes de que el silesio lanzara una indulgente risotada:

–Pero herr Schulmann... si eso era cable sobrante -aclaró como si el otro fuera un niño-. Cable para la circuitería. Cable normal y corriente. Una vez lista la bomba, debió de sobrarle cable, así que el (o la) terrorista lo arrojó a la maleta. Es muy normal, eso se hace por pulcritud. Era cable sobrante -repitió-. *Übrig*. Carente de significación técnica. *Sag ihm doch übrig*.

–De más -tradujo alguien innecesariamente-. Que no tiene ninguna importancia, Mr. Schulmann.

Pasó el momento, se soldó la grieta, y la próxima vez que Alexis miró a Schulmann, éste se hallaba junto a la puerta, dispuesto a marcharse, vuelta parcialmente su gran cabeza hacia Alexis y alzado el brazo en que llevaba el reloj, como quien está consultando su estómago más que la hora. Aunque sus miradas no llegaron a toparse, Alexis supo con certeza que Schulmann le estaba esperando, forzándole a cruzar la sala y pronunciar la palabra «almuerzo». El silesio seguía con su monótono parloteo, rodeado por una desmotivada audiencia que parecía un grupo de pasajeros recién desembarcados del avión. Separándose de ellos, Alexis salió rápidamente y sin hacer ruido en pos de Schulmann. En el pasillo, Schulmann le cogió del brazo en un espontáneo gesto de afecto. Una vez en la acera -el día era una vez más bonito y soleado- se quitaron ambos la chaqueta y Alexis reparó muy bien en cómo Schulmann hizo un ovillo con ella como si pensara usarla de almohada para dormir al raso, mientras Alexis paraba un taxi y daba el nombre de un restaurante italiano situado en una colina de las afueras de Bad Godesberg. Anteriormente había ido allí con mujeres, pero nunca con un hombre, y, voluptuoso para todas las cosas, Alexis era siempre consciente de una primera vez.

En el trayecto apenas hablaron. Schulmann iba contemplando la vista y sonreía radiante como quien se ha ganado ya el Sabbath, aunque estaba a mitad de semana. El avión de Schulmann, recordó Alexis, debía partir de Colonia a primera hora de la tarde. Como un niño al que sacan de la escuela, Alexis contó las horas que eso les dejaba en el supuesto de que Schulmann no tuviera otros compromisos, una suposición tan ridícula como maravillosa. En el restaurante, situado en lo alto de Cecilian Heights, el *padrone* italiano festejó a Alexis con los aspavientos acostumbrados, pero fue Schulmann quien le hechizó al momento. El italiano le llamó «Herr Professor» e insistió en preparar una mesa con vistas donde podrían haber comido siete personas. A sus pies estaba la ciudad vieja, más allá el Rin serpenteante con sus montes pardos y sus mellados castillos. Alexis conocía el paisaje de memoria, pero era como si hoy lo estuviera viendo por primera vez, gracias a los ojos de su nuevo amigo Schulmann. Alexis pidió dos whiskies. Schulmann no puso reparos.

Contemplando admirativamente la vista mientras esperaban las copas, Schulmann se decidió a hablar:

—A lo mejor si Wagner hubiera dejado en paz a ese Siegfried, habríamos tenido un mundo mejor, a fin de cuentas -dijo.

Alexis, momentáneamente, no pudo comprender lo que sucedía. Había tenido un día muy ajetreado; tenía el estómago vacío y la mente agitada. ¡Schulmann estaba hablando en alemán! Con un fuerte y oxidado acento de los Sudetes que chirriaba como un motor en desuso. Y lo hablaba, además, con una sonrisita pesarosa que era a

un tiempo confesión y llamada a la conspiración. Alexis soltó una breve carcajada, Schulmann se rió también; llegó el whisky y bebieron a la salud de ambos, pero sin toda esa pesada ceremonia germana de «mirar, beber y mirar otra vez», que a Alexis le parecía excesiva, sobre todo con los judíos, quienes veían instintivamente en la formalidad germana algo de amenazador.

–Me han dicho que pronto va a tener un nuevo empleo en Wiesbaden -observó Schulmann, aún en alemán, cuando hubieron dejado atrás el ritual de apareamiento-. Un trabajo de oficina. Un ascenso y un descenso a la vez, según he oído. Dicen que es usted demasiado hombre para la gente de aquí. Ahora que le conozco y que conozco a la gente, le diré que no me extraña.

Alexis intentó no extrañarse tampoco. De los pormenores de un nuevo nombramiento no se había dicho nada, salvo que iba a producirse en breve. Incluso su sustitución por el silesio se suponía un secreto; Alexis no había tenido tiempo material de comentarlo con nadie, ni siquiera con su amiga, con la que mantenía varias e insignificantes conversaciones telefónicas al día.

–Conque así son las cosas, ¿eh? -comentó filosóficamente Schulmann, dirigiéndose tanto al río como a Alexis-. Créame, en Jerusalén la vida de un hombre es igual de precaria. Río arriba, río abajo. Así son las cosas. -Con todo, parecía un poco desilusionado-. He sabido también que la mujer es muy guapa -añadió, entrometiéndose una vez más en los pensamientos de su interlocutor-. Inteligente y leal. Puede que sea demasiada mujer para ellos.

Resistiéndose a la tentación de convertir la velada en un seminario sobre los problemas de su vida privada, Alexis encaminó la conversación hacia la conferencia de la mañana, pero Schulmann respondía con vaguedades, indicando únicamente que los técnicos jamás solucionaban nada, que las bombas le aburrían. Había pedido pasta y la estaba comiendo al estilo presidiario, con movimientos automáticos de la cuchara y el tenedor, sin molestarse en bajar la vista. Alexis, temeroso de interrumpir el fluir de sus palabras, permanecía tan callado como le era posible.

En primer lugar, con la soltura narrativa de un hombre entrado en años, Schulmann se embarcó en una suave queja acerca de los así llamados aliados de Israel en el negocio antiterrorista:

–En enero pasado, metidos en una investigación muy distinta, apelamos a nuestros amigos italianos -afirmó con voz de hogareñas reminiscencias-. Les enseñamos algunas pruebas, les dimos unas cuantas direcciones importantes. Y luego nos enteramos de que habían detenido a unos cuantos italianos mientras que los que Jerusalén estaba buscando disfrutaban de unas vacaciones, sanos y salvos, en Libia, tomando el sol y esperando un nuevo encargo. Eso no fue lo que nosotros teníamos en mente. -Un buen bocado de pasta. Unos toques en los labios con la servilleta. La comida, para él, es como el combustible, pensó Alexis; come para poder luchar-. En

marzo surgió otro problema y volvió a suceder exactamente lo mismo, pero esta vez tratando con París. Hubo unas cuantas detenciones pero nada más. Hubo aplausos también para ciertos funcionarios franceses y, gracias a nosotros, algunos obtuvieron ascensos. Pero los árabes... -Se encogió largamente de hombros-. Un expediente, quizá. Firme política de crudos. Firme política económica. Firme lo que sea. Pero de justicia nada. Y lo que queremos es justicia. -Su sonrisa se ensanchó en contraste directo con la magnitud del chiste-. Yo diría, pues, que hemos aprendido a ser selectivos. Mejor decir poco que mucho. Que alguien tiene buena disposición para con nosotros, que tiene además un expediente magnífico (el antecedente de un buen padre, como usted), con él haremos negocios. Cautelosa e informalmente. Entre amigos. Si él puede hacer uso constructivo de nuestras informaciones, si puede mejorar un poco en su profesión... mucho mejor si nuestros amigos obtienen influencia en su oficio. Pero queremos nuestra parte del trato. Y esperamos que la gente cumpla. Especialmente lo esperamos de los amigos.

Fue a lo máximo que llegó Schulmann, ese y otros días posteriores, a la hora de exponer los términos de su propuesta. En cuanto a Alexis, no expuso nada de nada. Dejó que el silencio hablara por él. Y Schulmann, que tan bien parecía comprenderlo, comprendió también eso, puesto que reanudó la conversación como si el trato se hubiera cerrado y estuvieran los dos metidos en faena.

-Hace ya unos años, un puñado de palestinos armaron un revuelo considerable en mi país -empezó evocadoramente-. Normalmente son gente de bajo nivel. Jóvenes campesinos con ganas de convertirse en héroes. Se cuelan por la frontera, pasan la noche en una aldea, se deshacen de sus bombas y corren a ponerse a salvo. Si no los cazamos a la primera, es a la segunda, si es que hay segunda vez. Los hombres de los que hablo eran diferentes. Alguien los guiaba. Sabían cómo actuar, cómo eludir a los confidentes, disimular sus huellas, llegar a sus propios acuerdos, redactar sus propias órdenes. La primera vez dieron un golpe en un supermercado de Beit She'an. La segunda vez en un colegio, luego en varias poblaciones, después en otro comercio, hasta que se convirtió en algo monótono. Y luego empezaron a acechar a nuestros soldados cuando volvían a casa en autostop. Muchas madres airadas, periódicos, todos en fin pedían que se les detuviera. Nosotros les escuchamos y corrimos la voz allí donde se nos ocurrió. Descubrimos que utilizaban cuevas en el valle del Jordán. Vivían de lo que les daba la tierra. Pero no pudimos encontrarlos. Su sistema de propaganda les llamaba héroes del Comando Ocho, pero nosotros conocíamos a fondo al Comando Ocho, y no era gente que pudiera encender una cerilla sin que nos enterásemos con mucha antelación. Hermanos, decía el rumor. Una empresa familiar. Según un confidente eran tres, según otro, cuatro. Pero desde luego, eran hermanos y operaban más allá del Jordán, cosa que ya sabíamos.

»Organizamos un equipo y fuimos tras ellos; son equipos reducidos, gente

realmente dura, lo que nosotros llamamos sayaret. Supimos que el jefe de los palestinos era un solitario, alguien muy poco dispuesto a depositar su confianza en nadie que no fuera de su familia; sensiblemente paranoico respecto a la perfidia árabe. Nunca pudimos dar con él. Sus dos hermanos no eran tan vivos. Uno de ellos iba de cabeza por una muchacha de Ammán. Cayó bajo el fuego de las ametralladoras al salir de su casa una mañana. El otro cometió el error de llamar a un amigo suyo de Sidón, invitándose a pasar el fin de semana. La aviación le destrozó el coche cuando iba por la carretera de la costa.

Alexis no pudo contener una sonrisa de excitación:

–No había suficiente cable -murmuró, pero Schulmann fingió que no le oía.

–Para entonces sabíamos ya quiénes eran... gente de la orilla occidental procedente de una aldea vinícola cercana a Hebrón, huidos a raíz de la guerra del sesenta y siete. Había un cuarto hermano, pero era demasiado joven para combatir, incluso para lo que es normal entre los palestinos. Había dos hermanas, pero una de ellas había muerto en un bombardeo de represalia que nos vimos obligados a hacer al sur del río Litani. No quedaba mucha familia para organizar el ejército. Aun así, seguimos buscando a nuestro hombre. Esperábamos que reuniera refuerzos para caer otra vez sobre nosotros. No fue así. Dejó de actuar. Transcurrieron seis meses, un año. Y pensamos: «Lo más seguro es que su propia gente lo haya matado, sería normal. Olvidémonos de él.» Supimos que los sirios se lo habían hecho pasar bastante mal, así que probablemente había muerto. Hace unos pocos meses, recogimos el rumor de que iba a venir a Europa. Aquí precisamente. Que pensaba reunir un equipo, incluyendo varias mujeres, la mayoría alemanas y jóvenes. - Schulmann tomó otro bocado, masticó y tragó con aire reflexivo-. La estaba organizando a distancia -prosiguió cuando estuvo listo-, haciendo de Mefistófeles árabe con un puñado de jovencitas impresionables -concluyó.

Al principio, en el prolongado silencio que siguió, Alexis no podía distinguir a Schulmann. El sol estaba alto sobre las pardas colinas y entraba directamente por la ventana. El resplandor resultante le hacía difícil a Alexis leer la expresión de su compañero. Alexis movió la cabeza y le miró otra vez. ¿Por qué esa mirada súbitamente turbia y anublada en sus ojos oscuros?, se preguntó. ¿Era realmente el sol lo que había dejado lívido el rostro de Schulmann, que aparecía agrietado y macilento como el de un muerto? Entonces, en ese día lleno de brillantes y a veces dolorosas percepciones, Alexis identificó la pasión que hasta ese momento se le había escapado, aquí en el restaurante, allá abajo en la soñolienta ciudad balnearia con sus acuartelamientos ministeriales irregularmente diseminados: al igual que a ciertos hombres se les ve enamorados, así Schulmann estaba poseído de un hondo y espantoso odio.

Schulmann partió aquella tarde. El resto de su equipo se quedó un par de días más. La fiesta de despedida, con la cual el silesio pretendía fijar las excelentes relaciones tradicionalmente existentes entre los servicios de ambos países -una velada con cerveza clara y salchichas-, fue tranquilamente sabotada por Alexis al señalar que, puesto que el gobierno de Bonn había elegido precisamente ese día para soltar funestas indirectas acerca de un posible futuro acuerdo de armamento con Arabia Saudí, era improbable que sus invitados estuvieran de humor para festejos. Aquella fue quizá su última actuación efectiva en el cargo. Un mes más tarde, como Schulmann había pronosticado, Alexis fue relegado a Wiesbaden. Un trabajo entre bastidores, en teoría un ascenso, pero que le permitía dar menos rienda suelta a sus caprichos o individualismo. Un periódico poco amable, antaño partidario del doctor, comentó agriamente que lo que para Bonn era una pérdida significaba una victoria para los telespectadores. Su único consuelo, en un momento en que muchos de sus amigos alemanes estaban dejando de pensar en él a marchas forzadas, fue la cálida notita escrita a mano, fechada en Jerusalén, que le saludó a su llegada a su nuevo despacho el primer día de trabajo. Firmada «Suyo, Schulmann», le deseaba toda la suerte del mundo y manifestaba esperar con ilusión su próximo encuentro, fuera privado u oficial. Una irónica posdata insinuaba que tampoco a Schulmann le iban muy bien las cosas: «Como no rinda cuentas pronto, tengo la desagradable sensación de que voy a seguir sus pasos», rezaba. Alexis sonrió y arrojó la tarjeta a un cajón donde cualquiera pudiese leerla, como sin duda sucedería. Sabía perfectamente lo que Schulmann estaba haciendo y le admiraba por ello: estaba poniendo las inocentes bases para su relación futura. Un par de semanas después, cuando el doctor Alexis y su juvenil novia pasaron por el anticlímax de una ceremonia nupcial, fueron las rosas de Schulmann, de entre todos los regalos, lo que le causó mayor alegría y máxima diversión. ¡Si ni siquiera le dije que me iba a casar!, pensó.

Aquellas rosas fueron como la promesa de un nuevo amor, precisamente cuando más falta le hacía.

2

Casi ocho semanas transcurrieron antes de que el hombre a quien el doctor Alexis conoció como Schulmann regresara a Alemania. En ese momento las investigaciones y planificación del equipo de Jerusalén habían dado saltos tan extraordinarios que quienes seguían trabajando con los escombros de Bad Godesberg no habrían reconocido el caso. Si se hubiera tratado de una simple cuestión de castigar a los culpables -si el incidente de Godesberg hubiera sido un caso aislado en vez de tomar parte de una serie concertada-, Schulmann no se habría molestado en tomar cartas en el asunto, pues sus objetivos eran más ambiciosos que la mera punición y estaban íntimamente relacionados con su propia supervivencia profesional. Desde hacía meses, bajo su desasosegada premura, sus equipos habían estado buscando lo que él llamaba una ventana lo bastante ancha como para introducir a alguien por ella y así cazar al enemigo desde el interior de la casa, en lugar de vencer su resistencia desde fuera a base de tanques y fuego de artillería, que era la tendencia imperante en Jerusalén. Gracias a Godesberg, creían haber dado con esa ventana. Mientras los alemanes federales seguían divagando con pistas poco consistentes, los hombres de Schulmann en Jerusalén estaban estableciendo clandestinamente conexiones en lugares tan distanciados como Ankara y Berlín Oriental. Los viejos expertos empezaban a hablar de imagen especular, de rehacer en Europa un esquema conocido en Oriente Medio desde hacía dos años.

Schulmann no fue a Bonn sino a Munich, y ni siquiera como Schulmann. Alexis y su sucesor silesio no se enteraron de su llegada, que era lo que él pretendía. Su nombre, si acaso tenía alguno, era Kurtz, aunque lo usaba tan poco que nadie le habría tenido en cuenta que se olvidara de él de un día para otro, Kurtz, que en alemán suena demasiado corto; Kurtz el del camino más corto, decían algunos; y sus víctimas, Kurtz el de la mecha corta. Otros establecían trabajosas comparaciones con el héroe de Joseph Conrad. Mientras que la cruda verdad era que el apellido procedía de Moravia y era originalmente Kurtz, hasta que un agente de policía británico de la época del mandato, muy sabio él, le había añadido una «t», y Kurtz, que a listo no le ganaba nadie, decidió quedarse con aquella pequeña daga puntiaguda clavada en su identidad y dejarla allí como si fuera un acicate.

Llegó a Munich procedente de Tel Aviv vía Estambul, cambiando dos veces de pasaporte y tres veces de planes. Anteriormente había estado una semana en Londres, pero manteniendo particularmente un papel de extremo retiro. En todas estas escalas había estado poniendo las cosas en orden y comprobando resultados, reuniendo ayuda, convenciendo a gente, dándoles pretextos y verdades a medias, avasallando a los más reacios con su extraordinaria energía y la pura fuerza y alcance de sus planes previos, aun cuando a veces se repetía u olvidaba haber dado ya ciertas instrucciones

sin importancia. Vivimos muy poco tiempo, gustaba de decir con un guiño, y estamos muertos demasiado tiempo. Eso era lo más cercano a una disculpa que solía pronunciar, y su solución personal era renunciar al sueño. En Jerusalén solían decir que Kurtz dormía tan aprisa como trabajaba. Kurtz, le explicaban a uno, era el amo y señor de la agresiva maniobra europea. Kurtz abría camino allí donde no lo había, Kurtz hacía florecer el desierto. Kurtz trapicheaba como nadie y mentía incluso en sus oraciones, pero gracias a Kurtz los judíos habían disfrutado de mejor suerte que en los últimos dos mil años.

No es que se le quisiera exactamente sin excepción; era demasiado polémico, demasiado complejo, hecho de demasiadas almas y colores. En ciertos aspectos, a decir verdad, su relación con sus superiores -y en particular con su jefe, Misha Gavron- era más la de un intruso tolerado sólo a regañadientes que la de un igual de confianza. Kurtz no tenía cargo que ejercer, aunque misteriosamente tampoco lo pretendía. La base de su poder era siempre cambiante y se tambaleaba en función de quién fuera la última persona a la que hubiera insultado en su búsqueda de la fidelidad al expediente. Kurtz no era un *sabra*; carecía del trasfondo elitista de los kibbutzim, las universidades y los regimientos selectos que, para su consternación, nutrían cada vez más la restringida aristocracia de su ramo. Era como un pez fuera del agua frente a sus polígrafos, sus ordenadores y su fe ilimitada en las estrategias de poder, en la psicología aplicada al estilo americano. Kurtz amaba la diáspora y hacía de ello su especialidad en un momento en que muchos israelíes estaban renovando con ardor y timidez su identidad de orientales. Pero era frente a las dificultades donde mejor medraba Kurtz, y él estaba habituado al rechazo. Si era preciso, sabía pelear en todos los frentes a la vez, y lo que no conseguía a las buenas lo conseguía a las malas. Por amor a Israel. Por la paz. Por la moderación. Y por ejercer tozudamente su derecho a dar un golpe de efecto y sobrevivir.

En qué fase de la cacería se le había ocurrido ese plan, probablemente no lo sabía ni el mismo Kurtz. La idea empezó muy dentro de sí, como un impulso de rebeldía a la espera de una causa, y luego brotó de él casi antes de que se diera cuenta. ¿Acaso se lo inventó al confirmarse la marca de fábrica del terrorista?, ¿o cuando estaba comiendo pasta en lo alto de Cecilian Heights, contemplando Godesberg a sus pies, y empezó a darse cuenta de que Alexis podía ser una magnífica pieza que cobrar? Antes. Mucho antes. Hay que hacerlo, había dicho a todo el mundo al salir de una sesión particularmente latosa del comité directivo de Gavron, aquella primavera. Si no cazamos al enemigo desde dentro de su propio campamento, los payasos de la Knesset y del Ministerio de Defensa son capaces de hacer trizas la civilización entera para dar con él. Algunos de sus investigadores juraban que la cosa se remontaba más atrás aún, y que doce meses antes Gavron había prohibido un plan muy similar. Qué más da. Lo cierto es que los preparativos para la operación estaban ya en marcha

antes de que nadie hubiera dado realmente con la pista del chico, aun cuando Kurtz procuraba asiduamente apartar cualquier posible insinuación de esos preparativos de la aviesa mirada de Misha Gavron y falsificar sus archivos para engañarle. Gavron significa «tahúr» en polaco. Ningún otro individuo podría haber tenido aspecto más siniestro y dado gritos más desabridos.

Buscad al chico, dijo Kurtz a su equipo de Jerusalén, al partir para sus tenebrosos viajes. Son un chico y su sombra. Encontrad al chico, que la sombra vendrá después, tranquilos. Lo inculcó hasta que sus hombres juraron que le odiaban; era capaz de aplicar tanta presión como de soportarla. Telefoneaba desde cualquier parte a las horas más intempestivas tan sólo para mantener noche y día su presencia entre ellos. ¿Aún no le habéis encontrado? ¿Cómo es que ese chico anda suelto por ahí? Pero camuflando sus preguntas de manera que Gavron *el Tahúr*, por más que tuviera noticia de ellas, no pudiera comprender su significado, pues Kurtz estaba aplazando su último asalto contra Gavron para el último y más favorable momento. Canceló los permisos, abolió el Sabbath e hizo uso de sus magros ahorros en lugar de pasar prematuramente cuentas con la contabilidad oficial. Sacó a muchos reservistas de sus confortables sinecuras académicas y les ordenó volver a sus antiguos empleos, sin paga, a fin de apresurar la búsqueda. Buscad al chico. El mismo nos mostrará el camino. Un buen día, como de la nada, se sacó un nombre en clave para el chico: Yanuka, que en arameo es un término cariñoso para decir «chaval» (literalmente, un lactante crecido). Conseguídmelo a Yanuka y yo les entregaré en bandeja a esos payeses todo el aparato.

Pero a Gavron ni una palabra. Esperad. Al Tahúr, nada.

En toda su querida diáspora, cuando no en Jerusalén, su repertorio de partidarios era aterrador. Sólo en Londres, pasaba sin apenas mover un dedo de venerables tratantes de arte a pretendidos magnates cinematográficos, de pequeñas patronas del East End a comerciantes de prendas de vestir, sospechosos comerciantes de coches usados o importantes compañías de la City. Se le vio asimismo repetidas veces en el teatro, una de ellas fuera de la ciudad, pero siempre para ver el mismo espectáculo. Se llevaba con él a un diplomático israelí que desempeñaba un cargo cultural, aunque no era de cultura de lo que hablaban. En Camden Town comió dos veces en un restaurante de carretera regentado por un grupo de indios goaneses; en Froggnal, a poco más de tres kilómetros al noroeste, estuvo inspeccionando una apartada mansión victoriana llamada El Acre y afirmó que era perfecta para sus necesidades. Pero, sólo estoy especulando, les dijo a sus serviciales arrendadores; no habrá trato a menos que nuestro negocio nos traiga a estas tierras. Ellos aceptaron esta condición. Le aceptaban todo. Estaban orgullosos de ser llamados a filas, y servir a Israel les llenaba de gozo, aunque ello significaba mudarse durante unos meses a su casa de Marlow. ¿Acaso no tenía un apartamento en Jerusalén que utilizaban para visitar a los

amigos y la familia por Pascua, tras un par de semanas de sol y mar en Eliat? ¿Y acaso no habían pensado seriamente en irse a vivir definitivamente allí, aunque esperarían a que sus hijos pasaran la edad militar y la tasa de inflación se estabilizara un poco? Por otra parte, también podían quedarse en Hampstead. O en Marlow. Entretanto harían cuanto Kurtz les pidiera y mandarían dinero sin esperar nada a cambio, y sin decir una palabra a nadie.

En las embajadas, consulados y legaciones de su variado trayecto, Kurtz se mantuvo al corriente de las luchas y acontecimientos en Israel, y de los avances de su pueblo en otras partes del globo. En los viajes en avión revisó su conocimiento de la literatura revolucionaria radical de todas las tendencias; el macilento socio, cuyo verdadero nombre era Shimen Litvak, llevaba en su maleta una selección de ese material y le urgía a leerlo en los momentos más inapropiados. En la línea dura tenía a Fanon, Guevara y Marighella; en la blanda a Debray, Sartre y Marcuse; para no hablar de otros espíritus más gentiles que básicamente escribían sobre las atrocidades de la educación en la sociedad de consumo, los horrores de la religión y las trabas que la infancia capitalista imponía fatalmente al desarrollo del individuo. Una vez de vuelta en Jerusalén y Tel Aviv, donde no eran desconocidos semejantes debates, Kurtz se mostró de lo más sigiloso, hablando con los agentes de su caso, evitando a sus rivales y metiéndose de lleno en los exhaustivos perfiles personales reunidos a partir de antiguos archivos y ahora prudente y meticulosamente puestos al día y agrandados. Un día se enteró de una casa de Disraeli Street número 11, que estaba disponible por un alquiler bajo, y para mayor intimidad ordenó a todos aquellos que trabajaban en el caso levantar silenciosamente el campamento y trasladarse allí.

—He oído que nos dejas -comentó escépticamente Misha Gavron al día siguiente, cuando ambos coincidieron en una conferencia no relacionada con el caso; Gavron *el Tahúr* se barruntaba ya alguna cosa, aun cuando no supiera por dónde iban los tiros.

Pero no había forma de sonsacar a Kurtz. De momento no. Se acogió a la autonomía de los departamentos operacionales y puso a todo una férrea sonrisa.

El número 11 era una bonita villa de construcción árabe, no muy amplia pero fresca, con un limonero en el jardín principal y alrededor de doscientos gatos, a los que los agentes femeninos sobrealimentaban absurdamente. El sitio acabó siendo inevitablemente llamado el «burdel»^[1] y dio nueva cohesión al equipo, garantizado, mediante la proximidad mutua de los agentes ocupados en el trabajo de mesa, que no habría grietas desafortunadas entre los campos especializados, ni tampoco filtraciones. Elevó asimismo el estatus de la operación, cosa que para Kurtz era crucial.

Al día siguiente se produjo la desgracia que había estado esperando y no estaba aún en condiciones de evitar. Fue una cosa terrible, pero le sirvió de mucho. Un joven poeta israelí de visita en la Universidad de Leiden, en Holanda, adonde había acudido

para recibir un premio, fue hecho pedazos mientras desayunaba por un paquete bomba entregado en su hotel en la mañana de su vigésimo quinto aniversario. Kurtz estaba en su despacho cuando llegó la noticia, y supo encajarla como un viejo boxeador profesional aguantando un directo: reculó, sus ojos se cerraron un instante, pero horas después se encontraba en el cuarto de Gavron con un pliegue de carpetas bajo el brazo y dos versiones de su plan operativo en la mano, una para el propio Gavron y la otra, mucho más difusa, para el comité de Gavron formado por políticos nerviosos y generales hambrientos de guerra.

Lo que pasó exactamente entre los dos hombres no pudo saberse al principio, puesto que ni Kurtz ni Gavron eran dados a confidencias. Pero a la mañana siguiente Kurtz se hallaba ya al descubierto, a buen seguro con algún tipo de autorización, enrolando nuevos efectivos. Para ello utilizó como intermediario al entusiasta Litvak, un *sabra*, un *apparatchik* entrenado a conciencia y capaz de moverse entre los altamente motivados jóvenes de Gavron, que Kurtz juzgaba para sí gente rígida y difícil de manejar. El benjamín de esta familia reunida con tantas prisas era Oded, un joven de veintitrés años del mismo kibbutz que Litvak y, al igual que éste, licenciado en los prestigiosos sayaret. El abuelo era un georgiano de setenta años llamado Bougaschwili, «Schwili» para abreviar. Era completamente calvo, tenía los hombros caídos y llevaba pantalones que parecían de payaso -o muy bajos de tiro y cortos de pernera-. Un sombrero flexible, que no se quitaba bajo techo ni al descubierto, coronaba la exótica hechura. Schwili había empezado su carrera como contrabandista y timador, empleos no poco comunes en su región natal, pero al llegar a la madurez había cambiado de oficio para convertirse en falsificador de todo lo imaginable. Su máxima gesta había sido realizada en Lubianka, donde falsificó documentos para otros reclusos a partir de números atrasados de *Pravda*, volviendo a convertirlos en pasta para hacer su propio papel. Por fin liberado, había aplicado ese mismo talento al terreno de las bellas artes, tanto como falsificador cuanto como experto contratado por importantes galerías. Aseguraba haber tenido varias veces el placer de autenticar sus propias falsificaciones. Kurtz sentía un gran aprecio por Schwili y siempre que le sobraban diez minutos lo llevaba a una heladería que había al pie de la colina y le invitaba a uno doble de caramelo, que era el preferido de Schwili.

Kurtz le proporcionó a Schwili dos de los más inverosímiles ayudantes que se pueda imaginar. El primero -un hallazgo de Litvak- era un licenciado por la Universidad de Londres llamado León, un israelí que sin él desearlo había pasado su infancia en Inglaterra, pues su padre era un *macher* de kibbutz que había sido enviado a Europa como representante de una cooperativa de marketing, siendo *macher* la palabra que se utiliza en yiddish para designar a un entrometido o a un culo de mal asiento. En Londres, León se había interesado por la literatura, editado una revista y publicado una novela que pasó completamente inadvertida. Sus tres años de servicio

obligatorio en las fuerzas armadas israelíes le dejaron por los suelos y, una vez licenciado, había vuelto a la realidad en Tel Aviv, donde entró a formar parte de uno de los muchos semanarios intelectuales que, como las chicas bonitas, vienen y se van. Cuando la revista se fue a pique, León se encargaba ya él solo de escribirla. Y sin embargo, entre la juventud de Tel Aviv, claustrofóbica y obsesionada por la paz, León experimentó el profundo renacer de su identidad como judío y con ello un ardiente deseo de liberar a Israel de sus enemigos, pasados y futuros.

—A partir de ahora -le dijo Kurtz- escribirás para mí. No vas a tener muchos lectores. Pero los que tengas, sabrán apreciar tus escritos.

El segundo ayudante de Schwili fue una tal Miss Bach, una discreta mujer de negocios nacida en South Bend, Indiana. Impresionado tanto por su inteligencia como por su aspecto nada judío, Kurtz había reclutado a Miss Bach, la había adiestrado en múltiples habilidades y la había enviado finalmente a Damasco en calidad de profesora de programación por ordenador. A partir de entonces y durante varios años, la sosegada Miss Bach informó asiduamente sobre la capacidad y disposición de los sistemas de radar aéreo de Siria. Una vez de regreso, Miss Bach había mencionado con añoranza la posibilidad de empezar una existencia tranquila como residente en la orilla occidental cuando la nueva convocatoria de Kurtz la sacó de esta aflicción.

Por consiguiente, Schwili, León y Miss Bach: el Comité Literario, como llamó Kurtz al incongruente terceto, y le dio un rango especial dentro de su cada vez más extenso como ejército privado.

En Munich, su quehacer era de tipo administrativo, pero Kurtz se puso a ello con callada modestia, obligando a su impulsiva naturaleza a adoptar el molde más modesto posible. No menos de seis miembros de su nuevo equipo estaban ya instalados allí, ocupando dos establecimientos completamente separados uno del otro y en zonas muy distintas de la ciudad. El primer equipo consistía en dos hombres de exterior. Deberían haber sido cinco, pero Misha Gavron seguía decidido a atarle corto, de modo que fueron sólo dos. Recogieron a Kurtz no en el aeropuerto sino en un sombrío café de Schwabing, utilizando para ello una destartada camioneta de unas obras -la propia camioneta era un ahorro- y le llevaron oculto a la Ciudad Olímpica, a uno de sus oscuros aparcamientos subterráneos, guarida predilecta de atracadores y prostitutas de ambos sexos. La Ciudad, por supuesto, no es en absoluto una ciudad, sino una desamparada ciudadela de hormigón gris en vías de desintegración, que recuerda más un poblado israelí que a nada de lo que uno pueda encontrar en Baviera. De uno de sus enormes aparcamientos subterráneos, le hicieron salir por una mugrienta escalera con graffiti borroneados en multitud de idiomas, y atravesando pequeños jardines de azotea llegaron a un apartamento dúplex que habían alquilado por poco tiempo parcialmente amueblado. De puertas afuera

hablaban en inglés y le llamaban «señor» pero dentro se dirigían a su jefe por el nombre de «Marty» y le hablaban respetuosamente en hebreo.

El apartamento, situado en lo alto de una casa que hacía esquina, estaba repleto de curiosos fragmentos de iluminación fotográfica y cámaras prodigiosas montadas en trípodes, así como de magnetófonos y pantallas de proyección. El apartamento se enorgullecía de su escalera de teca y de su rústica galería de pacotilla, que cencerreaba cuando entraban pisando demasiado fuerte. De allí se abría un dormitorio sobrante de cuatro metros por tres y medio, provisto de una claraboya practicada en el ángulo de inclinación del tejado, que como le explicaron habían tapado primero con mantas, luego con cartón y después con varios centímetros de relleno de guata sujeto con tiras de cinta adhesiva negra. Paredes, suelo y techo estaban acolchados de la misma forma, y el resultado era una mezcla de moderno refugio para sacerdotes perseguidos y celda de manicomio. Habían reforzado la puerta mediante unas placas de metal laminado, instalando en su interior una pequeña área de cristal blindado a la altura de la cabeza, de varios grosores, sobre la cual habían colgado un letrero de cartón que decía «cuarto oscuro. Prohibida la entrada» y debajo, «*Dunkelkammer kein Eintritt!*». Kurtz hizo entrar a uno de ellos en el cuarto, cerrar la puerta y chillar lo más fuerte que pudiera. Al oír tan sólo una especie de arañazo ronco, Kurtz dio su aprobación.

El resto del apartamento estaba bien ventilado pero, como la Ciudad Olímpica, espantosamente descuidado. Las ventanas de la cara norte daban una lúgubre vista de la carretera a Dachau, en cuyo campo de concentración habían muerto tantos judíos, y lo irónico de la situación no escapaba a ninguno de los presentes; más aún desde que la policía bávara, con frustrante falta de sensibilidad, había alejado su escuadra ligera en los barracones que allí había. Un poco más a mano pudieron señalarle a Kurtz el lugar exacto donde, más recientemente, los comandos palestinos habían irrumpido en los alojamientos de los atletas israelíes matando a algunos en el acto y llevándose al resto hasta el aeropuerto militar, donde los mataron también. Justo al lado de su apartamento, le explicaron a Kurtz, había una comuna de estudiantes; debajo no había nadie de momento, porque la última inquilina se había suicidado. Tras haber recorrido todo el piso por sí solo y considerado las entradas y vías de escape, Kurtz decidió que había que alquilar también el piso de abajo, y ese mismo día telefoneó a cierto abogado de Nüremberg dándole instrucciones para que se ocupara del contrato. Los muchachos se habían encargado por su cuenta de adoptar un aspecto que llamara poco la atención, y uno de ellos -el joven Oded- se había dejado barba. Según sus pasaportes eran argentinos, fotógrafos de profesión, qué clase de fotógrafos nadie lo sabía ni le importaba. A veces, le dijeron a Kurtz, para dar a su casa un aire de naturalidad y excepcionalidad, avisaban a sus vecinos que iban a organizar una fiesta a altas horas de la noche, cuya única evidencia era la música a todo volumen y las

botellas vacías en el cubo de la basura. Pero en realidad nadie que no fueran ellos habían entrado en el apartamento, salvo el mensajero del otro equipo: ni invitados ni visitas de ningún tipo. En cuanto a mujeres, ni hablar de ello. Habían borrado a las mujeres de su mente hasta que estuvieran de vuelta en Jerusalén.

Una vez que hubieron informado de todo esto a Kurtz y hablado de asuntos tales como los gastos extra de transporte y de si sería o no buena idea colocar argollas de hierro en las paredes acolchadas del cuarto oscuro -Kurtz estuvo a favor-, le llevaron, a instancias suyas, a dar una vuelta y tomar lo que él llamó un poco de aire fresco. Pasearon por los ricos barrios estudiantiles, se demoraron en una escuela de alfarería, una de carpintería y en lo que se anunciaba con orgullo como la primera escuela de natación del mundo construida para niños muy pequeños, y leyeron los eslóganes anarquistas y pintarrajeados en las puertas de las casitas. Hasta que inevitablemente, por pura ley de la gravedad, se encontraron frente a la malhadada casa donde casi diez años atrás el ataque contra los atletas israelíes había conmocionado al mundo. Una lápida grabada en hebreo y en alemán conmemoraba a los once muertos. Once u once mil, el sentimiento de indignación que compartían era idéntico.

-No lo olvidéis nunca -ordenó innecesariamente Kurtz cuando volvían a la camioneta.

De la Ciudad Olímpica, llevaron a Kurtz al centro de Munich, donde se dejó perder a propósito un buen rato dejando que sus pasos le condujeran al azar, hasta que los muchachos, que le seguían de cerca, le hicieron la señal de que podía ir a su próxima cita. El contraste entre el último sitio y el nuevo no podía ser mayor. La cita era en la planta superior de una ostentosa casa de frontones altos en el corazón mismo del Munich elegante. La calle era estrecha, adoquinada y cara. Destacaba un restaurante suizo y un diseñador exclusivo que parecía no vender nada, aunque sin duda le iban bien las cosas. Kurtz subió al piso por una oscura escalera y la puerta se abrió frente a él al pisar el último peldaño; le habían visto cruzar la calle mediante la pequeña pantalla de televisión en circuito cerrado. Kurtz entró sin decir palabra. Eran hombres mayores que los dos que habían ido a recibirle; padres más que hijos. Tenían la clásica palidez de los que están hechos a esperar, y se movían con una especie de resignación, especialmente cuando iban de aquí a allá en calcetines, evitando tropezarse. Se trataba de observadores estáticos profesionales, una sociedad secreta incluso en la propia Jerusalén. La cortina de encaje estaba corrida; afuera había anochecido y también dentro del piso, y todo parecía estar saturado de un aire de triste abandono. Entre el mobiliario Biedermeier de imitación se amontonaba una colección de aparatos electrónicos y ópticos, incluyendo antenas interiores de diseños diversos. Pero en la penumbra sus formas espectrales no hacían sino sumarse a ese estado de congoja imperante.

Kurtz abrazó brevemente a cada uno de ellos. Luego, mientras tomaban queso,

galletas y té, el mayor, que se llamaba Lenny, relató a Kurtz los pormenores del estilo de vida de Yanuka, pasando completamente por alto el hecho de que en todo este tiempo Kurtz había estado pendiente hasta de los menores detalles: las llamadas telefónicas de Yanuka, hechas o recibidas, sus últimos visitantes, sus últimas chicas. Lenny tenía un gran corazón, pero desconfiaba un poco de la gente a la que no estaba observando. Tenía orejas grandes y una cara fea y de facciones descompensadas; tal vez por esa razón evitaba la dura mirada del mundo exterior. Llevaba un chaleco gris, grande y tejido a mano, que parecía una cota de malla. En otras circunstancias Kurtz se cansaba enseguida de tantos detalles, pero respetó a Lenny y prestó la máxima atención a todo cuanto aquel le decía, asintiendo, felicitándole y haciendo todo lo que el otro esperaba de él.

–Este Yanuka es un joven muy normal -argumentó seriamente Lenny-. Le admiran los tenderos. Le admiran los amigos. Es una persona simpática y popular, Marty. Estudia, le gusta divertirse, habla mucho, es un individuo formal con sanos apetitos. -Al captar la mirada de Kurtz se sintió un poco ridículo-. A ratos resulta difícil creer en su otra personalidad, Marty, te lo digo en serio.

Kurtz le aseguró que lo comprendía perfectamente. En eso estaba cuando se encendió una luz en la ventana de mansarda del piso que estaba justo enfrente, al otro lado de la calle. Sin nada cerca que estuviera iluminado, el rectángulo amarillo resplandeció como la llamada de un amante. Joshua, uno de los hombres de Lenny, se acercó de puntillas y sin decir palabra a unos prismáticos montados sobre un trípode, mientras Lenny se agachaba junto a un radioreceptor y se pegaba el auricular al oído.

–¿Quieres echar un vistazo, Marty? -propuso, esperanzado, Lenny-. Por la sonrisa de Joshua, veo que esta noche tiene una buena vista de Yanuka. Si esperamos mucho, nos correrá la cortina. ¿Qué ves, Joshua? ¿Se ha emperifollado Yanuka para salir? ¿Con quién está hablando por teléfono? Seguro que con una chica.

Apartando suavemente a Joshua, Kurtz hincó su gruesa cabeza en los prismáticos. Y así se quedó un buen rato, encorvado como un viejo lobo de mar en plena tormenta, sin apenas respirar, mientras estudiaba a Yanuka, el lactante crecido.

–¿Ves esos libros que hay al fondo? -preguntó Lenny-. Ese chico lee más que mi padre.

–Buen chico el que tenéis ahí enfrente -concedió Kurtz por fin con su férrea sonrisa, mientras se enderezaba lentamente-. Un muchacho muy guapo, sin duda. -Cogió su impermeable gris de la silla y se lo puso con movimientos lentos-. Pero procura que no se case con tu hija. -Lenny parecía ahora más ridículo que antes, pero Kurtz se apresuró a consolarlo-: Deberíamos estañe agradecidos, Lenny. Y así es, por descontado. -Y como si se le acabara de ocurrir-: Seguid sacándole fotografías, desde todos los ángulos. No seas tacaño, Lenny. Los carretes no son tan caros...

Tras estrechar la mano a todos ellos, Kurtz añadió una boina azul a su atuendo y,

protegido así contra el bullicio de la hora punta, salió andando enérgicamente a la calle.

Llovía cuando recogieron nuevamente a Kurtz en la camioneta, y mientras iban los tres de un sombrío lugar a otro haciendo tiempo hasta que saliera el vuelo de Kurtz, el tiempo atmosférico parecía confabularse para sumirles a los tres en un humor lóbrego. Oded conducía, y su joven rostro barbudo revelaba, a la luz de los coches que venían de frente, una adusta ira.

–¿Qué lleva ahora? -preguntó Kurtz, aunque debía de saber la respuesta.

–Su última adquisición es un BMW de ricos -contestó Oded-. Conducción asistida, motor de inyección, cinco mil kilómetros. Los coches son su debilidad.

–Coches, mujeres, la vida fácil -intervino el segundo muchacho desde atrás-. Me pregunto de cuánto dinero dispone.

–¿Otra vez alquilado? -le pregunto Kurtz a Oded.

–Sí, alquilado.

–Pegaos a ese coche -les aconsejó Kurtz a los dos-. El día que vaya a devolver el coche a la agencia de alquiler y no se lleve otro será el momento de actuar. -Habían oído esto hasta la saciedad. Lo habían oído antes incluso de dejar Jerusalén. Pero Kurtz insistió en repetírselo-: Lo más importante es cuando Yanuka devuelva el coche.

De pronto a Oded le pareció que ya tenía bastante. Tal vez por juventud y por temperamento era más proclive a la tensión de lo que habían previsto quienes lo seleccionaron. Tal vez siendo tan joven no deberían haberle dado un trabajo que requería tanta espera. Aparcando la camioneta junto al bordillo, Oded tiró del freno de mano con tal violencia que por poco lo arrancó de cuajo.

–¿Por qué le dejamos seguir con esto? -preguntó-, ¿A qué viene jugar con él? ¿Y si se va a su casa y no vuelve a salir? Entonces ¿qué?

–Le habremos perdido.

–¡Pues matémosle ahora mismo! Esta noche. ¡Tú dame la orden y es cosa hecha!

Kurtz dejó que se desahogara.

–Tenemos su apartamento delante del nuestro, ¿no? Lancemos un cohete de lado a lado de la calle. Ya lo hemos hecho otra vez. Un RPG7: Árabe mata a árabe con un cohete ruso. ¿Por qué no?

Kurtz seguía sin decir nada. Era como si Oded se estuviera desgañitando con una esfinge.

–Bueno, ¿por qué no? -repitió Oded con tono más alto.

Kurtz no se compadeció de él, pero tampoco perdió la paciencia:

–Porque él no nos lleva a ninguna parte, Oded, por eso. ¿Es que nunca has oído lo que dice Misha Gavron, una frase que a mí aún me gusta repetir? Si quieres cazar un

león, primero has de atar la cabra. Me pregunto a qué tonterías habrás estado prestando oídos. ¿Me estás diciendo en serio que quieres cargarte a Yanuka, cuando por diez dólares más puedes tener al mejor agente que han tenido en años?

–¡Él hizo lo de Bad Godesberg! ¡Lo de Viena, puede que también lo de Leiden! ¡Están muriendo judíos, Marty! ¿Es que a Jerusalén ya no le importa eso? ¿A cuántos dejamos morir mientras nosotros seguimos jugando al gato y el ratón?

Cogiendo cuidadosamente con sus grandes manos el cuello de la cazadora de Oded, Kurtz le sacudió dos veces, y a la segunda la cabeza de Oded chocó dolorosamente con la ventanilla, pero ni Kurtz se disculpó ni Oded se quejó de nada.

–*Ellos*, Oded. No *él*: *ellos* -dijo ahora Kurtz, amenazante-. Fueron *ellos* los que hicieron lo de Bad Godesberg. Lo de Leiden. Y es a *ellos* a quienes queremos eliminar, no a seis inocentes amas de casa alemanas y a un niño idiota.

–Está bien -dijo Oded, sonrojándose-. Déjame en paz.

–No, Oded, *no* está bien. Yanuka tiene *amigos*. Gente a la que no hemos sido presentados todavía. ¿Quieres llevar *tú* la operación?

–He dicho que está bien...

Kurtz le soltó y Oded puso de nuevo el motor en marcha. Kurtz propuso que siguieran la excursión por el estilo de vida de Yanuka, así que bajaron dando tumbos por una calle adoquinada donde estaba su cabaret favorito, la tienda donde se compraba las camisas y las corbatas, el sitio donde iba a cortarse el pelo y las librerías izquierdistas donde gustaba de hojear y comprar libros. Y durante todo el rato, del mejor humor, Kurtz se extasiaba ante todo cuanto veía, como si estuviera contemplando una película antigua de la que no se cansaba nunca... hasta que en una plaza no muy distante de la terminal del aeropuerto se dispusieron a despedirse. De pie en la calzada, Kurtz palmeó la espalda de Oded con desenfadado afecto y luego le pasó la mano por los cabellos.

–Oídmeme bien los dos, no hay que estar con el alma en un hilo. Id a comer a un buen restaurante y cargádmelo a mi cuenta, ¿de acuerdo?

Su tono era el de un jefe de filas movido a demostrar afecto antes de la batalla. Y no otra cosa era Kurtz, siempre que Misha Gavron se lo permitiera.

El vuelo nocturno de Munich a Berlín, para los pocos que lo efectúan, es una de las últimas travesías nostálgicas posibles en Europa. Puede que el Orient Express, el Golden Arrow y el Train Bleu estén muertos, moribundos o artificialmente resucitados, pero para quienes tienen memoria, sesenta minutos de vuelo nocturno por el corredor germano oriental a bordo de un traqueteante avión de la Pan Am, vacío en sus tres cuartas partes, es como el safari de un viejo aficionado dando rienda suelta a su adicción. Lufthansa tiene prohibido volar por una zona que pertenece únicamente a los vencedores, a los ocupantes de la antigua capital alemana; a los

historiadores y buscadores de islas; y a un americano con muchos años y cicatrices de guerra a la espalda, imbuido de la sumisa serenidad del profesional, que hace el trayecto casi a diario y sabe cuál es su butaca preferida y el nombre de pila de la azafata, que él pronuncia con el espantoso alemán de la ocupación. Y uno piensa que a continuación le pasará un paquete de Lucky Strike para concertar una cita con ella detrás del economato militar. El fuselaje gruñe, se levanta, las luces fallan, y uno no puede creer que el avión no tenga hélices. Uno mira el paisaje enemigo sin iluminar - ¿saltar, lanzar la bomba?-, uno piensa en sus recuerdos y confunde las guerras: allá abajo, en cierto sentido intranquilizador al menos, el mundo sigue como estaba.

Kurtz no era una excepción.

Sentado junto a su ventanilla, veía pasar la noche a través de su propio reflejo; como siempre que hacía este viaje, se convertía en un espectador de su propia vida. En algún punto de aquélla estaba la vía férrea que había traído el tren de mercancías en su lenta travesía desde el Este; en algún punto el apartadero exacto donde había quedado estacionado durante cinco noches y seis días a finales de invierno para dejar paso a los transportes militares que importaban muchísimo más, mientras Kurtz y su madre y los ciento dieciocho judíos que atestaban el camión comían nieve y se quedaban helados, muchos de ellos hasta morir de frío. «El próximo campo estará mejor», le decía su madre para tranquilizarlo y darle ánimos. En algún punto de aquella negrura su madre había desfilado pasivamente hacia su muerte; en algún punto de esos campos el chico de los Sudetes que era él había pasado hambre, robado y matado, esperando sin ilusión que otro mundo hostil viniera a por él. Vio el campamento de recepción aliado, los uniformes desconocidos, las caras infantiles tan envejecidas y transidas como la suya. Abrigo nuevo, botas nuevas y alambre de espino nuevo... y una nueva huida, ahora de quienes le habían rescatado. Se vio otra vez a sí mismo yendo de granja en granja, de aldea en aldea, siempre hacia el sur, semana tras semana mientras le pasaban ese hilo de Ariadna, hasta que gradualmente las noches fueron siendo más cálidas y olorosas, y por primera vez en su vida oyó el susurro de las palmeras agitadas por el viento marino. «Óyenos bien, muchachito tieso de frío -le susurraban-, así es como hablamos en Israel, así de azul es el mar.» Vio aquel herrumbroso vapor junto al rompeolas, el barco más grande y más noble que había visto jamás, tan negro de testas judías que, tan pronto estuvo a bordo, robó un gorro y no se lo quitó hasta que hubieron obtenido permiso para zarpar. Pero ellos lo necesitaban, rubio o sin pelo. En la cubierta los jefes daban lecciones a pequeños grupos sobre cómo disparar con fusiles Lee-Enfield robados. Haifa estaba aún a dos días de viaje y la guerra de Kurtz no había hecho más que empezar.

El avión daba vueltas en círculo y a punto de aterrizar. Kurtz notó cómo se inclinaba y miró al cruzar el Muro. Sólo llevaba equipaje de mano, pero las normas de seguridad, a causa del terrorismo, eran muy estrictas, de modo que las

formalidades se prolongaron un buen rato.

Shimon Litvak esperaba en el aparcamiento sentado en un modelo barato de Ford. Había volado desde Holanda tras haber pasado dos días mirando los destrozos de Leiden. Al igual que Kurtz, no se sentía con derecho a dormir.

–El libro bomba fue entregado por una chica -dijo tan pronto Kurtz hubo subido al coche-. Una morena muy bien proporcionada. Con vaqueros. El portero del hotel la tomó por una estudiante, está convencido de que llegó y se fue en bicicleta. En parte lo creo. Otra persona ha dicho que la llevaron al hotel en moto. Una cinta de regalo alrededor del paquete y «Feliz cumpleaños, Mordecai» en la etiqueta. Plan, transpone, bomba y chica, nada nuevo...

–¿El explosivo?

–Plástico ruso, fragmentos de envoltorio, nada que nos sirva de pista.

–¿Marca de fábrica?

–Un bonito trozo sobrante de cable eléctrico rojo, en forma de pelele.

Kurtz le miró al punto.

–Bueno, cable sobrante no hay -admitió Litvak-. Sólo fragmentos carbonizados, nada que se pueda identificar.

–¿Pinza de la ropa, tampoco? -dijo Kurtz.

–Esta vez prefirió una ratonera. Una bonita ratonera de cocina. -Puso el motor en marcha.

–Él también usaba ratoneras -dijo Kurtz.

–Usaba ratoneras, pinzas de la ropa, viejas mantas beduinas, explosivos que no dejan rastro, relojes baratos de una sola manecilla y chicas también baratas. Y es, sin excepción, el tío más chapucero haciendo bombas que me he tirado a la cara, incluso entre los árabes -dijo Litvak, que odiaba la incompetencia casi tanto como al enemigo culpable de ella-. ¿Cuánto tiempo te ha dado?

Kurtz aparentó no comprender:

–¿Dado? ¿Quién?

–¿Cuál es el plazo? ¿Un mes? ¿Dos meses? ¿En qué habéis quedado?

Pero Kurtz no siempre se sentía inclinado a ser conciso en sus respuestas.

–Hemos quedado en que en Jerusalén hay mucha gente que preferiría atacar los molinos del Líbano antes que pelear contra el enemigo con la inteligencia.

–¿Podrá contenerlos el Tahúr? ¿Puedes tú?

Kurtz se sumió en un inusitado silencio del que Litvak se sintió reacio a sacarle. En medio de Berlín Oeste no existe la oscuridad, en la periferia no hay luz. Se encaminaba hacia la luz.

–Le has hecho un buen cumplido a Gadi -comentó de súbito Litvak, mirando de reojo a su jefe-. Venir a su ciudad así... Que tú hayas hecho este viaje es todo un

homenaje a su persona.

–La ciudad no es suya -dijo tranquilamente Kurtz-. Se la han prestado. La única razón de que Gadi esté en Berlín es que tiene una beca, un oficio que aprender, una segunda vida por delante.

–¿Y puede soportar el vivir entre tanta escoria? ¿Por su nueva carrera? ¿Puede venir a *este* sitio, después de Jerusalén?

Kurtz no respondió a la pregunta directamente, y Litvak tampoco esperaba que lo hiciera.

–Gadi ya ha hecho su aportación, Shimon. Nadie lo ha hecho mejor, en función de sus habilidades. Ha peleado muy duro en situaciones difíciles, casi siempre detrás de las líneas. ¿Por qué no darle una segunda oportunidad? Tiene derecho a encontrar la paz.

Pero Litvak no estaba adiestrado para abandonar el combate de manera poco concluyente.

–¿Para qué molestarle, entonces? ¿Para qué resucitar lo que ya ha terminado? Si está empezando de cero, déjale que se apañe solo.

–Porque su situación es comprometida. -Litvak se volvió rápidamente en busca de una aclaración, pero Kurtz estaba envuelto en sombras-. Porque es una persona que reflexiona. Porque posee la desgana que puede hacer inclinar la balanza.

Pasaron junto al templo conmemorativo y siguieron adelante entre los gélidos fuegos de la Kurfürstendamm para regresar a la amenazante quietud de los oscuros aledaños de la ciudad.

–¿Y qué nombre utiliza ahora? -preguntó Kurtz, con una complaciente sonrisa-. Dime cómo se hace llamar.

–Becker -dijo sucintamente Litvak.

Kurtz expresó una jovial desilusión.

–¿Becker? ¿Pero se puede saber qué apellido es ése? Gadi *Becker*... ¿él, que es un *sabra* ?

–Es la versión alemana de la versión hebrea de la versión alemana de su nombre -contestó Litvak, sin humor-. A petición de sus patrones, ha vuelto a los orígenes. Ahora ya no es israelí, ahora es judío.

Kurtz esbozó una sonrisa.

–¿Le acompaña alguna dama, Shimon? ¿Cómo le va últimamente con las mujeres?

–Una noche aquí, otra allá. En realidad, nada fijo.

Kurtz se acomodó en su asiento.

–Entonces puede que le convenga un compromiso. Y luego volver con su bonita esposa, Frankie, a quien a mi juicio él no debería haber abandonado nunca.

Entrando en una escuálida calle secundaria, aparcaron frente a un bloque de tres

pisos de ínfima calidad. Un portal con pilastras había conseguido sobrevivir a la guerra. A un lado del portal, al nivel de la calle, se veía el escaparate iluminado de una tienda de género textil con un poco atractivo despliegue de vestidos de señora. Y encima un letrero que rezaba «sólo venta al mayor».

–Pulsa el timbre de arriba -dijo Litvak-. Dos llamadas, pausa, una tercera llamada, y vendrá enseguida. Le dieron un cuarto encima de la tienda. -Kurtz salió del coche-, Buena suerte, ¿eh? Toda la del mundo.

Litvak vio a Kurtz cruzar la calle a trancos. Le vio avanzar por la calzada con su paso arrollador, demasiado aprisa, para luego detenerse con demasiada premura al llegar al ruinoso portal. Vio subir su grueso brazo hasta el timbre y abrirse la puerta poco después, como si alguien hubiera estado esperando detrás, y supuso que así había sido. Vio cuadrarse a Kurtz y bajar la espalda para abrazar a un hombre más delgado; vio los brazos de su anfitrión rodearle en un enérgico y marcial saludo.

Al volver lentamente en coche a la ciudad, Litvak miraba ceñudo a todo cuanto veía a su paso, exteriorizando así su envidia: Berlín como lugar de odio para él, enemigo heredado para siempre; Berlín, donde el terror iba a desovar, entonces y ahora. Se dirigía a una pensión barata donde nadie parecía dormir, él incluido. Hacia las siete menos cinco estaba de nuevo en la calleja donde había dejado a Kurtz. Tocó el timbre, esperó y oyó lentos pasos. Kurtz entró y la puerta se cerró. Se abrió la puerta y apareció Kurtz aspirando agradecido el aire de la mañana y estirándose después. Iba sin afeitarse y se había quitado la corbata.

–¿Y bien? -preguntó Litvak, en cuanto estuvieron en el coche.

–Y bien ¿qué?

–¿Qué ha dicho? ¿Lo va a hacer o piensa quedarse pacíficamente en Berlín y aprender a hacer vestidos para un puñado de refugiados polacos?

Kurtz parecía sorprendido de veras. Estaba a medio ensayar aquel gesto que tanto había fascinado a Alexis, consistente en llevar su viejo reloj de pulsera a su campo visual mientras se subía la manga izquierda con la otra mano. Pero al oír la pregunta de Litvak, lo dejó a medias.

–¿Si lo va a *hacer* ? Él es un agente israelí, Shimon. -Luego sonrió tan calurosamente que Litvak, cogido por sorpresa, le sonrió a su vez-. Primero, lo reconozco, Gadi dijo que prefería continuar estudiando su nuevo oficio en sus muchos aspectos. Y entonces hablamos de su magnífica misión en Suez en el sesenta y tres. Luego dijo que el plan no funcionaría, así que hablamos a fondo de los inconvenientes de vivir escondido en Trípoli y de mantener allí una red de agentes libios más que mercenarios, algo que Gadi estuvo haciendo tres años, si no recuerdo mal. Y entonces dijo «Busca a un hombre más joven», cosa que nadie ha pensado en serio en ningún momento, y recordamos sus muchas incursiones nocturnas en el Jordán y las limitaciones de la acción militar contra los blancos guerrilleros, un punto

sobre el que me dio toda su conformidad. Y después hablamos de la estrategia. ¿Qué más?

—¿Y el parecido? ¿Será suficiente? ¿Su altura, su cara?

—El parecido es suficiente -replicó Kurtz mientras sus rasgos se endurecían, apareciendo sus viejas arrugas-. Estamos en ello, y es suficiente. Y ahora déjame tranquilo, Shimon, o harás que acabe queriéndole más de la cuenta.

Dejó a un lado su seriedad y se echó a reír hasta que se le saltaron lágrimas de alivio y de cansancio. Litvak se rió también, y con las carcajadas notó que le desaparecía la envidia. Estos súbitos y un poco delirantes cambios de humor eran muy propios de Litvak, en cuya personalidad influían muchos y muy irreconciliables factores. Su apellido significaba originalmente «judío de Lituania» y en tiempos fue un término desdeñoso. ¿Cómo se veía él a sí mismo? Un día como un huérfano de kibbutz, con veinticuatro años y ningún pariente vivo conocido; otro, como el hijo adoptivo de una fundación ortodoxa norteamericana y de las fuerzas especiales de Israel. Y otro, en fin, como el devoto policía de Dios encargado de limpiar el mundo a conciencia.

Tocaba maravillosamente el piano.

Sobre el secuestro poco había que decir. Hoy en día, cuando el equipo tiene experiencia, estas cosas o suceden rápido y de un modo casi ritual, o no suceden. Únicamente el tamaño de la presa le daba ese toque de atrevimiento extra. No se trataba de tiroteos ni de cosas desagradables, sólo de la limpia apropiación de un Mercedes color vino tinto, y de su ocupante, el conductor, a unos treinta kilómetros en el lado griego de la frontera grecoturca. Litvak comandaba el equipo y, como siempre que actuaba en campaña, estuvo excelente. Kurtz, nuevamente en Londres para resolver una crisis en el seno de su Comité Literario, pasó aquellas horas críticas al pie del teléfono en la embajada israelí. Los dos chicos de Munich, tras haber informado de la devolución del coche alquilado sin que hubiera sustituto a la vista, siguieron a Yanuka hasta el aeropuerto y, efectivamente, ya no se supo más de él hasta que tres días después, en Beirut, un grupo de escucha clandestina que operaba en un barrio palestino sintonizó su alegre voz saludando a su hermana Fatmeh, que trabajaba en una oficina revolucionaria de las muchas de la ciudad. Había venido para ver a unos amigos, dijo, estaría un par de semanas en Beirut; ¿tenía ella una tarde libre? Yanuka parecía realmente contento, informaron los escuchas: arrojado, entusiasmado, vehemente. Sin embargo, Fatmeh se mostró fría. O su recibimiento era tibio, dijeron los escuchas, o sabía que el teléfono estaba intervenido. Las dos cosas, quizá. Sea como fuere, los hermanos no llegaron a verse.

Se le volvió a escuchar por radio cuando llegó a Estambul en avión, alojándose en el Hilton con un pasaporte diplomático chipriota y dedicándose durante dos días a

disfrutar de los placeres religiosos y seculares de la ciudad. Quienes le seguían definieron su actitud como la de alguien que se da un atracón de Islam antes de volver a la cristiana Europa. Visitó la mezquita de Solimán *el Magnífico*; fue visto rezando no menos de tres veces y haciéndose limpiar después sus zapatos Gucci, una vez, en la alameda cubierta de hierba que corre paralela al Muro Sur. También se tomó varios vasos de té en compañía de dos hombres callados a quienes se pudo fotografiar pero cuya identidad no fue descubierta nunca: resultó ser una pista falsa, no el contacto que ellos estaban esperando. Y luego se divirtió muchísimo viendo en la acera a unos viejos disparar por turnos unos dardos emplumados, con una escopeta de aire comprimido en la acera a un blanco dibujado en una caja de cartón. Él quiso sumarse al torneo, pero no le dejaron.

En los jardines de la plaza del Sultán Ahmed, se sentó en un banco entre macizos de flores naranjas y malvas, mirando con dulzura las cúpulas y los minaretes que delimitaban la plaza, así como los enjambres de risueños turistas americanos, especialmente un grupito de quinceañeras en pantalón corto. Pero algo le contuvo de acercarse, lo que en él habría sido normal: charlar y reír con ellas hasta hacerse aceptar. Compró diapositivas y postales a unos mercachifles que no tendrían más de nueve años, sin preocuparse de sus precios escandalosos; paseó por Santa Sofía, admirando con idéntico placer las glorias del Bizancio de Justiniano y las de la conquista otomana, y se le oyó soltar una exclamación de sincero asombro a la vista de las columnas traídas a rastras desde Baalbek, en el país que tan recientemente había abandonado.

Pero su concentración más devota la reservó para el mosaico de Agustín y Constantino ofreciendo su iglesia y su ciudad a la Virgen María, pues fue allí donde realizó su enlace clandestino: un hombre alto y nada premioso, con cazadora, que enseguida le hizo de guía. Hasta entonces Yanuka había rechazado con decisión cualquier oferta semejante, pero algo que le dijo este hombre -sumado indudablemente al lugar y a la hora en que se le acercó- le convencieron al punto. Codo a codo, efectuaron una segunda y sumaria vuelta por el interior del templo, admirando debidamente su cúpula sin apoyaturas, y luego fueron a un aparcamiento cercano a la autopista de Ankara. El Plymouth se alejó; Yanuka estaba de nuevo solo en el mundo, pero esta vez como dueño de un bonito Mercedes rojo que él llevó tranquilamente de vuelta al Hilton, adjudicándose su propiedad al entregar las llaves al conserje.

Yanuka no salió aquella noche -ni siquiera para ver a las bailarinas de la danza del vientre que tanto le habían hechizado la víspera- y ya no se le vio hasta la mañana siguiente a primera hora partiendo hacia el oeste por la carretera absolutamente recta que se adentra en la llanura camino de Edirne e Ipsala. El día empezó brumoso y frío y con horizontes cercanos. Yanuka paró en un pueblo a tomar café y fotografió a una

cigüeña que tenía su nido en la cúpula de una mezquita. Subió a un montículo y orinó mirando el mar. Empezó a hacer calor, las monótonas lomas se volvieron rojas y amarillas, entre ellas corría el mar a la izquierda de él. En una carretera así, sus seguidores no tenían más alternativa que emparedarle, como se suele decir, con un coche mucho más adelante y otro mucho más atrás, confiando en que él no se metiera por un desvío no señalizado, cosa de la que era muy capaz. La naturaleza desértica del lugar no les dejaba otra opción, pues las únicas señales de vida en varios kilómetros eran unos gitanos acampados, algún pastor joven y algún que otro arisco hombre de negro cuya vida parecía asociada al estudio del fenómeno del movimiento. Al llegar a Ipsala, los despistó tomando la bifurcación que llevaba a la ciudad en lugar de seguir hacia la frontera. ¿Acaso iba a entregar el coche? ¡Dios no lo quiera! Entonces ¿qué demonios buscaba en una pestilente ciudad fronteriza turca?

La respuesta era Dios. En una anónima mezquita de la plaza mayor, en los márgenes mismos de la cristiandad, Yanuka volvió a encomendarse a Alá, cosa que, como diría después Litvak lúgubrementemente, fue una gran idea por su parte. Al salir fue mordido por un perro marrón que escapó antes de que él pudiera desquitarse. También eso fue interpretado como un presagio.

Finalmente, para alivio de todos, volvió a la carretera. La frontera, a esa altura, es un lugar insignificante y hostil. Turcos y griegos no se ven con buenos ojos y apenas coinciden allí, pues la zona está indiscriminadamente minada a ambos lados; terroristas y *contrebandiers* de todo pelaje tienen allí sus rutas e intenciones ilegales; hay tiroteos frecuentes de los que raramente se habla; la frontera búlgara queda a unos cuantos kilómetros al norte. En el lado turco hay un letrero que dice «buen viaje», en inglés, pero no hay palabras amables para los griegos que se van. Primero está el escudo turco, en un tablero militar, luego un puente sobre aguas calmadas y verdes y después una pequeña cola de gente nerviosa esperando las formalidades de la inmigración turca, que Yanuka trató de saltarse confiando en su pasaporte diplomático; y lo logró, efectivamente, corriendo sin saberlo en pos de su propia destrucción. Luego, emparedada entre la jefatura de policía turca y los centinelas griegos, hay una tierra de nadie de unos veinte metros de largo donde Yanuka compró una botella de vodka libre de impuestos y se tomó un helado en la cafetería observado por un muchacho de aire soñador y cabello largo llamado Reuven, que llevaba tres horas allí comiendo bollos dulces. La última fioritura turca es un gran busto de bronce de Atatürk, el decadente visionario, lanzando una mirada furiosa a las hostiles llanuras griegas. En cuanto Yanuka hubo pasado por allí, Reuven saltó a su motocicleta y transmitió una señal de cinco puntos a Litvak, que esperaba en Grecia, a treinta kilómetros de la frontera pero fuera de la zona militarizada, en un punto en que el tráfico rodado debía aminorar la marcha al mínimo debido a unas obras. Reuven corrió después a sumarse a la fiesta.

Utilizaron una chica, muy sensata idea teniendo en cuenta las probadas aficiones de Yanuka, y le dieron una guitarra, muy bonito detalle porque hoy día una guitarra legitima a una chica aunque no sepa tocar. La guitarra es el distintivo de cierta apacibilidad sentimental, tal como les habían recordado recientes observaciones en otros puntos. Titubearon a la hora de utilizar a una rubia o una morena, sabiendo su preferencia por las rubias, pero conscientes también de que él siempre estaba dispuesto a hacer excepciones. Al final se decantaron por la chica morena, en base a que tenía mejor trasero y andares más insolentes, y la apostaron en el lugar donde terminaban las obras. Las obras en la carretera eran una merced divina. Así lo creían. Algunos pensaron que era Dios -el dios judío- y no Kurtz o Litvak quien manipulaba magistralmente su suerte o su desgracia.

Primero venía una superficie asfaltada; luego, sin previo aviso, unos toscos guijarros azules, como pelotas de golf irregulares. Luego venía la rampa de madera con sus luces amarillas como espantapájaros parpadeando a todo lo largo, límite de velocidad diez kilómetros por hora y ni un loco se habría atrevido a pasar de ahí. Luego, del otro lado de la rampa, la chica caminando laboriosamente por el andén de peatones. Tú, muévete como siempre, le dijeron: no te menees mucho, sólo tienes que sacudir el pulgar de la mano izquierda. Lo único que realmente les preocupaba era que siendo una chica tan guapa pudiera meterse en cualquier coche antes de que Yanuka apareciera para reclamarla. Una característica particularmente propicia fue el modo en que el escaso tráfico era dividido temporalmente. Había como un páramo de unos cincuenta metros entre los dos carriles, el que iba hacia el este y el que iba hacia el oeste, con casetas de alhamíes, tractores y un montón de basura esparcida entre ambos. Se podría haber escondido a todo un regimiento sin que nadie se diera cuenta. No es que fuesen un regimiento. El equipo estaba formado por siete elementos, incluidos Shimon Litvak y la chica señuelo. A Gavron *el Tahúr* no había quien le sacara un céntimo más. Los otros cinco eran muchachos vestidos con alegres prendas veraniegas y calzado deportivo, esa clase de individuo que puede estar todo el día mirándose las uñas sin que nadie le pregunte por qué no habla, para luego ponerse rápidamente en movimiento antes de volver a sus letárgicas meditaciones.

Eran cerca de las diez de la mañana; el sol estaba alto el aire, cargado de polvo. El resto de la circulación estaba formado por grises camiones cargados de alguna clase de cieno o arcilla. El bruñido Mercedes color vino tinto -que no era nuevo, pero tenía un magnífico aspecto- destacaba entre coches tales como el de unos recién casados atascado entre sendos camiones de basura. Llegó a la zona de guijarros a treinta kilómetros por hora, que era demasiado, y frenó cuando las piedras empezaron a chocar contra la parte inferior. Subió la rampa a veinte, redujo a quince, luego a diez, y al pasar junto a la chica todos pudieron ver cómo Yanuka volvía la cabeza para comprobar si por delante estaba tan bien como por detrás. Lo estaba. Siguió otros

cincuenta metros hasta llegar al trozo asfaltado, y, por un momento, Litvak creyó que habría que echar mano del plan de reserva, un asunto complicado en el que debía intervenir un segundo equipo y un falso accidente de carretera cien kilómetros más allá, Pero la lujuria, la naturaleza, o lo que sea que nos obnubila, se salió con la suya. Yanuka paró el Mercedes y bajó la ventanilla, asomó su joven y bonita cabeza y, lleno de alegría de vivir, vio avanzar lascivamente a la chica a la luz del sol. Al llegar ella a su altura le preguntó si tenía intención de seguir andando hasta California. Ella respondió, también en inglés, que se dirigía «más o menos» hacia Tesalónica y preguntó si él también. Según dijo la chica, él contestó «Más o menos, si a ti te va bien», pero nadie más le oyó y fue una de esas cosas que siempre son objeto de controversia cuando termina una operación. El mismo Yanuka negó categóricamente que hubiera dicho nada, de modo que tal vez la chica se apuntó un tanto porque sí. Sus ojos, sus facciones en general, eran de lo más seductor, y sus tentadores y pausados movimientos consiguieron atraer toda la atención de él. ¿Qué otra cosa podía pedir un buen chico árabe después de dos semanas de austera instrucción política en las colinas meridionales del Líbano, que esta cautivadora visión de un harén con téjanos?

Hay que añadir que Yanuka era flaco y de aspecto extraordinariamente gallardo, con un bello aire semítico comparable al de ella, y que todo él exhalaba una contagiosa jovialidad. Resultó de ello un olfateo mutuo como el que puede darse de inmediato entre dos personas físicamente atractivas, en el que parecen compartir realmente una imagen especular de ellos mismos haciendo el amor. La chica dejó la guitarra en el suelo, y, fiel a sus órdenes, se deshizo de su mochila entre contoneos y la arrojó con aire agradecido a tierra. El efecto de este ademán de desnudamiento, había argumentado Litvak, sería obligar a Yanuka a hacer una de estas dos cosas: o abrir la puerta de atrás desde dentro, o bien salir del coche y abrir el maletero desde fuera. En un caso como en otro se expondría a ser atacado. Claro está que en ciertos modelos de Mercedes se puede operar el maletero desde el interior. Pero en éste no. Litvak lo sabía. Igual que sabía a ciencia cierta que el maletero estaba cerrado; y que no habría tenido sentido ofrecerle la chica en el lado turco de la frontera ya que -por buenos que hubieran sido sus papeles, y siendo árabe tenían que ser muy buenos- Yanuka no habría sido tan tonto como para incrementar los riesgos de atravesar un paso fronterizo llevando a bordo trastos injustificables.

Como resultó después, Yanuka escogió la opción que a ellos les había parecido más deseable. En lugar de alargar simplemente el brazo y abrir una puerta manualmente, como podía haber hecho, optó, quién sabe si para impresionar, por accionar el dispositivo central de cierre electrónico, desconectando así no una sino las cuatro- puertas a la vez. La chica abrió la puerta trasera que tenía más a mano y, sin entrar, lanzó mochila y guitarra sobre el asiento trasero. Para cuando había cerrado de

nuevo la puerta e iniciado su traslado hacia la parte delantera, como con la intención de sentarse en el asiento del acompañante, un hombre apuntaba ya una pistola a la sien de Yanuka mientras el propio Litvak, de aspecto mucho más frágil, se arrodillaba en el asiento trasero sosteniendo la cabeza de Yanuka por detrás mediante una presa asesina y muy entrenada, mientras le administraba la droga que mejor se adecuaba al historial médico de Yanuka, tal como le habían asegurado con la mayor seriedad: de adolescente había sufrido bastante por culpa del asma.

Lo que sorprendió a todos después fue lo silencioso de la operación. Incluso mientras esperaba a que la droga hiciera su efecto, Litvak oyó claramente cómo se partían unas gafas de sol en medio del jaleo del tráfico, y transcurrió un espantoso instante en que creyó haberle roto el cuello a Yanuka, lo cual habría arruinado toda la operación. Al principio pensaron que se las había ingeniado para deshacerse de las matrículas y documentos falsos que necesitaba para el viaje, hasta que lo encontraron todo a su entera satisfacción, pulcramente metido en su elegante maletín negro, debajo de unas camisas de seda confeccionadas a mano y unas corbatas llamativas, de todo lo cual se vieron obligados a apropiarse para sus propios fines, junto con su bonito reloj de oro marca Cellini y su brazalete de oro a juego y el amuleto dorado que Yanuka solía llevar pegado al corazón y que se suponía un regalo de su querida hermana Fatmeh. Otra de las cumbres de la operación -atribuible únicamente al ingenio de Yanuka- fue que el coche tenía lunas ahumadas a fin de evitar que la gente corriente viese lo que ocurría dentro del vehículo. Este fue uno de los muchos ejemplos de cómo Yanuka se convirtió en la víctima fatal de su propio tren de vida lujoso. Después de esto, hacer desaparecer el coche hacia el oeste y luego hacia el sur no les dio ningún quebradero de cabeza; podrían haberlo sacado de allí sin que nadie se diera cuenta. Pero para más seguridad habían alquilado un camión supuestamente cargado de abejas camino de un nuevo hogar. En esa región, razonó sensatamente Litvak, existe bastante comercio de abejas, e incluso el más inquisitivo policía se lo habría pensado dos veces antes de alterar la intimidad de sus panales.

El único elemento realmente no previsto fue la mordedura de perro; ¿y si el animal tenía la rabia? Habían comprado un poco de suero y se lo inyectaron por precaución.

Con Yanuka temporalmente apartado de la sociedad, lo más crucial era asegurarse de que nadie, en Beirut o en cualquier otra parte, notara su ausencia. Conocían de antemano su naturaleza independiente y despreocupada. Conocían también su afición a hacer las cosas más insospechadas, sabían que era famoso por alterar sus planes en cuestión de segundos, en parte por capricho y en parte porque creía, con razón, que ése era el mejor sistema para no dejar rastro. Conocían su recién adquirida pasión por las cosas griegas, y su probada costumbre de perderse a la búsqueda de antigüedades

mientras iba de camino. En su última excursión había llegado hasta Epidaurus sin siquiera comunicarlo a nadie (un gran rodeo, sin razón aparente o conocida, desviándose de su ruta). Estas impensadas estratagemas le habían hecho extremadamente difícil de coger. Usadas, como ahora, en su contra, nadie podía salvar a Yanuka -así pensaba fríamente Litvak- puesto que los suyos no podían comprobar mejor su paradero que sus enemigos. El equipo le apresó y le quitó de en medio. Ahora había que esperar. Y allí donde les fue posible escuchar, no sonó ninguna alarma ni hubo susurro alguno de inquietud. Si los jefes de Yanuka tenían de él alguna visión, concluyó cautelosamente Shimon Litvak, era la de un joven en la flor de la edad desaparecido en pos de la vida y -¿quién sabe?- de nuevos soldados para la causa.

De modo que la ficción, como Kurtz y su equipo lo llamaban ahora, podía empezar ya. Si podría acabar también -es decir, si había tiempo aún, según el viejo reloj de Kurtz, para que todo se desarrollase como él tenía decidido- era harina de otro costal. Kurtz estaba sometido a dos tipos de presiones: la primera, y no había vuelta de hoja, era demostrar algún progreso o que Misha Gavron le pusiera de patitas en la calle; la segunda era la amenaza de Gavron en el sentido de que si no se veían progresos a corto plazo él no podría contener por más tiempo el creciente clamor en favor de la solución militar. A Kurtz le aterraba esto.

-¡Me sermoneas como hacen los ingleses! -le chilló el Tahúr con su voz cascada, durante una de sus frecuentes discusiones-. ¡Pues fíjate en *sus* crímenes!

-O sea que también habría que bombardear a los ingleses... -propuso Kurtz, sonriendo con furia.

Pero el tema inglés no había surgido por una coincidencia; irónicamente, era en Inglaterra donde Kurtz buscaba ahora su salvación.

3

José y Charlie fueron normalmente presentados en la isla de Mykonos, en una playa con dos merenderos, durante un almuerzo entrada ya la tarde a finales de agosto, que es cuando el sol de Grecia abrasa con más ganas. O, para situarlo en la historia con mayúsculas, cuatro semanas después de que los reactores israelíes bombardearan el atestado barrio palestino de Beirut, en una supuesta operación para destruir la jefatura del movimiento, aunque entre los varios centenares de muertos no había ningún jefe, como no fueran naturalmente futuros dirigentes, pues muchos de ellos eran niños.

–Charlie, te presento a José -dijo alguien con entusiasmo, y ahí empezó todo.

Sin embargo, ambos se comportaron como si el encuentro apenas hubiera tenido lugar: ella poniendo su ceño de revolucionaria y tendiendo la mano para saludar, como una colegiala inglesa, con una respetabilidad bastante malsana; y él lanzándole una mirada de tranquila y tolerante evaluación, extrañamente desprovista de anhelo.

–Ah, ya, Charlie, encantado -dijo él, y sonrió lo imprescindible para ser cortés. De modo que fue él y no Charlie quien saludó primero.

Ella se fijó en que tenía ese hábito castrense de fruncir los labios antes de decir algo. Su voz, que sonaba extranjera y bajo arresto, tenía una suavidad que amilanaba; ella tuvo más conocimiento de lo que se guardaba que de lo que ofrecía. Así pues, la actitud de él hacia ella fue el anverso de la agresión.

Se llamaba en realidad Charmian, pero todo el mundo la conocía por Charlie y a menudo por Charlie *la Roja*, por el color de su pelo y su actitud radical más o menos alocada, que era su modo de estar en el mundo y de plantarle cara a sus injusticias. Charlie era el bicho raro de una bulliciosa compañía de jóvenes actores ingleses que dormían en una granja destartada a poco más de medio kilómetro tierra adentro y que solían bajar hasta la costa formando una peluda y muy unida familia que nunca se separaba. El cómo habían llegado a esa granja -y cómo habían llegado a la isla, para empezar- era un milagro para todos ellos, aunque siendo actores no había milagro que les causara sorpresa. Su benefactor era una próspera firma de la City que recientemente había adoptado el papel de sponsor de los cómicos ambulantes. Terminada su gira por las provincias, la media docena de actores de la compañía había visto con asombro cómo se les invitaba a pasar una temporada de descanso a expensas de la empresa patrocinadora. Llegaron a la isla en vuelo chárter, la granja resultó acogedora y tenían asegurado el dinero para los gastos con una modesta ampliación de los términos de su contrato. Demasiada generosidad, demasiada amabilidad, demasiado repentino todo. Y hacía ya demasiado tiempo. Sólo un hatajo de fascistas, habían convenido gozosamente al recibir la invitación, podía haberse comportado con semejante filantropía. Y luego se olvidaron simplemente de cómo

habían llegado allí, hasta que uno u otro levantaba soñolientamente su copa y mascullaba el nombre de la empresa en un frío y displicente brindis.

Charlie no era la chica más guapa del grupo aunque, eso sí, su sexualidad brillaba por doquier así como su incurable buena voluntad, que no siempre quedaba del todo oculta por las posturas que adoptaba. Lucy, aunque tonta, era despampanante, en tanto que Charlie era, según la opinión unánime, feúcha, con una nariz larga y fuerte y una cara poco agraciada prematuramente anublada que un momento parecía infantil y al siguiente tan vieja y apesadumbrada que uno temía por lo que hubiera podido ser su vida hasta el presente y se preguntaba qué le quedaría aún por pasar. A veces era como una niña expósita, otras como una madre, la que contaba el dinero y sabía dónde estaba la loción contra los mosquitos y el esparadrapo para los cortes. En ese papel, como en todos los demás, Charlie era la más desprendida y la más capaz. Y de vez en cuando hacía las veces de conciencia del grupo, regañándoles por algún delito, real o imaginario, de chovinismo, sexismo o apatía de occidentales. Su derecho a ejercer como tal le venía conferido por su clase, ya que Charlie era su toque de *qualité*, como ellos gustaban de decir: educada en colegio privado e hija de un corredor de bolsa, si bien -como ella nunca se cansaba de decirles- el pobre hombre había terminado sus días en chirona por estafar a sus clientes. Pero, en el fondo, la clase se conserva.

Y por último, Charlie era la líder indiscutible. Al caer la tarde, cuando la familia se dedicaba a representar pequeños dramas privados con sus sombreros de paja y sus vaporosos albornoces, era Charlie la que, cuando se decidía a tomar parte, lo hacía mejor. Si optaban por cantar, era Charlie la que acompañaba con la guitarra un poco mejor, Charlie la que conocía las canciones de protesta y la que las cantaba con voz airada y varonil. Otras veces se repantigaban en taciturna asamblea para fumar marihuana y beber retsina a treinta dracmas el medio litro. Todos excepto Charlie, que se quedaba aparte como si ya hubiera fumado y bebido tiempo atrás todo lo que le hacía falta. «Veréis cuando llegue mi revolución -les había advertido con voz amodorrada-. Os haré cultivar nabos a todos vosotros antes de desayunar.» Y los otros fingían asustarse: ¿dónde sería eso? ¿Cuándo rodarían las primeras cabezas? «La cosa empezará en el maldito Rickmansworth -solía contestar ella, rememorando su muy tormentosa infancia en el extrarradio-. Cogeremos sus malditos Jaguar y los arrojaremos a sus malditas piscinas.» Y ellos soltaban alaridos de terror, aunque sabían la debilidad que Charlie sentía por los coches rápidos.

Pero eso sí, la querían. Sin disputas. Y Charlie, por mucho que lo negara, les quería también.

José, como le llamaban ellos, no era en absoluto un miembro de la familia. Ni, como Charlie, una facción de una sola persona. Su autosuficiencia era en sí misma una especie de coraje para los espíritus más débiles. José era un solitario que no se

quejaba de ello, el desconocido que no necesitaba de nadie, ni siquiera de ellos. Una toalla, un libro, una cantimplora y su pequeña madriguera en la arena. Solamente Charlie sabía que era un aparecido.

La primera vez que Charlie le vio por allí había sido la mañana después de su gran pelea con Alastair, que ella salió perdiendo por un rotundo fuera de combate. Cierta mansedumbre innata parecía impulsar a Charlie a todo tipo de gente pendenciera, y aquella vez el pendenciero de turno había sido un escocés borracho de metro ochenta de alto que la familia conocía como Long Al, un sujeto que solía proferir amenazas y que citaba inexactamente frases del anarquista Bakunin. Al igual que Charlie, era pelirrojo, de tez blanca, y con ojos azules y duros. Cuando emergían juntos del agua, eran como personas de una raza totalmente aparte, y por su voluptuosa expresión se notaba que los dos lo sabían. Cuando partían bruscamente para la granja cogidos de la mano sin decir nada a nadie, uno sentía la urgencia de su deseo como un dolor soportado pero compartido apenas. Pero cuando peleaban -cosa que había sucedido la noche antes- su rencor desmoralizaba de tal modo a individuos tan tiernos como Willy y Pauly, que éstos optaban por escabullirse hasta que pasara la tormenta. Y lo mismo había hecho esta vez Charlie: habíase arrastrado hasta un rincón del pajar para curarse las heridas. Sin embargo, al despertar bruscamente a las seis de la mañana, decidió darse un baño en solitario y luego ir al pueblo para regalarse con un periódico inglés y un buen desayuno. Fue mientras compraba el *Herald Tribune* cuando ocurrió la aparición: un claro ejemplo de fenómeno psíquico.

Era el hombre del blazer rojo. Estaba justo detrás de Charlie escogiendo un libro de bolsillo y haciendo caso omiso de ella. Aunque aquel día no llevaba el blazer rojo sino una camiseta, pantalones cortos y sandalias. Pero era el mismo hombre, no cabía duda. El mismo pelo negro, corto y con las puntas canosas, que terminaba en mitad de la frente en una punta diabólica; la misma mirada cortés de ojos castaños, respetuosa con las pasiones ajenas, que había notado clavarse en ella como un faro desde la primera fila de butacas en el teatro Barrie de Nottingham durante medio día: primero en la función de tarde y después por la noche, sin apartar los ojos de ella ni de sus menores gestos. Una cara que el tiempo no había ablandado ni endurecido, sino que parecía indeleble como un grabado. Una cara que a ojos de Charlie expresaba una firme y constante realidad, al revés de las muchas máscaras del actor.

Charlie había estado representando el papel de Juana de Arco, teniendo que soportar hasta lo increíble al Delfín, que estaba siempre a la que saltaba y procuraba robarle protagonismo cada vez que ella abría la boca. De modo que hubo de llegar la última escena para que Charlie se fijara por primera vez en él, sentado entre los colegiales en la primera fila de la platea semivacía. Si la iluminación no hubiera sido tan tenue, ella probablemente no le habría visto ni siquiera entonces, pero los focos

de la compañía se habían quedado en Derby por alguna razón, así que no había el típico deslumbramiento que suele empañar la visión desde el escenario. Al principio le había tomado por un maestro, pero cuando los chavales desalojaron la sala, él permaneció en su butaca leyendo lo que ella pensó sería el texto de la obra o quizá la introducción. Y cuando se alzó el telón y empezó la función de noche, el hombre seguía allí, en el mismo sitio, clavando en ella su plácida e insensible mirada exactamente igual que antes; y al caer definitivamente el telón, lo que sintió fue que le privaran de su presencia.

Pocos días después, en York, cuando ya se había olvidado de él, pudo haber jurado que le veía de nuevo, pero no estaba segura; los focos de escenario eran tan buenos que le fue imposible traspasar su halo con la mirada. Y el desconocido tampoco se quedó en su sitio durante el entreacto. Pese a todo, hubiera jurado que *era* la misma cara, en primera fila y hacia el centro, la que parecía vuelta hacia ella en éxtasis, y también el mismo blazer rojo. ¿Sería un crítico? ¿Un productor? ¿Un agente? ¿Un director? ¿Sería, acaso, de la empresa de la City que había asumido el patrocinio de su compañía en lugar del Arts Council? Estaba demasiado flaco, demasiado alerta pese a su inmovilidad, para ser un mecenas profesional verificando los frutos de su inversión. En cuanto a los críticos, agentes y demás, era un milagro si se quedaban un solo acto, y no digamos dos representaciones consecutivas. Y cuando le vio por tercera vez -o creyó verle- justo antes de irse de vacaciones, la última noche de su gira, apostado a la entrada de artistas del pequeño teatro del East End, ella estuvo tentada de abordarle sin más y preguntarle qué buscaba, si era un «destripador» en potencia o sólo un vulgar maníaco sexual como los demás. Pero la contuvo su aire de solícita rectitud.

El verle ahora, por consiguiente -a menos de un metro de ella, aparentemente ajeno a su presencia, contemplando los libros con el mismo interés solemne que sólo unos días antes le había prodigado-, la sumió en un estado de extraordinaria agitación. Charlie se volvió hacia él, advirtió su no aturdido encaro, y por un momento le miró con más furia de la que él había mostrado nunca al mirarla. Tenía además la ventaja de unas gafas de sol que se había puesto para disimular sus cardenales. Visto de tan cerca, le pareció sorprendentemente más viejo de lo que había imaginado al principio, y más flaco también. Pensó que no le habría ido mal dormir un poco, y se preguntó si no estaría sufriendo de *jet-lag* pues el contorno de sus ojos mostraba una clara inclinación descendente. Pero él no le ofreció a cambio un solo parpadeo de reconocimiento o de excitación. Dejando el *Herald Tribune* de nuevo en su sitio, Charlie se batió en rápida retirada hacia la segura cantina de la zona portuaria.

Estoy loca, pensó, mientras se llevaba a la boca una temblorosa taza de café. Todo me lo hago yo. Será su doble. No debería haberme tragado ese ácido que me pasó

Lucy para animarme después de la paliza que me dio Long Al. Había leído en alguna parte que la sensación de *dejà vu* era la consecuencia de un error de comunicación entre cerebro y vista. Pero al mirar hacia la calle por donde había venido, le distinguió sensible por igual a la vista y al intelecto, sentado en la siguiente cantina y tocado con una gorra blanca de golf muy inclinada hacia adelante para protegerse los ojos del sol, mientras leía su libro de bolsillo: *Conversaciones con Allende*, de Debray, en inglés. No hacía ni dos días que ella había pensado en comprarlo.

Ha venido por mi alma, se dijo al pasar garbosamente por delante de él a fin de demostrarle su inmunidad. Pero bueno, ¿cuándo le he prometido yo que se la iba a dar?

Aquella misma tarde, efectivamente, José tomó posiciones en la playa a menos de veinte metros del campamento de la familia; vistiendo un recatado y monástico bañador de color negro, y con una cantimplora de estaño de la que sorbía frugalmente de vez en cuando, como si el próximo oasis estuviera a un día de marcha; sin levantar la vista en ningún momento, sin prestar la mínima atención, leyendo su Debray bajo la sombra de su holgada gorra blanca de golf. Pero, eso sí, siguiendo todos los movimientos de ella (Charlie lo sabía, aunque sólo fuera por la inclinación y la quietud de su hermosa cabeza.) De todas las playas que había en Mykonos, había tenido que escoger aquélla. De todos los puntos de la playa, había tenido que ir a para a ése, en lo alto de las dunas desde donde dominaba cualquier posible acercamiento, estuviera ella nadando o yendo a buscarle a Al otra botella de retsina al merendero. Desde su elevada madriguera podía dispararle a placer, y nada podía hacer ella, en cambio, para sacarle de allí arriba. Decírselo a Long Al habría sido exponerse al ridículo y a algo peor; no tenía intención de darle esa oportunidad de oro para que la despreciara por sus fantasías recurrentes. Decírselo a otro habría sido como contárselo a Al: se habría enterado el mismo día. No tenía más solución que guardarse el secreto, y eso era lo que en el fondo quería.

Por lo tanto no hizo nada, ni él tampoco, aunque ella sabía que pese a todo él estaba esperando; podía notar la paciente disciplina con que contaba las horas. Incluso tumbado como un muerto, había en su ágil cuerpo moreno una actitud de misteriosa alerta que el sol se encargaba de transmitir. A veces la tensión parecía estallar dentro de él, y se ponía en pie de un salto, se quitaba el sombrero, bajaba muy serio de su duna como un salvaje sin lanza y se zambullía sin hacer ruido, alterando apenas la superficie del agua. Ella esperaba; y seguía esperando. Se habría ahogado, sin duda. Hasta que al fin, cuando le daba definitivamente por perdido, él asomaba a lo lejos en plena bahía, nadando en un estilo libre, pausado y perfecto como si le quedaran aún kilómetros por recorrer, su negra cabeza de pelo corto reluciente como la de una foca. Cerca suyo pasaban lanchas motoras a toda velocidad, pero él no les

hacía caso. Había chicas, pero su cabeza jamás se volvía a mirarlas (ella se encargaba de vigilar). Y después del baño, su lenta y metódica sucesión de ejercicios gimnásticos antes de volver a ponerse la gorra de golf y seguir con su lectura de Allende y Debray.

¿Quién es su dueño?, se preguntaba ella impotente. ¿Quién escribe su papel, quién le dirige? Él estaba actuando para ella, tal como ella había hecho a su vez en Inglaterra. Era un comediante, también él. Con aquel sol abrasador brillando entre el cielo y la arena, Charlie podía quedarse mirando su afilado y maduro cuerpo horas y horas, utilizándolo como blanco de sus exaltadas especulaciones. Tú para mí, pensó; yo para ti; estos críos no entienden nada. Pero cuando llegó la hora de comer y todos ellos pasaron frente a su ciudadela camino de la cantina, Charlie se enfadó al ver que Lucy separaba su brazo del de Robert y le saludaba impudicamente, luciendo al mismo tiempo las caderas.

—¿A que está como un *tren* ? -dijo Lucy en voz alta-. Yo, es que me lo comería ahora mismo.

—Y yo -dijo Willy, más alto aún-. ¿Verdad, Pauly?

Pero él no les hizo caso. Por la tarde, Al la llevó hasta la granja, donde hicieron el amor con furia y sin afecto. Al volver a la playa al caer la tarde y ver que él no estaba, ella se sintió mal por haber sido infiel a su hombre secreto. Entonces se preguntó si sería conveniente recorrer los locales nocturnos en su busca. Ya que no lograba comunicarse con él de día, optó por pensar que era de hábitos nocturnos.

A la mañana siguiente ella decidió no bajar a la playa. Por la noche, la fuerza de su fijación la había advertido primero y asustado después, despertándose decidida a acabar con aquello. Tumbada junto a la mole durmiente de Al, se imaginó a sí misma locamente enamorada de alguien con quien no había cruzado una palabra, figurándosele de mil y una maneras, dejando a Al en la estacada y huyendo con él para siempre. A los dieciséis años una imbecilidad como ésta se podía permitir; a los veintiséis era indecente. Una cosa era dejar a Al en la estacada, eso tendría que ocurrir un día u otro, y otra distinta perseguir una ilusión con gorra de golf, ni siquiera en Mykonos y de vacaciones. De modo que hizo lo mismo que el día anterior, pero comprobó desilusionada que esta vez él no aparecía a su espalda en la librería ni iba a tomar café a la cantina contigua a la suya; y tampoco, cuando ella fue a mirar los escaparates de las tiendas de la zona portuaria, apareció su reflejo junto al de ella como seguía confiando que ocurriría. Al reunirse en la cantina con la familia para comer, se enteró que en su ausencia le habían puesto por nombre José.

No tenía nada de excepcional: la familia adjudicaba nombres a todos aquellos que atraían su atención, por lo general personajes del cine o del teatro, y la ética exigía que, una vez aprobados, fuesen adoptados mayoritariamente. Su Bosola de *La*

duquesa de Malfi, por ejemplo, era un nervioso naviero sueco de mirada fugaz para la carne, su Ofelia una gigantesca matrona de Frankfurt que lucía una gorra de baño con flores rosas y nada más. Pero José, manifestaron ellos, debía su nombre a su aspecto semítico y a la bata de rayas multicolores que se ponía sobre el bañador negro cuando bajaba a la playa o se iba de allí. José también por su estirada actitud para con los demás mortales y ese aspecto de ser el elegido en detrimento de otros no tan favorecidos por la suerte. José, el hermano despreciado, apartado de todos con su cantimplora y su libro.

Desde su sitio en la mesa, Charlie asistió sombríamente a la cruel anexión de su secreto por parte de los demás. Alastair, que se sentía en peligro tan pronto alguien recibía algún elogio sin su consentimiento, estaba sirviéndose un poco de cerveza de la lata de Robert.

—¿José? Chorradas -anunció con descaro-. Ese tío es un marica de mierda, como Willy y Pauly. Está buscando ligue, sabéis. Él y sus ojillos sicalípticos, me gustaría partirle la cara. Y eso voy a hacer.

Pero aquel día Charlie estaba totalmente harta de Alastair, harta de ser al mismo tiempo su esclava fascista personal y su madre tierra. Normalmente Charlie no era tan demoledora, pero la creciente repugnancia que sentía por Al estaba ahora en guerra con sus sentimientos de culpa respecto a José.

—Pues si es marica, ¿qué falta le hace exhibirse por aquí, gilipollas? -le preguntó ella fieramente, volviéndose hacia él para hacerle una espantosa mueca de ira-. Qué demonios, dos playas más arriba puede escoger entre un montón de locas griegas. Y tú también, anda.

Haciéndose eco de tan imprudente consejo, Alastair le propinó un fuerte bofetón en la mejilla, haciendo que la cara se le pusiera blanca y luego colorada.

Sus especulaciones se prolongaron toda la tarde. José era un mirón, un merodeador, un exhibicionista, un asesino, un culturista, un travesti, un miembro del partido conservador. Pero como de costumbre fue Alastair quien aportó la definitiva solución:

—¡Un mamón es lo que es, la madre que lo parió! -dijo, escupiendo las palabras, y se chupó los dientes delanteros para subrayar lo astuto de su percepción.

Pero el propio José actuaba tan ajeno a estos insultos como incluso Charlie deseaba, tanto más cuanto que a media tarde, cuando el sol y la hierba los habían sumido en una virtual estulticia -a todos excepto a Charlie, una vez más- acabaron decidiendo que era muy enrollado, lo cual fue su cumplido final. Y pese a este cambio dramático, fue Alastair una vez más quien llevó la voz cantante. A José no iban a quitárselo de encima ellos, ni nadie se lo iba a ligar, ni Lucy ni la parejita. Era enrollado pero también impasible, como el propio Alastair. Tenía su territorio, y toda su presencia lo afirmaba así: nadie me dice por dónde tengo que ir, aquí es donde me

he plantado. Enrollado pero impasible. Bakunin le hubiera puesto un diez.

–Es enrollado y me gusta -concluyó Alastair mientras acariciaba pensativamente la sedosa espalda de Lucy, bajando hasta el bikini y volviendo a empezar-. Si José fuera una mujer, ya sabría yo qué hacer con él. ¿No es cierto, Lucy?

Al poco rato, Lucy se había levantado, la única persona erguida en el rielante calor de la playa.

–¿Quién dice que no me lo voy a ligar? -dijo, despojándose de su traje de baño.

Ahora bien, Lucy era rubia, de caderas anchas y tentadora como una manzana. Hacía papeles de camarera, de puta, de galán, pero su especialidad eran las adolescentes ninfómanas, y era capaz de ligarse a quien le diera la gana con una simple caída de pestañas. Tras anudarse una bata blanca de baño bajo los pechos, cogió una jarra de vino y un vaso de plástico y echó a andar hacia el pie de la duna con la jarra en la cabeza, meneando las caderas, haciendo su propia interpretación satírica de una hollywoodiense diosa griega. Tras subir la pequeña cuesta de arena, Lucy posó una rodilla en el suelo, al lado de él, y escanció el vino desde muy arriba, dejando que la bata le resbalara al hacerlo. Al tenderle el vaso, optó por dirigirse a él en francés, o en lo que ella sabía de ese idioma.

–*Aimez-vous?* -le preguntó.

José no demostró haber reparado en su presencia. Pasó una página, observó luego su sombra y sólo entonces rodó sobre un costado y, tras una mirada crítica de sus ojos oscuros desde la sombra de su gorra de golf, aceptó el vaso y bebió solemnemente a su salud. A unos veinte metros el club de fans de Lucy aplaudía a rabiar o emitía gruñidos de fatua aprobación como los que se oyen en la Cámara de los Comunes.

–Tú debes de ser Hera -le comentó José a Lucy con la misma emotividad que si estuviera consultando un mapa. Y fue entonces cuando tuvo lugar el gran descubrimiento: ¡qué cicatrices tenía!

Lucy apenas pudo contenerse. La más atractiva de todas ellas era un limpio orificio del tamaño de una moneda de cinco peniques, parecido a esas pegatinas representando un agujero de bala que Willy y Pauly llevaban en su Mini, ¡sólo que ésta estaba en el lado izquierdo del abdomen! No podía verse a cierta distancia, pero cuando Lucy la tocó pudo notar su lisura y dureza sorprendentes.

–Y tú José -contestó vaporosamente Lucy, sin saber quién era Hera.

Nuevos aplausos recorrieron la arena cuando Alastair levantó su vaso y gritó un brindis:

–¡José! ¡Oiga usted, caballero! ¡Que se jodan sus hermanos, por envidiosos!

–¡Venid con nosotros, señor José! -exclamó Roben, a lo que siguió una furiosa orden de Charlie de que cerrase la boca.

Pero José no se movió de allí. Levantó su vaso y Charlie hubiera jurado en su loca imaginación que lo levantaba especialmente para ella, pero ¿cómo podía haber

distinguido semejante detalle a veinte metros de distancia, un hombre brindando al tendido? Luego, él volvió a su libro. No les desairó; simplemente no hizo nada de más ni de menos, como lo expresaría después Lucy. Se limitó a ponerse otra vez boca abajo y seguir con su lectura, ¡y vaya si era un agujero de bala: la cicatriz de salida la tenía en la espalda, grande como un socavón! Mientras Lucy seguía embobada mirándole la espalda, se dio cuenta de que no era una sola cicatriz sino toda una exposición de las cicatrices: los brazos, marcados en la parte inferior del codo; los islotes de piel sin pelo sobre el envés de los bíceps; las vértebras restregadas -«como si alguien le hubiera pasado un estropajo al rojo vivo»- ¿no sería que alguien le había pasado por debajo de la quilla? Lucy se quedó un rato con él, haciendo como que leía el libro por encima de su hombro mientras él iba pasando páginas, pero queriendo en realidad acariciarle la espina dorsal, porque su espina dorsal, aparte de estar llena de cicatrices, era velluda y estaba como hundida en una oquedad muscular, su tipo favorito de columna. Pero no se la acarició, porque, como le dijo después a Charlie, habiéndole tocado una sola vez, no estaba segura de que ese contacto fuera otra vez factible. Se preguntaba -dijo Lucy en un insólito arranque de modestia- si al menos no debería llamar antes. Fue una frase que posteriormente quedó anclada en la memoria de Charlie. Lucy había pensado en vaciarle la cantimplora y llenársela de vino, pero como él no se había bebido el vino del vaso, quizá era que prefería el agua... Al final Lucy se puso de nuevo la jarra en la cabeza y regresó entre lánguidas piruetas al seno de la familia, donde relató lo sucedido casi sin aliento antes de quedarse dormida en el regazo de alguien. José fue considerado más impasible y enrollado que nunca.

El incidente que les puso a los dos formalmente en contacto ocurrió la tarde siguiente, y la circunstancia fue Alastair. Long Al se marchaba. Su agente le había enviado un telegrama, cosa que ya era un milagro de por sí. Hasta entonces se había supuesto unánimemente con cierta justicia que su agente no tenía conocimiento de esta costosa forma de comunicación. El telegrama había llegado a la granja a lomos de una Lambretta a las diez de aquella mañana. Willy y Pauly, que se habían quedado en cama hasta más tarde, lo habían llevado a la playa. En él se le ofrecía, con estas palabras, un posible papel importante en una película, y ello era una gran noticia para la familia, puesto que Alastair sólo tenía una ambición, que era protagonizar un largometraje de mucho presupuesto o, como decían ellos, romper en un filme. «Soy demasiado bueno para ellos -había aclarado él cada vez que la industria le rechazaba-. El resto del reparto ha de estar a mi altura; ése es el problema y esos cerdos lo saben muy bien.» Así que cuando llegó el telegrama todos se alegraron por Alastair, pero en el fondo se alegraban mucho más por sí mismos, pues empezaban a estar hartos de su agresividad. Estaban hartos por Charlie, que cada vez tenía la cara más amoratada de

los golpes que le daba el otro, haciéndoles temer por su propia presencia en la isla. Charlie era la única que estaba molesta ante la perspectiva de su marcha, aunque su aflicción se dirigía sobre todo hacia sí misma. Al igual que ellos, hacía días que tenía ganas de perder de vista a Alastair. Pero ahora que sus oraciones habían sido escuchadas, sentía el vértigo de la culpa y el miedo de comprobar que una más de sus vidas se iba a extinguir.

La familia acompañó a Long Al hasta las oficinas que la Olympic Airways tenía en el pueblo. Su idea era entrar tan pronto abriesen después de la siesta para ponerle sano y salvo en el vuelo hacia Atenas de la mañana siguiente. Charlie acudió también, pero estaba blanca y medio mareada, y no dejó de abrazarse el pecho con los brazos como si estuviera aterida de frío.

–Qué coño, seguro que no queda ni una plaza libre -les advirtió-. Nos va a tocar quedarnos a ese cabrón durante semanas, ya veréis.

Pero se equivocaba. No sólo había plaza disponible para Long Al, sino un asiento reservado a su nombre y apellido, reserva hecha desde Londres por télex tres días atrás y confirmada otra vez el día anterior. Este descubrimiento disipó las últimas dudas que les quedaban. Long Al se encaminaba a su gran ocasión. Jamás le había pasado a ninguno del grupo una cosa semejante. Hasta la filantropía de sus patrocinadores empalidecía al lado de esto. ¡Que un *agente* -precisamente el de Al, considerado por consenso el mayor patán de todo el mercado de ganado- le reservara por télex ni más ni menos que un pasaje de avión!

–Ojo, yo a éste le dejo sin comisión -les dijo Alastair mientras tomaban unos ouzos esperando el autobús que había de llevarles de nuevo a la playa-. No pienso dejar que ningún otro parásito de mierda se lleve el diez por ciento de mis honorarios nunca más. Os lo digo yo, ¡y gratis!

Un joven hippy de cabello pajizo, un tipo estrafalario que a veces se les pegaba, les recordó que toda propiedad era un robo.

Ansiosa por Alastair y totalmente apartada de él, Charlie torcía el gesto y no bebía nada. «Al», susurró en una ocasión, y alargó el brazo en busca de su mano. Pero Long Al era tan poco gentil en el éxito como en el fracaso o en el amor; aquella mañana Charlie se ganó un labio partido que lo demostraba, y no dejó de tocárselo melancólicamente con la punta de los dedos. Una vez en la playa, el monólogo de Al continuó tan inexorable como el sol. Anunció por último que antes de firmar exigiría dar su aprobación del director.

–Que no me vengan con uno de esos mariconazos ingleses, Charlie. Y en cuanto al guión, bueno, yo no soy esa clase de comicastros sumisos que se quedan sentados dejando que le larguen frases para soltarlas después como un loro. Ya *me* conoces, Charlie. Y si quieren saber cómo soy, *de verdad*, ya pueden ir haciéndose a la idea, como hay Dios, porque de lo contrario ellos y yo vamos a tener serios problemas. ¡Y

habrá sangre, eso te lo aseguro!

En la cantina, Long Al ocupó la cabecera de la mesa a fin de recabar su atención, y fue entonces cuando todos cayeron en la cuenta de que habían perdido su pasaporte y su cartera, y su tarjeta Barclay y su billete de avión, y casi todas las cosas que un buen anarquista podía considerar como basura desechable de la sociedad esclavizada.

El resto de la familia, para empezar, no comprendió lo que había pasado. Era lo que le ocurría a menudo al resto de la familia. Pensaron que se estaba cociendo otra agria discusión entre Alastair y Charlie. Alastair la había cogido de la muñeca y se la estaba retorciendo, y Charlie hacía muecas mientras le mascullaba insultos a la cara. Entonces ella soltó un ahogado grito de dolor y acto seguido, en medio del silencio, ellos oyeron por fin lo que Al le había estado diciendo desde hacía un rato con esas u otras palabras:

–Te dije que metieras las cosas en el maldito bolso, tonta del culo. Estaban allí encima, en el despacho de billetes, y te lo dije, te dije: «Coge esto y mételo en tu bolso, Charlie.» Porque resulta que los *chicos*, a menos que sean un par de maricones *ingleses* como Willy y Pauly, los chicos no llevan bolso, *cariño*, ¿te enteras, *cariño*? O sea que ya me estás diciendo dónde lo has metido todo. Vamos, nena. Maldita sea, ésa no es forma de impedir que un hombre cumpla su destino, ¿me oyes? Ésa no es forma de poner freno al chovinismo machista, por más celos que podamos tener del éxito de nuestro pariente. Mira, nena, tengo un *trabajo* que hacer allí, y muchos *castillos* que conquistar. ¡¿Está claro?!

Fue más o menos entonces, en el momento álgido del combate, cuando José hizo su entrada. Nadie parecía saber de dónde había salido; como dijo Pauly, era como si alguien hubiese frotado la lámpara. Por lo que se pudo establecer posteriormente, apareció por la izquierda, o dicho de otro modo, vino por la playa. Sea como fuere, el caso es que allí estaba de repente, con su bata multicolor y su gorra de golf inclinada hacia adelante, llevando en su mano el pasaporte de Alastair y la cartera de Alastair y el flamante pasaje de avión de Alastair, todo lo cual había sido recogido aparentemente de la arena, al pie de los escalones de la cantina. Inexpresivo, como mucho un poquitín perplejo, José contemplaba la escena entre los dos amantes en pie de guerra, esperando como un mensajero importante a que le prestaran atención. Y entonces depositó sus hallazgos sobre la mesa. Uno a uno. De súbito, no se oyó ni una mosca en toda la cantina, sólo el golpecito de cada objeto al dar contra la mesa. Finalmente, habló.

–Disculpen, pero me da la impresión de que pronto alguien va a echar esto de menos dentro de poco. Supongo que lo ideal en la vida sería valerse sin estas cosas, pero me temo que en realidad resultaría bastante difícil.

Nadie excepto Lucy había oído su voz hasta entonces, y Lucy estaba demasiado colocada para reparar en sus inflexiones o en nada que tuviera que ver con ello. Así

pues, desconocían ese inglés suyo, ordenado y monótono, del que cualquier indicio de extranjería había sido subsanado. De haberlo conocido, todos lo habrían imitado. Primero hubo sorpresa, luego risas y después gratitud. Le rogaron que se sentara con ellos. José protestó, pero ellos insistieron con estridencia. Él era Marco Antonio ante la multitud enfervorecida: le *obligaron* a hacerlo. José los estudió a todos; sus ojos se fijaron en Charlie, siguieron la ronda y volvieron a posarse en Charlie. Por último, con una sonrisa de aceptación, capituló. «Bien, si insisten...», dijo; y ellos insistieron. Lucy, en calidad de vieja amiga, le abrazó. Pauly y Willy le hicieron los honores. Cada miembro de la familia, por turnos, se encaró a su mirada hasta que de pronto, fueron los duros ojos azules de Charlie contra los castaños de José, la furiosa turbación de Charlie contra la perfecta compostura de José de la cual había sido cuidadosamente borrado todo asomo de victoria, aunque sólo ella sabía que se trataba de un disfraz que ocultaba pensamientos y razones muy distintos.

–Ah, ya, Charlie, encantado -dijo él sin alterarse, y se dieron la mano.

Una teatral interrupción, y luego -como si por fin hubiera sido liberado de su cautividad y pudiera mostrarse libremente por primera vez- una sonrisa en toda regla, lozana como la de un colegial y doblemente contagiosa.

–Yo pensaba que Charlie era nombre de chico... -objetó él.

–Pues ya ves, soy una chica -dijo Charlie, y todos se echaron a reír, incluida ella, antes de que su luminosa sonrisa se retirara con la misma brusquedad hacia los estrictos límites de su confinamiento.

José se convirtió en la mascota de la familia durante los pocos días que a ésta le quedaban de vida. Aliviados tras la partida de Alastair, le adoptaron de buena gana. Lucy le hizo proposiciones, pero él declinó la invitación cortés e incluso sentidamente. Lucy le pasó la triste noticia a Pauly, quien experimentó un rechazo en cierto modo más firme: era una emocionante prueba adicional de que había hecho voto de castidad. Hasta la partida de Alastair la familia había asistido a una disminución de su vida comunitaria. Sus pequeños matrimonios se estaban rompiendo, y las nuevas combinaciones no lograban salvarlos; Lucy pensó que estaba embarazada, pero eso le pasaba a menudo, y con razón. Los grandes debates políticos habían fenecido por falta de impulso, pues lo máximo que sabían era que el sistema estaba contra ellos, y ellos contra el sistema; pero en Mykonos es un poco difícil dar con el sistema, sobre todo si es el que ha puesto el avión y ha pagado los pasajes. Por las noches, entre pan, tomates, aceite de oliva y resina, habían empezado a hablar con nostalgia de la lluvia y los días fríos en Londres, y de las calles donde los domingos por la mañana uno podía oler a bacon frito. Y de repente Alastair hace mutis y sale a escena José para darle la vuelta a todo y brindarles una perspectiva nueva. La familia lo aceptó con avidez. No contentos con requisar su presencia en la

playa y en la cantina, le prepararon una velada en la granja, y Lucy, haciendo el papel de futura madre, sacó platos de papel y sirvió queso y fruta. Sintióse ella misma expuesta a él por la partida de Al y asustada de sus turbulentas emociones, Charlie era la única que se mantenía aparte.

—¿Es que no *veis* que es un engañabobos, un cuarentón? No, no lo veis, ¿verdad que no? ¡No veis *literalmente* nada porque vosotros mismos sois un hatajo de pasotas engañabobos!

Se quedaron de piedra. ¿Y aquel espíritu suyo, antaño tan generoso? ¿Cómo iba a ser un engañabobos, le dijeron, si ya de entrada no pretendía ser nadie? ¡Venga, Chas, ábrele la puerta! Pero ella se negaba. En la cantina se estableció un orden natural para sentarse a la larga mesa, que José presidía calladamente en el centro por voluntad popular, identificándose con sus emociones, escuchando con los ojos, pero diciendo muy poca cosa. Cuando a Charlie le daba por ir a la cantina, se sentaba lo más lejos posible de él, a molestar o a burlarse, despreciándole por su accesibilidad. José le recordaba a su padre, le dijo a Pauly, como si eso lo explicara dramáticamente todo. Tenía exactamente el mismo empalagoso encanto, pero *corrupto* de los pies a la cabeza, Pauly; yo me di cuenta enseguida, pero no digas nada.

Pauly juró que no lo haría.

A Charlie le ha dado otra vez por meterse con los hombres, le explicó aquella noche Pauly a José; no era que Charlie tuviese nada personal, sino más bien político; su condenada madre era una especie de estúpida conformista, y su padre era un criminal de mucho cuidado, le dijo.

—¿Un padre criminal? -preguntó José con una sonrisa que sugería que conocía bien el paño-. Fascinante. Háblame de él. Vamos, insisto.

Y eso hizo Pauly, disfrutando de poder confiarle un secreto a José. Pero no era el único, puesto que después de comer, o de cenar, siempre había dos o tres que se quedaban a hablar de su talento teatral con su nuevo amigo, o bien de sus líos amorosos, o del calvario de su condición artística. Si les parecía que sus confesiones iban a quedar cortas de picante, ellos mismos se encargaban de añadir un poco para no aburrirle. José escuchaba muy atento cuanto tenían que decir, asentía muy serio, muy atento se reía un poquito; pero nunca les daba consejos ni, tal como descubrirían pronto para sorpresa y admiración suya, traficaba con información: las cosas le entraban y se quedaban allí. Mejor aún, nunca competía con sus monólogos, prefiriendo dirigir desde la sombra haciéndoles con mucho tacto preguntas personales acerca de ellos y, puesto que ella aparecía a menudo en sus pensamientos, también sobre Charlie.

Su nacionalidad era asimismo un enigma. Por alguna razón, Robert le creía portugués. Otro insistió en que era armenio, un superviviente del genocidio turco (había visto un documental que hablaba de eso...). Pauly, que era judío, dijo que era

Uno de los Nuestros, pero Pauly siempre decía eso de todo el mundo, conque para hacerle enfadar se empeñaron en que era árabe.

Pero no le preguntaron a José de dónde era, y cuando trataban de acorralarle para que les dijera a qué se dedicaba, él contestaba únicamente que viajaba mucho pero que se había establecido recientemente. Por la manera de decirlo parecía que se hubiera jubilado.

—¿Y cuál es tu empresa? -preguntó Pauly, más valiente que los demás-. Bueno, ya sabes, ¿para quién *trabajas*, digamos?

Bien, él no creía *tener* ninguna empresa, contestaba José con prudencia y ladeándose ligeramente la gorra con gesto reflexivo. Ya no. Ahora se dedicaba a leer un poco, a pequeños negocios, había heredado un dinero hacía poco, así que técnicamente hablando era un trabajador por cuenta propia. Sí, ésa era la expresión. Trabajador por cuenta propia.

La única que no se dio por satisfecha fue Charlie:

—Tú lo que pasa es que eres un parásito, ¿verdad, José? -preguntó sonrojándose-. Unos libros, unos pocos chanchullos, patearse el dinero, y de vez en cuando una isla griega para pasarlo bien. ¿No es eso?

José aguantó la descripción con una serena sonrisa. Pero Charlie no. Charlie perdió los papeles y se pasó de rosca.

—¿Lectura? Y *qué* es lo que lees, vamos a ver. ¿Negocios? Sí, ¿de *qué*? , pregunto yo. Puedo preguntar, ¿no? -Su conformidad expresada en silencio no hizo más que provocarla. Él era simplemente demasiado mayor para sus mofas-. ¿De qué te lo montas tú? ¿Eres librero?

José se tomó su tiempo. Sabía y podía hacerlo. Sus períodos de larga reflexión eran ya conocidos en la familia como los «tres minutos preventivos de José».

—¿*Montar*, dices? -repitió con desconcertado énfasis-. ¿*Montar*, yo? Charlie, seré muchas cosas, pero ¿de caballista no tengo ni un pelo!

Acallando a gritos las risas de todos, Charlie apeló a ellos desesperadamente.

—Pero, gilipollas, ¿no veis que no se puede estar aquí, aislado de todo, y hacer *negociosa* ¿Qué hace este tío? ¿Cuál es su oficio? -Charlie se dejó caer en la silla-. Joder -dijo-. ¡Qué imbéciles! -Y se rindió con el aspecto de una cincuentona exhausta, cosa que podía sucederle en un santiamén.

—¿No te parece que discutir es de lo más aburrido? -preguntó José con gran simpatía, viendo que nadie había acudido en ayuda de Charlie-. Yo diría que dinero y trabajo son las cosas de las que uno pretende huir cuando viene a Mykonos, ¿no crees, Charlie?

—Yo lo que *creo* es que ha sido como hablar con el gato de Cheshire, el de la puñetera risita -le espetó ella con rudeza.

De pronto algo se desprendió de ella como de cuajo. Se levantó, masculló entre

dientes una exclamación y, reuniendo toda la fuerza necesaria para alejar de sí la incertidumbre, dio un puñetazo sobre la mesa. Era la misma a la que habían estado sentados cuando José hizo el milagro de sacar el pasaporte de Al. El mantel de plástico se deslizó y una botella vacía de limonada, que hacía las veces de trampa para avispas, fue a parar a la falda de Pauly. Charlie se lanzó a una avalancha de insultos contra José, cosa que incomodó a todo el mundo porque en presencia de José la familia procuraba contener la lengua; le acusó de ser un excéntrico de salón, de ir a la playa a lucirse y a acosar a chicas mucho más jóvenes que él. Quiso mencionar también lo de Nottingham, York y Londres, pero el tiempo la había hecho dudar de sí misma y le aterraba que pudiera hacer el ridículo, así que se lo guardó. Nadie estaba seguro de cuánto había comprendido José de esa primera andanada. Charlie hablaba con furia, atragantándose, y empleando su acento barriobajero. Si algo vieron reflejarse en la cara de José, fueron las ganas de estudiar exhaustivamente a Charlie.

–Pero ¿qué es lo que quieres saber exactamente, Charlie? –preguntó él tras su acostumbrada pausa para meditar.

–De entrada tendrás nombre, digo yo...

–José, el que me disteis vosotros.

–¿Cuál es tu verdadero nombre?

Un consternado silencio se había posado sobre el restaurante entero. Incluso quienes querían incondicionalmente a Charlie, como Pauly y Willy, notaron que su lealtad hacia ella era forzada.

–Richthoven –contestó él al fin, como si escogiera entre un amplio abanico de apellidos-. Como el aviador pero con uve. Richthoven –repitió rotundamente, como si empezara a gustarle la idea-. ¿Es que eso me convierte en una persona completamente distinta? Si soy tan inicuo como tú piensas, ¿qué razón hay para que me creas?

–Richthoven de apellido. ¿Y el nombre de pila?

Otra pausa para decidirse:

–Peter, pero prefiero José. ¿Dónde vivo? En Viena. Pero viajo a menudo. Si quieres mi dirección, te la doy. Lástima que no aparezco en el listín de teléfonos.

–Conque eres austriaco.

–Vamos, Charlie. Digamos que soy un mestizo de origen mitad europeo y mitad oriental. ¿Te bastaría con eso?

Para entonces la pandilla se había decantado abiertamente por José y asilo expresaba entre murmullos de engorro:

–Por el amor de Dios, Charlie... Venga, Chas, que no estás en Trafalgar Square... En serio, Chas.

Pero Charlie sólo tenía una alternativa: seguir hacia adelante. Estiró entonces el brazo sobre la mesa y chasqueó los dedos con fuerza bajo la nariz de José. Primero un

chasquido, luego otro, haciendo que todos los camareros y clientes de la cantina volvieran la cabeza para ver el espectáculo.

–¡Pasaporte, por favor! Adelante, pasa mi frontera. Si desenterraste el de Al, es lógico que saques el tuyo ahora. Fecha de nacimiento, color de ojos, nacionalidad. ¡Dámelo!

José miró primero sus dedos estirados, que desde aquel ángulo tenían algo de impertinente. Luego vio su cara encendida, como para tranquilizarse sobre sus intenciones; y finalmente sonrió, una sonrisa que fue para Charlie como una graciosa y no apresurada danza sobre la superficie de un secreto profundo, una danza de hipótesis y omisiones tentadoras.

–Lo siento, Charlie, pero me parece que nosotros los mestizos tenemos mucho reparo (un reparo histórico, diría yo) a que un pedazo de papel pueda definir nuestra identidad. Estoy seguro de que siendo una persona progresista compartirás mi sentir...

José tomó la mano de ella en la suya y, tras doblarle los dedos con su otra mano, la devolvió a su punto de origen.

La semana siguiente, Charlie y José empezaban su viaje por Grecia. Como muchas proposiciones que acaban saliendo bien, ésta no llegó a hacerse en un sentido estricto. Completamente apartada de la pandilla, ella había adquirido el hábito de ir andando temprano hasta el pueblo, mientras aún hacía fresco, y malgastar el día en dos o tres bares tomando café griego y estudiando su papel en *Como gustéis*, que había de llevar al oeste de Inglaterra en otoño. Consciente de ser observada, Charlie alzó los ojos y allí estaba José, justo al otro lado de la calle, saliendo de la pensión donde, según había averiguado ella, vivía: Richthoven, Peter, habitación 18, solo. Era pura coincidencia, se dijo más tarde, que ella hubiera escogido sentarse en esa cantina precisamente a la hora que él se iba a la playa. Al fijarse en ella, José se acercó y se sentó a su lado.

–Lárgate -dijo ella.

Con una sonrisa, él pidió café.

–Creo que a veces tus amigos me resultan un poquito pesados -confesó él-. Siento el impulso de buscar el anonimato de las masas.

–Suele ocurrir -dijo Charlie.

Él hizo ademán de ver lo que estaba leyendo, y al poco rato ella se dio cuenta de que estaba hablando del papel de Rosalinda, prácticamente escena por escena. Salvo que era José quien hablaba por los dos.

–Ella es muchas personas a la vez, creo yo. Viendo cómo se desarrolla su personaje a lo largo de la obra, da la impresión de ser una persona en la que habita todo un regimiento de personalidades en conflicto. Es buena, es sabia, está como

perdida, ve demasiado, tiene incluso cierto sentido del deber social. Creo que este papel te va de perlas, Charlie.

Ella no pudo evitar la pregunta:

–¿Has estado alguna vez en Nottingham? -Le miró a los ojos sin molestarse en sonreír.

–¿En Nottingham? Me temo que no. ¿Por qué? ¿Es que Nottingham tiene algún interés especial? ¿Por qué lo preguntas?

Charlie sentía un hormigueo en los labios.

–Verás, estuve actuando allí el mes pasado. Pensaba que tal vez me habrías visto.

–Caramba, qué interesante. ¿En qué papel te habría podido ver? ¿Qué obra representabas?

–*Santa Juana*. De Bernard Shaw. Yo era Juana de Arco.

–Pero si es una de mis preferidas... Seguro que no pasa un año sin que me lea de nuevo el prólogo de *Santa Juana*. ¿Vas a representarla otra vez? A lo mejor tengo oportunidad de verla.

–También actuamos en York -dijo ella sin apartar sus ojos de los de él.

–¿De veras? O sea que fuisteis de gira. Qué bien.

–¿Verdad que sí? ¿Has visitado York en alguno de tus viajes?

–Ay, me temo que no he llegado más allá de Hampstead, Londres. Pero me han dicho que York es muy bonito.

–Oh, sí, es magnífico. Sobre todo el Minster.

Charlie siguió mirando fijamente, tanto como fue capaz, aquella cara de la primera fila de butacas. Escudriñó sus ojos oscuros y la tensa piel en torno a ellos en busca del menor signo de complicidad o de risa, pero no encontró doblez ni confesión.

Es amnésico, dedujo. O lo soy yo. ¡Madre mía!

Él no la invitó a desayunar o ella se habría negado de plano. Simplemente llamó al camarero y le preguntó en griego qué había hoy de pescado fresco; con autoridad, sabiendo qué pescado era el que le gustaba a ella, alzando un brazo de director de orquesta para avisarle. Después de despedir al camarero siguió hablando de teatro con ella, como si fuera muy normal estar comiendo pescado y bebiendo vino a las nueve de la mañana de un día de verano, aunque para él pidió una coca-cola. Hablaba con conocimiento de causa. Puede que no conociera gran cosa de Inglaterra, pero demostró estar muy al corriente de la escena londinense, cosa que no había dejado entrever a nadie más de la pandilla. Y mientras él hablaba, ella tuvo esa incómoda sensación que había experimentado desde el principio estando con él: que su naturaleza externa, su presencia misma en aquel lugar, era un pretexto; que su misión era abrir una brecha a través de la cual pudiera echar mano de su otra y muy distinta naturaleza: la del ladrón. Ella le preguntó si iba a Londres a menudo. Él objetó que,

aparte de Viena, no había otra ciudad en el mundo como Londres.

–En cuanto tengo una oportunidad, la cojo inmediatamente por los cabellos - afirmó él. A veces su misma manera de hablar en inglés parecía haber sido adquirida por medios deshonestos. Ella se lo imaginó robando horas a su lectura nocturna para memorizar una cantidad fija de expresiones a la semana.

–Ya ves, hace unas pocas semanas estuvimos también en Londres con *Santa Juana*.

–¿En el West End? Caramba, Charlie, qué desastre. ¿Cómo es que no me enteré? ¿Cómo no fui inmediatamente a verte?

–En el *East End* -le corrigió ella lúgubrementemente.

Al día siguiente se encontraron de nuevo en una cantina distinta -si fue casualidad, ella no podía decirlo, pero lo dudaba por instinto- y esta vez él le preguntó como si tal cosa que cuándo pensaba empezar los ensayos de *Como gustéis*, y ella, sin otra idea que hablar de trivialidades, le respondió que no empezarían hasta octubre y conociendo la compañía tal vez ni siquiera entonces, y además no parecía que la cosa fuera a durar más de tres semanas. El Arts Council había agotado el presupuesto destinado a ellos, y hablaban de retirarles completamente la subvención para la gira. Para impresionarle, añadió ciertos adornos de cosecha propia.

–Es que, verás, nos juraron que éste sería el último espectáculo que cancelarían, que el *Guardián* nos ha apoyado muchísimo, que todo el montaje le cuesta al contribuyente como una milésima parte de un tanque del ejército, pero qué se le va a hacer.

¿En qué iba a ocupar su tiempo mientras tanto?, preguntó José con espléndido desinterés. Y lo curioso era que, como más tarde Charlie se repitió a menudo, al afirmar él que había perdido la oportunidad de verla en *Santa Juana*, afirmaba al mismo tiempo que se debían el uno al otro el recuperar el terreno perdido.

Charlie respondió despreocupadamente. Lo más seguro es que haciendo de camarera en la zona de los teatros, le dijo: o repintando el piso. ¿Por qué?

José se mostró sumamente compungido.

–Pero, Charlie, eso tiene muy poca categoría. ¿No crees que tu talento merece una ocupación mejor que la de camarera? ¿Qué me dices de la enseñanza o la política? ¿No sería más interesante para ti?

Nerviosa, Charlie se rió con bastante grosería de su ingenuidad:

–¿En Inglaterra? ¿Con el desempleo que hay? Vamos, hombre. ¿Quién me va a pagar cinco mil libras al año por destruir el orden establecido? Yo soy *subversiva*, caray .

Él sonrió. Parecía asombrado y nada convencido. Expresó con una carcajada su cortés protesta.

–Vaya, vaya, Charlie, pero ¿qué me dices?

Dispuesta a enfadarse, ella volvió a mirarle a los ojos, de frente, como una táctica dilatoria.

–Lo que oyes. Soy persona *non grata*.

–Pero ¿a quién estás subvertiendo tú, Charlie? -objetó él muy serio-. A decir verdad, me pareces una persona de lo más ortodoxo.

Cualesquiera que fueran sus creencias aquel día en concreto, ella tuvo la incómoda corazonada de que él la arrollaría si se ponían a discutir. Para protegerse, por lo tanto, optó por aparentar cansancio de todo.

–No sigas, José, ¿vale? -le advirtió con lasitud-. Estamos en una isla griega, ¿no? De vacaciones, ¿no? Tú deja en paz mis ideas políticas y yo no me meteré con tu pasaporte.

La indirecta fue suficiente. Cuando más temía no ejercer poder alguno sobre él, quedó impresionada y sorprendida a la vez de tenerlo. Llegaron sus bebidas y mientras sorbían su limonada, él le preguntó a Charlie si había visto muchas cosas antiguas durante su estancia en Grecia. Era una pregunta de mero interés general y Charlie la contestó con una volubilidad comparable. Ella y Long Al habían ido a pasar el día a Délos para visitar el templo de Apolo, dijo ella; era lo máximo que había hecho en Grecia. Se abstuvo de contarle que Alastair, borracho, se había puesto a pelear en el barco, o que el día había resultado una tortura, o que después ella se había pasado horas en las papelerías de la ciudad, leyendo todo cuanto ponía en las guías acerca de lo poco que había visto. Pero tuvo la astuta insinuación de que él ya lo sabía. Fue al sacar él a relucir el asunto del billete de regreso a Inglaterra cuando Charlie empezó a sospechar la existencia de una intención táctica detrás de su curiosidad. José le preguntó si podía verlo, y ella, encogiéndose de hombros, lo buscó. Él lo cogió de su mano y lo hojeó a conciencia examinando todos los detalles.

–Bien, yo creo que podrías utilizarlo desde Tesalónica sin problemas -dijo él por último-. ¿Y si llamo a un amigo mío que trabaja en una agencia de viajes y le pido que te lo arregle? Así podríamos viajar los dos juntos -explicó, como si aquella fuera la solución que ambos habían estado buscando desde hacía rato.

Ella no dijo nada. Interiormente sentía como si cada componente de su personalidad estuviera en pie de guerra con el otro: la niña peleándose con la madre, la buscona con la monja. Su ropa tenía un tacto áspero contra la piel, le ardía la espalda, pero aun así no tenía nada que decir.

–He de estar en Tesalónica dentro de una semana -explicó él-. Podríamos alquilar un coche en Atenas, ver Delfos y seguir juntos hacia el norte un par de días. ¿Qué te parece? -No parecía molestarle el silencio de ella-. Si lo planeamos bien, no creo que los turistas nos causen mucha molestia, si eso es lo que te preocupa. Cuando llegemos a Tesalónica, puedes tomar un vuelo a Londres. Y si quieres, podemos conducir los dos. Sé de buena tinta que conduces de maravilla. Serías mi invitada,

naturalmente.

–Naturalmente -dijo ella.

–Bueno ¿qué me dices?

Ella recordó todas las razones que había ensayado mentalmente para cuando llegara este u otro momento parecido, y las muchas frases concisas y terminantes de las que echaba mano cuando hombres mayores le hacían proposiciones amorosas. Pensó también en Alastair, lo tedioso de estar con él en cualquier parte que no fuese en la cama y últimamente también allí, en el nuevo capítulo de su vida que se había prometido a sí misma. Pensó en la monótona senda de mezquindad y fregoteo que le esperaba en Inglaterra con ahorros gastados, y que José, casual o arteramente, le había hecho recordar. Volvió a mirarle de reojo y no vio un solo destello de súplica por ninguna parte: «¿Qué me dices?» y nada más. Recordó su cuerpo ágil y vigoroso abriendo un solitario surco en el mar: «¿Qué me dices?» otra vez. Recordó el roce de su mano y el misterioso tono de aceptación en su voz -«Ah, ya, Charlie, encantado»- y la seductora sonrisa que apenas había vuelto a sus labios desde entonces. Y recordó cuántas veces le había pasado por la cabeza que si él se dejaba ir la detonación sería ensordecedora, lo cual, se decía a sí misma, era lo que le había atraído de él por encima de todo.

–No pienso dejar que se entere la pandilla -murmuró ella hablando para su copa-. Tendrás que escamotear la verdad como sea. Se partirían el culo de risa.

A lo que él replicó bruscamente que saldría a la mañana siguiente y lo arreglaría todo:

–Claro que si prefieres dejar a tus amigos a dos velas...

Joder, claro que lo prefería, dijo ella.

En ese caso, dijo José en el mismo tono práctico, eso era lo que le proponía (si lo había preparado todo de antemano o simplemente era así de rápido, Charlie no supo decirlo. En cualquier caso, le agradecía su precisión, aunque después se dio cuenta de que ya había contado con ello):

–Tú ve con tus amigos en barco hasta El Pireo. El barco atraca a primera hora de la tarde, pero esta semana es posible que haya retrasos debido a ciertas obras en el puerto. Poco antes de llegar, les dices que te propones pasar unos días sola en tierra. Es el tipo de decisión impulsiva que te ha hecho famosa. No se lo digas demasiado pronto porque se pasarían el resto de la travesía tratando de disuadirte de ello. Y no les cuentes gran cosa porque delataría una conciencia intranquila -añadió con la autoridad de quien la posee.

–Supón que estoy sin un céntimo -dijo ella antes de pararse a pensarlo, ya que Alastair, como de costumbre, se había gastado su dinero y el de ella. Con todo, le dieron ganas de morderse la lengua, y si él le hubiera ofrecido dinero en aquel momento ella se lo habría tirado a la cara. Pero José parecía presentirlo.

–¿Saben *ellos* que estás sin un céntimo?

–Claro que no.

–Entonces creo que tu excusa sigue en pie. -Y como si aquello zanjara la cuestión, José se metió el billete de avión en un bolsillo interior de su americana.

¡Eh, devuélveme eso!, gritó ella súbitamente alarmada. Pero no -aunque le vino de un pelo-, no en voz alta.

–Una vez te hayas librado de tus amigos, toma un taxi hasta la plaza Kolokotroni. -Se lo deletreó-. El viaje te costará unas doscientas dracmas. -Esperó a saber si eso sería un problema, pero no; le quedaban aún ochocientas, aunque ella no se lo dijo. Él repitió nuevamente el nombre de la plaza para comprobar que Charlie lo hubiera memorizado. Ella disfrutaba sometiéndose a su eficiencia militar. Justo al lado de la plaza dijo él, hay un restaurante con terraza en la calle. Le dio el nombre -Diógenes- y se permitió un humorístico rodeo: hermoso nombre, comentó, uno de los mejores de la historia, el mundo necesitaba más diógenes y menos alejandros. Él la esperaba en el Diógenes. No en la calle sino dentro del restaurante, se estaba más fresco y recogido. A ver, Charlie, repite: Diógenes. Y ella, ridícula, desapasionadamente, repitió.

–Contiguo al Diógenes está el hotel París. Si por cualquier cosa me retrasara, te dejaré un mensaje en la conserjería del hotel. Pregunta por Mr. Larkos. Es un buen amigo mío. Cualquier cosa que necesites, dinero o lo que sea, enséñale esto y él te lo dará. -José le entregó una tarjeta-. ¿Te acordarás de todo? Por supuesto que sí, tú eres actriz. Puedes recordar palabras, gestos, números, colores: todo.

«Empresas Richthoven -leyó Charlie-. Exportación», seguido del número de un apartado de correos de Viena.

Al pasar junto a un quiosco, sintiéndose maravillosa y peligrosamente viva, le compró a su condenada madre un mantel de ganchillo y a su ponzoñoso sobrino, Kevin, un gorro griego con borlas. Hecho esto, escogió una docena de postales la mayoría de las cuales envió al viejo Ned Quilley, su ineficaz agente en Londres, con jocosos mensajes escritos con la intención de ponerle en un aprieto delante de las señoras estiradas que componían el personal de su oficina: «Ned, Ned -escribió en una, «no me dejes sin partes-. Y en otra, «Ned, Ned, ¿puede hundirse una mujer deshonorada?» Pero en otra decidió escribir con sobriedad, hablándole del continente. «Ya era hora de que la pequeña Chas hiciese un poquito de cultura, Ned», explicó ella, haciendo caso omiso de sus instrucciones sobre no contar demasiado. En el momento de cruzar la calle y echarlas al buzón, Charlie tuvo la sensación de que la observaban, pero al darse la vuelta fingiendo para sus adentros que iba a toparse con José, no vio más que al muchacho hippy de pelo pajizo, el que siempre andaba pegado a la familia y había presidido la partida de Alastair. Iba por la calle detrás de

ella, arrastrando los brazos como un mono. Al reparar en ella, el chico levantó lentamente la mano izquierda en un gesto mesiánico. Ella devolvió el saludo y se rió. Este pobre diablo tiene un mal viaje y no puede bajar, pensó ella condescendiente, mientras echaba las postales al buzón de una en una. Creo que debería hacer algo por él.

La última postal era para Alastair y estaba llena de falsos sentimientos, pero no la leyó de cabo a rabo. Especialmente en momentos de incertidumbre o de cambio, o cuando estaba a punto de hacer algo atrevido, le iba bien pensar que su querido, inútil y borrachín Ned Quilley, que cumpliría ciento cuarenta años próximamente, era el único hombre al que había amado de verdad.

4

Kurtz y Litvak se presentaron en las oficinas de Ned Quilley en Soho un brumoso y húmedo viernes a mediodía -visita de carácter social con negocios como objetivo-, tan pronto supieron que el número de José y Charlie había empezado sin problemas. Estaban al borde de la desesperación desde la bomba de Leiden, los gruñidos de Gavron los perseguían las veinticuatro horas; en sus mentes no había otro sonido que el inexorable tictac del maltrecho reloj de Kurtz. Pero en apariencia, eran sólo dos americanos corrientes, respetables y bien diferenciados de origen centroeuropeo con sus flamantes Burberrys empapados, uno de ellos regordete, con una arrolladora manera de andar y algo de capitán de barco, y el otro larguirucho, joven y un poco insinuante, con una particular sonrisa académica. Se identificaron como Gold y Karman de la firma GK Creations Incorporated, y su papel de carta, apresuradamente preparado, lucía para demostrarlo un monograma azul y oro como un alfiler de corbata estilo años treinta. Habían concertado la cita desde la embajada pero como si fuera desde Nueva York, hablando personalmente con una de las damiselas de Quilley, y acudieron a la hora en punto como los serios hombres de negocios que no eran.

–Somos Gold y Karman -dijo Kurtz a la senil recepcionista de Quilley, Mrs. Longmore, exactamente a las doce menos dos minutos, abordándola nada más entrar de la calle-. Estamos citados con Mr. Quilley a las doce. No, gracias, querida, nos quedamos de pie. ¿Fue con usted que hablamos, por casualidad?

Con ella no, dijo Mrs. Longmore, como si estuviera hablando con un par de locos. Las citas eran competencia de una tal Mrs. Ellis.

–Desde luego que sí, querida -dijo Kurtz, impávido.

Y así era como solían operar en estos casos: más o menos oficialmente, con el rechoncho Kurtz llevando el ritmo y el flaco Litvak soplando flojito detrás de él con su ardiente sonrisa particular.

La escalera que llevaba al despacho de Ned Quilley era empinada y no tenía alfombra, y la mayoría de caballeros americanos que Mrs. Longmore había visto en sus cincuenta años de experiencia en el puesto, gustaban de hacer algún comentario irónico y tomarse un respiro en el recodo. Pero Gold no, y Karman tampoco. Aquellos dos, como ella pudo ver desde su ventanilla, subieron las escaleras a toda prisa y desaparecieron como si en la vida hubieran visto un ascensor. Debe de ser cosa del *footing*, se dijo, mientras volvía a coger su labor de punto, a cuatro libras la hora. ¿No era eso lo que hacían en Nueva York a todas horas, dar vueltas a Central Park corriendo, pobrecillos, esquivando pervertidos y perros sueltos? Había oído decir que muchos morían en el intento.

–Caballero, somos Gold y Karman -dijo Kurtz por segunda vez cuando el menudo

Ned Quilley les abrió alegremente la puerta-. Yo soy Gold. -Y su manaza derecha cayó sobre la del pobre Ned-. Es un honor conocerle. Tiene usted una magnífica reputación en el oficio.

-Y yo soy Karman, señor -aclaró Litvak, mirando desde encima del hombro de Kurtz. Pero Litvak no tenía derecho a besamanos: ya se había ocupado Kurtz por los dos.

-Qué me dice usted, querido colega -protestó Ned con el encanto de su modestia eduardiana-. Santo Dios, el honor es *todo* mío. -Y les condujo hacia la alargada ventana de guillotina, la legendaria Ventana de Quilley de los días de su padre, desde donde, como decía la tradición, se sentaba uno a contemplar el mercado de Soho bebiendo el jerez del viejo Quilley y viendo cómo se movía el mundo mientras uno cerraba bonitos negocios para el viejo Quilley y su clientela. Pues Ned Quilley, a sus sesenta y dos años, seguía siendo un buen hijo. No pedía otra cosa que ver prolongarse el ameno modo de vida paterno. Ned Quilley era un hombrecillo de cabellos blancos, gentil, con algo de ayuda de cámara -como suele ocurrirle a la gente fascinada por el teatro-, un curioso defecto en un ojo, mejillas sonrosadas y aire a la vez inquieto y tardo.

-Demasiada lluvia para las putas, me temo -afirmó, agitando con decisión una mano elegante y menuda en dirección a la ventana. En opinión de Ned, la flema lo era todo en la vida-. Por norma, en esta época del año suele irles bien el negocio. Gordas, negras, amarillas, de todas las formas y tamaños imaginables. Hay una que lleva aquí más años que yo. Mi padre solía darle una libra por Navidad. Me parece que no haría gran cosa con una libra en los tiempos que corren. ¡No! ¡Claro que no!

Mientras los otros dos se reían obedientemente con él, Ned extrajo de su cuidada estantería alta un frasco de jerez, olisqueó el tapón con diligencia y llenó por la mitad tres copas de cristal mientras los otros le miraban. Enseguida se percató de que le observaban atentamente. Tuvo la sensación de que le estaban tasando, evaluando su mobiliario y el despacho. Le sobrevino una idea espantosa, algo que había tenido ya en la cabeza desde que recibiera su carta.

-Oigan, ¿no pretenderán comprarme la tienda o algo semejante, verdad? -preguntó nervioso.

Kurtz soltó una sonora y reconfortante carcajada:

-Ned, puede estar seguro de que no pretendemos comprarle nada. -Litvak se rió también.

-Bueno, menos mal -afirmó en serio, Ned, repartiendo las copas-, ¿Sabían que este tipo de operaciones están a la orden del día? A *cada* momento recibo llamadas de sujetos que no conozco de nada ofreciéndome dinero. Todas las empresas pequeñas o antiguas (casas decentes) están siendo engullidas como... en fin, como lo que sea. Es chocante. Bien, buena suerte. Y bienvenidos -afirmó, sin dejar de menear la cabeza

desaprobadoramente.

Ned siguió adelante con la ceremonia de presentación. Les preguntó dónde se hospedaban y Kurtz dijo que en el Connaught y, oiga, Ned, les había encantado, se habían sentido como en casa desde el primer momento. Esto era cierto; se habían registrado expresamente en ese hotel, y Misha Gavron se iba a caer de culo en cuanto viera la factura. Ned les preguntó si habían encontrado la manera de ocupar el ocio, y Kurtz contestó que estaban disfrutando cada minuto de su estancia en Londres. Mañana salían para Munich.

–¿Munich? Dios Santo, pero ¿qué diantre van a hacer *allí* ? -preguntó Ned, haciéndose el viejo que era, haciéndose el anacrónico dandy que no entiende nada-. ¡Caramba, ustedes prácticamente no se bajan del avión!

–Dinero del productor asociado -replicó Kurtz como si eso lo explicara todo.

–Mucho dinero -añadió Litvak, hablando con una voz tan suave como su sonrisa-. La escena alemana se mueve, Mr. Quilley. Y cada vez está más y más arriba.

–Oh, estoy seguro de ello. Oh, eso dicen -reconoció Ned, indignado-. Son una primera potencia, hay que admitirlo. En todo. La guerra ya está olvidada y bien barrida bajo la alfombra...

Con un misterioso instinto para actuar futilmente, Ned hizo ademán de volver a llenar las copas fingiendo no haber notado que estaban virtualmente intactas. Luego, sonrió tontamente y dejó el frasco. Era una botella de barco del siglo xviii, con una base ancha para mantenerlo en equilibrio con el balanceo del mar. Muy a menudo, cuando venía a verle algún extranjero, Ned insistía en explicar ese detalle para que se sintiera a gusto. Pero esa exagerada atención suya le contuvo, y sólo se produjo un pequeño silencio seguido de un crujir de sillas. Afuera, la lluvia se había convertido en una niebla torrencial.

–Ned -dijo Kurtz, eligiendo el momento exacto para su intervención-, Ned, quiero explicarle un poco quiénes somos y por qué le escribimos y por qué le estamos robando su precioso tiempo.

–Adelante, amigos míos, encantado -dijo Ned, y, sintiéndose completamente otro, cruzó sus cortas piernas y esbozó una sonrisa atenta mientras Kurtz se disponía tranquilamente a adoptar sus métodos de persuasor.

Por la amplia frente abombada de Kurtz, Ned supuso que sería húngaro, pero podría haber sido checo o de cualquiera de esos sitios. Tenía una voz sonora y potente por naturaleza y un acento centroeuropeo que el Atlántico no había conseguido empantanar todavía. Hablaba tan rápido y fluido como un anuncio radiofónico, y sus brillantes ojillos parecían escuchar cuanto decía mientras su brazo derecho lo hacía todo trizas a base de pequeños y contundentes hachazos. Él, Gold, era el abogado de la familia, le explicó Kurtz; Karman era más bien la parte creativa, con antecedentes de guionista, agente y productor, principalmente en Canadá y el Medio Oeste. Hacía

poco habían abierto oficinas en Nueva York, en donde sus actuales intereses iban por la línea de la programación independiente para televisión.

–Nuestro papel creativo, Ned, se ve restringido en un noventa por ciento a buscar una idea aceptable para los canales y sus financieras. Las ideas se las vendemos a los patrocinadores y la producción la dejamos para los productores. Punto.

Había concluido y mirado su reloj con un ademán extrañamente absorto, y ahora le tocaba a Ned el turno de decir algo que sonara inteligente, cosa que se le daba bastante bien. Ned frunció el ceño, alargó el brazo con que sostenía la copa, y con los pies esbozó una lenta y deliberada piroeta, respondiendo de modo instintivo a la mímica de Kurtz.

–Pero, hombre. Si se dedican a la programación, ¿de qué les servimos los agentes? -protestó-. ¿Qué pintamos nosotros, digo yo, si ustedes ya se encargan de todo? ¿Entiende lo que le quiero decir?

Para sorpresa de Ned, Kurtz prorrumpió en la más animada y contagiosa carcajada. Ned creía haber sido también él bastante ingenioso, a decir verdad, y haber hecho algo bueno con los pies; pero nada de ello estaba a la altura de lo que Kurtz pensaba. Sus ojillos se cerraron, se alzaron sus potentes hombros, y Ned sólo supo que acto seguido la habitación se llenó del entusiasta repique de su hilaridad eslava. Al mismo tiempo, su cara se rompió en un sinfín de desconcertantes surcos. Hasta entonces, según cálculos de Ned, Kurtz había tenido como mucho cuarenta y cinco años; de repente, tenía la edad de Ned: frente, cuello y mejillas frágiles como el papel, con unas fisuras que parecían cuchilladas. Aquella transformación incomodó a Ned. Se sentía como estafado. Una especie de caballo de Troya humano, se lamentaría después a su esposa Marjory. Haces pasar a un dinámico vendedor del negocio del espectáculo, y de golpe y porrazo te sale un Mr. Punch sesentón. Qué cosa más rara.

Pero esta vez fue Litvak quien aportó la crucial y muy ensayada respuesta a la pregunta de Quilley, una respuesta de lo que dependía todo lo demás. Inclinando su larguirucho y anguloso cuerpo sobre sus rodillas, Litvak abrió la mano derecha, estiró los dedos, se agarró uno y le empezó a hablar arrastrando las palabras con acento de Boston, producto de un trabajo de chinos bajo la tutela de profesores judíos americanos.

–Verá, Mr. Quilley -empezó, y con tanto fervor religioso que parecía estar comunicando un secreto místico-. Lo que tenemos pensado es un proyecto totalmente original. Sin precedentes ni imitadores. Cogemos dieciséis horas de televisión, las de máxima audiencia, digamos que en otoño e invierno; formamos una compañía teatral de matiné con actores itinerantes. Un puñado de actores de repertorio con mucho talento, ingleses y americanos mezclados, amplia gama de razas, personalidades e interacción humana. Llevamos esta compañía de ciudad en ciudad, cada actor

representa un número variado de papeles, sean protagonistas o secundarios. Sus verdaderas relaciones, la historia real de sus vidas, nos proporcionan una bella dimensión humana que contribuirá a despertar el interés del público. Habrá representaciones en directo en todas las ciudades.

Litvak levantó los ojos con suspicacia como si creyera que Quilley había dicho algo, pero Quilley no había abierto la boca en absoluto.

–Verá, Mr. Quilley. Viajamos con la compañía -prosiguió Litvak, bajando la voz a medida que su fervor se incrementaba-, montamos en el autobús de la compañía, les ayudamos a trasladar los decorados. Nosotros, como público, compartimos sus problemas, sus malísimos hoteles, intervenimos en sus peleas y sus romances. Nosotros, como público, ensayamos con la compañía. Compartimos los nervios de su debut, leemos las críticas al día siguiente, nos alegramos con sus éxitos y nos afligimos con sus fracasos, escribimos cartas a los familiares... Devolvemos al teatro la aventura y su espíritu original. La relación perdida entre actor y público.

Quilley pensó por un momento que Litvak había terminado, pero éste sólo estaba escogiendo otro dedo con el que seguir hablando.

–Utilizamos obras del teatro clásico, Mr. Quilley, nada de derechos de autor, todo a muy bajo coste. Vamos por los pueblos. Contratamos actores y actrices nuevos o relativamente desconocidos, alguna estrella de vez en cuando para sacarle un poco de jugo, pero se trata básicamente de promocionar nuevos talentos e invitarlos a que demuestren todo el alcance de su versatilidad en un mínimo de cuatro meses, probablemente prorrogables más de una vez. Para los actores, experiencia, mucha publicidad, bonitos espectáculos, nada de cochinas, y a ver qué pasa. Ésa es nuestra idea, Mr. Quilley, y a nuestros patrocinadores parece que les ha gustado mucho.

Y entonces, antes de que Quilley tuviera tiempo para felicitarles, cosa que le gustaba hacer siempre que alguien le contaba una idea, Kurtz había entrado ya en escena para tomar el relevo.

–Queremos contratar a Charlie, Ned -anunció; y, con el entusiasmo de un heraldo shakesperiano portador de noticias de victoria, alzó aparatosamente su brazo derecho y lo dejó suspendido en el aire.

Exaltado, Ned hizo ademán de hablar, pero se encontró con que Kurtz se le había adelantado otra vez.

–Mire, Ned, estamos seguros de que Charlie es una actriz de talento, gran versatilidad y sobrada de recursos. Necesitamos que nos aclare un par de cosillas con cierta urgencia... Yo creo que podemos ofrecerle a Charlie la oportunidad en el firmamento teatral de un lugar que estoy seguro ni usted ni ella lamentarán.

Una vez más Ned trató de hablar, pero ahora fue Litvak el que le dejó con la palabra en la boca:

–Lo tenemos todo dispuesto para ella, Mr. Quilley. Denos sólo un par de

respuestas a un par de cuestiones y Charlie no tardará en estar en la cumbre del estréllate.

De repente se hizo el silencio, y no hubo más música para Ned que los latidos de su propio corazón. Dejó escapar el aire de los carrillos y, procurando aparentar ser un hombre sistemático, tiró por turnos de sus elegantes puños. Se ajustó la rosa que Marjory le había puesto esa misma mañana en el ojal con la habitual recomendación de no beber mucho durante el almuerzo. Pero Marjory habría pensado de muy otra manera si hubiera sabido que, lejos de querer comprarle el negocio a Ned, estaban en realidad proponiéndole dar a su querida Charlie su tan esperada oportunidad. Si ella lo hubiera sabido, bueno, la vieja Marjory habría levantado toda prohibición, vaya que sí.

Kurtz y Litvak tomaron té, aunque en The Ivy no se alteran en absoluto ante semejante excentricidad, y en cuanto a Ned, no necesitó de mucha persuasión para escoger una más que decente botella de la lista y, ya que ellos parecían insistir, un enorme y escarchado vaso del Chablis de la casa para acompañar su salmón ahumado de primero. En el taxi, que tomaron huyendo de la lluvia, Ned había empezado a relatarles la historia de cómo Charlie se había convertido en cliente suyo. En The Ivy retomó el hilo.

—Me dejó absolutamente prendado. Nunca me había pasado una cosa igual. Un viejo tonto, eso es lo que era yo; no tan viejo como ahora, pero tonto al fin. La obra no valía gran cosa. Una revista pasada de moda, con pretensiones de modernidad. Pero Charlie estaba magnífica. La *dulzura amparada*, eso es lo que busco yo en las chicas. —En realidad, la expresión era herencia del padre de ella—. En cuanto cayó el telón, me lancé en busca de su camerino (si es que podía llamarse así), hice mi papel de Pigmalión y la contraté allí mismo. Ella me tomó por un viejo verde. Tuve que ir a por Marjory para convencerla. ¡Ja, ja!

—¿Qué ocurrió después? —dijo Kurtz con gran simpatía, pasándole un poco más de pan integral y mantequilla—. ¿Rosas y todo eso?

—¡Oh, no, qué va! —protestó Ned con candidez—. Charlie era como todas las chicas de esa edad. Salen rebotadas de la escuela de teatro pensando en el estrellato y con la cabeza llena de promesas. Hacen dos o tres papeles, se compran un piso o cualquier otra tontería y de repente todo se acaba. Nosotros lo llamamos la hora del crepúsculo. Unas lo superan y otras no. Salud.

—Pero Charlie sí —intervino suavemente Litvak, y sorbió su té.

—Ella perseveró. Sudó tinta. No fue nada fácil, pero cuándo lo es. Le ha llevado años. Demasiado, se diría. —Le sorprendía verse embargado por la emoción, cosa que, a juzgar por sus caras, les sucedía también a ellos—. Bueno, parece que ahora recogerá sus frutos, ¿no es así? Oh, yo me alegro *mucho* por ella. De veras. Sí, señor.

Y hubo otra cosa curiosa, le dijo Ned a Marjory después. O puede que fuera la misma, que se repetía. Se refería al modo en que aquellos dos cambiaban de carácter con el paso de las horas. Allá en el despacho, por ejemplo, no le habían permitido meter baza. Pero en *The Ivy* le dejaron todo el escenario para él y asintieron puntualmente a todas sus frases sin apenas cruzar palabra entre ellos. Y luego..., bueno, luego fue harina de otro maldito costal.

—La infancia, terrible, por supuesto -dijo Ned con orgullo-. Por lo que yo sé, muchas chicas pasan por eso. De ahí que se sientan tentadas por las fantasías, por la simulación, por ocultar sus emociones. Por copiar a personas que parecen más felices. O más infelices. Por robarles un poco de su personalidad... que, al fin y al cabo, es en lo que consiste el teatro. Desdicha. Robo. Estoy hablando demasiado. Salud otra vez.

—*Terrible*, ¿en qué sentido, Mr. Quilley? -preguntó respetuosamente Litvak, como alguien que investiga a fondo la cuestión de lo terrible-. La infancia de Charlie: ¿cómo de terrible?

Haciendo caso omiso de lo que sólo después vio que era una mayor gravedad en los modales de Litvak y también en la mirada de Kurtz, Ned les confió todo cuanto había llegado a saber casualmente durante los escasos e íntimos almuerzos a los que él la había invitado de vez en cuando en el piso superior de Bianchi's. La madre es una papanatas, dijo Ned. El padre es una especie de pequeño estafador bastante siniestro, un corredor de bolsa que había ido a la ruina y que afortunadamente había muerto ya, uno de esos embusteros de argumentos rebuscados que piensan que Dios les ha metido el quinto as en la manga. Acabó entre rejas. Allí murió. Curioso.

Una vez más, Litvak hizo una breve intervención:

—¿Dice usted que murió en la cárcel, señor?

—Y allí está enterrado. La madre estaba tan amargada que no quiso malgastar el dinero para mover el cadáver.

—¿Fue Charlie quien le contó esto?

Quilley estaba perplejo:

—¿Quién, si no?

—¿Algún colateral? -dijo Litvak.

—¿Algún *qué*? -dijo Ned, reavivados de repente sus temores a una absorción.

—Corroboración, señor. Alguna confirmación procedente de partes no directamente relacionadas. Ya se sabe que las actrices...

Pero Kurtz intervino con una sonrisa paternal:

—No le haga caso, Ned -le aconsejó-. Mike tiene una vena muy suspicaz. ¿No es así, Mike?

—Pensándolo bien, puede que sí -concedió Litvak con una voz apenas más fuerte que un suspiro.

Fue entonces y sólo entonces cuando a Ned se le ocurrió preguntar qué habían

visto del trabajo de Charlie, y se llevó una agradable sorpresa cuando resultó que se habían tomado muy a pecho su investigación. No sólo habían conseguido secuencias de todas las apariciones televisivas de pequeña importancia realizadas por Charlie hasta ahora, sino que se habían molestado en llegarse hasta la horripilante Nottingham en una anterior visita para ver su representación de *Santa Juana*.

—¡Que me aspen si no son ustedes un par de listos! -exclamó Ned cuando los camareros despejaron la mesa y prepararon las cosas para el pato asado-. Si me lo hubieran dicho, yo mismo les habría llevado a Nottingham o, si no, Marjory. ¿Estuvieron en los camerinos, la llevaron a comer? ¿No? ¡Vaya, hombre, qué pena!

Kurtz se permitió un instante de vacilación y su voz sonó algo más grave. Luego echó un inquisitivo vistazo a su socio Litvak, y éste asintió ligeramente con la cabeza en señal de aliento.

Ned -dijo-, para serle franco, no nos pareció que fuera adecuado dadas las circunstancias.

—¿Cuáles son esas circunstancias? -preguntó Ned, suponiendo que se refería a algún aspecto de la ética de los agentes-, ¡Santo Dios, aquí no somos así, hombre! Si uno quiere hacer una proposición, la hace y listo. Yo no les voy a pedir ningún recibo. ¡Ya me cobraré la comisión algún día, no se preocupen!

Y entonces Ned se quedó callado porque aquellos dos, le dijo a Marjory, estaban tan cariacontecidos como si hubieran comido una ostra mala. Con concha y todo.

Litvak se humedeció cuidadosamente los finos labios.

—¿Le importa que le haga una pregunta? -dijo.

—Mi querido amigo... -dijo Ned, desconcertado.

—¿Sería tan amable de decirnos, a su juicio, qué tal lo hace Charlie en las entrevistas?

Ned dejó su copa de vino en la mesa.

—¿Entrevistas? Ah, bueno, si eso es lo que le preocupa, le aseguro que se le dan de maravilla. Es genial. Sabe instintivamente lo que buscan los chicos de la prensa y, llegado el caso, cómo proporcionárselo. Un verdadero camaleón, así es ella. Ahora está un poquito descentrada, ya se lo digo yo, pero verán como le coge el tranquillo en un par de días. Por ese lado no pasen ningún apuro. -Tomó un largo trago de vino para tranquilizarles-. No señor.

Pero a Litvak no llegó a levantarle tanto la moral esa noticia como Ned esperaba. Apretando los labios en un gesto de preocupada desaprobación, empezó a reunir migas sobre el mantel con sus largos y delgados dedos. Y consecuentemente Ned hubo de bajar también él la cabeza y ladear la cara esforzándose por sacar a Litvak de su tristeza.

—Pero hombre de Dios -protestó inciertamente-. ¡No ponga esa cara! ¿Qué hay de malo en que a ella se le den bien las entrevistas? Muchas chicas suelen meter la pata

hasta el fondo en ocasiones semejantes. Si eso es lo que busca, ¡conozco a un montón!

Pero aún no se había ganado las simpatías de Litvak, cuya única respuesta fue mirar brevemente a Kurtz como para decir «su testigo», y luego seguir con la cabeza gacha mirando el mantel. «Una comedia para dos actores -le diría más tarde Ned a Marjory con tristeza-. Daba la sensación de que podían haber intercambiado los papeles a vuelta de ojo.»

–Ned -dijo Kurtz-, si contratamos a Charlie para este proyecto, va a estar sometida a muchos riesgos, y lo de *muchos* lo digo en serio. Una vez que hayamos empezado, su pupila deberá enfrentarse a la experiencia de ver toda su vida reflejada en directo. No sólo su vida amorosa, su familia, sus gustos sobre poesía y música pop. No sólo la historia de su padre, sino también su religión, sus actitudes, sus opiniones.

–Y sus ideas políticas -susurró Litvak, rastrillando las últimas migas. Ante lo cual Ned sufrió una suave pero inequívoca pérdida de apetito y dejó los cubiertos mientras Kurtz seguía su vibrante discurso:

–Nuestros patrocinadores en este proyecto, Ned, son buena gente del Medio Oeste americano. Gente con todas las virtudes. Muchísimo dinero, hijos desagradecidos, segundas residencias en Florida, valores saludables, en fin. Pero *sobre todo*, valores saludables. Y quieren que esos valores queden reflejados en esta producción, a lo largo de toda la obra. Podemos reírnos un poco de ello, llorar un poco, si queremos, pero así es la realidad, así es la televisión y es de ahí de donde sale el dinero.

–Y así es América -dijo patrióticamente Litvak por lo bajo, hablándole a las migas.

–Seremos sinceros con usted, Ned. Le seremos francos. Cuando por fin nos decidimos a escribirle, todo estaba dispuesto, salvo que no habíamos podido conseguir ulteriores consentimientos, para liberar a Charlie de sus compromisos, pagando, y prepararle el camino hacia la puerta grande. Pero no le voy a ocultar que en los dos últimos días, Karman y yo hemos oído contar ciertas cosas que nos han hecho sentar a reconsiderarlo todo. Respecto a su talento, no hay problema. Charlie tiene magníficas dotes teatrales, sin duda, es aplicada y tiene mucho aún que ofrecer. Pero si es *fiable* dentro del contexto de esta idea, si podemos *arriesgamos con* ella, Ned, necesitamos que nos asegure usted que estas cosas no van en serio.

Fue Litvak nuevamente quien puso el dedo en la llaga. Dejando por fin las migas, había doblado su dedo índice derecho bajo el labio inferior y miraba melancólicamente a Ned desde sus gafas de montura negra.

–Hemos oído decir que Charlie es radical -dijo-. Que está pero que muy metida en política, que es militante. Hemos oído decir que actualmente está ligada a un muy insensato joven anarquista, una especie de loco. No pretendemos condenar a nadie en

virtud de frívolos rumores, pero lo que nos ha llegado, Mr. Quilley, es que su protegida es como la madre de Fidel y la hermana de Arafat juntas, y con pinta de zorra.

Ned miró primero a uno y luego al otro, y por un momento tuvo la alucinación de que aquellos dos pares de ojos estaban controlados por un solo nervio óptico. Tenía ganas de decir algo pero se sentía como pez fuera del agua. Se preguntó si no se habría bebido el Chablis más deprisa de lo que era prudente. Sólo podía pensar en uno de los aforismos preferidos de Marjory: en esta vida no hay gangas.

El desaliento de Ned era algo así como el pánico del que se sabe viejo e indefenso. No le parecía estar físicamente a la altura de su tarea; se sentía demasiado débil y cansado. Los americanos en general le ponían nervioso; y la mayoría le asustaban, ya fuera por su saber, por su ignorancia o por ambas cosas. Pero aquellos dos, que ahora le miraban embobados mientras él trataba de dar con una respuesta, le inspiraban un terror espiritual para el cual no estaba en modo alguno preparado. En cierto modo, e inútilmente, estaba también muy enfadado. Detestaba los chismorreos. Del tipo que fueran. Los consideraba la plaga de su profesión. Había visto carreras arruinadas por su culpa; aborrecía los chismorreos, y se le podía encender la cara y volverse casi grosero cuando alguien que no le conocía bien le venía con algún chisme. A Ned le gustaba hablar a la gente abiertamente y con cariño, exactamente como había hablado de Charlie durante hacía diez minutos. Maldita sea, quería a esa chica. Llegó a pasársele por la cabeza decirle esto a Kurtz, lo cual hubiera sido un atrevimiento por parte de Ned, qué duda cabe, y debió de pasársele también por la cara porque le pareció ver que Litvak empezaba a preocuparse, dispuesto ya a echarse un poco atrás, y que la cara extraordinariamente móvil de Kurtz se resquebrajaba en una sonrisa de «vamos-Ned-no-me-diga». Pero su incurable cortesía le contuvo una vez más.

Además, eran extranjeros y tenían criterios completamente distintos. Por otra parte, debía admitir, a regañadientes, que habían venido para algo, que tenían unos patrocinadores que contentar, e incluso en cierto sentido una corrección más o menos terrible, y que él, Ned, debía aceptar sus condiciones o arriesgarse a echar a perder el trato y con ello todas las esperanzas que había depositado en Charlie. Puesto que había en juego otro factor que Ned, en toda su fatal sensatez, estaba también obligado a reconocer, esto es, que aun cuando su proyecto resultara ser horrible, como él empezaba ya a suponer, que aunque Charlie desperdiciara todos sus papeles o subiera a escena borracha o pusiera cristales rotos en la bañera del director, nada de lo cual dada su profesionalidad podía ella contemplar ni por un instante, pese a todo, su carrera, su estatus, su mero valor comercial, podrían por fin dar ese salto de gigante tan anhelado al que, bien pensado, no tenían por qué renunciar nunca.

Kurtz, en todo ese rato, había seguido hablando sin inmutarse.

–Queremos su *consejo*, Ned -estaba diciendo con seriedad-. Su *ayuda*. Necesitamos saber que este asunto no nos va a estallar en las narices al segundo día de rodaje. Porque voy a decirle una cosa. -Un dedo corto y fuerte le apuntaba como un cañón de pistola-. No va a haber nadie en todo el estado de Minnesota que pague un cuarto de millón de dólares por una rejilla enemiga de la democracia, caso de que ella lo sea, y nadie de Gold amp; Karman le va a aconsejar que se haga el harakiri invirtiendo su dinero.

Para empezar, como mínimo, Ned se recuperó bastante bien. No pidió disculpas por nada. Les recordó, sin perder terreno en ningún momento, lo que les había contado de la infancia de Charlie, y señaló que lo normal en su caso habría sido terminar siendo un delincuente juvenil en toda regla, o -como su padre- carne de prisión. En cuanto a sus ideas políticas o como quisieran llamarlas, dijo, en los nueve años y pico que él y Marjory la conocían, Charlie había sido apasionadamente contraria al apartheid -«De eso no se la puede culpar, ¿no creen?» (aunque ellos parecían pensar que sí)-, pacifista militante, sufista, manifestante antinuclear, antiviviseccionista y, hasta que volvió a ser fumadora, un paladín de las campañas antitabaco en teatros y metro. Y no le cabía duda de que antes de que la Parca se la llevara consigo, muchas otras causas diferentes atraerían sus románticos aunque breves auspicios.

–Y usted ha estado a su lado todo este tiempo -dijo Kurtz maravillado-. Eso me parece de perlas, Ned.

–¡Cómo habría hecho por cualquiera de ellos! -replicó Ned con un destello de valor-. ¡A la porra todo lo demás, Charlie es *actriz* ! No hay que tomarla tan en serio. Mi querido amigo, los actores no tienen *opiniones*, menos aún las actrices. Tienen estados de ánimo. Manías. Poses. Pasiones de un día. Qué caramba, hay muchas cosas que funcionan mal en el mundo. Los actores se pirran por las soluciones dramáticas. Que yo sepa, puede que cuando ustedes lleguen a la calle, Charlie haya visto la luz divina.

–Políticamente no, eso seguro -dijo maliciosamente Litvak por lo bajo.

Durante unos momentos más, con el acicate de su copa de vino, Ned siguió sin desviarse de su osada trayectoria. Le invadía una especie de vértigo. Oía las palabras dentro de su cabeza; las repetía, sintiéndose nuevamente joven y totalmente divorciado de sus propias acciones. Habló de los actores en general y sobre cómo les perseguía «un terror absoluto a la irrealidad». De cómo en el escenario eran capaces de representar todas las angustias humanas y fuera de él eran como vasijas vacías esperando que alguien las llenara. Habló de su timidez, de su pequeñez, de su vulnerabilidad y de su costumbre de disfrazar dichas debilidades con palabras altisonantes y extremadas que tomaban del mundo de los adultos. Habló de su

obsesión por sí mismo, de cómo se veían sobre el escenario las veinticuatro horas, en el parto, bajo el bisturí, enamorados. Y luego se quedó sin habla, algo que últimamente le pasaba demasiado a menudo. Perdió el hilo, perdió el brío. El camarero trajo al carrito de los licores. Bajo la fría mirada de sus sobrios anfitriones, Quilley escogió a la desesperada un Marc de Champagne y dejó que el camarero le sirviera una generosa copa antes de decirle que parara con grandes aspavientos. Entretanto, Litvak se había recuperado lo suficiente para replicar con una buena idea. Introduciendo sus largos dedos en su chaqueta, extrajo una de esas libretas con forro de piel de cocodrilo de imitación y cantos de latón para las hojitas.

–Propongo que empecemos desde el principio -dijo suavemente, más para Kurtz que para Ned-. *Dónde, cuándo, con quién, cuánto tiempo.* -Trazó un margen, presumiblemente para las fechas-. Reuniones en las que ha participado. Manifestaciones. Peticiones, marchas. Todo cuanto pueda haber llamado la atención del público. Cuando lo tengamos todo sobre el tapete, podremos hacer una evaluación fundamentada. O corremos el riesgo o salimos sigilosamente por la puerta de atrás. ¿Cuándo, que usted sepa, Ned, fue la primera vez que Charlie se metió en política?

–Me gusta -dijo Kurtz-. Me gusta el método, y creo que a Charlie le irá bien. -Y consiguió decir esto como si a Litvak se le hubiera ocurrido aquel plan allí mismo, en vez de ser el producto de horas y horas de discusión preparatoria.

Así que Ned les contó también aquello. Cuando le era posible les doraba la píldora, en un par de ocasiones dijo alguna mentirijilla, pero básicamente les contó lo que sabía. Tuvo recelos, claro está, pero vinieron después. Tal como le explicó a Marjory, en aquel momento se vio arrasado por ellos. Tampoco es que supiera gran cosa. Bueno, sí, lo del antiapartheid y las marchas antinucleares... al fin y al cabo eso era cosa de dominio público. Luego había lo del Teatro de la Reforma Radical, con el que Charlie había viajado a veces; eran los que se pusieron tan pesados delante del National, impidiendo que siguieran las representaciones. Y una gente autodenominada Acción Alternativa en Islington, quince majaretas que habían formado una facción trotskista. Y luego un grupo de mujeres espantosas con el que había participado en una aparición ante el ayuntamiento de St. Pancras, llevándose a Marjory consigo para hacerle ver la luz. Y luego aquella vez, hacía dos o tres años, que había telefoneado en plena noche desde la comisaría de Durham, pidiéndole a Ned que fuera a pagar la fianza, tras ser arrestada en una juerga antinazi a la que se había apuntado.

–¿Fue esto lo que provocó toda esa publicidad y que su foto saliera en los periódicos, Mr. Quilley?

–No, eso fue en Reading -dijo Ned-. Unas semanas después.

–¿Qué fue lo de Durham, entonces?

–No lo sé con exactitud. Es un tema que me tengo prohibido, a decir verdad. Son

cosas que uno oye por error. ¿No había en Durham un proyecto de central nuclear? Son cosas que se olvidan. Así de fácil. Últimamente está mucho más moderada, saben. Ni la mitad de incendiaria de lo que ella pretendía ser, eso se lo aseguro. Y mucho más madura. Sí, señor.

–¿Pretendía, dice? -repitió Kurtz.

–Háblenos de Reading, Mr. Quilley -dijo Litvak-. ¿Qué pasó allí?

–Oh, pues algo por el estilo. Alguien prendió fuego a un autobús y les acusaron a todos. Protestaban contra la reducción de servicios para la tercera edad, me parece. O ¿era algo de no admitir conductores de color? El autobús estaba vacío, por supuesto -añadió-. Nadie resultó *herido*.

–Santo Dios -dijo Litvak, y miró a Kurtz, cuyo interrogatorio adoptó a continuación el tono de un melodrama de jueces y abogados:

–Ned, acaba usted de señalar que Charlie podría haber suavizado un poco sus convicciones. ¿Es eso a lo que se refiere?

–Eso creo, sí. Si es que sus convicciones fueron alguna vez realmente fuertes, claro. No es más que una impresión, pero Marjory piensa lo mismo. Estoy seguro.

–¿Le confió Charlie semejante cambio de opinión, Ned? -le interrumpió Kurtz con bastante brusquedad.

–Yo lo que creo es que tan pronto ella consiga una oportunidad como ésta...

Kurtz le arrolló:

–¿O tal vez a la señora Quilley?

–Bueno, no, la verdad es que no.

–¿Hay alguien más en quien ella *pudo* haber confiado? ¿Ese anarquista amigo suyo, por ejemplo?

–Oh, qué va. Ése no se entera de nada.

–Ned, ¿hay alguien más aparte de usted (piénselo detenidamente, por favor: amiga, amigo, puede que una persona mayor, un amigo de la familia) a quien Charlie *podría* haber confiado un cambio de posición semejante? ¿Su *alejamiento* del radicalismo político?

–No que yo sepa, no. No, no se me ocurre nadie. En ciertos aspectos es muy cerrada. Más de lo que ustedes piensan.

Entonces ocurrió lo más extraordinario. Ned le contó posteriormente a Marjory todos los pormenores. Para escapar al incómodo y, a juicio de Ned, histriónico fuego cruzado de aquellas dos miradas sobre él, Ned había estado jugueteando con su copa, mirando en su interior y haciendo rodar el Marc. Al tener la sensación de que Kurtz se había tomado un respiro en su alocución, Ned alzó los ojos e interceptó en las facciones de Kurtz una expresión de manifiesto alivio, que estaba comunicando en ese momento a su socio Litvak: la verdadera satisfacción por saber que Charlie, después de todo, no había suavizado sus convicciones. O, en el caso contrario, que no

lo hubiera confesado a nadie de importancia. Al mirarlos de nuevo, la expresión ya no estaba. Pero ni siquiera Marjory pudo convencerle después de que habían sido imaginaciones suyas.

Litvak, el socio menor del gran letrado, había tomado las riendas del interrogatorio: el tono más veloz indicaba las ganas de concluir el caso.

–Dígame, Mr. Quilley, ¿guarda usted en su agencia documentos oficiales sobre todos sus clientes? ¿Archivos?

–Bien, Mrs. Ellis sí, estoy seguro -dijo Ned-. En algún lado estarán.

–¿Hace mucho que Mrs. Ellis se ocupa de ello?

–Sí, mucho. Estaba aquí ya en tiempos de mi padre.

–¿Y qué clase de información es la que guarda? ¿Cosas como honorarios, gastos, comisiones, etc.? ¿Esos archivos contienen simplemente árido papeleo comercial?

–Oh, no, por Dios. Ella guarda de todo. Los cumpleaños, las flores que les gustan, los restaurantes. En uno de los archivos se ha llegado a encontrar un zapato de baile. Los nombres de los hijos. Los perros. Recortes de prensa. Material de todo tipo.

–¿Cartas personales?

–Sí, por supuesto.

–¿De su propia mano? ¿Sus propias cartas, de años y años?

Kurtz parecía desconcertado. Así lo decían sus cejas esclavas; estaban aglomerándose en una sola y dolorida línea sobre el puente de la nariz.

–Karman, creo que Mr. Quilley nos ha dedicado ya suficiente tiempo y experiencia por hoy le dijo severamente a Litvak-. Si necesitáramos más información, estoy seguro de que Mr. Quilley nos la proporcionará más adelante. Mejor aún, si Charlie está dispuesta a hablar de todo esto con nosotros, ella misma nos dirá lo que necesitamos. Ned, ha sido un acontecimiento realmente memorable. Gracias, caballero.

Pero no era tan fácil contentar a Litvak. Tenía una tozudez de adolescente:

–Mr. Quilley no tiene secretos por parte nuestra -exclamó-. Caray, Mr. Gold. Sólo le estoy preguntando lo que el mundo sabe ya, y lo que nuestros especialistas pueden averiguar en medio segundo con su ordenador. Usted sabe que tenemos prisa. Si hay papeles, cartas suyas, sus propias palabras, circunstancias atenuantes, pruebas tal vez de un cambio de actitud, ¿por qué no hacemos que nos las enseñe Mr. Quilley? Si él no tiene inconveniente. Si lo tiene, ya es otra cuestión -añadió, lanzando una antipática indirecta.

–Karman, estoy seguro de que Ned no tiene inconveniente -dijo Kurtz con firmeza, como si aquélla no fuera la cuestión. Luego meneó la cabeza como para expresar que jamás se acostumbraría a estos jóvenes de hoy, tan impulsivos.

Había dejado de llover. Iban uno a cada lado del menudo Quilley, acompasando cuidadosamente sus ágiles pasos a los más vacilantes de él. Ned estaba atontado,

afligido, acongojado por una sensación de alcohólico presagio que los húmedos humos del tráfico no conseguían disipar. Pero ¿qué diablos quieren?, se preguntaba todo el rato. Primero le ofrecen a Charlie el oro y el moro, y luego se meten con sus estúpidas ideas. Y ahora, por razones que había dejado de recordar, le proponían consultar el expediente, que no era tal expediente en absoluto, sino una colección inconexa de recuerdos, competencia exclusiva de una empleada demasiado vieja para la jubilación. Mrs. Longmore, la recepcionista, les observó al llegar, y Ned se dio cuenta por su mirada reprobadora que él se había puesto algo más que las botas durante la comida. Al diablo con ella. Kurtz insistió en que Ned subiera las escaleras delante de ellos. Desde su despacho, donde prácticamente le pusieron la pistola en el pecho, telefoneó a Mrs. Ellis para pedirle que trajese los papeles de Charlie a la sala de espera y los dejase allí.

—¿Quiere que llamemos a la puerta cuando terminemos, Mr. Quilley? -preguntó Litvak, como quien está a punto de practicar un parto.

Y lo último que Ned supo de los dos fue que estaban sentados ante la mesa redonda de palisandro de la sala de espera, rodeado por al menos seis asquerosas cajas marrones de las que utilizaba Mrs. Ellis, por cuyo aspecto se podía pensar que las habían rescatado de algún bombardeo. Como un par de recaudadores, ambos estaban absortos en las mismas sospechosas cifras, lápiz y papel a mano, y Gold, el rechoncho, con la chaqueta sacada y aquel impresentable reloj suyo puesto a su lado sobre la mesa como si estuviera calculando lo que tardaba en hacer sus abominables cálculos. Después, Quilley debió de quedarse dormido un rato. A las cinco se despertó con un sobresalto y descubrió que no había nadie en la sala de espera. Y al llamar a Mrs. Longmore por el interfono, ésta le respondió sarcásticamente que sus invitados habían preferido no molestarle.

Ned no se lo contó a Marjory enseguida.

—Ah, esos -dijo cuando ella le preguntó aquella misma noche-. Dos pesados. Bah, coordinadores de reparto, creo, van camino de Munich. No hay de qué preocuparse.

—¿Judíos?

—Sí, supongo que judíos. Mucho, en realidad. -Marjory asintió como si ya lo supiera-. Pero en extremo simpáticos -dijo Ned, un poco a destiempo.

Marjory visitaba cárceles en sus horas libres, y las decepciones de Ned no tenían secreto para ella. Pero esperó su momento propicio. Bill Lochheim era el corresponsal de Ned en Nueva York y su único socio americano. Ned le telefoneó al día siguiente. El viejo Loch no había oído hablar de ellos pero informó oportunamente a Ned de lo que éste sabía ya: Gold amp; Karman eran nuevos en el oficio, tenían algunos patrocinadores, pero a los independientes se les consideraba ahora gente indeseable. A Ned no le gustó el tono de voz del viejo Loch. Daba la

impresión de que alguien había estado abusando de él; Quilley no, desde luego, pues no era su estilo, sino alguien más, algún tercero en discordia a quien Loch había consultado. Quilley llegó a tener la extraña sensación de que él y el viejo Loch, de alguna manera, estaban en el mismo barco. Con asombrosa valentía, Ned llamó con algún pretexto al teléfono de Gold y Karman en Nueva York. El número correspondía a una dirección comercial para compañías de fuera de la ciudad: no daban información sobre sus clientes. Ahora bien, Ned no hacía otra cosa que pensar en sus dos visitantes y en la comida. Ojalá les hubiera enseñado la puerta, pensaba. Telefonó al hotel de Munich que ellos habían mencionado y le salió un malhumorado director. Herr Gold y herr Karman habían pernoctado una noche pero habían partido a la mañana siguiente por un inesperado asunto de negocios, le dijo de mala gana (pero, entonces, ¿por qué se lo dijo?). Siempre demasiada información, pensó Ned. O demasiado poca. Y los mismos indicios de que eran un par de sujetos haciendo algo que no les convenía. Un productor alemán que Kurtz había mencionado dijo que eran «buenas personas, muy respetables, oh sí, muchísimo». Pero al preguntar Ned si habían visitado Munich recientemente y en qué proyectos estaban asociados, el productor se volvió hosco y prácticamente le colgó el teléfono.

Quedaban los colegas de Ned en el campo de los agentes artísticos. Ned les consultó a regañadientes y aparentando que la cosa no tenía importancia, haciendo preguntas poco concretas y dejando espacios en blanco por todas partes.

—El otro día conocí a un par de americanos simpatiquísimos -le confió por último a Herb Nolan, de Lomax Stars, parándose a saludarlo mientras comía en el Garrick-, Venían buscando alguna ganga para una serie televisiva de altos vuelos que están montando. Gold y no sé cuántos. ¿Les has visto tú por casualidad?

Nolan se rió.

—Fui yo el que te los mandó, muchacho. Querían saber algo de unos espantajos míos, y luego me preguntaron por Charlie, si pensaba que ella podría llegar hasta el final. Y yo se lo dije, claro que sí.

—¿Qué le dijiste?

—¡«Lo más seguro es que acabe con todos nosotros», les dije! ¿Qué te parece?

Deprimido por la mala calidad del humor de Herb Nolan, Ned no quiso saber más. Pero la misma noche, después que Marjory le sacara la inevitable confesión, decidió seguir compartiendo con ella sus preocupaciones.

—Tú no sabes la prisa que tenían -dijo-. Incluso para ser americanos, su energía era excesiva. Se portaron conmigo como dos policías. Primero uno y luego el otro. Dos malditos sabuesos, eso es lo que son -añadió cambiando de símil-. Sigo pensando que debería acudir a las autoridades.

—Pero, cariño -replicó Marjory al fin-. Por lo que cuentas, tal parece que eran *ellos* la autoridad.

–He pensado que le escribiré -afirmó Ned con convicción-. Tengo la firme intención de escribirle y de prevenirla, por si acaso. Puede que esté en un apuro.

Pero aunque lo hubiera hecho, habría llegado demasiado tarde. Menos de cuarenta y ocho horas después Charlie partía hacia Atenas para acudir a su cita con José.

De modo que lo habían conseguido una vez más; en apariencia, era una mera diversión comparada con el verdadero ataque de penetración; y terriblemente peligrosa, como Kurtz fue el primero en conceder cuando aquella misma noche informó modestamente de su triunfo a Misha Gavron. Pero, a ver, Misha, ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿De dónde podíamos haber sacado tal acumulación de correspondencia valiosa? Habían estado buscando afanosamente otros destinatarios de las cartas de Charlie: amigos, amigas, su condenada madre, una antigua maestra; se habían hecho pasar en un par de ocasiones por una empresa comercial interesada en adquirir los manuscritos y cartas autógrafas de la futura estrella. Hasta que, con el consentimiento a contrapelo de Gavron, Kurtz dijo hasta aquí hemos llegado. Es mejor dar un buen golpe, decretó, que muchos pequeños y peligrosos.

Por otra parte, Kurtz necesitaba cosas intangibles. Necesitaba sentir la tibieza y la textura de su presa. ¿Quién mejor que Quilley, así pues, con su larga e inocente experiencia de ella, para proporcionárselas? De modo que Kurtz se salió con la suya y golpeó a conciencia. A la mañana siguiente, tal como le había dicho a Quilley, voló a Munich, si bien la producción en que estaba metido no era del carácter que él le había hecho creer. Fue a visitar sus dos pisos francos; insufló nuevos ánimos a sus hombres. Por añadidura, concertó una agradable entrevista con el doctor Alexis: otro largo almuerzo durante el cual hablaron casi de nada importante, pues ¿qué otra cosa necesitan dos viejos amigos aparte de la presencia del otro?

Y de Munich Kurtz volaría a Atenas, continuando su marcha hacia el sur.

El barco llegaba a El Pireo con dos horas de retraso, y de no ser porque José se había embolsado su pasaje de avión, Charlie podría haberle plantado tranquilamente allí mismo. Pero también es posible que no lo hubiera hecho, pues bajo su apariencia exterior Charlie tenía que lidiar con una falta de independencia emocional que a menudo pasaba desapercibida a quienes estaban con ella. Por un lado, había tenido demasiado tiempo para pensar, y aun cuando se había convencido de que el fantasmal espectador de Nottingham, York y el East End londinense era otro hombre o ni siquiera un hombre, seguía oyendo en su interior una voz inquietante que no había manera de acallar. Por otro lado, revelar sus planes a la familia no había sido tan sencillo como José se lo había pintado. Lucy se había echado a llorar y le había obligado a aceptar dinero: «Mis últimos quinientos dracmas, Chas, todos para ti.» Willy y Pauly, borrachos, se habían puesto de rodillas en el muelle ante una audiencia calculada en millares de espectadores: «Chas, Chas, ¿cómo puedes hacernos esto?» Para escapar, ella había tenido que abrirse paso a golpes entre un sinfín de risitas falsas y recorrer el resto del camino con la correa de su bolso rota, la guitarra bajo el otro brazo y necias lágrimas de remordimiento inundándole la cara. Quien le salvó fue, ni más ni menos, el hippy de pelo pajizo de Mykonos, que debía haber hecho la travesía con los demás, aunque ella no le había visto. El chico, que pasaba por allí en un taxi, la hizo subir y la dejó después a Unos cincuenta metros de su destino. Era sueco y se llamaba Raoul, le dijo. Su padre estaba en Atenas en viaje de negocios. Raoul confiaba en darle un sablazo para poder comer. Charlie se sorprendió de verle tan lúcido y de que no mencionara a Jesús ni una sola vez.

El restaurante Diógenes tenía un toldo azul. Un chef de cartón grueso le indicó por señas que entrara.

Charlie sopesó lo que iba a decir: Lo siento, José, te has equivocado de sitio y de momento. Lo siento, José, ha sido un bonito sueño pero la fiesta ha terminado y Chas ha de irse a Londres, así que voy a recuperar mi pasaje y largarme.

O tal vez escogería el camino fácil y le diría que le habían ofrecido un papel.

Con sus téjanos raídos y sus botas rasguñadas que la hacían sentir como una perdida, fue dando tumbos entre las mesas de la terraza hasta que llegó a la puerta interior. En fin, se habrá marchado, se dijo: ¿quién espera dos horas hoy en día para echar un polvo? -el pasaje lo tiene el conserje de al lado-. Puede que eso me enseñe a andar cazando *play-boys* de playa por las calles de la Atenas nocturna, pensó. Para agravar las cosas, Lucy la había forzado la noche pasada a aceptar unas cuantas detestables píldoras más, que primero la habían encendido como una bombilla y después la habían dejado caer por un agujero oscuro del que todavía intentaba salir. Charlie no solía echar mano de aquellas sustancias, pero el hecho de ir de un amante

a otro, como ahora empezaba a interpretarlo, la había vuelto vulnerable.

Estaba a punto de entrar en el restaurante cuando dos griegos prorrumpieron en carcajadas al verla con el bolso roto. Charlie se abalanzó hacia ellos y los insultó con furor, llamándolos cerdos sexistas. Temblorosa, empujó la puerta con el pie y entró. De repente el aire se volvió fresco, cesaron los murmullos de la acera; se encontraba en un restaurante artesonado, en penumbra, y allí en su propio rincón de oscuridad estaba San José de la Isla, sujeto odioso y conocido autor de toda su culpa y su turbación, con un café griego a mano y un libro de bolsillo abierto frente a él.

Ni me toques, le advirtió ella mentalmente al ir hacia él. No des nada por sentado. Estoy cansada y hambrienta, estoy que muerdo, y he renunciado al sexo para los próximos doscientos años.

Pero lo máximo que él le tocó fue la guitarra y el bolso roto. Y lo máximo que le dio fue un rauda y franco apretón de manos desde el otro lado del océano. Así pues, ella no pudo decir otra cosa que «Llevas una camisa de seda». Lo cual era cierto: una de color crema con gemelos dorados grandes como chapas de botella. «Pero ¿te has visto bien, José? -exclamó ella al ver el resto de la chatarra que llevaba encima: cadena de oro, reloj de oro... ¡me doy la vuelta un momento y te buscas una protectora millonaria!» Todo lo cual brotó de Charlie en un tono medio histérico, medio agresivo, tal vez con el propósito instintivo de hacerle sentir tan incómodo respecto a su atuendo como ella se sentía del suyo propio. ¿Y qué espero yo que lleve encima?, se preguntó furiosa, ¿su maldito bañador de monje y su cantimplora?

Pero José, de todos modos, no le hizo el menor caso.

–Hola, Charlie. El barco ha llegado tarde. Pobrecita. No importa. Ya estás aquí. - Ese al menos era José: nada de triunfalismo, nada de sorpresa, un severo saludo bíblico y un gesto dirigido al camarero-, ¿Primero lavarte o un whisky? El lavabo de señoras está ahí al fondo.

–Primero whisky -dijo ella, y se dejó caer en la silla que estaba delante de él.

Supo inmediatamente que era un buen local. Esa clase de sitios que los griegos se reservan para ellos.

–Ah, y antes de que me olvide... -José buscó algo detrás de él.

¿Olvidar qué?, pensó ella con la cabeza entre las manos, mirándole fijamente. Vamos, José, si tú jamás has olvidado nada... De debajo del banco José había sacado una bolsa griega de lana, muy chillona, que le ofreció a Charlie evitando ostentosamente toda ceremonia.

–Ya que vamos a recorrer el mundo juntos, aquí tienes tu equipo de fuga. Dentro encontrarás tu pasaje de avión de Tesalónica a Londres, que aún puedes cambiar si lo deseas; y también los medios para ir de compras, escurrir el bulto o simplemente cambiar de idea. ¿Te fue difícil librarte de tus amigos? Seguro que sí. A nadie le gusta engañar a la gente, y menos a la gente que queremos.

Hablaba como si lo supiera todo acerca del engaño, como si practicara a diario con la compunción.

–No hay paracaídas -se lamentó ella, mirando dentro de la bolsa-. Gracias, José. - Lo dijo una segunda vez-. Qué elegante. Muchas gracias. -Pero tenía la sensación de no creerse ya más a sí misma. Serán las pastillas de Lucy, se dijo. La resaca de viajar en vapor griego.

–¿Qué te parece una langosta? En Mykonos dijiste que la langosta era tu plato favorito. ¿Era verdad? El chef te guarda una, basta una orden tuya para que la ejecute. ¿Qué me dices?

Con la barbilla apoyada aún en una mano, Charlie dejó que su buen humor se superara a sí mismo. Con una sonrisa cansina, levantó el otro puño y remedó el gesto de César con el pulgar, condenando a muerte a la langosta.

–Diles que no quiero mucha violencia -comentó. Luego le cogió una mano y se la estrujó entre las suyas a fin de disculparse por su aspecto abatido. Él sonrió y le dejó jugar con su mano. Era una mano hermosa, de dedos largos y duros y músculos muy fuertes.

–Y el vino que te gusta -dijo José-. Boutaris, blanco y frío. ¿No era eso lo que podías decir?

Sí, pensó ella, observando cómo la mano de él hacía el viaje de vuelta por la mesa. Eso solía decir yo, hace años, cuando nos conocimos en aquella pequeña y pintoresca isla griega.

–Y después de la cena, en calidad de Mefistófeles personal tuyo, te llevaré a lo alto de una colina y te enseñaré el segundo lugar más bonito de la tierra. ¿De acuerdo? ¿Te apetece una excursión con misterio?

–Yo quiero el primero -dijo ella, bebiendo su whisky.

–Y yo nunca doy primeros premios a nada -replicó él plácidamente.

¡Sácame de aquí!, pensó ella. Manda al escritor a freír espárragos. Consigue un libreto nuevo. Probó con un truco sacado de los guateques de jovencita en Rickmansworth:

–¿Qué has estado haciendo estos días, José? Aparte, claro está, de suspirar por mis huesos.

Él no llegó a responder. En lugar de eso, le preguntó por su propia espera, por el viaje y por la pandilla. Sonrió cuando ella le contó la providencial aparición del taxi con el hippy que no mencionó a Jesucristo; quiso saber si tenía noticias de Alastair y mostró una cortés desilusión al enterarse de que ella no sabía nada de él. «¡Oh!, es que él nunca escribe», dijo Charlie con una carcajada de despreocupación. José le preguntó qué clase de papel creía ella que le habrían ofrecido; ella suponía que se trataba de un *spaghetti western* y a él le pareció gracioso: nunca había oído esa expresión, e insistió en que ella se lo explicara. Cuando Charlie hubo terminado su

whisky empezó a pensar que tal vez él la consideraba atractiva. Hablándole de Al, se sorprendió de ver que estaba haciendo sitio en su vida a un nuevo hombre.

–En fin, sólo espero que tenga éxito -dijo ella, dando a entender que el éxito podría compensar a Al de otras frustraciones.

Pero incluso cuando estaba haciendo estos progresos hacia José, se vio asaltada una vez más por la sensación de estar pisando en falso. Era algo que le ocurría a veces en escena, cuando algo no salía bien: que los acontecimientos se sucedían separada y rígidamente, que los diálogos eran demasiado endebles, demasiado francos. *Ahora*, pensó. Metió la mano en su bolso y extrajo una cajita de madera de olivo y se la ofreció a José. Éste la tomó pero no reconoció al momento que se trataba de un regalo, y ella detectó divertida un instante de ansiedad, de sospecha incluso, en su cara, como si algún factor inesperado amenazase con desbaratar sus planes.

–Se supone que debes abrirla -le explicó ella.

–Pero ¿qué es? -Dedicándole la bufonada, José sacudió la cajita y luego se la llevó a la oreja-. ¿He de pedir un cubo de agua? -preguntó. Suspirando como si no esperara nada bueno, levantó la tapa y contempló los pequeños envoltorios de papel de seda que había en su interior-. ¿Qué es esto, Charlie? Estoy totalmente confuso. Debo insistir en que los devuelvas allá donde los hayas conseguido.

–Vamos, abre uno.

José estiró una mano; ella vio cómo quedaba suspendida en el aire, como si fuera sobre su propio cuerpo, y bajaba después para coger el primer presente, que era la gran concha rosada que ella había rescatado de la playa el día en que él se fue de la isla. José la depositó solemnemente sobre la mesa y sacó la siguiente ofrenda, un asno griego de madera *made in* Taiwán, comprado en la tienda de *souvenirs*, con la palabra «José» pintada a mano por ella sobre la grupa. Sosteniéndolo con ambas manos, José empezó a darle vueltas y vueltas mientras lo examinaba.

–Es macho -dijo ella. Pero no consiguió cambiar la seriedad de su expresión-. Y ésa soy yo, enfurruñada -aclaró al levantar él una foto de Charlie vista por detrás, con sombrero de paja y caftán, sacada con la Polaroid de Roben-, Estaba muy enfadada y no quise posar. Pensé que sabrías apreciarla.

La gratitud de él tuvo un tono de ocurrencia tardía que la dejó helada. Gracias pero no, parecía decir él; gracias pero en otra ocasión. Ni Pauly, ni Lucy ni tú tampoco. Ella dudó y finalmente se lo dijo, afablemente, pero con convicción:

–José, no tenemos por qué seguir con esto, sabes. Aún puedo coger el avión, si es lo que prefieres. Yo no quería que tú...

–Que yo ¿qué?

–No pretendía hacerte cumplir una promesa precipitada. Eso es todo.

–No fue precipitada. Iba totalmente en serio.

Ahora le tocaba a él. Sacó un pliego de folletos de viaje. Espontáneamente, ella

dio la vuelta a la mesa y se sentó al lado de él con el brazo izquierdo apoyado en su hombro a fin de poder examinarlos juntos. Su hombro era tan duro como un acantilado, y casi tan íntimo, pero ella no apañó el brazo. Delfos: fantástico. Su pelo rozaba la mejilla de él. Se lo había lavado la noche anterior pensando en la ocasión. Olympus: fabuloso. Meteora: la primera vez que lo oigo. Sus frentes estaban tocándose. Tesalónica: ¡uau! Los hoteles donde pararían, todo planeado, todo reservado. Ella le besó un pómulo, justo al lado del ojo, un fortuito y apresurado ósculo que se concede fugazmente. Él sonrió y le dio un apretón en la mano hasta que ella dejó prácticamente de preguntarse qué tenía él, o ella, que le daba el derecho de tomar posesión de ella sin combatir, sin una rendición siquiera; o de dónde venía ese reconocimiento previo -el «Ah, sí, Charlie, qué tal»- que había convenido su primer encuentro en una reunión de viejos amigos y este de ahora en una conferencia sobre su luna de miel.

Al cuerno, pensó ella.

–Tú nunca llevas blazers de color rojo, ¿verdad, José? -le preguntó sin haberse dado tiempo a considerar su pregunta-. Color vino, con botones de latón, y un aire años veinte en el corte...

José alzó lentamente la cabeza, se volvió y le devolvió la mirada:

–¿Es un chiste?

–No. Es una pregunta, sin más.

–¿Un blazer rojo? ¿Y por qué habría de llevar uno? ¿Es que quieres que vaya a animar a tu equipo de fútbol o algo así?

–Te quedaría bien. Eso es todo. -Él seguía esperando una explicación-. Es la manera en que a veces veo a las personas -dijo ella, empezando a buscar una salida al atolladero-. Teatralmente. En mi cabeza. Tú no conoces a las actrices, ¿me equivoco? Yo le pongo maquillaje a la gente, barbas, cosas así... Te quedarías de una pieza. También los visto de gala. Bombachos, uniformes. Todo me lo imagino yo. Es una costumbre que tengo.

–¿Quiere eso decir que te gustaría que me dejara barba?

–El día que así sea, te avisaré.

Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa -otro encuentro tras las candilejas-, la mirada de él la soltó y finalmente ella logró despegar rumbo al lavabo de señoras donde se regañó a sí misma mirándose al espejo mientras trataba de descifrar el enigma de José. No me extraña, pensó, que tenga esos agujeros de bala. Se los hicieron las mujeres.

Habían comido, habían hablado con la seriedad de los desconocidos, y él había pagado la cuenta extrayendo una cartera de piel de cocodrilo que debía de haberle costado una fortuna.

–¿Me estás poniendo en la lista de gastos? -preguntó ella al ver que José doblaba el recibo y se lo guardaba.

La pregunta quedó sin responder pues, de repente, afortunadamente, su consabido genio administrativo había tomado las riendas y al parecer les quedaba poquísimo tiempo.

–Por favor, asómate a ver si hay un Opel verde destartado con aletas abolladas y un conductor de diez años -le dijo él mientras se apresuraba por un angosto pasadizo paralelo a la cocina, llevando el equipaje de ella.

–A la orden -dijo Charlie.

Estaba aparcado junto a la entrada lateral; aletas abolladas, como él había prometido. El conductor cogió el equipaje y rápidamente metió las cosas en el maletero. Tenía pecas y un aspecto saludable, los cabellos rubios, una gran sonrisa de trigo sarraceno y, efectivamente, aspecto de tener, si no diez, quince años como mucho. La calurosa noche seguía derramando su pausada llovizna habitual.

–Charlie, te presento a Dimitri -dijo José indicándole que ocupara el asiento de atrás-. Su madre le ha dado permiso para llegar tarde. Dimitri, sé tan amable de llevarnos al segundo lugar más bonito de la tierra. -José se había puesto al lado de ella. El coche arrancó de inmediato y, con él, el monólogo de un guía chistoso-. Y bien, Charlie, ahí tienes el hogar de la moderna democracia griega, la Plaza de la Constitución; fíjate en los muchos demócratas que disfrutaban de su libertad en las terrazas de los restaurantes. A tu izquierda puedes ver el Olympieion y la Puerta de Adriano. Debo advertirte, no obstante, antes de que te hagas una idea equivocada, que éste es un Adriano distinto del que hizo erigir la famosa muralla. La versión ateniense es un hombre mucho más extravagante, ¿no crees? Más artístico, diría yo.

–Oh, sí. Mucho -dijo ella.

Vamos, despierta, se dijo a sí misma con avidez. Espabila de una vez. Excursión gratis, un nuevo y encantador compañero, la Grecia antigua y *diversión*- ¿qué más quieres? Estaban aminorando la marcha. Atisbó unas ruinas a su derecha, pero los setos altos las ocultaron de nuevo. Llegaron a una glorieta, siguieron cuesta arriba por una colina pavimentada y se detuvieron. José salió del coche y fue a abrirle la puerta, luego la agarró de la mano y la condujo, rápidamente y con aires casi conspiratados, hacia una estrecha escalera de piedra entre árboles de ramas entrecruzadas.

–Hablamos únicamente en susurros e, incluso entonces, en un código sumamente elaborado -dijo él con un teatral murmullo de advertencia, y ella le respondió algo que tampoco tenía sentido.

Su firme apretón estaba cargado de electricidad. Sentía arder los dedos al contacto de su mano. Iban por un sendero de bosque, a ratos asfaltado, a ratos de tierra, pero siempre cuesta arriba. La luna había desaparecido y estaba muy oscuro, pero José iba delante de ella certero como una flecha, igual que si fuera de día. Cruzaron una

escalinata de piedra y luego un sendero mucho más amplio, pero los caminos fáciles no eran para él. Cesaron los árboles y Charlie vio a su derecha las luces de la ciudad ya muy abajo. A su izquierda, y bastante más arriba aún, una especie de risco montañoso destacaba negro contra la anaranjada línea del horizonte. Oyó pasos y risas detrás de ella, pero sólo eran dos jovencitos riendo un chiste.

–No te importa andar, ¿verdad? -preguntó él, sin variar la marcha.

–Muchísimo -contestó ella.

–¿Quieres que te lleve en brazos?

–Sí.

–Lástima que tenga un tirón muscular en la espalda.

–Lo he visto -dijo ella, agarrándose más de su mano.

Al mirar el frente descubrió lo que parecían las ruinas de un viejo molino inglés, ventanas arqueadas una encima de otra y, detrás, la ciudad iluminada. Echó un vistazo a su izquierda y el risco se había convertido en el negro perfil rectangular de un edificio con lo que podía haber sido una chimenea asomando por un extremo. Después, nuevamente los árboles, el ensordecedor parloteo de las cigarras y un olor a pino lo bastante fuerte para que le picaran los ojos.

–Es una tienda de campaña -susurró ella, haciéndole parar un momento-. ¿Verdad? Sexo en las alturas. ¿Cómo has adivinado mis apetitos secretos?

Pero él estaba ya avanzando a unos pasos de ella. Charlie jadeaba, pero cuando tenía ganas podía marchar el día entero, de modo que los jadeos tenían otro origen. Habían llegado a un camino ancho. Frente a ellos, dos siluetas grises de uniforme montaban guardia sobre una pequeña cabaña de piedra en la que una bombilla ardía dentro de una jaula de alambre. José se les acercó y ella pudo oírles respondiendo con un murmullo a su saludo. La barraca se levantaba entre dos verjas de hierro. Detrás de una quedaba otra vez la ciudad, de la otra sólo había la más completa negrura, y era hacia esa oscuridad a donde se les dejaba entrar, pues ella oyó el tintineo de llaves y el crujir del metal cuando la verja osciló lentamente sobre sus goznes. El pánico se apoderó momentáneamente de ella. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde estoy? Sal corriendo, boba, sal corriendo. Los hombres eran funcionarios o policías y adivinó que José los había sobornado por su gran docilidad. Se miraron todos el reloj y al levantar él su muñeca ella vio el fulgor de su camisa color crema y de los gemelos. José le hacía señas para que avanzara. Ella se echó atrás y vio a dos chicas en el camino, más abajo, mirándola. Él la estaba llamando. Charlie echó a andar hacia la verja abierta. Notó que los ojos de los policías la desnudaban y se le ocurrió entonces que José aún no la había mirado así; aún no había dado pruebas evidentes de desearla. En aquella incertidumbre, ella deseó intensamente que lo hiciera.

La verja se cerró a su espalda. Había unos escalones, y después de los escalones un sendero de roca resbaladiza. Oyó que le decía que tuviera cuidado. Ella le habría

rodeado con el brazo pero él la hizo pasar delante suyo diciéndole que no quería entorpecerle la vista con su cuerpo. Conque es una vista, se dijo ella. La segunda vista más preciosa del mundo. La roca debía de ser de mármol pues brillaba incluso en la oscuridad, y sus suelas de cuero resbalaban peligrosamente. Estuvo a punto de caer pero la mano de él la salvó con una velocidad y una fuerza que hacía de Al un enclenque. Se llevó un brazo al costado, haciendo que los nudillos de él le apretaran un pecho. Toca, pensó desesperadamente. Es mío, tengo otro más; el izquierdo es ligeramente más erógeno que el derecho, pero ¿qué más da? El sendero zigzagueaba, la oscuridad iba en aumento y ella la notaba caliente, como si hubiera retenido todo el calor del día. A sus pies, entre los árboles, la ciudad se perdía de vista como un planeta moribundo; encima de ella sólo parecía haber una mellada negrura formada por torres y andamios. El estrépito de la circulación cesó de repente, dejando la noche para las cigarras.

–Ahora muy despacio, por favor.

Por el tono de él supo que, fuera lo que fuese, estaba muy cerca. El sendero zigzagueó otra vez hasta desembocar en una escalinata de madera. Peldaños, un trecho plano, y peldaños otra vez. Al llegar aquí José caminó con mucha cautela, y ella siguió su ejemplo, de modo que una vez más estuvieron unidos por el recato. Codo con codo atravesaron un amplio portalón cuyas meras dimensiones le hicieron levantar la cabeza. Y al hacerlo, vio una media luna roja escurriéndose de las estrellas para ocupar su sitio entre los pilares de Partenón.

Susurró: «Dios mío.» Se sentía empequeñecida y, por un instante, absolutamente sola. Caminó lentamente, como quien avanza en dirección a un espejismo esperando que desaparezca de un momento a otro, pero éste no desapareció. Caminó a todo lo largo, buscando un sitio por donde ascender, pero en la primera escalinata un escrupuloso letrero decía «prohibido subir». Y, de súbito, sin saber por qué, estaba corriendo. Corría hacia el cielo entre cantos rodados, yendo hacia el extremo oscuro de esta ciudad fantástica, consciente sólo a medias de que José, con su camisa de seda, correteaba sin esfuerzo a su lado. Reía y hablaba a la vez; decía las cosas que por lo visto decía en la cama, lo que le venía a la cabeza, sin más. Tenía la sensación de que podía escapar a su propio cuerpo y alcanzar el cielo sin caerse. Ya a paso de marcha, llegó al parapeto y se abalanzó para mirar hacia la isla iluminada rodeada por el negro océano de la llanura ática. Al mirar atrás le vio observándola a unos cuantos pasos.

–Gracias -dijo ella por fin.

Aproximándose a él, le agarró la cabeza con ambas manos y le dio un beso en la boca, un beso que duró meses, primero sin lengua y luego apasionado, inclinando la cabeza e inspeccionando su cara mientras tanto, como para medir el efecto de su trabajo, y esta vez sí estuvieron abrazados el tiempo suficiente para que ella pudiera

decir: definitivamente, sí, funciona.

–Gracias, José -repitió, pero él se había echado hacia atrás. Su cabeza se zafó del apretón de ella, sus manos le dejaron libres los brazos, devolviéndolos a sus costados. Sorprendentemente, la había dejado sin nada.

Perpleja y casi colérica, se quedó mirando aquella cara de inmóvil centinela a la luz de la luna. En su época, ella calculaba haberlos conocido de todas clases. Los gays de salón que simulaban hasta que se echaban a llorar. Los demasiado mayores para ser vírgenes, acosados por imaginarios nubarrones de impotencia. Los aspirantes a Don Juan y los folladores ficticios que se retiraban a la hora de la verdad súbitamente tímidos o conscientes. Y había habido en ella suficiente ternura de verdad para hacer de madre, de hermana o de lo otro y establecer un vínculo con todos ellos. Pero en José, mientras clavaba la vista en las ensombrecidas cuencas de sus ojos, notaba una renuncia que nunca había conocido. No era que él careciese de deseo o que le faltara capacidad. Ella era una actriz lo bastante veterana para no interpretar erróneamente la tensión y la confianza de su abrazo. Era más bien como si el objetivo de él estuviera mucho más allá de ella, y como si al contenerse intentara decirle justamente eso.

–¿Debo darte las gracias otra vez? -preguntó.

Él la siguió mirando en silencio y luego levantó la muñeca y consultó el reloj de oro a la luz de la luna.

–Creo que como nos queda muy poco tiempo lo mejor es que te enseñe algunos de los templos que hay por aquí. ¿Te importa que te dé la lata?

En el extraordinario vacío que se había abierto entre los dos, él contaba con que ella toleraría su visión de la abstinencia.

–Mira, José, quiero saberlo todo -afirmó ella, colgándose de su brazo y tirando de él como si fuera un trofeo-. Quién lo construyó, con cuánto dinero, a quién estaba dedicado y si surtió efecto. Puedes darme la lata hasta que la muerte nos separe.

A Charlie no le pasó por la cabeza que él pudiera no tener las respuestas, y estaba en lo cierto. Él la instruía, ella escuchaba; él la llevaba tranquilamente de templo en templo, y ella le seguía cogida de su brazo, pensando: seré tu hermana, tu alumna, tu lo que sea. Yo te apoyaré, pero diré que el mérito es tuyo, y si fracasas me echaré las culpas; que me aspen si no consigo sacarte esa sonrisa tuya.

–No, Charlie -replicó él con gravedad-. Propileo no era una diosa sino el pórtico de un santuario. La palabra viene de *propylon*; los griegos empleaban el plural para dar un toque de distinción a sus lugares santos.

–¿Te has aprendido todo esto por mí, José?

–Pues claro. Especialmente para ti.

–Yo también podría. Mi cabeza es como una esponja. Tendrías que verme en acción. Me basta echar una ojeada a un libro, y ya soy una experta.

Él se detuvo; ella le imitó.

–Entonces repítelo todo -dijo él.

Charlie sospechó que se burlaba de ella. Pero luego, cogiéndole de los brazos, lo hizo girar sobre sus talones y se llevó por donde habían venido, repitiéndole de camino cuanto él le había explicado.

–¿Qué? ¿Aprobada? -Estaban otra vez al final-. ¿Me toca el segundo mejor premio?

Esperaba sus famosos «tres minutos preventivos».

–No es el *sepulcro* de Agripa sino el *monumento*. Aparte de este pequeño error, yo diría que te lo sabes al pie de la letra. Enhorabuena.

En ese momento, desde muy abajo, llegó a sus oídos el sonido de tres deliberados bocinazos de coche, y ella supo que esa señal iba dirigida a él, pues al momento alzó la cabeza y pareció prestar atención al sonido, como un animal olisqueando el viento, antes de volver a mirar su reloj. La carroza se ha vuelto calabaza, pensó ella; hora de que los niños buenos estén en la cama y se cuenten unos a otros de qué diablos va todo esto.

Habían empezado ya a bajar por la colina cuando José hizo una pausa y miró hacia el melancólico Teatro de Dionisos, un desierto espacio cóncavo iluminado únicamente por la luna y los haces desperdigados de unas luces lejanas. La última mirada, pensó ella con azoramiento mientras contemplaba su negra e inmóvil silueta recortándose contra las luces de la ciudad.

–Leí en alguna parte que ningún drama auténtico puede ser jamás una manifestación privada -observó él-. Las novelas y la poesía, sí. Pero no el drama. El teatro debe tener una aplicación en la realidad. Debe ser útil. ¿Tú lo crees así?

–¿En el Instituto Femenino de Burton-on-Trent? -contestó ella entre risas- ¿Representando a Helena de Troya para los pensionistas en la función de tarde de los sábados?

–No, lo digo en serio. Dime que opinas tú.

–¿Sobre el teatro?

–Sobre su finalidad.

Su ansiedad la desconcertaba. Demasiadas cosas dependían de su respuesta.

–Sí, estoy de acuerdo -dijo incómodamente-. El teatro debería ser útil. Debería hacer más sensible a la gente. Debería, digamos, despertar la conciencia de las personas.

–¿Y ser real, por tanto? ¿Estás segura?

–Claro que estoy segura.

–Entonces, bueno -dijo él, como si en ese caso ella no hubiera de culparle.

–Bueno -repitió Charlie, jovialmente.

Estamos locos, concluyó ella. Somos un par de chalados. Los policías los

saludaron cuando descendían camino de la tierra.

Primero pensó que él le estaba gastando una broma pesada. El Mercedes destacaba en solitario en mitad de la calle desierta. No lejos de allí una pareja se manoseaba sentada en un banco; por lo demás, no había nadie. Era de color oscuro, pero no negro. Estaba aparcado cerca del terraplén de césped y la placa frontal de la matrícula no quedaba a la vista. A Charlie le gustaban los Mercedes desde que sabía conducir; por la solidez de éste supuso que se trataba de un modelo hecho de encargo, y por el guarnecido, las antenas y el resto de los aditamentos, que se trataba del capricho de alguien en particular. Él la había cogido del brazo, y sólo al llegar a la altura de la portezuela del conductor pudo ella advertir que se proponía abrir el vehículo. Vio cómo introducía la llave en la cerradura y cómo saltaban los cuatro botones automáticamente, y al momento se vio conducida hasta la puerta del acompañante mientras ella preguntaba qué diantre se traía entre manos.

—¿Es que no te gusta? -preguntó él, con una frivolidad de la que sospechó inmediatamente-. ¿He de encargar otro modelo? Y creía que los coches buenos eran tu debilidad.

—¿Lo has alquilado, entonces?

—No exactamente. Nos lo han prestado para nuestro viaje.

Él le sujetaba la puerta abierta, pero ella no entró.

—¿Prestado, quién?

—Un buen amigo.

—¿Cómo se llama?

—Charlie, no seas ridícula... Herbert. Karl Herbert. ¿Qué importa el nombre? ¿Acaso prefieres las democráticas incomodidades de un Fiat griego?

—¿Dónde está mi equipaje?

—En el maletero. Dimitri lo puso ahí siguiendo instrucciones mías. ¿Quieres echar un vistazo para tranquilizarte?

—Yo no me meto ahí dentro, es una locura.

De todos modos, entró, y al momento él estaba sentado al lado suyo y ponía el coche en marcha. Llevaba guantes de conducir, guantes negros de piel con agujeritos en el dorso. Debió de tenerlos en el bolsillo y ponérselos al subir al coche. El oro de sus muñecas contrastaba con los guantes. Conducía rápido y con mucha destreza. Eso tampoco le gustó a ella, no era manera de conducir el coche de un amigo. Su puerta estaba cerrada. Él las había cerrado todas con el interruptor de cierre centralizado. Había puesto la radio y sonaba una lastimera melodía griega.

—¿Cómo se abre esta maldita ventanilla? -dijo ella.

Él apretó un botón y el cálido aire nocturno pasó sobre ella, trayéndole un aroma a resina. Pero él sólo bajó la ventanilla cinco o seis centímetros.

—¿Haces esto a menudo? -preguntó ella en voz alta-, Es uno de tus trucos, ¿no?

Llevar mujeres a sitios desconocidos al doble de la velocidad del sonido.

No hubo respuesta. Estaba absorto mirando la carretera. ¿Quién es este hombre? Válgame Dios -como su condenada madre habría dicho-, ¿quién es? El coche se inundó de luz. Ella giró la cabeza y vio por la ventanilla de atrás dos faros que estaban a unos cien metros de ellos, sin ganar ni perder terreno.

—¿Son nuestros o suyos? -preguntó.

Estaba acomodándose de nuevo en su asiento cuando reparó en lo que acababa de ver. Era un blazer rojo, sobre el asiento de atrás, con botones de latón iguales que los botones de latón que había visto en Nottingham y York: y, no le importaba apostar algo, un corte a los años veinte.

Le pidió un cigarrillo.

—¿Por qué no miras en la guantera? -dijo él sin volver la cabeza.

Ella abrió el compartimiento y vio un paquete de Marlboro. Al lado mismo había una bufanda de seda y unas gafas de sol Polaroid de las caras. Sacó la bufanda y la olió: olía a agua de colonia para hombre. Cogió un cigarrillo del paquete. Con la mano enguantada, José le pasó el encendedor incandescente del salpicadero.

—Ese amiguito tuyo es un pinturero, ¿no?

—Pues sí, bastante. ¿Por qué lo preguntas?

—Ese blazer rojo de ahí atrás, ¿es tuyo o de él?

Volvió rápidamente la cabeza para mirarla, como impresionado, y enseguida siguió atento a la carretera.

—Digamos que es suyo pero que me lo ha prestado -dijo sosegadamente mientras aumentaba la velocidad del coche.

—¿También te ha prestado las gafas de sol? ¿Eh? Con la de horas que te tiras frente a las bambalinas, digo yo que te harían falta. Un poco más y subes al escenario. Tu apellido es Richthoven, ¿no?

—Sí.

—Peter, de nombre, pero tú prefieres José. Residente en Viena, pequeños negocios, algunos estudios... -Ella se detuvo pero él no dijo nada-. Un apartado de correos -insistió-. Número siete-seis-dos de la oficina central de Correos. ¿Correcto?

Vio que la cabeza de él asentía ligeramente dando la aprobación a su memoria. La aguja del velocímetro marcaba 130.

—Nacionalidad no declarada, un mestizo susceptible -prosiguió ella animadamente-. Tienes tres niños y dos esposas. Metidos en una caja... postal.

—Ni esposa, ni hijos.

—¿No? ¿Nunca? ¿O no existen en este momento?

—No existen.

—No creas que me interesa. En realidad, me gustaría que tuvieras esposa o hijos. Es sólo para definirte un poco. Cualquier cosa sirve. Las chicas somos un poco

metomentado, ya sabes.

Se dio cuenta de que aún tenía la bufanda en sus manos. La arrojó a la guantera y cerró bruscamente. La carretera era recta pero muy estrecha, el velocímetro marcaba ahora 140; ella notaba cómo se formaba el pánico en su interior y cómo batallaba con su calma artificial.

–Podrías darme alguna noticia, ¿no crees? Algo para que una se sienta en paz...

–La buena noticia es que te he mentado lo menos posible y que dentro de poco comprenderás las muchas y buenas razones de que estés con nosotros.

–¿Nosotros? ¿Quiénes? -dijo ella al punto.

Hasta entonces él era un solitario. A Charlie no le gustó nada el cambio. Se dirigían hacia la carretera principal, pero él no aminoró la marcha. Vio las luces de dos coches que venían hacia ellos y luego hubo de contener la respiración cuando él pisó el acelerador y el freno a la vez colocando el Mercedes justo en frente de los dos vehículos, lo bastante rápido para permitir que el coche de atrás hiciera otro tanto.

–No serán armas, ¿verdad? -preguntó ella, pensando de repente en sus cicatrices-. No me digas que estás organizando por ahí algún pequeño conflicto armado. Es que no soporto las explosiones, sabes. Tengo unos tímpanos muy delicados. -Su voz, con su nueva y forzada desenvoltura, le resultaba extraña.

–No, Charlie, no es contrabando de armas.

–«No, Charlie, no es contrabando de armas.» ¿Trata de blancas?

–No, tampoco es trata de blancas.

Ella repitió también esa frase.

–Entonces sólo nos queda droga, ¿verdad? Porque los negocios serán de *algo*, digo yo. Sólo que a mí lo de las drogas tampoco me va, si te soy sincera. Long Al me hace pasar su hashish por la aduana y luego me tiro días y días hecha un asco de los nervios que he pasado. -Sin respuesta-. ¿Es algo más excelso? ¿Más noble? ¿No tiene nada que ver con todo esto? -Alargó el brazo para apagar la radio-. Oye, ¿qué tal si paras el coche? No tienes por qué llevarme a ninguna parte. Si quieres, puedes volver a Mykonos mañana y recoges a mi sustituta.

–¿Y dejarte aquí plantada? No seas ridícula.

–¡Para ya! -gritó ella-. ¡Que pares el coche, joder!

Se habían saltado un semáforo y habían torcido a la izquierda, con tal violencia que a ella se le trabó el cinturón de seguridad dejándola de golpe sin aliento. Charlie hizo ademán de tomar el volante pero el brazo de él se lo impidió antes de que lo lograra. Torcieron a la izquierda otra vez, ahora por un portalón blanco que daba a un camino particular bordeado de azaleas e hibiscos. El camino describía una curva, que recorrieron en su totalidad hasta detenerse en un trecho de grava limitado por piedras pintadas de blanco. El segundo coche aparcó detrás de ellos, bloqueando el camino de salida. Ella oyó pasos sobre la grava. La casa era una villa antigua repleta de flores

rojas. Al resplandor de los faros, las flores parecían manchas de sangre fresca. En el porche brillaba una solitaria y pálida lámpara. José apagó el motor y se guardó la llave en el bolsillo. Inclinandose hacia Charlie, abrió la portezuela de su lado, permitiendo así que el rancio olor de las hortensias y el chirrido de las cigarras penetrara en el coche. José bajó pero Charlie permaneció en su asiento. No había brisa ni sensación de aire fresco, y ningún otro sonido aparte de los ágiles pasos de gente joven congregándose alrededor del coche: Dimitri, el chófer de diez años y la sonrisa de trigo sarraceno; Raoul el del cabello pajizo, el pirado por Jesucristo que viajaba en taxi y tenía un papá sueco y acaudalado dos chicas con ropa vaquera, las mismas que les habían seguido al subir a la Acrópolis y -ahora que ella podía verlas con claridad- las mismas que había visto un par de veces haraganeando por Mykonos cuando estaba mirando escaparates. Al oír que alguien estaba sacando el equipaje del maletero, Charlie salió del coche hecha una fiera:

–¡Mi guitarra! -gritó-. Deja eso ahora mismo...

Pero Raoul la tenía ya bajo el brazo, y Dimitri se había hecho cargo del bolso. Charlie estaba ya a punto de saltar sobre él cuando las dos chicas la cogieron por las muñecas y los codos, y sin esfuerzo alguno se la llevaron hacia el porche principal.

–¿Dónde está ese cabrón de José? -aulló.

Pero el cabrón de José, cumplida su misión, estaba subiendo los escalones y sin mirar atrás, como quien escapa de un accidente. Al pasar frente al coche, Charlie pudo ver la placa trasera de la matrícula a la luz del porche. No era una matrícula griega. Era árabe, con una inscripción estilo Hollywood en torno a los números y las letras «CD» de «Corps Diplomatique», en plástico, pegadas sobre la tapa del maletero justo a la izquierda del emblema de Mercedes.

6

Las dos chicas la habían acompañado al lavabo y se habían quedado impertérritas allí mientras ella lo utilizaba. Una rubia y otra morena, las dos deseadas y con órdenes de ser amables con la chica nueva. Calzaban zapatos de suela blanda, llevaban la camisa por fuera del pantalón tejano, la habían dominado sin esfuerzo cuando por dos veces trató de echárseles encima, y cuando las insultó le habían sonreído con la remota dulzura de los sordomudos.

–Yo soy Rachel -le confió la morena sin resuello, durante una breve tregua-. Y ésta es Rose. Rachel... Rose, ¿te das cuenta? Nos llaman las dos Erres.

Rachel era la guapa. Tenía un gracioso acento del norte de Inglaterra y unos ojos vivaces, y era el trasero de Rachel el que había hecho parar a Yanuka en la frontera. Rose era alta y nervuda, con el pelo rubio encrespado y una pulcritud de atleta, pero cuando abría las manos, sus palmas eran como palas de hacha enastada en sus delgadas muñecas.

–Estarás bien, Charlie, no te apures -le aseguró Rose, con un árido acento que podía haber sido de Sudáfrica.

–Ya lo estaba antes -dijo Charlie al hacer otro vano intento de zurrarlas.

Del lavabo la llevaron a un dormitorio de la planta baja y le dieron un peine, un cepillo y un vaso de té adelgazante, sin leche, y ella se sentó en la cama a beberlo mientras blasfemaba con temblorosa furia, intentado recuperar el ritmo correcto de su respiración. «actriz indigente secuestrada», masculló. «¿Cuál es el rescate, chicas, mi saldo en descubierto?» Pero ellas se limitaron a sonreírle con más simpatía, situadas una a cada lado de ella, listos los brazos para subirla a cuestras por la gran escalera. Al llegar al primer rellano, Charlie volvió a golpearlas, esta vez con el puño cerrado y con furia, pero sólo consiguió verse tendida de espaldas en el suelo mirando la bóveda de vidrio de colores que coronaba el hueco de la escalera, y que, al captar la luz de la luna como un prisma, la descomponía en un mosaico de oro pálido y rosa.

–Sólo quería romperos la nariz -le explicó a Rachel, pero la respuesta de ésta fue una mirada de radiante comprensión.

La casa era antigua. Olía a gato y a su condenada madre. Estaba repleta de muebles griegos estilo Imperio de mala calidad, y por todas partes colgaban desvaídas cortinas de terciopelo y arañas de latón. Pero limpia como un hospital suizo o inclinada como una cubierta de barco, le habría dado la misma rabia, ni más ni menos. Una jardinera agrietada del segundo rellano le recordó a su madre otra vez: se vio de pequeña sentada a la vera de su madre vistiendo un peto de pana y desvainando guisantes en un invernadero rebosante de araucarias. Pero a fe suya que no recordaba, ni recordaría más adelante, ninguna casa que poseyera un invernadero, como no fuese la primera que tuvieron, en Branksome, cerca de Bournemouth,

cuando ella tenía tres años.

Se acercaron a una puerta de doble hoja. Rachel la empujó y Charlie se vio ante una cavernosa habitación superior. En mitad de la misma, sentadas a una mesa, había dos figuras, una ancha y grande y otra encorvada y muy flaca, ambas vestidas de marrón y gris apagados y, desde aquella distancia, fantasmales. Vio sobre la mesa papeles esparcidos a los que una luz que colgaba del centro del techo daba un exagerado relieve, y algo le hizo intuir que eran recortes de prensa. Rose y Rachel habían retrocedido como si no fueran dignas del lugar. Rachel le dio un empujón en la rabadilla y dijo, «Vamos, entra», y Charlie se vio recorriendo los últimos veinte pasos ella sola, con la sensación de ser un feo ratón mecánico al que acaban de dar cuerda para que corra solo. Monta un numerito, pensó. Cógete la barriga, finge una apendicitis. Grita. Su entrada fue la señal para que los dos hombres se pusieran en pie de un salto, simultáneamente. El flaco permaneció junto a la mesa, pero el más corpulento avanzó resueltamente hacia Charlie y su brazo derecho se apoderó de ella en una envolvente pinza de cangrejo, y sacudiéndoselo antes de que ella pudiera impedirlo.

—¡Charlie, nos alegra tenerte entre nosotros sana y salva! -exclamó Kurtz en una rápida parrafada de felicitación, como si ella hubiera arrojado mil y un peligros para llegar adonde estaba ahora-. *Mi* nombre, Charlie -ella seguía con la mano apresada en su potente apretón, y la intimidación de sus dos pieles era opuesta a todo lo que ella había esperado-, *mi* nombre a falta de algo mejor es Marty, y cuando Dios terminó de hacerme a *mí* le quedaron un par de piezas sueltas y entonces creó a Mike, aquí presente, a modo de ocurrencia tardía, conque te presento a Mike. A Mr. Richthoven, por usar su bandera de conveniencia (José, como tú le llamas), bueno, ya le conoces, creo que prácticamente tú misma le bautizaste así, ¿me equivoco?

Él debía de haber entrado sin que ella se diera cuenta. Al darse la vuelta para mirar, vio a José disponiendo unos papeles sobre una mesita plegable aparte de todos lo demás. Sobre la mesa había una pequeña lámpara de lectura cuyo resplandor, parecido al de una vela, rozaba su cara cuando él se inclinaba.

—Ahora sí que podría bautizarle a ese cabrón -dijo ella.

Se le ocurrió echársele encima como había hecho con Rachel, tres zancadas y un buen manotazo antes de que pudieran detenerla, pero sabía que no lo iba a conseguir, así que, se contentó con una avalancha de obscenidades que José se limitó a escuchar con un aire de lejano recogimiento. Llevaba un jersey fino de color marrón; la camisa de seda de director de banda y los gemelos dorados grandes como chapas habían desaparecido para siempre.

—Te aconsejo que suspendas toda opinión y toda palabrota hasta que oigas lo que estos dos señores tienen que decirte -dijo él sin levantar la cabeza, enfrascado en sus boletines-. Estás entre buenas personas, yo diría que mejores que las que estás

acostumbrada a tratar. Tienes mucho que aprender y, si eres afortunada, mucho que hacer. Conserva tu energía -le aconsejó, diciéndolo como para sus adentros. Y continuó atareado con sus papeles.

A él le importa un bledo, pensó ella amargamente. Ya ha soltado su carga, y esa carga era yo. Los dos hombres seguían de pie junto a la mesa esperando a que ella se sentara, lo cual ya de por sí era cosa de locos. Cosa de locos ser cortés con una chica a la que acabas de secuestrar, cosa de locos sermonearla sobre la bondad, cosa de locos sentarte a conferenciar con tus captores después de haber tomado un té y haberte arreglado el maquillaje. Aun así, se sentó, Kurtz y Litvak hicieron lo mismo.

-¿Quién tiene las cartas? -dijo ella jocosamente mientras apartaba con sus nudillos una lágrima perdida. Reparó en un arañado maletín marrón que había en el suelo, entre ellos dos, abierto, pero no lo suficiente para poder ver lo que guardaba en su interior. Y, efectivamente, los papeles de encima de la mesa eran recortes de prensa, y aunque Mike procedía ya a guardarlos en una carpeta, ella no tuvo dificultad para ver que se referían a ella y a su carrera profesional.

-Estáis seguros de haber cogido a la chica adecuada, ¿verdad? -dijo resueltamente. Estaba dirigiéndose a Litvak, creyendo erróneamente que era el más sugestionable en función de su escuálida figura. Pero en el fondo le daba igual a quien hablar mientras pudiera mantenerse a flote-. Claro que si buscáis a los tres enmascarados que dieron el golpe al banco de la Cincuenta y dos, se fueron por el otro lado. Yo era la espectadora inocente que parió antes de hora.

-¡Pues claro que hemos cogido a la chica adecuada, Charlie! -exclamó Kurtz satisfecho, alzando a un tiempo los dos brazos de la mesa. Miró entonces a Litvak, luego a José, una benigna pero dura mirada de prudencia, y al momento se puso a hablar con la fuerza animal que tanto había avasallado a Quilley y a Alexis y a muchos otros inverosímiles colaboradores a lo largo de su extraordinaria carrera: el mismo y jugoso acento euroamericano; los mismos gestos de su brazo-hacha.

Pero Charlie era actriz, y su instinto profesional nunca la había engañado. Ni el torrente verbal de Kurtz ni su propia perplejidad ante el daño de que era objeto mitigaron la múltiple percepción que tenía de lo que estaba pasando en la habitación. Estamos en escena, pensó; nosotros y ellos, actores y público. Mientras los jóvenes centinelas se refugiaban en la penumbra del perímetro, ella casi pudo oír cómo los recién llegados se acercaban de puntillas a sus asientos del otro lado del telón. El decorado, ahora que se dedicó a examinarlo, parecía la alcoba de un tirano depuesto; sus captores, los revolucionarios que le habían derrocado. Detrás de la ancha frente paternal de Kurtz, cuando éste se sentó de cara a ella, Charlie distinguió la sombra de polvo de un desaparecido testero estampada en la escayola que se iba desmoronando. Detrás del escuálido Litvak colgaba un espejo dorado con volutas estratégicamente situado para satisfacción de amantes separados. Las desnudas tablas del suelo

proporcionaban un eco de escenarios y palcos de teatro; la luz cenital acentuaba las oquedades en los rostros de los dos hombres y el poco lustre de sus atuendos partisanos. En vez de su flamante traje de Madison Avenue -aunque Charlie carecía de ese punto de referencia-, Kurtz lucía ahora una deforme sahariana militar con oscuras manchas de sudor en las axilas y una hilera de bolígrafos de color metálico metidos en el bolsillo abrochado; mientras Litvak, el intelectual del partido, prefería una camisa caqui de manga corta de donde asomaban unos brazos como ramitas descortezadas. Pero a ella le bastó con mirarlos a los dos para reconocer que tenían mucho en común con José. Están entrenados para las mismas cosas, pensó, comparten las mismas ideas y prácticas. Sobre la mesa, delante de Kurtz, estaba su reloj. A Charlie le trajo a la memoria la cantimplora de José.

Dos puertaventanas daban a la parte frontal de la casa. Otras dos tenían vistas a la parte de atrás. Las puertas que daban a las alas estaban también cerradas, y si a ella se le hubiera ocurrido por un momento intentar la huida, ahora sabía que era inútil, pues aunque los centinelas fingían una languidez de taller, había reconocido ya en ellos -tenía motivos- la alerta permanente de los profesionales. Más allá de los centinelas, en lo más recóndito del decorado, brillaban cuatro tiras de matar mosquitos que asemejaban mechas lentas despidiendo un olor almizcleño. Y detrás de ella, la lamparita de lectura de José... pese a todo, o tal vez por ello, la única luz agradable.

De todo esto fue consciente antes de que la sonora voz de Kurtz inundara la habitación con sus frases tortuosamente impulsivas. Si Charlie no había adivinado ya que le esperaba una larga noche, aquella voz implacable y contundente se lo dijo claramente.

-Lo que pretendemos, Charlie, lo que deseamos, es definirnos un poco, presentarnos, y aunque aquí a nadie le gusta demasiado pedir disculpas, queremos decirte que lo sentimos. Ciertas cosas hay que hacerlas. Nosotros hicimos un par de ellas y éste es el resultado. Perdón, saludos y bienvenida otra vez. Hola.

Tras una pausa lo bastante larga para como que ella lanzara una nueva avalancha de improperios, Kurtz sonrió ampliamente y prosiguió:

-Charlie, no me cabe duda de que tienes un montón de preguntas que hacernos, y te aseguro que las responderemos a su debido tiempo lo mejor que podamos. Mientras tanto permite que te demos al menos un par de referencias básicas. Te preguntas quiénes somos. -Esta vez no hizo ninguna pausa, pues le interesaba mucho menos estudiar el efecto de sus palabras que utilizarlas para obtener un dominio amistoso del curso de los acontecimientos y también de ella-. En primer lugar, Charlie, somos gente honrada, como ha dicho José, buenas personas. En ese sentido, como la gente buena y honrada de todo el mundo, supongo que podrías llamarnos con cierta lógica personas no sectarias, no alineadas y hondamente preocupadas, como tú,

por el rumbo que está tomando el mundo. Si además añado que somos ciudadanos israelíes, confío en que no empieces a sacar espuma por la boca, o a vomitar o a saltar por la ventana, a menos que estés personalmente convencida de que Israel debería ser anegada por el mar, barrida por el napalm o entregada como un paquete de regalo tal o cual insidiosa organización árabe de las muchas que se empeñan en borrarnos del mapa. -Al notar en Charlie un secreto acobardamiento, Kurtz no perdió un segundo en arremeter contra él-. ¿Es eso lo que tú crees? -preguntó, bajando la voz-. Tal vez sí. ¿Por qué no nos dices lo que piensas al respecto? ¿Te gustaría levantarte ahora mismo? ¿Irte a casa? Tienes un pasaje de avión, si no me he informado mal. Te daremos dinero. Tú decides.

Una gélida inmovilidad descendió sobre Charlie, disimulando el caos y el momentáneo terror que sentía. Que José era judío no lo había dudado desde su abortado interrogatorio en la playa de Mykonos. Pero para ella, Israel era una confusa abstracción que le despertaba a la vez un sentimiento protector y otro hostil. Jamás se le había pasado por la cabeza que alguna vez pudiera ponerse delante de las narices en toda su cruda realidad.

-Entonces ¿qué es esto, vamos a ver? -quiso saber ella, sin prestar oídos a la oferta de Kurtz de interrumpir un trato antes de que éste se hubiera planteado siquiera-. ¿Un destacamento de soldados? ¿Una incursión de castigo? ¿Me vais a poner los electrodos o qué? ¿Qué gran idea se os ha ocurrido?

-¿Alguna vez has conocido a un israelí? -le preguntó Kurtz.

-Que yo sepa, no.

-En general ¿tienes alguna objeción de tipo racial hacia los judíos? Judíos, judíos, y punto. ¿No te parece que olemos mal o que no sabemos comportarnos en la mesa? A ver, habla. Somos comprensivos con estas cosas.

-No digas chorradas, hombre. -Le había fallado la voz, ¿o era su oído?

-¿Dirías que te encuentras entre enemigos?

-Pero, ¿cómo se te ocurre semejante cosa? Verás, todo aquel que me secuestra es un amigo de por vida -replicó ella, y para su sorpresa se ganó una espontánea carcajada a la que todos parecían sumarse. Excepto José que seguía atareado con su lectura, como ella podía percibir por el tenue roce de las páginas.

Kurtz la acosó un poco más.

-Pues ya puedes estar tranquila por nosotros -le instó, sin abandonar su expresión radiante-. Olvidemos que estás de algún modo cautiva. ¿Puede sobrevivir Israel o debemos hacer todos las maletas y volvernos a nuestros antiguos países para empezar de cero otra vez? ¿Acaso te gustaría más si escogiéramos una parte del África Central... o de Uruguay? Egipto no, gracias, ya lo intentamos una vez y no nos salió bien. ¿O hemos de dispersarnos una vez más por los guetos de Europa y Asia a la espera del próximo pogromo? ¿Qué dices tú, Charlie?

–Yo solo quiero que dejéis en paz a esos malditos árabes, pobre gente -dijo ella, haciendo un nuevo quite.

–Estupendo. ¿Y eso cómo habría que hacerlo?

–Dejando de bombardear sus campamentos, de sacarlos de sus tierras, de arrasar sus poblados, de torturarlos.

–¿Alguna vez has mirado un mapa de Oriente Medio?

–Por supuesto que sí.

–Y al mirar ese mapa, ¿no has deseado nunca que los árabes nos dejaran en paz a nosotros? -dijo Kurtz, tan peligrosamente alegre como antes.

Y a su miedo y su confusión, vino a añadirse ahora un mero engorro, lo cual probablemente Kurtz pretendía. Frente a hechos tan evidentes, sus frívolas frases tenían una vulgaridad de colegiala. Se sentía como el tonto que sermonea al sabio.

–Yo sólo quiero paz -dijo estúpidamente, aunque, en efecto, eso era verdad. De vez en cuando se imaginaba una Palestina mágicamente restituida a aquellos que habían sido ahuyentados de allá a fin de dejar paso a unos guardianes europeos y más poderosos.

–En ese caso, ¿por qué no vuelves a echar una ojeada al mapa y te preguntas qué es lo que quiere *Israel* ? -le aconsejó Kurtz, y se calló para tomarse un respiro que fue como un minuto de silencio por los seres queridos que no están esta noche con nosotros.

Y ese silencio fue más extraordinario cuanto más duraba, puesto que quien contribuyó a mantenerlo fue la propia Charlie. Ella, que minutos antes había puesto el grito en el cielo y en la tierra, no tenía de repente nada que añadir. Y fue Kurtz, no Charlie, quien rompió el hechizo con algo que sonó como unas declaraciones a la prensa preparadas de antemano.

–No estamos aquí para meternos con tus ideas, Charlie. Puede que no me creas, a estas alturas (¿por qué ibas a hacerlo?), pero nos *gustan* tus ideas políticas. En todos sus aspectos. En todas sus paradojas y su buena intención. Las respetamos tanto como las necesitamos; no nos burlamos de ellas en absoluto y confío en que a su tiempo volveremos sobre ellas y las discutiremos de un modo abierto y constructivo. Nuestras miras van dirigidas a tu natural humanidad eso es todo. Apuntamos a tu bueno, inquieto y humano corazón. A tus sentimientos. A tu sentido de lo correcto. Tenemos intención de no pedirte nada que pueda en modo alguno estar en pugna con tus serias y arraigadas preocupaciones éticas. Respecto a tus *polémicas* ideas políticas (el nombre que das a tus creencias), bien, preferiríamos dejarlas en el tintero. Tus creencias propiamente dichas (cuanto más confusas, más irracionales y *mus frustradas*), las respetamos totalmente. Teniendo esto presente, seguro que querrás quedarte un poco más con nosotros y oír cuanto tengamos que decirte. Una vez más, Charlie enmascaró su respuesta mediante un nuevo ataque:

–Si José es israelí -preguntó con aires de exigencia-, ¿qué demonios hace yendo por ahí en un cochazo árabe?

La cara de Kurtz se resquebrajó en aquel sinfín de surcos y arrugas que habían conseguido despistar tanto a Quilley.

–Es robado, Charlie -contestó alegremente, y su confesión fue seguida de otra ronda de carcajadas por parte de los muchachos, en la que Charlie estuvo tentada de participar-. Y seguro que *ahora*, querrás saber -dijo, anunciando de paso como si tal cosa que el tema palestino quedaba relegado, al menos de momento, a ese tintero del que había hablado antes- qué pintas aquí en medio y por qué te han hecho venir por la fuerza de un modo tan tortuoso como falto de ceremonia. Yo te lo diré, Charlie. La razón es que queremos ofrecerte un trabajo. Un trabajo de *actriz*.

Había llegado a aguas tranquilas y su dadivosa sonrisa daba a entender que lo sabía. Ahora hablaba lema y deliberadamente, como quien anuncia el nombre de los afortunados ganadores:

–El mejor papel que hayas tenido en tu vida, el más exigente, el más difícil, seguramente el más peligroso y seguramente el más importante. Y no hablo en términos de dinero. Tendrás dinero en abundancia, eso no es problema, di tú misma la cifra. -Con su grueso antebrazo desechó toda consideración de carácter económico-. El papel que tenemos pensado para ti combina tus dotes humanas y las profesionales, Charlie. Tu talento y tu ingenio. Tu excelente memoria. Tu valentía. Pero también esa cualidad humana a la que antes me he referido. Tu calidez. Te hemos escogido a ti, Charlie, te hemos dado el papel. Estuvimos mirando muchas candidatas de multitud de países. El resultado eres tú, y es por eso que estás aquí. Entre admiradores. Todos los aquí presentes hemos visto tu trabajo, todos te admiramos. Que queden las cosas claras. Por nuestra parte no hay hostilidad de ningún tipo. Lo que hay es cariño, admiración y esperanza. Escúchanos hasta el final. Como tu amigo José ha dicho, somos buenas personas, igual que tú. Te queremos y te necesitamos. Y ahí fuera hay personas que van a necesitarte más aún que nosotros.

La voz de Kurtz había dejado un vacío. Ella había conocido actores, sólo unos pocos, cuyas voces hacían eso. Era una presencia física, se convertía en una adicción por su despiadada benevolencia, y cuando cesaba, como había sucedido ahora, le dejaba a uno desamparado. Primero es Al el que consigue un gran papel, pensó, en un instintivo arrebató de júbilo, y ahora yo. La locura de la situación seguía estando bastante clara para ella, pero eso era todo lo que podía oponer a esa sonrisa de excitación que le cosquilleaba las mejillas pugnando por salir al exterior.

–De modo que así es como hacéis vosotros el *casting*, ¿eh? -dijo, otra vez en un tono escéptico-. Les dais un porrazo en la cabeza y los traéis a rastras con las esposas puestas. Para vosotros debe de ser normal...

–Charlie, nadie te está diciendo que esto sea una obra dramática en el sentido convencional -replicó tranquilamente Kurtz, dejándole a ella la iniciativa una vez más.

–De todos modos, ¿un papel en qué? -dijo ella, forcejeando aún con la sonrisa.

–Llamémoslo teatro.

Se acordó de José y de lo serio que se puso al cortar toda referencia al teatro de lo real.

–Entonces se trata de una obra -dijo ella-. ¿Por qué no hablar claro?

–En cierto modo es una obra -concedió Kurtz.

–¿Quién la escribe?

–Nosotros ponemos la trama, José hace los diálogos. Con tu colaboración, claro está.

–¿Y el público? -Hizo un ademán en dirección a las sombras-. ¿Estos chicos tan monos...?

La solemnidad de Kurtz fue tan súbita y terrible como su benevolencia. Sus manos de obrero se unieron sobre la mesa, la cabeza avanzó por encima de ellas, y ni el escéptico más impenitente habría negado la convicción que había en sus gestos:

–Charlie, ahí fuera hay gente que no verá nunca la obra, que no sabrá siquiera que ha empezado, pero que estarán en deuda contigo mientras vivan. Personas inocentes, gente por la que siempre te has preocupado, con las que has intentado comunicarte, a quien has querido ayudar. Para lo que pueda venir a partir de este momento, debes mantener esa idea en la cabeza, o te aseguro que acabarás desorientada.

Ella intentó apartar la vista. Su retórica era demasiado elevada, imparable. Deseó que el blanco hubiera sido otro cualquiera, no ella.

–¿Quién eres tú para decidir quién es inocente y quién no? -preguntó con grosería, forzándose de nuevo a contrarrestar la marea de su persuasión.

–¿Te refieres a mí como israelí, Charlie?

–Me refiero a ti -replicó ella, eludiendo el terreno peligroso.

–Yo prefiero darle un poco la vuelta a tu pregunta y decir que, a nuestro modo de ver, uno ha de ser muy culpable para que su muerte sea necesaria.

–¿Cómo quién por ejemplo? ¿Quién necesita morir? ¿Esos pobres diablos a los que matáis en la orilla occidental, o los que caen bajo las bombas en Líbano? -¿Cómo delante se habían puesto a hablar de la muerte?, se preguntó en el momento mismo de plantear la cuestión. ¿Había empezado él?, ¿ella? Daba lo mismo. Él estaba ya sopesando su respuesta.

–Sólo quienes rompen completamente el vínculo humano, Charlie -replicó Kurtz con un énfasis sereno-, Ellos sí merecen morir.

Ella siguió replicándoles con testarudez:

–¿Hay judíos así?

–Judíos, sí. Israelíes seguramente también, pero nosotros no somos de esa clase y, afortunadamente, no es ése el problema que nos ocupa ahora.

Kurtz poseía autoridad para hablar así. Tenía esas respuestas que buscan los niños. Sabía de qué hablaba y todos los presentes, incluida Charlie, eran conscientes de ello: era un hombre que sólo comerciaba en cosas de las que tenía experiencia. Cuando preguntaba algo, es que él mismo se lo había preguntado antes. Cuando daba órdenes, es que había obedecido órdenes de otros. Cuando hablaba de la muerte, era evidente que la muerte le había pasado muy cerca, y que en cualquier momento podía cruzarse de nuevo en su camino. Y cuando optaba por hacerle una advertencia a Charlie, como ahora, estaba claro que conocía los peligros que mencionaba.

–No te confundas Charlie, nuestra obra no es de entretenimiento -le dijo con seriedad-. No hablo de bosques encantados. Cuando se apaguen las luces sobre el escenario, será de noche en la calle. Cuando los actores rían, será que están contentos, y cuando lloren será que están realmente afligidos y desconsolados. Y si salen heridos (como sin duda ocurrirá), ten por seguro que no estarán en disposición de salir corriendo cuando caiga el telón para irse a casa en el último autobús. No habrá posibilidad de escapar a las escenas más duras, ni días libre por enfermedad. Se trata de una actuación en toda regla, de principio a fin. Si eso es lo que te gusta y lo que eres capaz de hacer (como así lo creemos nosotros), entonces escucha todo lo que tenemos que decirte. De lo contrario, más vale que dejemos correr la audición ahora mismo.

Con su acento eurobostoniano, débil como una lejana señal de una emisora de onda pesquera, Shimon Litvak hizo una primera y ronca intervención:

–Charlie jamás ha rehuído la lucha, Marty -objetó en el tono de un alumno tranquilizando a su maestro-. No sólo lo *creemos*, lo sabemos a *ciencia cierta*. Todo su historial así lo refleja.

Estaban a mitad de camino, le dijo después Kurtz a Misha Gavron, durante un raro alto el fuego en sus relaciones, llegado a esta fase del proceso: una mujer que consiente en escuchar es una mujer que consiente, le dijo, y Gavron casi llegó a sonreír.

Sí, tal vez a mitad de camino, aunque, en términos del tiempo que les quedaba por delante, apenas al principio. Al insistir en la condensación, Kurtz no estaba en modo alguno insistiendo sobre las prisas. Hizo mucho hincapié en emplear un estilo elaborado, en añadir leña al fuego de la frustración de Charlie, en hacer que su impaciencia tirara de ellos como un caballo desbocado.

Nadie comprendía mejor que Kurtz lo que era poseer una naturaleza vivaz en un mundo que se arrastraba lentamente, o cómo aprovecharse de la desazón que ello causaba.

Al poco de llegar ella, cuando aún estaba asustada, él le había ofrecido su amistad: un padre para la amante de José. Poco después, le había brindado la respuesta a todos los desajustados componentes de su vida hasta ese momento. Había apelado a la actriz que había en ella, a la mártir, a la aventura; había adulado a la hija y exaltado a la aspirante. Le había dispensado una rápida ojeada a esa nueva familia a la que tal vez le convenía sumarse, sabiendo que en el fondo, como la mayoría de los rebeldes, ella sólo buscaba una mejor avenencia. Y por encima de todo, al colmarla de semejantes ventajas, la había enriquecido, cosa que, como la propia Charlie había proclamado siempre a los cuatro vientos, era el primer paso para el servilismo.

–Bien, Charlie, así pues, lo que te proponemos -dijo Kurtz en voz más pausada y cordial- es una audición sin límite de tiempo, una ristra de preguntas que te invitamos a responder con toda sinceridad, aunque de momento hayas de quedarte a dos velas sobre el propósito de las mismas.

Hizo una pausa, pero ella no dijo nada, y en su silencio había ya una sumisión tácita.

–Te pedimos que no evalúes nada, que nunca intentes salvar la distancia que te separa de nosotros, que nunca pretendas complacernos o gratificarnos de ningún modo. Muchas cosas que tú podrías considerar negativas en tu vida, nosotros las veríamos de manera muy distinta. No trates de sacar conclusiones por nosotros. -Una breve estocada con el brazo afianzó esta amistosa advertencia-. Pregunta. ¿Qué pasa (ya sea ahora o más adelante) si el uno o el otro decide saltar del coche en marcha? Deja que intente responder yo, Charlie.

–No te prives, Mart -le aconsejó ella y, poniendo los codos sobre la mesa, apoyó el mentón en las manos y le sonrió con una mirada que pretendía transmitir una ofuscada incredulidad.

–Gracias, Charlie, y ahora escucha con atención, por favor. Según el momento en que tú o nosotros queramos dejarlo correr, según el grado de tus conocimientos llegado el caso y de la evaluación que hayamos hecho de ti, tenemos dos caminos a seguir. El primero consiste en sacarte una promesa solemne, dañe dinero y enviarte a Inglaterra. Un apretón de manos, confianza mutua, buenos amigos, y cierto grado de vigilancia por nuestra parte para asegurarnos de que cumples el pacto. ¿Me sigues?

Ella bajó la mirada a la mesa, en parte para eludir sus escrutadores ojos y en parte para ocultar su creciente excitación. Pues ésa era otra de las cosas con que contaba Kurtz, algo que muchos profesionales del espionaje olvidan con demasiada facilidad: para los no iniciados, el mundo de lo secreto es en sí mismo apasionante. Basta con girar alrededor de su eje para que los pusilánimes queden atrapados en su núcleo.

–Segunda posibilidad: un poco más abrupta, pero no terrible. Te ponemos en cuarentena. Nos gustas, sí, pero tememos haber llegado a un punto en que podrías

comprometer nuestro proyecto, en que el papel que te proponemos no puede ya representarse, digamos, en ningún otro sitio mientras tú estés en libertad de hablar de ello.

Charlie sabía sin necesidad de mirar que él le ofrecía su bonachona sonrisa, sugiriendo que tal fragilidad por parte de ella sería perfectamente humana.

–Y qué podemos hacer llegado ese caso, Charlie -prosiguió Kurtz-, pues alquilar una bonita casa en cualquier sitio (en una playa, por ejemplo, un sitio agradable, donde tú quieras), proporcionarte compañía, gente como la que ves aquí. Gente simpática pero capaz. Inventamos alguna razón para tu ausencia, algo que se ajuste a tu volátil reputación, como una temporada de misticismo en Oriente.

Sus gruesos dedos habían encontrado el viejo reloj que había, sobre la mesa. Sin mirarlo, Kurtz lo levantó y lo acercó unos centímetros. Necesitada también de cierta actividad, Charlie cogió un lápiz y se puso a hacer garabatos en el cuaderno que tenía delante.

–Una vez terminada la cuarentena, no te abandonamos: nada de eso. Ponemos en orden tus cosas, te damos una bolsa de dinero, nos mantenemos en contacto contigo, nos aseguramos de que no cometas ninguna imprudencia, y tan pronto sea posible y seguro te ayudamos a reanudar tu carrera y recuperar tus amistades. Eso sería lo peor que puede ocurrir, Charlie, y si te lo digo es sólo porque podrías estar abrigando la loca idea de que diciendo «no», ahora o más adelante, despiertes un buen día muerta en un río con un par de botas de hormigón en los pies. No es así como hacemos las cosas. Y menos aún con los amigos.

Ella seguía garabateando. Después de cerrar una circunferencia con su lápiz, dibujó una limpia flecha en diagonal en la parte superior para hacer el símbolo masculino. Había hojeado un libro de psicología popular que utilizaba este signo. De pronto, como quien se enfada por haber sido interrumpido, José habló; pero su voz, pese a toda su severidad, tuvo en ella un emotivo y cálido efecto.

–Charlie, no te bastará con hacer el papel de testigo taciturno. Estamos hablando de tu propio futuro, un futuro de peligros. ¿Piensas quedarte sentada y permitir que dispongan de él prácticamente sin consultarte? Esto es un encargo, ¿entiendes? ¡Vamos, Charlie!

Ella dibujó otra circunferencia. Había escuchado a Kurtz hasta el final, incluidas todas las indirectas. Podría haber repetido una a una todas sus frases, tal como había hecho en la Acrópolis con José. Estaba tan despierta y con los sentidos tan agudos como nunca en su vida, pero su astucia instintiva le decía «disimula, niégate».

–¿Y cuánto va a durar el espectáculo, Mart? -preguntó con voz mortecina, como si José no hubiera abierto la boca.

Kurtz planteó la pregunta en otras palabras:

–Bueno, supongo que quieres decir qué pasará cuando termine el trabajo. ¿Es

eso?

Charlie estuvo magnífica en su papel de mujer indómita. Dejando a un lado su lápiz, dio una palmada en la mesa y dijo:

–¡No, coño! ¡No es eso! Quiero decir cuánto va a durar y qué pasa con la gira de otoño de *Como gustéis*.

Kurtz no dejó entrever el triunfo que para él significaba esa objeción tan práctica.

–Mira, Charlie -dijo muy serio-, tu proyecto de gira no se verá afectado en modo alguno. Nosotros esperamos que puedas cumplir con tus compromisos, siempre que la subvención se haga efectiva. En cuanto a la duración, tu implicación en este proyecto podría llevarte seis semanas o dos años, aunque realmente no esperamos que sea tanto. Lo que queremos oírte decir es si piensas seguir con esta audición hasta el final o si prefieres volver a tu monótona y segura existencia en Inglaterra. ¿Cuál es tu decisión?

Era un falso punto culminante lo que Kurtz le planteaba. Quería darle la sensación de conquista así como de sumisión. De que era ella quien escogía. Charlie llevaba una cazadora tejana, y uno de los botones metálicos estaba un poco flojo; por la mañana, al ponerse la chaqueta, había tomado nota de que lo cosería durante el viaje en el barco, pero enseguida lo había olvidado con la excitación que siguió a su encuentro con José. Cogiendo ahora el botón, empezó a comprobar la resistencia del hilo. Era el centro de atención. Todas las miradas estaban fijadas en ella, desde la mesa, desde las sombras, desde detrás de ella. Podía notar la tirantez en todos los cuerpos, en el de José también, y oír ese tenso rechinar del público cuando está atrapado por la escena. Notaba la firmeza de sus propósitos y también la de su propio poder sobre ellos; ¿dirá que sí, dirá que no?

–José -dijo, sin volver la cabeza.

–Sí, Charlie.

Sin girarse, tuvo sin embargo clara conciencia de que desde su islote iluminado él estaba atendiendo a su respuesta con más ansiedad que todos los demás.

–¿Conque era eso, no, nuestra romántica gira por Grecia? ¿Delphi y todos esos segundos lugares más bonitos?

–Nuestro viaje hacia el norte no se verá afectado en modo alguno -contestó José, parodiando ligeramente la fraseología de Kurtz.

–¿Ni siquiera aplazado?

–En realidad, yo diría que es inminente.

El hilo se rompió, el botón quedó sobre la palma de su mano. Charlie lo arrojó a la mesa y vio cómo daba vueltas y se posaba. Cara o cruz, pensó ella, jugando contra ellos. Que suden un poco. Dejó escapar el aliento como si se apartara el flequillo.

–Entonces me quedaré para la audición, ¿no crees? -le dijo a Kurtz con negligencia, mirando fijamente el botón-. No tengo absolutamente nada que perder -

añadió, y al momento deseó no haberlo dicho. A veces se enfadaba consigo misma por llevar las cosas demasiado lejos por el puro placer de hacer un mutis efectista: Nada que no haya perdido ya, al menos -dijo.

Telón, pensó; aplaude, José, por favor, y veremos qué dice mañana la crítica. Pero no hubo aclamación, así que cogió un lápiz y para variar dibujó un símbolo femenino, mientras Kurtz, tal vez sin darse cuenta de ello, trasladaba su reloj a un nuevo y mejor emplazamiento.

Una cosa es lentitud y otra concentración. Kurtz no se relajó ni un segundo; y no le dejó a Charlie espacio para respirar mientras la sugestionaba, engatusaba, arrullaba y hacía despertar, y mediante el máximo esfuerzo de su dinámico espíritu se amarraba a ella en esa asociación teatral que empezaba a brotar entre los dos. En su departamento se decía que sólo Dios y unos pocos en Jerusalén sabían donde había aprendido Kurtz todo aquel repertorio: la hipnotizante intensidad, la forzadísima prosa americanizada, el instinto, las artimañas de abogado. Su rostro ajado ya elogioso, ya desconsoladamente incrédulo, ya radiante para darle a ella seguridad, se volvió poco a poco un verdadero público en sí mismo, de forma que toda la actuación de Charlie se dirigía a ganarse su aprobación desesperantemente encubierta y la de nadie más. Incluso se había olvidado de José, relegado hasta una próxima vida.

Las primeras preguntas de Kurtz fueron intencionadamente dispersas e inofensivas. Era, se dijo Charlie, como si Kurtz tuviera un formulario en blanco sujeto con un imperdible a su mente y ella, sin poder verlo, estuviera rellenando los espacios. Nombre completo de tu madre, Charlie. Fecha y lugar de nacimiento de tu padre, si lo sabes, Charlie. Profesión de tu abuelo; no, Charlie, por parte de padre. Seguido, sin razón aparente, por la dirección de una tía materna, que era seguido a su vez por arcanos pormenores acerca de la educación de su padre. Ninguna de estas primeras preguntas se refería directamente a ella, ni era ésa tampoco la intención de Kurtz. Charlie era el tema prohibido que él evitaba escrupulosamente. El objetivo oculto tras esta primera salva a quemarropa no era sonsacar información, sino ocultar en ella la obediencia, el sí señor, no señor del aula de colegio, de lo que dependerían futuras sesiones. Charlie, por su parte, dejándose llevar por el prurito profesional, trabajaba poco a poco por dentro, actuaba, obedecía y reaccionaba con creciente docilidad. ¿Acaso no había hecho otro tanto un centenar de veces para directores y productores?, ¿acaso no había hecho uso de la más inofensiva conversación para darles una muestra de su categoría? Razón de más, sometida al hipnótico estímulo de Kurtz, para hacerlo ahora.

—¿Heidi? -repitió Kurtz-. ¿Cómo que *Heidi* ? Menudo nombrecito para una hermana mayor inglesa, ¿no?

—Para Heidi no, desde luego -replicó ella, muy animada, y se ganó al momento las

risas de los muchachos ocultos en las sombras. Heidi, porque sus padres estuvieron en Suiza de luna de miel, explicó; y en Suiza fue donde concibieron a Heidi-. Entre *edelweiss* -añadió, con un suspiro-. En la postura del misionero.

—¿Y eso de *Charmian* ? -preguntó Marty cuando por fin se aquietaron las carcajadas.

Charlie subió el tono de voz para atrapar las espesas inflexiones de su condenada madre:

—*Charmian* es el nombre por el que nos decidimos, con la mirada puesta en halagar sobremanera a nuestro rico y lejano primo de ese mismo nombre.

—¿Dio resultado? -preguntó Kurtz mientras inclinaba la cabeza para oír algo que Litvak estaba intentando decirle.

—Todavía no -contestó juguetonamente Charlie, todavía con la suntuosa entonación de su madre-. Ya sabes que papá falleció, pero el primo *Charmian*, ay, aún ha de ir a hacerle compañía.

Sólo mediante estos y muchos otros inofensivos rodeos progresaban hacia el tema de Charlie, propiamente dicho.

—Libra -murmuró Kurtz con satisfacción al garabatear su fecha de nacimiento.

Meticulosa pero rápidamente, le hizo dar un apresurado repaso a su primera infancia -internados, casas, nombres de primeras amistades y ponies-, y Charlie le respondió de la misma manera, ampliamente, a veces con humor, siempre con buena disposición, iluminada su excelente memoria por el fulgor de la atención de Kurtz y por su creciente necesidad de estar en buenas relaciones con él. De los colegios y la infancia, nada más natural -aunque Kurtz se lo tomó con gran apocamiento- que pasar a la dolorosa historia de la ruina de su padre, que Charlie explicó con sereno pero emotivo detalle, desde la brutal irrupción de la noticia hasta el trauma del proceso, la sentencia y el encarcelamiento. De vez en cuando, eso sí, su voz se atascaba ligeramente, su mirada se hundía a veces en el estudio de sus manos, que tan expresivamente actuaban bajo la luz cenital; y entonces se le ocurría una vistosa frase en que se burlaba levemente de sí misma para echarlo todo a rodar.

—Si hubiéramos sido clase obrera, las cosas nos habrían ido bien -dijo en un momento dado, sonriendo con sagacidad e impotencia-. Te despiden, te vuelves superfluo, las fuerzas del capital van en contra tuya; pero es la vida, la realidad, sabes qué terreno pisas. Pero no éramos de clase obrera. Éramos nosotros; los ganadores. Y de golpe y porrazo nos pasan al bando de los que pierden.

—Mala suerte -dijo Kurtz, sacudiendo una sola vez su ancha cabeza.

Rastreando en el pasado, Kurtz sondeó en busca de hechos: fecha y lugar del proceso, Charlie; duración exacta de la condena, Charlie; nombres de los abogados si los recordaba. No se acordaba, pero si podía ayudarle lo hacía gustosa, y Litvak iba anotando sus respuestas, dejando a Kurtz las manos libres para prestarle a ella toda su

benévola atención. Ya no se oían risas. Era como si la banda sonora hubiera enmudecido totalmente a excepción de su voz y la de Marty. Ni un crujido, ni una tos, ni un solo arrastrar de pies por ninguna parte. Charlie tenía la sensación de que en toda su vida ningún grupo de personas había sido tan atento y había apreciado tanto su actuación. Ellos me comprenden, pensó. Ellos saben lo que es llevar una vida de nómada; que te abandonen a tus propios recursos cuando las circunstancias te son desfavorables. Luego, a una callada orden de José, las luces se apagaron y hubieron de esperar todos juntos sin un solo ruido en la tensa oscuridad de un ataque aéreo, tan aprensiva Charlie como los demás, hasta que José avisó de que había pasado el peligro y Kurtz reanudó su paciente interrogatorio. ¿Había oído José realmente algo, o acaso era una manera de recordarle a ella que era aceptada en el grupo? En cualquier caso el efecto sobre Charlie fue el mismo: durante aquellos pocos segundos ella fue su compañera de conspiración sin pensar para nada en salvarse.

En otros momentos, arrancando su mirada brevemente de la de Kurtz, veía a los chicos dormitando en sus puestos: el sueco Raoul, con su cabellera pajiza caída sobre su pecho y la suela de un enorme zapato de atleta apoyado en la pared; la sudafricana Rose recostada contra la puerta, estiradas sus piernas de corredora y los brazos cruzados sobre el pecho; Rachel la del norte de Inglaterra, con los flancos de su pelo negro doblados sobre la cara, los ojos medio cerrados, pero sin abandonar su suave sonrisa de sensual reminiscencia. Aun así, el más extraño susurro, por pequeño que fuera, los ponía a todos ellos inmediatamente alerta.

—A ver, Charlie, ¿cuál es el meollo de todo esto? —preguntó bondadosamente Kurtz—. Quiero decir con respecto al primer período de tu vida hasta lo que podríamos llamar la caída...

—¿La edad de la inocencia, Mart? —propuso ella, servicial.

—Exacto. La edad de la inocencia. La tuya. Defínemela.

—Fue un infierno.

—¿Quieres explicar por qué?

—Vivía en las afueras, ¿no es suficiente?

—No.

—Oh, Mart, eres un... —Charlie y su tono de voz más negligente, de afectuosa desesperación; flácidos gestos de manos. ¿Cómo podía explicárselo?—. Para ti está bien, claro, tú eres judío, ¿entiendes? Tenéis una fabulosa tradición, tenéis la seguridad. Incluso cuando os persiguen, sabéis quiénes sois y por qué.

Kurtz admitió melancólicamente la observación.

—Pero para nosotros, chicos de los ricos suburbios ingleses de Villadeningunaparte, ni hablar. Nosotros carecíamos de tradiciones, de fe, de autoconocimiento, de todo.

—Pero has dicho que tu madre era católica.

–De Pascuas a Ramos. Pura hipocresía. Estamos en la era poscristiana. ¿Es que nadie te lo ha dicho, Mart? La fe, cuando desaparece, deja un vacío tras de sí. Y en eso estamos.

Al decir esto, reparó en los incandescentes ojos de Litvak clavados en ella, y recibió así el primer indicio de su ira rabínica.

–¿No iba a confesar? -preguntó Kurtz.

–Venga, hombre. ¡Mamá no tenía nada que confesar! Ése ha sido su problema. Ni diversión, ni pecado, ni nada de nada. Sólo miedo y apatía. Miedo a la vida, miedo a la muerte, miedo de los vecinos... *miedo*. En alguna parte había gente auténtica que llevaba una vida auténtica. Nosotros no, seguro. Al menos en Rickmansworth. No, imposible. Es que... joder, me refiero para los niños, ¡aquello sí que era *castración* !

–Y tú... ¿no tienes miedo?

–Sólo de parecerme a mamá.

–¿Y esa idea generalizada de que Inglaterra vive apegada a sus tradiciones?

–Ni caso.

Kurtz sonrió y meneó su sabia cabeza como diciendo que siempre se aprende alguna cosa.

–Tan pronto pudiste, te fuiste de casa y entraste en el teatro y en la militancia política radical a modo de venganza -sugirió él tranquilamente-. Te convertiste en un exiliado político de la escena. Eso lo leí en una entrevista que te hicieron. Me gustó. Sigue a partir de ahí.

Ella garabateada otra vez símbolos de la psique.

–Oh, bueno, antes hubo otras formas de ruptura -dijo.

–¿Cómo por ejemplo?

–Pues el sexo -dijo ella con indiferencia-. Quiero decir que aún no hemos mencionado para nada el sexo como base de la revuelta. O las drogas...

–De hecho no hemos hablado de revuelta -dijo Kurtz.

–Pues ya te digo yo que...

Entonces ocurrió algo extraño: prueba, quizá, de cómo un público perfecto puede sacar el máximo partido de un actor y mejorarlo de un modo espontáneo e inesperado. Charlie había estado en un tris de largarles la escena principal sobre los no liberados. De cómo el descubrirse a sí mismo era un preludio esencial para identificarse con el movimiento radical. De cómo cuando se escribiera la historia de la nueva revolución habría que encontrar sus verdaderas raíces en los salones de la clase media, donde la tolerancia represiva tenía su habitat natural. En lugar de lo cual, y para su sorpresa, se vio enumerando en alto para Kurtz -¿o era para José?- su lista interminable de novios y amantes tempranos y las estúpidas razones que había inventado para acostarse con todos ellos.

–Es algo que no alcanzo a comprender, Mart -insistió, abriendo una vez más sus manos en un gesto cautivador. ¿Las estaba usando demasiado? Temió que así fuera y las puso sobre el regazo-. Ni siquiera hoy. Ni les quería ni me *gustaban*, sólo me *dejé* hacer. -Los hombres que se había llevado a la cama de puro aburrimiento, algo para remover el rancio aire de Rickmansworth. Pura curiosidad, Mart. Hombres para demostrar que tenía poder, para vengarse de otros hombres, o de otras mujeres, de su hermana o de su condenada madre. Hombres por pura cortesía, Mart, por el mero hartazgo ante su insistencia. Los productores que te pasaban por la piedra para darte un papel, ¡tú no puedes imaginártelo, Mart! Hombres para romper el hielo, hombres para formarlos. Hombres para instruirse; sus ilustradores en materia política, designados para explicarle en la cama las cosas que ella no se decidía a leer en los libros. Placeres de cinco minutos que se le hacían añicos en las manos y la dejaban más sola que nunca. Fracasos, fracasos, todos los que quieras, Mart... o eso quería ella hacerle creer-. Pero para mí fueron una *liberación*, comprendes. ¡Era yo quien empleaba mi propio *cuerpo* a mi antojo! Aunque estuviera equivocada. ¡El espectáculo era mío! ¡Yo era la protagonista!

Mientras Kurtz asentía sabiamente, Litvak iba escribiendo a toda velocidad. Pero en secreto, Charlie estaba imaginándose a José sentado detrás de ella. Le imaginaba levantando la vista de su lectura, el dedo índice apoyado en su lisa mejilla, mientras recibía el regalo privado de su asombrosa franqueza. Vamos, le decía mentalmente, llévame contigo; dame lo que otros no me han dado nunca.

Luego se quedó callada, y ella misma se estremeció ante su silencio. ¿Por qué? Jamás en su vida había hecho un papel semejante, ni siquiera para sí misma. La había afectado la intemporalidad de la noche. La iluminación, la habitación superior, la sensación del viaje, de hablar con extraños en un tren. Tenía ganas de dormir. Ya había hecho bastante. Que le dieran ese papel o la mandaran a casa. O ambas cosas.

Pero Kurtz no hizo ni lo uno ni lo otro. Aún no. Proclamó un breve descanso, eso sí, cogió su reloj de la mesa y se lo abrochó en la muñeca mediante la correa caqui de tela. Luego se escabulló de la habitación llevándose consigo a Litvak. Ella esperaba oír pisadas detrás suyo cuando José se marchara, pero no hubo tal cosa. Ni tampoco después. Tenía ganas de volver la cabeza, pero no se atrevía. Rose le llevó un vaso de té dulce, sin leche. Rachel tenía unas galletas azucaradas parecidas a la típica pasta de té inglesa. Charlie tomó una.

–Lo estás haciendo fenomenal -le confió Rachel por lo bajo-. Ese trozo sobre Inglaterra ha sido pura virguería. Me he quedado embobada escuchándote, ¿verdad, Rose?

–Desde luego que sí -dijo Rose.

–Me sale de dentro -explicó Charlie.

–¿Quieres ir al váter, encanto? -preguntó Rachel.

–No gracias, nunca voy en el entreacto.

–De acuerdo -dijo Rachel, con un guiño.

Sorbiendo el té, Charlie pasó un brazo sobre el respaldo de la silla a fin de mirar con naturalidad por encima de su hombro. José se había esfumado, llevándose sus papeles.

El cuarto para descansar al que se habían retirado era casi tan grande como la habitación que habían dejado y casi tan escaso de muebles. El único mobiliario consistía en un par de camas del ejército y un teletipo; una puerta de doble hoja daba a un cuarto de baño. Becker y Litvak se sentaron en sendas camas examinando sus respectivas carpetas; quien atendía el teletipo era un muchacho de espalda muy recta llamado David; de vez en cuando, periódicamente, el aparato vomitaba otra hoja de papel, que David añadía piadosamente a una pila que tenía a mano. El otro sonido era el chapoteo de agua en el baño, en donde Kurtz, de espaldas a ellos y desnudo hasta la cintura, estaba remojándose en el lavabo como un atleta entre dos pruebas.

–Es toda una señorita -exclamó Kurtz mientras Litvak pasaba página y subrayaba algo con un rotulador-. Es realmente lo que esperábamos. Brillante, creativa e infrutilizada.

–Miente con toda la boca -dijo Litvak, que seguía leyendo. Pero era evidente por el sesgo de su cuerpo y la provocativa insolencia de su tono que el comentario no iba dirigido a Kurtz.

–¿Y quién se queja? -preguntó Kurtz, echándose más agua a la cara-. Hoy miente por ella, mañana mentirá por nosotros. ¿Es que de pronto queremos un ángel?

El teletipo cambió bruscamente de melodía. Becker y Litvak miraron al unísono hacia la máquina, pero Kurtz parecía no haberse enterado. A lo mejor tenía agua en los oídos.

–Para una mujer, mentir es una medida de protección. Al proteger la verdad, protege su castidad. Para una mujer, mentir es una demostración de virtud -proclamó Kurtz, lavándose todavía.

Sentado frente al teléfono, David levantó una mano reclamando atención:

–De la embajada en Atenas, Marty -dijo-. Quieren intercalar un mensaje de Jerusalén.

Kurtz dudó un momento.

–Diles que adelante -decidió de mala gana.

–Es absolutamente confidencial -dijo David y, levantándose, fue hacia el fondo de la habitación.

El teletipo dio una sacudida. Echándose la toalla al cuello, Kurtz se sentó en la silla de David, introdujo un disco y vio cómo el mensaje en clave se convertía en un texto legible. La máquina dejó de imprimir; Kurtz leyó el texto, arrancó del rodillo la

página suelta y lo volvió a leer. Luego lanzó una carcajada mordaz.

–Mensaje de las más altas instancias -anunció agriamente-. El gran Tahúr dice que nos hagamos pasar por americanos. Qué simpático. «Bajo ningún concepto deberán admitir que son súbditos israelíes actuando con carácter oficial o cuasi oficial.» Me encanta. Es constructivo, útil y oportuno; es Misha Gavron en plena e inigualable forma. Jamás en toda mi vida he trabajado para nadie tan cumplidor y responsable. Telegrafíe «Sí, repito, no» -le soltó al pasmado David, entregándole la hoja, y los tres volvieron a escena en grupo.

7

Para reanudar su pequeña charla con Charlie, Kurtz había escogido un tono inapelable pero benévolo, como si deseara verificar unos cuantos puntos secundarios antes de pasar a otras cosas.

–Charlie, respecto a tus padres, otra vez -estaba diciéndole. Litvak había sacado una carpeta de su cartera y la sostenía ahora a la altura de los ojos de Charlie.

–Sí, ¿qué? -dijo ella, y alargó garbosamente una mano para coger un cigarrillo.

Kurtz se tomó un breve respiro mientras examinaba ciertos documentos que Litvak le había entregado.

–Considerando la fase final de la vida de tu padre, su bancarrota, su catástrofe financiera, su muerte y todo eso. ¿Podrías confirmarnos la sucesión exacta de estos acontecimientos? Tú estabas en Inglaterra en un internado. Llega la terrible noticia. A partir de ahí, por favor.

Ella no le comprendía bien:

–¿Desde dónde?

–Llega la noticia. Sigue desde ahí.

Ella se encogió de hombros.

–Me expulsaron del colegio, me fui a casa, los administradores parecían ratas rodando por la casa. Ya hemos visto eso, Mart. ¿Qué más quieres que te diga?

–Has dicho antes que la directora te mandó llamar -le recordó Kurtz tras una pausa-. Estupendo. ¿Qué te dijo ella? Con exactitud, por favor.

–«Lo lamento pero le he pedido a Matron que recoja tus cosas. Adiós y suerte.» Es cuanto recuerdo.

–Oh, ¿conque de eso sí te acuerdas? -dijo Kurtz con tranquilo buen humor, inclinándose para echar otro vistazo a los papeles de Litvak-. ¿No hubo sermón sobre el pernicioso mundo exterior? -preguntó, leyendo todavía-. ¿Algo así como «No entregues tu cuerpo fácilmente»? ¿No? ¿Ninguna explicación sobre por qué se te pedía que dejaras el colegio?

–Hacia dos trimestres que mis padres no pagaban... ¿no es suficiente? Aquello es un negocio, Mart. Han de pensar en su cuenta bancaria. -Aparentó un cansancio extremo-. ¿No podríamos dejarlo por hoy? Me parece que estoy hecha polvo, no sé por qué.

–A mí no me lo parece. Has descansado y tienes muchos recursos. Así que te fuiste a casa. ¿En tren?

–Sí, en tren. Yo sola. Con mi pequeña maleta. Ai-bó, ai-bó, a casa a descansar. - Se estiró y sonrió a toda la sala, pero José tenía la cabeza vuelta hacia otro lado. Al parecer estaba escuchando una música distinta.

–¿Y qué fue exactamente lo que encontraste en casa?

–El caos. Ya te lo he dicho.

–¿Y si concretaras un poco ese caos?

–El camión de las mudanzas aparcado en frente. Hombres con mono. Mamá sollozando. Y mi cuarto medio vacío.

–¿Dónde estaba Heidi?

–Allí no. Ausente. No se contaba entre los presentes.

–¿Nadie fue a avisar a tu hermana mayor, la niña de los ojos de tu padre?, ¿la que vivía a menos de quince kilómetros de allí, la bien casada? ¿Cómo es que Heidi no acudió a echar una mano?

–Supongo que estaba embarazada -dijo Charlie con indiferencia, mirándose las manos-. Le suele pasar.

Pero Kurtz estaba mirándola a ella, y tardó un buen rato en decir esta boca es mía.

–¿Quién dices que estaba embarazada, por favor? -preguntó, como si no hubiera oído bien.

–Heidi.

–Heidi no estaba embarazada, Charlie. El primer embarazo de Heidi fue el año siguiente.

–Esta bien, por una vez no estaba preñada.

–Entonces, ¿por qué no se presentó a ayudar a la familia?

–A lo mejor no quería saber nada. Ella se quedó al margen, es todo lo que recuerdo, Mart. Han pasado diez años, hombre. Yo era una cría, nada que ver con la que soy ahora.

–Fue por la deshonra, ¿eh? Heidi no pudo soportar la deshonra. Me refiero a la quiebra de tu padre.

–¿A qué, si no? -le espetó ella.

Kurtz dio a su pregunta un tratamiento retórico. Había vuelto a sus papeles y miraba el largo dedo de Litvak señalando cosas.

–Sea como fuere, Heidi se mantuvo al margen y toda la responsabilidad de hacer frente a la crisis de la familia recayó en tus jóvenes hombros, ¿correcto? Con apenas dieciséis años, Charlie acude en socorro de la familia. Fue su «seminario de urgencia sobre la fragilidad del sistema capitalista», como lo has llamado hace un rato con tanta precisión. «Una lección práctica que nunca se olvida.» Todos los juguetes del consumismo -muebles bonitos, bonitos vestidos, los atributos de la respetabilidad burguesa, los ves tú físicamente desmontados, ves cómo se los llevan sin que puedas hacer nada. Estás sola. Administrando. Tomando decisiones. Dominando indiscutiblemente a tus patéticos padres burgueses que deberían haber sido de clase obrera pero que por negligencia no lo son. Consolándoles. Haciéndoles más llevadera la deshonra. Imagino que fue casi como si les dieras la absolución. Duro -añadió tristemente-. Muy duro tuvo que seros. -Y se calló de golpe, esperando a que ella

hablara.

Pero Charlie no dijo nada. Le miró a la cara. Tenía que hacerlo. Aquellas ajadas facciones habían experimentado un misterioso endurecimiento, sobre todo en torno a los ojos. Pero pese a todo le siguió mirando; tenía una manera de hacerlo que le venía de la niñez, eso de congelar la expresión del rostro y pensar en otras cosas tras ese velo. Y ganó, lo sabía, porque, prueba de ello, Kurtz fue el primero en hablar.

–Charlie, reconocemos que esto es muy doloroso para ti, pero te pedimos que continúes. Tenemos el camión. Vemos tus pertenencias abandonando la casa. ¿Qué más se ve?

–Mi pony.

–¿También se lo llevaron?

–Ya te lo he dicho antes.

–¿Con los muebles? ¿En el mismo camión?

–No, en otro. No seas imbécil.

–O sea que había dos camiones. ¿Los dos a la vez, o uno primero y luego el otro?

–No me acuerdo.

–¿Dónde se encontraba exactamente tu padre todo este tiempo? ¿En el estudio, mirando por la ventana, viendo cómo se le escapaba todo? ¿Cómo puede un hombre como él soportar la deshonra?

–Estaba en el jardín.

–¿Haciendo qué?

–Mirando las rosas, contemplándolas. No paraba de decir que no se llevaran las rosas. Pasara lo que pasase. Repetía lo mismo, una y otra vez, «Si se llevan mis rosas, me suicido.»

–¿Y tu madre?

–Mamá estaba en la cocina. La única cosa que se le ocurrió fue ponerse a cocinar.

–¿Cocina de gas o eléctrica?

–Eléctrica.

–Entonces ¿he entendido mal cuando has dicho que la compañía os cortó la luz?

–Volvieron a darla.

–¿Y no se llevaron la cocina?

–Según la ley, tenían que dejarla. La cocina, una mesa y una silla por persona.

–¿Cubiertos?

–Un juego por cabeza.

–¿Por qué no embargaban la casa y os echaban a todos?

–Estaba a nombre de mi madre. Años atrás, ella había insistido en que así fuera.

–Sabía lo que se hacía. Pero en realidad era de tu padre. ¿Y dónde dices que leyó la directora lo de la quiebra de tu padre?

Estaba casi perdida. Por un momento, sus imágenes interiores habían flaqueado

peligrosamente, pero volvieron a tomar fuerza para proporcionarle las palabras que necesitaba: su madre, con un pañuelo malva en la cabeza, encorvada sobre la cocina, preparando frenéticamente el *pudding* favorito de la familia. El padre de Charlie, mudo y macilento en su americana azul cruzada, mirando las rosas. La directora del colegio, con las manos a la espalda, calentándose la rabadilla junto al fuego no encendido de su imponente salón.

–En el *London Gazette* -replicó, impasible-. Donde salen todas las bancarrotas.

–¿La directora estaba suscrita a ese periódico?

–Probablemente.

Kurtz asintió lenta y largamente, luego cogió un lápiz y escribió la palabra *probablemente* en una libreta, de modo que Charlie pudiera verlo.

–Bien. Y tras la quiebra llegaron las acusaciones por fraude. ¿Cierto? ¿Querías explicar cómo fue el proceso?

–Ya te lo he dicho. Mi padre no nos dejó ir. Primero pensaba defenderse él mismo, quería ser un héroe. Nosotros teníamos que sentarnos en las primeras filas y animarle. Pero cuando le enseñaron las pruebas, cambió de parecer.

–¿De qué se le acusaba?

–De robar dinero a sus clientes.

–¿Cuánto le cayó?

–Dieciocho meses, menos las remisiones. Ya te lo he dicho, Mart. Lo he contado todo. ¿Qué es esto?

–¿Fuiste a verle a la cárcel alguna vez?

–No nos dejaba. No quería que viéramos su vergüenza.

–Su vergüenza -repitió pensativo Kurtz-. Su deshonra. La caída. Realmente te afectó, ¿no es cierto?

–¿Preferirías que no me hubiera afectado?

–No, Charlie, me parece que no. -Kurtz se tomó otro breve respiro-. Bueno, sigamos. Te quedaste en tu casa. Dejaste la escuela, abandonaste el desarrollo cultural de tu excelente cerebro, cuidaste de tu madre y esperaste la liberación de tu padre. ¿De acuerdo?

–Sí.

–¿No te acercaste ni un solo día a la cárcel?

–Joder -masculló ella, desesperada-, ¿Por qué te emperras en abrir más la herida?

–¿Ni pasaste por allí?

–¡No!

Charlie estaba conteniendo las lágrimas con un coraje que ellos debían de estar admirando. ¿Cómo pudo aguantar entonces o cómo aguantaba ahora? ¿Por qué se obstinaba Kurtz en hurgar implacablemente en sus ocultas cicatrices? El silencio fue como un intervalo entre los gritos. Sólo se oía el rotulador de Litvak recorriendo las

páginas de su cuaderno.

–¿Te sirve de algo todo esto, Mike? -le preguntó Kurtz a Litvak sin dejar de mirar a Charlie.

–Sí, estupendo -dijo Litvak, jadeante, mientras su bolígrafo no paraba de escribir-. Podemos utilizarlo, es escabroso. Sólo que hubiera alguna anécdota jugosa sobre lo de la cárcel... O mejor cuando le dejaron en libertad, los meses finales, claro... ¿por qué no?

–¿Charlie? -dijo escuetamente Kurtz, pasándole la petición de Litvak.

Charlie se desvivió por fingir que estaba reflexionando hasta que le llegara la inspiración.

–Bueno, está lo de *espuertas*... -dijo, como dudando.

–¿Las puertas? -dijo Litvak-. ¿Qué puertas?

–Cuéntanoslo -propuso Kurtz.

Un rompas de espera mientras Charlie levantaba una mano y se pellizcaba delicadamente el puente de la nariz con los dedos medio y pulgar, indicando una gran aflicción y una ligera migraña. Había contado esa historia a menudo, pero nunca tan bien como ahora.

–No le esperábamos hasta dentro de un mes. Él no telefoneó, ¿cómo iba a hacerlo? Nos habíamos mudado y vivíamos de la beneficencia. Se presentó por las buenas. Parecía más flaco y más joven. Cabello corto. «Hola, Chas, he salido.» Me dio un abrazo. Lloró. Mamá estaba arriba, demasiado asustada para bajar a verle. Él no había cambiado en nada. Sin contar lo de las puertas. No podía abrirlas. Se acercaba, se paraba delante, permanecía firmes con los pies juntos y la cabeza gacha, y esperaba a que el carcelero viniese a abrirlas.

–Y el carcelero era *ella* -musitó Litvak, al lado de Kurtz-. Su propia hija.

–La primera vez que pasó, yo no podía creerlo. «¡Abre la puerta, púnela!», le grité. Pero su mano se negó, literalmente.

Litvak escribía como un poseso. Pero Kurtz no estaba tan entusiasmado. Su expresión, al consultar de nuevo las carpetas del otro, sugería que tenía serias reservas.

–Charlie, en esa entrevista que concediste, creo que al *Ipswich Gazette*, ¿no es así?, cuentas algo de que tu madre y tú solíais subir a un monte que había junto a la prisión y que agitabais el brazo para que tu padre pudiera veros desde la ventana de su celda. Ahora bien... según lo que acabas de contarnos, no te acercaste a la cárcel ni una sola vez.

Charlie consiguió realmente echarse a reír. Fue una risa sonora y convincente, por más que las sombras no se hicieran eco de ella.

–Pero si no fue más que una *entrevista*, Mart -le dijo, tomándole a broma al ver que ponía cara larga.

–¿Y?

–Pues que en las entrevistas se tiende a poner un poco de salsa al pasado para hacerlo más interesante.

–¿Eso lo has hecho aquí también?

–Por supuesto que no.

–Quilley, tu agente, le dijo no hace mucho a un conocido nuestro que tu padre murió en la cárcel, no en casa. ¿Qué era eso, más salsa?

–Es Ned quien lo dijo, no yo.

–Cierto. Exactamente. De acuerdo.

Kurtz cerró la carpeta, no convencido todavía.

No pudo evitarlo. Girando en su silla hacia la derecha, Charlie se encaró a José, pidiéndole indirectamente que le sacara del apuro.

–¿Qué tal me sale, José? ¿Bien?

–Impresionante, diría yo -contestó, y continuó enfrascado en sus cosas.

–¿Mejor que en *Santa Juana* ?

–Pero Charlie, querida, ¡tus frases son muchos más buenas que las de Shaw!

No me está felicitando, me está consolando, pensó ella con tristeza. Pero ¿por qué era tan áspero con ella?, ¿por qué tan susceptible, por qué tan reservado después de haberla traído a este lugar?

Rose, la sudafricana, venía con una bandeja de bocadillos. La seguía Rachel con unas pastas y un termo de café azucarado.

–¿Es que aquí no duerme nadie? -se quejó Charlie mientras se servía. Pero su pregunta pasó inadvertida. O más bien, puesto que todos la habían oído con claridad, desatendida.

Los dulces momentos habían concluido y ahora venían los tan esperados momentos de peligro, esa hora de vigilancia antes del alba, cuando Charlie tenía la cabeza más despejada y la cólera más a flor de piel; el momento, en otras palabras, de trasladar sus ideas políticas -que Kurtz le había asegurado eran respetadas por todos los presentes- del mencionado tintero a un medio menos líquido y más transparente. En manos de Kurtz las cosas volvían a tener su propia cronología y su propia aritmética. Primeras influencias, Charlie. Fecha, lugar y personas, Charlie: enumera tus cinco máximas predilectas, tus primeros diez encuentros con la alternativa militante. Pero Charlie ya no estaba de humor para objetividades. Se le había pasado el acceso de modorra, y en su lugar empezaba a manifestarse una nerviosa sensación de rebeldía interna, como ellos podrían haber sabido por lo crispado de su voz y su mirada punzante y suspicaz. Estaba harta de ellos. Harta de ser útil a esta alianza a la fuerza, harta de que la llevaran de un sitio a otro sin saber lo que aquellas manos adiestradas y manipuladoras estaban haciendo con ella, ni lo que aquellas voces

hábiles le estaban susurrando al oído. La víctima que había en ella tenía ganas de pelear.

–Charlie, querida, esto es única y estrictamente para el expediente -afirmó Kurtz-. Aunque figure en el expediente, ya nos encargaremos de correr un tupido velo sobre todo esto -le aseguró. Pero seguía insistiendo en arrastrarla por una fatigosa lista de manifestaciones, sentadas, marchas, ocupaciones de casas y revoluciones de fin de semana, preguntando en cada caso lo que él llamaba «argumentación» previa a cada una de sus acciones.

–Por el amor de Dios, deja ya de evaluarnos, ¿quieres? -le espetó ella-. No somos ni dialécticos, ni instruidos ni organizados...

–Entonces ¿qué?, cariño -dijo Kurtz con una bondad de santo.

–Y de *cariño*, nada. ¡Somos *personas*! Seres humanos adultos, ¿entiendes? ¡O sea que deja de joderme!

–Charlie, ten por seguro que no te estamos jodiendo. Aquí nadie te jode.

–Iros al infierno.

Odiaba mostrarse así. Odiaba la aspereza que le asaltaba cuando se veía acorralada. Tenía una imagen de sí misma pegando a su pony, golpeando inútilmente con puños de chiquilla una puerta de madera enorme, mientras su estridente voz batallaba con frases peligrosamente irreflexivas. Al mismo tiempo le gustaba la gloriosa liberación y los cristales rotos que traía consigo la cólera.

–¿Por qué hay que creer antes de decir «no»? -preguntó, recordando una grandilocuente frase que Long Al le había inculcado (¿o fue otra persona?). Puede que decir «no» sea creer, ¿no crees? Estamos en guerras distintas, Mart. No se trata de una potencia contra otra, de Oriente contra Occidente. Son los hambrientos contra los cerdos, los esclavos contra los opresores. Tú piensas que eres libre, ¿no? Pues es porque alguien lleva cadenas. Si uno come, otro pasa hambre. Si uno corre, otro ha de quedarse quieto. Todo eso debe cambiar.

Antaño había creído firmemente en esas cosas. Tal vez las creía aún. Lo había visto así y lo había tenido claro. Había llamado a puertas desconocidas con eso en mente y había visto desaparecer la hostilidad al lanzar su mensaje propagandístico. Se había manifestado por ello: por el derecho del pueblo a liberar la mente de las personas, a desatascarse mutuamente de la asfixiante ciénaga de los condicionamientos capitalistas y racistas, y tratarse unos a otros con una camaradería espontánea. Fuera, en un día despejado, esa visión podía aún hoy llenar su corazón y moverla a proezas que, en frío, la habrían hecho encogerse. Pero entre aquellas paredes y aquellas caras que la miraban con sagacidad, no tenía espacio para desplegar sus alas.

Hizo otro intento, aún más estridente:

–Sabes, Mart, una de las diferencias de tener tu edad o la mía es que nosotros

somos realmente *melindrosos* a la hora de ver a quién consagramos nuestra existencia. Por alguna razón, no nos sentimos inclinados a entregar nuestras vidas a una multinacional registrada en Liechtenstein y con cuenta en las malditas Antillas Holandesas. -Ese fragmento era de Al, seguro. Se había apropiado incluso de su áspera voz para recitarlo mejor-. No nos parece buena idea dejar que gente a la que no hemos visto nunca, ni conocemos ni hemos votado jamás nos arruine el mundo. Curiosamente, no nos gustan nada los dictadores, ya sean grupos de personas, países o instituciones, y no nos gusta nada la carrera armamentística, ni la guerra química ni todo ese catastrofismo. No creemos que el estado judío tenga que ser una guarnición imperialista de los americanos y tampoco creemos que los árabes sean un hatajo de fieras llenas de pulgas o unos decadentes jeques del petróleo. Y por eso decimos «no»; para no tener ciertas reservas mentales, ciertos prejuicios y alineamientos. O sea que decir no es positivo, ¿vale? Porque *no tenerlos* es positivo, ¿entiendes?

-¿Arruinar el mundo, cómo, Charlie? -preguntó Kurtz mientras Litvak escribía pacientemente.

-Envenenándolo. Quemándolo. Estropeándolo todo con basura y colonialismo y con el calculado sometimiento mental de la clase trabajadora... -Y del resto me acordaré dentro de un momento, pensó ella-. O sea que no me vengas a preguntar nombre y dirección de mis cinco primeros gurús, ¿vale, Mart?, porque están aquí dentro -se golpeó el pecho-, y no me vengas con burlas si no te sé recitar a Che Guevara de memoria hasta el amanecer; pregúntame si quiero que el mundo sobreviva y que mis hijos...

-¿Sabes *recitar* a Che Guevara? -preguntó Kurtz con interés.

-Un momento -dijo Litvak, y levantó una mano escuálida pidiendo una pausa mientras con la otra escribía frenéticamente-. Esto es fantástico. Espera sólo *un* momento, Charlie, por favor.

-¿Por qué no te levantas y te vas a comprar una casete? -le espetó Charlie. Le ardían las mejillas-. Y si no, la robas, que es lo tuyo.

-Porque no disponemos de una semana para leer transcripciones -replicó Kurtz mientras Litvak seguía escribiendo-. El oído selecciona, comprendes, querida. Las máquinas no. Las máquinas son antieconómicas. ¿Sabes recitar a Che Guevara, Charlie? -insistió mientras esperaban.

-Qué coño voy a saber.

A su espalda -le pareció que a un kilómetro-, la incorpórea voz de José modificó ligeramente su respuesta.

-Pero podría hacerlo si se lo aprendiera. Tiene una memoria excelente -les aseguró, con un toque de orgullo creador-. Le basta con oír algo para hacerlo suyo. Podría aprenderse las obras completas en una semana, si se pusiera a ello.

¿Por qué había abierto la boca? ¿Pretendía suavizar las cosas? ¿Prevenirles,

acaso? ¿O mediar entre Charlie y su inminente destrucción? Pero Charlie no estaba de humor para atender a sutilezas, y Kurtz y Litvak estaban conferenciando otra vez, ahora en hebreo.

–Vosotros dos, ¿os importaría hablar en inglés delante de mí? -preguntó ella.

–Ahora mismo, querida -dijo afablemente Kurtz. Y siguió hablando en hebreo.

En ese mismo estilo analítico -«estrictamente para el expediente, Charlie»-, Kurtz la llevó con rigor a través de los restantes artículos de su vacilante fe. Charlie flaqueó, se reanimó y flaqueó de nuevo con la creciente desesperación de los malos estudiantes. Kurtz, raramente crítico, siempre comedido, miraba la carpeta, hacía una pausa para hablar con Litvak o, para sus solapados propósitos, anotaba alguna cosa en el bloc que tenía delante. Mientras proseguía, perdiendo y retomando el hilo, Charlie se vio a sí misma en uno de aquellos *happenings* que improvisaban en la escuela de teatro, metiéndose en un papel que perdía significado a medida que avanzaba. Ella observó sus propios gestos: no tenían ya nada que ver con sus palabras. Protestaba, luego era libre. Gritaba, luego protestaba. Al escuchar su propia voz le pareció que no pertenecía a nadie. De la charla de almohada de un amante olvidado le robaba una frase a Rousseau, y de ahí pasaba a Marcuse como si tal cosa. Vio que Kurtz se apoyaba contra el respaldo, bajaba los ojos, asentía para sus adentros y dejaba el lápiz sobre la mesa, de modo que Charlie supuso que había terminado o, al menos, él sí. Concluyó que, dada la superioridad de su público y la pobreza de sus frases, había salido bastante airosa después de todo. Kurtz parecía pensar lo mismo. Se sintió mejor, mucho más a salvo. Y también, aparentemente, Kurtz.

–Charlie, te felicito, de veras -afirmó él-. Has hablado con gran honestidad y franqueza, y te lo agradecemos.

–Desde luego -murmuró Litvak el escriba.

–De nada, hombre -replicó ella, sintiéndose muy acalorada.

–¿Te importa que pruebe de estructurarlo un poquito? -preguntó Kurtz.

–Sí, me importa.

–¿Y eso? -dijo Kurtz, nada sorprendido.

–Somos una alternativa, entiendes. No somos un partido, no estamos organizados ni somos un manifiesto. Y qué coño, no estamos para estructuras.

Ojalá pudiera evitar tantos «coños», pensó ella. O al menos que los juramentos le salieran con más naturalidad en tan austera compañía.

Con todo, Kurtz estructuró lo que había pensado estructurar y de paso se esmeró en ser lo más tedioso posible.

–Por una parte, Charlie, tenemos según parece lo que sería la premisa básica del anarquismo clásico, tal como lo hemos conocido desde el siglo dieciocho hasta nuestros días.

–No jodas, hombre.

–A saber, una aversión por todo lo regimentado. A saber, la convicción de que todo gobierno es malo, luego la nación-estado es malo, la conciencia de que ambas cosas juntas contradicen el crecimiento natural y la libertad del individuo. A lo que tú añades ciertas posturas modernas: aversión por el aburrimiento, por la prosperidad, por lo que si no me equivoco se conoce como la confortable miseria del capitalismo occidental. Y eso te hace pensar en la verdadera miseria de las tres cuartas partes de la población mundial. ¿Verdad, Charlie? ¿Tampoco estás de acuerdo? ¿Esta vez damos por sentado el «no jodas, hombre»?

Ella optó por no hacerle caso y sonrió con presunción mirándose las uñas. Pero, maldita sea ¿qué más daban las *teorías* ? , tenía ganas de decirle. Es tan sencillo como que las ratas han tomado el barco; el resto es pura basura narcisista. Ha de serlo.

–En el mundo de hoy -continuó, imperturbable, Kurtz-, en el mundo de hoy yo creo que hay más razones de peso para esa perspectiva que las que tus antepasados tuvieron jamás, porque actualmente las naciones-estado son más poderosas que nunca; igual que las empresas e igual que las oportunidades para tenerlo todo bien regimentado.

Ella se daba cuenta de que se dejaba conducir, pero ya sabía cómo pararle. Kurtz hacía pausas para oír sus comentarios, pero a Charlie no se le ocurría otra cosa que girar la cabeza y esconder su creciente inseguridad tras una máscara de furiosa negativa.

–Objetas que la tecnología ha enloquecido -continuó él, tan tranquilo-. Bien, eso ya lo había dicho Huxley. Aspiras a propiciar motivaciones humanas que por una vez no sean ni competitivas ni agresivas, pero para eso hay que acabar primero con la explotación. Pero ¿cómo?

Se interrumpió una vez más. Sus pausas empezaban a ser más amenazadoras que sus palabras; eran las pausas entre dos peldaños que la llevaban al cadalso.

–Oye, Mart, olvídate del paternalismo. ¡Déjalo ya!

–En este tema de la explotación, si no te interpreto mal -continuó Kurtz, con implacable buen humor-, es donde se produce el salto de lo que podríamos llamar *observación* del anarquismo a la práctica del anarquismo. -Se volvió hacia Litvak a fin de utilizarle en contra de ella-. ¿Tienes algo que decir, Mike?

–En mi opinión, el punto clave era la explotación, Marty -dijo en voz baja Litvak-, porque explotación significa propiedad, y con eso tienes el ciclo completo. Primero el explotador aporrea la cabeza del asalariado con su superior riqueza; luego le lava el cerebro para que crea que la propiedad es una razón válida para seguir echando el bofe de por vida. De ese modo lo tiene enganchado por partida doble.

–Estupendo -dijo Kurtz, sintiéndose a gusto-. La búsqueda de la propiedad es mala, luego la propiedad por sí misma es mala, luego son malos quienes fomentan la

propiedad, luego (puesto que has reconocido que no aguantas el proceso democrático evolucionista) al carajo la propiedad y muerte a los ricos. ¿Estás de acuerdo con eso, Charlie?

–¡No seas burro, coño! ¡Yo no voy de eso!

Kurtz parecía desilusionado:

–No me digas que te niegas a desposeer el estado ladrón, ¿eh, Charlie? ¿Qué ocurre? ¿Te has vuelto tímida de golpe? -Y de nuevo a Litvak-: ¿Sí, Mike?

–El estado es el tirano -intercaló Litvak, solícito-. Son palabras de Charlie. También se ha referido a la *violencia*, del estado, al *terrorismo* del estado, a la *dictadura* del estado... en fin, a todo lo malo que conlleva el estado -añadió con voz que reflejaba bastante sorpresa.

–¡Eso no significa que vaya por ahí matando gente y asaltando bancos, joder! Pero ¿esto qué es?

Kurtz no se dejó impresionar:

–Charlie, tú nos has dicho claramente que las fuerzas de la ley y el orden no son más que sátrapas de una autoridad falsa.

Litvak puso una nota al pie:

–Y también que la justicia no llega a las masas por más tribunales que haya -le recordó a Kurtz.

–¡Naturalmente que no! ¡Todo el sistema es una mierda! Tongo, corrupción, paternalismo...

–Entonces ¿por qué no acabar con él? -preguntó Kurtz con absoluta simpatía-. ¿Por qué no mandarlo todo al carajo y matar al primer policía que intente detenerte, y puestos a hacer, a todos los que no lo intenten? ¿Por qué no ponerles una bomba a todos los colonialistas e imperialistas habidos y por haber? ¿Dónde has metido esa integridad de la que te jactabas? ¿Qué ha pasado, Charlie?

–¡Yo no quiero mandar nada al carajo ni poner ninguna bomba! ¡Quiero paz! ¡Quiero que la gente sea libre! -insistió ella, escabulléndose a la desesperada en pos de su único dogma seguro.

Pero Kurtz parecía no haberla oído.

–Me decepcionas, Charlie. De golpe y porrazo te has quedado sin coherencia. Tienes la conciencia de las cosas: ¿por qué no sales a ponerles remedio? ¿Por qué apareces primero como una intelectual con vista y cerebro para comprender lo que no es visible para las masas engañadas y después no tienes el coraje de prestar un pequeño servicio (como *robar*, como *matar*, como *poner una bomba*, digamos, en una comisaría de policía), a beneficio de aquellos cuyos corazones y mentes están esclavizados por los señores capitalistas? Vamos, Charlie, ¿y la acción? Tú, aquí, eres el espíritu libre. No nos des palabras, danos hechos.

La contagiosa jovialidad de Kurtz había alcanzado nuevas cotas. Tenías los ojos

entornados de tal manera que en su piel curtida habían aparecido unos surcos negros. Pero Charlie también sabía pelear y ahora le hablaba a la cara, usando las palabras como él lo hacía, aporreándoles con ellas, tratando de abrirse paso a golpes hacia la liberación.

–Mira, Mart, yo soy muy superficial. No soy leída ni culta, no sé razonar ni analizar, fui a colegios caros de décima categoría, y ojalá (no sabes tú cuanto lo deseo), ojalá hubiera nacido en un callejón cualquiera del centro de Inglaterra y mi padre hubiera trabajado con las manos en lugar de birlarles los ahorros a las pensionistas. ¡Estoy harta de que me coman el coco y estoy harta de que cada día me digan las mil y una razones para no amar al prójimo como a mí misma, ¡y quiero irme a la cama, coño!

–¿Quiere eso decir que te retractas de las opiniones formuladas?

–¡Yo no he formulado ninguna opinión!

–Ah, ¿no?

–¡No!

–Ni opinión, ni compromiso con el activismo, a excepción de tu no alineamiento.

–¡Exacto!

–No alineamiento *pacífico* -añadió, satisfecho, Kurtz-. Eres del extremo centro.

Desabrochándose lentamente un bolsillo de la chaqueta, Kurtz metió en él sus gruesos dedos y extrajo, entre un montón de cacharros, un recorte de prensa doblado, bastante largo y que, a juzgar por su ubicación exclusiva, difería en cierto modo de los que había en la carpeta.

–Charlie, antes has dicho de pasada que tú y Al asististeis a unas conferencias en algún lugar de Dorest -dijo Kurtz mientras desplegaba el recorte-. «Cursillo de fin de semana sobre pensamiento radical», lo describiste, me parece. No llegamos a profundizar en lo que se colegía de ahí; si no me falla la memoria, esa parte de la discusión quedó más o menos disimulada. ¿Te importa que ahonde un poco más en ello?

Como quien se refresca la memoria, Kurtz releyó el recorte en silencio, sacudiendo de vez en cuando la cabeza como diciendo, «vaya, vaya».

–Menudo sitio -comentó él jovialmente mientras leía-, Entrenamiento con armas de mentirijilla. Técnicas de sabotaje, utilizando plastelina en vez de explosivos de verdad, claro. Cómo vivir escondido. Supervivencia. La filosofía de la guerrilla urbana. Incluso cómo tratar a un invitado reacio. Ya veo: «Restricción de elementos refractarios en una situación doméstica.» Esto me gusta. Es un bonito eufemismo. -Miró por encima de su recorte de prensa-. ¿Es un informe más o menos correcto, o se trata una vez más de las típicas exageraciones de la prensa capitalista sionista?

Ella ya no creía en la buena voluntad de Kurtz, ni él lo quería. Su único propósito

en este momento era alarmarla sobre lo extremista de sus opiniones y obligarla a huir de posiciones que ella había adoptado sin darse cuenta. Algunos interrogatorios están concebidos para sonsacar la verdad, otros para sonsacar mentiras. Kurtz necesitaba mentiras. Su áspera voz, por consiguiente, se había endurecido un poco, y la diversión estaba desapareciendo de su rostro a marchas forzadas.

–Tal vez quieras pintárnoslo con más objetividad, ¿no, Charlie? -preguntó Kurtz.

–Fue cosa de Al, no mía -dijo ella desafiante, batiéndose por primera vez en retirada.

–Pero fuisteis juntos.

–Bueno, era un fin de semana en el campo, barato, y en esa época estábamos sin un céntimo.

–Así de sencillo -murmuró Kurtz, dejándola con un enorme y culpable silencio, demasiado ominoso para que pudiera cambiarlo por sí sola.

–No éramos sólo él y yo -protestó-. Dios mío, pero si éramos una veintena... Gente de teatro, críos. Algunos no habían terminado aún la escuela. Alquilaban un autobús, fumaban un poco de hashish, se pasaban la noche tocando música. ¿Qué tiene eso de malo?

Kurtz no opinaba, en aquel momento, sobre lo que pudiera haber de malo en esas cosas.

–Hablas de ellos -dijo-. Pero ¿qué hacías tú, conducir el autobús? ¿De ahí te viene la fama de buena conductora?

–Yo estaba con Al. Ya te lo he dicho. Era su rollo, no el mío.

Charlie había perdido pie y estaba cayendo. Apenas tenía noción de cómo había podido patinar o de quién le había pisado los dedos. Quizá era simplemente que se había cansado y se había dejado ir. Quizá era eso lo que había querido todo el tiempo.

–¿Y cuántas veces dirías tú que te diste ese gusto, Charlie? Dedicarte a la palabrería, a fumar hashish, a participar en el amor libre inocentemente mientras otros ocupan su tiempo en aprender técnicas de terrorismo. Hablas como si fuera algo habitual. ¿Es correcto habitual?

–¡No, *nada* de habitual! Esto se acabó, ¡y yo no me doy ningún *gusto* !

–¿Quieres decirnos con cuánta frecuencia, entonces?

–¡Ni siquiera fue con frecuencia!

–¿Cuántas veces?

–Un par. Eso es todo. Luego me entró miedo.

Cayendo y girando, y una oscuridad cada vez más negra. El aire que la rodeaba pero sin rozarla.

¡Sácame de aquí, José! Pero era José quien la había metido en esto. Ella esperaba oír su voz, le enviaba mensajes desde la nuca. Pero no recibía contestación.

Kurtz la miró a los ojos y ella le miró también de la misma manera. De haber

podido, le habría traspasado con la mirada, le habría cegado con la retadora cólera de sus ojos.

–Un par -repitió él, pensativo-. ¿Sí, Mike?

Litvak alzó la vista de sus notas:

–Un par -repitió.

–Dinos por qué te entró miedo -quiso saber Kurtz.

Sin permitir que ella dejara de mirarla a la cara, Kurtz cogió la carpeta de Litvak.

–No fue nada agradable -dijo ella, buscando el efectismo al bajar la voz.

–Ésa es la impresión que da -dijo Kurtz, abriendo la carpeta.

–No me refiero políticamente, sino al sexo. Era más de lo que yo estaba dispuesta a manejar. No seas tan obtuso.

Kurtz se lamió el pulgar y pasó una página; murmuró algo a Litvak, quien a su voz masculló unas palabras, pero no en inglés. Luego cerró la carpeta color ante y la dejó en su cartera.

–«Un par de veces. Eso es todo. Luego me entró miedo -recitó, pensativo-. ¿Algún cambio respecto a tu declaración?

–¿Por qué habría de cambiarla?

–«Un par de veces.» ¿Es correcto?

–¿Por qué no habría de serlo?

–Un par son dos, ¿no?

Encima de ella, la luz pareció vacilar, ¿o eran imaginaciones suyas? Se volvió en su silla. José estaba inclinado sobre la lamparita, demasiado absorto para levantar siquiera los ojos. Al darse la vuelta, Charlie vio que Kurtz seguía esperando.

–Dos o tres -dijo-. ¿Y qué?

–¿Cuatro? ¿Un par puede ser cuatro?

–¡Déjame en paz!

–Debe de ser un problema de lingüística, supongo. «Iba a ver a mi tía un par de veces al año.» Bien podían ser tres, ¿no es cierto? Es posible que cuatro. Cinco, imagino que cinco sería el límite. Cinco ya sería «media docena». -Siguió hojeando lentamente sus papeles-. ¿Quieres corregir lo de «un par» y dejarlo en «media docena», Charlie?

–He dicho un par y quiero decir un par.

–¿Dos?

–¡Sí, hombre, dos!

–Bueno, pues dos. «Sí, asistí a esas reuniones solamente dos veces. Puede que otros hicieran ejercicios militares, pero mi curiosidad era más bien sexual, recreativa, social. Amén.» Firmado Charlie. ¿Podrías poner fecha a esas dos visitas?

Ella le dio una fecha del año anterior, poco después de juntarse con Al.

–¿Y la otra?

–No me acuerdo. ¿Qué más da?

–«No se acuerda.» -Su voz sonó muy baja, pero sin perder un ápice de su fuerza. Ella se la imaginaba avanzando pesadamente hacia ella como un animal desgarrado-. ¿La segunda vez vino poco después de la primera, o existió un lapso entre las dos ocasiones?

–No lo sé.

–«No lo sabe.» El primer fin de semana fue un curso de introducción para principiantes. ¿Correcto?

–Sí.

–¿Introducción a qué?

–Ya lo he dicho antes. Experiencia sexual en grupo.

–Charlas, seminarios, lecciones, ¿nada?

–Bueno, charlas sí.

–¿Sobre qué temas?

–Principios básicos.

–¿De qué?

–Del radicalismo, ¿de qué iba a ser?

–¿Recuerdas quién pronunciaba esas charlas?

–Una lesbiana con pecas nos habló sobre feminismo; un escocés al que Al admiraba nos habló sobre Cuba.

–Y la siguiente vez (fecha olvidada, la segunda y última), ¿quién dirigió las charlas?

No hubo respuesta.

–¿Tampoco te acuerdas?

–¡No!

–Es un poco raro que recuerdes nítidamente la primera vez (el sexo, los temas de discusión, los preceptores), pero nada de la segunda.

–¡Después de estar toda la noche contestando preguntas estúpidas, no es nada raro!

–¿Adónde vas? -preguntó Kurtz-. ¿Necesitas ir al baño? Rachel, acompaña a Charlie al baño. Rose, por favor.

Se estaba levantando. Alguien se acercó a ella desde las sombras.

–Me marchó. Ejercicio mi capacidad de elección. Quiero largarme ahora mismo.

–Tu capacidad de elección podrás ejercerla en aspectos concretos, y sólo cuando se te invite a ello. Si no recuerdas quién habló en este segundo seminario, entonces tal vez puedas decirme la naturaleza del curso.

Ella seguía de pie y, de alguna manera, el hecho de estar erguida la hacía más pequeña aún. Se dio la vuelta y vio a José con la cabeza apoyada en una mano, apartada la cara de la lamparita. En medio de su temor, le pareció verle flotar en una

especie de ciudad intermedia, entre el mundo de ella y el de él. Pero allá donde mirase, la voz de Kurtz se le metía en la cabeza. Charlie apoyó las manos sobre la mesa, se inclinó hacia adelante; se hallaba en un templo desconocido sin amigos que la aconsejaran; sin saber si arrodillarse o ponerse de pie. Pero la voz de Kurtz estaba en todas partes y habría dado lo mismo tumbarse en el suelo que salir volando por la ventana de vidrio coloreado y a cien kilómetros de distancia; ningún lugar estaba a salvo de su ensordecedora intromisión. Levantó las manos de la mesa y se las llevó a la espalda, apretándolas con fuerza pues estaba perdiendo el control de sus ademanes. Las manos cuentan, las manos hablan. Las manos actúan. Notó cómo se consolaban la una a la otra como dos niños aterrorizados. Kurtz le estaba preguntando por una resolución.

—¿Tú la *firmaste*, Charlie?

—¡Yo qué sé!

—Pero, Charlie, al término de una sesión siempre se aprueba una resolución. Hay un debate. Una resolución. ¿Cuál fue? ¿Intentas decirme en serio que no *sabes* qué resolución fue ésa, que ni siquiera sabes si la firmaste? ¿Podría ser que rehusaras firmarla?

—No.

—Sé razonable, Charlie. ¿Cómo puede una persona de tu mal valorada inteligencia olvidar algo como una resolución formal al término de un seminario de tres días?, ¿una cosa que se redacta más de una vez, sobre la que se vota, que se aprueba o no se aprueba, se firma o no se firma? ¿Cómo es posible? Por el amor de Dios, una resolución es algo que implica toda una serie de incidencias. ¿Por qué de repente eres tan poco concreta, cuando tienes la capacidad de hilar tan fino en otras cuestiones?

A ella le importaba un pito. Tan poco le importaba que ni siquiera se iba a molestar en decirlo. Estaba absolutamente extenuada. Tenía ganas de sentarse otra vez pero estaba como pegada al suelo. Necesitaba una pausa, ir a orinar, tiempo para arreglarse el maquillaje... y cinco años de sueño. Únicamente un resquicio de convencionalismo teatral le decía que debía seguir de pie y llegar hasta el final.

Allá abajo, Kurtz acababa de sacar una nueva hoja de papel del maletín.

Fastidiado por ese papel, decidió dirigirse a Litvak:

—Ha dicho dos veces, ¿cierto?

—Máximo dos -concedió Litvak-. Le has dado oportunidad de variar la apuesta pero ella se ha quedado en dos.

—¿Y qué tenemos nosotros?

—Cinco.

—Entonces, ¿de dónde saca el dos?

—Está esquivando la realidad -explicó Litvak, ingeniándose las para parecer más decepcionado aún que su compañero-. La está esquivando en un doscientos por cien,

más o menos.

–Entonces, miente -dijo Kurtz, reacio a aceptar esa deducción.

–Desde luego -dijo Litvak.

–¡No he mentado! ¡Se me olvidó! ¡Fue Al! ¡Sólo fui por Al, *eso es todo* !

Entre los bolígrafos metálicos que Kurtz llevaba en el bolsillo superior de su sahariana, guardaba también un pañuelo caqui. Tras sacárselo, se lo pasó por la cara como si se quitara el polvo, y se enjugó la boca. Luego lo devolvió a su bolsillo y movió una vez más su reloj, de izquierda a derecha, ejecutando un ritual privado.

–¿Quieres sentarte?

–No.

Su negativa sólo hizo que entristecerle.

–He dejado de comprenderte, Charlie. Mi confianza en ti está menguando.

–¡Pues que mengüe, coño! ¡Estoy harta de que me pongas de vuelta y media! ¿Por qué tengo que jugar al tira y afloja con un hatajo de matones israelíes? Buscaos algún árabe para ponerle una bomba en el coche. Dejadme tranquila. ¡Os odio! ¡A ti y a todos vosotros!

Diciendo esto, Charlie tuvo una sospecha de lo más curiosa. Dedujo que ellos la estaban escuchando sólo a medias, y que la otra mitad de su atención estaba puesta en estudiar su técnica. Si alguien hubiera exclamado «Vamos a hacer otra toma, Charlie, un poco más despacio», no le habría sorprendido en lo más mínimo. Pero entretanto Kurtz tenía una proposición que hacer y por nada del mundo de su Dios judío -como ella bien sabía ahora- se iba a detener.

–Charlie, no entiendo tus evasivas -insistió él. Su voz estaba recuperando el ritmo habitual. Su fuerza permanecía intacta-. No comprendo las discrepancias entre la Charlie que nos estás ofreciendo y la Charlie del expediente. Tu primera visita a esa escuela de revolucionarios tuvo lugar el quince de julio del año pasado, un curso de dos días para principiantes sobre el tema genérico de colonialismo y revolución, y es cierto que fuiste en autobús, un grupo de actores, incluido Alastair. Tu segunda visita tuvo lugar un mes después, también con Alastair, y en aquella ocasión tú y tus compañeros de estudios tuvisteis como profesores a un supuesto exiliado boliviano que rehusó dar su nombre y también a un caballero igualmente anónimo que aseguraba hablar en nombre del ala provisional del IRA. Tú firmaste generosamente un cheque personal de cinco libras para cada una de estas organizaciones, y aquí tenemos fotocopia de esos cheques.

–¡Lo hice por Al! ¡Estaba sin un céntimo!

–La tercera vez fue al cabo de un mes, para tomar parte en un patético debate sobre la obra del pensador americano Thoreau. El veredicto del grupo, en esta ocasión, veredicto que tú suscribiste, fue que a nivel de militancia, Thoreau era un idealista insignificante con muy poco conocimiento práctico del activismo, o sea, un

cero a la izquierda. No sólo apoyaste esa sentencia sino que auspiciaste una resolución suplementaria clamando por un mayor radicalismo de todos los camaradas.

–¡Lo hice por Al! ¡Quería que me aceptasen! ¡Quería complacer a Al! ¡Al día siguiente ni me acordaba!

–Llegado el mes de octubre, tú y Alastair fuisteis de nuevo a Dorest, esta vez para asistir a una muy oportuna sesión sobre el tema del fascismo burgués en las sociedades capitalistas occidentales, y en esa ocasión jugaste un papel protagonista en las discusiones de grupo, deleitando a tus camaradas con numerosas anécdotas ficticias sobre el criminal de tu padre, la necia de tu madre y tu educación represiva en general.

Había dejado de protestar. Había dejado de pensar o de ver. Había empañado su mirada y se estaba mordiendo suavemente el interior de la mejilla a modo de penitencia. Pero lo que no podía era dejar de escuchar, porque eso no se lo permitía la voz de Kurtz.

–Y la última vez, como nos ha recordado Mike, fue en febrero de este mismo año, cuando tú y Alastair honrasteis con vuestra presencia una sesión cuyo tema has obstinado en borrar de tu memoria, salvo hace un rato cuando tuviste el desliz de insultar al Estado de Israel. En esta ocasión el debate estuvo exclusivamente dedicado a la lamentable expansión del sionismo mundial y a sus vínculos con el imperialismo americano. El actor principal fue un caballero que representaba supuestamente a la revolución palestina, aunque se negó a decir a qué facción de ese gran movimiento pertenecía. También rehusó, en el sentido más literal, a darse conocer, ya que sus facciones estuvieron ocultas por una capucha que le daba un aire apropiadamente siniestro. ¿Todavía no te acuerdas de ese conferenciante? -No le dejó tiempo para responder-. Habló de su propia vida de heroísmos como un gran guerrero y asesino de sionistas. «Yo sólo tengo un pasaporte: mi fusil», afirmó. «¡Se acabó el ser refugiados! ¡Somos un pueblo revolucionario!» Provocó cierta agitación a su alrededor y más de uno, pero tú no, dijo que tal vez había ido demasiado lejos. -Hizo una pausa, pero ella seguía sin hablar. Él se acercó su reloj y le dedicó a Charlie una lánguida sonrisa-, ¿Por qué no nos cuentas estas cosas? ¿Por qué vas dando tumbos de aquí a allá sin saber qué mentira vas a decirnos a continuación? ¿Es que no te he dicho que necesitamos conocer tu pasado? ¿Y que nos gusta mucho?

De nuevo esperó una respuesta de ella, pero fue en vano.

–Sabemos que tu padre nunca estuvo en la cárcel. Nunca vinieron los administradores a tu casa, nadie se llevó tu pony. El pobre hombre sufrió una pequeña quiebra por incompetencia que no perjudicó más que a un par de gerentes de bancos locales. Sus deudas fueron honrosamente saldadas, si puede decirse así, mucho antes

de morir; unos cuantos amigos suyos reunieron un poco de dinero para ayudarlo, y tu madre siguió siendo para él una esposa satisfecha y leal. No fue culpa de tu padre que tú dejaras prematuramente el colegio, sino tuya. Te habías convertido en alguien, digamos, demasiado accesible a varios chicos de la localidad, y a su debido tiempo los rumores llegaron a oídos del personal académico. En consecuencia fuiste apresuradamente expulsada del internado como elemento corruptor y potencialmente escandaloso, debiendo volver con tus exageradamente indulgentes padres, quienes como de costumbre te perdonaron tus transgresiones, para gran frustración tuya, e hicieron todo lo posible por creer tu versión. Con los años has ido tramando toda una ingeniosa ficción en torno a aquel incidente para hacerlo llevadero, y has terminado creyéndote tú misma la historia inventada, aunque en el fondo tu memoria te juega malas pasadas y te lleva por sitios impensados. -Una vez más, Kurtz trasladó su viejo reloj a un lugar más seguro de la mesa-. Somos tus amigos, Charlie. ¿Crees que te echaríamos la culpa por una cosa así? ¿Crees que no entendemos que tus ideas radicales son la exteriorización de una búsqueda de dimensiones y respuestas que nadie te dio cuando más las necesitabas? Somos tus amigos, Charlie. Nosotros no somos mediocres, aburridos, apáticos, suburbanos ni conformistas. Queremos participar de lo tuyo, valemos de ti. ¿Por qué te quedas ahí sentada engañándonos cuando lo único que queremos de ti es que nos cuentes la verdad objetiva, sin adornos, de principio a fin? ¿Por qué pones trabas a tus *amigos*, en lugar de darnos tu entera confianza?

Su ira lo barrió todo como un mar embravecido. La levantó en vilo, la purificó; sintió su remolino y se abrazó a él como su único aliado fiel. Con la astucia que le daba su profesión, dejó que la ira tomara el mando de todo, mientras que ella misma, esa diminuta criatura giroscópica que siempre se las arreglaba para mantenerse erguida, se iba de puntillas hacia los palcos para mirar. La ira dejó en suspenso su desconcierto y atenuó el dolor de su deshonra; la ira despejó su mente y le aclaró la visión. Dando un paso al frente, Charlie levantó la mano para abofetear a Kurtz, pero él era demasiado importante, la acobardaba demasiado, demasiados golpes había recibido ya. En realidad, tenía que dirigir su ira hacia otro blanco.

Si bien Kurtz al seducirla premeditadamente había prendido la cerilla que encendía su explosión de ira, era José, con sus ardidés y su críptico silencio, quien había originado su verdadera humillación. Charlie se dio la vuelta y dio dos zancadas hacia él pensando que alguien la iba a detener, pero no fue así. Tomó impulso con el pie y dio un puntapié a la mesa, viendo cómo la lamparita describía una curva hasta Dios sabe dónde antes de llegar al límite de su flexo, y se apagaba con un sorprendido golpe sordo. Luego echó el puño hacia atrás y se abalanzó sobre donde José estaba sentado y le alcanzó con todas sus fuerzas en el pómulo. Le estaba gritando toda la retahíla de sonoros epítetos, los mismos que utilizaba con Al y toda la vacía y

doliente nada de su embrollada e insignificante existencia, pero en el fondo deseaba que José se defendiera con el brazo o le devolviera el golpe. Le pegó por segunda vez con la otra mano y de nuevo esperó a que él se defendiera, pero aquellos ojos castaños que le resultaban tan familiares seguían mirándola con la firmeza de unos faros en la tormenta. Volvió a pegarle con el puño semicerrado y notó que se le dislocaban los nudillos, pero a José le corría sangre por la barbilla. Le estaba gritando «¡Fascista hijo de puta!» y lo repitió hasta que la fuerza se le fue con el aliento. Vio a Raoul, el hippy de pelo pajizo, de pie junto a la puerta, y a una de las chicas -Rose- tomar posiciones frente a las puertas ventanas y extender los brazos por si Charlie intentaba saltar por la veranda, y entonces deseó fervientemente volverse loca para que todos la compadecieran; deseó ser tan sólo una loca peligrosa esperando recuperar la libertad, y no una pobre imbécil de actriz radical que inventaba enclenques versiones de sí misma a medida que pasaba el tiempo, que había negado a sus padres y abrazado una fe antigua de la que no tenía el coraje de abdicar y nada con que sustituirla. Oyó la voz de Kurtz diciendo a todo el mundo en inglés que se estuviera quieto. Vio que José se volvía; le vio llevarse un pañuelo a los labios, mostrando hacia ella la misma indiferencia que si se hubiera tratado de una niña maleducada. Ella le gritó «¡Hijoputa!» una vez más y le dio un bofetón en la cabeza - un ruidoso golpe que le dobló la muñeca y le dejó la mano momentáneamente entumecida-, pero para entonces estaba extenuada, sola, y quería que José le devolviera los golpes.

-No te prives, Charlie -le aconsejó tranquilamente Kurtz desde su asiento-. Ya has leído a Frantz Fanon. La violencia es una fuerza purificadora, ¿recuerdas? Nos libera de nuestros complejos de inferioridad, nos quita el miedo y nos devuelve el respeto por nosotros mismos.

Ella sólo tenía una salida, y ésa fue la que tomó. Encorvando la espalda, se llevó dramáticamente las manos a la cara y lloró desconsoladamente hasta que, a una señal de Kurtz, Rachel se adelantó y la rodeó con un brazo, al que Charlie se resistió primero para luego ceder.

-Tiene tres minutos, pero no más -dijo Kurtz mientras las dos se dirigían hacia la puerta-. Que no se cambie de vestido ni adopte otro talante, ha de volver aquí inmediatamente. Quiero que la máquina siga funcionando. Charlie, quédate donde estás. Espera. He dicho que *esperes*.

Charlie se detuvo pero sin darse la vuelta. Se quedó inmóvil, preguntándose vilmente si José estaría curándose la herida de la cara.

-Lo has hecho bien, Charlie -le dijo Kurtz, sin condescendencia, desde el otro lado del cuarto-. Te felicito. Has tenido un bajón pero te has recuperado bien. Has mentido, te has extraviado, pero has seguido al pie del cañón y cuando te han fallado las fuerzas has montado un numerito y le has echado la culpa al mundo entero.

Estamos orgullosos de ti. La próxima vez inventaremos una historia mejor para que la cuentes. No tardes, ¿de acuerdo? Ahora mismo nos queda muy poco tiempo.

En el baño, Charlie permaneció con la cabeza apoyada contra la pared, sollozando, mientras Rachel le llenaba una palangana de agua y Rose esperaba fuera por si acaso.

—Yo no sé cómo puedes soportar Inglaterra ni un minuto -dijo Rachel mientras le preparaba el jabón y la toalla-. Antes de irnos pasé allí quince años. Creí que me moría. ¿Conoces Macclesfield? Es la muerte. Al menos, lo es para un judío. Esos humos, esa frialdad hipócrita. Macclesfield es el lugar más desdichado de la tierra para un judío, estoy segura. Como me decían que era una lameculos yo me encerraba en el baño a frotarme con zumo de limón. Oye, encanto, no te acerques a la puerta, o tendré que detenerte.

Amanecía y, por tanto, era hora de dormir. Ella volvía a estar entre ellos, donde realmente deseaba estar. Le habían contado cuatro cosas, pasando brevemente por la historia como un reflector ilumina brevemente un portal oscuro, dejando una visión pasajera de lo que está escondido dentro. Imagínate, le dijeron, y luego le hablaron de un amante perfecto al que jamás conocería.

Poco le importaba a ella. La necesitaban. La conocían de cabo a rabo; conocían su fragilidad y su pluralidad. Y seguían queriéndola. Si la habían secuestrado era para rescatarla. Tras todos sus desvaríos, ellos le ofrecían líneas rectas. Tras toda su culpa y encubrimiento, su aceptación. Tras todas sus palabras, su acción, su frugalidad, su ahínco discernidor, su autenticidad, su sincera lealtad para llenar ese vacío que se había abierto a gritos dentro de ella como un demonio hastiado hasta donde le alcanzaba la memoria. Ella era como una hoja en medio de una tempestad, pero de pronto comprobaba con maravillado alivio que el viento dominante era el de ellos.

Se dispuso a dejarse llevar, a que la asumieran, a que la poseyeran. Menos mal, pensó: por fin una patria. Harás de ti misma algo más, le dijeron (¿y cuándo había hecho otra cosa?). Te construirás a ti misma y pondrás todas tus baladronadas al descubierto, le dijeron; sí, digámoslo así. Decidlo como queráis, pensó ella.

Sí, escucho. Sí, os sigo.

Le habían dado a José el puesto de máxima autoridad en el centro de la mesa. Litvak y Kurtz, quietos como estatuas, estaban sentados a ambos lados de él. José tenía la cara enrojecida allí donde ella le había pegado; una ristra de pequeños moratones le recorría el perfil del pómulo izquierdo. A través de las persianas de tablillas, una escalerilla de luz temprana brillaba sobre las tablas del suelo y sobre la mesa de caballete. Terminaron de hablar.

–¿Me he decidido ya? -le preguntó ella.

José meneó la cabeza. Una oscura barba de días realzaba las depresiones de su cara. La luz cenital dejaba ver en torno a sus ojos una fina red de arrugas.

–Háblame otra vez de utilidad -propuso ella.

Sintió que el interés de los otros se tensaba como una cuerda. Litvak, con la mirada opaca pero extrañamente colérica mientras la contemplaba; Kurtz, siempre joven como un profeta, moteadas sus arrugadas manos de un polvo de plata. Y junto a las cuatro paredes, todavía, los muchachos, fervorosos e inmóviles, como si estuvieran haciendo cola para la primera comunión.

–Ellos creen que salvarás vidas, Charlie -le explicó José, en un tono imparcial del que todo asomo de teatralidad había sido rigurosamente suprimido. ¿Había renunciado en su voz?, pensó ella. En tal caso, no hacía sino realzar la gravedad de sus palabras-. Que devolverás los hijos a sus madres y que ayudarás a llevar la paz a la gente de paz. Creen que hombres y mujeres inocentes podrán seguir viviendo. Gracias a ti.

–Y tú, ¿qué crees?

Su respuesta sonó premeditadamente insulsa:

–Yo también lo creo. Para cualquiera de nosotros, este trabajo sería considerado un sacrificio, una expiación. Pero, tratándose de ti... Bueno, tal vez no sea tan diferente, después de todo.

–¿Dónde vas a estar tú?

–Estaremos lo más cerca, naturalmente.

–He dicho tú, en singular. José.

–Yo estaré cerca, naturalmente. Ése será mi trabajo.

Exclusivamente el mío, quería decir él; ni siquiera Charlie podía interpretar mal el mensaje.

–José estará cerca todo el tiempo, Charlie -intervino Kurtz dulcemente-, José es un gran profesional. José, por favor, háblale del factor tiempo.

–Tenemos muy poco tiempo -dijo José-. Cada hora cuenta.

Kurtz seguía sonriendo, como si esperara que él agregase algo más. Pero José había concluido.

Ella asintió, al menos a la siguiente fase, porque notó a su alrededor un movimiento de alivio general, y luego, decepcionada, nada más. En su hiperbólico estado mental se había imaginado a su público prorrumpiendo en una gran aclamación: el derrengado Mike hundiendo la cabeza entre sus largas y delgadas manos blancas, llorando sin vergüenza; Marty, como el viejo que había resultado ser, tomándola de los hombros con sus gruesas manos -niña mía, hija mía-, apretando su espinosa cara contra sus mejillas; los muchachos, sus admiradores de ágiles pasos, rompiendo filas para rodearla y felicitarla. Y José abrazándola contra su pecho. Pero en el teatro de los hechos, al parecer, la gente no hacía esas cosas. Kurtz y Litvak se

afanaban en arreglar papeles y cerrar maletines. José conferenciaba con Dimitri y con la sudafricana Rose. Raoul estaba recogiendo de la mesa los restos del té con pastas. Solamente Rachel parecía preocupada por la nueva recluta, y la condujo por el rellano hacia lo que llamó un buen descanso. No habían llegado a la puerta cuando José pronunció suavemente su nombre. La estaba mirando con melancólica curiosidad.

–Entonces, buenas noches -repitió, como si esas palabras le resultaran un rompecabezas.

–Buenas noches -replicó Charlie con una extenuada sonrisa que debería haber dado paso al telón. Pero no fue así. Mientras seguía a Rachel por el pasillo, Charlie se sorprendió al verse en el club londinense de su padre, camino del anexo reservado a las mujeres para comer. Deteniéndose, miró en torno suyo para identificar el origen de la alucinación. Y entonces lo oyó: el incansable tictac de un teletipo invisible, transmitiendo los últimos precios del mercado. Supuso que el ruido venía de detrás de una puerta medio cerrada. Pero Rachel la instó a apresurarse antes de darle tiempo a averiguarlo.

Los tres hombres se hallaban de nuevo en la sala de descanso, donde el repicar de la máquina decodificadora los había convocado a toque de corneta. Mientras Becker y Litvak miraban, Kurtz se acuclilló ante el escritorio para descifrar con aires de absoluta incredulidad el ultimísimo, inesperado y estrictamente privado mensaje procedente de Jerusalén. Los otros dos pudieron ver cómo la oscura mancha de sudor se extendía por su camisa como una herida rezumante. El operador de radio se había ido, despachado por Kurtz tan pronto el texto en clave de Jerusalén había empezado a imprimirse. Por lo demás, el silencio en toda la casa era impresionante. Si cantó un pájaro o pasaron coches, ellos no lo oyeron. Sólo escuchaban cómo el teletipo paraba y arrancaba otra vez.

–Nunca te había visto tan bien, Gadi -afirmó Kurtz, quien nunca tenía bastante con una sola actividad. Hablaba en inglés, el idioma del texto de Gavron-. Magistral, magnánimo, incisivo. -Arrancó una hoja y esperó a que se imprimiera la siguiente-. Todo lo que una chica desorientada podría esperar de su salvador. ¿No es cierto, Shimon? -La máquina siguió imprimiendo-. Algunos colegas nuestros de Jerusalén (el señor Gavron, por nombrar sólo a uno) objetaron que te escogiese a ti; el señor Litvak también. Yo no. Tenía confianza -mascullando una leve maldición, Kurtz arrancó la segunda hoja-. Ese Gadi es el mejor que he tenido nunca, les dije -prosiguió-. Corazón de león y cabeza de poeta: ésas fueron mis palabras. Una vida de constante violencia no ha logrado embrutecerle, les dije. ¿Qué tal se lo toma ella, Gadi?

Y giró la cabeza y la inclinó un poco, esperando la respuesta de Becker.

–¿No te has fijado? -dijo Becker.

Si Kurtz se había fijado o no, no lo dijo en ese momento. Terminado el mensaje, se dio la vuelta en su silla giratoria y colocó las hojas en perfecta vertical para aprovechar la luz de la lámpara de escritorio que le venía a la altura del hombro. Pero, cosa rara, fue Litvak quien habló primero; Litvak quien dio rienda suelta a un rabioso y estridente estallido de impaciencia que cogió a sus dos colegas por sorpresa.

—¡Han puesto otra bomba! -dijo abruptamente-. ¡Vamos, cuenta! ¿Dónde? ¿A cuántos han matado esta vez?

Kurtz meneó lentamente la cabeza y sonrió por primera vez desde la entrada del mensaje.

—Puede que sea una bomba, Shimon. Pero no ha muerto nadie. De momento no.

—Deja que lo lea -dijo Becker-. Tú no le hagas caso.

Kurtz prefirió extrapolar.

—Misha Gavron nos manda saludos y tres mensajes más -dijo-. Primer mensaje: ciertas instalaciones en el Líbano serán alcanzadas mañana, pero los implicados se asegurarán de no tocar nuestros blancos. Segundo mensaje... -apartó los trozos de papel-, el segundo mensaje es una orden parecida a la que nos llegó hace unas horas. Debemos cortar con el garboso doctor Alexis. Se acabaron los contactos. Misha Gavron ha pasado su expediente a ciertos psicólogos sabihondos que han dictaminado que el doctor está como un cencerro.

Litvak empezó a protestar otra vez. Tal vez le daba por ahí cuando estaba extenuado. Tal vez fuera el calor, pues la noche era bochornosa. Kurtz, sonriendo aún, le hizo volver a la realidad con sus dulces palabras.

—Cálmate, Shimon. Nuestro garboso jefe está un poco en plan político, nada más. Si Alexis salta el muro y se produce un escándalo que puede afectar las relaciones de nuestro país con un aliado al que necesitamos muchísimo, aquí está Marty Kurtz para dar la cara. Si Alexis sigue estando de nuestra parte, mantiene la boca cerrada, y hace lo que le digamos, Misha Gavron se lleva todos los honores. Ya sabes cómo me trata Misha. Soy su judío particular.

—¿Y el tercer mensaje? -preguntó Becker.

—Nuestro jefe nos informa de que queda muy poco tiempo. Dice que los sabuesos le pisan los talones. Quiere decir *nuestros* talones, claro.

Por sugerencia de Kurtz, Litvak se marchó a buscarle el cepillo de dientes. A solas con Becker, Kurtz lanzó un suspiro de alivio agradecido y, mucho más a gusto ahora, se fue hasta la carriola y escogió un pasaporte francés, lo abrió y examinó los detalles personales, consignándolos en su memoria.

—Eres el depositario de nuestro éxito, Gadi -comentó mientras leía-. Cualquier duda, cualquier cosa que necesites, házmelo saber. ¿Entendido?

Becker entendió.

–Los muchachos dicen que hacíais muy buena pareja allá en la Acrópolis. Parecíais dos estrellas de cine, según me han contado.

–Dales las gracias de mi parte.

Armado con un viejo y sobrecargado cepillo de pelo, Kurtz se plantó delante del espejo y procedió a hacerse la raya.

–Un caso como éste, con una chica en medio, lo dejo yo a la discreción del agente encargado -observó reflexivamente mientras se peinaba-. A veces hay que guardar distancias, y a veces... -Arrojó el cepillo a un cajón abierto.

–Aquí es mejor guardarlas -dijo Becker.

Se abrió la puerta. Litvak, vestido de calle y portando un maletín, estaba impaciente por la demora de su jefe.

–Se hace tarde -dijo, mirando a Becker con cara de pocos amigos.

Y, sin embargo, pese a toda la manipulación de que había sido objeto, Charlie, no se sentía forzada, o no al menos según Kurtz. Era un punto sobre el que Kurtz había puesto énfasis desde un principio. Una base duradera de moralidad, había decidido, era esencial para sus planes. Sí, es cierto que en las primeras fases se había hablado a la ligera de dominio, de presión, incluso de esclavitud sexual a un Apolo menos escrupuloso que Becker; de confinar a Charlie durante unas cuantas noches en circunstancias angustiosas antes de ofrecerle una mano amiga. Los sabihondos psicólogos de Gavron, tras haber leído el informe, expusieron toda clase de sugerencias, sin descartar algunas que podían calificarse de brutales. Pero hubo de ser la mente probadamente operativa de Kurtz la que ganó la partida contra el exaltado ejército de expertos de Jerusalén. Los voluntarios pelean más y más tiempo, había razonado él. Los voluntarios se bastan a sí mismos para convencerse. Y además, cuando uno le propone matrimonio a una dama, lo más juicioso es no violarla primero.

Otros, y entre ellos Litvak, habían votado a gritos por una chica israelí que pudiera ajustarse a los antecedentes de Charlie. Litvak, como hicieron otros, se opuso visceralmente a la idea de contar con la lealtad de los gentiles, y menos con una inglesa, para hacer algo. Kurtz había expresado su desacuerdo con la misma vehemencia. Le encantaba la naturalidad de Charlie y codiciaba el original, no la imitación. Los desvaríos ideológicos de la chica no le desanimaron en absoluto; cuanto más cerca estaba Charlie de ahogarse, decía Kurtz, mayor sería su alegría al subir a bordo.

Pero otra escuela de pensamiento -puesto que el equipo funcionaba democráticamente, si uno ignora la tiranía innata de Kurtz- había abogado por un cortejo más prolongado y gradual que se anticiparía al secuestro de Yanuka, para terminar con una sobria y franca oferta siguiendo las líneas clásicas del reclutamiento

en el servicio de espionaje. Una vez más, fue Kurtz quien estranguló la propuesta con su mismo cordón umbilical. Una chica con el temperamento de Charlie no se decidía a base de horas de reflexión, les gritó (y, en realidad, a Kurtz le pasaba otro tanto). ¡Es mejor abreviar! ¡Mejor investigar y prepararlo todo al detalle, y tomarla por asalto de una sola y vigorosa ofensiva! Becker, tras haber echado un vistazo a Charlie, estuvo de acuerdo: era mejor reclutar por impulsión.

Pero ¿y si dice que no?, exclamaron los demás, Gavron *el Tahúr* entre ellos. ¡Tantos preparativos para que luego nos deje plantados en el altar!

En ese caso, amigo Misha, dijo Kurtz, habremos desperdiciado un poco de tiempo, un poco de dinero, y unas cuantas plegarias. Sostuvo esa opinión contra viento y marea, aun cuando, en su círculo más íntimo -que comprendía a su esposa y de vez en cuando a Becker- confesaba que era la jugada más atrevida que había hecho nunca. Pero a saber si no se estaba haciendo la loca, pues él se había fijado en Charlie tan pronto ésta descolló en aquellas conferencias de fin de semana. Kurtz la había señalado, había tomado nota, le había dado vueltas y vueltas al asunto. Coge las herramientas, determina cuál es el trabajo e improvisa, solía decir Kurtz. La operación ha de ir acorde con los recursos.

Pero, Marty, ¿por qué traerla a Grecia? ¿Y esos que están con ella? ¿Es que de pronto somos la beneficencia para derrochar nuestros preciados fondos en unos actores ingleses izquierdistas y desarraigados?

Pero Kurtz se mostró inamovible. Exigió carta blanca desde el principio, aunque sabía que de allí en adelante no harían más que recortarle el presupuesto. Puesto que la odisea de Charlie debía empezar en Grecia, insistió, hagamos que la lleven a Grecia por adelantado; el hecho de sentirse extranjera y la propia magia de la situación harán que se separe más fácilmente de sus vínculos domésticos. Dejemos que el sol la ablande. Y ya que Alastair no la deja ni a sol ni a sombra, hagamos que venga él también... para quitarlo de en medio en el momento crítico, lo que la dejará a ella sin apoyo de ningún tipo. Y puesto que todo actor forma parte de una familia (y no se siente a salvo sin la protección del rebaño), y puesto que no hubo ningún otro método natural con el que inducir a la pareja a subir a bordo... Y así sucesivamente, un razonamiento tras otro, hasta que la única cosa lógica fue la ficción, y la ficción un tela de araña en donde todos cuantos se acercaban quedaban atrapados.

En cuanto a la eliminación de Alastair, aquel mismo día les proporcionó en Londres una divertida posdata a todos los planes que tenían hasta entonces. Todo ocurrió, precisamente, en los dominios del pobre Ned Quilley, mientras Charlie seguía durmiendo profundamente y Ned se regalaba con un pequeño refrigerio en la intimidad de su habitación a fin de fortalecerse para los rigores del almuerzo. Estaba justamente destapando la botella cuando oyó un sobresaltado torrente de

obscenidades, pronunciadas en un acento céltico de hombre, que parecían venir del piso de abajo, donde Mrs. Longmore tenía su cuchitril, y que terminaron con una exigencia: «Haga salir a ese cabrón de su escondrijo o voy a subir personalmente y sacarle a rastras.» Preguntándose a cuál de sus más erráticos clientes le había dado por tener un colapso nervioso, y precisamente antes de comer, Quilley se acercó de puntillas a la puerta y pegó la oreja. Pero no logró reconocer la voz. Un momento después se oyó un tronar de pisadas, la puerta se abrió de par en par y allí estaba la cimbreada figura de Long Al, al que conocía de ocasionales misiones de ataque al camerino de Charlie, donde Alastair tenía por costumbre pasar el rato con la ayuda de una botella mientras ella actuaba, en uno de sus prolijos accesos de holgazanería. Tenía una pinta asquerosa, llevaba barba de tres días, estaba completamente borracho. Quilley, en su mejor estilo pickwickiano, trató de preguntarle el significado de tanta indignación, pero bien podía haberse ahorrado la saliva. Por otra parte, es sus tiempos había pasado por escenas semejantes y la experiencia le había enseñado que lo mejor es decir lo mínimo posible.

–Eres un repugnante mariconazo -empezó Alastair con simpatía, blandiendo un tembloroso índice en las narices de Quilley-. Un tacaño, un mariquita y un intrigante. Te voy a partir esa cara de imbécil que tienes...

–Pero ¿por qué? -dijo Quilley-. Mi querido amigo...

–¡Voy a llamar a la policía, Mr. Ned! -exclamó Mrs. Longmore desde abajo-. ¡Ahora mismo marco el nueve-nueve-nueve!

–O se sienta enseguida y me explica el motivo de su visita -dijo Quilley con firmeza-, o Mrs. Longmore llamará a la policía.

–¡Estoy marcando el número! -clamó Mrs. Longmore, que ya lo había hecho otras veces.

Alastair se sentó.

–Muy bien -dijo Quilley, con toda la ferocidad de quien domina la situación-. ¿Le apetece un poco de café mientras me cuenta qué le he hecho para que se ofenda de esta manera?

La lista era larga: Que Quilley le había hecho una mala pasada. Que se había hecho pasar por representante de una compañía cinematográfica inexistente. Que había convencido a su agente para que le mandaran telegramas a Mykonos. Que había conspirado con unos amiguetes de Hollywood. Que había preparado los pasajes de avión, todo para hacerle hacer el papanatas delante de la pandilla. Y para que Charlie se librara de él.

Poco a poco, Quilley fue desentrañando la historia. Una productora de Hollywood denominada Pan Talent Celestial había telefoneado a su agente desde California diciendo que su protagonista había caído enfermo y que necesitaban a Alastair para unas pruebas de pantalla urgentes en Londres. Iban a pagar cuanto fuera necesario

para conseguir su asistencia, y al enterarse de que estaba en Grecia acordaron un cheque certificado por valor de mil dólares a entregar en el despacho del agente. Alastair regresó precipitadamente de sus vacaciones para encontrarse después con una mano sobre otra sin que llegara esa prueba de pantalla. «Estáte preparado», decían los telegramas. Todos por telegrama, fíjese bien. «Acuerdos pendientes.» Al noveno día, en un estado de demencia virtual, Alastair recibió instrucciones de presentarse en los Estudios Shepperton. Pregunte por un tal Pete Vyschinsky, Estudio D.

De Vyschinsky, ni rastro. De Pete, tampoco.

El agente de Alastair telefoneó a Hollywood. La operadora le informó que Pan Talent Celestial había cancelado su cuenta. El agente de Alastair llamó a otros agentes; nadie había oído hablar de la Pan Talent Celestial. El destino. Alastair era tan capaz de pensar como cualquiera y, pasados dos días de borrachera a expensas de lo que restaba de sus mil dólares, llegó a la conclusión de que la única persona con motivos y habilidad para jugársela así era Ned Quilley, conocido en el oficio como Quilley *el Desesperado*, quien jamás había disimulado que Alastair no le gustaba ni su convencimiento de que Alastair era esa mala influencia que había tras las estrafalarias ideas políticas de Charlie. De ahí que hubiera acudido personalmente a partirle la cara a Quilley. Tras varias tazas de café, sin embargo, empezó a afirmar su imperecedera admiración por Quilley, y éste le dijo a Mrs. Longmore que llamara un taxi.

Esa misma tarde, mientras los Quilley disfrutaban en su jardín de un último trago antes de cenar -habían invertido recientemente en unos cuantos muebles buenos de exterior, en hierro fundido, pero siguiendo los patrones Victorianos-, Marjory escuchó su historia sin decir nada y luego, para gran enfado de Ned, se echó a reír a carcajada.

–Qué chica más mala -dijo ella-. ¡Seguro que ha encontrado un amante rico para dejar al otro plantado!

Y entonces vio la cara de Quilley. Productoras americanas fantasmas. Números de teléfono que ya no contestan. Cineastas ilocalizables. Y todo ello con Charlie como centro. Y su Ned.

–No sabes lo peor -dijo Quilley, apesadumbrado.

–¿Qué es, cariño?

–Han robado todas sus cartas.

–¿Que han hecho *qué* ?

–Todas sus cartas autógrafas -dijo Quilley-. De los últimos cinco años o más. Sus gárrulas e íntimas cartas amorosas escritas cuando estaba de gira o a solas. Auténticas preciosidades. Retratos fidedignos de productores y miembros del reparto. Aquellos dibujitos encantadores que le gustaba hacer cuando estaba contenta. Se han llevado

todo lo que había en el archivo. Esos americanos espantosos que no bebían ni gota... Karman y su horrible compinche. A Mrs. Longmore por poco le da un patatús. Y Mrs. Ellis se puso enferma.

–Escríbeles una carta con mala leche -le aconsejó Marjory.

Pero ¿con qué propósito?, se preguntó Quilley, lastimeramente. Y ¿a qué dirección?

–Habla con Brian -le sugirió ella.

Sí, bueno, Brian era su abogado, pero ¿qué demonios iba a hacer Brian?

Quilley entró en la casa, se sirvió un buen trago y puso el televisor en marcha, sencillamente para aguantar las noticias de la tarde con las imágenes del último acto terrorista con bomba. Ambulancias y policías extranjeros llevándose a los heridos. Pero Quilley no estaba de humor para tan frívolas distracciones. No dejaba de repetirse a sí mismo: han *saqueado* el archivo de Charlie. De un *cliente* mío, mierda. En mi propia oficina. ¡Y el hijo del viejo Quilley, mientras tanto, durmiendo la siesta después de comer! Hacía años que no se sentía tan furioso.

8

Si soñó, no tuvo conocimiento de ello al despertar. O quizá fue que, como Adán, despertó y el sueño se había hecho realidad, porque la primera cosa que vio fue un vaso de zumo de naranja recién hecho junto a la cama, y la segunda a José yendo y viniendo resueltamente por la habitación, abriendo armarios y descorriendo las cortinas para que entrase el sol. Fingiendo estar dormida, Charlie le observó con los ojos semicerrados, igual que había hecho en la playa. El perfil de su espalda herida. La primera escarcha de la edad rozándole las sienes de cabello negro. Otra vez la camisa de seda con sus complementos dorados.

—¿Qué hora es? -preguntó Charlie.

—Las tres. -José dio un tirón a la cortina-. De la tarde. Ya has dormido bastante. Hemos de ponernos en camino.

Y una cadena de oro al cuello, pensó ella; con el medallón por dentro de la camisa.

—¿Qué tal va esa boca? -preguntó ella.

—Ay, me temo que no podré volver a cantar. -Se llegó hasta un viejo armario pintado y sacó un caftán azul que dejó sobre una silla. Ella no advirtió señales en su cara, solamente unas profundas ojeras de cansancio. Se habrá acostado tarde, pensó ella, acordándose de lo absorto que había estado con sus papeles; ha estado terminando los deberes.

—Charlie, ¿recuerdas lo que hablamos antes de que te acostaras esta madrugada? Cuando te levantes, me gustaría que te pusieras ese vestido y también la ropa interior nueva que encontrarás en esta caja. Prefiero que hoy vayas de azul y de pelo cepillado y suelto. Sin lazos.

—Trenzas.

Él hizo caso omiso de la enmienda.

—Esta ropa es un regalo que te hago, y es un placer para mí aconsejarte sobre cuál debe ser tu ropa y tu aspecto. Incorpórate, por favor. Echa un buen vistazo a la habitación.

Ella estaba desnuda. Subiéndose la sábana hasta la garganta, se incorporó con cautela. Una semana atrás, en la playa, le habría dejado estudiar su anatomía a su entera satisfacción. Pero de eso hacía una semana.

—Memoriza todo lo que veas. Somos amantes secretos y hemos pasado la noche en este cuarto. Pasó tal como pasó. Nos reunimos en Atenas, vinimos a esta casa y la encontramos vacía. Ni Marty ni Mike, sólo nosotros dos.

—Entonces, ¿quién eres tú?

—El coche lo aparcamos donde lo aparcamos. La luz del porche estaba encendida cuando llegamos. Yo abrí la puerta principal y subimos la escalera corriendo, cogidos

de la mano.

–¿Qué hay de mi equipaje?

–Dos bultos: mi maletín y tu bolso. Yo llevaba ambas cosas.

–¿Y cómo me cogiste de la mano?

Ella creyó anticipársele, pero a él le satisfizo su precisión.

–El bolso con la correa rota lo llevaba yo bajo el brazo derecho, y la cartera en la mano derecha. Yo iba a tu derecha, tenía la mano izquierda libre. Encontramos la habitación tal como está ahora, con todo a punto. Apenas hubimos cruzado el umbral cuando nos abrazamos. No podíamos reprimir un segundo más nuestro deseo.

Un par de zancadas y él estaba junto a la cama, rebuscando entre la maraña de sábanas hasta que dio con su blusa, que sostuvo en alto para que ella la viera. Tenía todos los ojales rasgados y le faltaban dos botones.

–El frenesí -explicó él como si frenesí fuera un día de la semana-, ¿Se dice así?

–Es una posibilidad.

–Bueno, pues frenesí.

Dejó la blusa a un lado y se permitió una escueta sonrisa.

–¿Quieres café?

–Me vendría de perlas.

–¿Pan, yogurt, aceitunas?

–Café está bien. –Él había llegado a la puerta cuando ella le llamó-: José, lo siento por las bofetadas. Deberías haber lanzado una de esas contraofensivas israelíes y dejarme fuera de combate antes de que pudiese pegarte.

La puerta se cerró y ella le oyó alejarse a grandes pasos por el pasillo. Se preguntó si iba a regresar. Sintiendo como pez fuera del agua, Charlie saltó cautelosamente de la cama. Esto es como la pantomima, pensó: *Ricitos de oro* en la cueva del oso. Las pruebas de su juerga imaginaria estaban por todas partes: una botella de vodka, llena en sus dos terceras partes y flotando en un cubo de hielo dos vasos, usados; una fuente con fruta; dos platos con mondaduras de manzana y pepitas de uva; el blazer rojo colgado de una silla; la elegante cartera negra de piel con bolsillos a los lados, que formaba parte del equipo de todo ejecutivo prometedor. Colgado de la puerta, un quimono estilo luchador de kárate, Hermès de París, también de él, en seda negra. En el cuarto de baño, su bolsita de compresas de colegiala haciéndole compañía a su neceser de piel de becerro. Había dos toallas para escoger; utilizó la seca. El caftán azul, una vez examinado, resultó ser bastante bonito, de algodón grueso con un pacato escote alto y el papel de seda de la tienda todavía dentro: Zelide, Roma y Londres. La ropa interior era como la de las furcias de categoría; en negro y de su talla. En el suelo, un flamante bolso de piel y unas elegantes sandalias de tacón plano. Se probó una. Le iba bien. Se vistió y estaba cepillándose el pelo cuando José regresó a la habitación con el café y una bandeja.

Podía ser torpe pero también tan ligero que parecía que habían extraviado la banda sonora. Era una persona con una gran dosis de sigilo.

–Estás soberbia -observó, dejando la bandeja sobre la mesa.

–¿Soberbia?

–Preciosa. Fascinante. Radiante. ¿Has visto las orquídeas?

No, pero las vio ahora y el corazón le dio un vuelco como le había pasado en la Acrópolis: era un ramito de flores doradas y bermejas con un sobrecito blanco apoyado en el florero. Terminó, a propósito, de peinarse y luego cogió el sobrecito y se lo llevó al diván, donde se sentó. José permaneció de pie. Charlie levantó la tapa y extrajo una sencilla tarjeta con las palabras «Te quiero», escritas en letra inclinada muy poco inglesa y por firma, una «M» familiar.

–Bueno, ¿qué te recuerda?

–Sabes muy bien qué me recuerda -le espetó ella cuando, demasiado tarde, su memoria asoció también las dos cosas.

–A ver. Di.

–Nottingham, el teatro Barrie. York, el Phoenix. Stratford East, el Cockpit. Y tú, agazapado en primera fila lanzándome miradas intimidatorias.

–¿La misma letra?

–La misma letra, el mismo mensaje, las mismas flores.

–Tú me conoces por Michel, M de Michel. -Tras abrir la elegante cartera negra, él empezó a meter rápidamente sus cosas-. Soy lo que siempre has deseado -dijo, sin siquiera mirarla- Para hacer este trabajo, no sólo debes recordarlo, también has de creerlo, sentirlo y soñarlo. Estamos construyendo una nueva y mejor realidad.

Ella dejó a un lado la tarjeta y se sirvió café, demorándose todo lo posible en contraste con las prisas de él.

–¿Quién dice que es la mejor? -preguntó ella.

–Pasaste las vacaciones con Alastair en Mykonos, pero en el fondo de tu alma estabas desesperada pensando en mi, en Michel. -Entró a toda prisa en el baño y regresó con su neceser de lona-. No José, sino Michel. Terminadas las vacaciones, corríste a Atenas. En el barco les dijiste a tus amigos que querías estar sola unos días. Mentira. Tenías una cita con Michel. No con José, sino con Michel. -Echó el neceser en el maletín-. Fuiste al restaurante en taxi, te encontraste allí conmigo. Con Michel. Camisa de seda. Reloj de oro. Pedimos langosta y todo lo demás. Traje unos folletos para que los vieras. Comimos lo que comimos, charlamos animadamente de naderías a la manera de los amantes cuando van a escondidas. -Descolgó el quimono negro de la puerta-. Di una buena propina y me guardé la cuenta; luego te llevé a la Acrópolis, un viaje prohibido, único. Un taxi especial, el mío, estaba aguardando. Me dirigí al conductor llamándole Dimitri...

Charlie le interrumpió:

–Así que sólo me llevaste a la Acrópolis por eso -dijo rotundamente.

–No fui yo quien te llevó. Fue Michel. Michel está orgulloso de saber idiomas y de su habilidad como negociador. Le encantan las fiorituras, los gestos románticos, los saltos bruscos. Michel es tu hechicero.

–No me gustan los hechiceros.

–Tiene asimismo un genuino aunque superficial interés por la arqueología, como pudiste observar.

–¿Quién me besó, entonces?

Doblando con cuidado el quimono, lo depositó en el maletín. Era el primer hombre que ella conocía capaz de hacer el equipaje.

–La razón más práctica de que él te llevara a la Acrópolis fue permitirle entregar discretamente el Mercedes, que por motivos que le eran propios no deseaba llevar al centro de la ciudad en plena hora punta. Tú no te cuestionas el Mercedes; lo aceptas como parte del hechizo de estar conmigo, igual que aceptas un cierto aire de clandestinidad en todo lo que hacemos. Lo aceptas todo. Date prisa, por favor. Tenemos muchos kilómetros que hacer y mucho que hablar.

–¿Y tú? -dijo ella-. ¿Tú también estás enamorado de mí o es todo un juego?

Esperando una respuesta de él, se lo imaginó haciéndose a un lado para dejar que el dardo pasara inofensivamente de largo hacia la sombría figura de Michel.

–Tú quieres a Michel y crees que él te ama.

–¿Pero tengo razón?

–Él dice que te quiere, te da pruebas de ello. ¿Qué más puede hacer uno para convencerte, ya que no puedes vivir dentro de su cabeza?

Se había puesto otra vez a recorrer la habitación, comprobándolo todo. Se detuvo entonces frente a la tarjeta que venía con las orquídeas.

–¿De quién es la casa? -preguntó ella.

–Nunca respondo a estas preguntas. Mi vida es un enigma para ti. Así lo ha sido desde que nos conocimos y así quiero que siga siendo. -Cogió la tarjeta y se la entregó-, Guárdala en tu bolso nuevo. De ahora en adelante espero que aprecies estos recuerdos míos. ¿Ves esto? -Había sacado del cubo la botella de vodka-. Como soy hombre, bebo normalmente más que tú. No se me da bien la bebida; el alcohol me produce dolor de cabeza, y de vez en cuando vomito. Pero me gusta el vodka. -Dejó nuevamente la botella en el cubo-. En cuanto a ti, tomas una copa porque soy hombre tolerante, pero en general no apruebo que las mujeres beban. -Cogió un plato sucio y se lo mostró-. Soy muy goloso; me gusta el chocolate, los dulces y la fruta. Sobre todo la fruta. Uva, pero ha de ser verde como la uva de mi pueblo natal. Vamos a ver, ¿qué comió Charlie anoche?

–Yo no como nada, en estos casos. Sólo fumo un pitillo poscoitum.

–Me temo que yo no dejo fumar en el dormitorio. En el restaurante de Atenas te

lo toleré por cortesía. Incluso en el Mercedes, por ser tú. Pero en el dormitorio nunca. Si tuviste sed por la noche, bebiste agua del grifo. -Empezó a ponerse el blazer rojo-. ¿Te fijaste en que el grifo goteaba?

-No.

-Entonces es que no goteaba. A veces gotea y a veces no.

-Él es árabe, ¿verdad? -dijo ella sin dejar de mirarle-. Vuestro arquetipo de árabe chovinista. El coche que has birlado es suyo.

José estaba cerrando el maletín. Al enderezarse, miró un instante a Charlie; una mirada en parte calculadora y en parte de rechazo, como ella no pudo dejar de notar.

-Oh, yo diría que es más que un simple árabe. Más que un chovinista. Él no es nada corriente, y menos aún a tus ojos. Da la vuelta a la cama, por favor. -Esperó, mirándola absorto, a que ella lo hiciera-. Busca debajo de mi almohada. Despacio... ¡cuidado! Yo duermo siempre en el lado derecho. Así.

Cautamente, como le ordenaban, Charlie deslizó una mano bajo la fría almohada, imaginándose el peso de la cabeza de un José durmiente apoyada en ella.

-¿La has encontrado? He dicho que vayas con cuidado.

Sí, José, la había encontrado.

-Cuidado al levantarla. El seguro no está puesto. Michel no tiene costumbre de avisar antes de disparar. El arma es como un hijo para nosotros. Comparte todas las camas en que dormimos. Lo llamamos «nuestro hijo». Incluso en el momento álgido del amor, jamás tocamos esa almohada ni olvidamos lo que tiene debajo. Así vivimos. ¿Ves ahora por qué no soy una persona corriente?

Charlie se quedó contemplando la pistola posada en la palma de su mano. Pequeña. Marrón. De bonitas proporciones.

-¿Alguna vez has manejado un arma como ésta? -preguntó José.

-A menudo.

-¿Dónde? ¿Contra quién?

-En el escenario. Una noche y otra y otra.

Charlie le entregó el arma y vio cómo él se la guardaba en el blazer con la soltura de quien se guarda la cartera.

Le siguió al piso de abajo. La casa estaba desierta e inesperadamente fría. El Mercedes seguía aparcado en el patio frontal. Al principio ella sólo quería marcharse: irse a donde fuese, huir, la carretera y nosotros. La pistola la había asustado y sentía necesidad de moverse. Pero cuando el coche empezó a andar, algo le hizo volver la cabeza para mirar la amarillenta escayola, las flores rojas, las ventanas con las persianas bajadas y las viejas tejas rojas. Fue entonces, demasiado tarde, cuando reparó en lo bonito que era todo y cuán acogedor, justamente ahora que se iba. Es la casa de mi juventud, se dijo; una de las muchas juventudes que nunca he tenido. La casa de la que nunca salí vestida de novia; una Charlie de blanco, no de azul, con mi

condenada madre llorando a moco tendido y adiós a todo eso.

–¿Existimos también nosotros? -preguntó ella mientras se incorporaban al tráfico de la tarde-. ¿O sólo representamos el papel de los otros dos?

Otra de sus pausas de tres minutos antes de que respondiera:

–Naturalmente que existimos. ¿Por qué no? -Y esbozó aquella encantadora sonrisa, la sonrisa por la que ella habría puesto la mano en el fuego-. Somos berkeleyanos, entiendes. Si no existimos nosotros, ¿cómo van a existir ellos?

¿Qué es eso de berkeleyano?, se preguntó ella. Pero su soberbia le impedía preguntarlo.

Durante veinte minutos según el reloj de cuarzo del salpicadero, José apenas había abierto la boca. Aun así, ella no le veía nada relajado; más bien parecía estar preparándose para un ataque metódico.

–Bueno, Charlie -dijo él de pronto-. ¿Estás lista?

–Lo estoy.

–Un veintiséis de junio, viernes, estás representando *Santa Juana* en el teatro Barrie, en Nottingham. No estás con tu compañía habitual; te has incorporado en el último momento para sustituir a una actriz que incumplió su contrato. El decorado llega con retraso, los focos aún están de camino, has estado ensayando todo el día y dos miembros del grupo están enfermos de gripe. ¿Tus recuerdos son claros hasta ahora?

–Vivísimos.

Desconfiando de su frivolidad, José le lanzó una inquisitiva mirada, pero aparentemente no encontró nada que objetar. Atardecía. El crepúsculo se cernía a ojos vista, pero José estaba concentrado con la misma inmediatez de la luz solar. Está en su elemento, pensó ella; es lo que mejor se le da en la vida; la explicación que hasta ahora se le ocultaba es este despiadado ímpetu que le mueve.

–Minutos antes de subir el telón, te entregan un ramo de orquídeas en la puerta del escenario junto con una nota dirigida a Juana: «Para Juana, con mi ilimitado amor.»

–De puerta de escenario, nada.

–En la parte de atrás hay una entrada para el atrezzo. Tu admirador, sea quien sea, tocó el timbre y dejó las orquídeas en manos del conserje, un tal Mr. Lemon, junto con un billete de cinco libras. Como era de esperar, Mr. Lemon quedó gratamente impresionado ante la generosa propina y prometió llevártelas de inmediato... ¿lo hizo?

–La especialidad de Lemon es colarse en los camerinos de las señoras sin avisar.

–Bien. Dime ahora qué hiciste al recibir las orquídeas.

Ella dudó:

–La firma ponía «M».

–Correcto. ¿Tú que hiciste?

–Nada.

–Tonterías.

Charlie se enfadó:

–¿Qué querías que hiciera? Me quedaban diez segundos para salir a escena.

Un camión cargado de basura se acercaba a ellos invadiendo su carril. Con majestuosa despreocupación José dirigió el Mercedes hacia el arcén y aceleró para salir del resbaladero.

–Conque tiraste treinta libras de orquídeas a la papelera, te encogiste de hombros y saliste a escena. Perfecto. Te felicito.

–Las puse en agua.

–Y el agua ¿dónde la pusiste?

La inesperada pregunta la hizo afinar su memoria.

–Era un jarrón decorado. En el Barrie funciona una escuela de bellas artes por las mañanas.

–Buscaste un jarrón, lo llenaste de agua, metiste las orquídeas en el agua. Bien. ¿Y qué sentiste mientras lo hacías? ¿Estabas impresionada, excitada quizá?

Su pregunta la pilló desprevenida.

–Seguí adelante con la función -dijo, y se sonrió sin querer-. Esperaba ver quién era mi admirador.

Se habían parado ante un semáforo. La quietud acrecentó su intimidad.

–¿Y ese «ilimitado amor»? -preguntó él.

–En eso consiste el teatro, ¿no? Todos amamos a alguien alguna vez. De todos modos, me gustó eso de «ilimitado». Demostraba que tenía clase.

Luz verde y de nuevo en camino.

–¿No se te ocurrió mirar al público para ver si reconocías a alguien?

–No había tiempo.

–¿Y en el descanso?

–En el descanso sí me asomé, pero no vi a nadie conocido.

–¿Y qué hiciste al terminar la función?

–Volver a mi camerino, cambiarme, estar un rato por allí. Luego pensé qué diablos, y me fui a casa.

–Querrás decir al hotel Astral Commercial, cerca de la estación de ferrocarril.

Ella había perdido ya la capacidad de sorprenderse ante sus palabras.

–Sí, el hotel Astral Commercial and Private -concedió-. Cerca de la estación.

–¿Y las orquídeas?

–Me las llevé al hotel.

–Sin embargo, a Mr. Lemon no le pediste una descripción de la persona que las

había traído-...

–Lo hice al día siguiente, sí. Pero no aquella noche.

–¿Y qué respuesta te dio Lemon cuando te decidiste a preguntar?

–Dijo que era un caballero extranjero pero respetable. Le pregunté qué edad tendría; él me miró con malicia y dijo que la adecuada. Traté de imaginarme un «M» extranjero pero no lo conseguí.

–¿En toda tu colección de animales salvajes no había ni un solo «M» extranjero? Me decepcionas.

–Ni uno solo.

Ambos sonrieron brevemente, pero para sí mismos.

–Bueno, Charlie. Veamos ahora el segundo día, matiné de sábado seguida de la función de noche, como de costumbre...

–Vaya hombre, y allí estabas tú, ¿no? En mitad de la primera fila, con tu precioso blazer rojo, rodeado de colegas insoportables que no paraban de toser y de pedir por el lavabo.

Irritado por su frivolidad, José se dedicó un buen rato a mirar la carretera, y cuando reanudó el interrogatorio, su acentuada seriedad le hacía fruncir el ceño como un maestro de escuela.

–Charlie, quiero que me describas exactamente tus sentimientos, por favor. Primera hora de la tarde, la sala está bañada de luz debido a la mala calidad de las cortinas; se diría que en lugar de un teatro aquello parece un aula de colegio grande. Yo estoy en la primera fila; mi aspecto es claramente extranjero, y también mi actitud, por así decir; así como mi ropa; se me distingue perfectamente entre los niños. Tú cuentas con la descripción que te dio Lemon, y es más, yo no te quito ojo de encima. ¿En ningún momento sospechas que soy yo quien te ha mandado las orquídeas, el desconocido que firma «M» y que asegura amarte ilimitadamente?

–Pues claro que lo sabía.

–¿Cómo? ¿Se lo preguntaste a Lemon?

–No fue necesario. Lo sabía y basta. Te vi allí, soñando despierto conmigo, y pensé, mira ése, quién demonios es. Y luego, al final de la función de la tarde, cuando cayó el telón, te quedaste en tu butaca porque habías sacado entrada para la función de la noche...

–¿Cómo lo supiste? ¿Quién te lo dijo?

Conque tú también eres de éstos, pensó ella, añadiendo a su álbum de José otro dato denodadamente conquistado: cuando consigue lo que quiere, se vuelve macho y suspicaz.

–Tú mismo lo has dicho. Es una compañía pequeña en un teatrillo de provincias. No nos traen muchas orquídeas (el promedio es un ramo cada diez años), y tampoco hay muchos parroquianos que se queden a ver la obra dos veces. -No pudo resistirse a

preguntar-: ¿Tan aburrido era, José, el espectáculo? Porque dos veces seguidas... ¿O de vez en cuando te lo pasaste bien?

–Fue el día más monótono de mi vida -replicó él sin dudarlo dos veces. Y luego su rígida cara se recompuso en la mejor de sus sonrisas, de modo que, por un momento, dio realmente la impresión de haber escapado por entre los barrotes tras los cuales parecía estar recluido-. No; en realidad, creo que estuviste soberbia.

Esta vez no puso reparos al adjetivo.

–¿Por qué no estrellas el coche ahora mismo? ¡Quiero morir aquí!

Y antes de que José pudiera evitarlo, ella le había agarrado la mano para darle un fuerte beso en el nudillo del dedo pulgar.

La carretera era recta pero llena de baches; a ambos lados, el polvo de una fábrica de cemento cubría las colinas y los árboles. Viajaban dentro de su propia cápsula, donde la proximidad de otros objetos en movimiento redoblaba la intimidad de su mundo privado. Ella no dejaba de pensar en él y en su historia. Era la novia de un soldado y estaba aprendiendo a ser soldado.

–Dime, por favor. Aparte de las orquídeas, ¿recibiste algún otro regalo mientras estuviste en el Barrie?

–El paquete -dijo ella con un escalofrío, sin molestarse siquiera en fingir que reflexionaba sobre la pregunta.

–¿Qué paquete?

Ella se esperaba la pregunta y estaba ya representando abiertamente su aversión por él, creyendo que eso era lo que José quería.

–Una especie de pequeña trastada. Un tipo me mandó un paquete al teatro. Por correo certificado.

–¿Cuándo fue eso?

–El sábado. El mismo día que viniste a la matiné y te quedaste.

–¿Y qué había en el paquete?

–Nada. Era un estuche para joyas, vacío. Certificado y vacío.

–¿Qué raro. ¿Y la etiqueta? ¿Miraste la etiqueta del paquete?

–Estaba escrita con bolígrafo azul. En mayúsculas.

–Pero si era certificado, seguro que había remite.

–Ilegible. Algo así como Marden. O tal vez Hordern. Un hotel de la ciudad.

–¿Dónde abriste el paquete?

–En mi camerino, entre una función y otra.

–¿A solas?

–Sí.

–¿Y qué pensaste al verlo?

–Creí que alguien me la quería jugar debido a mis ideas políticas. Ha pasado otras

veces, sabes. Cartas asquerosas. «Follanegros.» «Rojilla, pacifista.» Una vez me tiraron una bomba fétida por la ventana del camerino. Son ellos, pensé.

–¿No se te ocurrió asociar el estuche vacío con las orquídeas?

–¡Me gustaron mucho las orquídeas, José! ¡Me gustabas tú!

Él había parado el coche en una especie de aparcamiento en mitad de un parque industrial. Los camiones pasaban con estrépito. Hubo un momento en que Charlie pensó que iba a ponerlo todo patas arriba y poseerla allí mismo, tan paradójica y caprichosa era la tensión que experimentaba. Pero José no lo hizo. Sí, en cambio, metió la mano en la guantera y le entregó un sobre certificado y acolchado y sellado con lacre y con algo duro en su interior, réplica del sobre que ella había recibido aquel día. Matasellos de Nottingham, 25 de junio. En el anverso, el nombre de Charlie y la dirección del teatro Barrie escritos con bolígrafo azul. En el reverso, el mismo garabato del remitente.

–Vamos ahora con la ficción -anunció calmamente José mientras ella examinaba el sobre-: A la vieja realidad le imponemos una nueva ficción.

Demasiado próxima a él para confiar en sí misma, Charlie no dijo nada.

–Ha sido un día muy agitado, como lo fue aquél. Estás en tu camerino entre una función y otra. El paquete, aún por abrir, te espera. ¿Cuánto tiempo tienes antes de volver a escena?

–Diez minutos. Puede que menos.

–Muy bien. Ahora abre el sobre.

Charlie le miró a hurtadillas pero él seguía con la vista fija en el horizonte enemigo que tenía en frente. Ella bajó la vista al sobre, volvió a mirarle, metió un dedo bajo la cubierta y lo abrió. El mismo estuche de color rojo, pero más pesado. Un sobrecito blanco, sin cerrar, dentro una sencilla tarjeta. «Para Juana, espíritu de mi libertad -leyó-. Eres fantástica. ¡Te quiero!» La caligrafía, inconfundible. Pero en vez de una «M», la firma «Michel», escrita en grande y con la ele final convertida en una cola para subrayar la importancia del nombre. Charlie sacudió la cajita y notó un agradable y estimulante ruido sordo que venía del interior.

–Mi dentadura -dijo en plan de broma, pero no le sirvió para destruir la tensión que sentía (o que sentían los dos)-. ¿La abro? ¿Qué es?

–¿Cómo voy a saberlo? Haz lo que habrías hecho.

Levantó la tapa de la caja. Una gruesa pulsera de oro, montada con piedras azules, descansaba sobre el relleno de raso.

–Madre mía -musitó Charlie, y cerró la caja de golpe-, ¿Qué he de hacer para ganármelo?

–Muy bien, ésa es tu primera reacción -dijo inmediatamente José-. Echas un vistazo, mascullas una exclamación y cierras la tapa. Recuérdalo. Con exactitud. Ésa fue, y será de ahora en adelante, tu reacción.

Charlie abrió de nuevo la caja, extrajo con cuidado la pulsera y la sopesó en la palma de la mano. Pero, aparte de las piedras falsas que llevaba a veces en escena, no sabía nada de alhajas.

–¿Es auténtica? -preguntó.

–Por desgracia no hay expertos presentes que puedan darte su parecer. Decide tú misma.

–Es antigua -pronunció ella al fin.

–Bien; decides que es antigua.

–Y pesa.

–Es antigua y pesa. No sale de ningún paquete sorpresa de esos de Navidad, sino que es un artículo de joyería con todas las de la ley. ¿Qué haces luego?

La impaciencia de él los distanció: ella tan pensativa y turbada, él tan práctico. Charlie examinó los ajustes y las marcas de contraste, pero tampoco entendía nada de marcas. Arañó ligeramente el metal con una uña. Le pareció blando y resbaladizo al tacto.

–Tienes muy poco tiempo, Charlie. Has de volver a escena dentro de un minuto y treinta segundos. ¿Qué haces? ¿Dejas la pulsera en el camerino?

–No, por Dios.

–Te están llamando. Vamos, Charlie. Debes tomar una decisión.

–¡Deja de meterme prisa! Se la doy a Millie para que se cuide de ella. Millie es mi sustitua. Hace de apuntadora.

La sugerencia no le gusta nada a él.

–No te fías de ella.

Charlie estaba al borde de la desesperación:

–La meto en el váter, detrás de la cisterna -dijo.

–Demasiado evidente.

–En la papelera. Tapada.

–Podría venir alguien y vaciarla. Piensa.

–Oye, José, no me fastidies... ¡La meto detrás de las pinturas! Eso es. Encima de un estante. Hace años que nadie les quita el polvo.

–Excelente. La dejas en un estante detrás de las pinturas, corres a ocupar tu puesto. Llegas tarde. Charlie, Charlie, ¿dónde te habías metido? Se alza el telón. ¿Sí?

–Exacto -dijo ella, y suspiró largamente.

–¿Qué piensas? Ahora mismo. De la pulsera, de quien te la regala...

–Bueno, pues estoy pasmada, ¿no?

–¿Por qué habrías de estar pasmada?

–Es que no puedo aceptarla, verás, es mucho dinero. Es muy valiosa.

–Pero si ya la has aceptado... Aceptas el paquete certificado y luego escondes la pulsera.

–Sólo hasta que termine la función.

–Y después ¿qué?

–Pues, la devuelvo.

José, tras relajarse un poco, lanzó también un suspiro de alivio, como si ella, por fin, hubiera demostrado sus teorías.

–¿Y cómo te sientes, entretanto?

–Asombrada. Hecha polvo. ¿Cómo quieres que me sienta?

–Está a unos metros de ti. Te mira apasionadamente. Va a asistir a tu tercera actuación consecutiva. Te ha mandado orquídeas y joyas, te ha dicho por dos veces que te ama. Una normalmente, otra ilimitadamente. Es guapo. Mucho más guapo que yo.

Llevada por su irritación, Charlie pasó momentáneamente por alto la reafirmación de su autoridad mientras José le describía a su pretendiente.

–Y yo represento mi papel con toda mi alma -dijo ella, sintiéndose acorralada a la vez que estúpida-. Pero eso no significa que él haya ganado la partida -le espetó.

Con cuidado, como si tratara de no trastornarla, José puso de nuevo el coche en marcha. La luz se había extinguido, la circulación se había reducido a una intermitente hilera de vehículos rezagados. Estaban bordeando el golfo de Corinto. Surcando un agua plomiza, una serie de gastados petroleros se dirigían hacia el oeste como atraídos magnéticamente por el fulgor de un sol desvanecido. Encima de ellos tomaba forma en el crepúsculo una cadena montañosa. La carretera se bifurcaba y empezaron una larga ascensión, curva tras curva, hacia un cielo que se vaciaba.

–¿Recuerdas cómo te aplaudí? -dijo José-. ¿Recuerdas cómo me puse en pie mientras se sucedían tus salidas para recibir la ovación?

Sí, claro que se acordaba. Pero no se fiaba de lo que pudiera pasar si lo decía.

–Pues bien, recuerda también la pulsera.

Eso hizo ella. Un esfuerzo de imaginación dedicado a él... un regalo para su guapo y desconocido benefactor. Terminado el epílogo de la obra, Charlie acudió a sus salidas, y en cuanto estuvo libre corrió a su camerino, recuperó la pulsera, se quitó el maquillaje en un tiempo récord y se vistió pensando en ir a verle enseguida.

Pero el haber consentido hasta ahora en la versión que José daba de los hechos no impidió que de repente Charlie se echara atrás, cuando un tardío sentimiento de las convenciones vino en su defensa.

–Oye, un momento, espera: ¿y por qué no viene él? Es él el que ha tomado la iniciativa. ¿Por qué no me quedo en mi camerino y espero a que se presente, en vez de salir yo a buscarlo?

–A lo mejor no se atreve. Te tiene un temor reverencial. Podría ser, ¿no? Le has dejado fuera de combate.

–Bien, ¿y por qué no me quedo a ver qué pasa? Sólo un rato.

–¿Qué es lo que intentas, Charlie? Dime, por favor, ¿qué es lo que tienes pensado decirle?

–Pues esto: «Ten, te lo devuelvo, no puedo aceptar la pulsera» -replicó ella virtuosamente.

–Muy bien. Entonces ¿te arriesgarás realmente a que se escabulla en la noche para no volver más, dejándote con ese valioso regalo que tú sinceramente no quieres aceptar?

De mal talante, Charlie accedió a ir a buscarle.

–Pero ¿cómo? ¿Dónde le buscarás? ¿Dónde mirarás primero? -dijo José.

La carretera estaba desierta, pero él conducía despacio a fin de que el presente se inmiscuyera lo menos posible en el pasado reconstruido.

–Iría por la parte de atrás -dijo ella antes de pensarlo seriamente-. Saldría a la calle por la entrada posterior y daría la vuelta para ir al vestíbulo del teatro. Así le alcanzaría al salir a la acera.

–¿Por qué no por dentro del teatro?

–Tendría que abrirme paso entre el tropel de gente, por eso. Él se habría ido antes de que yo llegara.

José reflexionó un momento y dijo:

–Entonces te hará falta tu impermeable.

Una vez más, tenía razón. Ella había olvidado que aquella noche en Nottingham llovió un chaparrón tras otro. Empezó de nuevo. Tras cambiarse a toda velocidad, se puso su impermeable nuevo -uno francés, largo, comprado en las rebajas de Liberty's-, se abrochó el cinturón, salió a toda prisa a la fecunda lluvia, calle abajo, y dobló la esquina delante del teatro...

–Pero te encuentras a la mitad del público refugiado bajo la marquesina esperando a que despeje -le interrumpió José-. ¿Por qué sonríes?

–Necesito mi foulard amarillo para la cabeza. ¿Te acuerdas? Ese de Jaeger que me dieron cuando hice el anuncio para televisión.

–Así pues, notamos también que pese a las prisas por librarte de él no te olvidas del pañuelo amarillo. Bien. Con su impermeable y su pañuelo en la cabeza, Charlie corre bajo la lluvia en busca de su rendido adorador. Llega al vestíbulo atestado... ¿quizá gritando «Michel, Michel»? ¿Sí? Fantástico. Sus llamadas, sin embargo, son en vano. Michel no está. ¿Qué haces entonces?

–¿Esto lo has *escrito* tú, José?

–Da lo mismo.

–¿Vuelvo a mi camerino?

–¿No se te ocurre mirar en la sala?

–Vale, sí; se me ocurre.

–¿Por dónde entras?

–Por el patio de butacas. Es donde estabas sentado.

–Yo no: Michel. Vas por la entrada al patio de butacas, empujas la puerta. ¡Hurra!, la puerta cede. Mr. Lemon no la ha cerrado aún. Entras en la sala desierta y caminas lentamente por el pasillo.

–Y allí está él -dijo ella quedamente-. Jo, menuda cursilada.

–Pero funciona.

–Vaya, o sea que funciona.

–Porque él sigue ahí, en el mismo asiento, en mitad de la primera fila. Con la mirada fija en el telón como si contemplándolo pudiera hacer que se alzara de nuevo y que apareciese su Juana de Arco, el espíritu de su libertad, a quien ama ilimitadamente.

–El argumento es malísimo -murmuró Charlie, pero él no le hizo caso.

–La misma butaca en que ha estado sentado durante las últimas siete horas.

Quiero irme a casa, pensó ella. Dormir sola durante varias horas en el Astral Commercial. ¿A cuántos destinos puede una enfrentarse en un solo día? Ella ya no podía dejar de notar aquel tono de seguridad en las palabras de él, aquel acercamiento progresivo, a medida que le describía a su nuevo admirador.

–Primero dudas y luego exclamas su nombre: «¡Michel!» Para ti no es más que un nombre. Él se vuelve a mirarte pero no se mueve. Ni siquiera sonrío o saluda, ni siquiera demuestra su notable atractivo.

–Entonces ¿qué hace, el muy presumido?

–Nada. Te mira con sus profundos y apasionados ojos, retándote a que hables. Puedes pensar que es arrogante, que es romántico, pero no tiene nada de corriente y, desde luego, no es tímido ni dado a pedir disculpas. Ha venido para reclamarte. Es joven, cosmopolita, elegante. Un hombre de acción y adinerado, de maneras desenvueltas. Bien. -Pasó a la primera persona-: Tú te acercas andando por el pasillo. Ya te has dado cuenta de que las cosas no van como tú esperabas. Al parecer, eres tú y no yo quien debe dar las explicaciones. Sacas la pulsera del bolsillo. Me la ofreces. Yo no hago ningún movimiento. Como es lógico, estás empapada.

La carretera les conducía monte arriba zigzagueando. La voz de él, autoritaria y acoplada al hipnotizante ritmo de las sucesivas curvas, la forzaba cada vez más a meterse en el laberinto de la historia que él le inventaba.

–Tú dices algo. ¿Qué dices? -Al no obtener respuesta, José le proporcionó la suya propia-. «No te conozco. Pero gracias, Michel, esto me halaga mucho. Pero no puedo aceptar este regalo porque no te conozco.» ¿Le dirías algo así? Sí, claro. Aunque seguramente lo harías mucho mejor.

Ella apenas le oyó. Ahora se hallaba en la sala delante de él, sosteniendo la caja que le ofrecía, mirando sus ojos oscuros. Y con mis botas nuevas, pensó; las altas de

color marrón que me compré por Navidad. Las lluvias las están echando a perder, pero qué importa.

José seguía con su cuento de hadas:

–Pero yo no digo nada. Tu experiencia teatral te dice que no hay como el silencio para establecer la comunicación. Si el miserable se niega a hablar, ¿qué puedes hacer tú? Te ves obligada a hablar otra vez. Cuéntame lo que le dices ahora.

Una inusitada timidez forcejeaba con su hirviente imaginación.

–Le pregunto quién es...

–Me llamo Michel.

–Ese trozo me lo sé. Michel ¿qué más?

–No hay respuesta.

–Te pregunto qué haces en Nottingham.

–Enamorarme de ti. Sigue.

–Joder...

–¡Sigue!

–¡Él no me hablaría así!

–¡Pues díselo!

–Intento razonar con él, suplicarle.

–Veamos cómo lo haces... ¡Está esperando, Charlie! ¡Háblale!

–Pues le diría...

–¿Qué?

–Mira, Michel... has sido muy amable... tu regalo me halaga mucho. Pero lo siento... es demasiado para mí.

José estaba decepcionado.

–Has de hacerlo mucho mejor, Charlie -la reprendió con austeridad-. Él es árabe, aunque todavía no lo sepas, tal vez lo sospechas, le estás rechazando un regalo. Prueba otra vez.

–No es razonable por tu parte, Michel. La gente tiene fijaciones con las actrices... o con los actores... sucede a diario. No es motivo para perder la cabeza... sólo por una simple ilusión.

–Estupendo. Sigue.

Ahora le resultaba más fácil. Odiaba que él tratase de intimidarla, como detestaba que lo hiciese cualquier productor, pero no podía negar que estaba surtiendo efecto.

–En eso consiste el teatro, Michel. Todo es ilusión. El público viene a la sala esperando ser hechizado, y los actores suben al escenario confiando en hechizar al público. Lo hemos conseguido. Pero no puedo aceptar la pulsera. Es muy bonita. Demasiado, quizá. No puedo aceptar nada. Eres víctima de un fraude. Eso es todo. El teatro es un timo, Michel. ¿Sabes lo que eso significa? Que te han engañado.

–Yo sigo sin hablar.

–¡Pues haz que hable!

–¿Para qué? ¿Te has quedado ya sin convicción? ¿No te sientes responsable de mí? Un joven tan guapo, derrochando el dinero en orquídeas y joyas carísimas...

–¡Claro que sí! ¡Ya te lo he dicho!

–Entonces defiéndeme -insistió él, impacientándose-. Estoy chiflado por ti, sálvame.

–¡Eso intento!

–Esa pulsera me ha costado cientos de libras... hasta tú puedes verlo. Miles, por lo que tú sabes. Puede que la haya robado. Puede que haya matado por ti, que haya empeñado mi herencia. Sólo por ti. ¡Lo mío es pura chifladura! ¡Por caridad, Charlie! ¡Utiliza tus capacidades!

En su imaginación, Charlie se había sentado junto a Michel en la butaca contigua. Cruzadas las manos sobre su regazo, se inclinaba para razonar con él como una niñera, una madre, una amiga.

–Le digo que tendría una decepción si me conociera bien.

–Con qué palabras, por favor.

Ella respiró hondo y se lanzó:

–Escucha, Michel, yo soy una chica corriente. Llevo medias rotas, estoy en números rojos y ten por seguro que no soy ninguna Juana de Arco. No soy virgen ni soldado, y no me hablo con Dios desde que me echaron del colegio por (eso no lo pienso decir). Ésta soy yo, una guarra, una occidental inútil.

–Soberbio. Continúa.

–Tienes que comprenderlo, Michel. Verás, yo hago lo que puedo, ¿vale? Así que ten, te devuelvo esto, guárdate tu dinero y tus ilusiones. Ah, y gracias. Gracias, de verdad. Te lo agradezco. Cambio y fuera.

–Pero tú no *quieres* que se guarde sus ilusiones -objetó áridamente José-. ¿O sí?

–¡Pues que se meta sus puñeteras ilusiones donde le quepan!

–¿Y cómo termina la cosa?

–Termina y punto. Le dejo la pulsera en la butaca de al lado y me voy. Gracias, mundo, y hasta la vista. Si me doy prisa, podré coger el autobús y aún estaré a tiempo de comer chicle de pollo en el Astral.

José estaba desolado. Así lo expresaba su cara, y su mano izquierda abandonó el volante en un inusual aunque breve gesto de súplica.

–Pero, Charlie, ¿cómo puedes hacer una cosa así? ¿Es que no sabes que tal vez me estás forzando al suicidio?, ¿a vagar por las lluviosas calles de Nottingham toda la noche, yo solo, mientras tú descansas en tu elegante hotel junto a mis orquídeas y mi nota?

–¡Elegante, dices! ¡Si hasta las pulgas tienen moho!

–¿No sabes lo que es el sentido de la responsabilidad? ¿Precisamente tú, paladín

de los oprimidos, por un chico al que has seducido con tu belleza, tu talento y tu furor revolucionario?

Charlie intentó contenerle pero él no le dio oportunidad.

–Tú eres bondadosa, Charlie. Otros podrían pensar que Michel es una especie de refinado don Juan. Pero tú no. Tú crees en la gente. Y es así como te muestras con Michel. Sin pensar en ti misma; estás realmente conmovida por él.

Una ruinoso aldea formaba un pico en la línea del horizonte que tenían delante a medida que subían. Ella vio las luces de una cantina junto al camino.

–De todos modos, tu respuesta ahora carece de importancia porque Michel decide finalmente hablar -prosiguió José, lanzando una rápida mirada calculadora a Charlie-. Con un suave y atractivo acento extranjero, mitad francés mitad otra cosa, se dirige a ti sin timidez ni inhibiciones. No le interesan, dice, los razonamientos, tú eres lo que siempre ha soñado, desea ser tu amante, preferiblemente esta misma noche, y te llama Juana aunque tú le dices que tu nombre es Charlie. Si sales con él a cenar y, después de la cena, continúas rechazándole, él considerará el recuperar la pulsera. No, le dices, ha de cogerla ahora mismo; tú ya estás enamorada y, además, no seas absurdo, ¿dónde vas a cenar en Nottingham a las diez y media un sábado por la noche que no para de llover...? ¿Le dirías esto?

–Es una mierda -admitió ella, negándose a mirarlo.

–Y lo de cenar... ¿le dirías que una cena es un sueño imposible?

–Tendría que ser en un chino o un *fish and chips*.

–No obstante, le has hecho una peligrosa concesión.

–¿Ah, sí? -preguntó ella, picada.

–Acabas de hacer una objeción práctica. «No podemos cenar juntos porque no hay ningún restaurante.» Igual podías haber dicho que no podéis acostaros juntos porque no hay cama. Michel se da cuenta. Deja todas sus dudas a un lado. Conoce un sitio, lo ha arreglado todo. Ya podemos comer. ¿Qué te parece?

Apartándose de la carretera, José había parado el coche en el arcén de gravilla que había frente a la cantina. Aturdida por aquel premeditado salto del pasado inventado al presente real, perversamente exaltada por su hostigamiento y contenta, después de todo, de que Michel no la hubiera dejado, Charlie permaneció quieta en su asiento. José hizo otro tanto. Ella volvió la cabeza y sus ojos descubrieron, al resplandor de las lucecitas de fuera, la dirección de la mirada de él. Estaba contemplando sus manos enlazadas aún sobre el regazo, la derecha encima. Como ella pudo comprobar a la débil luz, tenía la cara rígida y sin expresión. Entonces él alargó la mano y la cogió de la muñeca derecha con veloz y quirúrgica confianza y, levantándola, dejó al descubierto la otra muñeca, en torno a la cual la pulsera de oro titiló en la oscuridad.

–Vaya, vaya, he de felicitarte -observó él, impassible-. ¡No perdéis el tiempo las inglesas!

Ella liberó la mano, enfadada.

—¿Qué pasa? -le espetó-. Estás celoso, ¿no?

Pero no tenía modo de herirle. Su cara era una página en blanco. ¿Quién eres?, se preguntó ella, impotente, mientras le seguía a la cantina. ¿Cuál de los dos? ¿Tú, él? ¿O nadie?

9

Pero por más que Charlie hubiera supuesto lo contrario, aquella noche ella no era el centro del universo de José; tampoco del de Kurtz; y desde luego, no del de Michel.

Mucho antes de que Charlie y su amante putativo se hubieran despedido por última vez de la casa de Atenas -mientras dormían aún, en la ficción, el uno en brazos del otro, después del frenesí-, Kurtz y Litvak iban primorosamente sentados en distintas filas de un avión de Lufthansa con destino Munich, con salvoconducto de distintos países: para Kurtz, Francia, y para Litvak, Canadá. Una vez en tierra, Kurtz se dirigió inmediatamente a la Ciudad Olímpica, donde los supuestos fotógrafos argentinos le esperaban ansiosos, y Litvak al hotel Bayerischer Hof, donde fue recibido por un experto en balística al que conocía únicamente por Jacob, un sujeto de aspecto ultramundano con una chaqueta de ante llena de manchas, que llevaba un fajo de mapas a gran escala dentro de una carpeta de plástico. Haciéndose pasar por agrimensor, Jacob había estado durante los tres últimos años tomando complicadas mediciones a lo largo de la *autobahn* Munich-Salzburgo. Su misión consistía en calcular el posible efecto, en diversas condiciones climáticas y de tráfico, de una potente carga explosiva hecha detonar junto a la carretera a primera hora de un día laborable. Mientras tomaban varias tazas de un excelente café, los dos hombres hablaron de las distintas hipótesis de Jacob, y luego, en un coche de alquiler, recorrieron despacio los ciento cuarenta kilómetros, estorbando a los coches más rápidos y deteniéndose en casi todos los puntos donde estaba permitido, y en varios que no.

Desde Salzburgo, Litvak siguió hasta Viena, donde le esperaba un nuevo equipo de escoltas con nuevos medios de transporte y caras nuevas también. Litvak les dio instrucciones en una sala de conferencias insonorizada de la embajada israelí y, tras haber atendido allí mismo otros asuntos, tales como leer los últimos boletines de Munich, se los llevó rumbo al sur en un deslucido convoy de excursionistas hasta la zona fronteriza con Yugoslavia, donde con la campechanía de unos turistas veraniegos hicieron un reconocimiento de aparcamientos urbanos, estaciones de ferrocarril y pintorescas plazas de mercado, para luego distribuirse entre varias humildes pensiones de la región de Villach. Extendida así su red, Litvak volvió apresuradamente a Munich a fin de presenciar los cruciales preparativos del cebo.

El interrogatorio de Yanuka estaba entrando en su cuarto día cuando llegó Kurtz para tomar las riendas, y desde entonces siguió su curso con enervante uniformidad.

-Disponéis de un máximo de seis días -había avisado Kurtz a sus dos

interrogadores en Jerusalén-. Pasados seis días vuestros errores serán inalterables, y los suyos también.

Era aquél un cometido del agrado de Kurtz. Si hubiera podido estar en tres sitios a la vez en lugar de sólo en dos, se lo habría reservado para él, pero, al no ser ello posible, eligió como delegados suyos a aquellos dos corpulentos especialistas en línea blanda, famosos por su mudo e histriónico talento y por su común apariencia de lúgubre bonhomía. No eran parientes ni amantes, pero llevaban tanto tiempo trabajando juntos que sus amistosas facciones expresaban una sensación de duplicado, y cuando Kurtz los convocó a la casa de Disraeli Street, aquellas cuatro manos se apoyaron en el canto de la mesa como las patas de dos perros grandes. Al principio los había tratado con rudeza porque les tenía envidia y consideraba el haber delegado en ellos como un fracaso personal. Les había dado apenas unos indicios de la operación, para luego ordenarles que estudiaran el expediente de Yanuka y que no volvieran a ponerse en contacto con él hasta que se lo aprendieran de cabo a rabo. Al ver que volvían, demasiado rápido para su gusto, Kurtz los había interrogado a su vez severamente, lanzándoles preguntas sobre la infancia de Yanuka, sobre su manera de vivir y sus normas de conducta, cualquier cosa, con tal de fastidiarlos. De mala gana, pues, había convocado a su Comité Literario, compuesto por Miss Bach, el escritor León, y el viejo Schwili, quienes durante aquellas semanas habían aunado sus respectivas excentricidades para convertirse en un equipo fenomenalmente conjuntado. En aquella ocasión el discurso de Kurtz fue un modelo en el arte de la imprecisión.

-Miss Bach es quien se encarga de la supervisión, ella lo controla todo -había empezado a modo de presentación para los nuevos muchachos. Treinta y cinco años después, su hebreo seguía siendo renombradamente espantoso-. Miss Bach monitoriza el material en bruto tal como le llega a ella. Es quien completa los boletines para su posterior transmisión, proporciona a León la pauta a seguir, verifica sus composiciones y se asegura de que encajen en el conjunto del plan general de la correspondencia. -Si los interrogadores ya sabían poco, ahora sabían menos aún. Pero mantenían la boca cerrada-. Una vez que Miss Bach da su aprobación a una composición, llama a consulta a los aquí presentes, León y el señor Schwili. -Hacía un centenar de años que nadie llamaba a Schwili «señor»-. En esta conferencia se acuerda el tipo de papel, las tintas, las plumas, el estado físico y emocional del suscrito según los términos de la ficción: ¿está animado o deprimido? ¿Está o no enfadado? Proyectados todos los párrafos, el equipo considera la ficción en conjunto bajo todos sus aspectos. -Poco a poco, pese a la determinación de su nuevo jefe de insinuar la información antes que difundirla, los interrogadores empezaban a vislumbrar las líneas maestras del plan del que habían entrado a formar parte-. Es posible que Miss Bach tenga registrada alguna muestra de caligrafía original (una

carta, una postal o un diario) que pueda servir de modelo. Y es posible que no. - Frente a ellos, el brazo derecho de Kurtz había remarcado a hachazos cada una de esas posibilidades-. Una vez completados estos procedimientos, y sólo entonces, Mr. Schwili procede a falsificar. Con primor. Mr. Schwili no es un mero falsificador, sino todo un *artista* -añadió a modo de aviso, y mejor que no lo olvidaran-. Concluida su obra, Mr. Schwili se la entrega directamente a Miss Bach para ulteriores verificaciones, toma de huellas dactilares, rotulado y almacenamiento. ¿Alguna pregunta?

Con una mansa sonrisa conjunta, los interrogadores le aseguraron que no tenían nada que preguntar.

-Empezad por el final -les ladró Kurtz cuando salían del despacho-. Si hay tiempo, ya volveréis al principio más adelante.

Habían tenido lugar otras reuniones sobre el intrincado tema de cómo convencer a Yanuka de que se aviniera a sus planes en un plazo tan corto. Una vez más, los dilectos psicólogos de Misha Gavron fueron convocados, escuchados perentoriamente y echados a patadas. Mejor suerte corrió una disertación sobre drogas desintegradoras y alucinatorias, y hubo una busca y captura de otros interrogadores que las hubieran empleado con éxito. Así pues, a los planes a largo plazo vino a sumarse una atmósfera de improvisación de última hora que tanto Kurtz como los demás apreciaban muchísimo. Convenidas sus órdenes, Kurtz despachó a los interrogadores, mandándolos a Munich con tiempo de sobra para preparar sus efectos de luz y sonido y ensayar con los guardianes el papel que debían representar. Se presentaron con su aspecto de dúo, un pesado equipaje revestido de metal abollado y unos trajes al estilo Louis Armstrong. Un par de días después llegó el comité de Schwili, cuyos miembros se alojaron discretamente en el apartamento inferior, anunciándose como profesionales de la filatelia venidos a Munich para la gran subasta de la ciudad. Los vecinos no hallaron defecto alguno en la historia. Son judíos, se dijeron unos a otros, pero ¿a quién le importa hoy en día? Hacía tiempo que los judíos estaban normalizados. Y por supuesto serían comerciantes, ¿qué, si no? Por toda compañía, aparte del sistema portátil de almacenamiento de memoria de Miss Bach, traían grabadoras, auriculares, cajas de comida enlatada y un muchacho llamado Samuel *el Pianista* encargado del pequeño teletipo que estaba conectado con el aparato de control de Kurtz. Samuel llevaba encima un gran revólver Colt en un bolsillo especial de su chaleco enguatado, y cuando procedía a transmitir se oía chocar el arma contra la mesa, pero nunca se desprendía de ella. Samuel era de la misma serena casta que David, el de la casa de Atenas; por comportamiento, podría haber sido su hermano gemelo.

La distribución de las habitaciones corría a cargo de Miss Bach. A León, en función de su silencio, se le asignó el cuarto de los niños. En sus paredes pacían

tranquilamente unos ciervos de ojos acuosos rumiando margaritas gigantes. A Samuel le tocó la cocina, con su acceso directo al patio de atrás, donde enarboló la antena colgando de ella sus calcetines de niño. Pero cuando Schwili vio la habitación que se le había asignado para él solo -espacio de despacho y de dormir, combinados-, soltó un espontáneo gemido de aflicción.

—¡La luz! ¡Santo Dios! ¡¿Y mi luz?! ¡Con está luz no hay quien falsifique ni una carta de la abuela!

Con ayuda de León, imbuido de nerviosa creatividad, ante tan inesperado arrebato, la pragmática Miss Bach puso arreglo inmediatamente al problema. Schwili necesitaba más luz natural para trabajar de día, pero también, tras su prolongada reclusión, para su alma. En un abrir y cerrar de ojos, Miss Bach telefoneó al piso de abajo, aparecieron los argentinos, hizo cambiar los muebles de sitio bajo su atenta supervisión, y la mesa de Schwili encontró un nuevo emplazamiento en el mirador de la ventana del salón, con vistas al cielo y al follaje. Ella misma se encargó de clavetear una capa adicional de cortina de malla para darle intimidad, y ordenó a León que montara un alargó para la elegante lámpara italiana de Schwili. Luego, a una señal de Miss Bach, le dejaron a solas, aunque León le estuvo mirando a hurtadillas desde su cuarto.

Sentado frente al agonizante sol de la tarde, Schwili desplegó sus preciados papeles y sobres y tintas y plumas, cada cosa en su sitio, como si al día siguiente tuviese un examen final. A continuación se quitó los gemelos y se frotó ligeramente las palmas de las manos para hacerlas entrar en calor, aunque para un veterano presidiario hacía suficiente calor. Después se quitó el sombrero, se estiró uno por uno los dedos, entre una salva de pequeños chasquidos, para aflojar las articulaciones, y finalmente se dispuso a esperar, como había esperado siempre desde que era adulto.

La estrella para cuyo recibimiento estaban todos preparados llegó en avión a Munich aquella misma tarde, procedente de Chipre. No hubo destellos de cámaras para celebrar su llegada, porque fue sacado en una camilla atendida por un enfermero y un médico particulares. El médico era auténtico, aunque no así su pasaporte; en cuanto a Yanuka, pasaba por ser un negociante británico de Nicosia trasladado urgentemente a Munich para una operación de corazón. Así lo confirmaba una gruesa carpeta de papeles médicos a los que la seguridad del aeropuerto germano no hizo el menor caso. A todos ellos les bastaba con mirar el exánime rostro del paciente para saber cuanto necesitaban. Una ambulancia llevó al grupo hacia un hospital de la ciudad, pero al llegar a una bocacalle torció y, como si hubiera ocurrido lo peor, se coló en el patio cubierto de un empresario de pompas fúnebres amigo. En la Ciudad Olímpica fueron vistos los dos fotógrafos argentinos y sus amigos manipulando una cesta de lavandería con la leyenda frágil: cristal. La llevaron desde el microbús

destartalado hasta el montacargas, y los vecinos dijeron que debía tratarse de una extravagancia más que venía a sumarse a su ya desmesurado equipo fotográfico. Se especulaba con humor sobre si los filatélicos del piso de abajo tendrían quejas de los gustos musicales de los argentinos: los judíos se quejaban de todo. Mientras tanto, en el piso de arriba, se destapó la presa y con la ayuda del doctor se verificó que el viaje no hubiera producido daño alguno. Minutos después, le habían depositado cuidadosamente en el suelo del confesonario acolchado, donde esperaban que volvería en sí en cuestión de media hora, aunque era posible que la capucha a prueba de luz que le habían puesto en la cabeza retrasara un poco el proceso del despertar. Poco después se fue el médico. Era un hombre escrupuloso y, temiendo por el futuro de Yanuka, había pedido garantías a Kurtz de que no se le forzaría a comprometer su ética profesional.

Efectivamente, menos de cuarenta minutos después vieron a Yanuka forcejear con sus cadenas, primero las muñecas y luego las rodillas, y después las cuatro cosas a la vez, como una crisálida que intentara reventar el capullo, hasta que debió darse cuenta de que le habían atado boca abajo, ya que se detuvo y pareció hacer inventario para luego lanzar un gemido de prueba. Tras lo cual, sin más preámbulos, se produjo un alboroto de mil demonios al dar Yanuka rienda suelta a una sucesión de angustiosos bramidos, retorciéndose de dolor, corcoveando y, en general, haciendo gala de una energía que a todos les hizo estar doblemente agradecidos a sus cadenas. Tras haber observado un rato su actuación, los interrogadores se retiraron y dejaron campo libre a los guardianes hasta que la tormenta pasara por sí sola. Probablemente a Yanuka le habían llenado la cabeza con escalofriantes historias sobre la brutalidad de los métodos israelíes. Probablemente estaba tan confuso que deseaba que hicieran honor a su fama y convirtieran sus miedos en realidad. Pero los guardianes se negaron a darle ese gusto. Sus órdenes eran representar el papel de hoscos carceleros, mantener las distancias y no infligir lesiones, y las obedecían al pie de la letra, aunque ello les costara Dios y ayuda (en particular a Oded). Desde la ignominiosa llegada de Yanuka al apartamento, los jóvenes ojos de Oded se habían ensombrecido de odio. Con los días se le veía más enfermo y macilento, y al sexto tenía la espalda agarrotada por la tensión de tener a Yanuka, vivo, bajo su mismo techo.

Por fin, Yanuka pareció quedarse dormido otra vez y los interrogadores decidieron que era hora de empezar, poniendo en marcha sus sonidos de tráfico mañanero y una potente luz blanca para luego llevarle el desayuno -aún no eran las doce de la noche-, ordenando en voz alta a los guardianes que le desataran y que le dejaran comer como un ser humano, no como un perro. Luego, ellos mismos se encargaron de quitarle la capucha, pues querían que la primera imagen que tuviera de ellos fuera la de sus amables y no judíos rostros mirándole con paternal preocupación.

-No volváis a ponerle estas cosas nunca más -dijo uno de los interrogadores en inglés y pausadamente, arrojando simbólicamente capucha y cadenas a un rincón.

Los guardias se retiraron -Oded, especialmente, con teatral renuencia-, y Yanuka aceptó beber un poco de café mientras sus dos nuevos amigos le miraban. Sabían que estaba sediento porque le habían pedido al médico que se lo provocara antes de irse, de modo que el café debía de saberle a gloria, hubiera lo que hubiese dentro además de café. Sabían también que se hallaba en un estado como de elaboración onírica y, por lo tanto, indefenso en ciertas zonas importantes de su mente -por ejemplo, si alguien le ofrecía compasión-. Tras varias visitas más del mismo estilo, algunas con sólo unos minutos de diferencia, los interrogadores consideraron llegado el momento de lanzarse y presentarse a Yanuka. En líneas generales, su plan era de los más antiguos en una situación similar, pero contenía ingeniosas variantes.

Le dijeron en inglés que eran observadores de la Cruz Roja, súbditos suizos, pero que residían en esa cárcel. Qué cárcel o dónde se encontraba ésta eran cosas que no podían desvelar, aunque insinuaron claramente que podía ser en Israel. Sacaron entonces unos pases plastificados, con sus fotografías respectivas y la cruz roja ejecutada con sinuosas líneas como en los billetes de banco para evitar su falsificación. Le explicaron que su tarea consistía en garantizar que los israelíes respetaran las normas para prisioneros de guerra establecidas por la Convención de Ginebra -aunque, le dijeron, bien sabía Dios que no era cosa fácil- y en proporcionarle un vínculo con el mundo exterior, en la medida en que lo permitiera el reglamento de la prisión. Estaban presionando para sacarle del régimen de aislamiento e incorporarlo al bloque árabe, le dijeron, pero tenían entendido que se esperaba un «riguroso interrogatorio» en cuestión de días, y que hasta entonces los israelíes tenían la intención de mantenerle aislado. A veces, le dijeron, los israelíes perdían absolutamente los papeles y se olvidaban de la imagen pública en favor de sus obsesiones. Pronunciaron la palabra «interrogatorio» con repugnancia, como si desearan que hubiera una palabra mejor. En aquel momento volvió Oded, siguiendo las instrucciones recibidas, y aparentó que se ocupaba de las medidas sanitarias. Los interrogadores dejaron de hablar hasta que se fue.

Luego sacaron un extenso formulario y ayudaron a Yanuka a rellenarlo de su propia mano: aquí el nombre, dirección, fecha de nacimiento, parientes más próximos, así, muy bien, profesión -bueno, aquí podrías poner estudiante, ¿no?-, títulos, religión; lo sentimos mucho pero son las normas... Yanuka lo rellenó con suficiente veracidad pese a la desgana inicial, y este primer signo de colaboración fue registrado por el Comité Literario del piso de abajo con callada satisfacción, si bien la letra de Yanuka era un tanto pueril por culpa de las drogas.

Al salir, los interrogadores le pasaron a Yanuka un impreso en inglés en el que se precisaban sus derechos y, con un guiño y una palmadita en la espalda, le

obsequiaron con un par de chocolatinas suizas, llamándole por su nombre de pila: Salim. Por espacio de una hora, le observaron desde la habitación contigua mediante rayos infrarrojos: Yanuka permaneció tumbado a oscuras, sollozando y mesándose los cabellos. Luego incrementaron la iluminación e irrumpieron alegremente, gritando: «Mira lo que te hemos conseguido; vamos, despierta, Salim, ya es de día.» Era una carta, a su nombre, con matasellos de Beirut, enviada a la atención de la Cruz Roja y con el visto bueno del censor de la prisión en el sobre. De su amada hermana Fatmeh, la que le había regalado el amuleto de oro que llevaba al cuello. Schwili había falsificado la carta, Miss Bach había recopilado los datos y el camaleónico talento de León había suministrado el auténtico pulso del afecto reprobatorio de su hermana Fatmeh. El modelo eran las cartas que de ella había recibido Yanuka durante el período de estrecha vigilancia. Fatmeh le mandaba todo su amor y confiaba en que Salim fuera valiente cuando le llegara la hora. Al decir «hora» parecía referirse al temido interrogatorio. Ella había decidido dejar novio y empleo para reanudar sus trabajos de socorro en Sidón, porque ya no soportaba estar tan lejos de la frontera de su querida Palestina mientras Yanuka estaba metido en semejante aprieto. Le admiraba y siempre le admiraría (así lo juraba León); amaría a su valeroso y heroico hermano hasta más allá de la muerte (ya se encargaba León de eso). Yanuka aceptó la carta con fingida indiferencia, pero cuando volvieron a dejarle a solas cayó devotamente de hinojos, noblemente vuelta la cabeza hacia un lado y hacia arriba como un mártir esperando la espada, mientras estrujaba contra su mejilla las palabras de Fatmeh.

–Exijo papel -dijo a sus guardianes cuando éstos vinieron una hora después a barrer su celda.

Podría haberse ahorrado la saliva. Oded bostezó incluso.

–¡Exijo papel! ¡Exijo que vengan los representantes de la Cruz Roja! ¡Exijo escribir una carta a mi hermana según la Convención de Ginebra!

Una vez más, abajo sus palabras fueron recibidas favorablemente pues demostraban que la primera entrega del Comité Literario había conquistado a Yanuka. Inmediatamente fue transmitido un boletín a Atenas. Los guardianes se escabulleron al piso de abajo para consultar, y reaparecieron con papel de carta con membrete de la Cruz Roja. También le entregaron a Yanuka un impreso titulado «Aviso para los presos» donde se explicaba que únicamente serían expedidas cartas escritas en inglés, «y sólo aquellas que no contuvieran mensajes ocultos». Pero nada para escribir. Yanuka exigió un bolígrafo, suplicó uno, gritó y lloró, todo ello a cámara lenta, pero los muchachos replicaron que la Convención de Ginebra no decía nada de bolígrafos. Media hora después, los dos interrogadores irrumpieron llenos de justa ira, llevando un bolígrafo de su propiedad con la leyenda «Para la humanidad».

La charada continuó escena tras escena varias horas más mientras Yanuka, en su

estado de debilidad, pugnaba en vano por rechazar la mano amiga que se le ofrecía. Su respuesta por escrito fue un modelo en su estilo: tres prolijas páginas llenas de consejos, autocompasión y osadía, que le proporcionaron a Schwili la primera muestra «limpia» de la caligrafía de un Yanuka sometido a tensión emocional, y a León un excelente anticipo de su estilo en inglés.

«Querida hermana: Dentro de una semana me enfrento a la fatídica prueba de mi vida en la que espero me acompañe tu noble espíritu», escribió. La noticia fue también objeto de un boletín especial: «Mándemelo todo», le había dicho Kurtz a Miss Bach. «No quiero silencios. Si no pasa nada, hágame saber que no está pasando nada.» Y a León, con más furia: «Procura que me informe cada dos horas. Y mejor si es cada hora.»

La carta de Yanuka a Fatmeh fue la primera de una serie. A veces se cruzaban sus cartas respectivas; a veces Fatmeh contestaba a sus preguntas casi a vuelta de correo, y a su vez le preguntaba cosas a él.

Empezad por el final, les había dicho Kurtz. El final, en este caso, estaba lejos de ser una charla aparentemente intrascendente, pues, hora tras hora, los interrogadores charlaban con Yanuka con incansable cordialidad, fortaleciéndole, o eso debía pensar él, con su imperturbable sinceridad suiza, desarrollando su resistencia para el día en que los secuaces israelíes se lo llevaran a rastras para interrogarlo. En primer lugar trataron de obtener su opinión sobre todo aquello de lo que se animaba a hablar, halagándole con su curiosidad y simpatía respetuosas. La política, le confesaron cohibidos, nunca había sido su fuerte: siempre se habían inclinado por situar al hombre por encima de las ideas. Uno de ellos citó un poema de Robert Burns, quien por pura casualidad era uno de los preferidos de Yanuka. A veces daba casi la impresión de que le estaban pidiendo que les convirtiera a su modo de pensar, tan abiertos se mostraban a sus razonamientos. Le preguntaban por sus reacciones ante el mundo occidental ahora que llevaba allí un año; primero en líneas generales, luego país por país, y escucharon extasiados sus manidas descripciones: el egoísmo de los franceses, la codicia de los alemanes, la decadencia de los alemanes...

¿E Inglaterra?, le preguntaron inocentemente.

¡Oh, Inglaterra, el peor de todos!, replicó con convicción. Inglaterra era un país decadente, en bancarrota y desorientado; Inglaterra era el agente del imperialismo americano; Inglaterra era el colmo de la maldad, y su peor crimen era haber entregado su país a los sionistas. Luego se embarcó en otra diatriba contra Israel, y ellos se marcharon. En esta primera fase no querían alimentar en él la menor sospecha de que sus viajes a Inglaterra eran de especial interés. Le preguntaron, en cambio, por su infancia -sus padres, su casa de Palestina-, y con silenciosa satisfacción comprobaron que jamás mencionaba a su hermano mayor; que incluso

ahora, seguía ajeno por completo a la vida de Yanuka. Pese a todo lo que tenían ganado, estaba claro para los interrogadores que Yanuka seguiría hablando únicamente de asuntos que él considerara inofensivos para su causa.

Escucharon con impávida compasión su relato de las atrocidades sionistas y sus recuerdos de sus días como guardameta del equipo de fútbol ganador del campeonato en Sidón. «Háblanos de tu mejor partido -le instaron-. De tu mejor parada. De esa copa que ganaste, de quién había cuando el gran Abu Ammar en persona te la puso en la mano.» Vacilante y tímidamente, Yanuka les complació. En el piso de abajo sacaban humo los magnetófonos. Y Miss Bach iba entrando una perla tras otra de información en su máquina, parándose únicamente para pasarle boletines internos a Samuel, el pianista, para que los transmitiera a Jerusalén y a su contrafigura en Atenas, David. Mientras tanto, León estaba en su cielo particular. Medio cerrados los ojos, procedía a sumergirse en el idiosincrático inglés de Yanuka: en su impetuoso e impulsivo estilo; sus arrebatos de fioritura literaria; su cadencia y su léxico; sus inesperados cambios de tema, que solían darse a media frase. Al otro lado del pasillo, Schwili escribía, murmuraba para sí y cloqueaba. Pero a veces, como León podía notar, se atascaba y se sumía en la desesperación. Segundos después. León podía verle recorriendo con andares pesados su habitación, calculando paso a paso sus dimensiones e identificándose, como veterano presidiario que era, con el desdichado muchacho del piso de arriba.

Para hablar de la agenda, fabricaron un engaño diferente pero mucho más arriesgado. Aplazaron la cuestión hasta el tercer día real, para cuando ya le habían hecho cantar casi todo valiéndose puramente de la conversación. Incluso entonces, insistieron en tener el visto bueno de Kurtz para seguir adelante, tan aprensivos se sentían ante la posibilidad de romper la cáscara de su confianza en ellos en un momento en que no disponían de tiempo para utilizar otros métodos. Los observadores la habían encontrado al día siguiente del secuestro de Yanuka. Tres de ellos habían irrumpido en su piso vestidos con monos y unas chapas que les identificaban como miembros de una empresa de limpieza. Una llave de la casa y una carta casi auténtica con instrucciones del casero de Yanuka les dieron toda la autoridad que necesitaban. De su furgoneta sacaron aspiradoras, fregonas y una escalera de mano. Luego cerraron la puerta, corrieron las cortinas y durante ocho horas arrasaron el piso como langostas hambrientas hasta que les pareció que no quedaba nada por registrar o por fotografiar o por devolver a su sitio antes de dejarlo todo cubierto de polvo con un espolvoreador.

Y entre sus hallazgos, metida detrás de un estante para libros en un lugar a mano del teléfono, estaba la agenda de bolsillo forrada en piel marrón, regalo de Middle East Airlines, que Yanuka habría obtenido de un modo u otro. Ellos sabían que llevaba una agenda; cuando le apresaron no pudieron encontrarla entre sus efectos

personales. Y ahora, para júbilo general, la encontraron. Había anotaciones en inglés, en árabe y en francés. Algunas eran indescifrables en cualquier idioma, otras estaban redactadas en una clave no muy secreta. En su mayoría, se referían a futuras citas, pero unas pocas habían sido añadidas retrospectivamente: «Vi a J, telefoneó P.» Por añadidura, descubrieron otra de las bicocas que buscaban: un grueso sobre de papel manila con todo un fajo de recibos, que comprendían hasta el día en que Yanuka había tenido que compilar sus cuentas operacionales. Siguiendo órdenes, el equipo se incautó también del sobre.

Pero ¿cómo interpretar las importantísimas anotaciones de la agenda? ¿Cómo descifrarlas sin la ayuda de Yanuka?

¿Cómo obtener, por tanto, la ayuda de Yanuka?

Se pensó en incrementar la dosis de droga, pero la idea no prosperó. Temían que Yanuka se trastornase del todo. Recurrir a la violencia era como arrojar por la ventana el crédito que tanto les había costado conseguir. Por otro lado, como profesionales, la sola idea les parecía deplorable. Optaron pues por confiar en lo que ya habían probado: el miedo, la dependencia y lo inminente del tan temido interrogatorio israelí. De modo que primero le llevaron una carta de Fatmeh, una de las mejores y más breves escritas por León. «He sabido que la hora está muy próxima. Te ruego, te suplico, que seas valiente.» Encendieron la luz para que la leyera, luego la apagaron y permanecieron fuera más tiempo del acostumbrado. En la más profunda oscuridad le proporcionaron un fondo de gritos ahogados, portazos de celdas distantes y el ruido de un cuerpo encadenado al ser arrastrado por un corredor de piedra. Habían puesto una cinta de música fúnebre palestina interpretada por una banda militar y él tal vez creyó que estaba muerto. Lo cierto era que estaba muy quieto. Enviaron los guardianes, que le desvistieron, le encadenaron las manos a la espalda y le pusieron grilletes en los tobillos. Y le dejaron otra vez solo. Como si fuera para siempre. Le oyeron susurrar «oh, no» una y otra vez.

Vistieron a Samuel el pianista con una bata blanca, le dieron un estetoscopio, y le hicieron auscultar los latidos del corazón de Yanuka. Todo ello a oscuras, aunque quizá la bata blanca le resultaba visible a Yanuka mientras revoloteaba a su alrededor. De nuevo le dejaron solo. Mediante rayos infrarrojos pudieron observar cómo sudaba y se estremecía y en un momento dado tuvieron la impresión de que estaba dispuesto a quitarse la vida dándose de golpes contra la pared, lo cual, encadenado como estaba, era prácticamente el único movimiento que podía efectuar. Pero la pared estaba muy bien acolchada, y aunque Yanuka se hubiese dado de cabezazos un año seguido, no habría sacado ningún provecho. Le pusieron más gritos y luego silencio absoluto. Dispararon un pistoletazo en la oscuridad. Tan súbito y claro fue el ruido, que Yanuka dio una sacudida. Y entonces empezó a gritar, pero quedamente, como si no tuviese fuerzas.

En ese momento pasaron a la acción.

Primero entraron resueltamente los guardianes en su celda y le pusieron de pie, cogiéndole cada uno de un brazo. Se habían vestido con ropa muy ligera, como si se prepararan para una actividad extenuante. Cuando consiguieron arrastrar su tembloroso cuerpo hasta la puerta de la celda, aparecieron sus dos salvadores suizos impidiéndoles el paso; sus caras bondadosas eran la viva imagen del desvelo y la indignación. Entonces se desencadenó entre guardianes y suizos una acalorada discusión largamente aplazada. Se libró en hebreo y, por tanto, Yanuka sólo pudo comprenderla en parte, pero tenía visos de ser una última petición. Los suizos dijeron que el interrogatorio no había sido aprobado aún por el gobernador; la ordenanza número 6, párrafo 9 de la Convención establecía que no podía aplicarse métodos coactivos sin autorización del gobernador y la presencia de un médico. Pero a los guardianes les importaba una higa la Convención de Ginebra, y así lo expresaron. Estaban hasta las mismísimas narices de la Convención y así lo manifestaron. Hubo un conato de refriega que sólo el autodomínio suizo logró impedir. Acordaron ir a ver cuanto antes al gobernador para que éste adoptara rápidamente una decisión. Así que se fueron los cuatro a la vez, dejando de nuevo a Yanuka a oscuras, y pronto le vieron acurrucándose junto a la pared para rezar, aunque en ese momento no tenía forma de saber dónde quedaba el este.

Poco después se presentaron otra vez los suizos, sin los guardianes pero con la cara muy seria y portando la agenda de Yanuka como si, por pequeña que ésta fuera, pudiese cambiar completamente la situación. Traían también los dos pasaportes de reserva, uno francés y otro chipriota, hallados bajo el entarimado del piso de Yanuka, y el pasaporte chipriota con que viajaba en el momento de su secuestro.

Y entonces le explicaron su problema, a conciencia, pero con un tono siniestro que en ellos era una novedad: no amenazándole, sino advirtiéndole. A petición de los israelíes, las autoridades federales habían registrado el apartamento de Yanuka en el centro de Munich. Habían encontrado esta agenda, los pasaportes y otras numerosas pistas sobre sus movimientos en los últimos meses, que se disponían a investigar «enérgicamente». En sus quejas ante el gobernador, los suizos habían hecho hincapié en que semejante proyecto no era ni legal ni necesario. Así pues, sugirieron que la Cruz Roja confrontara al preso con estos documentos y obtuviera de él las explicaciones pertinentes. Que fuera la Cruz Roja la que, con buenas palabras, le invitara, más que forzara, como un primer paso para preparar una declaración (escrita de su propia mano, si así lo deseaba el gobernador) sobre su paradero durante los últimos seis meses, con fechas, lugares, personas que había conocido, que le habían hospedado, y documentos que había empleado para sus viajes. Si su honor militar le exigía mostrar reserva, que fuera entonces el preso quien así lo señalara en los lugares oportunos. En caso contrario... bueno, al menos ganaría tiempo mientras ellos

seguían con sus negociaciones.

En este punto, se arriesgaron a ofrecer a Yanuka -o a Salim, como le llamaban ahora- un consejo de cosecha propia. Ante todo, procura ser exacto, le suplicaron mientras le ponían una mesita plegable, le daban una manta y le desataban las manos. No digas nada cuyo secreto quieras guardar, pero asegúrate bien de que lo que dices es verdad. Piensa que nuestra reputación está en juego. Piensa en los que vendrán detrás de ti. Por el modo de decir esto último, parecía claro que Yanuka estaba a punto de convertirse en mártir. El motivo no parecía importar ahora; lo único que él sabía en ese momento era que estaba aterrorizado.

La representación era poco consistente, ellos lo sabían desde un principio. Hubo incluso un momento, bastante largo, en que temieron haberle perdido. Ocurrió al desechar Yanuka, aparentemente, los velos del engaño y mirar francamente a sus opresores. Pero su relación no se había basado, ni antes ni ahora, en la claridad. Cuando Yanuka aceptó el bolígrafo que le ofrecían, ellos leyeron en sus ojos cómo les suplicaba inequívocamente que le siguieran engañando.

Fue al día siguiente de esta representación -hacia la hora del almuerzo en el horario normal, no el de ficción- cuando Kurtz llegó directamente de Atenas al objeto de inspeccionar la obra de Schwili y dar su aprobación personal a la agenda, los pasaportes y los recibos que, con ciertos ingeniosos retoques, iban a ser devueltos adonde legalmente debían estar.

Al propio Kurtz le correspondió la tarea de volver al principio. Pero antes, cómodamente instalado en el piso inferior, hizo venir a todos excepto a los guardianes para que le informaran, a su manera y su ritmo, de los progresos hechos hasta entonces. Luciendo unos guantes blancos de algodón y sin que se le notara demasiado que había pasado toda la noche interrogando a Charlie, Kurtz examinó sus hallazgos, escuchó las cintas de los momentos cruciales y contempló admirado el dietario de los últimos meses de Yanuka, impreso en letras verdes en el monitor del ordenador personal de Miss Bach: fechas, número de vuelos, horas de llegada, hoteles. Y volvió a mirar mientras la pantalla quedaba en blanco y Miss Bach introducía la historia inventada: «Escribe Charlie desde el City Hotel de Zurich; carta echada al correo en el aeropuerto De Gaulle, 18:20... se reúne con Charlie en el Excelsior de Heathrow... telefona a Charlie desde la estación en Munich...» Y con cada anotación, los resguardos: recibos y anotaciones de la agenda referidas a cada entrevista; lagunas y ambigüedades introducidas a fin de que en la reconstrucción nada fuera en ningún momento demasiado claro ni demasiado fácil.

Una vez terminado su trabajo -era ya por la tarde-, Kurtz se quitó los guantes, se puso el uniforme del ejército israelí con la insignia de coronel y unos mugrientos galones de campaña sobre el bolsillo izquierdo, y procuró adoptar en general el

aspecto del típico militar retirado convertido en oficial de prisiones. Luego se dirigió al piso de arriba y se acercó a la mirilla de observación, desde donde estuvo un buen rato contemplando atentamente a Yanuka. Después mandó a Oded y a su compañero al piso de abajo con orden de que nada ni nadie perturbara su entrevista con Yanuka. Hablando en árabe con voz insulsa y burocrática, Kurtz empezó por formularle algunas preguntas simples, cosillas sin importancia: de dónde procedía cierto detonador, cierto explosivo o coche, o el sitio exacto, por ejemplo, donde se habían visto Yanuka y la chica antes de que ésta colocara la bomba de Bad Godesberg. Los pormenorizados conocimientos que Kurtz exponía despreocupadamente aterrizaron a Yanuka, cuya reacción fue ponerse a gritar y pedir a Kurtz que se callara por razones de seguridad. A Kurtz le dejó atónito la sugerencia.

—¿Y por qué he de callarme? -objetó, con esa vidriosa estulticia que acomete a la gente que lleva demasiado tiempo en prisión, ya sea como guardián o como recluso-. Si tu hermanito no se ha callado, ¿qué secretos me quedan a mí por guardar?

Hizo esta pregunta no a modo de revelación, sino como el producto lógico de algo ya sabido. Mientras Yanuka le seguía mirando con fiereza, Kurtz dijo unas cuantas cosas más sobre él que sólo su hermano mayor podía haber sabido. En esto no había nada de magia. Tras semanas enteras de escudriñar la vida cotidiana reflejada en la agenda, de intervenir sus llamadas y su correspondencia -para no hablar del dossier que había en Jerusalén sobre sus actividades de los dos últimos años-, no era de extrañar que tanto Kurtz como todo su equipo estuvieran familiarizados con tales minucias como las direcciones seguras adonde sus cartas debían ser remitidas, el ingenioso sistema de «ida sin vuelta» por el cual le llegaban las instrucciones y el punto en que Yanuka, como les sucedía a ellos, quedaba aislado de la estructura de mando. Lo que diferenciaba a Kurtz de sus predecesores era la evidente indiferencia con que se refería a estas cuestiones, y su indiferencia también ante las reacciones de Yanuka.

—¿Dónde está mi hermano? -exclamó Yanuka-. ¿Qué le han hecho? ¡Mi hermano jamás hablaría! ¿Cómo lo han capturado?

El trato se cerró en cuestión de segundos. Abajo, congregados en torno al altavoz, se vieron todos como invadidos por un temor reverencial al oír cómo Kurtz, apenas tres horas después de su llegada, derrumbaba las últimas defensas de Yanuka. En mi calidad de gobernador de la prisión, explicó, mis funciones son puramente administrativas. Su hermano se encuentra abajo, en una celda de la enfermería y está un poco cansado. Naturalmente, esperamos que se recupere pero pasarán meses antes de que pueda volver a andar. Cuando haya usted contestado a las siguientes preguntas, firmará una orden autorizándole a compartir su celda y a ocuparse de su recuperación. Si usted se niega, permanecerá donde ahora. Y luego, para evitar cualquier sospecha de que todo aquello era un subterfugio, Kurtz le mostró a Yanuka

la foto Polaroid en color debidamente trucada, en la que aparecía el rostro apenas identificable del hermano asomando de una sanguinolenta manta carcelaria mientras dos guardianes se lo llevaban tras el interrogatorio.

Una vez más, el genio de Kurtz no sabía estar parado. Cuando Yanuka empezó a hablar de verdad, Kurtz mostró una súbita afinidad con los sentimientos del pobre chico; de pronto, el viejo carcelero necesitaba saber todo cuanto el gran luchador había dicho al aprendiz. Para cuando volvió al piso de abajo, por consiguiente, el equipo tenía ya prácticamente todo lo que se le podía sacar a Yanuka, que venía a ser nada, como Kurtz se apresuró a señalar, por lo que hacía al paradero del hermano mayor. Al margen de esto, pudo observarse que el aforismo del veterano interrogador se había confirmado una vez más: a saber, que la violencia física es contraria a la ética y al espíritu de la profesión. Kurtz insistió en ello con vehemencia, sobre todo dirigiéndose a Oded, cosa que le resultó extremadamente difícil. Si has de emplear la violencia, y en ocasiones no queda más remedio, asegúrate de que la empleas contra la mente y no contra el cuerpo, le dio a entender. Kurtz estaba convencido de que los jóvenes podrían aprender muchas cosas sólo con que tuvieran siempre los ojos bien abiertos.

La misma acotación se la hacía también a Gavron, pero con menores resultados.

Pero aun así Kurtz no quiso, o le fue imposible, descansar. El día siguiente a primera hora, solucionado completamente el asunto Yanuka a excepción de su resolución final, Kurtz volvía al centro de la ciudad para consolar al equipo de vigilancia, cuyo ánimo había flaqueado últimamente con la desaparición de Yanuka. ¿Qué había sido de él?, exclamó el viejo Lenny. ¡Un muchacho con tanto futuro, tan prometedor en multitud de campos...! Y del centro, una vez cumplida su misión caritativa, Kurtz se dirigió al norte para una nueva cita con el doctor Alexis, sin inmutarse en absoluto por el hecho de que el supuesto carácter caprichoso del doctor había determinado que Gavron le apareara de la operación.

–Le diré que soy americano –le prometió a Litvak, sonriendo ampliamente, al recordar el petulante telegrama de Gavron a la casa de Atenas.

Con todo, su estado de ánimo, era de un circunspecto optimismo. Estamos en marcha, le dijo a Litvak, y Misha sólo se mete conmigo cuando estoy sin hacer nada.

Mucho más basta que las de Mykonos, la cantina tenía un televisor en blanco y negro cuya imagen ondeaba como una bandera a la que nadie saludaba, y estaba llena de viejos montañeses demasiado soberbios para fijarse en los turistas, ni que fueran guapas inglesas pelirrojas con caftán azul y pulseras de oro. Pero en la historia que José estaba narrando ahora eran Charlie y Michel quienes cenaban a solas en un parador a las afueras de Nottingham, cuyo comedor permanecía abierto gracias a los sobornos de Michel. Como de costumbre, el penoso coche de Charlie estaba inservible en su último taller de pupilaje en Camden, pero Michel tenía un Mercedes; su marca preferida. El sedán estaba aparcado junto a la puerta trasera del teatro, y Michel hizo entrar rápidamente a Charlie para una carrera de diez minutos bajo la eterna lluvia de Nottingham. Y en todo ese tiempo ninguna rabieta de Charlie, ni ninguna duda pasajera, pudieron detener el brío del José narrador.

–Lleva guantes de conducir -dijo él-. Es una manía que tiene. Tú te fijas pero no haces comentarios al respecto.

Con orificios en el dorso, pensó ella, y preguntó:

–¿Qué tal conduce?

–No es un conductor nato, que digamos, pero tú no se lo echas en cara. Le preguntas dónde vive y él te dice que ha venido desde Londres sólo para verte. Le preguntas cuál es su profesión y él te dice que «estudiante». Le preguntas dónde estudia y él contesta «en Europa», dando a entender que Europa es más o menos una palabrota. Al presionarle tú, pero no mucho, te dice que sigue cursos en diferentes universidades, según las ganas que tenga y quién dé las clases. Los ingleses, dice, no entienden ese sistema de estudio. Cuando pronuncia la palabra «ingleses», a ti te suena hostil, no sabes por qué, pero hostil. ¿Siguiente pregunta?

–Dónde vive ahora.

–Contesta con evasivas. Como yo. A veces en Roma, te dice vagamente. Otras en Munich o en París, según le conviene. También en Viena. No dice que viva encerrado entre cuatro paredes, pero sí que no está casado cosa que a ti no te da mucha pena - José sonrió y retiró la mano-. Le preguntas qué ciudad le gusta más y él desecha la cuestión porque no hace al caso; le preguntas qué es lo que estudia, y te contesta que «Libertad»; le preguntas de dónde es y te responde que su país está actualmente bajo la ocupación enemiga. ¿Y cuál es tu reacción?

–El desconcierto.

–Sin embargo, con tu acostumbrada insistencia, vuelves a apremiarle y él pronuncia la palabra *Palestina*. Con gran pasión. Como si fuera un reto, un grito de guerra: *Palestina*. -Sus ojos estaban clavados en ella de tal forma que Charlie hubo de sonreír nerviosa y apartar la vista-. Debo recordarte que aunque en esta fase de la

historia tú mantienes relaciones íntimas con Alastair, éste se encuentra ahora tan ricamente en Argyll haciendo un anuncio de televisión para un producto de consumo completamente inservible, y tú te enteras de casualidad que él se lo está pasando en grande con la primera actriz. ¿Correcto?

–Correcto -dijo ella, y le sorprendió notar que se sonrojaba.

–Y ahora, dime qué significan para ti los palestinos, dicho en ese tono por un muchacho anhelante en un parador cerca de Nottingham en una noche de lluvia. Supongamos que él te lo pregunta. Eso. Te lo pregunta él.

¡Vaya!, pensó ella, ¡cuánto jaleo por una historia tan mala!

–Los admiro -dijo.

–Me llamo Michel.

–Los admiro, Michel.

–¿Por qué razón?

–Porque sufren. -Charlie se sintió un poco idiota-. Porque aguantan.

–Tonterías. Los palestinos somos un hatajo de terroristas analfabetos que ya deberían haber comprendido que han perdido su patria. No somos más que antiguos limpiabotas y vendedores ambulantes, delincuentes juveniles con ametralladoras y ancianos que se niegan a olvidar. Así pues, ¿qué somos? Dime tu opinión, yo sabré valorarla. Recuerda que aún te llamo Juana.

Respiró todo lo hondo que pudo. Al fin y al cabo, de algo le servirían aquellos fines de semana hablando de política.

–Está bien. Allá va: los palestinos (o sea, vosotros) sois gente buena y honrada, campesinos de nobles tradiciones injustamente obligados a abandonar vuestro país desde 1948 para apaciguar a los sionistas y así tener una cabeza de puente en Arabia.

–Tus palabras no me disgustan. Sigue, por favor.

Era estupendo descubrir hasta qué punto recordaba sus lecciones movida por los perversos dictados de José. Fragmentos de panfletos olvidados, sermones de amantes varios, arengas de luchadores por la libertad, trozos de libros mal leídos: todo ello venía en su ayuda cual fiel aliado.

–Sois el producto del sentimiento de culpabilidad que los europeos tienen respecto a los judíos... Os han obligado a pagar la penitencia por un holocausto en el que no tuvisteis parte... Sois víctimas del imperialismo racista y antiárabe con su política de expoliación y destierro...

–Y asesinato -apostilló José quedamente.

–... Y asesinato. -Titubeando otra vez, Charlie captó los ojos del desconocido clavados en ella y, como en Mykonos, no supo de repente qué significaba esa mirada-, En fin, eso sois los palestinos -dijo frívolamente-. Ya que me lo preguntas, que conste -añadió al ver que él no decía nada.

Continuó mirándole en espera de una pista. Coaccionada por su presencia, había

sepultado sus convicciones bajo la escoria de una existencia anterior. No quería saber nada de ellas, a menos que él lo preguntara.

–Fíjate que Michel no habla de banalidades -le dijo autoritariamente José, como si nunca hubieran intercambiado una sonrisa-. Que rápidamente ha apelado a tu lado serio. Por lo demás, es bastante meticuloso. Por ejemplo, lo tiene todo preparado para esta noche: la comida, el vino, las velas, incluso su conversación. Se podría decir que, con eficiencia propia de un israelí, ha organizado una verdadera campaña para capturar a su Juana de Arco.

–¡Qué vergüenza! -dijo ella muy seria, mirándose la pulsera.

–Y entretanto te dice que eres la actriz más brillante que conoce, lo cual, una vez más, según parece, no es que te deje de lo más consternada. Él insiste en confundirte con Juana de Arco, pero a ti ya no te incomoda tanto que el teatro y la vida sean inseparables a su modo de ver. Te explica que Juana de Arco ha sido su heroína desde la primera vez que leyó su historia. Aunque era una mujer, supo despertar la conciencia de clase del campesinado francés y conducirlo a la batalla contra el imperialismo británico opresor. Era una auténtica revolucionaria que supo encender la llama de la libertad para todos los explotados del mundo. Convirtió a los esclavos en héroes. Éste es el resumen de su análisis crítico. Cuando ella oye la voz de Dios, no está oyendo otra cosa que su conciencia revolucionaria instándola a oponer resistencia al colonialismo. No puede tratarse de la voz de Dios, porque según Michel Dios ha muerto. A lo mejor no te habías planteado estas cosas cuando hiciste la obra...

Ella seguía manoseando la pulsera.

–Bueno, puede que *algunas* se me pasaran por alto -admitió a la ligera, pero al levantar la vista se encontró con su pétrea mirada reprobatoria-. ¡Dios mío! -exclamó.

–Charlie, te lo adviene de corazón: no le tomes el pelo a Michel con tus astucias de occidental. Tiene un caprichoso sentido del humor y se queda cortadísimo cuando es objeto de un chiste, y más si quien lo hace es una mujer. -Una pausa para que la amonestación hiciese mella-. Muy bien. La comida es horrenda pero a ti te da lo mismo. Él ha pedido filete y no sabe que estás en una de tus fases vegetarianas. Comes un poco de carne para no ofenderle. En una carta posterior le cuentas que era el peor filete que habías comido en tu vida, y en cierto modo también el mejor. Mientras habla, no puedes pensar en otra cosa que en su voz apasionada y en su hermoso rostro árabe al otro lado de la vela. ¿De acuerdo?

–Sí -dijo ella, después de dudar y sonreír.

–Él te ama, ama tu talento, ama a Juana de Arco. Para los colonialistas británicos ella era una delincuente, te dice. Igual que todos los luchadores por la libertad: George Washington, Mahatma Gandhi, Robin Hood. Y también los soldados clandestinos que luchan por la independencia de Irlanda. Te das cuenta de que sus

ideas no son precisamente novedosas, pero en su fervorosa voz oriental, tan llena de... ¿cómo expresarlo...?, de naturalidad animal producen en ti un efecto hipnótico; dan vida nueva a los viejos estereotipos, es como descubrir nuevamente el amor. Para los británicos, prosigue Michel, quienquiera que combata el terror colonial es también un terrorista. Todos los británicos, excepto tú, son mis enemigos. Los británicos entregaron mi país al sionismo; embarcaron a los judíos de Europa con órdenes de transformar Oriente en Occidente. Les dijeron: *Id a someter el Oriente. Los palestinos son pura basura pero os servirán como lacayos*. Los viejos colonizadores británicos estaban cansados y derrotados, así que nos pusieron en manos de los nuevos colonizadores, que eran lo bastante crueles y fervorosos como para cortar por lo sano. *No os preocupéis por los árabes*, les dijeron los británicos. *Os prometemos mirar hacia otra parte cuando os las entendáis con ellos*. Escúchame. ¿Me estás escuchando?

¿Cuándo no te he escuchado, José?

–Michel es hoy tu profeta. Nadie te había hablado nunca con toda la fuerza de su fanatismo. A ti sola. Su convicción, su entrega, su devoción, resplandecen cuando él habla. En teoría, naturalmente, Michel está predicando ya al converso, pero en realidad lo que hace es implantar un corazón humano en el cajón de sastre de tus veleidosas ideas izquierdistas. Eso también se lo cuentas en una carta posterior, tenga o no tenga lógica implantar un corazón humano a un cajón de sastre. Tú quieres que te enseñe: él te enseña. Tú quieres que se ensañe con tu culpabilidad británica: y él lo hace también. De tu cinismo protector no queda ya ni rastro. Te sientes otra. ¡Cuán lejos está Michel de tus prejuicios pequeñoburgueses todavía intactos, de la indolencia de tu conmiseración de occidental! ¿Qué? -preguntó en voz baja José, como si ella le hubiera formulado una pregunta. Charlie meneó la cabeza y él siguió adelante, imbuido del fervor que tomaba en prenda de su suplente árabe.

–Michel ignora por completo que tú ya estás teóricamente de su lado y exige de ti una obsesión absoluta por su causa, una nueva conversión. Te lanza sus estadísticas como si hubieras sido tú la causante de las cifras. Más de dos millones de árabes cristianos y musulmanes, arrojados de su patria y privados de sus derechos desde 1948. Sus casas y sus pueblos arrasados por las excavadoras (te concreta el número exacto), su tierra expoliada por unas leyes en cuya elaboración no han podido participar (te recita el número de *dunams*, un *dunam* equivale a un millar de metros cuadrados). Tú preguntas y él contesta. Y cuando llegan al exilio, sus hermanos árabes los masacran y los tratan como si fueran escoria, y los israelíes bombardean sus campamentos y los ametrallan porque los palestinos se empeñan en resistir. Porque resistir, para los desposeídos, es como ser terrorista, mientras que colonizar y bombardear a los refugiados (diezmar la población) son lamentables necesidades de tipo político. Porque diez mil árabes muertos no valen lo que un judío muerto.

Escúchame bien. -José se inclinó y la agarró de la muñeca-. No hay un solo liberal en Occidente que no hable abiertamente de las injusticias cometidas en Chile, Sudáfrica, Polonia, Argentina, Camboya, Irán, Irlanda del Norte y otros lugares conflictivos de moda. Sin embargo, ¿quién se atreve a contar el chiste más cruel de la historia: que treinta años de Israel han convertido a los palestinos en los judíos de la Tierra? ¿Sabes cómo definían los sionistas a mi país antes de apoderarse de él? «Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra.» *¡Era como si no existiéramos!* Mentalmente, los sionistas ya habían cometido un genocidio; era el acto en sí lo único que les faltaba por hacer. Y los artífices de su alucinación fuisteis vosotros, los británicos. ¿Sabes cómo nació Israel? Fue un regalo de un territorio árabe que una potencia europea le hizo a un *lobby* judío. Sin consultar para nada a un solo habitante del territorio en cuestión. Y esa potencia era Gran Bretaña. ¿Hace falta que te diga *con detalle* cómo nació Israel...? ¿Es tarde, quizá? ¿Estás cansada? ¿Has de volver a tu hotel?

Mientras ella respondía a sus preguntas, tuvo tiempo para maravillarse ante la paradoja de un hombre capaz de bailar con sus propios y conflictivos fantasmas y mantener el equilibrio. Entre los dos ardía una vela. Metida en una grasienta botella negra, que sufría los ataques de una polilla que Charlie apartaba de tanto en tanto con el dorso de la mano, haciendo centellear su pulsera. Al resplandor de la misma, y mientras José hilvanaba su historia en torno a Charlie, ésta observó cómo su fuerte y disciplinado rostro se alternaba con el de Michel como dos imágenes superpuestas en una sola placa fotográfica.

-Escucha. ¿Me estás escuchando?

Te escucho, José. Te escucho, Michel.

-Nací en el seno de una familia patriarcal en un pueblo no muy lejos de El Khalil, una ciudad a la que los judíos llaman Hebrón. -Hizo una pausa: sus ojos oscuros la miraron enérgicamente-. *El Khalil* -repitió-. Recuerda este nombre, es muy importante para mí por diversas razones. ¿Te acordarás? ¡Vamos, dílo!: Khalil.

Ella lo dijo.

-El Khalil es un gran núcleo de la fe ortodoxa del Islam. En árabe significa «amigo de Dios». Los habitantes de El Khalil o Hebrón son la elite de Palestina. Y te voy a contar una cosa que te hará reír con ganas. Se cree que el único lugar de donde no fueron expulsados los judíos es el monte Hebrón, al sur de la ciudad. Así pues, es posible que corra sangre judía por mis venas. Pero yo no me avergüenzo de ello. No soy antisemita, sólo antisionista. ¿Me crees?

No esperó a que ella se lo confirmara; no le hacía falta.

-Yo era el menor de cuatro hermanos y dos hermanas. Todos trabajábamos la tierra, mi padre era el *mukhtar* o jefe, elegido por el consejo de ancianos. Nuestro pueblo era conocido por sus higos y sus uvas, por sus guerreros y sus mujeres, tan hermosas y sumisas como tú. Muchos pueblos son famosos por una sola cosa: el

nuestro lo era por muchas.

–Naturalmente -musitó ella. Pero José estaba demasiado lejos como para que le afectara su sarcasmo.

–Pero lo que le dio más fama fueron los sabios consejos de mi padre, quien creía que musulmanes, cristianos y judíos debían formar una sola sociedad, del mismo modo que los profetas de las tres religiones viven juntos y en armonía en el cielo bajo la tutela de un Dios común. Te hablo mucho de mi padre, de mi familia, de mi pueblo. Ahora y más adelante. Mi padre admiraba a los judíos. Había estudiado el sionismo y le gustaba convocarlos a nuestro pueblo para hablar con ellos. Obligó a mis hermanos a aprender hebreo. De pequeño, yo escuchaba a los hombres al caer la noche cantando canciones sobre antiguas guerras. De día, me llevaba el caballo del abuelo a beber al río y escuchaba las historias de viajeros y buhoneros. Cuando te hablo de este paraíso, parece como si estuviera recitando versos. Puedo hacerlo. Tengo ese don. De cómo en la plaza del pueblo bailábamos la *dabke* y oíamos tocar el *oud*, mientras los viejos del lugar jugaban al backgammon y fumaban sus nargilés.

Eran palabras que para ella no tenían ningún sentido, pero era lo bastante lista como para no interrumpirle.

–En realidad, como admito sin reservas, recuerdo poco de todas estas cosas. En realidad, me valgo de lo que recuerdan mis mayores, pues es así como sobreviven nuestras tradiciones en el exilio de los campos de refugiados. A medida que se suceden las generaciones, nos vemos obligados cada vez más a vivir de la memoria de los ancianos. Los sionistas te dirán que carecemos de cultura, que no existimos; que somos unos degenerados y que vivíamos en chozas hechas de adobe y que íbamos con repugnantes harapos. Te dirán palabra por palabra las cosas que antes decían de los judíos los antisemitas de Europa. En ambos casos, la verdad es la misma: éramos un pueblo noble.

Al asentir él con su morena cabeza pareció indicar que sus dos identidades estaban de acuerdo en este punto.

–Te explico cómo era nuestra vida de campesinos y los muchos e intrincados sistemas que nuestra comunidad adoptaba para sobrevivir. De cómo todo el pueblo iba a trabajar a los viñedos durante la vendimia a las órdenes del *mukhtar*, mi padre. De cómo mis hermanos mayores empezaron a ir al colegio a una escuela fundada por los británicos durante el mandato. Te reirás, pero mi padre también creía en los británicos. De cómo en la casa de huéspedes que había en el pueblo guardaban el café caliente a todas horas del día para que nadie pudiera decir de nosotros: «Qué pobre es esta aldea, y qué poco hospitalarios sus habitantes.» ¿Quieres saber lo que pasó con el caballo de mi abuelo? Lo cambió por una escopeta para poder matar sionistas cuando atacaran nuestro pueblo. Pero fueron los sionistas quienes mataron a mi abuelo, y obligaron a mi padre a presenciar su ejecución. A mi padre, que había creído en

ellos...

–¿Eso también es verdad?

–Pues claro.

Pero ella no supo si quien hablaba era José o Michel, y estaba convencida de que él no tenía intención de decírselo.

–Siempre me refiero a la guerra del 48 como a la Catástrofe. No la guerra: la Catástrofe. En la Catástrofe del 48 fueron puestas al descubierto las flaquezas de un pueblo pacífico. Carecíamos de organización, no podíamos defendernos frente a un agresor armado. Nuestra cultura estaba orientada a pequeñas comunidades autosuficientes, igual que nuestra economía. Pero al igual que los judíos de Europa antes del holocausto, carecíamos de unidad política, y ésa fue nuestra ruina: nuestras comunidades peleaban demasiado a menudo entre ellas, lo cual es una maldición que pesa sobre los árabes de todo el mundo, y quizá sobre los judíos. ¿Sabes qué hicieron los sionistas en mi pueblo para no salir corriendo como nuestros vecinos?

Lo supiera o no, daba lo mismo porque él no le hacía ningún caso.

–Prepararon unas bombas con barriles llenos de gasolina y explosivos y las arrojaron colina abajo, abrasando vivos a nuestras mujeres y niños. Podría estar una semana entera hablándote de las torturas que infligieron a los míos. Manos cortadas, mujeres violadas y quemadas vivas, niños a los que quitaban los ojos...

Charlie volvió a mirarle tratando de descubrir si él creía en lo que estaba diciendo; pero más allá de una expresión solemne que podía haber encajado en cualquiera de sus dos personalidades, José parecía inescrutable.

–Oirás de mí las palabras «Deir Yasseen». ¿Te suenan de algo? ¿Sabes qué significan?

–No, Michel, no me suenan de nada.

–Entonces, pregúntame -dijo él, complacido-: ¿Qué es Deir Yasseen?

Así lo hizo ella. Dígame, señor, ¿qué es Deir Yasseen?

–Te hablo una vez más como si fuera ayer que lo vi con mis propios ojos. El 9 de abril de 1948, en la pequeña aldea árabe de Deir Yasseen, doscientos cincuenta y cuatro habitantes, entre ancianos, mujeres y niños, fueron masacrados por los escuadrones del terror sionista mientras los jóvenes trabajaban en el campo. Mataron a los fetos de las embarazadas en su propio vientre. La mayoría de los cadáveres fueron arrojados a un pozo. En cuestión de días, casi medio millón de palestinos había huido de su país. El pueblo de mi padre fue una excepción. Él dijo: «Nos quedamos. Si vamos al exilio, los sionistas jamás nos dejarán volver.» Incluso creía que vosotros los británicos vendríais a salvarnos. No entendía que vuestras ambiciones imperialistas exigían la implantación de un obediente aliado de Occidente en el corazón de Oriente Medio.

Charlie captó su mirada y se preguntó si él se daría cuenta de su desabrimiento

interior o si tenía intención de hacer caso omiso. Fue más tarde cuando se le ocurrió que la estaba motivando expresamente a alejarse de él para pasarse al otro bando.

–Durante casi veinte años a partir de la Catástrofe, mi padre se aferró a lo que quedaba de nuestro pueblo. Unos le llamaron testarudo y otros tonto. Sus compatriotas que habían abandonado Palestina le llamaron colaboracionista. No tenían ni idea. No habían sentido en sus cuellos el yugo sionista. En las regiones circundantes a la nuestra, la gente era expoliada, golpeada, detenida. Los sionistas les confiscaban las tierras, arrasaban sus casas con excavadoras y erigían encima colonias nuevas en las que ningún árabe tenía permiso para vivir. Pero como mi padre era un hombre sabio y pacífico, logró mantener durante un tiempo a los sionistas alejados de nuestra casa.

Otra vez deseaba preguntarle: ¿es eso cierto? Pero había vuelto a llegar tarde.

–Pero en la guerra del 67, al aproximarse los tanques a nuestro pueblo, nos vimos obligados también a cruzar el Jordán. Con lágrimas en los ojos, mi padre nos reunió y nos dijo que juntáramos todas nuestras pertenencias. «Los pogromos van a empezar de un momento a otro», dijo, y yo le pregunté (yo, el benjamín, que no sabía nada): «Padre, ¿qué son los pogromos?» Y él respondió: «Lo que los occidentales hicieron a los judíos y ahora los sionistas nos hacen a nosotros. Han cosechado una gran victoria y podrían darse el lujo de ser magnánimos, pero su política no es nada virtuosa.» Hasta el día en que muera recordaré a mi orgulloso padre entrando en la mísera choza que entonces era nuestra casa. Se quedó un buen rato en el umbral, esperando a cobrar arrestos para cruzarlo. No se le vio ni una lágrima, pero se quedó varios días sentado sobre una caja donde estaban sus libros, sin comer nada. Yo creo que envejeció veinte años de golpe. Solía decir después: «Acabo de poner el pie en mi tumba. Esta choza es mi sepultura.» Desde el momento de nuestra llegada al Jordán nos habíamos convertido en ciudadanos sin patria, sin papeles, derechos, futuro ni trabajo. ¿Mi colegio? Una barraca de uralita repleta de moscas rechonchas y niños desnutridos. Al Fatah ha sido mi escuela. Hay mucho que aprender: a disparar, a combatir al agresor sionista.

Hizo una pausa, y ella creyó que la miraba sonriente, pero el regocijo brillaba por su ausencia.

–Lucho luego existo -proclamó en voz baja-. ¿Sabes quién dijo esto? Pues un sionista. Un idealista y patriótico sionista, amante de la paz, que ha matado a muchos británicos y palestinos empleando métodos terroristas, pero como es sionista no se considera terrorista, sino un héroe y un patriota. ¿Sabes qué era este civilizado sionista amante de la paz cuando dijo esas palabras? Era el primer ministro de un país al que llaman Israel. ¿Sabes cuál es el origen de este primer ministro sionista? Pues Polonia. Y ahora, dime, tú que eres una inglesa culta puesto que yo no soy más que un campesino sin patria, dime cómo es posible que un polaco se convirtiera en

gobernante de mi país. Palestina, un polaco cuya única razón de existir es la lucha... Explícame en base a qué principio de la justicia, la imparcialidad y el proverbial juego limpio ingleses gobierna mi país este individuo, con qué derecho nos llama terroristas a *nosotros*.

La pregunta se le escurrió a ella de los dedos antes de que tuviera oportunidad de censurarla. No la formuló como un desafío. Salió por sí sola del caos que él estaba suscitando en ella:

—¿Y tú, qué?

José no respondió, aunque tampoco eludió la cuestión. Se hacía eco de ella. Charlie tuvo la brevísima impresión de que la estaba esperando. Entonces él se rió, una risa poco simpática, y alzó su vaso hacia ella.

—Vamos, brinda por mí -le ordenó-. Levanta tu vaso. La historia es de los ganadores. ¿Habías olvidado algo tan simple? ¡Bebe conmigo!

Vacilante, Charlie le acompañó en el brindis.

—Por la pequeña y gallarda Israel -dijo José-, Por su asombrosa capacidad de supervivencia gracias a una subvención norteamericana de siete millones de dólares diarios, y todo el poderío del Pentágono bailando al son que ella les toca. -Sin beber, dejó su vaso otra vez sobre la mesa. Ella le imitó. Comprobó entonces, consolada, que con aquel significativo gesto el melodrama parecía haber concluido momentáneamente-. Y tú, Charlie, eres toda oídos, comprendes. Estás extasiada y atemorizada: por su romanticismo, por su hermosura, por su fanatismo. Él no conoce la reticencia ni las inhibiciones occidentales. ¿Funciona la historia, o acaso el tejido de tu imaginación ha rechazado el turbador trasplante?

Tomando la mano de él, Charlie le exploró la palma con la punta de un dedo.

—¿Y su inglés está a la altura de sus palabras? -preguntó, ganando tiempo.

—Posee un vocabulario saturado de jerga y una impresionante reserva de frases retóricas, discutibles estadísticas y citas tortuosas. A pesar de ello, sabe comunicar la excitación de una mente joven y apasionada en pleno desarrollo.

—¿Y qué hace Charlie mientras tanto? ¿Quedarse ahí sentada como una idiota, colgada de todo lo que dice? ¿Qué hago yo: animarle?

—Según el guión, tu papel es prácticamente insignificante. Michel medio te hipnotiza a través de la vela. Así es como se lo explicas después en una carta. No olvidaré mientras viva tu hermoso rostro al otro lado de la vela la primera noche que pasamos juntos. ¿Te resulta demasiado kitsch, demasiado pintoresco? Charlie soltó su mano.

—¿Qué cartas? -dijo-. ¿De dónde salen tantas cartas?

—De momento, vamos a quedar en que tú le escribes más adelante. Déjame que te lo pregunte otra vez: ¿funciona?, ¿o matamos al guionista y lo dejamos correr?

Charlie tomó un trago de vino. Y otro más.

–Funciona. Al menos, por ahora.

–¿Y la carta...? No mucho... ¿Tú escribirías una cosa así?

–Si no es una carta de amor, ¿dónde más va uno a soltarlo todo?

–Magnífico. Entonces, es así como lo escribes, y es así como la historia se desarrolla hasta el momento. A excepción de un punto. Ésta no es la primera vez que te ves con Michel.

Sin ninguna teatralidad, Charlie dejó el vaso en la mesa de golpe. Parecía poseído de una nueva excitación:

–Escúchame bien -dijo, inclinándose hacia adelante, y la luz de la vela alumbró su bronceada sien como el sol un casco-. Escúchame, Charlie -repitió-. ¿Me estás escuchando?

Una vez más, no se molestó en esperar una respuesta.

–Una cita. Es de un filósofo francés: «El mayor crimen es no hacer nada por miedo a no poder hacer más que un poco.» ¿Te suena de algo?

–Virgen Santa -dijo Charlie, y de pronto, como para protegerse, cruzó los brazos sobre su pecho.

–¿Continúo? -De todos modos, continuó-. ¿No te hace pensar en nadie? «La única guerra de clases es la que hay entre colonialistas y colonizados, entre capitalistas y explotados. Nuestra misión es llevar la guerra al terreno de los que la provocan. A los millonarios racistas, que ven al Tercer Mundo como su huerto particular. A los corrompidos jeques del petróleo que han vendido el patrimonio de todos los árabes.» -Hizo otra pausa para observar cómo Charlie había deslizado la cabeza entre las manos.

–Basta, José -masculló-. Esto es demasiado. Dejémoslo.

–«A los imperialistas, que fomentan la guerra y arman al agresor sionista. A la insensata burguesía occidental, ella misma inconsciente esclava y perpetuadora de su propio sistema. -Hablaba apenas en un susurro y sin embargo su voz era cada vez más penetrante-. El mundo nos grita que no deberíamos atacar a mujeres y niños inocentes. Pero yo os digo que la inocencia ha dejado de existir. Por cada niño que muere de hambre en el Tercer Mundo, hay otro en Occidente que le ha robado el pan...»

–Basta ya -repitió ella, viendo que ya no había remedio-. Es suficiente: me rindo.

Pero él siguió con su proclama:

–«Cuando yo tenía seis años, me echaron de mi país. Cuando tenía ocho, me uní al Ashbal. A ver: ¿qué es el Ashbal? Vamos, Charlie. Eso lo preguntas tú. ¿No fuiste tú quien preguntaste, quien levantaste la mano para preguntar qué es el Ashbal?» ¿Qué te contesté yo?

–La milicia infantil -dijo ella cogiéndose la cabeza entre las manos-. Estoy a punto de vomitar, José.

–«A los diez años me escondía en un refugio casero mientras los sirios lanzaban cohetes sobre nuestro campamento. A los quince, mi madre y mi hermana murieron en un ataque aéreo de los sionistas.» Sigue tú, por favor. Acaba la historia...

Ella había vuelto a cogerle la mano, esta vez con las dos suyas, y se la estaba golpeando suavemente contra la mesa en señal de reconvención.

–«Si se puede bombardear a los niños, entonces éstos también pueden pelear» -le recordó él-. ¿Y si ellos colonizan? Entonces ¿qué? ¡Vamos, habla!

–Entonces hay que matarlos -musitó ella a regañadientes.

–¿Y si sus madres les dan de comer y les enseñan a robar nuestras casas y a bombardear a nuestra gente en el exilio?

–Entonces sus madres están en el frente con sus esposos. José, por favor...

–¿Qué hay que hacer con ellas, entonces?

–Matarlas también. Pero yo no le creí cuando lo dijo, y ahora tampoco.

Él pasó por alto sus protestas. Aquello era una enérgica declaración de amor eterno.

–Escucha. A través de los orificios de mi capucha negra, mientras te infundía mi mensaje revolucionario, me fijé en cómo me mirabas embelesada. Me fijé en tu pelo rojo, en tus marcados rasgos revolucionarios. ¿No es una ironía que en nuestro primer encuentro fuera yo el que estaba en escena y tú entre el público?

–¡De embelesada, nada! Pensé que te estabas pasando de la raya, ¡y a poco estuve de decírtelo a la cara!

Pero él siguió, impenitente:

–Fueran cuales fueran tus sentimientos, aquí en este motel de Nottingham, bajo mi hipnótica influencia trastocas inmediatamente tus recuerdos y me dices que aunque no podías verme la cara, mis palabras han quedado grabadas a fuego en tu memoria para siempre jamás. ¿Por qué no...? Vamos, Charlie. ¡Lo dices en tu carta!

Ella no se dejaba convencer. Todavía no. Y de pronto, por primera vez desde que José había iniciado su narración, Michel se convirtió en una criatura viva y aislada para ella. Hasta ese momento, ahora se daba cuenta, Charlie se había servido, de los rasgos de José para explicarse a su amante imaginario, y de la voz de José para caracterizar su discurso. Ahora, como una célula que se divide, los dos hombres se habían convertido en seres independientes y encontrados, y Michel tenía por fin su propia dimensión en la realidad. Charlie visualizó nuevamente la sala de conferencias sin barrer y con la abarquillada fotografía de Mao y los arañosos bancos de colegio. Visualizó las hileras de cabezas desiguales, con peinados afro, Jesucristo Superstar y así sucesivamente, y a Long Al arrellanado en el banco contiguo al suyo en un estado de alelamiento alcohólico. Y en el estrado vio a la solitaria y enigmática figura del gallardo representante de Palestina, más bajo que José, puede que también un poquitín más fornido aunque resultaba difícil decirlo, pues estaba embozado en su

máscara negra, su informe camisa caqui y su *kaffiyeh* blanco y negro. Pero, eso sí, más joven y también más fanático. Recordó sus labios de pez, inexpresivos dentro de su jaula, el pañuelo rojo atado al cuello de modo desafiante y las manos enguantadas que gesticulaban al son de sus palabras. Pero, sobre todo, recordó su voz: no una voz gutural, como ella había esperado, sino de acento literario y considerado, en macabro contraste con su sanguinario mensaje revolucionario. Que tampoco era la de José. Recordó cómo la voz se interrumpía, en un estilo nada propio de José, para pronunciar de nuevo una frase difícil, buscando los términos gramaticalmente más apropiados: «Las armas y el Regreso son para nosotros una misma cosa... un imperialista es todo aquel que no colabora en nuestra revolución... no hacer nada es otorgar la injusticia...»

–Te quise inmediatamente -estaba diciendo José, con el mismo tono de fingida retrospección-. O al menos así te lo digo ahora. En cuanto terminó la conferencia, pregunté quién eras, pero no me sentí capaz de abordarte delante de tantas personas. También era consciente de que no podía mostrarte mi cara, que es una de mis mejores cartas. De ahí que decidiera ir a buscarte al teatro. Hice mis pesquisas, te seguí hasta Nottingham, y aquí me tienes. Te amo ilimitadamente, firmado: ¡Michel!

Como si intentara rectificar, José exageró muchísimo sus diferencias hacia ella. Volvió a llenarle el vaso, pidió un café -no muy dulce, como a ti te gusta-, le preguntó si quería ir a lavarse. No, gracias, estoy bien así, dijo ella. El televisor mostraba imágenes de un político risueño bajando por la escalerilla de un avión y llegando al pie de la misma sin contratiempo.

Concluidos sus servicios, José echó un significativo vistazo a la cantina y luego miró a Charlie, y su voz se transformó en el vehículo quintaesenciado del espíritu práctico.

–Bueno, Charlie. Veamos: tú eres su Juana de Arco, su amor, su obsesión. El personal se ha ido, estamos los dos solos en el comedor. Tu desenmascarado admirador y tú. Es más de media noche y llevo demasiado rato hablándote, aunque apenas si he empezado a abrirte mi corazón o a pedir que me hables de ti, por quien siento un amor incomparable, una experiencia totalmente nueva para mí, etcétera, etcétera. Mañana es domingo, no tienes compromisos teatrales, y yo he alquilado una habitación en el motel. No hago intento alguno de persuadirte. No es mi estilo. Puede también que respete enormemente tu dignidad. O puede que sea demasiado orgulloso para pensar que haga falta persuadirte de nada. O vienes conmigo como camarada, como verdadera seguidora del amor libre, de soldado a soldado... o nada. ¿Cuál es tu reacción? ¿Te entran de repente las ganas de volverte al Astral Commercial, cerca de la estación?

Ella le miró y luego apartó la vista. Se le ocurrían media docena de respuestas jocosas pero se las calló. Una vez más, la figura individual y encapuchada de sus

sesiones semanales era una abstracción. Quien había formulado la pregunta era José, no el desconocido. ¿Y qué podía decir ella cuando, mentalmente, estaban ya en la cama, reclinada la cabeza de José en su hombro, estirado su acribillado cuerpo junto al de ella, mientras Charlie trataba de averiguar cuál era su verdadera personalidad?

–Al fin y al cabo, Charlie, tú misma dijiste que te habías acostado con muchos hombres por mucho menos.

–¡Oh, sí, mucho menos! -concedió ella, interesándose repentinamente por el salero de plástico.

–Llevas esa joya tan cara que te ha regalado. Estás sola en una ciudad poco menos que tétrica. Llueve. Te tiene hechizada: halaga a la actriz y seduce a la revolucionaria. ¿Cómo te vas a negar?

–Además me invitó a comer -le recordó ella-. Aunque yo había dejado de comer carne.

–Yo creo que una occidental aburrida no puede pedir más.

–José, por favor... -murmuró ella sin atreverse a mirarle siquiera.

–De acuerdo, entonces -dijo él enérgicamente, pidiendo la cuenta con una señal-. Enhorabuena. Acabas de encontrar a tu pareja perfecta.

Su manera de hablar parecía impulsada por una misteriosa brutalidad. Charlie tenía la absurda sensación de que su conformidad le había molestado. Vio cómo pagaba la cuenta y cómo se guardaba el recibo. Salieron a la calle, ella detrás de él. Soy la chica que se prometió dos veces, se dijo. Si amas a José, has de pasar por Michel. En el teatro de lo real, él me ha servido de chulo para su fantasma.

–Cuando estáis en la cama te dice que su verdadero nombre es Salim, pero que es un secreto -dijo José como si tal cosa al subir al coche-. Él prefiere Michel, en parte por razones de seguridad, y en parte porque se ha encaprichado ya de la decadencia europea.

–Pues a mí me gusta más Salim.

–Pero empleas a Michel.

Lo que tú digas, pensó ella. Pero esa pasividad suya no era más que un engaño, incluso para sí misma. Notaba cómo la cólera se le ponía en movimiento, muy soterrada aún, pero creciendo y creciendo.

El motel en cuestión era como una nave de fábrica de poca altura. Al principio no encontraban dónde aparcar, pero luego un microbús Volkswagen avanzó para dejarles sitio, y Charlie atisbo la silueta de Dimitri al volante. Cogiendo las orquídeas como José le había dicho que lo hiciese, aguardó a que él se pusiera el blazer rojo y luego le siguió por la zona alquitranada hasta el porche delantero; pero todo ello a regañadientes, manteniendo las distancias. José llevaba su bolso así como la elegante cartera negra. Devuélvemelo, es mío. En el vestíbulo, Charlie vio por el rabillo a

Raoul y Rachel de pie bajo la infame iluminación de cabaret, leyendo los avisos sobre excursiones para el día siguiente. Les lanzó una mirada feroz. José se llegó al mostrador y ella se acercó para ver cómo firmaba en el registro, aunque él le había dicho claramente que no lo hiciera. Apellido árabe, nacionalidad libanesa y dirección el número de un apartamento en Beirut. Sus modales eran desdeñosos, los propios de un hombre bien situado y dispuesto a ofenderse a la mínima. Eres un buen actor, pensó ella con melancolía mientras intentaba odiarle. Nada de sobreactuación, sino estilo a grandes dosis: has hecho tuyo el papel. El aburrido director de noche le lanzó a Charlie una mirada lasciva, pero sin la falta de respeto a que ella estaba acostumbrada. El portero estaba cargando su equipaje en una enorme carretilla de hospital. Llevo puesto un caftán azul y una pulsera de oro y ropa interior de Perséphone de Munich, y morderé al primer palurdo que me llame furcia. José la tomó del brazo: su mano le abrasó la piel. Charlie se soltó. Vete a la mierda. A los acordes de un canto gregoriano por el hilo musical, siguieron a su equipaje por un túnel grisáceo de puertas de colores pastel. Su habitación tenía una cama doble, era tipo *grana luxe* y aséptica como un quirófano.

–¡Hostia! -exclamó ella, mirando en torno ofuscada por el odio.

El portero, sorprendido, se volvió hacia ella, pero Charlie no le hizo ni caso. Vio una fuente con fruta variada, un cubo con hielo, dos vasos y una botella de vodka esperando junto a la cama. Un jarrón para las orquídeas. Charlie las metió en el jarrón. José dio propina al conserje, el carretón partió con un chirrido de ruedas y de repente estuvieron a solas con una cama del tamaño de un campo de fútbol, dos carboncillos representando a sendos toros minoicos para dar un ambiente de erótico buen gusto y un balcón con una magnífica vista del aparcamiento. Charlie sacó la botella del cubo, se sirvió una copa y se derrumbó sobre el borde de la cama.

–Salud, pariente -dijo ella.

José no se había sentado aún y la miraba sin expresión.

–Salud, Charlie -respondió, aunque no había cogido el vaso.

–Bien, ¿y ahora qué? ¿Jugamos al palé? ¿O es que todo el numerito ha sido sólo para llegar a esto? -Ahora hablaba más alto-. A ver, dime: ¿Nosotros qué coño pintamos aquí? Por pura información, ¿eh? ¿Quién diablos somos? Vamos, di.

–Sabes muy bien quienes somos, Charlie: dos enamorados que disfrutaban de su luna de miel en Grecia.

–Creía que estábamos en un parador de Nottingham.

–Hacemos los dos papeles al mismo tiempo. Pensaba que lo habías comprendido. Es la manera de crear el pasado y el presente.

–Ya. Porque vamos mal de tiempo.

–Digamos que porque peligran vidas humanas.

Charlie bebió un poco más de vodka. Su mano estaba firme como una roca, pues

así se comportaba su pulso cuando se ponía de un humor de perros.

–Vidas judías... -le corrigió ella.

–¿Acaso son distintas de las otras?

–¡Sí señor! ¡Sí que lo son, coño! Nadie levanta un dedo si Kissinger bombardea a los puñeteros camboyanos hasta que las ranas críen pelo. Los israelíes pueden hacer trizas a los palestinos cuando les plazca. Ah, pero si alguien se carga a un par de rabinos en Frankfurt o donde sea... Oh, sí, ya veo: es un verdadero desastre internacional de primera magnitud.

Su mirada estaba más allá de él, fija en su enemigo imaginario, pero por el rabillo del ojo vio que avanzaba resueltamente hacia ella y durante un momento de lucidez llegó a pensar que José iba a dejarse de cuentos de una vez por todas. Pero en vez de eso se dirigió a la ventana para abrirla, quien sabe si para ahogar su voz con el ruido de la circulación.

–Todo son desastres -replicó él sin emoción, mirando al exterior-. Pregúntame lo que sienten los habitantes de Kiryat Shmonah cuando caen los obuses palestinos. Que te cuenten los de los kibbutz cómo aúllan los cohetes Katyusha, de cuarenta en cuarenta, mientras ellos corren a esconder a sus hijos en un refugio fingiendo que todo es un juego. -José hizo una pausa y lanzó una especie de hastiado suspiro, como si sus propios razonamientos le resultaran ya demasiado oídos-. Sin embargo -añadió con tono más pragmático-, la próxima vez que utilices este argumento, te sugiero que recuerdes que Kissinger es judío. Eso cabe también en el vocabulario político un tanto primario de Michel.

Charlie se llevó los nudillos a la boca y descubrió que estaba llorando. Él fue a sentarse en la cama, junto a ella, y Charlie esperó a que le rodeara con su brazo o que siguiera brindándole sus sabios razonamientos o, simplemente, que la poseyera, como ella habría preferido por encima de todo. Pero él no hizo ni esto ni aquello. Se limitó a dejarla a solas con sus lágrimas hasta que ella tuvo poco a poco la sensación de que él se había hecho cargo de cuál era su situación y que ambos lloraban juntos. Más que las palabras, su silencio mitigó lo que tenían que hacer. Estuvieron así como un siglo, uno al lado del otro, hasta que ella dejó que sus sollozos dieran paso a un profundo y extenuado suspiro. Pero él siguió sin moverse, ni para acercarse ni para alejarse.

–José -susurró impotente Charlie, tomándole otra vez de la mano-. ¿Quién diablos eres tú? ¿Qué es lo que *sientes* tras todas esas alambradas mentales?

Al levantar la cabeza, Charlie empezó a oír sonidos de otras vidas en las habitaciones contiguas. El quejumbroso parloteo de un niño insomne, una acalorada discusión conyugal... y pisadas en el balcón. Al volverse vio a Rachel con un chándal de toalla, entrando en la habitación provista de un neceser y un termo.

Demasiado cansada para dormir, permaneció tumbada con los ojos abiertos.

Aquello no parecía Nottingham. De la habitación de al lado le llegaba el ruido amortiguado de una conversación telefónica y le pareció reconocer la voz de él. Estaba en brazos de Michel. En brazos de José. Pero deseaba a Al. Estaba en Nottingham con el amor de su vida, a salvo en Camden, en su propia cama, en el cuarto que su condenada madre seguía llamando el cuarto de los niños. Yacía como cuando de niña le había derribado su caballo, contemplando la película de su vida y explorando su propia mente tal como había hecho con su cuerpo, palpando cada parte para ver si había lesiones. A un kilómetro de ella, en la misma cama, Rachel leía a Thomas Hardy en edición de bolsillo a la luz de la lamparita.

—¿Dónde está su pareja? ¿Quién le zurce los calcetines, Rachel, quién le vuelve a llenar la pipa?

—¿No sería mejor que se lo preguntaras a él?

—¿Eres tú?

—Qué va. Eso no funcionaría. A la larga, seguro que no.

Charlie se quedó adormilada tratando de averiguarlo.

—¿Ha sido un luchador? -dijo.

—Sí, el mejor -sentenció Rachel, satisfecha-. Aún lo es.

—¿Y cómo fue que se metió en líos?

—Los líos le han venido solos, ¿no crees? -dijo Rachel, absorta todavía en su lectura.

—Estuvo casado... -dijo Charlie haciendo otra intentona-. ¿Qué fue de ella?

—Perdón, ¿cómo dices?

—Me pregunto si saltó ella o la empujaron, como se suele decir -musitó Charlie, pasando por alto el desaire de Rachel-. Maldita la gracia que me hace, pero me lo pregunto. Pobre tía. Sólo para subir con él al autobús tendría que ser como seis camaleones al menos. -Se quedó un rato callada-. ¿Cómo te metiste en esto, Rachel? -preguntó después, y, sorprendentemente, Rachel dejó abierto el libro sobre su vientre y se lo contó. Sus padres eran judíos ortodoxos de Pomerania. Se habían establecido en Macclesfield después de la guerra y habían hecho fortuna en la industria textil.

—Tenían sucursales en Europa, y un ático en Jerusalén -explicó sin inmutarse. Habían querido que Rachel estudiara en Oxford para entrar en la empresa familiar, pero ella había preferido matricularse en la Universidad Hebrea para estudiar la Biblia y la historia de los judíos.

—Pasó lo que tenía que pasar -contestó al preguntarle Charlie sobre el siguiente paso.

Pero ¿cómo? insistió Charlie. ¿Por qué?

—¿Quién te reclutó, Rachel, qué te dicen cuando eso ocurre?

Rachel no pensaba decir el cómo ni el quién, pero sí el por qué. Conocía Europa, dijo, y sabía lo que era el antisemitismo. Y quiso enseñarles a aquellos *sabrás*

engreídos, héroes de pacotilla, que había en la universidad que ella podía luchar por Israel como cualquier muchacho.

–¿Y Rose qué? -dijo Charlie, probando suerte.

Lo de Rose era más complicado, le explicó Rachel, como si lo suyo no lo fuese. Rose había estado en las juventudes sionistas en Sudáfrica, y al llegar a Israel dudó de si no habría sido mejor quedarse y combatir el *apartheid*.

–Digamos que lo suyo es más duro, porque no sabe cuál de las dos cosas debería estar haciendo -explicó Rachel, y luego, con una firmeza que atajaba de raíz toda posible discusión, siguió leyendo su *Mayor of Casterbridge*.

Un empacho de ideales, se dijo Charlie. Hace dos días no sabía ni lo que era un ideal. Y se preguntó si ahora tenía alguno. Mañana ya veremos. Estuvo un rato adormilada dejándose llevar por unos imaginarios titulares: «famosa soñadora topa con la realidad», «juana de arco quema vivo a un activista palestino». Que sí, Charlie, que sí. Buenas noches.

La habitación de Charlie, en el mismo pasillo, disponía de camas gemelas. El hotel no llegaba a más en su reconocimiento del celibato. Becker yacía en una y contemplaba absorto la otra, con el teléfono en la mesilla que había entre ambas. Faltaban diez minutos para la una y media, y la una y media era la hora convenida. El portero de noche había recibido su propina al prometer que le pasaría la llamada. Becker solía tener insomnio, sobre todo a esa hora. Para pensar con claridad, para plantearse las cosas ajustadamente y olvidar lo que había quedado atrás. O lo que no. El teléfono sonó a la hora prevista y la voz de Kurtz le saludó al momento. ¿Dónde debe de estar?, se preguntó Becker. Oyó música de fondo y adivinó que se trataba de un hotel. Ah, sí, en Alemania. Llamada de un hotel de Alemania a un hotel de Delfos. Kurtz habló en inglés porque era menos conspicuo, y lo hacía como quien no quiere la cosa para no alertar a un poco probable escuchador furtivo. Sí, todo iba bien, le aseguró Becker, no creo que vaya a producirse ningún tropiezo. ¿Qué hay de los últimos resultados? preguntó.

–Estamos obteniendo una colaboración de primer orden -le aseguró Kurtz con el tono exagerado que empleaba para enardecer a su extensa tropa-. Cuando quieras, puedes pasarte por el almacén: estoy seguro de que no te defraudará. Y otra cosa.

Becker raramente terminaba sus conversaciones telefónicas con Kurtz ni éste con aquél. Era una norma que seguían. Solían rivalizar entre los dos, cosa rara, por ver quién se libraba antes de la compañía del otro. No obstante en esta ocasión Kurtz estuvo escuchando hasta el final lo mismo que Becker. Pero al colgar el teléfono, Becker vio sus bonitas facciones en el espejo y se quedó mirándolas con intenso fastidio. De pronto fue como si viera las luces de un buque de salvamento, y se sintió abrumado por un morboso deseo de apagarlas de una vez por todas: ¿Quién diablos

eres...? *¿Cuáles son tus sentimientos?* Se acercó un poco más al espejo. Me parece estar viendo a un actor, un actor como tú, rodeándose de diferentes versiones de sí mismo porque el original se le ha perdido por el camino. Pero lo que es *sentir*, no siento nada, porque el verdadero sentimiento es subversivo, y contrario a la disciplina militar. Por tanto no siento nada; pero lucho, luego existo.

Fue andando impacientemente por la ciudad, a grandes zancadas y mirando con dureza hacia adelante, como si le fastidiara tener que andar y la distancia, como siempre, fuera demasiado corta. Era una ciudad que esperaba ser atacada de un momento a otro; en los últimos veinte años o más había conocido muchas en ese estado. La gente había huido de las calles, no se oían niños. Coches y autocares aparcados aparecían dejados a su suerte por sus propietarios, y sólo Dios sabía cuándo lo volverían a ver. De vez en cuando, su aguda mirada se colaba por un portal abierto o por la entrada a un callejón mal iluminado, pero estaba acostumbrado a observar y no atenuó en absoluto el ritmo de sus zancadas. Al llegar a una bocacalle, levantó la cabeza para leer el nombre pero pasó de largo una vez más hasta torcer rápidamente por un solar en construcción. Entre ladrillos amontonados hasta el cielo había un microbús de colores chillones, y junto a él los palos que sostenían la cuerda de tender la ropa disimulaban unos diez metros de antena. De dentro salía una música tenue. Se abrió la puerta y apareció el cañón de una pistola apuntándole a la cara como un ojo escudriñador, para desaparecer enseguida. Una voz respetuosa dijo: «Shalom.» Becker pasó adentro y cerró la puerta a sus espaldas. La música no conseguía ahogar del todo el irregular repiqueteo del pequeño teletipo. David, el operador de la casa de Atenas, estaba agazapado frente al aparato; le acompañaban dos de los muchachos de Litvak. Con una simple inclinación de cabeza, Becker se sentó en la banqueta acolchada y se puso a leer el grueso fajo de hojas que le tenían preparado.

Los muchachos le miraban con deferencia. Él notaba cómo con avidez le contaban las condecoraciones. Probablemente, conocían ellos mejor sus hazañas que él mismo.

–Es muy guapa, Gadi -dijo el más osado de los dos.

Becker no le hizo caso. A veces subrayaba un párrafo o una fecha. Cuando hubo terminado de leer, entregó las hojas a los muchachos e hizo que le examinaran hasta estar satisfecho de que se lo sabía de memoria.

Al bajar del microbús, se detuvo a pesar suyo junto a la ventanilla y oyó que hablaban de él alegremente.

–*El Tahúr* le consiguió un puesto de director para él solo, una fábrica textil, me parece, cerca de Haifa -dijo el osado.

–Estupendo -dijo el otro-, ¿Por qué no nos retiramos y nos dedicamos también a ganar dinero?

Para la vital pero no autorizada reunión que tenía prevista con el buen doctor Alexis aquella noche, Kurtz había adoptado una actitud de afinidad entre profesionales del mismo gremio, sazónada por su vieja amistad. A sugerencia de Kurtz, se encontraron no en Wiesbaden sino más al sur, en Frankfurt, donde los muchedumbres son más itinerantes, en un enorme y poco elegante hotel de congresos que alojaba aquella semana a empleados de la industria del juguete. Alexis había propuesto que se vieran en su casa, pero Kurtz había declinado el ofrecimiento con una insinuación que Alexis no tardó en captar. Eran las diez de la noche cuando se encontraron, y la mayoría de delegados estaba ya desparramada por la ciudad en busca de otras variedades de juguetes. El bar estaba vacío en sus tres cuartas partes y, a primera vista, sólo había otros dos comerciantes que trataran de resolver los problemas mundiales separados por una fuente con flores de plástico. Y, en cierto modo, eso estaban haciendo ellos. Sonaba música enlatada, pero el camarero de la barra escuchaba Bach por su transistor.

En el tiempo transcurrido desde su primera entrevista, el diablillo que Alexis llevaba dentro parecía haberse ido a dormir por fin. Las primeras sombras de fracaso parecían haberse posado en él a guisa de avance de una enfermedad, y su televisiva sonrisa tenía ahora una impropia y nueva modestia. Kurtz, que se había preparado para el ataque final, confirmó aliviado este particular a la primera ojeada (Alexis, lo confirmaba, menos aliviado, cada mañana cuando en la intimidad de su cuarto de baño tiraba hacia atrás de la piel que le rodeaba los ojos y recuperaba por un momento los vestigios de su menguante juventud). Kurtz le traía saludos de Jerusalén y, en prueba de amistad, una botellita de agua turbia que, según certificaba la etiqueta, procedía del auténtico Jordán. Kurtz había sabido que la nueva señora Alexis estaba esperando un bebé, y dio a entender que tal vez aquel agua les vendría al pelo. Fue un gesto que emocionó a Alexis, y que le divirtió en cierto modo más que el motivo del mismo.

—Pues se ha enterado antes que yo -protestó el alemán tras haber echado un vistazo a la botellita con educado asombro-. Ni siquiera lo saben los de mi oficina. - Lo cual era cierto: su silencio había sido un postrer esfuerzo por evitar la concepción.

—Dígaselo cuando ella haya dado a luz y luego les pide disculpas -propuso Kurtz, no sin intención. Calladamente, como suele hacer la gente que no se para en ceremonias, brindaron por la nueva vida y por un futuro mejor para el hijo aún por nacer.

—Me han dicho que ahora hace de coordinador -comentó Kurtz con un guiño.

—Por los coordinadores -replicó Alexis, y de nuevo bebieron un simbólico sorbo. Convinieron en llamarse por el nombre de pila, aunque pese a ello Kurtz siguió

utilizando el más formal tratamiento de usted (*Sie*) en lugar del tú (*du*), pues no quería ver socavada su ascendencia sobre Alexis.

–¿Puedo saber qué es lo que coordina, Paul? -preguntó Kurtz.

–Herr Schulmann, debo advenirle que entre mis obligaciones oficiales ya no están contempladas las misiones de enlace con los servicios de países amigos -declamó Alexis, parodiando deliberadamente la sintaxis de Bonn, y esperó a que Kurtz le presionara.

Pero Kurtz no lo hizo, sino que se aventuró a conjeturar algo que en modo alguno era una conjetura.

–El coordinador tiene responsabilidades de tipo administrativo en asuntos tan vitales como el transporte, la instrucción, el reclutamiento y la contabilidad de las secciones operacionales, así como en el intercambio de información entre organismos federales y estatales.

–Se olvida usted de las vacaciones oficiales -objetó Alexis, tan divertido como horrorizado ante la exactitud de la información de Kurtz-. Si quiere más vacaciones, venga a verme a Wiesbaden, que yo se lo arreglo. Tenemos todo un comité sólo para vacaciones oficiales.

Kurtz prometió que lo haría; la verdad, confesó, es que ya era hora de que se tomara un respiro. Esa alusión al trabajo excesivo le recordó a Alexis sus tiempos de agente, y aprovechó la ocasión para llevar la conversación a un caso que le había dejado sin dormir -«literalmente, Marty, ni acostarme siquiera»- tres noches seguidas. Kurtz escuchó la historia con respetuoso interés, pues se le daba muy bien escuchar; era de una raza que Alexis difícilmente encontraba en Wiesbaden.

–Sabe, Paul -dijo Kurtz, después que hubieron estado un rato hablando en agradable peloteo-, yo también fui coordinador hace años. Mi jefe decidió que me había portado mal -Kurtz acompañó sus palabras de una melancólica sonrisa de complicidad- y me metió a coordinador. Me aburría tanto que al cabo de un mes escribí al general Gavron y le dije oficialmente que era un inepto. «Mi general, esto va en serio, Marty Schulmann dice que es usted un inepto.» Me hizo llamar. ¿Conoce usted a Gavron? ¿No? Es menudo y arrugado y tiene una buena mata de pelo negro. No descansa nunca. Es un culo de mal asiento. «Schulmann -me chilló-, pero ¿esto qué es?, ¿un mes y ya me llama inepto? ¿Cómo ha averiguado mi gran secreto?» La voz cascada, como si a alguien se le hubiera caído de cabeza cuando era chaval. «Mi general -le contesté-, si tuviera usted un ápice de dignidad, me degradaría a soldado raso y me mandaría a mi vieja unidad donde no pudiera insultarle a la cara.» ¿Y sabe lo que hizo Misha? Me echó de allí y después me ascendió. Es así como recuperaré mi antigua unidad.

La historia era de lo más divertida puesto que le recordaba a Alexis sus propios tiempos, ya desaparecidos, como conocido disidente entre los tragavirotos de la

cúpula de Bonn. De ahí que la conversación pasara con toda normalidad hacia el asunto de Bad Godesberg, que, al fin y al cabo, era lo que había motivado que se conocieran ellos dos.

–Me he enterado de que por fin han hecho algunos avances -comentó Kurtz-. Haber seguido el rastro de la chica hasta el aeropuerto de Orly es todo un adelanto, aunque todavía no sepan quién es ella.

Alexis no pareció enfadarse al oír este despreocupado elogio de labios de alguien a quien admiraba y respetaba mucho.

–¿A eso le llama dar un gran paso? Ayer me llegó su informe más reciente sobre el caso. El día del atentado una chica vuela de Orly a Colonia. O eso creen. Lleva ropa tejana. O eso creen. Un pañuelo a la cabeza, buen tipo, puede que rubia, ¿y qué? Los franceses no han podido saber qué avión tomó. Al menos, eso dicen.

–Tal vez sea porque no embarcó para Colonia, Paul -sugirió Kurtz.

–¿Y cómo va a ir a Colonia si no se embarca para Colonia? -objetó Alexis, saliéndose ligeramente por la tangente-. Esos cretinos no son capaces de encontrar a un elefante entre un montón de cocos.

Las mesas vecinas seguían vacías, aunque con Bach en el transistor y *Oklahoma* por los altavoces, había música suficiente para silenciar varias herejías a la vez.

–Imagine que ella toma un billete para otro sitio -dijo pacientemente Kurtz-. Madrid, por ejemplo. Se embarca en Orly pero toma un billete a Madrid.

Alexis aceptó la hipótesis.

–Tiene un billete Orly-Madrid, y cuando llega al aeropuerto en París saca tarjeta de embarque para Madrid. Se dirige al vestíbulo de salidas internacionales con su tarjeta de embarque para Madrid y escoge un sitio donde esperar; espera. Digamos que cerca de una puerta. La puerta número dieciocho, pongamos por caso. Se le acerca alguien, una chica, dice las palabras convenidas, se van a los lavabos de señoras e intercambian los billetes. Todo muy bien organizado. También se cambian los pasaportes. Eso no es problema con las chicas: maquillaje, pelucas... Mire, Paul, cuando uno ahonda un poco todas las chicas guapas son iguales.

La verdad de este aforismo satisfizo en buena medida a Alexis, pues no en vano había llegado a la misma lúgubre conclusión con respecto a su segundo matrimonio. Pero no quiso extenderse sobre ello porque se olía la inminencia de una información de primer orden y el policía que llevaba dentro renacía ya de sus cenizas.

–¿Y qué hace al llegar a Bonn? -preguntó, encendiendo un cigarrillo.

–Viene con pasaporte belga. Una buena falsificación, de las muchas que hacen en Alemania del Este. En el aeropuerto la espera un chico barbudo que monta una motocicleta robada con matrícula falsa. Alto, joven y con barba: la chica no sabe más; en realidad, nadie sabe nada más, porque son bastante buenos en materia de seguridad. ¿Barba? ¿Qué es una barba? En ningún momento se quitó el casco. Por lo

que respecta a seguridad, esta gente es mucho mejor que la media. Yo diría que son extraordinariamente buenos. Sí, eso mismo.

Alexis dijo que ya lo había notado.

–En esta operación el chico hace las veces de interruptor -prosiguió Kurtz-. Él se limita a eso: a cortar el circuito. Recoge a la chica, se asegura de que no la han seguido, le da unas vueltas en moto y la lleva al piso franco para recibir órdenes. -Hizo una pausa-. Un corredor de bolsa tiene una alquería cerca de Mehlem llamada «Haus Sommer». Al fondo del camino particular hay un granero convertido en vivienda. El camino va a parar directamente a una rampa de acceso a la *autobahn*. Debajo del espacio habilitado para dormitorio hay un garaje, y en el garaje un Opel con matrícula de Siegburg y el conductor a bordo.

Esta vez, para su alborozado deleite, Alexis pudo sumarse a la narración.

–Achmann -dijo al punto-. ¿Achmann, el publicista de Dusseldorf? ¿Cómo no se le había ocurrido a nadie pensar en él?

–Achmann, sí: correcto -dijo Kurtz a su alumno aventajado-, «Haus Sommer» es propiedad del doctor Achmann de Dusseldorf, cuya distinguida familia posee una próspera empresa maderera, varias revistas y toda una cadena de sex-shops. Como actividad adicional, edita románticos paisajes de la campiña germana. El granero reconvertido pertenece a la hija de Achmann, Inge, y ha sido escenario de numerosas reuniones de marginados a las que acuden mayormente ricos y desencantados investigadores del alma humana. El día de marras, Inge había dejado la casa a un amigo en apuros, el novio de una amiga...

–Y así hasta el infinito -intervino admirativamente Alexis, completando la frase de Kurtz.

–Aparta uno el humo, ¿y qué encuentra?: más humo. El incendio siempre está un poco más lejos. Así es como trabaja esa gente. Siempre han trabajado igual.

Desde las cuevas del valle del Jordán, pensó excitadísimo Alexis. Con un follón de cable sobrante a modo de pequeño pelele. Con bombas bikini que uno puede fabricar en el patio de su casa.

Mientras Kurtz hablaba, la cara y la figura de Alexis experimentaron un misterioso relajamiento que éste último no dejó de advertir. Las arrugas de preocupación y de flaqueza humana que tanto le turbaban habían desaparecido del todo. Se sentó bien erguido; acaba de doblar sus menudos brazos cómodamente sobre el pecho, su rostro lucía ahora una sonrisa rejuvenecedora, y su cabeza de cabellos color de arena se había inclinado en armoniosa sumisión a la magnífica interpretación de su mentor.

–¿Puedo preguntarle en qué se basa para tan interesantes teorías? -inquirió Alexis, esforzándose sin éxito por aparentar escepticismo.

Kurtz hizo como que consideraba la pregunta, aunque la información aportada

por Yanuka seguía tan fresca en su memoria como si todavía estuviera con él allá en Munich en la celda acolchada, sosteniéndole la cabeza para que el otro pudiera toser y llorar.

–Verá, Paul -admitió-, tenemos las placas de matrícula del Opel y tenemos también una fotocopia del contrato de alquiler del vehículo, y además una declaración firmada de uno de los participantes.

En la humilde esperanza de que tan magras pistas pudieran pasar por una base sólida, al menos de momento, Kurtz prosiguió su relato.

–El chico de la barba deja a la chica en el granero, se va y desaparece para siempre. La chica se pone su recatado vestido azul y una peluca, se arregla lo mejor que puede pensando en gustar al simplón y muy solícito agregado laboral, sube al Opel y un segundo joven la lleva hasta la casa en cuestión. De camino, se paran a preparar la bomba. Dígame, Paul.

–Y este chico -preguntó ansiosamente Alexis-, ¿le conoce ella, o es un personaje misterioso?

Declinando toda ulterior elaboración sobre el papel jugado por Yanuka, Kurtz dejó la pregunta sin responder y se limitó a sonreír. Ahora bien, no fue una evasiva que pudiera ofender a Alexis, pues éste estaba pendiente de todos los detalles y no podía esperar que hubiera una respuesta para cada duda. Ni tampoco era conveniente que tuviera esa esperanza.

–Cumplida la misión, el mismo conductor cambia la matrícula y los papeles del coche y lleva a la chica al coqueto balneario de Bad Neuenahr, en Renania, donde se despide de ella -continuó Kurtz.

–¿Y luego?

Kurtz empezó a hablar muy despacio, como si cada palabra significara ahora un peligro para sus planes, como, en efecto, así era.

–Yo calculo que allí alguien le presenta a la chica un secreto admirador suyo, alguien que quizá ese mismo día la ha estado preparando un poco para hacer su papel. Por ejemplo, enseñándola a preparar la bomba, a instalar el mecanismo de relojería, a armar la trampa explosiva. Digo yo, es un suponer, que este mismo admirador habría alquilado ya una habitación de hotel y que, estimulados por la consecución de su logro compartido, ambos se dedican a hacer el amor con mucha pasión. A la mañana siguiente, mientras el sueño les repara de su desenfreno, estalla la bomba... más tarde de lo previsto pero, bueno, ¿qué más da?

Alexis se inclinó rápidamente hacia adelante para preguntar en un tono casi acusador, propio de su excitación:

–¿Y el *hermano*, Marty? ¿Qué pasa con el famoso luchador que lleva en su cuenta tantos muertos judíos? ¿Dónde ha estado todo ese tiempo? Supongo que en Bad Neuenahr, pasándoselo bien con su pequeña terrorista. ¿Me equivoco?

Pero Kurtz se había instalado en una severa impasibilidad que sólo parecía incrementar el entusiasmo del buen doctor.

–Sea cual sea su paradero, ha llevado a cabo una operación muy eficaz, perfectamente estructurada, con una excelente investigación previa -repuso Kurtz con aparente satisfacción-. El chico de la barba sólo disponía de la descripción de la chica; ni siquiera conocía el blanco. La chica conocía la matrícula de la moto. El conductor del coche conocía el blanco pero no al chico de la barba. Detrás de eso hay un cerebro...

Y dicho esto, Kurtz pareció afectado por una seráfica sordera, de manera que Alexis, tras un breve e infructuoso interrogatorio, sintió la necesidad de pedir dos whiskies más. Lo que le pasaba al doctor era que estaba sufriendo una insuficiencia de oxígeno, como si hasta ahora su vida hubiera transcurrido a un bajo nivel existencial, y últimamente a un nivel más que bajo. De pronto, el gran Schulmann le estaba encumbrando a alturas insospechadas para él.

–Entonces, supongo que habrá venido usted a Alemania para pasar esta información a sus colegas alemanes -observó provocativamente Alexis.

Pero Kurtz se limitó a responder con un largo silencio especulativo durante el cual dio la impresión de estar poniendo a prueba al doctor con sus ojos y su pensamiento. Y luego hizo aquel gesto que tanto admiraba Alexis de subirse la manga y levantar la muñeca para mirarse el reloj. Lo cual recordó una vez más a Alexis que mientras que a él el tiempo parecía escurrírsele de las manos, a Kurtz siempre le faltaba.

–Puede estar seguro de que Colonia se lo agradecerá mucho -insistió Alexis-. Mi magnífico sucesor, seguro que usted se acuerda de él, va a marcarse un tanto, un triunfo personal. Con el apoyo de los medios de comunicación va a convertirse en el policía más brillante y popular de Alemania Federal. Y con razón, ¿no le parece? Todo gracias a usted.

Kurtz expresó estar de acuerdo con una amplia sonrisa. Luego bebió un sorbito de whisky, se secó los labios con un viejo pañuelo caqui, se llevó una mano al mentón y suspiró, dando a entender que él no había querido decir eso, pero que puesto que Alexis lo expresaba así, estaba de acuerdo.

–Le diré que en Jerusalén han dedicado mucho tiempo a considerar este punto. Paul -admitió-, y nosotros no estamos tan seguros como usted de que su sucesor sea la clase de caballero cuyos éxitos estemos excesivamente dispuestos a fomentar. - Pero ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?, pareció preguntar con su ceñuda expresión-. Sin embargo, sí se nos ocurrió que existía una alternativa disponible, y tal vez podríamos estudiarla un poco con usted y ver cuál es su respuesta. Nos preguntábamos si tal vez el buen doctor Alexis podría transmitir esa información a Colonia en nuestro nombre. Privadamente, de manera oficiosa pero oficial a un

tiempo, si usted me entiende. En base a su iniciativa personal y sabia gerencia. Hemos estado dándole vueltas al asunto. ¿Y si le dijéramos a Paul: «Mire, Paul, usted es amigo de Israel. Tenga. Aquí tiene esta información. Utilícela, saque usted provecho. Acéptela como un regalo de parte nuestra y manténganos a nosotros al margen.» Nos preguntábamos qué necesidad había de promocionar a la persona inadecuada. ¿Por qué no, al menos una vez, a quien se lo merece? ¿Por qué no hacer tratos con personas amigas, como es nuestra consigna? ¿Por qué no favorecerlas a ellas y recompensarlas por su lealtad?

Alexis dejó ver que no entendía. Se había sonrojado bastante, y en sus negativas dejaba traslucir un ligero tono de histeria.

–Pero, Marty, por favor, ¡si yo no tengo fuentes de información! ¡Sólo soy un burócrata! ¿Qué quiere, que coja el teléfono y llame a Colonia? «Soy Alexis, les aconsejo que vayan inmediatamente a “Haus Sommer” a detener a la hija de Achmann y que hagan interrogar a todas sus amistades.» ¿Acaso soy un prestidigitador, un alquimista, para sacarme de la manga toda esta información? Pero ¿qué se piensan en Jerusalén, que ahora los *coordinadores* son ilusionistas? -Su pundonor era cada vez más incómodo y absurdo-. ¿Debo exigir que arresten a todos los motoristas barbudos con pinta de italiano? ¡Sería el hazmerreír!

Se había quedado atascado y Kurtz le echó un cable, que era lo que quería Alexis pues se sentía como el niño que critica a la autoridad con el único objeto de sentirse amparado por ella.

–Nadie está hablando de detenciones. Paul, al menos de momento. Por parte nuestra, no. Nadie está hablando de hacer las cosas abiertamente, y menos en Jerusalén.

–Entonces, ¿qué? -preguntó Alexis con repentina irritación.

–Queremos justicia -dijo amablemente Kurtz. Pero con su franca e inalterable sonrisa estaba transmitiendo otro tipo de mensaje-. Justicia, paciencia, un poco de sangre fría, mucha creatividad y mucho ingenio por parte de quien nos resuelva la papeleta, sea quien sea. Déjeme hacerle una pregunta, Paul. -De repente, acercó mucho su cabezota y posó su manaza en el brazo del doctor-. Imagine por un momento que disponemos de un informador sumamente anónimo y confidencial; yo aquí veo a un árabe, Paul, un árabe moderado, simpatizante de Alemania, que admira este país y posee cierta información concerniente a ciertas operaciones terroristas que él desapruueba. Imagine que esa persona ha visto hace un rato al gran Alexis por televisión. Imagine, por ejemplo, que una noche esa persona está en su hotel de Bonn, o de Dusseldorf, si lo prefiere así, y va y conecta el televisor para distraerse un poco y ve al elegante doctor Alexis, conocido abogado y policía, sí, pero también hombre con sentido del humor: flexible, pragmático, un humanista hasta el tuétano. En fin, todo un hombre. ¿Eh?

–Bueno... -dijo Alexis, medio atontado mentalmente por la envergadura del discurso de Kurtz.

–Y ese árabe -prosiguió Kurtz- se sintió impulsado a ponerse en contacto con usted. No quiere hablar con nadie más. Se fía de usted espontáneamente, declina hacer tratos con cualquier otra persona, ya sea ministro, policía o agente secreto. Busca su número en el listín. Pongamos que le llama a usted a su casa, o a su despacho... usted elige, la historia es suya. Y quedan en verse aquí. Hoy: esta noche. Y beben unos whiskies juntos. Deja que pague usted. Y entre whisky y whiskey le pone al corriente de ciertos hechos. Para él sólo existe el gran Alexis... ¿Ve usted alguna ventaja para un hombre injustamente privado de un adecuado colofón a su carrera?

Al revivir después esta escena, cosa que Alexis hizo repetidas veces a la luz de conflictivos estados de ánimo (asombro, orgullo o absoluto y anárquico horror), acabó considerando el discurso que siguió como la sesgada justificación de Kurtz anticipándose a lo que tenía en mente.

–Los terroristas son cada vez más eficaces -se lamentó Kurtz siniestramente-. «Infiltré a un agente, Schulmann», me ordena Misha Gavron, parapetado detrás de su escritorio. «Enseguida, mi general», le digo yo. «Buscaré a un agente, lo adiestraré, le enseñaré a no dejar rastro y a hacerse ver donde haga falta, se lo pasaré al enemigo. Haré todo lo que usted me diga. Pero ¿sabe qué será lo primero que harán ellos? Pues invitarle a que demuestre su autenticidad: hacerle matar a un guarda jurado o a un militar americano. O poner una bomba en un restaurante, o entregar a alguien una bonita maleta. Y adiós agente. ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso lo que propone que haga, mi general, que infiltre a un agente y que me sienta a mirar cómo se carga a los nuestros por cuenta de ellos?» -Una vez más le dedicó Kurtz a Alexis la afligida sonrisa de quien también está a merced de unos superiores poco razonables-. Las organizaciones terroristas huyen de los compañeros de viaje. Paul. Es lo que le dije a Misha. Allí no hay secretarías, mecanógrafas, oficinistas para descifrar claves ni ninguna otra de las personas que normalmente servirían de agentes sin estar en primera línea. El terrorismo requiere un tipo especial de penetración. «Hoy día», le dije al general, «para trastocar los objetivos terroristas es casi imprescindible crear primero un terrorista propio». ¿Cree que me hizo algún caso?

Alexis no podía contener por más tiempo su admiración. Se inclinó hacia adelante y preguntó, brillantes los ojos por el peligroso hechizo de la pregunta:

–¿Y eso lo ha hecho usted aquí, en *Alemania*, Marty?

Como solía hacer, Kurtz no respondió directamente; sus ojos esclavos parecían estar mirando más allá, hacia el siguiente objetivo de su tortuoso y solitario camino.

–Imagine que vengo a informarle de un accidente -le sugirió como quien escoge una opción de entre las muchas que se le presentan a su prodigioso intelecto-. Algo

que va a tener lugar, pongamos dentro de cuatro días, más o menos.

El concierto del barman había terminado y ahora se dedicaba con gran estrépito a cerrar el bar antes de ir a acostarse. A propuesta de Kurtz, fueron hasta el salón del hotel y se sentaron con las cabezas muy juntas como dos pasajeros en una cubierta barrida por el viento. Por dos veces a lo largo de la charla, Kurtz miró su viejo reloj de acero y se apresuró a excusarse por tener que hacer una llamada; y más tarde, cuando Alexis, por pura curiosidad, fue a investigar esas llamadas supo que había estado comunicando con un hotel de Delfos por espacio de doce minutos, pagando en efectivo, y la segunda a un número de Jerusalén imposible de localizar. Poco después de las tres de la mañana aparecieron unos trabajadores emigrantes de aspecto oriental con mono a rayas, carreteando una enorme aspiradora de color verde que parecía un cañón Krupp. El alboroto no impidió que Kurtz y Alexis siguieran hablando. Naturalmente, había amanecido hacía ya rato cuando los dos hombres salieron a la calle y se estrecharon la mano para cerrar el trato. Pero Kurtz se cuidó mucho de no prodigarse en su agradecimiento a su nuevo recluta, puesto que, como sabía muy bien, la excesiva gratitud podía ganarle la antipatía del doctor Alexis.

El redivivo Alexis corrió a su casa y, después de afeitarse, cambiarse y demorarse lo suficiente para impresionar a su nueva esposa con el alto secreto de su misión, llegó a su despacho de cristal y hormigón con una enigmática expresión de satisfacción como no se le había visto desde hacía tiempo. El personal de su oficina comentó que hacía muchas bromas y que incluso se arriesgaba a hacer escabrosos comentarios sobre sus colegas. Éste es el Alexis de toda la vida, dijeron en su oficina; hasta da muestras de buen humor, y eso que el humor nunca había sido su fuerte. Alexis pidió papel en blanco y tras hacer salir a todos, incluida su secretaria particular, se puso a redactar un prolijo y expresamente confuso informe para sus superiores a propósito de una proposición que había recibido de «una fuente de información oriental, muy bien relacionada, a quien conozco de mi cargo anterior», donde incluía gran cantidad de información de primera mano sobre el atentado de Bad Godesberg (aunque nada de ello, al menos de momento, servía más que para autentificar la buena fe del informador y, por extensión, del propio doctor). Alexis solicitaba determinados poderes y medios, así como un fondo de reptiles a depositar en una cuenta en Suiza a su exclusiva disposición. No era un hombre codicioso, aunque si su segundo matrimonio le había salido caro, el divorcio le había dejado en la ruina. Pero lo que sí podía asegurar era que, en estos tiempos tan materialistas, la gente valoraba más lo que más caro le salía.

Y al final formulaba una tentadora predicción que Kurtz le había dictado letra por letra, haciéndosela leer de cabo a rabo mientras escuchaba sus propias palabras. Era lo bastante imprecisa para ser prácticamente inútil y lo bastante precisa como para

causar una enorme impresión tan pronto se cumpliera. Informes no confirmados aseguraban que un cuantioso envío de explosivos había sido recientemente suministrado por extremistas islámicos turcos de Estambul con destino a varias acciones antisionistas en la Europa occidental. Se esperaba un nuevo atentado para los próximos días. Según los rumores, el blanco estaba en el sur de Alemania. Todos los puestos fronterizos así como las fuerzas de policía locales debían ser puestas en estado de alerta. Aquella misma tarde, Alexis fue convocado por sus superiores, y la misma noche mantuvo una larga conversación telefónica clandestina con su gran amigo Schulmann a fin de recibir su enhorabuena, sus ánimos y nuevas instrucciones.

—¡Han picado, Marty! -exclamó Alexis en inglés con entusiasmo-. ¡Son como corderitos! ¡Ya son nuestros!

Alexis ha picado, le dijo Kurtz a Litvak de vuelta en Munich, pero le va a hacer falta un buen perro pastor.

—¿Por qué no se da prisa Gadi con la chica? -musitó Kurtz, de mal humor, consultando su reloj.

—¡Eso es que ya no le gusta la acción! -exclamó Litvak sin poder contener su júbilo-. ¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Eh?

Kurtz le dijo que cerrara la boca.

12

La cumbre del monte olía a tomillo y tenía para José un significado especial. La había buscado en el mapa y había llevado a Charlie hasta allí muy seguro de sí, primero en coche y luego a pie, trepando con decisión por entre colmenas de mimbre, claros de cipreses y campos pedregosos de flores amarillas. El sol no había alcanzado el cenit. Tierra adentro se veía una sucesión de montañas pardas. Hacia el este Charlie divisó la plateada extensión del Egeo hasta donde la bruma convertía el agua en cielo. El aire olía a resina y a miel y vibraba al son de las esquilas. Una brisa fresca le quemaba la mejilla y le pegaba al cuerpo la fina tela del vestido. Iba cogida de su brazo, pero José estaba tan ensimismado que parecía no darse cuenta. En cierto momento creyó ver a Dimitri sentado sobre una cerca, pero cuando iba a exclamar su nombre, José le advirtió que no dijese nada. También le pareció ver claramente la silueta de Rose recortada contra el horizonte, en lo alto de la colina, pero al mirar otra vez había desaparecido.

Hasta entonces, el día había tenido una coreografía propia. Charlie se había dejado llevar por José y su acostumbrada impaciencia. Al despertar temprano aquella mañana había visto a Rachel de pie junto a la cama, diciéndole que por favor se pusiera el otro vestido azul, el de manga larga. Charlie se duchó a toda prisa y volvió desnuda a la habitación, pero Rachel se había ido y era José el que estaba situado ante una bandeja con desayuno para dos personas mientras escuchaba las noticias de una emisora de radio griega, como si hubiera pasado la noche con ella. Charlie regresó al cuarto de baño y él le pasó el vestido por la puerta entornada; comieron a toda prisa y casi en silencio. Una vez en el vestíbulo, José pagó en metálico y se guardó el recibo en el bolsillo. Ya en el Mercedes, al cargar el equipaje, Charlie vio al hippy Raoul a menos de dos metros del parachoques, tendido en el suelo hurgando en el motor de una moto atiborrada, y a su lado estaba Rose reclinada en la hierba cual «maja» vestida, comiendo un panecillo. Se preguntó cuánto tiempo llevaban allí y qué razón había para vigilar el coche. José condujo poco más de un kilómetro hasta unas ruinas, volvió a aparcar el Mercedes, y mucho antes de que el resto de los mortales hubiera empezado a hacer cola bajo un sol abrasador, la había colado por una puerta lateral para regalarla con otra de sus excursiones privadas al centro del universo. Le enseñó el Templo de Apolo y la muralla dórica con sus panegíricos grabados en la piedra, y la piedra misma que en su día señaló el ombligo del mundo. Le enseñó los tesoros y el estadio y la obsequió con un comentario sobre las múltiples guerras que había originado la posesión del Oráculo. Pero, al igual que en la Acrópolis, no había agilidad en sus palabras. Ella se lo imaginaba con una lista en la cabeza, tachando cada epígrafe a medida que recorrían el recinto a paso ligero.

Al regresar al coche, él le entregó la llave.

–¿Yo? -dijo Charlie.

–¿Y por qué no? Creía que sentías debilidad por los coches buenos...

Fueron hacia el norte por zigzagueantes carreteras desiertas. Al principio él se limitó a valorar su destreza de conductora, como si Charlie estuviera sacándose otra vez el carnet, pero no consiguió ponerla nerviosa -ni ella, aparentemente, a él-, pues al poco rato José desplegó el mapa sobre sus rodillas y se olvidó de ella. El coche iba de maravilla. La carretera tenía tramos de asfalto y de grava. A cada curva cerrada se levantaba una nube de polvo que, iluminada por el sol matinal, se perdía en el suntuoso paisaje. Bruscamente, José volvió a doblar el mapa y lo dejó en el bolsillo de la portezuela.

–Bueno, Charlie. ¿Estás lista? -inquirió con la misma sequedad que si ella le hubiera tenido esperando, y prosiguió su narración.

Al principio estaban todavía en Nottingham en pleno frenesí erótico. Habían pasado dos noches y un día en el motel, tal como figuraba en el registro, según dijo José.

–Caso de que les presionen, los empleados se acordarán perfectamente de una pareja de enamorados que responde a nuestra descripción. Nuestra habitación estaba en el ala oeste y tenía una ventana que daba a un jardín particular. A su debido tiempo, alguien te llevará a ese jardín y tú misma verás cómo es.

La mayor parte del tiempo la habían pasado en la cama, dijo él, hablando de política, intercambiando experiencias y haciendo el amor. Por lo visto, las únicas interrupciones fueron un par de salidas a la campiña de Nottingham, pero el deseo pudo enseguida con los enamorados, y olvidándose de la naturaleza regresaron corriendo al motel.

–¿Por qué no lo hacíamos en el coche? -preguntó ella, tratando de sacarle su mal humor-. Me encantan los polvos no programados.

–Respeto tus gustos, pero por desgracia Michel es bastante tímido para estas cosas y prefiere la intimidad del dormitorio.

Charlie lo volvió a intentar:

–Oye, ¿y qué tal se le da a él?

José tenía respuesta para todo:

–Conforme a los más fidedignos informes, Michel no tiene mucha imaginación, pero sí un entusiasmo a prueba de bomba y una impresionante virilidad.

–Muchas gracias -dijo ella.

Según el relato de José, Michel regresó a Londres el lunes por la mañana, pero como no tenía ensayo hasta la tarde, Charlie se quedó en el motel muy compungida. Él pasó a describir su aflicción:

–El día es más triste que un funeral. Continúa lloviendo. Acuérdate del tiempo que hacía. Al principio lloras tanto que no puedes ni tenerte en pie. Estás tumbada en

la cama, que aún conserva la calidez de su cuerpo, llorando a moco tendido. Te ha dicho que procurará ir a verte a York la semana que viene, pero tú estás convencida de que no le verás nunca más. ¿Y qué haces entonces? -José no le dio tiempo a contestar-. Te sientas ante el revuelto tocador, delante del espejo, y miras las señales de sus manos en tu cuerpo y las lágrimas que siguen corriéndote por las mejillas. Abres un cajón y sacas la carpeta del motel; y de la carpeta, papel con el membrete del establecimiento y un bolígrafo de cortesía. Y te pones a escribirle una carta: hablándole de ti, de tus más íntimos pensamientos. Cinco páginas en total. Es la primera de las muchísimas cartas que le enviarás. ¿Lo harías, Charlie, llevada por la desesperación? Al fin y al cabo, eres una apasionada de la relación epistolar.

-Lo haría, si tuviera su dirección.

-Michel te ha dado una dirección de París. -José se la dio en ese momento: un estanco de Montparnasse, con ruego de entregar a Michel, sin apellido-. Aquella noche vuelves a escribirle desde el cuartucho del Astral Commercial. Por la mañana, sólo levantarte, le escribes otra vez. Utilizas toda clase de papel, lo primero que encuentras. Le escribes una y otra vez, febril e irreflexivamente, con absoluta franqueza, ya sea en los ensayos, en los descansos o a ratos perdidos. -José la miró a los ojos-, ¿Harías una cosa así? -volvió a insistir-, ¿Le escribirías cartas como ésas?

¿Cuántas veces hay que decírselo a este hombre?, se dijo Charlie. Pero él seguía con lo suyo, pues oh, maravilla (pese a sus pesimistas predicciones), Michel no sólo fue a verla a York sino también a Bristol e incluso a Londres, donde pasó una mágica noche de frenesí con Charlie en el piso de Camden. Y fue allí, continuó José como quien redondea una enigmática hipótesis matemática, «en tu propia cama y piso, entre promesas de amor eterno, donde organizamos estas vacaciones en Grecia que estamos disfrutando ahora mismo».

Se produjo un largo silencio mientras ella conducía y pensaba. Al fin hemos llegado. De Nottingham a Grecia en una hora de coche.

-Para reunirme con Michel después de Mykonos... -dijo Charlie con escepticismo.

-¿Por qué no?

-Mykonos... con Al y la pandilla, saltar del barco, reunirme con Michel en el restaurante de Atenas y salir a toda prisa. ¿Es eso?

-Exactamente.

-Con Al, no -sentenció ella-. De haberte tenido a ti, no me habría llevado a Al a Mykonos. Antes le habría plantado. Los patrocinadores no le invitaron a él. Al se apuntó por la cara. A mí me gustan de uno en uno, sabes.

Él desechó sus objeciones sin vacilar:

-Michel no te pide esa clase de fidelidad; ni la da ni la recibe. Él es ante todo un soldado y un enemigo de tu sociedad, susceptible de ser detenido en cualquier

momento. Podría pasar una semana o seis meses sin que le vieras. ¿Acaso crees que quiere que vivas como una monja, que te pases el día consumiéndote, pataleando y confiando tus secretos a las amigas? Bobadas. Si él te lo pidiera te acostarías con todo un regimiento. -Dejaron atrás una capilla-. Para -le ordenó José, y volvió a estudiar el mapa-. Aparca aquí.

José había apretado el paso. El sendero les condujo a un grupo de cobertizos destartalados y luego a una cantera abandonada que parecía cortada a pico en la cima del monte como un cráter de volcán. Al pie de la pared cortada había una vieja lata de aceite. Sin decir palabra, José la llenó de piedrecitas mientras Charlie le miraba boquiabierto. Luego se quitó el blazer rojo, lo dobló y lo dejó en el suelo con cuidado. Llevaba la pistola metida en una pistolera sujeta al cinturón y con el cañón ligeramente mirando hacia arriba, a la axila derecha. Sobre el hombro izquierdo llevaba una segunda pistolera, pero vacía. Cogiéndola de la muñeca, José la obligó a acuclillarse a su lado al estilo árabe.

-Así pues, Nottingham ha quedado atrás, y lo mismo York, Bristol y Londres. Hoy es hoy, tercer día de nuestra luna de miel en Grecia; estamos donde estamos ahora, hemos hecho el amor toda la noche en nuestro hotel de Delfos, nos hemos levantado temprano y Michel te ha proporcionado una más de sus perspicaces visiones de la cuna de tu civilización. Tú conduces el coche y yo compruebo lo que ya sabía de oídas: que te gusta conducir y que por ser mujer lo haces bastante bien. Y ahora te he traído a este monte, pero no sabes para qué. Te has dado cuenta de que estoy un poco retraído, distante. Parece que medito sobre tomar una gran decisión. Tus esfuerzos por penetrar en mis pensamientos no hacen sino enojarme. Te preguntas qué estará pasando: ¿progresará nuestro amor?, ¿acaso has hecho algo que me disgusta...? Y, caso de progresar, ¿de qué manera se manifiestan esos avances? Entonces te hago sentar, así, a mi lado... y saco el arma.

Charlie miró fascinada cómo sacaba la pistola de la funda como un experto y alargaba el brazo con el arma cual prolongación natural.

-Vas a tener el gran privilegio de oír de mí la historia de esta pistola, y por primera vez -apagó la voz para dar más énfasis a sus palabras- te voy a hablar de mi gran hermano, cuya existencia misma constituye un secreto militar que sólo pueden conocer los más adeptos. Hago esto porque te amo y porque... -dudó un instante.

Y porque a Michel le gusta contar secretos, pensó ella; pero por nada del mundo habría echado a perder su actuación.

-... Porque hoy tengo la intención de dar el primer paso en tu iniciación como compañera de lucha en nuestro ejército clandestino. Cuántas veces me has pedido, en tus muchas cartas o haciendo el amor, una oportunidad de demostrar tu lealtad por medio de la acción. Pues hoy vamos a dar el primer paso.

Una vez más, Charlie se daba cuenta de su gran habilidad para ponerse en la piel del árabe. Como la noche pasada, en la taberna, cuando a veces ni sabía cuál de sus dos espíritus en conflicto estaba hablando por su boca, también ahora le escuchaba Charlie extasiada emplear aquel florido estilo árabe.

–Durante toda mi vida de nómada como víctima del usurpador sionista, mi hermano mayor ha sido para mí como la estrella que me guiaba; en nuestro primer campamento a orillas del Jordán, cuando la escuela era apenas una choza llena de pulgas; en Siria, adonde huimos después que las tropas jordanas nos echaran de allí con sus tanques; en el Líbano, donde los sionistas nos bombardeaban por mar y aire con la ayuda de los shiíes. Pero en medio de tales privaciones, yo no dejaba de acordarme de mi hermano, el héroe ausente cuyas proezas, que mi querida hermana Fatmeh me había contado en voz baja, deseo más que nada en el mundo emular.

José ya no le preguntaba si le estaba escuchando.

–Raramente veo a mi hermano, y sólo con grandes medidas de seguridad. En Damasco, en Ammán. Él me llama: «¡Ven!» Y pasamos una noche juntos, empapándome yo de sus palabras, de su nobleza de alma, de su mentalidad de jefe nato, de su coraje. Una noche me ordena que vaya a Beirut. Acaba de regresar de una arriesgada misión de la que sólo sé que ha terminado con una gran victoria sobre el fascismo. Debo acompañarle a ver a un gran orador político libio, un hombre de maravillosa dialéctica y grandes dotes de persuasión. Es el discurso más hermoso que he oído en mi vida. Puedo citártelo de memoria. Los oprimidos del mundo entero deberían conocer a este libio insigne. –Sostenía el arma en la palma de la mano, tendiéndosela como para que la cogiera-. Con nuestros corazones latiendo de entusiasmo, partimos del lugar del mitin clandestino y volvemos a Beirut ya de madrugada. Cogidos del brazo, a la manera árabe. Hay lágrimas en mis ojos. Obedeciendo a algún impulso, mi hermano se detiene y me abraza en plena calle. Todavía siento su cara contra la mía. Luego saca esta pistola del bolsillo y me la entrega. Así. –Cogiendo la mano de Charlie, le pasó el arma pero dejando su mano encima mientras apuntaba el cañón hacia la pared de la cantera-. «Es un regalo», dice mi hermano. «Para vengar y liberar a nuestro pueblo. Regalo de un luchador a otro. Con esta arma hice un juramento sobre la tumba de nuestro padre.» Yo me quedé sin habla.

Su fría mano seguía sobre la de ella, apretando el arma, y Charlie notó que la suya le temblaba como si fuera una criatura dotada de vida propia.

–Charlie, esta pistola es para mí algo sagrado. Te he contado esto porque quiero a mi hermano, porque quiero a mi padre y porque te amo a ti. Dentro de un momento te enseñaré a disparar con ella, pero antes te pido que la beses.

Ella le miró de hito en hito y luego a la pistola. Pero la expresión de José no dejaba lugar a treguas. Cogéndole del brazo con la otra mano, la hizo poner en pie.

–Somos amantes ¿no lo recuerdas? Somos camaradas, servidores de la revolución. Vivimos en estrecho compañerismo de cuerpo y de mente. Soy un árabe apasionado, me gustan las palabras y los grandes gestos. Besa la pistola.

–No puedo hacerlo, José.

Le había hablado como a José, y éste respondió como tal.

–¿Es que crees que hemos venido a tomar el té? ¿Crees que porque Michel es apuesto sólo pretende jugar? ¿Dónde podría haber aprendido a jugar si el arma era la única cosa que daba la medida de su hombría? -preguntó él de modo perfectamente lógico.

Charlie meneó la cabeza sin dejar de mirar la pistola, pero su resistencia no encolerizó a José.

–Escucha, Charlie. Anoche mientras hacíamos el amor me preguntaste, «¿Dónde está el campo de batalla, Michel?» Y ¿sabes qué hice yo? Puse mi mano sobre tu corazón y te dije: «Pelemos en una *jihad* y este es el campo de batalla.» Tú eres mi discípula, jamás te has sentido más exaltada ante una misión. ¿Sabes lo que significa *jihad*?

Ella negó con la cabeza.

–*Jihad* es lo que tú andabas buscando cuando nos conocimos. Una *jihad* es una guerra santa. Estás a punto de hacer tu primer disparo en nuestra *jihad*. Besa la pistola.

Ella dudó y luego posó sus labios sobre el metal azulado del cañón.

–Bien -dijo él, apartándose bruscamente-. A partir de ahora, esta pistola forma parte de los dos, es nuestro honor y nuestra bandera. ¿Lo crees?

Sí, José, lo creo. Sí, Michel, lo creo. No me hagas hacer una cosa así nunca más. Se limpió involuntariamente los labios con la muñeca como si tuviera sangre en ellos. Odiaba a José y se odiaba a sí misma, y se sentía fuera de sí.

–Es una Walther PPK -le estaba explicando José cuando ella volvió a prestarle oídos-. No pesa mucho, pero recuerda que toda buena arma corta debe ser un equilibrio entre ocultación, maniobrabilidad y eficacia. Así te habla Michel sobre las armas, exactamente igual que su hermano le hablaba a él.

Situado a su espalda, José le hizo girar las caderas hasta que estuvo en línea recta con el blanco, los pies separados. A continuación rodeó su mano entrecruzando los dedos, y le hizo estirar el brazo completamente con el cañón apuntando al suelo, entre los pies.

–El brazo izquierdo suelto. Así -explicó él, aflojandoselo-. Los ojos bien abiertos. Levanta el arma despacio hasta que esté a la altura del blanco. Sin forzar la línea formada por arma y brazo. Así. Cuando yo diga «fuego», disparas dos veces, bajas el brazo y esperas.

Ella bajó obedientemente la pistola hasta que ésta apuntó otra vez al suelo. José

dio la orden; Charlie alzó el brazo bien estirado como él le había dicho, apretó el gatillo... y no pasó nada.

–Ahora sí -dijo él, y corrió el seguro.

Charlie repitió los movimientos, apretó el gatillo y el arma le dio una sacudida como si hubiera recibido un balazo. Al disparar por segunda vez se sintió invadida por la misma peligrosa excitación que había experimentado la primera vez que montó a caballo o se bañó desnuda en el mar. Bajó el arma, José gritó «Fuego» otra vez; ahora levantó la pistola mucho más deprisa, volvió a disparar dos veces en rápida sucesión y luego una tercera por si acaso. Después repitió el proceso sin necesidad de órdenes y disparó a discreción mientras el aire se llenaba del eco de las detonaciones y las balas aullaban al rebotar, resonando en todo el valle. Siguió disparando de este modo hasta vaciar el cargador, y luego permaneció con el arma pegada al costado y el corazón latándole con fuerza mientras percibía el olor del tomillo y la cordita mezclados.

–¿Qué tal lo he hecho? -preguntó, volviéndose.

–Compruébalo tú misma.

Charlie le dejó donde estaba y fue corriendo hasta la lata de aceite. Al ver que no había ningún impacto de bala, se sintió desconcertada.

–Pero ¿qué ha pasado? -exclamó llena de indignación.

–Que has errado el tiro -contestó José, recuperando la pistola.

–¡Eran balas de fogeo!

–De eso, nada.

–¡He hecho lo que me dijiste!

–Para empezar, no debías haber disparado con una sola mano. Ten en cuenta que pesas alrededor de cincuenta kilos y tienes muñecas que parecen espárragos. Sería absurdo.

–Entonces ¿por qué diantre me has dicho que debía disparar así?

–Si el que te enseña es Michel, has de tirar como alumna de Michel. Él no sabe nada de disparar con las dos manos. Sólo tiene un modelo: su hermano. ¿O es que quieres llevar pegatinas de «made in Israel» por todas partes?

–Pero ¿por qué? -insistió ella, agarrándole del brazo muy enfadada-. Dime, ¿por qué no sabe disparar como Dios manda? ¿Por qué no le han enseñado?

–Ya te lo he dicho. Su hermano fue quien le enseñó todo.

–Bueno, pues ¿por qué no le enseñó bien?

Quería conocer realmente la respuesta. Se sentía humillada y dispuesta a hacer una escena, y él debió de advertirlo, porque esbozó una sonrisa y puede decirse que capituló.

–«Que Khalil dispare con una sola mano es voluntad de Dios», te dice Michel.

–¿Porqué?

José desechó la pregunta meneando la cabeza, y regresaron al coche.

–¿Su hermano se llama Khalil?

–Sí.

–Dijiste que era el nombre árabe de Hebrón.

José parecía satisfecho, pero extrañamente distraído.

–Es las dos cosas -dijo, poniendo el coche en marcha-. Khalil, de la ciudad y Khalil, de mi hermano. Khalil es el amigo de Dios y también el nombre hebreo del profeta Abraham, a quien el Islam respeta y que descansa en nuestra vieja mezquita.

–O sea que Khalil -dijo ella.

–Eso -concedió él secamente-. Recuérdalo bien, así como las circunstancias en que te lo he explicado. Porque Michel te ama, porque ama a su hermano, porque has besado la pistola de su hermano y ya eres de su misma sangre.

Partieron monte abajo. Ahora conducía José. Charlie ya no sabía quién era, si es que alguna vez lo había sabido. Aún resonaba en sus oídos el eco de las detonaciones. Sentía en sus labios el sabor del cañón, y cuando él señaló con el dedo hacia el monte Olimpo, no vio más que nubarrones blancos y negros que parecían un hongo atómico. José estaba tan preocupado como ella pero, una vez más, perseguía un objetivo, y mientras conducía prosiguió incansable con su relato, añadiendo un detalle tras otro a la historia. Otra vez Khalil. Las veces que estuvieron juntos antes de que el hermano mayor se fuera a luchar. El encuentro de sus dos almas en Nottingham. Su hermana Fatmeh y su gran amor por ella. Sus otros hermanos, muertos todos. Llegaron a la carretera de la costa. La circulación era muy densa, rápida y ruidosa; sucias playas aparecían salpicadas de chozas desvencijadas y las chimeneas de las fábricas la miraban desde lejos como cárceles.

Charlie trató de no dormirse por deferencia hacia él, pero al final el esfuerzo resultó en vano. Apoyó la cabeza en su hombro y se evadió durante un rato.

El hotel de Tesalónica era una anticuada e imponente mole eduardiana con cúpulas iluminadas por reflectores y aire de circunstancias. Su habitación estaba en la planta superior y disponía de un cuarto para niños, un cuarto de baño de seis metros y mobiliario años veinte bastante deteriorado, como en Inglaterra. Charlie había encendido la luz, pero él ordenó que la apagara. José había hecho subir cena, pero ninguno de los dos había probado bocado. Desde la ventana salediza José se quedó de espaldas a ella mirando la plaza ajardinada y la zona portuaria iluminada por la luna. Charlie se sentó en la cama. De la calle subían sonos de música popular griega.

–Bueno, Charlie.

–Bueno, Charlie -repitió ella, esperando a que le diera la explicación que le parecía merecer.

–Ya estás comprometida en mi batalla, pero ¿qué batalla? ¿Cómo hay que luchar?

¿Dónde? He hablado de la causa, he hablado de acción: creemos, luego actuamos. Te he explicado que el terror es como el teatro, y que a veces hay que tirarle al mundo de las orejas para que preste oídos a la justicia.

Charlie se removió intranquila.

–Repetidas veces en mis cartas y en nuestras largas conversaciones, te he prometido llevarte al terreno de la acción. Pero te estaba mintiendo, quería retrasarlo. Hasta hoy mismo. Puede que no confíe en ti, o puede que haya aprendido a amarte tanto que no desee ponerte en primera línea de fuego. Tú no sabes qué hay de cierto en todo esto, aunque a veces te has sentido dolida por mi exagerada reserva, como revelan tus cartas.

Las cartas, pensó ella otra vez: siempre las cartas.

–Veamos, pues, cómo te convienes en la práctica en mi pequeño soldado.

De eso vamos a hablar esta noche. Aquí. En esta cama en la que estás sentada. La última noche de nuestra luna de miel. La última noche de todas, quizá, pues no estás segura de volver a verme.

José se volvió a mirarla, sin prisas. Era como si hubiera refrenado los movimientos de su cuerpo con la misma cautela con que refrenaba su voz.

–Lloras mucho -observó-. Yo creo que esta noche lloras mucho mientras me abrazas, mientras me juras amor eterno. ¿Te parece? Tú lloras, y mientras lloras, te digo:

«Es la hora.» Mañana tendrás tu oportunidad. Mañana por la mañana cumplirás el voto que juraste por la pistola del gran Khalil. Y entonces te ordeno... te pido... -con cuidado, casi majestuosamente, volvió a la ventana- que cruces la frontera yugoslava en ese Mercedes y que sigas al norte hasta Austria, donde alguien lo recogerá. Irás tú sola. ¿Lo harás? ¿Qué me dices?

Superficialmente, Charlie no sintió más que una preocupación por emular la aridez aparente de sus sentimientos. Ni miedo ni sensación de peligro ni sorpresa: de un solo disparo acabó con todo. Ha llegado el momento, pensó. Charlie: a escena. Has de conducir, vamos. Le estaba mirando fijamente y apretando las mandíbulas, como solía mirar a la gente cuando mentía.

–¿Y bien...? ¿Cuál es tu reacción? -preguntó José, burlándose ligeramente de ella-. ¿Sola, eh? -le recordó-. Está un poco lejos, sabes. Mil doscientos kilómetros a través de Yugoslavia... Por ser una primera misión es bastante trecho. ¿Qué me dices?

–¿Y qué obtengo de ello? -preguntó ella.

Él optó por interpretar mal su pregunta, aunque Charlie no supo si lo hacía aposta o no.

–Dinero. Tu debut en el teatro de lo real. Todo lo que te prometió Marty.

Su tono era cortante y despectivo. Era difícil penetrar en aquella mente como

quizá lo era para el propio José.

–Quiero decir, ¿qué he de sacar del país?

La típica pausa de tres minutos para que su voz adoptara un acento de desplante.

–¿Qué más da lo que hayas de obtener? Puede que un mensaje. Documentos... ¿Te crees que al primer día vas a conocer todos los secretos de nuestro gran movimiento? -Hizo una pausa, pero ella no respondió-. ¿Llevarás tú el coche o no? Es lo único que importa.

No quería oír la respuesta de Michel sino la de José.

–¿Y por qué no lo lleva él?

–Mira, Charlie, los nuevos reclutas nunca discuten una orden. Ahora bien, si te choca... -¿Quién era ahora? Tuvo la sensación de que se le caía la máscara, pero sin saber a cuál de los dos correspondía-. Si de pronto sospecharas (dentro de la ficción) que este hombre te ha manipulado... que todos sus halagos, su encanto, sus declaraciones de amor eterno... -Y una vez más pareció perder el equilibrio. ¿Serían ilusiones tuyas o debía atreverse a suponer que al socaire de la penumbra algún oscuro sentimiento se había apoderado de él sin que lo advirtiera, un sentimiento que habría preferido mantener a raya?

–Es sólo que si llegados a esta fase -su voz había recobrado la energía- empieza a resbalarte el velo de los ojos o te falta valor, entonces lo lógico es que digas que no.

–Te estaba haciendo una pregunta. ¿Por qué no llevas el coche tú, Michel?

José giró rápidamente hacia la ventana y Charlie creyó entender que antes de dar una respuesta tenía que sofocar las muchas voces que clamaban en su interior.

–Esto, y nada más, es lo que te dice Michel -empezó él, esforzándose por dominarse-. Lo que haya en el coche, sea lo que sea -desde donde estaba, José podía ver el Mercedes aparcado y bajo la vigilancia de la furgoneta Volkswagen-, es vital para nuestra lucha, pero es también muy peligroso. Quienquiera que fuera detenido llevando ese coche a lo largo de los mil doscientos kilómetros, haya dentro panfletos subversivos o material del que sea, por ejemplo mensajes, sería objeto de todas las sospechas. Ni las presiones diplomáticas ni los buenos abogados conseguirían evitar que esa persona lo pasara realmente mal. Si estás pensando en tu pellejo, más vale que lo tengas en cuenta. -Y en una voz que no podía ser la de Michael, añadió-: A fin de cuentas, puedes hacer de tu vida lo que quieras. Tú no eres de los nuestros.

Pero el haber visto que vacilaba, le dio a Charlie una seguridad como no había sentido antes en su presencia.

–He preguntado por qué no lleva él el coche. Sigo esperando una respuesta.

Él se recuperó, una vez más, y con violencia.

–¡Soy un activista palestino, Charlie! Se me conoce por ser un luchador por la causa. Viajo con un pasaporte falso que en cualquier momento puede traerme problemas. Pero tú, una muchacha inglesa bien parecida, perspicaz, encantadora y

que no está fichada... tú no corres ningún peligro. ¡Me parece que está bastante claro!

–Pero si has dicho que había peligro...

–Bah, tonterías. Michel te asegura que no. Puede que él sí corra peligro, pero tú... «Hazlo por mí -te digo-, y siéntate orgullosa. Hazlo por nuestro amor y por la revolución; por todo aquello que nos hemos jurado el uno al otro. Hazlo por Khalil. ¿O es que tus promesas no valen nada y todo lo que dijiste al declararte revolucionaria era pura hipocresía occidental?» -Hizo otra pausa-. Hazlo, pues de lo contrario tu vida estará aún más vacía que cuando te fasciné en la playa.

–Querrás decir en el teatro -le corrigió ella.

José hizo caso omiso y siguió de espaldas a ella sin dejar de contemplar el Mercedes. Volvía a ser José, el de las vocales apresuradas y las frases prudentes, el de la misión con la que tantas vidas serían salvadas.

–Bueno, ahí tienes tu Rubicón. ¿Sabes lo que es el Rubicón? Ahora tienes la oportunidad de desconectar, largarte a tu país, hacer un poco de dinero y olvidarte de la revolución, de Palestina, de Michel y de todo.

–¿Y si no?

–Conducir el Mercedes. Tu primera acción por la causa. En solitario. Mil doscientos kilómetros. ¿Qué decides?

–¿Dónde vas a estar tú?

La serenidad de él era, una vez más, inexpugnable, y de nuevo volvió a refugiarse en Michel:

–Mentalmente, muy cerca, pero no puedo ayudarte. Ni yo ni nadie. Tú sola llevarás a cabo un acto criminal en favor de lo que el mundo calificará de pandilla de terroristas. -Volvió a poner el coche en marcha pero ahora era otra vez José-. Te escoltarán algunos de los muchachos, pero si algo sale mal no podrán hacer nada de nada salvo informar de ello a Marty y a mí. Yugoslavia no es precisamente amiga de Israel.

Charlie seguía atenta, como le dictaban todos sus sentidos de supervivencia. Al ver que él se había dado otra vez la vuelta para mirarla, se enfrentó a sus ojos oscuros sabiendo que él podía verle la cara, mientras que ella a él, no. ¿Contra quién luchas?, pensó; ¿contra ti o contra mí? ¿Por qué en ambos casos eres tú el enemigo?

–Aún no hemos terminado este acto -le recordó ella-. Te he preguntado (a ti y al otro) qué hay dentro del coche. Si quieres que saque ese coche del país, si lo quieres tú y quien sea que esté dentro de tu cabeza, tengo que saber lo que hay dentro. Ahora mismo.

Charlie creyó que tendría que esperar a saberlo. Se había imaginado ya otra de aquellas pausas de tres minutos para que él escogiera entre distintas opciones antes de dar a conocer sus respuestas deliberadamente escuetas. Pero Charlie se equivocaba.

–Explosivos -replicó él con su tono más distante-. Cien kilos de plástico ruso en

cartuchos de doscientos cincuenta gramos. Material nuevo de primera calidad, bien acondicionado, capaz de soportar temperaturas extremadas y razonablemente plástico haga frío o calor.

–Vaya, hombre, me alegro de saberlo -dijo animadamente Charlie, pugnando por salvarse del maremoto-. ¿Y dónde están escondidos?

–En el guarnecido y en los travesaños, en el tapizado del techo y en los asientos. Como se trata de un coche antiguo, tiene la ventaja de tener largueros huecos de sección rectangular.

–¿Para qué son los explosivos?

–Para nuestra lucha.

–¿Y por qué se tira todo ese viaje hasta Grecia para ir a buscarlos, si puede conseguirlos en Europa?

–Mi hermano sigue ciertas normas de seguridad y me obliga a cumplirlas escrupulosamente. Sólo confía en un círculo extremadamente pequeño de personas que no piensa ampliar. De hecho no se fía ni de árabes ni de europeos. Si uno trabaja solo, sólo uno mismo puede traicionarse.

–¿Y en este caso, de qué forma se concreta nuestra lucha, si se puede saber? -preguntó Charlie en el mismo tono alegre y superrelajado.

Él tampoco dudó esta vez:

–Matando a los judíos de la diáspora. Ya que ellos son culpables de haber dispersado a los palestinos, nosotros los castigamos ahora a la diáspora y afirmamos así nuestra agonía a ojos y oídos del mundo. Además, de esta manera -añadió como si no estuviera muy seguro- despertamos la conciencia dormida del proletariado.

–Bien, me parece más que razonable...

–Gracias.

–Y vosotros dos, tú y Marty, pensasteis que estaría bien si os hacía el favor de llevar el explosivo a Austria. -Con una pequeña inspiración, Charlie se levantó y se acercó resueltamente a la ventana-. Hazme un favor, José, rodéame con tus brazos. No es que sea una cachonda, es que ahí, hace un momento, me he sentido un poquitín sola...

Notó un brazo en el hombro y se estremeció con violencia a su contacto. Apoyando su cuerpo en el de él, se dio la vuelta y le rodeó a su vez con sus brazos, atrayéndolo hacia sí, y tuvo la alegría de notar cómo él se aflojaba y le devolvía el abrazo. Charlie pensaba a toda prisa, como un ojo enfrentado a una vasta e inesperada panorámica. Pero lo que empezaba a ver más claro, aparte del peligro intrínseco del viaje, era esa travesía larguísima que se le planteaba ahora y, a todo lo largo de la misma, los camaradas anónimos del otro ejército al que pronto se iba a enganchar. ¿Me está enviando allá o me está impidiendo ir? No lo sabía. Los brazos de él, que la seguían estrechando con fuerza, le conferían un nuevo valor. Hasta ahora, hechizada

por la decidida castidad de José, Charlie había llegado a pensar que su cuerpo promiscuo no estaba hecho para él, pero ahora, por razones que aún no comprendía, esa repugnancia de sí misma había desaparecido.

–Vamos, sigue convenciéndome -dijo, abrazada todavía-. Haz tu papel.

–¿No es suficiente que Michel te envíe a Austria pero que no quiera que vayas?

Ella no respondió.

–¿Hará falta que te cite a Shelley: «la tempestuosa hermosura del horror»? ¿Tendré que recordarte las promesas que nos hicimos, eso de que si estamos dispuestos a matar es porque estamos dispuestos a morir?

–Yo no creo que las palabras sirvan ya de nada. Me parece que estoy hasta el gorro de palabras. -Había hundido la cara en su pecho-. Me has prometido que estarías cerca -le recordó, y notó que aflojaba el abrazo al tiempo que su voz se endurecía.

–Te estaré esperando en Austria -dijo él en un tono pensado más para rechazarla que para convencerla-. Es lo que te promete Michel. Y yo también.

Charlie se apañó y le cogió la cabeza entre las manos como había hecho en la Acrópolis, analizando sus rasgos a la luz de la plaza. Y tuvo la sensación de que aquella cabeza era como una puerta que se le había cerrado para no dejarla entrar ni salir. Fría y excitada a la vez, se acercó de nuevo a la cama y volvió a sentarse. Cuando habló, le impresionó la nueva confianza que notaba en su propia voz. Tenía los ojos puestos en la pulsera, y le daba vueltas con aire pensativo en medio de la penumbra.

–¿Y cómo quieres *tú* que sean las cosas? ¿Se queda Charlie y hace el trabajo, o coge el dinero y se larga? ¿Qué dice tu libreto?

–Ya conoces los riesgos. Decide tú.

–También tú los conoces, y mejor que yo. Lo sabías desde el principio.

–Marty y yo te hemos expuesto los argumentos.

Charlie abrió el broche y dejó caer la pulsera en su mano.

–Se supone que salvamos vidas inocentes. Siempre que yo entregue los explosivos, claro está. Siempre habrá algún simplón que crea que salvaríamos más vidas si no los entregara. Pero se equivoca, ¿no es así?

–A la larga, y si todo va bien, sí.

Él había vuelto a darle la espalda y, según todos los indicios, reanudado su contemplación de la vista desde la ventana.

–Si ahora es Michel el que habla, resulta fácil -prosiguió ella, con lógica, abrochándose la pulsera en la otra muñeca-. Me has convencido, he besado la pistola y estoy impaciente por ir a las barricadas. Si no lo vemos claro, entonces es que han fallado tus muchos esfuerzos de estos últimos días. Pero no han fallado. Ése es el papel que me has dado, y me has convencido. Se acabó la discusión. Iré.

Vio que él asentía ligeramente.

–Y si el que habla es José, no cambia nada. Si digo que no, no volveré a verte más. Eso significa regresar a Villadeningunaparte con mi saquito de oro, y punto.

Para su sorpresa, advirtió que él ya no le prestaba atención, sino que, levantando los hombros, soltó un prolongado suspiro y permaneció con la cabeza vuelta hacia la ventana, fija su mirada en el horizonte. Luego empezó a hablar de nuevo, y a ella le pareció que volvía a esquivar la arremetida de sus palabras finales. Pero pronto se dio cuenta de que estaba explicando cómo ninguno de los dos había tenido en ningún momento otra alternativa.

–Creo que a Michel le habría gustado esta ciudad. Hasta la ocupación de los alemanes, en esta ladera vivían unos sesenta mil judíos: empleados de correos, comerciantes, banqueros, sefarditas que llevaban una existencia bastante feliz. Habían llegado de España cruzando los Balcanes. Cuando se fueron los alemanes, ya no quedaba ninguno. Los que no fueron exterminados consiguieron llegar a Israel.

Charlie se recostó en la cama, mientras él seguía junto a la ventana viendo cómo se extinguían las luces de la calle. Se preguntaba si él se le acercaría, sabiendo que no lo iba a hacer. Luego oyó un crujido cuando él se tendió en el diván; su cuerpo estaba paralelo al de ella y sólo los separaba toda la longitud de Yugoslavia. Le necesitaba más de lo que nunca había necesitado a nadie. Su miedo al mañana aumentaba su deseo.

–¿Tú tienes hermanos, José? -preguntó.

–Sí, un hermano.

–¿A qué se dedica?

–Murió en la guerra del sesenta y siete.

–La guerra por la que Michel hubo de cruzar el Jordán -dijo ella, sin esperar una respuesta sincera, aunque sabía que había dicho la verdad-. ¿Luchaste en esa guerra?

–Eso creo.

–¿Y en la anterior, ésa de la que no recuerdo la fecha?

–Mil novecientos cincuenta y seis.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Y en la posterior, la del setenta y tres?

–Es probable.

–¿Por qué luchabas?

Otra espera ritual.

–En el cincuenta y seis porque quería ser un héroe, en el sesenta y siete por la paz, y en el setenta y seis... por Israel -añadió como si le costara acordarse de lo último.

–¿Y ahora? -preguntó ella-. ¿Qué es lo que te mueve a luchar esta vez?

La lucha misma, pensó Charlie. Salvar vidas. El que me lo hayan pedido. Que mis

compatriotas puedan bailar el *debka* y escuchar los relatos de los viajeros junto al pozo.

–José...

–Dime, Charlie.

–¿Cómo te hiciste esas cicatrices tan monas?

Sus largas pausas habían adquirido en la oscuridad el encanto de un fuego de campamento.

–Las quemaduras creo que metido en un tanque, y los orificios de bala al querer salir de él.

–¿Cuántos años tienes?

–Veinte. Veintiuno, quizá.

A los ocho años entré en el Ashbal, pensó ella. A los quince...

–¿Y tu padre, quién era? -preguntó ella, decidida a conservar la magia del momento.

–Un pionero. Uno de los primeros colonos.

–¿De dónde venía?

–Polonia.

–¿Y cuándo emigró?

–En los años veinte, durante la tercera *aliyah*, no sé si sabes lo que es.

No lo sabía, pero ahora no tenía importancia.

–¿Cuál era su oficio?

–Obrero de la construcción. Trabajaba con sus manos. Convirtió una duna en una ciudad... y la llamó Tel Aviv. Era un socialista de los pragmáticos. No era muy religioso, jamás bebía y jamás tuvo nada que valiera más de unos pocos dólares.

–¿Te gustaría haber sido como él? -preguntó Charlie.

No va a responder, pensó. Se ha dormido. No seas impertinente.

–Yo escogí una profesión más elevada.

O ella te escogió a ti, pensó Charlie, pues así se escoge cuando uno ha nacido en el cautiverio. Y luego, casi al momento, se quedó dormida.

Pero Gadi Becker, el avezado guerrero, permaneció pacientemente en vela mirando la oscuridad y escuchando la irregular respiración del nuevo recluta. ¿Por qué le había hablado de esas cosas? ¿Por qué había manifestado sus opiniones en el mismo momento en que la estaba mandando a su primera misión? A veces ya no se fiaba de sí mismo. Si flexionaba los músculos se encontraba con que los tendones de la disciplina ya no se tensaban como antes; trazaba un camino recto y cuando miraba atrás se sorprendía de su ángulo de error. ¿Qué deseo en el fondo, el combate o la paz?, se preguntaba. Era demasiado viejo para ambas cosas; demasiado viejo para continuar, demasiado viejo para parar. Demasiado viejo para entregar su vida pero al

mismo tiempo incapaz de negarse. Demasiado viejo para no conocer el sabor de la muerte antes de matar.

José siguió escuchando hasta que la respiración de Charlie adoptó el sosegado ritmo del sueño. Miró la esfera luminosa de su reloj en la oscuridad, sosteniéndose la muñeca al estilo Kurtz, y luego, tan silenciosamente que aun completamente despierta a Charlie le habría costado oírle, se puso el blazer rojo y salió a hurtadillas de la habitación.

El conserje de noche era un hombre muy despierto, y le bastó ver a aquel trajeado caballero para notar la inminencia de una buena propina.

—¿Tienen impresos para telegramas? -preguntó Becker con tono apremiante.

El conserje se sumergió bajo el mostrador y le tendió uno.

Becker empezó a escribir con letra grande y clara, en tinta negra. Tenía las señas en su memoria (a la atención de un abogado de Ginebra); Kurtz se las había pasado desde Munich tras confirmar con Yanuka, por razones de seguridad, que aún servían. El texto también lo había memorizado. Empezaba así: «Sírvese avisar a su cliente...», y mencionaba el vencimiento de unas obligaciones con arreglo al contrato vigente. Eran en total cuarenta y nueve palabras. Tras releerlas añadió la rígida y cohibida rúbrica que Schwili le había enseñado con tanta paciencia. Después dejó el impreso sobre el mostrador y dio al conserje una propina de quinientos dracmas.

—Quiero que envíe este telegrama dos veces, ¿entiende? Dos veces, el mismo mensaje. Ahora, por teléfono, y mañana por la mañana, desde la oficina de correos. No se lo encargue a un botones: hágalo usted mismo. Cuando esté, me manda el resguardo a mi cuarto.

El conserje pensaba hacer exactamente lo que le pedía aquel caballero. Había oído hablar de las propinas árabes, y más aún había soñado con ellas. Y esta noche, así porque sí, acababa de conseguir una. Le habría encantado poder servir al caballero en muchas otras cosas, pero el caballero, ay, hizo oídos sordos a sus sugerencias. Sintiendo desamparado, el conserje contempló cómo su codiciada presa se le escapaba calle abajo y torcía hacia el puerto. La furgoneta de comunicaciones estaba en un aparcamiento. Había llegado el momento de que el gran Gadi Becker enviara su informe confirmando que la gran botadura podía empezar sin problemas.

El monasterio quedaba a dos kilómetros de la frontera, en una hondonada rocosa poblada de juncias amarillas. Era un lugar tristemente profanado de techos ruinosos y un claustro de celdas agrietadas en cuyas paredes habían pintarrajeado chicas bailando el hula-hoop. Algún cristiano tardío había montado allí una discoteca, pero al igual que los monjes había terminado largándose. En un trecho de cemento que debía haber sido la pista de baile estaba el Mercedes rojo, como un caballo de guerra presto para la batalla, y al lado el adalid que lo iba a montar y José supervisándolo todo en calidad de intendente. Aquí, Charlie, es donde te trajo Michel para cambiar la matrícula del coche y despedirse de ti; aquí es donde te entregó los documentos falsos y las llaves. Rose, por favor, limpia esa puerta. Rachel, ¿qué hace ese papelito en el suelo? Volvía a ser el perfeccionista de siempre, ordenando hasta el menor detalle. La furgoneta de comunicaciones estaba aparcada junto al muro exterior y el cálido vientecillo hacía ondear suavemente la antena.

Las placas con la matrícula de Munich estaban ya colocadas. Una polvorienta «D» de Alemania había sustituido a la pegatina del cuerpo diplomático. Habían eliminado todo lo innecesario, que ahora, con gran meticulosidad, procedía Becker a reemplazar por elocuentes *souvenirs*: una manoseada guía de la Acrópolis olvidada en el bolsillo de una puerta, pepitas de uva en el cenicero, trozos de mondadura de naranja en el suelo, palitos de helado griego, envoltorios de chocolatina. A continuación, dos entradas para visitar las ruinas de Delfos más un mapa Esso de carreteras con la ruta Delfos-Tesalónica marcada con rotulador y un par de anotaciones al margen garabateadas por Michel en árabe cerca de los montes donde Charlie había tenido su bautismo de fuego y errado el tiro; un peine con unos cuantos cabellos negros y las púas tiznadas por la corrosiva loción capilar alemana; unos guantes de conducir de piel, ligeramente rociados con el desodorante de Michel; una funda para gafas marca Frey, de Munich, que correspondía a las gafas de sol que se rompieron cuando su propietario intentó recoger a Rachel en la frontera.

Por último, Becker sometió también a Charlie a un concienzudo examen desde los zapatos hasta la cabeza y vuelta a bajar vía su pulsera hasta que José se volvió (según ella a regañadientes) hacia una mesa de caballete sobre la que estaba expuesto el contenido de su bolso una vez revisado.

—Mételo todo dentro, por favor -dijo finalmente él tras un último repaso, y se quedó mirando cómo Charlie guardaba las cosas: pañuelo, lápiz de labios, permiso de conducir, monedas, cartera, recuerdos, y todos los cachivaches meticulosamente previstos para, llegado un registro, atestiguar la compleja historia de sus diversas vidas.

—¿Y sus cartas? -dijo ella. José hizo una de sus pausas-. Lo lógico es que si me

escribía esas cartas tan ardientes, yo las lleve encima a todas partes.

–Michel no te lo permite. Tienes órdenes estrictas de guardar sus cartas en tu piso, en lugar seguro, y no de cruzar la frontera estando en posesión de ellas. No obstante... -De un bolsillo lateral de la americana, José había sacado una pequeña agenda envuelta en papel de celofán; estaba encuadernada en tela y tenía un pequeño lapicero en el lomo-. Como tú no llevas un diario, hemos decidido hacerlo por ti.

A regañadientes, Charlie lo cogió, retiró el celofán y cogió el lápiz. Tenía pequeñas marcas de mordeduras, como los lápices que ella utilizaba, pues siempre los mordía. Ojeó media docena de páginas. Las anotaciones de Schwili eran más bien dispersas, pero gracias a la chispa de León y a la memoria electrónica de Miss Bach, parecían realmente escritas por ella. Nada de la etapa de Nottingham: por lo visto, Michel había caído del cielo. En York, una «M» entre signos de interrogación y encerrada en un círculo. En una esquina del mismo día, un contemplativo garabato alargado como los que solía hacer cuando fantaseaba. Su coche merecía una mención: *Llevar el Fiat a Eustace a las nueve*, y su madre también: *Dentro de una semana cumpleaños de mama. Comprar regalo ahora*. E incluso Alastair: *Ir con A a la isla de Wight. ¿Anuncio de Kellogg's?* Se acordó de que Al no había ido finalmente porque Kellogg's había encontrado a un actor más sobrio y mejor. Para los períodos, unas líneas onduladas, y un par de veces esta irónica apostilla: *Resbalón*. En la página correspondiente a las vacaciones en Grecia encontró la palabra Mykonos escrita en cuidadas letras de molde, y al lado el horario de llegadas y salidas del vuelo chárter. Pero en la página correspondiente a su llegada a Atenas, una bandada de aves en pleno vuelo iluminaba a doble página el acontecimiento en bolígrafo azul y rojo, como un tatuaje de lobo de mar. Arrojó el diario al bolso de mano y cerró la presilla. Aquello era excesivo. Se sentía como violada; quería ver a gente a la que aún pudiera sorprender, gente que no falsificara sus sentimientos y su escritura para que ya no pudiera saber cuál era el original. Tal vez José lo sabía. Tal vez supo verlo en sus bruscos ademanes. Ojalá, pensó ella, viendo que sujetaba la puerta del coche abierta con su mano enguantada. Charlie montó enseguida.

–Vuelve a mirar los papeles -le ordenó él.

–No me hace falta -dijo Charlie mirando al frente.

–¿Matrícula del coche?

Se la dijo.

–¿Fecha de matriculación?

Se lo fue diciendo todo, una cosa tras otra, una mentira tras otra. El vehículo era propiedad de un conocido médico muniqués, con nombre y apellidos, que era su actual amante. El seguro y la matrícula a nombre de él, véase los papeles falsos.

–¿Cómo es que no va contigo tu dinámico doctor? Esto te lo pregunta Michel, ya me entiendes.

Ella le entendía.

–Ha tenido que coger el avión esta mañana: un caso urgente. Yo he quedado en llevar el coche. Él estaba en Atenas dando una conferencia. Hemos hecho turismo juntos.

–¿Dónde le conociste?

–En Inglaterra, es amigo de mis padres... atiende sus resacas. Mis padres son monstruosamente ricos, ¿lo sabías?

–Para una emergencia, dispones de los mil dólares que llevas en el bolso y que Michel te ha dejado para el viaje. Puedes estar segura de que tendrás un pequeño subsidio por las horas que le has dedicado, por las molestias. ¿Cómo se llama su esposa?

–Renate, y yo odio a esa tía.

–¿Los niños?

–Cristoph y Dorothea. Si Renate se quitara de en medio, yo podría ser una magnífica madre para los dos. Y ahora, me voy. ¿Algo más?

–Sí.

Por ejemplo, que me quieres, le sugirió ella mentalmente; por ejemplo, que te sabe un poco mal mandarme al corazón de Europa con un coche lleno de explosivo plástico ruso.

–No te confíes demasiado -le aconsejó él sin más emoción que si hubiera estado examinando su carnet de conducir-. No todos los guardias fronterizos son tontos, ni todos maníacos sexuales.

Ella se había jurado a sí misma que no habría despedidas, y tal vez José había pensado lo mismo.

–De acuerdo -dijo ella, y puso el motor en marcha.

Él no sonrió ni agitó el brazo. A lo mejor dijo «Suerte, Charlie», pero en ese caso ella no pudo oírlo. Charlie entró en la carretera general. El monasterio y sus provisionales moradores se desvanecieron de su espejo retrovisor. Recorrió un par de kilómetros bastante rápido y llegó a una vieja indicación en forma de flecha que decía jugoslawien. Prosiguió más despacio, al ritmo del tráfico. La carretera se ensanchaba hasta convertirse en un aparcamiento. Vio una hilera de autocares de turismo y otra de coches y las banderas de todas las naciones, chamuscadas y descoloridas por el sol. Soy inglesa, alemana, israelí y árabe. Se situó detrás de un deportivo descapotable. Delante iban dos chicos y detrás dos chicas. Charlie se preguntó si serían gente de José... o de Michel... o agentes de policía. Así es como empezaba a ver a la gente: todos pertenecemos a alguien. Un agente uniformado la instaba impaciente a que avanzara. Lo tenía todo listo. Documentación falsa, explicaciones falsas. Nadie se las pidió. Había logrado pasar.

José bajó los prismáticos. Estaba en una cumbre que dominaba el monasterio, y la furgoneta le esperaba abajo.

–Paquete enviado -dijo lacónicamente a David al volver, y éste tecleó el mensaje. Por Becker habría sido capaz de transmitir lo que fuera sin importar el riesgo, aunque hubiese tenido que matar. Becker era para él una leyenda viviente, un hombre completo a quien David aspiraba a imitar sin descanso.

–Marty responde que enhorabuena -dijo con respeto el muchacho.

Pero el gran Becker parecía no estar allí.

No hacía otra cosa que conducir. Conducía doliéndole los brazos de agarrar el volante con demasiada fuerza y doliéndole el cuello por llevar las piernas demasiado rígidas. Conducía con dolor de vientre debido a la excesiva inactividad... pero también al miedo. Y el colmo fue cuando el motor se ahogó y ella pensó: ¡Hurra, por fin una avería! Si tienes problemas, abandona el coche, le había dicho José; déjalo en cualquier desvío, haz autostop, deshazte de los papeles, coge un tren. Pero sobre todo, aléjate cuanto puedas del coche. Pero ahora que se había puesto en marcha, no se veía capaz de hacerlo: sería como dejar plantada a la compañía en mitad de una obra. Se volvió sorda de tanta música; apagó la radio pero el ruido de los camiones la ensordecía también. Iba como en una sauna, iba muerta de frío, iba cantando. No había avance, sólo movimiento. Se dedicó a charlar animadamente con su difunto padre y con su condenada madre: «Verás, mamá, he conocido a un árabe de lo *más* encantador; es un hombre *cultísimo* y *muy* rico y educado, la cosa fue como un polvo larguísimo del amanecer a la puesta de sol y vuelta a empezar...»

Conducía con la mente en blanco y sus pensamientos deliberadamente condensados. Se obligaba a permanecer en la superficie exterior de la experiencia: Oh, mira, un pueblecito; oh, mira qué lago... pensaba sin permitirse en modo alguno ahondar en el caos subyacente. Soy libre y lo estoy pasando de maravilla. Para almorzar comía pan y fruta que compraba en las gasolineras... y helados; de repente le apasionaban los helados como si tuviera antojos de embarazada. Helados amarillos de Yugoslavia, con una chica tetuda en el envoltorio. En una ocasión vio a un autoestopista y sintió ganas enormes de desobedecer las órdenes de José y parar para recogerlo. Llevaba tan mal su soledad que habría hecho cualquier cosa con tal de tenerlo por compañía, quién sabe si para casarse con él en una de las muchas pequeñas iglesias esparcidas por las peladas colinas o para violarle entre la hierba amarillenta de las cunetas. Pero en ningún momento de aquellos que le parecían años conduciendo llegó a admitir que estaba transportando cien kilos de explosivo plástico ruso de primera calidad en cartuchos de doscientos cincuenta gramos ocultos en el guarnecido, en los travesaños, en el tapizado del techo y en los asientos. Ni que un modelo de coche antiguo presentara la ventaja de tener largueros huecos de sección

rectangular. Ni que fuera material nuevo, en buenas condiciones, capaz de soportar temperaturas extremadas y razonablemente maleable hiciera frío o calor.

Adelante, muchacha, se repetía con decisión, a veces en voz alta. Hace un día espléndido y tú eres una puta de clase alta que conduce el Mercedes de su amante. Recitó frases de su papel en *Como gustéis* y del primer papel que representó en su vida. Recitó párrafos de *Santa Juana*. Pero no pensaba para nada en José; jamás había conocido a un israelí, jamás le había deseado, jamás había cambiado de empleo y de religión por él ni había sido su juguete fingiendo al mismo tiempo ser juguete del enemigo; jamás le habían asombrado ni inquietado las guerras secretas que parecían librarse en la cabeza de aquel hombre.

A las seis de la tarde, y aunque habría preferido seguir conduciendo toda la noche, vio el rótulo contra el que nadie le había prevenido, y dijo: «Bueno, *ese* sitio no está mal, probaré aquí.» Así de sencillo. Lo dijo sintiéndose alegre, hablando seguramente a su madre. Siguió conduciendo unos mil quinientos metros hacia los montes, y allí estaba, tal como lo había descrito el innombrable, un hotel con piscina y minigolf erigido sobre unas ruinas. Y cuando entró en el vestíbulo, ¿con quién se iba a topar si no precisamente con sus amigos Dimitri y Rose, a los que conocía de Mykonos? Caramba, mira por dónde, ¡pero si es Charlie, *qué* coincidencia! ¿Y si cenáramos juntos? Estuvieron en la barbacoa que había junto a la piscina y se bañaron, y cuando la piscina cerró, viendo que Charlie no podía dormir, jugaron al Intelect en su dormitorio como carceleros en la víspera de la ejecución. Charlie dormitó unas horas, pero a las seis de la mañana volvía a estar en la carretera, y a media tarde estaba haciendo cola para cruzar la frontera de Austria, momento en que su propio aspecto le pareció repentinamente importantísimo.

Llevaba una blusa sin mangas, cortesía de Michel; se había cepillado el pelo y tenía un magnífico aspecto en los tres espejos de que disponía. Casi todos los coches pasaban sin contratiempo, pero esta vez ella no contaba con tener esa suerte. A la gente que paraban le hacían enseñar la documentación y algunos eran obligados a apearse para un minucioso registro del vehículo. Charlie se preguntó si la elección era fortuita o si les habían pasado previamente algún aviso. O incluso si actuaban según indicios indescifrables. Dos hombres de uniforme se estaban acercando por su fila, parándose en cada coche. Uno iba de verde y el otro de azul. El de azul llevaba la gorra ladeada como un as de la aviación. Al llegar al Mercedes, la miraron y rodearon lentamente el coche. Oyó que uno de los dos daba una patada a un neumático de atrás y lo primero que se le ocurrió fue gritar «¡Ay, qué daño!», pero se contuvo porque José, en quien no se atrevía ni a pensar, le había dicho:

No te metas con ellos, mantén las distancias, decide lo que creas oportuno, pero piénsatelo bien. El del uniforme verde le preguntó algo en alemán y ella dijo «*Sorry?*», mientras le enseñaba su pasaporte británico (profesión: actriz). El hombre

cogió el pasaporte, comparó a Charlie con la fotografía y se lo pasó a su colega. Eran dos chicos apuestos; no había advertido lo jóvenes que eran: rubios, llenos de vida, con una mirada franca y el bronceado permanente de los montañeros. Es de primera calidad, tuvo ganas de decirles en un horrible guiño hacia la autodestrucción: me llamo Charlie, a vuestra disposición.

Sus ojos no se apartaron de ella mientras ambos le hacían preguntas. Les dijo que no, que sólo un cartón de cigarrillos griegos y una botella de ouzo. No, nada de regalos, en serio. Apartó la vista de ellos resistiéndose a las ganas de coquetear. Oh, bueno, una tontería para su madre, nada de valor. Le habría costado diez dólares. Un cuaderno: para que tengan algo en qué pensar. Abrieron la puerta de su lado y pidieron ver la botella de ouzo, pero ella tuvo la sospecha de que tras haber echado una buena ojeada al escote de su blusa ahora les apetecía verle las piernas para comparar. El ouzo estaba en una cesta que tenía a su lado, en el piso del coche. Charlie se inclinó sobre el asiento del acompañante, levantó la botella y al hacerlo su falda dejó al descubierto su muslo izquierdo hasta la cadera. Cogió la botella para enseñársela y en ese mismo instante notó que una cosa fría y húmeda le tocaba la carne. *¡Dios mío, me han apuñalado!* Lanzó una exclamación, y, asombrada comprobó que en el muslo le habían estampado un sello entintado de azul certificando su entrada a la República de Austria. Estaba tan enfadada que por poco se abalanzó sobre ellos, y tan agradecida que por poco se echó a reír a carcajadas. De no ser porque se lo impedían las cautas palabras de José, los habría abrazado allí mismo por su increíble, adorable e inocente generosidad. Había logrado pasar, lo había conseguido. Miró por el retrovisor y vio a aquellos dos encantos diciéndole tímidamente adiós durante treinta y cinco minutos seguidos, ajenos a los otros coches que iban llegando.

Charlie nunca había sentido tanto aprecio por la autoridad.

La larga vigilia de Shimon Litvak empezó a primera hora de la mañana, ocho horas antes de que le informaran que Charlie había cruzado la frontera sin novedad, y dos noches y un día después de que José, en nombre de Michel, hubiera enviado el telegrama por duplicado al abogado de Ginebra para que a su vez lo enviara a su cliente. Era ya media tarde y Litvak había cambiado tres veces la guardia, pero nadie se quejaba de aburrimiento y todos estaban alerta; el problema de Litvak no era mantener al equipo en situación de vigilancia sino persuadirles de que descansaran en sus horas libres.

Desde su puesto de mando junto a la ventana de la suite nupcial de un viejo hotel, Litvak contemplaba una bonita plaza de mercado de la Carintia austriaca en la que destacaban un par de posadas típicas con mesas en la terraza, un pequeño aparcamiento y una estación de ferrocarril agradablemente antigua con una cúpula en

forma de cebolla sobre el despacho del jefe de estación. La posada más próxima a Litvak se llamaba El Cisne Negro, y su mayor atractivo era un pálido, joven e introvertido acordeonista que tocaba por amor al arte y que sonreía radiante cuando pasaba algún coche, cosa que sucedía con bastante frecuencia. La segunda posada recibía el nombre de Las Armas del Carpintero y tenía un cartel dorado muy bonito hecho con útiles del oficio. La posada del Carpintero tenía categoría, manteles blancos y truchas que uno mismo podía elegir de un depósito de agua que había fuera. A esa hora se veían pocos peatones; el calor sofocante sumía todo el lugar en una agradable somnolencia. En la acera del Cisne había dos chicas tomando té y riendo como tontas de una carta que estaban escribiendo al alimón. Su trabajo consistía en apuntar las matrículas de todos los coches que entraban o salían de la plaza. En la terraza de Las Armas del Carpintero, un cura joven y muy formal bebía sorbitos de vino y leía su misal, y en el sur de Austria nadie le dice a un cura que se vaya. El verdadero nombre del cura era Udi, abreviatura de Ehud, el asesino zurdo del rey de Moab. Al igual que su homónimo, Udi iba armado hasta los dientes, era zurdo y estaba allí por si había pelea. Le cubría una pareja de ingleses de mediana edad, que dormitaban dentro de su Rover, en el aparcamiento, tras una opípara comida. Pese a ello, ocultaban armas de fuego entre las piernas y tenían a mano, otros artilugios similares. Su radio estaba sintonizada con la furgoneta de comunicaciones aparcada a unos doscientos metros en la carretera de Salzburgo.

En total, Litvak disponía de nueve hombres y cuatro mujeres. Él habría puesto dieciséis pero no se quejaba. Le gustaba vigilar a la gente, y la tensión siempre le llenaba de una sensación de bienestar. Yo he nacido para esto, pensaba Litvak: es lo que pensaba siempre que la acción se preparaba. Estaba tranquilo, tanto su cuerpo como su mente dormían profundamente, su tripulación estaba en cubierta fantaseando con novios, novias y caminatas veraniegas por Galilea. Con todo, la más ligera brisa los habría tenido a todos al pie del cañón antes de que las velas hubieran llegado a enterarse de que aquélla soplaba.

Litvak masculó una contraseña de rutina por sus auriculares de casco. Obtuvo respuesta en alemán, pues intentaban no llamar la atención. Su tapadera era bien una empresa de radio-taxis de Graz, bien un servicio de socorro por helicóptero con base en Innsbruck. Cambiaban con frecuencia de banda de ondas y empleaban un buen número de confusas claves de transmisión.

A las cuatro, apareció Charlie en la plaza con el Mercedes, y uno de los observadores del aparcamiento hizo sonar descaradamente por sus auriculares las tres primeras notas de una fanfarria. Charlie no encontraba sitio donde aparcar, pero Litvak había ordenado que nadie la ayudara en esto. Hay que dejar que actúe a su manera: nada de mimos. Quedó un sitio libre; Charlie aparcó, salió del coche, se estiró, se frotó el trasero y sacó bolsa y guitarra del portaequipaje. Bien, pensó

Litvak, mirándola por un telescopio. Una actriz nata. Ahora cierra el coche. Charlie lo hizo, dejando el maletero para el final. Ahora introduce la llave en el tubo de escape. Ella lo hizo también, con gran destreza, al agacharse para coger su equipaje, y luego emprendió camino hacia la estación sin mirar en ningún momento a derecha ni a izquierda. Litvak se dispuso otra vez a esperar. Ya está atada la cabra, se dijo recordando una frase típica de Kurtz. Ahora sólo nos falta el león. Ordenó algo por sus cascos y escuchó la confirmación. Se imaginó a Kurtz en el piso de Munich, encorvado sobre el pequeño teletipo mientras la señal era transmitida desde la furgoneta. Se imaginó el inconsciente gesto de Kurtz toqueteándose nervioso los labios siempre sonrientes, y cuando levantaba el grueso antebrazo para consultar su reloj casi sin mirarlo. Por fin entramos en la oscuridad, pensó Litvak al notar los primeros indicios del crepúsculo. Todos estos meses no hemos estado esperando otra cosa que oscuridad.

Transcurrió una hora, el buen cura Udi pagó su humilde cuenta y desapareció a paso devoto por una bocacalle para tomarse un respiro y cambiar de disfraz en el piso franco. Las chicas habían terminado por fin su carta y necesitaban un sello. Una vez conseguido el sello, imitaron al falso cura. Litvak observó satisfecho cómo los sustitutos ocupaban sus puestos: un tronado furgón de lavandería, dos autoestopistas con ganas de comer algo y un trabajador italiano que venía a tomar un café y a leer el periódico de Milán, Llegó un coche de policía y dio tres lentas vueltas de honor a la plaza, pero ni el conductor ni su acompañante se interesaron en el Mercedes rojo que tenía la llave de contacto metida en el tubo de escape. A las ocho menos veinte, en medio de una nueva excitación por parte de los observadores, una mujer gorda fue directamente hacia la puerta del Mercedes, intentó meter una llave en la cerradura y luego reaccionó cómicamente antes de alejarse en un Audi rojo: se había equivocado de coche. A las ocho pasó por la plaza una potente motocicleta sin que nadie tuviera tiempo de coger el número de la matrícula, y desapareció a toda velocidad; parecían dos chavales que iban de juerga.

—¿Contacto? -preguntó Litvak por los cascos.

Las opiniones estaban divididas. Mucha tranquilidad, dijo una voz: mucha rapidez, dijo otra: ¿qué necesidad hay de arriesgarse a que te pare la policía? Pero Litvak no estaba de acuerdo. Era un primer reconocimiento, estaba convencido de ello, pero no lo dijo por temor a influir en los demás. Se dispuso a esperar de nuevo. El león ha venido a olisquear, pensó. ¿Volverá?

Eran las diez. Los restaurantes empezaban a vaciarse. La ciudad iba sumiéndose en una profunda quietud rural, pero el Mercedes seguía intacto y la moto no había regresado.

Quien haya contemplado alguna vez un coche vacío, sabrá que es una de las cosas

más estúpidas de mirar, y Litvak sabía mucho de mirar coches vacíos. Conforme pasa el tiempo, de tanto mirar, uno acaba recordando que un coche de por sí es una de las cosas más fatuas que existen. Y cuan fatuo es el hombre por haber inventado los coches. Pasadas un par de horas llega uno a la conclusión de que nunca se ha tirado a la cara porquería más grande, y empieza uno a soñar con caballos y con islas de peatones, con huir de esta vida de chatarra y con regresar a lo que era el género humano, con el kibbutz y sus naranjales, con el día que el mundo entero aprenda los peligros que conlleva el derramar sangre judía.

Y a uno le entran ganas de hacer pedazos todos los coches enemigos y liberar para siempre a Israel.

O bien se acuerda uno de que es el sabat, y que la ley dice: «Es preferible trabajar para salvar un alma que observar el sabat y no salvar esa alma.»

O imagina uno que va a casarse con una chica fea pero muy piadosa, aunque a uno no le guste demasiado, y establecerse en Herzlia, pagando una hipoteca y entrando en la trampa de la paternidad sin protestar en ningún momento.

O reflexiona uno sobre el Dios judío, y sobre ciertos paralelos bíblicos con la presente situación.

Pero piense uno lo que piense, y haga uno lo que haga, cuando se está tan bien adiestrado como Litvak y se está al mando y se es de esos para quienes la perspectiva de actuar contra los verdugos del pueblo judío es como una droga adictiva, entonces uno no le quita ojo de encima a ese coche ni un segundo.

La moto había vuelto.

Había estado en la plaza de la estación cinco minutos y medio eternos, según el luminoso reloj de pulsera de Shimon Litvak, quien la había observado todo el rato desde su puesto en la ventana a oscuras del hotel a menos de veinte metros en línea recta. La moto era de las de la gama alta, marca japonesa, matrícula de Viena y con un manillar elevado hecho de encargo. Había entrado en la plaza silenciosamente, como un fugitivo, llevando un conductor encasquetado y vestido de cuero, de género aún por determinar, y un pasajero masculino de espaldas anchas (rápidamente apodado «Peloslargos») con ropa tejana, zapatillas de deporte y un peliculero pañuelo anudado al cuello. La moto había aparcado cerca del Mercedes, pero no tan cerca como para dar a entender que tenían las miras puestas en el coche. Litvak habría hecho lo mismo.

—Cuadrilla reunida -dijo en voz baja por los cascos, e inmediatamente recibió cuatro confirmaciones. Litvak estaba tan seguro de su olfato que si aquellos dos hubiesen sentido miedo y hubieran puesto pies en polvorosa, él habría dado la orden sin pensarlo dos veces, aunque ello habría significado el fin de la operación. Aarón, desde la cabina de la furgoneta de la lavandería, los habría acribillado en plena plaza,

y luego el propio Litvak habría bajado para vaciarles un cargador de gracia. Pero la pareja no puso pies en polvorosa, lo cual era muchísimo mejor. Estaban los dos montados en la moto, jugando con sus correajes y sus hebillas, y allí se quedaron sentados aparentemente horas enteras, como sólo saben hacer los motoristas, aunque de hecho sólo transcurrieron un par de minutos. Seguían tomándole las medidas al lugar, observando los coches aparcados y las ventanas superiores como la de Litvak, aunque el equipo ya se había asegurado de que no se viera nada desde abajo.

Terminado el período de meditación, Peloslargos se bajó lánguidamente de su sillín y pasó junto al Mercedes con la cabeza inocentemente ladeada mientras se fijaba sin duda en la llave de contacto que sobresalía del tubo de escape. Pero no hizo ademán de cogerla, cosa que Litvak como profesional sabía apreciar, sino que pasó de largo para dirigirse hacia la estación y entrar en los retretes, de donde salió al momento con la esperanza de frustrar los planes del tonto que le hubiera seguido. Pero no le seguía nadie. Las chicas no podían, claro está, y los chicos eran demasiado prudentes. Peloslargos pasó de nuevo junto al Mercedes, y Litvak le imploró calladamente que se agachara a coger la llave porque le gustaban los gestos convincentes. Pero Peloslargos no lo hizo. Sí, en cambio, regresó a la moto; su colega había seguido montado en el sillín sin duda para emprender rápidamente la fuga si era necesario. Peloslargos le dijo algo, se quitó el casco y, con un rápido movimiento de la cabeza, expuso despreocupadamente su cara a la luz.

–*Luigi* -dijo Litvak por los cascos, según la clave convenida.

Al momento experimentó esa rara e infinita bendición del puro goce. Conque eres tú, pensó con calma: Rossino, el apóstol de las soluciones pacíficas. Litvak le conocía realmente bien. Conocía los nombres y direcciones de sus amistades, de sus derechistas padres -que vivían en Roma- y de su mentor izquierdista en la escuela de música de Milán. Conocía el prestigioso periódico napolitano que le seguía publicando artículos moralistas sobre la necesidad de la no violencia como única salida aceptable. Conocía las sospechas alimentadas desde hacía tiempo en Jerusalén, y toda la historia de sus repetidos e infructuosos esfuerzos por conseguir una prueba. Sabía cómo olía y qué pie calzaba; empezaba a adivinar cuál había sido su papel en Bad Godesberg y en varios lugares más, y tenía, como todos, las ideas muy claras sobre lo mejor que se podía hacer con él. Pero aún no. Dentro de un tiempo. Hasta que no hubiera pasado aquella tortuosa travesía, no podrían ajustarle las cuentas.

Charlie se ha ganado el viaje, pensó jovialmente. Con sólo esta identificación se ha pagado todo el viaje de Grecia hasta aquí. La chica era una gentil honrada y, a juicio de Litvak, de una raza que escaseaba.

Por fin estaba desmontando el conductor de la moto. Desmontando, estirándose y desabrochándose la correa que le protegía el mentón, en tanto Rossino le reemplazaba al manillar hecho de encargo.

Ahora bien, el conductor era una chica.

Una chica rubia y esbelta, según sus prismáticos de alta resolución, con unas facciones delicadas y algo descarnadas y un aire absolutamente etéreo pese a su dominio de la potente motocicleta, de modo que Litvak, en aquel momento crítico, rehusó de plano molestarse porque sus viajes pudieran haberla llevado de París-Orly a Madrid, o porque tuviera práctica en entregar maletas con discos a amigas suecas. Porque si Litvak hubiera tomado ese camino, el odio acumulado por su equipo podría haber anulado su sentido de la disciplina; la mayoría de ellos había matado a alguien en su momento, y en casos como éste carecían de escrúpulos. De modo que optó por no decir nada y dejarles sencillamente que intentaran identificarla por su cuenta.

Ahora le tocó a la chica el turno de ir al retrete. Después de sacar del portaequipajes una bolsa pequeña y darle el casco a Rossino, la chica cruzó la plaza con la cabeza descubierta y se dirigió a la explanada, quedándose un rato allí, a diferencia de lo que había hecho su compañero. Una vez más, Litvak esperó a que hiciera ademán de coger la llave de contacto, pero no fue así. Su manera de andar era, como la de Rossino, ágil y natural, y en ningún momento pareció vacilar. No había duda de que era una chica muy atractiva; no era de extrañar que al pobre agregado laboral se le hubiera caído la baba al verla. Litvak dirigió el telescopio hacia Rossino. Ligeramente subido al sillín delantero, había inclinado la cabeza como para escuchar alguna cosa. Ah, claro, se dijo Litvak, al aguzar el oído y captar aquel mismo murmullo débil: el tren de Klagenfurt de las 10.24 que estaba a punto de llegar. Con un prolongado estremecimiento, el tren se detuvo junto al andén. Los primeros viajeros de ojos legañosos hicieron su aparición en la explanada. Un par de taxis avanzaron un poco y volvieron a parar. Dos o tres coches particulares abandonaron la estación. Apareció un grupo de excursionistas cansados, todo un vagón, y todos ellos con la misma etiqueta en el equipaje.

Vamos, hacedlo de una vez, rogó Litvak. Coged el coche y aprovechad el lío de tráfico. Que se note para qué habéis venido.

Pero no estaba preparado para lo que en realidad hicieron. Una pareja de edad esperaba en la cola del taxi y, detrás, había una joven recatada con aires de enfermera o dama de compañía. Llevaba un traje chaqueta marrón y un sombrero muy formal, a juego, con el ala baja. Litvak se fijó en ella como se fijaba ahora en otras muchas personas que estaban en la explanada; la tensión aumentaba lo experto y decidido de su mirada. Una chica guapa con una pequeña bolsa de viaje. La pareja de edad llamó un taxi y la chica se quedó mirando cómo llegaba el coche. La pareja montó en el taxi; la chica les echó una mano con sus cosas... seguro que era su hija. Litvak dirigió de nuevo la vista al Mercedes y luego a la moto. Si en algún momento pensó en la chica, fue para suponer que había subido al taxi y que se había ido con sus padres. Lo más lógico. Fue al dirigir su atención al cansado grupo de turistas que desfilaba por la

calzada camino de los dos autocares que les esperaban, cuando, con un salto de puro placer, se dio cuenta de que la chica de marrón era su chica, la de la moto; les había engañado cambiándose a toda prisa en los lavabos y, luego, se había unido al grupo del autocar a fin de atravesar la plaza. Litvak se regocijaba todavía cuando ella abrió la puerta del coche con una llave propia, arrojó dentro la bolsa, se acomodó en el asiento del conductor con la misma castidad que si estuviera en la iglesia y se alejó de allí con la cola de pescado asomando aún del tubo de escape. Este detalle también fue de su agrado: ¡pero si era lo más lógico, lo más sensato! Telegramas duplicados, llaves duplicadas: al jefe le gustaba doblar sus posibilidades.

Dio la orden convenida y contempló el discreto despliegue de los seguidores: las chicas en el Porsche, Udi en el Opel grande con el emblema de Europa en el maletero, puesto allí por él mismo, y luego el compañero de Udi en una moto mucho menos elegante que la de Rossino. Él permaneció junto a la ventana y vio cómo la plaza se vaciaba hasta quedar desierta, como al final de una representación. Partieron los coches, los autocares y los peatones; se extinguieron las luces de la explanada de la estación, y oyó el ruido metálico de una verja de hierro al cerrarse hasta el día siguiente. Solamente las dos posadas permanecían abiertas.

Por fin, la contraseña que esperaba resonó en sus cascos: «*Ossian*», a saber, el coche se dirige al norte.

—¿Y Luigi hacia dónde va? -preguntó.

—Hacia Viena.

—Un momento -dijo Litvak, y se quitó los cascos para pensar con mayor claridad.

Debía tomar una decisión inmediatamente, y era para este tipo de decisiones que estaba entrenado. Seguir a Rossino y a la chica a la vez era imposible, le faltaban recursos. En teoría debía seguir a los explosivos y, por consiguiente, a la chica, pero tenía sus dudas porque Rossino era muy escurridizo y desde luego la presa más interesante, mientras que el Mercedes era llamativo por definición y su destino prácticamente seguro. Litvak dudó un momento más. Los auriculares crepitaron, pero él hizo caso omiso y siguió repasando mentalmente la lógica de la ficción. La idea de dejar escapar a Rossino se le hacía casi insoportable, pero, por otra parte, Rossino era sin duda un importante eslabón en la cadena del adversario, y como Kurtz había argumentado repetidas veces, si se rompía la cadena, ¿cómo iba a poder infiltrarse Charlie? Rossino regresaría a Viena satisfecho de que hasta ahora todo hubiera salido sin contratiempo: era un eslabón crucial, pero también un testigo crucial. En tanto que la chica era una eventual: la que conducía, la que ponía la bomba, la infantería fungible de su movimiento revolucionario. Además, Kurtz tenía importantes planes para su futuro, mientras que el de Rossino podía esperar.

—Seguid al Mercedes -dijo Litvak al ponerse de nuevo los cascos-. Dejad que se vaya Luigi.

Una vez tomada la decisión, Litvak se permitió una sonrisa de satisfacción. Conocía la formación con exactitud. Primero Udi en cabeza en su moto, luego la rubia en el Mercedes rojo y detrás de ella el Opel. Y luego, detrás del Opel, muy rezagadas, las dos chicas en el Porsche de reserva, listas para ocupar el sitio de cualquiera de los otros si fuera necesario. Repasó para sus adentros los puestos fijos que controlarían la ruta del Mercedes hasta la frontera alemana. Se imaginó la clase de patraña que habría contado Alexis al objeto de asegurarse de que la dejaban pasar sin complicaciones.

—¿Velocidad? -preguntó Litvak, echando un vistazo a su reloj.

Según Udi, le comunicaron, llevaba una marcha muy moderada. La chica no quería problemas con la justicia, la carga que llevaba le ponía nerviosa.

Y razón tiene para estarlo, pensó Litvak quitándose los cascos. Si yo estuviera en su lugar, estaría temblando de miedo.

Bajó al vestíbulo cartera en mano. Ya había pagado la factura del hotel, pero si se lo hubieran pedido habría vuelto a pagar; estaba en paz con el género humano. Su coche de mando le esperaba en el aparcamiento del hotel. Con un gran autodomínio, producto de su larga experiencia, Litvak partió en tranquila persecución del convoy. ¿Cuánto tiempo tardarían en descubrir lo que la chica sabía? Ten calma, pensó, primero hay que atar a la cabra. Volvió a pensar en Kurtz y con una punzada de placer se figuró la apisonadora de su voz infatigable colmándole de elogios en su espantoso hebreo. Para Litvak era una gran satisfacción pensar que estaba ofreciendo al dios Kurtz un sacrificio tan rotundo.

Salzburgo no se había enterado de que era verano. De las montañas soplaba un aire fresco y primaveral y el río Salzach olía a mar. Para Charlie seguía siendo un misterio cómo habían llegado hasta allí, porque se había pasado gran parte del viaje durmiendo. Habían ido en avión desde Graz hasta Viena, pero el vuelo había durado unos segundos, de modo que debía de haberse quedado dormida en el avión. En Viena les esperaba un coche alquilado por él, un BMW pequeño. Charlie se volvió a dormir, y cuando estaban entrando en la ciudad le pareció por un momento que el coche estaba en llamas, pero sólo era el reflejo del último sol de la tarde en la pintura carmesí.

—¿Y por qué precisamente Salzburgo? -le había preguntado.

Porque Michel venía de vez en cuando a esta ciudad, le había contestado él, y porque les pillaba de camino.

—¿De camino hacia dónde? -preguntó ella, pero volvió a toparse con su reserva.

El hotel donde se alojaban tenía un patio interior cubierto, viejas balaustradas doradas y macetas de plantas en urnas de mármol. Desde su suite se veía perfectamente el veloz río marrón y, en la otra orilla, más cúpulas que las que pueda

haber en el cielo. Más allá de las cúpulas se alzaba un castillo provisto de un teleférico que subía y bajaba por la ladera.

–Necesito andar -dijo Charlie.

Se quedó dormida mientras tomaba un baño, y él tuvo que aporrear la puerta para que despenara. Luego se vistió y él hizo nuevamente alarde de conocer los sitios y las cosas que más le agradarían.

–Es nuestra última noche, ¿verdad? -dijo ella. Esta vez él no se refugió en Michel.

–Así es, Charlie; mañana hemos de hacer una visita y después tú regresas a Londres.

Cogida con ambas manos del brazo de José, Charlie recorrió con él callejuelas y plazas que se comunicaban entre sí como salones. Se pararon frente a la casa en que había nacido Mozart, y los turistas allí congregados se le antojaron a ella un público de matiné, alegre y desenfadado.

–Lo he hecho bien, ¿eh, José? Vamos, dime que lo he hecho muy bien.

–Has estado soberbia -contestó él, pero en cierto modo su cautela significaba para ella más que sus elogios.

Las iglesias, que parecían de muñecas, eran mucho más bonitas de lo que ella había supuesto, con dorados altares con volutas, ángeles voluptuosos y tumbas en las que los muertos parecían estar soñando aún plácidamente. Un judío que se hace pasar por musulmán me enseña a mí mis raíces cristianas, pensó. Pero cuando quiso sacarle más información, sólo consiguió que él comprara una guía de papel satinado y se guardara el recibo en el bolsillo.

–Mucho me temo que Michel no haya tenido tiempo de iniciarse en el Barroco -aclaró secamente; y una vez más ella creyó ver en él las sombras de un obstáculo secreto.

–¿Volvemos? -preguntó él.

Charlie meneó la cabeza. Haz que dure... Anochece, la muchedumbre iba desfilando, se oían surgir coros de niños de las puertas. Fueron a sentarse junto al río y escucharon el sordo tañido de las campanas viejas compitiendo tozudas entre sí. Y de repente, al reanudar la marcha, se sintió tan floja que él hubo de sujetarla por la cintura para que no se cayera.

–Cena -ordenó ella mientras José la llevaba hacia el ascensor-. Champán. Música.

Pero apenas hubo llamado él al servicio de habitaciones, Charlie se quedó dormida sobre la cama y ni siquiera José habría sido capaz de despertarla.

Con la cara apoyada en el brazo izquierdo, así yacía Charlie, como lo había hecho en la playa de Mykonos, y Becker la observaba sentado en el sillón. La primera luz tenue del alba se colaba por las cortinas; olía a madera y brotes nuevos. La tormenta de la noche había sido tan fuerte y ruidosa como un tren expreso retumbando por el

valle. Desde la ventana había contemplado él cómo la ciudad se mecía bajo la lenta y concienzuda embestida de los relámpagos, y las relucientes cúpulas donde bailoteaba la lluvia. Charlie estaba tan quieta que él llegó a ponerle el oído junto a la boca para asegurarse de que aún respiraba.

Echó un vistazo a su reloj. Hay que hacer planes, pensó, ponerse en marcha; hacer que la acción acabe con las dudas. La bandeja con la cena intacta y el cubo de hielo con la botella de champán por descorchar seguían junto a la ventana. Cogiendo ambos tenedores, Becker procedió a sacar la carne de la langosta del caparazón, a ensuciar los platos, a mezclar la ensalada y a estropear las fresas, añadiendo una última mentira a las muchas que ya habían vivido: su banquete de gala en Salzburgo; Charlie y Michel celebran el final feliz de su primera misión para la revolución. Llevó la botella de champán al baño y cerró la puerta para no despertar a Charlie al descorcharla. Luego vertió el champán en el lavabo y abrió el grifo del agua; arrojó al retrete la langosta, las fresas y la ensalada y hubo de tirar dos veces de la cadena porque no desapareció todo a la primera. Dejó champán suficiente para servirse un poco en la copa, y para la copa de Charlie cogió su lápiz de labios, dibujó unos rastros en el borde y añadió el resto que quedaba en la botella. Volvió después a la ventana, donde había pasado gran parte de la noche, y contempló las empapadas colinas azules. Soy un escalador harto de montañas, se dijo.

Se afeitó y se puso el blazer rojo. Se acercó a la cama, alargó la mano para despertarla pero la retiró, invadido por una gran desgana, un enorme cansancio. Volvió a sentarse en el sillón, cerró los ojos, se forzó a abrirlos; despertó con un sobresalto, sintiendo el rocío del desierto pegado a su uniforme de campaña y oliendo la fragancia de la arena húmeda que aún no ha secado el sol abrasador.

–Charlie...

Esta vez alargó la mano para rozarle la mejilla, pero en lugar de eso le tocó el brazo. Ha sido un triunfo, Charlie; Marty dice que eres una gran actriz y que le has obsequiado con un magnífico reparto de nuevos personajes. Esta noche me ha llamado, sabes, mientras dormías. Dice que mejor que la Garbo. Que no hay nada que no podamos conseguir juntos. Despierta, Charlie. Tenemos que hacer. Charlie...

Pero en voz alta se limitó a repetir su nombre. Luego se dirigió a recepción, pagó la factura y se quedó con el último recibo. Salió andando por la parte trasera del hotel para recoger el BMW alquilado, y el amanecer era como el crepúsculo del día anterior, fresco y todavía no estival.

–Simula que te despides de mí y luego finge ir a dar un paseo -le dijo Becker-. Dimitri te llevará a Munich.

Charlie entró en el ascensor, que olía a desinfectante y tenía unos paneles de plástico gris llenos de garabatos. Había apartado de sí toda flaqueza, como solía hacer en las manifestaciones, sentadas y demás festejos. Estaba nerviosa, excitada, y sentía la proximidad de un final inminente. Dimitri tocó el timbre y Kurtz en persona acudió a abrir. Detrás estaba José, y detrás de José colgaba un escudo de latón con una imagen de san Cristóbal con el niño a cuestas.

–Es realmente fantástico, Charlie. *Tú* eres fantástica -dijo Kurtz con cierta premura sentida, y la estrechó fuertemente entre sus brazos-. Increíble, Charlie.

–¿Dónde está él? -preguntó Charlie, mirando la puerta cerrada que había a espaldas de José. Dimitri, que se había quedado fuera, tras acompañarla hasta la puerta, había vuelto a bajar en el ascensor.

Hablando como si aún estuviese en la iglesia, Kurtz decidió dar una respuesta nada especial.

–Se encuentra bien -le tranquilizó mientras la soltaba-. Un poco cansado de tanto viaje, pero bien. Gafas de sol, José -añadió-. Que se ponga unas gafas de sol. ¿Tienes unas, querida? Ten este pañuelo para disimular ese pelo precioso. Quédatelo. -Era de seda natural, verde y bastante bonito. Kurtz lo llevaba en el bolsillo, listo para dárselo cuando llegara. Los dos hombres se quedaron mirando cómo ella se lo anudaba frente al espejo.

–Es pura precaución -aclaró Kurtz-. En este oficio no hay que descuidarse nunca. ¿Verdad, José?

Charlie había sacado del bolso de mano su polvera nueva y estaba arreglándose el maquillaje.

–Charlie, puede que esto te resulte un poco emotivo... -le advirtió Kurtz.

Ella apartó la polvera y cogió el lápiz de labios.

–Si te da náuseas, piensa que este hombre ha matado a muchos seres humanos inocentes -le aconsejó Kurtz-. Todo el mundo tiene su faceta humanitaria, y este muchacho no es una excepción. Magnífico aspecto, talento y aptitudes... todas malogradas. No resulta una visión agradable. En cuanto entremos, no quiero que digas nada. Recuérdalo bien. Deja que sea yo el que hable. -Kurtz abrió la puerta-. Verás que está muy manso. Tuvimos que amansarle para traerle en barco y hemos de mantenerle así mientras esté con nosotros. Por lo demás, está en buena forma, no te preocupes por eso. Limítate a no decirle nada.

Charlie advirtió que se hallaban en un dúplex al desnivel, muy deteriorado y, a juzgar por la escalera interior de buen gusto, la galería de estilo rústico y la balaustrada de hierro forjado, muy elegante. Una chimenea inglesa con brasas de mentirijillas pintadas sobre lienzo. Impresionantes cámaras fotográficas montadas en

sus respectivos trípodes. Un magnetófono descomunal con patas y todo, un sofá curvo estilo Marbella de aspecto confortable con relleno de espuma de caucho, pero más duro que una piedra. José se sentó a su lado en el sofá. Deberíamos tomarnos de la mano, pensó Charlie. Kurtz había cogido el teléfono gris y estaba pulsando la extensión. Luego dijo unas palabras en hebreo mientras miraba hacia la galería. Colgó el teléfono y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Charlie percibió el olor a cuerpo de hombre, a polvo, a café, a salchichas... y a un millón de colillas. Distinguió otro olor pero fue incapaz de reconocerlo porque las posibilidades que se barajaban en su mente eran excesivas, desde los arneses de su primer caballo al sudor de su primer amante.

Su mente cambió de ritmo y a punto estuvo de dormirse. Estoy enferma, pensó: espero el resultado de los análisis. Doctor, doctor, dígamelo sin rodeos. Reparó en un montón de revistas típicas de sala de espera y deseó tener una en el regazo a guisa de punto de apoyo. José también estaba mirando hacia la galería. Charlie siguió la trayectoria de su mirada, pero tardó un poco en hacerlo pues quería darse a sí misma la impresión de que para ella era tan normal que apenas le hacía falta mirar, como una compradora en un desfile de modas. Se abrió la puerta del balcón y apareció un muchacho con barba, entrando de espaldas a la habitación con un sesgado contoneo de tramoyista e ingeniándose las, incluso de espaldas, para transmitir su enfado.

Nada ocurrió durante breves instantes, pero luego apareció una especie de pequeño fardo colorado y detrás un muchacho perfectamente afeitado y de aspecto mucho menos colérico que respetuoso.

Charlie lo comprendió por fin. Eran tres chicos, no dos, pero el que iba en medio colgaba de los otros dos embutido en su blazer rojo: era el delgado joven árabe, su amante, su desmadejado muñeco del teatro de lo real.

Protegida por sus gafas de sol, se dijo con perfecta lógica: Sí, claro... Bien, el parecido no está nada mal dada la poca diferencia de años y la indefinible madurez de José. En sus ensueños había dejado a veces que los rasgos de José sustituyeran a los de su amante soñado. En otras ocasiones había llegado a representarse una figura distinta basada en los escasos recuerdos que guardaba del palestino enmascarado del mitin clandestino, y lo cerca que aquella imagen estaba de la realidad le impresionó hondamente. ¿No crees que las comisuras de la boca son un poquitín alargadas?, se preguntó para sus adentros. ¿No es una *pizca* exagerada su sensualidad? ¿Demasiado anchas las ventanas de su nariz? ¿Demasiado estrecho de cintura? Quiso correr a protegerle, pero ésas son cosas que no se hacen en escena, a menos que lo exija el guión. Y además, nunca habría podido librarse de José.

Sin embargo, durante un segundo estuvo a punto de perder el control. En ese segundo fue todo lo que José le había dicho que era: la redención de José, su

salvadora, su Juana, su esclava, su actriz favorita. Por él había hecho su mejor papel, por él había cenado en un espantoso motel a la luz de las velas, por él había compartido su cama, abrazado sus ideas, llevado su pulsera, bebido su vodka y machacado su cuerpo para, a cambio, hacer que él le machacara también el suyo. Por él había conducido su Mercedes, besado su pistola y transportado su TNT ruso de primera calidad para los asediados ejércitos de liberación. Había celebrado con él la victoria en un hotel de Salzburgo a la orilla del río. Había bailado con él de noche en la Acrópolis y el mundo entero había renacido para ella sola; y se sentía invadida de un enfermizo sentimiento de culpabilidad que ningún otro amor le había causado nunca.

Era muy hermoso (tanto como había prometido José). Más que hermoso. Poseía ese aplastante atractivo que Charlie y las de su clase reconocían como algo inevitable: pertenecía a ese tipo de realeza y lo sabía. Era delgado pero perfecto, con los hombros bien formados y las caderas muy estrechas. Tenía frente de boxeador y rostro de dios pastoril coronado por una mata de pelo negro y liso. Nada de lo que había hecho para domesticarlo podía ocultarle a ella el ardor de su carácter ni extinguir la luz de la rebeldía que afloraba a sus ojos negríssimos.

Era vulgar como un pobre muchacho campesino recién caído de un olivo, con su repertorio de frases hechas y una vista de urraca para los juguetes de lujo, las chicas guapas y los coches buenos. Y tenía su indignación de campesino contra aquellos que le habían sacado de sus tierras. Ven a mi cama, pequeño, deja que mamá te enseñe las verdades de la vida.

Le sostenían de los sobacos. Al empezar a bajar las escaleras, iba dando traspiés con sus zapatos Gucci, cosa que parecía molestarle pues en su rostro apareció una sonrisa de turbación y el muchacho miró avergonzado sus errabundos pies.

Le llevaban hacia ella y Charlie no estaba segura de poder soportarlo. Se volvió hacia José para decírselo y vio que la miraba fijamente, le oyó incluso decir algo, pero en ese mismo instante el descomunal magnetófono empezó a sonar muy fuerte, y al darse ella la vuelta para mirar, allí estaba el bueno de Marty con su chaqueta de punto, inclinado sobre la consola manipulando los mandos para bajar el volumen.

Sonaba una voz suave y con un fuerte acento extranjero, la misma que ella recordaba de aquella sesión revolucionaria de fin de semana, y lo que decía eran eslóganes desafiantes leídos con incierto deleite.

«¡Somos los colonizados! ¡Hablamos en nombre de los indígenas y en contra de los colonos...! ¡Hablamos en nombre de los mudos, damos boca a los ciegos y oídos a los mudos...! ¡Porque a nosotros, las bestias de pacientes pezuñas, se nos ha acabado por fin la paciencia...! ¡Vivimos conforme a la ley que cada día nace bajo las balas...! ¡Lucharemos contra todo aquel que por decreto se nombre guardián de nuestra tierra!»

Los muchachos le habían acomodado en el sofá, al otro extremo de la curva donde se encontraba ella. Le fallaba el equilibrio. Se inclinaba peligrosamente hacia adelante y utilizaba los antebrazos para apuntalarse. Tenía las manos una sobre otra como si estuviera encadenado, pero era sólo el efecto de la ajorca de oro que le habían puesto para completar el disfraz. Detrás de él estaba el chico de la barba, de pie y enfurruñado, y a su vera, sentado muy piadosamente, el compañero del afeitado perfecto, mientras la voz grabada seguía sonando de fondo, Charlie vio que Michel movía los labios muy despacio, intentando doblar las palabras. Pero la voz era mucho más rápida y sonora que la de su dueño. Poco a poco, cejó en su intento y esbozo en cambio una tonta sonrisa de disculpa que a ella le recordó a su padre después de tener el ataque.

«Los actos violentos no son delito... siempre que se dirijan contra la fuerza que ejerce un Estado... considerado criminal por los terroristas.» Se oyó un crujir al pasar otra página. La voz sonaba ahora más perpleja y reacia. «Te quiero... tú eres mi libertad... Ya eres uno de los nuestros... Nuestros cuerpos, como nuestra sangre... están mezclados... eres mía... mi soldado... pero, oiga, ¿por qué he de decir esto? Juntos prenderemos la mecha. -Un silencio de perplejidad-. Por favor, le pido que me diga qué significa esto.»

-Enseñadle sus manos -ordenó Kurtz una vez que consiguió apagar el aparato.

El chico del afeitado perfecto abrió rápidamente una mano de Michel y se la ofreció a Charlie como si fuera parte de un muestrario.

-Mientras vivió en los campos, tenía las manos fuertes debido al trabajo manual -explicó Kurtz, cruzando la habitación-. Pero ahora es un intelectual de primera clase. Dinero, chicas, buena comida y una vida relajada. ¿No es cierto, pequeño? -Acercándose al sofá por detrás, Kurtz puso la palma de su regordeta mano sobre la cabeza de Michel y la hizo girar para que le mirara-. Es usted un gran intelectual, ¿sí o no? -Su voz no era cruel ni burlona; podría haber estado hablando con un hijo suyo descarriado (su cara reflejaba el mismo triste afecto)-. Utiliza chicas para que le hagan el trabajo, ¿verdad, pequeño? A una -le explicó a Charlie- la utilizó como bomba humana, la hizo subir a un avión con sus bonitas maletas y el avión saltó por los aires. Seguro que ni llegó a saber que lo había hecho ella. Eso estuvo muy mal, ¿verdad, pequeño? Esas cosas no se hacen a una señorita.

Charlie reconoció el olor que no había conseguido situar antes: era la loción para después del afeitado que José había ido dejando en todos los cuartos de baño que habían compartido.

-¿No quieres hablar con la señorita? -estaba preguntando Kurtz-. ¿No quieres darle la bienvenida a esta nuestra casa? ¡Empiezo a preguntarme por qué demonios ya no quieres cooperar con nosotros! -Poco a poco, la insistencia de Kurtz logró despertar los ojos de Michel, cuyo cuerpo pareció enderezarse en un gesto de

sumisión-. ¿Quieres saludar educadamente a esta bella señorita? ¿Quieres desearle buenos días? ¿Sí? ¿Quieres darle los buenos días, pequeño?

Por supuesto que sí:

–Buenos días -dijo Michel en una versión edulcorada de la voz del magnetófono.

–No respondas -le advirtió José al oído.

–Buenos días, *señorita* -insistió Kurtz, todavía sin rencor.

–Señorita -dijo Michel.

–Hacedle escribir algo -ordenó Kurtz.

Le hicieron sentar a la mesa, poniéndole delante una pluma y una hoja de papel, pero Michel no logró gran cosa. A Kurtz no parecía importarle demasiado, pues estaba diciendo: «Mira cómo coge el bolígrafo, mira cómo los dedos se adaptan a la caligrafía árabe.»

–Puede que despertaras en mitad de la noche y te lo encontraras haciendo cuentas, ¿de acuerdo? Pues ése es el aspecto que tenía.

Charlie hablaba mentalmente con José: Sácame de aquí, creo que voy a morir. Oyó el golpe sordo de los pies de Michel cuando se lo llevaron escaleras arriba para que no escuchara, pero Kurtz no le permitió ni un respiro como tampoco se lo permitía a sí mismo.

–Aunque nos cueste un poco más de esfuerzo, Charlie, hay otra escena de esta operación que deberíamos acometer ahora mismo.

En el salón reinaba el silencio, era como estar en un piso cualquiera. Cogida del brazo de José, Charlie siguió a Kurtz al piso de arriba. Sin saber por qué, le sirvió de ayuda cojear un poco, como Michel.

El pasamanos de madera aún estaba pegajoso del sudor. Los peldaños tenían como tiras de papel de lija, pero al pisarlos no oyó el esperado sonido crujiente. Iba fijándose en todos estos detalles porque hay veces en que sólo los detalles pueden proporcionarnos un vínculo con la realidad. Había un retrete con la puerta abierta, pero al mirar otra vez Charlie advirtió que no había tal puerta sino sólo el vano, y que de la cisterna no colgaba cadena alguna; y entonces supuso que si había que andar arrastrando a un prisionero todo el día, aunque éste no pudiera ni pensar de tanta droga como le daban, era necesario tener la casa en orden y calcularlo todo. Sólo tras haber reflexionado seriamente sobre tan importantes asuntos se permitió reconocer que había entrado en una habitación acolchada y con una cama individual adosada a la pared del fondo. Y sobre esa cama, otra vez Michel, completamente desnudo a excepción de su medallón de oro, las manos cubriendo la entrepierna y sin apenas una arruga allí donde el abdomen se doblaba. Tenía la musculatura de los hombres pletórica y redondeada, la del pecho lisa y ancha, y las sombras bajo los músculos eran firmes como líneas trazadas con tinta china. A una orden de Kurtz, los chicos le

izaron en vilo y le apartaron las manos de la ingle. Circuncidado, de buen tamaño, hermoso. Expresando en silencio su desaprobación con el ceño fruncido, el chico de la barba señaló la marca de nacimiento que como una pequeña mancha de leche tenía en el flanco izquierdo, la cicatriz de arma blanca en el hombro derecho, y finalmente el cautivador riachuelo de vello negro que le bajaba desde el ombligo. En silencio, le hicieron darse la vuelta y Charlie se acordó de la espalda preferida de Lucy: la espina dorsal rebajada en puro músculo. Pero nada de orificios de bala, ni nada que pudiera estropear la absoluta diafanidad de su belleza.

De nuevo lo levantaron, pero José consideró llegado el momento de que Charlie dejase de mirar, pues la hizo bajar rápidamente por la escalera tomándola por la cintura y agarrándola con la otra mano de la muñeca hasta hacerle daño. En el váter que había junto al recibidor, Charlie se detuvo el tiempo suficiente para vomitar, pero luego sólo quería salir de allí, de aquel piso; fuera de su vista, fuera de su propia mente y de su propio pellejo.

Estaba corriendo. Corría al límite de sus fuerzas; los dientes de hormigón del horizonte circundante daban saltos al pasar. Los jardines de azotea quedaban como unidos por recoletos senderos de ladrillo, letreros de una ciudad de juguete le indicaban lugares cuyos nombres no podía leer, y unas tuberías de plástico azul y amarillo dibujaban sobre su cabeza franjas coloreadas. Corría escaleras arriba y escaleras abajo, sin parar, sintiendo despertar un interés de horticultor por la variada vegetación que observaba a su paso; los geranios airoso, los arbustos de flores atrofiadas, las colillas y los trechos de tierra pelada que parecían sepulturas anónimas. José iba corriendo a su lado y ella le chillaba que se fuera, que la dejara en paz; una pareja de edad sentada en un banco sonreía nostálgicamente a la vista de aquella riña de enamorados. Corrió de esta manera el equivalente de dos andenes, hasta llegar a una cerca y a una abrupta pendiente que daba sobre un aparcamiento. Si no se suicidó fue porque ya había decidido de antemano que no era de las que se suicidan, y por otra parte quería vivir con José, no morir con Michel. Al detenerse vio que apenas jadeaba. La carrera le había sentado bien; tendría que hacerlo más a menudo. Le pidió un cigarrillo, pero José no llevaba tabaco encima; él la llevó hasta un banco e hizo que se sentara, pero Charlie se levantó pensando hacer valer sus derechos. Sabía por experiencia que las escenas emotivas no funcionaban bien entre personas que van andando, de modo que se quedó quieta.

—Te aconsejo que guardes tu compasión para los inocentes -le advirtió José, cortando antes de que ella le lanzase sus invectivas.

—¡Él *era* inocente hasta que vosotros le inventasteis!

Tomando su silencio por confusión, y su confusión por flaqueza, Charlie fingió estar contemplando el monstruoso horizonte de hormigón.

—«Era *necesario* -dijo a continuación con mordacidad-. Yo no estaría aquí si no

fuera *necesario*. » Es una cita. «Ningún tribunal sensato nos condenaría por lo que te estamos pidiendo que hagas.» Eso es otra cita. Así lo expresaste tú, creo. ¿Quieres retractarte?

–No, me parece que no.

–Me parece que no. Pues deberías estarás seguro, ¿no crees? Porque si aquí hay alguien que duda, ésa soy yo.

Sin sentarse todavía, Charlie desvió su atención a un punto inmediatamente encima de ella, en la fachada de un edificio que había en frente y que ahora examinaba con la seriedad de un comprador en potencia. Pero José no se había movido, lo cual hizo que de algún modo la escena saliera mal. Deberían haber estado los dos frente a frente o él detrás de ella, mirando hacia el mismo punto distante.

–¿Te importa que añada algunas cosas?

–En absoluto. Adelante.

–Ha matado judíos.

–No sólo ha matado judíos sino también a inocentes espectadores que ni eran judíos ni tenían nada que ver en este conflicto.

–Pues me gustaría escribir un libro sobre la culpabilidad de esos espectadores inocentes de los que siempre hablas. Para empezar, hablaría de los bombardeos sobre el Líbano y seguiría a partir de ahí.

Él se revolvió con más rapidez y dureza de lo que ella había calculado.

–Ese libro ya está escrito, Charlie, y se titula Holocausto.

Con el pulgar y el dedo índice, Charlie hizo una mirilla y miró un balcón lejano.

–Por otra parte, tú personalmente has matado árabes, si no me equivoco.

–Naturalmente.

–¿Muchos?

–Bastantes.

–Pero sólo en defensa propia, ¿no? Los israelíes sólo matan si es en defensa propia. -No hubo respuesta-. «He matado a bastantes árabes, firmado: José». -Seguía sin conseguir que él replicara-. Pues te diré que me sorprende: un israelí que ha matado bastantes árabes...

Su falda escocesa también era regalo de Michel. Tenía bolsillos a los lados, pero hacía poco que lo había descubierto. Hundió las manos en los bolsillos e hizo que la falda ondeara al viento mientras fingía analizar el efecto.

–La verdad es que sois unos hijos de puta -dijo despreocupadamente-. Sin duda, unos hijos de puta, ¿no te parece? -Ella seguía mirándose la falda, realmente interesada por su vuelo-. Y lo cierto es que tú eres el mayor hijo de puta de todos. Porque juegas con dos barajas. Primero te haces el blandengue y luego apareces como guerrero sediento de sangre. Pero en el fondo, y en última instancia, no eres más que un sanguinario judío usurpador.

José no sólo se levantó sino que le pegó. Y dos veces. Después de haberle quitado las gafas de sol. Le pegó más fuerte y más rápido de lo que la habían pegado nunca, y en la misma mejilla. El primer bofetón fue tan fuerte que una abominable sensación de victoria le hizo plantar cara al golpe. Empatados, pensó ella acordándose de lo de Atenas. El segundo fue una nueva explosión en el mismo cráter, que, cuando terminó, la hizo caer en el banco, donde hubiese llorado desconsoladamente, pero Charlie era demasiado orgullosa para derramar una lágrima más. ¿Me ha pegado por él o por mí?, se preguntó. Deseaba desesperadamente que fuera por causa de él; que por fin, en la hora duodécima de su loco matrimonio, hubiera conseguido romper la barrera de su reserva. Pero tuvo suficiente con ver la hermética expresión de su rostro y su serena mirada para comprender que la paciente era ella y no José, quien ahora le tendía un pañuelo. Ella lo desechó con un ademán displicente.

–Déjalo -murmuró.

Charlie le cogió del brazo y se dejó llevar por el camino de cemento. La misma pareja de edad les sonrió al pasar. Son como niños, se dijeron el uno al otro, igual que lo fuimos nosotros. Primero se pelean a muerte y al momento están pensando en acostarse y hacerlo aún mejor que la vez anterior.

El piso de abajo era muy parecido al de arriba, excepto que carecía de balcón y de prisionero. En ocasiones, mientras leía o escuchaba, llegó a convencerse de que jamás había estado en el piso de arriba, que el piso de arriba era una cámara de los horrores que sólo existía en los negros aposentos de su mente. Pero entonces oía en el techo el golpe sordo de una caja de embalaje mientras los muchachos desmontaban el material fotográfico, pues pronto expiraba el contrato de alquiler, y no le quedaba más remedio que admitir que el piso de arriba era a fin de cuentas tan real como el de abajo: más real aún, pues en tanto que las cartas eran pura invención, Michel era de carne y hueso.

Se sentaron los tres formando un círculo y Kurtz abrió el fuego con uno de sus preámbulos. Pero su estilo era más crispado y menos tortuoso que de costumbre, tal vez porque ella había sido ya aceptada como soldado, como veterana «que tiene en su haber nuevas e interesantísimas informaciones que ofrecer», según lo expuso Kurtz. Las cartas estaban en un maletín que había sobre la mesa, y antes de proceder a abrirlo le recordó una vez más cuál era la «ficción», palabra que compartía con José. Según la ficción, Charlie no era sólo una amante apasionada sino una apasionada de la relación epistolar que se veía, en ausencia de Michel, privada de cualquier otra válvula de escape. Mientras explicaba esto, Kurtz se puso unos guantes baratos de algodón. Por consiguiente, las cartas no eran una mera actividad secundaria en su relación, sino por el contrario «el único lugar, querida, donde abrir tu corazón». Daban fe de su cada vez más obsesivo amor por Michel -a menudo con una franqueza

que desarmaba-, pero también de su renacer político y de su paso a un «activismo mundial» que daba por sentada la «vinculación» de todas las luchas antirrepresivas a escala planetaria. En conjunto constituían el diario de «una persona emocional y sexualmente excitada», reflejando su paso de una vaga protesta al activismo de palabras mayores, con su implícita aceptación de la violencia.

–Y puesto que, dadas las circunstancias, no podíamos confiar en que nos proporcionaras toda la variedad de tu estilo literario -concluyó Kurtz, abriendo el maletín-, hemos tenido que escribir estas cartas por ti.

Sí, claro, pensó ella, y luego miró a José, que estaba sentado muy erguido y con aspecto casi angelical, unidas las palmas de las manos entre las rodillas como quien no ha roto nunca un plato.

Estaban en dos paquetes de color marrón, uno bastante más grande que el otro. Kurtz escogió el paquete pequeño y lo abrió torpemente con sus dedos enguantados, alisando a continuación los papeles. Charlie reconoció la escritura frágil, como de colegial, de Michel. Al desenvolver Kurtz el segundo paquete, reconoció, como en un sueño hecho realidad, su propia caligrafía. Las cartas que te escribe Michel, querida, están en copia fotostática, le decía Kurtz: los originales te esperan en Inglaterra. Las tuyas sí son originales, y pertenecen a Michel, ¿no es cierto, querida?

–Sí, claro -dijo ella, mirando instintivamente a José, pero esta vez concretamente a sus manos que, entrelazadas, repudiaban toda autoría.

Leyó primero las de Michel porque le pareció que le debía esa atención. Había casi una docena e iban de lo abiertamente sensual y apasionado a lo breve y autoritario. «Asegúrate, por favor, de numerar tus cartas. Si no lo haces, no me escribas. No puedo disfrutar tus cartas si no sé con certeza que las he recibido todas. Va en ello mi seguridad.» Entre párrafos de extasiados elogios a sus dotes de actriz había áridas exhortaciones a representar únicamente «papeles de relevancia social capaces de despertar las conciencias». Al mismo tiempo debía «evitar los actos públicos que puedan revelar tus convicciones políticas». No debía asistir a más reuniones extremistas, manifestaciones ni mítines. Debía comportarse «a la manera burguesa» y aparentar que aceptaba los criterios capitalistas. Debía dejar que pensaran que había «renunciado a la revolución» mientras en secreto seguía adelante «por todos los medios, con tus lecturas extremistas». Había muchos errores de lógica, muchos lapsus de sintaxis y bastantes faltas de ortografía. Se mencionaba una «próxima reunión», refiriéndose probablemente a Atenas, y había un par de tímidas referencias a las uvas blancas, al vodka y a «dormir todo lo que puedas antes de nuestro próximo encuentro».

Mientras iba leyendo, Charlie empezó a hacerse una nueva y más modesta imagen de Michel, una imagen que se acercaba mucho más al prisionero del piso de arriba.

–Pero si es un niño... -musitó, y miró acusadoramente a José-. Exageraste en tu

descripción. Es un crío.

Al no recibir respuesta, siguió con las cartas suyas a Michel, cogiéndolas con cautela como si en ellas estuviera la solución a un gran enigma. «Cuadernos de colegio», dijo en alto con una estúpida sonrisa, al echarles un primer vistazo, y lo decía porque, gracias a los archivos del pobre Ned Quilley, el viejo georgiano había sido capaz no sólo de reproducir los gustos exóticos de Charlie en materia de papel (el reverso de una carta de restaurante, una factura, el papel con membrete de los hoteles, teatros y casas de huéspedes que jalonaban sus giras), sino que, para su cada vez más pronunciado temor, había sabido captar las espontáneas variantes de su escritura, desde los infantiles trazos de la tristeza inicial a los de la ardiente enamorada; desde las buenas noches garabateadas por la actriz fatigada tras la doble función y con ganas de hallar un poco de consuelo, hasta la nítida caligrafía pseudoerudita de la revolucionaria que se preocupaba por redactar un prolijo pasaje de Trotsky, pero que se dejaba un acento aquí y otro allá.

Gracias a León, su prosa no era menos exacta; de hecho, Charlie no dejó de ruborizarse al comprobar la perfección con que habían sabido imitar sus extravagantes hipérboles, sus incursiones en razonamientos pseudo-filosóficos, su imperiosa y violenta furia contra el actual gobierno conservador. A diferencia de Michel, sus referencias al sexo eran gráficas y explícitas; a sus padres, insultantes; a su niñez, iracundas y resentidas. Allí estaban la Charlie visionaria, la Charlie víctima y Charlie la fulana de armas tomar. Allí estaba también lo que según José era «la árabe que llevas dentro», la Charlie enamorada de su propia retórica y cuyas ideas acerca de la verdad venían inspiradas menos por lo que había ocurrido que por lo que debería haber ocurrido. Y cuando hubo terminado de leer todas las cartas, reunió los dos montoncitos y las volvió a leer por orden cronológico sosteniéndose la cabeza entre las manos: sus cinco cartas a su amado, sus respuestas a las preguntas de él y las evasivas de él ante sus preguntas.

–Gracias, José -dijo al fin sin levantar la cabeza-. Muchas gracias, hombre. Si me prestas esa pistola que compartimos, salgo un momento a pegarme un tiro.

Kurtz estaba ya riéndose, aunque nadie más compartía su júbilo:

–Vamos, Charlie, creo que no eres nada justa con nuestro amigo José. Esto ha sido fruto de un trabajo de equipo, de muchos cerebros trabajando en lo mismo.

Kurtz le pidió una última cosa: los sobres, querida. Los tenía allí mismo, no estaban franqueados ni tenían matasellos, y aún no había metido las cartas dentro para que Michel las sacara después cumpliendo con el ritual de la apertura. Si Charlie era tan amable... Era sólo por las huellas dactilares, le aclaró; primero las tuyas, querida, luego las de los empleados de correos que las clasifican, y por último las de Michel. Pero había otro detalle: la saliva de la tapa de los sobres tenía que ser también la de Charlie, y lo mismo la de los sellos, por si a alguien se le ocurría

verificar el grupo sanguíneo, pues no olvides que cuentan con gente muy buena y muy inteligente, tal como tu magnífica actuación nos confirmó ayer noche.

Charlie recordaría el paternal abrazo de Kurtz, pues en aquel momento pareció tan inevitable y necesario como la paternidad. De su despedida de José, sin embargo, no guardaría ningún recuerdo concreto. Sí, en cambio, de cuando le dieron las órdenes; del regreso clandestino a Salzburgo también, hora y media en la trasera de la tronada furgoneta de Dimitri y silencio absoluto a partir del anochecer. Y recordaría también la llegada a Londres, sintiéndose más sola que nunca; y el olor a tristeza inglesa que la había recibido ya incluso en la pista de aterrizaje, trayéndole a la memoria los motivos por los cuales había adoptado sus primeras posturas radicales: la perniciosa indolencia de la autoridad, la desesperación de los oprimidos. Los mozos de equipaje estaban en huelga de celo y también había huelga del ferrocarril; los lavabos de señoras eran una imagen carcelaria. Pasó la aduana sin contratiempo y, como de costumbre, el aburrido funcionario la paró para hacerle preguntas, con la diferencia de que esta vez Charlie pensó si no tendría alguna otra razón aparte las ganas de charlar.

Llegar a tu país es como salir al extranjero, pensó al ponerse en la desanimada cola del autobús. ¿Y si lo mandamos todo al cuerno y empezamos de cero?

El motel se llamaba Romanz y estaba situado en medio de pinos en un promontorio junto a la *autobahn*. Lo habían construido hacía doce meses para enamorados con mentalidad medieval, de ahí los claustros de cemento graneados, los mosquetes de plástico y las luces de neón de colorines. Kurtz ocupaba el último bungalow de la fila, el que tenía una ventana con vidriera emplomada y celosía con vistas al carril que iba en dirección oeste. Eran las dos de la madrugada, una hora en la que Kurtz se desenvolvía de maravilla. Se había duchado y afeitado, había preparado café en la cafetera electrónica y cogido una Coca-Cola del frigorífico con paneles de madera de teca, y el resto del tiempo había hecho lo que estaba haciendo ahora: sentarse en mangas de camisa ante una pequeña mesa escritorio con todas las luces apagadas y unos prismáticos a mano y contemplar los faros de los coches colándose entre los árboles camino de Munich. A esa hora había poco tráfico, un promedio de cinco vehículos por minuto que, con la lluvia, tenían tendencia a agruparse.

El día había sido muy largo, lo mismo que la noche (para quien contara las noches), pero Kurtz estaba convencido de que la cabeza se enturbia con la fatiga y que cinco horas de sueño le bastan a cualquiera (a él le parecían incluso demasiadas). En cualquier caso, había sido un día muy largo que no había empezado realmente hasta que Charlie abandonó la ciudad. Habían tenido que despejar los pisos de la ciudad olímpica, y Kurtz en persona había supervisado la operación, pues sabía que con ello daba a los muchachos un estímulo adicional al recordarles su gran meticulosidad. Había habido que dejar las cartas en el apartamento de Yanuka, cosa que también había controlado Kurtz. Desde su puesto de vigilancia al otro lado de la calle, había podido ver cómo los observadores entraban en el piso, y se había quedado allí para halagarles a su regreso y asegurarles que pronto se vería recompensada su prolongada y heroica vigilia.

—¿Qué le ha pasado a Yanuka? -había preguntado Lenny, displicente-. Ese chico tiene futuro, Marty. Que no se te olvide.

La respuesta de Kurtz tuvo un tono oracular:

—Mira, Lenny, ese chico tiene futuro, sí, pero no con nosotros.

Shimon Litvak estaba detrás de Kurtz, sentado en el borde de la cama de matrimonio. Se había despojado del chorreante impermeable, dejándolo en el suelo, a sus pies. Parecía defraudado y furioso. Becker estaba apartado de los otros dos, ocupando una exquisita silla de dormitorio y rodeado de su propio círculo de luz como en la casa de Atenas. La soledad era la misma, pero aun así compartía aquella tensa atmósfera de vigilancia previa a la batalla.

—La chica no sabe nada -comunicó Litvak indignado, a la espalda de Kurtz-. Es

una imbécil. -La voz le había temblado un poco al levantarla-. Es holandesa, se llama Larsen, cree que Yanuka se fijó en ella cuando vivía en un piso de Frankfurt con la comuna en que estaba, pero dice que no está segura porque ha tenido tantos amores que no se acuerda bien. Yanuka se la llevó de viaje a varios sitios, le enseñó, pero mal, a disparar y se la pasó al hermanito para su solaz. De eso sí se acuerda. Para la vida sexual de Khalil recurrieron a estratagemas como no usar el mismo sitio dos veces, cosa que ella encontró «enrolladísima». Entretanto les hizo de chófer, puso un par de bombas, robó unos cuantos pasaportes, etc. Por pura amistad, porque es anarquista. Porque es una imbécil.

–Ya, el reposo del guerrero -dijo Kurtz pensativo, hablando menos con Litvak que con su propio reflejo en la vidriera.

–Confiesa lo de Godesberg, y lo de Zurich a medias. Si nos dieras tiempo confesaría lo de Zurich del todo, pero lo de Amberes no.

–¿Y Leiden? -preguntó Kurtz, y también Kurtz parecía tener un nudo en la garganta, de manera que a Becker pudo parecerle, desde donde se encontraba, que los otros dos padecían la misma afección de garganta, como si tuvieran pólipos en las cuerdas.

–De Leiden, un no rotundo -contestó Litvak-. Que no y que no. Y otra vez que no. En ese momento ella estaba de vacaciones con sus padres en Sylt. ¿Dónde queda Sylt?

–En una isla al norte de Alemania -dijo Becker, pero Litvak le miró furioso como sospechando haber sido insultado.

–Es lenta de cojones -se lamentó Litvak, dirigiéndose una vez más a Kurtz-. Ha empezado a cantar a mediodía, y a media tarde ya se estaba retractando de todo. «¿Yo? ¡Mentira! ¡Yo nunca he dicho eso!» Le buscamos el sitio exacto en la grabación, se lo ponemos, y ella sigue afirmando que la cinta está trucada y se pone a escupirnos. Es una holandesa tozuda, y está como una cabra.

–Comprendo -dijo Kurtz.

Pero Litvak necesitaba algo más que comprensión.

–Si la pegamos, se enfada todavía más y se pone terca. Si dejamos de pegarle, recupera fuerzas, se pone más tozuda si cabe y empieza a mentarnos la madre.

Kurtz se dio la vuelta hasta quedar mirando a Becker (caso de que hubiera estado mirando a alguien).

–La chica regatea -continuó Litvak en el mismo tono de estridente queja-. Como somos judíos, regatea. «Si os digo hasta aquí, me dejáis con vida, ¿vale? Si os digo hasta allá, me soltáis, ¿vale?» ¿Y el héroe qué opina? -inquirió volviéndose de repente hacia Becker-. ¿Tendré que hechizarla y hacer que se vuelva loca por mí?

Kurtz miraba su reloj y lo que había más allá.

–Sepa lo que sepa esa chica, ya es historia -comentó-. Ahora sólo importa lo que

hagamos con ella. Y cuándo. -Pero hablaba como quien sabe que tiene la última palabra-. ¿Qué tal va la ficción, Gadi? -le preguntó a Becker.

-Todo encaja -afirmó Becker-. Rossino la utilizó un par de días en Viena, la llevó en coche hacia el sur y le entregó las llaves del coche. Cierto en los tres casos. La chica fue en coche hasta Munich y se reunió con Yanuka. Falso, pero son las dos únicas personas que lo saben.

Litvak asumió codiciosamente el relato de la historia:

-Se encontraron en Ottobrunn, un pueblecito al sudeste de la ciudad. De ahí se fueron a algún sitio e hicieron el amor. El dónde no importa. No hace falta reconstruirlo todo. Pongamos que lo hicieron en el coche. Ella dice que no tiene manías. Eso sí, lo que más le gusta es hacerlo con los luchadores, como los llama ella. A lo mejor alquilaron un cuarto y el propietario estaba demasiado asustado para dar ningún paso. Lagunas así son normales; el adversario espera encontrarlas.

-¿Y esta noche? -dijo Kurtz, lanzando una ojeada a la ventana-. ¿Ahora...?

A Litvak no le gustaba que le atosigaran a preguntas.

-Pues ahora están en el coche, camino de Munich... para hacer el amor. O para hacer un trabajito y esconder el resto de los explosivos. ¿Cómo vamos a saberlo? ¿Para qué dar tantas explicaciones...?

-Sí, pero ¿dónde está ella en este momento? -preguntó Kurtz, recopilando detalles mientras seguía cavilando-. Me refiero en la realidad.

-Pues en la furgoneta -dijo Litvak.

-¿Y dónde está la furgoneta?

-Aparcada en el arcén, junto al Mercedes. Cuando tú lo digas, traspasamos a la chica.

-¿Y Yanuka?

-También en la furgoneta. Es la última noche que pasan juntos. Les hemos dado tranquilizantes a los dos, como habíamos quedado.

Kurtz cogió otra vez los prismáticos, miró un momento por ellos y volvió a dejarlos en la mesa. Después juntó las manos y frunció el ceño.

-Dime qué otro sistema hay -propuso, dirigiéndose por la posición de su cabeza a Gadi Becker-. La mandamos a su país en avión, la dejamos en el desierto de Negev y la encerramos. Y luego, ¿qué? Se preguntarán qué ha sido de ella. Viendo que ha desaparecido, pensarán lo peor. Pensarán que se ha rajado o que la ha detenido Alexis... O los sionistas. En fin, creerán que su operación corre peligro. No hay duda de que dirán: «Disolved el equipo; todo el mundo a casa.» -Y añadió a modo de resumen-: Han de tener la certeza de que nadie, a excepción de Dios y de Yanuka, puede descubrirla. Han de saber que está tan muerta como Yanuka. ¿No estás de acuerdo, Gadi, o debo entender por tu expresión que tienes una idea mejor?

Kurtz se limitó a esperar, pero Litvak seguía mirando a Becker con hostilidad,

como si le acusara. Tal vez sospechaba de su inocencia en un momento en que necesitaba que compartiera la culpa con él.

–No -dijo Becker, pasado un siglo. Pero su rostro, como había advertido Kurtz, mostraba la dureza de una forzada lealtad.

Y de pronto, Litvak se metió con él hablándole de un modo tan tirante y brusco que sus palabras fueron como si le saltara encima:

–¿No? -repitió-. ¿No qué? ¿No hay operación? ¿Qué significa *no* ?

–No, de que no hay alternativa -respondió Becker, tomándose su tiempo-. Si perdonamos a la holandesa, ellos nunca aceptarán a Charlie. Estando viva, la señorita Larsen es tan peligrosa como Yanuka. Si seguimos adelante, hay que hacerlo ahora.

–Si seguimos -repitió Litvak con desdén.

Kurtz volvió a poner orden con otra pregunta.

–¿Esa chica no puede darnos nombres que nos sirvan? -preguntó a Litvak como queriendo una respuesta afirmativa-. ¿Nada con lo que podamos seguir una pista? ¿Alguna razón para retenerla?

Litvak se encogió largamente de hombros.

–Conoce a una alemana que se llama Edda. Sólo la ha visto una vez. Detrás de Edda hay otra chica, una voz que la llamó desde París por teléfono. Detrás de la voz está Khalil, pero Khalil no va por ahí regalando tarjetas de visita. Esa chica es una imbécil -repitió-. Va tan drogada que te colocas sólo de estar a su lado.

–Entonces estamos en un callejón sin salida -dijo Kurtz.

Litvak estaba ya abrochándose el impermeable cuando dijo:

–Eso mismo, un callejón sin salida. -Esbozó una abatida sonrisa, pero no fue hacia la puerta. Parecía estar esperando la orden para hacerlo.

Kurtz tenía una última pregunta que formular:

–¿Cuántos años tiene?

–Cumplirá veintiuno la semana que viene. ¿Y eso?

Despacio y como cohibido, Kurtz se puso también de pie y se situó frente a Litvak en el atestado cuarto, con su mobiliario de pabellón de caza y sus accesorios de hierro forjado.

–Pregunta a cada uno de tus muchachos por separado, Shimon -ordenó-. Diles si quieren abandonar. No se pedirán explicaciones ni habrá puntos malos para los que decidan dejarlo. Será un voto libre y directo.

–Ya les había preguntado -dijo Litvak.

–Pues hazlo otra vez. -Kurtz levantó la muñeca izquierda y miró su reloj-. Dentro de una hora exactamente, me llamas. Pero no antes. Y no hagas nada hasta que hayas hablado conmigo.

Cuando la circulación sea menos densa, quiso decir Kurtz. Cuando yo haya hecho mis planes.

Litvak se fue. Becker se quedó.

Kurtz llamó en primer lugar a su esposa Elli, a cobro revertido porque era muy puntilloso en materia de gastos.

–No hace falta que te muevas, Gadi -dijo al ver que Becker se disponía a salir. Kurtz se enorgullecía de vivir sin secretos. Y así fue como Becker estuvo aguantando diez minutos de urgentes trivialidades, por ejemplo, saber cómo le iba a Elli con su grupo de estudios bíblicos o cómo se las apañaba para ir a la compra teniendo el coche en el taller. No le hacía falta preguntar por qué había escogido Kurtz aquel momento para hablar de tales asuntos. En otros tiempos, él mismo había hecho otro tanto. Kurtz necesitaba poner los pies en el suelo antes de la matanza, oír la voz viva de Israel.

–Elli está bien -le aseguró a Becker con entusiasmo al colgar el teléfono-. Te manda besos, y ha dicho «Gadi, no tardes en volver». Se tropezó con Frankie hace un par de días. Dice que también está bien. Te echa un poco de menos, pero está bien.

La segunda llamada fue para Alexis, y de no haberle conocido bien, Becker podría haber imaginado que se trataba de la misma ronda telefónica amistosa a los más íntimos. Kurtz escuchó pacientemente las nuevas familiares de su agente; preguntó por el embarazo; sí, la mamá y el niño gozaban de excelente salud. Pero una vez finalizados los prolegómenos, Kurtz cobró ánimo y fue directamente al grano, pues en sus últimas conversaciones con Alexis había notado un claro bajón en la devoción que le profesaba el doctor.

–Paul, parece que el accidente del que hablamos no hace mucho podría ocurrir en cualquier momento y no hay nada que usted o yo podamos hacer para evitarlo, así que coja papel y lápiz -añadió jovialmente. Luego, cambiando de tono, le dictó las órdenes en un torrente de fluido alemán-. Durante las primeras veinticuatro horas a partir de que reciba la comunicación oficial, limitará usted sus pesquisas a los barrios estudiantiles de Frankfurt y Munich. Hará correr el rumor de que el principal sospechoso es un grupo de activistas de izquierda relacionado con una célula de París. ¿Lo tiene? -Hizo una pausa para dejar que Alexis tuviera tiempo de escribirlo todo-. El segundo día, pasado el mediodía, se persona usted en la oficina central de correos de Munich y recoge una carta a lista de correos dirigida a su nombre. -Kurtz prosiguió tras haber obtenido, al parecer, la necesaria confirmación-. La carta le proporcionará la identidad de nuestro primer acusado, una chica holandesa, junto con ciertos datos referentes a su implicación en anteriores acciones.

Kurtz siguió dictando sus órdenes a toda velocidad y con gran energía: hasta el catorceavo día no debían llevarse a término investigaciones en el centro urbano de Munich; los resultados de todas las autopsias debían llegar primero y exclusivamente a manos de Alexis y no ser distribuidas hasta que las hubiera visto Kurtz; las comparaciones públicas con otros atentados debían ser efectuadas sólo mediando la

aprobación de Kurtz. Notando que su agente empezaba a poner reparos, Kurtz apartó el auricular para que Becker pudiera escuchar también.

–Pero, Marty, amigo mío... debo preguntarle una cosa, sabe...

–Pregunte.

–¿De qué estamos *hablando*, si me permite? Al fin y al cabo, Marty, un accidente no es como ir de merienda al campo. Somos una democracia civilizada, usted ya me entiende.

Caso que de así fuera, Kurtz se contuvo de decírselo.

–Escuche, Marty. He de exigir una cosa. Se lo exijo e insisto en ello. Nada de daños ni víctimas humanas. Es una condición. Somos amigos. ¿Me comprende?

Kurtz comprendía, como atestiguaron sus límpidas respuestas.

–Paul, tenga la seguridad de que no habrá daños a la propiedad de su país. Puede que unas cuantas contusiones, pero de daños nada.

–¿Y las víctimas? Por el amor de Dios, Marty, ¡que no somos un país de salvajes! -exclamó Alexis, sintiendo resurgir la alarma.

–No habrá derramamiento de sangre inocente -anunció Kurtz, hablando con una colosal tranquilidad-. Tiene usted mi palabra. Paul. Ningún ciudadano alemán sufrirá un solo rasguño.

–¿Cuento con ello?

–No le queda otro remedio -dijo Kurtz, y colgó sin dejar su número de teléfono.

En circunstancias normales, Kurtz no habría utilizado el teléfono con tanta alegría, pero puesto que era Alexis quien ahora tenía la responsabilidad de intervenirlo, se sintió autorizado moralmente a correr el riesgo.

Litvak llamó al cabo de diez minutos. Adelante, le dijo Kurtz; luz verde. Se dispusieron a esperar; Kurtz junto a la ventana y Becker de nuevo en la silla, mirando no a Kurtz sino al inestable cielo de la noche. Cogiendo la manija central, Kurtz abrió la ventana y empujó los dos batientes hasta dejarla abierta de par en par, de modo que el estruendo de la *autobahn* inundó la habitación.

–¿Para qué correr riesgos innecesarios? -masculló, como si se hubiera descubierto en plena negligencia.

Becker empezó a contar a velocidad de guerra. Tanto para poner a los dos en sus puestos. Tanto para la última comprobación. Tanto para despejar el terreno. Tanto para la señalización de un corte de tráfico en ambas direcciones. Tanto para preguntarse lo que vale una vida humana, aun para aquellos que deshonran por completo el eslabón humano. Y para los que no.

Como de costumbre, fue la mayor explosión que la gente había oído jamás. Mayor que la de Godesberg, que la de Hiroshima, que las de todas las guerras habidas y por haber. Sentado aún en la silla con la mirada puesta más allá de la silueta de Kurtz, Becker vio que una bola de fuego anaranjado reventaba a ras del suelo y luego

se desvanecía en el aire, llevándose consigo las últimas estrellas y la primera luz del día. Al momento apareció una oleada de humo negro y grasiento que invadió el espacio dejado por los gases en expansión. Vio cascotes volando por los aires y una nube de fragmentos negros en la retaguardia, girando vertiginosamente: una rueda, un pedazo de asfalto, algo con aspecto humano, ¿cómo saberlo? Vio cómo la cortina acariciaba cariñosamente el brazo desnudo de Kurtz y notó la vaharada caliente de un secador de pelo. Oyó el zumbido como de insecto de unos objetos duros al chocar entre sí, y mucho antes de que parase el zumbido oyó los primeros gritos de indignación, el gañido de los perros y el andar inconexo de la gente que temerosa y en zapatillas se congregaba en la pasarela cubierta que comunicaba los bungalows, diciéndose unos a otros las tonterías que suele decir la gente en las películas de naufragios: «¡Mamá! ¡¿Dónde está mamá?! ¡No encuentro mis joyas!» Oyó cómo una mujer histérica se obstinaba en asegurar que venían los rusos, y cómo otra voz asustada pretendía tranquilizarla diciendo que sólo era un camión cisterna que había volcado. Alguien dijo que era cosa de los militares («Hay que ver las cosas que transportan por la noche»). Junto a la cama había un aparato de radio. Mientras Kurtz seguía en la ventana, Becker sintonizó un programa local para insomnes y siguió en esa emisora para comprobar si lo interrumpían con un boletín informativo. Un coche de policía llegó a toda velocidad por la *autobahn* con la sirena aullando y la luz de emergencia encendida. Luego nada, después un coche de bomberos, seguido de una ambulancia. La música dejó de sonar y dio paso a la primera noticia: incomprensible explosión al oeste de Munich, causa desconocida, no se conocen más detalles. Cierre de la *autobahn* en ambas direcciones; se aconseja tomar rutas alternativas.

Becker apagó la radio y encendió la luz. Kurtz cerró la ventana y corrió las cortinas. Luego se sentó en la cama y se quitó los zapatos sin deshacer el nudo.

–Esto... Gadi, el otro día estuve hablando con los de la embajada en Bonn -dijo como si algo le hubiera refrescado de repente la memoria-. Les pedí que hicieran unas averiguaciones sobre esos polacos con los que trabajas en Berlín. Que comprobaran su estado de cuentas.

Becker se quedó callado.

–Parece que las noticias no son muy buenas. Por lo visto habrá que buscarte más dinero o más polacos.

Al no recibir respuesta tampoco, Kurtz levantó lentamente la cabeza y vio que Becker le miraba desde el umbral, y algo en la postura de aquel hombre encendió bruscamente la mecha de su cólera.

–¿Desea usted decirme algo, señor Becker? ¿Alguna acotación de tipo ético que le facilite un cambio de estado de ánimo?

Becker no tenía, por lo visto, nada que decir, y cerrando suavemente la puerta tras él se fue.

A Kurtz le quedaba una última llamada por hacer: a Gavron, por la línea directa con su casa. Alargó el brazo para coger el teléfono, dudó y retiró la mano. Que espere *el Tahúr*, pensó, sintiendo que se encendía de nuevo. Pero no obstante le llamó, empezando con suavidad, mucho control y sensatez a raudales. Como empezaba siempre. Hablando en inglés. Y empleando los nombres en clave que les tocaban aquella semana.

–Nathan, hola, soy Harry. ¿Cómo está tu mujer? Me alegro, dáselos de mi parte. Mira, Nathan, dos cabritas que tú y yo sabemos han pillado un buen catarro. Seguro que les gustará saberlo a esas personas que de vez en cuando nos piden alguna satisfacción.

Al escuchar la respuesta nada comprometida de Gavron, Kurtz notó que empezaba a temblar, pero se las ingenió para reprimir la cólera de su voz.

–Nathan, creo que éste es tu gran momento. Me merezco que pares los pies a ciertas personas y que dejes madurar la cosa. Las promesas se han cumplido, así que se impone un cierto grado de confianza, un poco de paciencia. -De todos sus conocidos, hombres y mujeres, el único que le impulsaba a decir cosas que lamentaba después era Gavron. Pero aún así, se contuvo-. Compréndelo, Nathan, nadie espera ganar una partida de ajedrez antes del desayuno. Necesito un poco de aire, ¿me oyes? Aire... un poquito de libertad... un territorio propio. -Y su cólera se desbordó-: O sea que ata corto a esos burros, ¿quieres? ¡¿Por qué no vas al mercado y me compras media libra de apoyo para variar?!

La línea quedó en silencio. Kurtz nunca supo si debido a la explosión o a Misha Gavron, pues decidió no volver a llamar.

Segunda Parte

El botín

Por espacio de tres semanas interminables durante las que Londres se deslizaba lentamente hacia el otoño, Charlie vivió en un estado de semirrealidad, pasando de la incredulidad, a la impaciencia, de la excitación de los preparativos al terror espasmódico.

Él le decía que aparecerían tarde o temprano. Por fuerza. Y, en consecuencia, se dispuso a prepararla emocionalmente.

Pero ¿por qué «por fuerza»? Charlie no lo sabía y él no se lo decía sino que se refugiaba en su lejanía. ¿Acaso Mike y Marty iban a convertir a Michel en uno de los suyos tal como habían hecho con Charlie? Había días en que se figuraba que Michel acabaría por encajar en la ficción que le habían inventado y que, en cualquier momento, le vería aparecer deseoso de cumplir con sus obligaciones de amante. Y José fomentaba cordialmente aquella esquizofrenia suya, empujándola más si cabe hacia su sustituto ausente. Michel, cariño mío, ven. Amar a José, pero soñar con Michel. Al principio apenas se atrevía a mirarse al espejo, tan convencida estaba de que su secreto era visible para todos. Tenía la cara tensa de ocultar tras ella una información escandalosa; su voz y sus ademanes habían adquirido una subterránea deliberación que la distanciaba de cualquier otro ser humano: paso día y noche representando un monólogo; el mundo entero es mi público.

Y luego, a medida que transcurría el tiempo, su temor a ser descubierta dio paso a una afectuosa falta de respeto para con los ingenuos que la rodeaban sin darse cuenta de lo que estaba pasando delante de sus propias narices. Están allí donde empecé yo, pensaba. Son como yo era antes de pasar al otro lado del espejo.

Con José utilizaba la misma técnica que había perfeccionado en su viaje por Yugoslavia. Él era como ese pariente a quien relataba todos sus movimientos y las decisiones que tomaba; era el amante para quien bromeaba y se ponía guapa. Era su punto de apoyo, su mejor amigo, su mejor todo. Era el duende que aparecía de golpe en los sitios más inesperados con una inverosímil presencia sobre sus movimientos: ya en la parada del autobús, ya en la biblioteca, ya en la lavandería, sentado bajo los fluorescentes junto a matronas desaliñadas mirando cómo daban vueltas sus camisas. Pero Charlie no llegó a admitir su existencia en ningún momento. Él estaba completamente al margen de su vida, fuera del tiempo y de todo contacto físico, salvo en sus obligados encuentros de trabajo, cosa que a ella le tranquilizaba y le daba ánimos. Y salvo cuando sustituía a Michel.

Para los ensayos de *Como gustéis*, la compañía había alquilado un barracón de instrucción del ejército territorial cerca de Victoria Station, adonde Charlie acudía cada mañana, y por las tardes se lavaba el pelo para quitarse el rancio olor a cerveza.

Dejó que Quilley la invitara a comer a Bianchi's y le encontró muy raro. Daba la

impresión que intentaba advertirla de alguna cosa, pero cuando Charlie le preguntó abiertamente de qué se trataba, él se cerró en banda y dijo que la política era cosa de cada uno, razón por la cual él había hecho la guerra, en los Green Jackets, por cierto. Aunque luego se emborrachó de mala manera. Tras ayudarlo a firmar la nota, Charlie salió de nuevo a las atestadas calles y tuvo la sensación de que se adelantaba a su propia sombra, que estaba siguiendo a su escurridiza figura y que ésta se le escapaba entre la multitud. Estoy escindida de la vida. Nunca lograré encontrar el camino de vuelta. Pero mientras esto pensaba, sentía el roce de una mano en el brazo y era José que se materializaba momentáneamente a su lado para meterse a continuación en Marks & Sparks. El efecto que estas visiones tuvieron en ella fue extraordinario a corto plazo. La mantenían en constante estado de vigilancia y, para ser sincera consigo misma, de deseo. Un día sin él era un día vacío; le bastaba verle una vez para que tanto su cuerpo como su corazón vibraran como los de una quinceañera.

Leía los respetables periódicos dominicales, se enteraba de las últimas y sorprendentes revelaciones acerca de la Sackville-West -¿o era de la Sitwell?-, y se maravillaba ante el absurdo amor propio de la mentalidad inglesa dominante. Cuando miraba el Londres que había olvidado, encontraba por todas partes justificación al hecho de haber adoptado esa identidad de extremista comprometida en la línea violenta. La sociedad que ella conocía era como una planta muerta; su tarea consistía en arrancarla y emplear el suelo en algo mejor: Se lo confirmaba la desesperación en las caras de los compradores que arrastraban los pies como esclavos con grilletes en los supermercados, lo mismo que las de los viejos sin esperanza y los policías de maliciosa mirada; así como los ociosos muchachos negros que se dedicaban a ver pasar los Rolls-Royce, y los relucientes bancos con su aire de lugares de culto seglar y sus probos y ordenancistas gerentes; las empresas constructoras que con señuelos atraían a los desilusionados a la trampa de la propiedad; los comercios de bebidas alcohólicas, las casa de apuestas, vomitivo... Sin que Charlie tuviera que poner mucho de su parte, el panorama londinense presentaba en conjunto un basurero lleno de esperanzas desechadas y de individuos frustrados. Gracias a la inspiración de Michel, Charlie construía puentes mentales entre la explotación capitalista en el Tercer Mundo y la puerta misma de su piso en Camden Town.

Pese a vivirla con tal lucidez, la vida no dejaba de angustiarla con la simbología del hombre a la deriva. Un domingo por la mañana en que estaba dando un paseo por el camino de sirga del Regent's Canal (de hecho, para uno de sus pocos encuentros programados con José), oyó el ronco sonido de un instrumento de cuerda que gorjeaba un espiritual negro. Al llegar a un claro en el canal, vio en mitad de un muelle formado por almacenes desechados un negro viejo que parecía sacado de *La cabaña del tío Tom*, tranquilamente sentado en una balsa amarrada, tocando su violoncelo para un grupo de niños embelesados. Era una escena felliniana, era kitsch;

era un espejismo; era una visión que le inspiraba su subconsciente.

Fuera lo que fuese, se convirtió en punto obligado de referencia durante días, algo demasiado privado incluso para confiárselo a José por miedo a que se burlase de ella o, peor aún, a que le brindara una explicación racional.

Se acostó varias veces con Al porque no quería tener problemas con él y porque, tras la larga sequía con José, su cuerpo le necesitaba y, además, Michel así se lo había ordenado. Pero no le permitió que fuera a verla a su piso porque Al volvía a estar sin casa y ella temía que intentara quedarse allí, cosa que ya había hecho anteriormente hasta que ella tuvo que arrojar su ropa y su maquinilla de afeitar por la ventana. Y, en fin, porque su piso poseía ahora nuevos secretos que por nada del mundo habría compartido con Al: su cama era la de Michel, cuya pistola había yacido bajo la almohada, y no había nada que Al o quien fuera pudiese hacer para obligarla a profanarlo. Por otra parte, Charlie se andaba con mucho cuidado con Al pues José la había advertido de que sus planes con la industria del cine habían fracasado, y ella sabía de sobra cómo las gastaba cuando se veía herido en su orgullo.

El primer encuentro apasionado tuvo lugar en el pub al que Al solía acudir. Al llegar lo encontró aposentado entre dos discípulas, y cuando se acercó a su mesa, se dijo: Notará que huelo a Michel; lo notará en mi ropa, en mi piel, en mi sonrisa. Pero Al tenía demasiado trabajo en hacer gala de su indiferencia como para oler nada. Le apartó una silla con el pie para que se sentara, y al hacerlo, Charlie pensó: Santo Dios, no hace ni un mes este mequetrefe era mi principal consejero en materia de grandes problemas filosóficos. Cuando cerró el pub, fueron al piso de un amigo y le requisaron su cuarto libre. Charlie quedó consternada al comprobar que quien se imaginaba tener dentro era Michel, y Michel el que la miraba desde arriba, y el aceitunado cuerpo de Michel el que la penetraba en la penumbra... Michel, su pequeño asesino, el que la llevaba al paroxismo. Pero además de Michel había aún otra figura, la de José, por fin suyo; su ardiente sexualidad aprisionada estallando al fin, libre de ataduras, suyos al fin su cuerpo y su mente llenos de cicatrices.

Aparte de suplementos dominicales, leía también esporádicamente periódicos capitalistas y escuchaba noticiarios radiofónicos orientados al consumidor, pero no oyó nada de que buscaran a una pelirroja inglesa en relación con cierta cantidad de explosivo plástico ruso pasado de contrabando a Austria. Aquello no había sucedido. Fueron otras dos chicas, una más de mis fantasías. Por lo demás, el estado del planeta había dejado de interesarle. Leyó la noticia de un atentado palestino con bomba en Aachen, y la de la represalia israelí contra un campo de refugiados en el Líbano en la que se suponía había muerto gran cantidad de civiles. Se enteró de la creciente protesta popular en Israel y se estremeció a su debido tiempo al leer la entrevista con un general israelí que prometía atajar el problema palestino «de raíz». Pero tras su

cursillo intensivo sobre actividades clandestinas, ya no creía en la versión oficial de los acontecimientos, ni probablemente volvería a creer. La única noticia que siguió fielmente fue la de un ejemplar hembra de panda gigante, cautivo en el zoo de Londres, que se negaba a aparearse, aunque las feministas aseguraban que la culpa era del macho. Resultaba que el zoo era también uno de los lugares favoritos de José. Solían encontrarse en un banco, aunque sólo fuera para hacer manitas como dos enamorados, y luego seguir cada cual su camino.

Pronto, le decía él. Pronto.

Fluctuando de este modo, actuando en todo momento para un público invisible y tomando precauciones para que ni sus palabras ni sus gestos cometiesen un desliz, Charlie descubrió que dependía en grado sumo de un ritual. Los fines de semana solía ir al club de sus amigos en Peckham para, en una gran sala abovedada de dimensiones suficientes para un Brecht, fustigar al grupo dramático juvenil de allí, llevando la voz cantante, lo que le agradaba. Para Navidad tenían previsto representar una pantomima rock, pura anarquía escénica.

Algunos viernes iba al pub de Al y los miércoles se presentaba con un par de botellas de cerveza negra en casa de Miss Dubber, una ex corista y fulana retirada que vivía a la vuelta de la esquina. Miss Dubber padecía de artritis, raquitismo, carcoma y otras graves enfermedades, y maldecía su cuerpo con el mismo ardor que en tiempos había reservado para sus amantes poco dadivosos. A cambio, Charlie le llenaba la cabeza con fantásticas historias inventadas acerca del escandaloso mundo del espectáculo, y tan estridentes eran sus carcajadas que los vecinos encendían el televisor para no tener que soportar el alboroto.

Por lo demás, Charlie apenas trataba con nadie, y eso que su carrera de actriz le había facilitado conocer a una serie de personas a las que podría haber acudido de haberlo querido.

Charló con Lucy por teléfono y quedaron en verse, pero sin fijar día ni lugar. Consiguió dar con Roben en Battersea, pero el de Mykonos era como un grupo de antiguos compañeros de colegio; no tenían nada que compartir. Un día salió a comer un *curry* con Willy y Pauly, pero resultó un desastre porque estaban pensando en romper. Probó con algunos amigos del alma de anteriores experiencias pero tampoco tuvo suerte, y a partir de ahí se volvió una solterona. Regaba los arbolitos de su calle si dejaba de llover unos días, y colgaba del alféizar de su ventana unos saquillos con bayas frescas para los gorriones, porque esa era una de las señales convenidas con José, igual que la pegatina pro desarme mundial que llevaba en el coche y la «C» de latón que llevaba colgada del bolso mediante una tira de cuero. José decía que eran señales de seguridad y había ensayado con ella sus distintas aplicaciones. La ausencia de cualquiera de ellas significaba una llamada de auxilio; y dentro del bolso llevaba un flamante pañuelo de seda blanco, no para rendirse sino para decir «Ya están aquí»,

si eso ocurría. Charlie llevaba su diario de bolsillo, desde donde lo había dejado el Comité Literario; concluyó la reparación de un bordado artístico que había comprado antes de irse de vacaciones y en el que se veía a Lotte suspirando sobre la tumba de Werther en Weimar. Otra vez me ha dado por lo clásico. Escribió cartas interminables a su amante ausente, pero poco a poco dejó de echarlas al correo.

Michel, oh, Michel, cariño... ven, por piedad.

Pero dejó de ir a las librerías alternativas de Islington, donde solía dejarse ver para tomar café y charlar apáticamente, y sobre todo dejó de frecuentar el grupito de extremistas airados de St. Pancras cuyos ocasionales panfletos basados en inspiraciones cocaínicas ella solía distribuir porque nadie más se prestaba a ello. Recogió su coche del taller de Eustace, por fin, un Fiat trucado que Al se había encargado de chocar, y el día de su cumpleaños decidió darle un primer paseo hasta Rickmansworth para visitar a su condenada madre y llevarle el mantel que le había comprado en Mykonos. Por lo general, detestaba este tipo de visitas: la comilona de domingo a base de tres verduras y pastel de ruibarbo, y de postre un detallado resumen por parte de su madre sobre lo mal que la trataba la vida desde la última vez que se habían visto. Pero esta vez, para su sorpresa, se llevó maravillosamente bien con su madre, tanto que decidió quedarse a dormir. A la mañana siguiente se tocó con un pañuelo oscuro, el blanco no, por descontado, y la llevó a la iglesia en el coche, tratando de no pensar en la última vez que había llevado un pañuelo en la cabeza. Al arrodillarse, Charlie sintió un inesperado residuo de piedad, y enseguida puso fervorosamente sus varias identidades al servicio de Dios. Escuchando la música de órgano se echó a llorar, lo cual le indujo a preguntarse si, a fin de cuentas, era capaz de dominar sus emociones.

Esto me sucede porque no puedo afrontar el hecho de volver a mi piso, se dijo.

Lo que la desconcertaba era el modo fantasmagórico con que habían modificado su piso para adecuarlo a la nueva personalidad que con tanto esmero estaba adoptando: un cambio de escenario cuya magnitud sólo empezó a mostrarse poco a poco. Del conjunto de su nueva existencia, lo que más la turbaba era la insidiosa reconstrucción del piso operada durante su ausencia. Hasta entonces había considerado su casa como el sitio más seguro, algo así como un Ned Quilley arquitectónico. Había heredado el piso de un actor sin trabajo que tras convertirse en caco se había retirado con su novio a España. Estaba situado al norte de Camden Town, encima de un bar de camioneros regentado por indios goaneses, que empezaba a animarse a las dos de la madrugada y que servía *sarnosas* y desayunos de fritangas hasta las siete. Para llegar a su escalera, tenía que pasar por un pasadizo entre los lavabos y la cocina y atravesar un patio, siendo objeto de un cuidadoso repaso ocular por parte del chef, el patrón y el descarado pinche de cocina, novio del chef, sin contar con quien pudiera estar en el váter en aquel momento. Y una vez en lo alto de

la escalera, había que trasponer una segunda puerta antes de penetrar en el dominio sagrado, consistente en una buhardilla con la mejor cama del mundo, un cuarto de baño y una cocina, todo independiente.

Y ahora, de repente, se quedaba sin el consuelo de aquella seguridad. Sencillamente se la habían robado. Tenía la sensación de haberle dejado el piso a alguien durante su ausencia y de que esta persona, para pagarle el favor, hubiera hecho todo tipo de cosas inadecuadas. Pero ¿cómo habían conseguido entrar sin ser vistos? Los del bar no sabían nada. Estaba, por ejemplo, su escritorio, que contenía las cartas de Michel metidas en el fondo de un cajón (los originales cuyas copias fotostáticas había visto en Munich). Estaba su caja de supervivencia, trescientas libras en viejos billetes de cinco, oculta en el agrietado tabique del baño, donde solía guardar la hierba en su época de fumadora de porros. Trasladó el dinero a un hueco que había bajo el parqué, lo volvió a esconder en el baño y por último de vuelta al parqué. Estaban los recuerdos, fragmentos atesorados de su aventura desde el día inicial en Nottingham: cajas de cerillas del motel, el bolígrafo barato con que había escrito sus primeras cartas a París, las primeras orquídeas bermejas aprisionadas entre las páginas de su libro de cocina *Mrs. Beeton*, el primer vestido que él le había comprado (en York; lo habían comprado juntos), los feísimos pendientes que él le había regalado en Londres y que era incapaz de ponerse como no fuera para complacerle. Eran cosas que más o menos esperaba, José la había prevenido al respecto. Lo que la molestaba era que estos diminutos detalles, a medida que empezaba a vivir con ellos, le resultaran más suyos que su propia persona: en su estantería, los manoseados volúmenes con información sobre Palestina, firmados por Michel con cautas dedicatorias; en la pared, el póster pro palestino con la cara de rana del primer ministro israelí trazada poco halagadoramente sobre las siluetas de unos refugiados árabes; clavados con chinchetas a un lado, los mapas en color donde constaba el avance de la expansión israelí desde 1967, con un signo de interrogación de su propia mano sobre Tiro y Sidón, producto de sus lecturas de las reivindicaciones de Ben Gurión sobre aquellos territorios; y el montón de revistas de propaganda anti-israelí, en inglés.

Por todas partes soy yo, se dijo al repasar lentamente la colección; en cuanto me lanzo, no hay quien me pare.

Salvo que no fui yo: fueron ellos.

Pero afirmarlo no le servía de gran cosa, y tampoco el devenir del tiempo le sirvió para retener esa precisión.

Michel, por el amor de Dios, ¿te han capturado?

A poco de su regreso a Londres, se personó siguiendo instrucciones en la oficina de correos de Maida Vale, enseñó sus documentos y recogió una solitaria carta con

matasellos de Estambul, que evidentemente había llegado tras su partida a Mykonos. Cariño, ya falta poco para Atenas. Te quiero. Firmado: «M.» Una notita para que no decaiga. Pero la visión de aquella emotiva comunicación la turbó muchísimo. La asaltó una verdadera horda de imágenes sepultadas: los pies de Michel bajando torpemente por la escalera con sus zapatos Gucci; su cuerpo enjuto y delicioso sostenido por sus carceleros; su cara de fauno, demasiado joven hasta para ser alistado; su voz, tan modulada e inocente; el medallón de oro golpeando suavemente su desnudo pecho aceitunado. Te quiero, José.

Después de aquello iba diariamente a la oficina de correos, incluso dos veces el mismo día, hasta que se convirtió en un personaje típico del lugar aunque sólo fuera porque siempre se volvía con las manos vacías y con aspecto cada vez más perturbado; una interpretación magistral y bien dirigida que ella cuidaba con esmero y que José, en calidad de director en la sombra, había presenciado más de una vez mientras compraba sellos en el mostrador contiguo.

Durante ese período, y en la esperanza de hacerle cobrar vida, envió tres cartas a París a nombre de Michel, implorándole que escribiera y diciéndole que le quería y que le perdonaba su silencio. Fueron éstas las primeras cartas redactadas y pensadas por sí misma. Al echarlas al buzón se sintió misteriosamente aliviada, tal vez porque daban autenticidad a las precedentes y a sus supuestos sentimientos. Cada vez que escribía una carta la llevaba a un buzón especialmente designado y suponía que había gente vigilándola, pero había aprendido a no mirar ni pensar en ello. En una ocasión divisó a Rachel en la ventana de un Wimpy con aspecto muy inglés y desaliñada. En otra, Raoul y Dimitri pasaron por su lado montados en una moto. La última de sus cartas a Michel la mandó por correo urgente desde la misma oficina donde pedía inútilmente su correspondencia, y tras franquear el sobre garabateó en el dorso «Por favor por favor por favor por favor cariño: escribe», en tanto José aguardaba pacientemente detrás de ella.

Paulatinamente, empezó a considerar que aquellas últimas semanas de su vida eran como una copia muy ampliada y otra más pequeña. La copia ampliada era el mundo en que vivía y la pequeña el mundo del que entraba y salía a hurtadillas cuando el mundo grande no la observaba. Ni la más clandestina aventura con el más casado de los hombres había sido tan secreta.

Al quinto día tuvo lugar el viaje a Nottingham. José adoptó precauciones excepcionales. La recogió un sábado por la tarde en una parada de metro y la trajo el domingo por la tarde. Se presentó con una estupenda peluca rubia para ella y ropa de recambio, incluido un abrigo de pieles, dentro de una maleta. Había organizado una cena de última hora que, como la original, fue horrenda; en mitad de la misma, Charlie sintió un pánico absurdo a que el personal pudiera reconocerla a pesar de la

peluca y del abrigo de pieles, y exigió saber de José qué había ocurrido con su verdadero amor.

Luego fueron a la habitación, con sus dos castas camas individuales que en la ficción habían colocado juntas, poniendo los colchones de través. Charlie pensó por un momento que aquella vez sí iba a ser. Al salir del baño vio a José cuan largo era tumbado sobre la cama, ahora doble, mirándola; ella se tumbó a su lado, posó su cabeza en el pecho de él para luego levantar la cabeza y empezar a darle besos ligeros y seleccionados en sus puntos preferidos, primero las sienes, luego las mejillas y por último los labios. José le acarició la cara y empezó a devolverle los besos sin retirar la mano de su mejilla y con los ojos abiertos. Acto seguido, la apartó suavemente, se sentó en la cama... y le dio un último beso: el de despedida.

–Escucha -dijo mientras recogía su chaqueta.

Sonreía con su hermosa, amable y mejor sonrisa. Charlie escuchó la lluvia de Nottingham repicar en la ventana; la misma lluvia que les había retenido en la cama durante dos noches y un largo día.

A la mañana siguiente repitieron con nostalgia las mismas excursiones que ella y Michel habían hecho juntos por los alrededores, hasta que el deseo les obligó a volver al motel; José le aseguró que sólo era para ganar confianza mediante la visualización de los recuerdos. Entre una lección y otra, a modo de paliativo, le enseñaba lo que él llamaba «señales silenciosas», e incluso un sistema de escritura secreta empleando un paquete de cigarrillos Marlboro, que ella no pudo por menos que tomarse a la ligera.

Quedaron varias veces en una sastrería de teatro situada detrás del Strand, normalmente después de los ensayos.

–Viene para probar, ¿verdad, cielo? -le decía una impresionante rubia sesentona envuelta en gasas siempre que Charlie aparecía por la puerta-. Así me gusta, muñeca. -Y la hacía pasar a la habitación trasera donde José la esperaba sentado como un cliente de burdel.

El otoño te sienta bien, pensaba ella al ver el gris de sus sienes y el leve arbol de sus sobrias mejillas; siempre te sentará bien.

Su mayor preocupación era desconocer sus señas.

–¿Dónde te hospedas? ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

A través de Cathy, le decía él. Tienes las señales de seguridad y tienes a Cathy.

Cathy era su bote salvavidas y la oficina de recepción de José, la encargada de preservar su exclusividad. Cada tarde entre las seis y las ocho, Charlie entraba en una cabina distinta y llamaba a un número de teléfono del West End para que Cathy le hiciera todo tipo de preguntas: qué tal marchaban los ensayos, qué noticias había de Al y de la pandilla, cómo estaba Quilley y si habían hablado de futuros papeles, si había hecho alguna prueba para el cine y si necesitaba alguna cosa... a veces durante media hora seguida o más. Charlie veía al principio en Cathy una disminución de

nivel en la categoría de sus relaciones con José, pero poco a poco empezó a esperar aquellas conversaciones con ilusión porque Cathy resultó tener un excelente ingenio y grandes dosis de sabiduría mundana. Charlie se imaginaba a una persona simpática y despreocupada, posiblemente una canadiense, una de aquellas loqueras impertérritas que solía visitar en a la clínica Tavistock después de ser expulsada del colegio, cuando creyó que se estaba volviendo loca. Lo cual, por parte de Charlie, fue un acierto, pues aunque Miss Bach era norteamericana, no de Canadá, en su familia había habido médicos durante generaciones.

La casa que Kurtz había alquilado en Hampstead para los observadores era muy grande y estaba situada en una zona muy tranquila, a la que acudían a practicar los alumnos de las autoescuelas de Finchley. Los propietarios de la mansión, a sugerencia de su buen amigo Marty de Jerusalén, se habían mudado sigilosamente a Marlow, pero su casa seguía siendo un reducto de discreta elegancia intelectual. Había cuadros de Nolde en el salón, una foto autografiada de Thomas Mann en el invernadero, en una jaula un pájaro que cantaba si se le daba cuerda, además de una biblioteca con butacas de cuero que crujían y una sala de música con un Bechstein de cola. Había una mesa de pimpón en el sótano, y en la parte de atrás un enmarañado jardín con una vieja pista de tenis en mal estado, tan vieja que los chicos habían tenido que inventar otra modalidad deportiva, una especie de golf-tenis, para sacar partido de sus numerosos hoyos. Enfrente había una caseta diminuta, y fue allí donde colocaron los carteles «Grupo de estudios hebraicos y humanistas» y «Paso exclusivo a estudiantes y personal», que no causaron en Hampstead ningún arqueamiento de cejas.

Eran catorce personas en total, incluido Litvak, pero estaban distribuidas por las cuatro plantas con tal discreción y felino sigilo que apenas se notaba que hubiera alguien en la casa. Su moral siempre había estado alta, y en la casa de Hampstead no hizo sino elevarse más. Les encantaban los muebles oscuros y la sensación de estar rodeados de objetos que sabían más que ellos mismos. Les encantaba trabajar todo el día y a veces media noche y poder regresar a aquel templo de elegante vida judía, así como el hecho de alojarse allí. Cuando Litvak interpretaba alguna pieza de Brahms, cosa que se le daba realmente bien, incluso Rachel, que era una apasionada de la música pop, olvidaba prejuicios y bajaba a oírle tocar, pese a que -como no tenían empacho en recordarle- en principio ella había puesto muchas objeciones a la idea de volver a Inglaterra, y había declarado con teatrales aspavientos que ella no viajaría con pasaporte británico.

En medio de tan buen ambiente de trabajo en equipo, se dispusieron a esperar como un reloj. Sin necesidad de que se lo dijeran, evitaban los pubs y restaurantes locales y todo contacto no imprescindible con los lugareños. En cambio, tenían muy

en cuenta enviarse cartas, ir a comprar la leche y el periódico y hacer las cosas que los fisgones sólo notan por omisión. Iban mucho en bicicleta y sentían aguda curiosidad sobre qué distinguidos y a veces sospechosos judíos les habían precedido, y no hubo ninguno que no acudiera a presentar irónicos respetos a la casa de Friederich Engels o a la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate. Su parque móvil estaba en un recoleto taller pintado de rosa a las afueras de Haverstock Hill, que tenía en el escaparate un viejo Rolls plateado con un cartel de «no se vende» y un dueño que respondía al nombre de Bernie. Bernie era un hombre fornido y gruñón, de tez morena, que vestía un traje azul, llevaba un cigarrillo a medio fumar en la comisura de la boca y un sombrero hongo de color azul -como el de Schwili- que no se quitaba para trabajar. Disponía de un buen surtido de furgonetas, coches, motos y matrículas, pero el día en que ellos llegaron se encontraron con un rótulo grande que rezaba: «sólo compraventa. visitas abstenerse.» «Un hatajo de maricones», les dijo a sus clientes habituales. «Se hacen pasar por una empresa cinematográfica. Me han alquilado todo lo que tenía en la puñetera tienda y van y me pagan en billetes viejos de una libra, los muy puñeteros. Bueno, ¿cómo iba yo a negarme, puñeta?»

Todo lo cual, hasta cierto punto, era verdad, pues ésa era la historia que habían convenido con él. Pero Bernie la sabía muy larga; también él, en sus tiempos, había hecho un par de cosillas.

Entretanto, y casi a diario, recibían noticias a través de la embajada de Londres, retazos de una guerra lejana. Rossino había vuelto a presentarse en el piso que Yanuka tenía en Munich, esta vez acompañado de una rubia que encajaba en sus hipótesis acerca de la chica conocida por Edda. Fulano había visitado a Mengano en París, Beirut, Damasco o Marsella. Gracias a la identificación de Rossino, se habían abierto nuevas vías en distintas direcciones. Tres veces por semana, Litvak convocaba una reunión para dar instrucciones seguidas de un debate. Caso de que se hubieran tomado fotografías, organizaba también una sesión de linterna mágica con breves conferencias sobre los alias, pautas de conducta, gustos personales y hábitos del oficio descubiertos hasta la fecha. Periódicamente organizaba concursos de preguntas con divertidos premios para los ganadores.

De vez en cuando, pero no con demasiada frecuencia, el gran Gadi Becker se dejaba caer por allí para conocer las últimas noticias; se sentaba al fondo de la habitación, aparte de los demás, y se iba tan pronto terminaba la reunión. De su vida fuera de aquel edificio no sabían nada ni esperaban saberlo: él era de una raza aparte, la de los instructores de agentes; Becker, el héroe no alabado de más misiones secretas que años tenían la mayoría de ellos. Le llamaban afectuosamente el *Lobo Estepario* y se contaban sobrecogedoras historias sobre sus hazañas, de las que sólo la mitad era cierta.

El aviso llegó el día decimoctavo. Un télex de Ginebra los puso en estado de

alerta, y un telegrama desde París les dio la confirmación. En menos de una hora, dos terceras partes del equipo estaban ya en ruta hacia el oeste bajo un intenso chaparrón.

La compañía se llamaba Los Herejes y su gira había empezado en Exeter ante una asamblea de feligreses recién salidos de la catedral: mujeres con el malva del medio luto y curas viejos siempre al borde del llanto. Cuando no había función de tarde, los actores se dedicaban a vagar ociosos por la ciudad, y al terminar la función de noche se reunían a tomar vino y queso con los fervientes discípulos de las artes con mayúscula, ya que hacer intercambio de camas con los indígenas era parte del trato.

De Exeter se dirigieron a Plymouth para actuar en la base naval ante un embelesado público de oficiales jóvenes que se atormentaban pensando si a los tramoyistas habría que recompensarles con la condición de caballeros provisionales y dejarles entrar en su comedor.

Pero tanto Exeter como Plymouth habían sido lugares de maldad y vida disipada comparados con aquella húmeda ciudad minera en el rincón más perdido de la península de Cornualles, con sus atestadas callejas humeantes de niebla marina y sus árboles encorvados por culpa de la galerna. La compañía se distribuyó en media docena de casas de huéspedes y Charlie tuvo la suerte de ir a parar a un islote con tejado de pizarra a dos aguas rodeado de hortensias por todas partes, donde el estruendo de los trenes que se dirigían a Londres la hacía sentir como un naufrago burlado por la visión de barcos imaginarios en la lejanía. El teatro consistía en un tinglado dentro de un polideportivo, desde cuyo agrietado escenario Charlie podía oler el cloro de la piscina y oír el indolente golpear de las pelotas de squash contra la pared. El público consistía en gente de lo más rústico cuya mirada emponzoñada por la envidia parecía decir que ellos lo harían infinitamente mejor si se rebajaran tanto como para intentarlo. Y el camerino, por último, era un vestuario de chicas que fue adonde le llevaron las orquídeas bermejas cuando ella se estaba maquillando antes de alzarse el telón.

Se fijó en ellas al verlas en el espejo alargado que había sobre el lavabo, envueltas en un papel blanco húmedo. Las vio titubear en el aire y avanzar a continuación hacia ella. Pero continuó maquillándose como si en su vida hubiese visto una orquídea. Era una única ramita, llevado como un bebé envuelto en papeles en brazos de una vestal quinceañera de Cornualles llamada Val, que llevaba trenzas negras y lucía una sonrisa sosa y descuidada. Bermejas.

–Por este ramo te proclamo la bella Rosalinda -dijo coquetamente Val.

Se produjo un silencio hostil durante el que todo el personal femenino de la compañía saboreó el ridículo de Val. Era el momento en que todo actor está más nervioso, y también más callado.

–Vale, soy Rosalinda -concedió nada solícita Charlie-. ¿Y qué?

Siguió ocupada con un lápiz de ojos dando a entender que le importaba muy poco

la respuesta.

Con briosa solemnidad, Al dejó las orquídeas en el lavabo y se marchó presuroso mientras Charlie cogía el sobre a la vista de todos. *Para la señorita Rosalinda*. Caligrafía europea, bolígrafo azul en vez de tinta china negra, y dentro, una tarjeta de visita también europea en papel satinado de primera calidad. El nombre no estaba impreso sino escrito al sesgo en mayúsculas puntiagudas e insulsas: anton mesterbein, ginebra. Y debajo, la palabra «Justicia». No había mensaje ni aquello de «Juana, espíritu de mi libertad».

Charlie pasó a examinarse la otra ceja, con sumo cuidado, como si aquella ceja fuera lo más importante del mundo.

–¿Quién es el admirador, Chas? -preguntó una pastorcilla que estaba en el lavabo contiguo. Acababa de salir de la escuela y tenía una mentalidad de quinceañera.

Charlie contempló críticamente su obra, arqueando las cejas en el espejo.

–Habrán costado una pasta, ¿verdad, Charlie? -dijo la pastorcilla.

–¿Verdad, Chas? -repitió Charlie.

¡Es él!

¡Noticias tuyas!

Pero ¿por qué no ha venido? ¿Cómo es que la nota no la ha escrito él?

No te fíes de nadie, le había advertido Michel. Y sobre todo desconfía de quienes afirmen conocerme.

Es una trampa. Han sido esos cerdos. Han descubierto lo de mi viaje por Yugoslavia. Me están utilizando para atrapar a mi amante.

¡Michel, Michel! ¡Mi vida, mi amor: dime qué puedo hacer!

–Rosalinda - oyó que la llamaban-. Pero ¿dónde se ha metido Charlie? Vamos, Charlie, por el amor de Dios.

En el pasillo, un grupo de nadadores con toallas al cuello miraban sin expresión a la pelirroja que salía del vestuario de chicas envuelta en una raída vestimenta isabelina.

Interpretó más o menos su papel. Llegó incluso a actuar. En el entreacto, un tipo frailuno a quien llamaban Hermano Mycroft y que ejercía de director, le preguntó mirándola de un modo extraño si podría «contenerse un poquito», y ella mansamente le prometió que lo procuraría. Pero apenas le escuchaba: estaba muy ocupada intentando ver un blazer rojo en las primeras filas.

Fue en vano.

Sí vio otras caras (las de Rachel y Dimitri, por ejemplo) pero no las reconoció. No ha venido, pensó desesperada. Es una trampa de la policía.

Se cambió rápidamente en el vestuario, se puso el pañuelo blanco en la cabeza y se quedó allí hasta que el conserje la echó. En el vestíbulo, de pie en mitad del

vestíbulo como un fantasma de blanca cabeza entre los atletas que se disponían a marchar, siguió esperando con las orquídeas apretadas contra el pecho. Una señora entrada en años le preguntó si las había cultivado ella. Un colegial le pidió un autógrafo. La pastorcilla le tiró de la manga y le dijo:

–¡Santo Dios, Chas, la fiesta! ¡Val te está buscando por todas partes!

La puerta delantera del polideportivo se cerró a su espalda y Charlie se encontró en mitad de la noche y bajo un recio vendaval que barría el asfalto y a punto estuvo de derribarla. Llegó hasta el coche tambaleándose, lo abrió, dejó las flores en el asiento delantero y cerró la puerta haciendo fuerza. El encendido no funcionó a la primera, pero, cuando lo hizo, el motor saltó hacia adelante como un caballo desbocado. Mientras se dirigía a toda prisa hacia la avenida, vio por el retrovisor los faros de un coche que la siguió a una distancia regular hasta que llegó a la pensión.

Aparcó y oyó el viento batiendo sobre las hortensias. Se arrebujo en su abrigo y protegiendo con él las orquídeas corrió hasta la puerta. Contó dos veces los cuatro peldaños que había: una al subirlos corriendo y la otra mientras estaba en recepción, jadeando, cuando alguien los subió detrás de ella con decisión y agilidad. No había huéspedes, ni en el salón ni en el vestíbulo. El único superviviente era Humphrey, un chico gordo salido de una novela de Dickens y que hacía de portero de noche.

–La seis no, Humph -dijo ella alegremente cuando él buscó a tientas su llave-, la dieciséis. Vamos, cielo. Está en la hilera de arriba. Ah, y también hay una carta de amor, no sea que se la des a otra.

Cogió la carta confiando en que fuera de Michel, pero dejó aflorar un gesto de sorprendida desilusión al comprobar que era de su hermana: «Que tengas suerte en la representación de esta noche»; imaginó que José le decía al oído: «Estamos contigo» pero tan flojito que ella apenas lo oía.

La puerta del vestíbulo se abrió y se cerró tras ella. Unos pies de hombre se le acercaban por la alfombra. Charlie echó un rápido vistazo para ver si se trataba de Michel. Pero no lo era, y la frustración volvió a asomar a su rostro. Era alguien del mundo exterior, que de nada le servía; un muchacho flaco y peligrosamente apacible, con ojos oscuros de hijo bueno. Vestía una larga gabardina con hembrillas de militar que daban anchura a sus espaldas de civil, y una corbata marrón a juego con los ojos que hacían juego con la gabardina. Y unos zapatos marrones de puntera achaparrada con repunte doble. No era un representante de la justicia, se dijo, sino alguien a quien ésta se le había negado; un muchacho de cuarenta años con gabardina, privado de justicia desde muy pequeño.

–¿Señorita Charlie?

Y una boca menuda y regordeta sobre un pálido mentón.

–Le traigo saludos de nuestro común amigo, Michel.

Charlie había endurecido sus facciones como quien se prepara para recibir un

castigo.

–¿Qué, Michel? -dijo, y vio cómo él no se inmutaba, cosa que a ella le inspiró una repentina quietud, la quietud con la que contemplamos un cuadro, una escultura o un policía inmóvil en su puesto.

–Michel de Nottingham, Miss Charlie. -Un afligido acento suizo, vagamente acusador; la voz hirsuta, como si la justicia fuera un asunto confidencial-. Michel me ha pedido que le trajera unas orquídeas y que la llevase a cenar en su lugar. Ha insistido en que usted debía acompañarme. Se lo ruego. Soy un buen amigo de Michel. Vamos.

¿Amigo tú?, pensó Charlie. Michel jamás confiaría su puñetera vida a un amigo como tú. Pero dejó que su furia reflejase su respuesta.

–Asumo asimismo la responsabilidad de representar legalmente a Michel, Miss Charlie. A Michel se le debe toda la protección que puede darle la ley. Vámonos ya, por favor.

El gesto le costó un gran esfuerzo pero le salía del alma. Las orquídeas eran horrorosamente pesadas y le costó devolvérselas con un gesto de rechazo. Pero lo consiguió; sacó fuerzas de flaqueza y encontró también el exacto tono desapacible con que pronunciar estas palabras:

–Se ha equivocado de obra. No conozco a ningún Michel de Nottingham, ni de ninguna otra parte. Ni tampoco nos conocimos en Montecarlo el verano pasado. Lo ha hecho muy bien, pero ya estoy cansada de todos ustedes.

Al volverse hacia el mostrador para coger la llave, se dio cuenta de que Humphrey, el portero, se dirigía a ella como si aquella fuera una gran ocasión. Temblaba de pies a cabeza mientras sostenía en el aire un lápiz sobre un grueso libro de registro.

–Oiga -resolló indignado con aquel fuerte acento del norte-, ¿a qué hora me ha dicho que quería el té por la mañana, señorita?

–A las nueve en punto, ni un segundo antes -dijo Charlie andando pesadamente hacia las escaleras.

–¿Periódico, señorita? -dijo Humphrey.

Se volvió y le miró con furia.

–Maldita sea -susurró.

Humphrey estaba muy excitado y parecía pensar que sólo gesticulando podría despertarla de su sopor.

–¡El periódico de la mañana! ¡Para leer! ¿Cuál prefiere?

–El *Times*, querido -dijo ella.

Humphrey se sumió en una apática satisfacción.

–El *Telegraph* -escribió, diciéndolo en voz alta-. El *Times* sólo viene por encargo. Charlie había empezado la lenta ascensión a la gran escalera camino de la

histórica oscuridad del descansillo.

–¡Señorita!

Como vuelvas a llamarme así, pensó Charlie, soy capaz de darte de bofetadas en ese imberbe careto de suizo que tienes. No había dado tres pasos cuando él volvió a hablar. Realmente no había esperado tanto empeño en aquel joven emisario.

–Michel se alegrará mucho de saber que Rosalinda se ha puesto su pulsera. ¡Y si no me equivoco, la lleva ahora mismo! ¿O se trata de un regalo de otro caballero?

Primero su cabeza, y luego todo el cuerpo, se volvieron para mirarle desde arriba. Ahora sostenía las orquídeas en el brazo izquierdo mientras el derecho le colgaba inerte como una manga vacía.

–He dicho que se marche. Largo. Por favor, ¿vale?

Pero su voz dejaba traslucir que se resistía a pesar suyo.

–Michel me ha ordenado que le compre langosta fresca y una botella de Boutaris. Blanco y frío, me ha dicho. Tengo más mensajes de él. Se enfadará mucho cuando le diga que ha rechazado su hospitalidad.

Aquello era demasiado. El hombre era como su ángel malo reclamando el alma que ella había ofrecido con tanto descuido. Tanto si mentía como si era un policía o un vulgar atracador, ella le habría seguido al mismísimo infierno si él podía llevarla hasta Michel. Giró en redondo y empezó a bajar las escaleras.

–Humphrey -dijo, lanzando su llave sobre el mostrador. Luego cogió un lápiz y escribió el nombre «Cathy» en el bloc que Humphrey tenía delante-. Es una americana, ¿entendido? Amiga mía. Si llama, le dices que me he ido con una docena de amantes. Dile que a lo mejor mañana paso a buscarla para comer. ¿Entendido? -repitió.

Arrancó el pedazo de papel, se lo metió a Humphrey en el bolsillo de la pechera y le dio un beso distraído mientras Mesterbein seguía allí, mirando con el disimulado resentimiento de un amante que espera a la mujer con quien piensa pasar la noche. Al llegar al porche, Mesterbein encendió una pulcra linterna suiza y entonces ella vio la pegatina amarilla de Hertz en el parabrisas de su coche. El hombre abrió la portezuela y dijo «Por favor», pero Charlie siguió andando hasta su Fiat, montó, lo puso en marcha y esperó. Para conducir, según pudo ver cuando él la adelantó, llevaba una boina negra hundida como un gorro de baño, pero con las orejas fuera.

Avanzaron en lenta caravana debido a los trechos de niebla espesa o, tal vez, porque así conducía siempre el tal Mesterbein, pues iba con la espalda tiesa como los conductores habitualmente prudentes. Subieron una cuesta y enfilaron hacia el norte por unos brezales desiertos. La niebla despejó al fin, y aparecieron postes de telégrafo que destacaban contra el cielo nocturno como agujas hincadas en él. Una luna rota como las de Grecia asomó brevemente de las nubes antes de ser tragada otra vez. Al

llegar a un cruce, Mesterbein se detuvo para consultar un mapa. Finalmente indicó que debían seguir hacia la izquierda, primero con el intermitente y luego con la mano. Sí, Anton, mensaje recibido. Le siguió colina abajo y luego atravesaron un pueblo; Charlie bajó la ventanilla y dejó que el olor salino del mar penetrara en el coche. La brusca irrupción del aire le hizo suspirar. Pasaron después bajo un deshilachado estandarte donde se leía «East West Timesharer Chalets Ltd.» y enfilaron una carretera nueva y angosta que, entre dunas, llevaba a una mina de estaño en ruinas situada en la misma línea del horizonte, con un cartel que decía «Visite Cornualles». A ambos lados había bungalows a oscuras. Mesterbein aparcó; ella lo hizo detrás dejando el coche en marcha puesta debido a la pendiente. Otra vez ronca el freno de mano, pensó; tendré que llevárselo a Eustace. El hombre salió del coche; ella le imitó y cerró el suyo con llave. El viento había cesado; se hallaban en el lado de sotavento de la península. Chillaban gaviotas que volaban muy bajo, como si hubieran perdido algo de valor en tierra. Linterna en mano, Mesterbein hizo ademán de cogerla del brazo para conducirla.

–Déjeme en paz -dijo ella.

El hombre empujó una verja chirriante. Delante de ellos se encendió una luz. Un corto sendero de cemento, una puerta azul con la inscripción «Naufragio». Mesterbein tenía ya la llave lista. Abrió la puerta, entró y luego se apartó para dejarla pasar, como un agente de la propiedad enseñando el sitio a un cliente en potencia. No había porche. Ella entró y vio que se hallaban en un salón de estar. Percibió el olor a colada húmeda y vio manchas de moho que salpicaban el techo. Había una mujer alta y rubia con un traje de pana azul tratando de insertar una moneda en una estufa eléctrica. Al verles, echó un rápido vistazo alrededor y luego se puso en pie al tiempo que se apartaba un mechón de largos cabellos dorados.

–¡Anton! ¡Pero qué maravilla! ¡Si me has traído a Charlie! Charlie, bienvenida. Y bienvenida por partida doble, si me haces el favor de enseñarme cómo funciona este trasto. -Agarrando a Charlie de los hombros, la besó entusiasmada en ambas mejillas-. Oye, Charlie, en serio, el Shakespeare de esta noche te ha salido redondo. ¿No es cierto, Anton? Una maravilla, de veras. Yo soy Helga, ¿de acuerdo? - queriendo decir: para mí los nombres son un juego-. Helga, ¿vale? Tú eres Charlie, y yo Helga.

Tenía ojos grises y vivaces que, al igual que los de Mesterbein, desprendían una peligrosa inocencia. Con ellos miraba un mundo complejo con simplicidad de militante. Ser auténtico equivale a no dejarse domar, pensó Charlie citando una carta de Michel. Siento, luego actúo.

Desde un rincón, Mesterbein brindó su tardía respuesta a la pregunta de Helga. Trataba de ensartar su gabardina en un colgador.

–Ha estado impresionante, desde luego -dijo.

Helga seguía con sus manos posadas en Charlie, rozándole ligeramente el cuello con los pulgares.

–¿Es difícil aprenderse un texto tan largo, Charlie? -preguntó, mirándola vivamente a la cara.

–Para mí no es problema -respondió Charlie, y se apartó.

–Entonces aprendes rápido, ¿eh? -Le cogió una mano y le puso en la palma una moneda de cincuenta peniques-. A ver. Enséñame a hacer funcionar este fantástico invento inglés.

Charlie se agachó frente a la estufa eléctrica, giró la palanca hacia un lado, introdujo la moneda, giró hacia el otro lado y dejó que la moneda cayera produciendo un sonido metálico. Al encenderse, la estufa dejó oír un gemido de protesta.

–¡De fábula! ¡Eres increíble, Charlie! Ya ves, esto es típico en mí. Soy una nulidad para los aparatos -aclaró inmediatamente Helga, como si se tratara de un rasgo personal que toda nueva amistad debía conocer-. Como estoy en contra de toda posesión, yo no poseo nada, y así no hay modo de saber cómo funcionan las cosas. Anton me servirá amablemente de traductor: yo creo en *Sein, nicht Haben*. -Sonaba como una orden dictada por una autócrata de guardería infantil. Su inglés era bastante bueno y no necesitaba la ayuda de él-. ¿Has leído a Erich Fromm, Charlie?

–Él cree en el ser bondadoso -dijo Mesterbein con voz lóbrega, mirándolas a las dos-. En eso se basa toda la ética de Fräulein Helga. Cree en la bondad esencial, así como en la preponderancia de la naturaleza sobre la ciencia. Y yo también -añadió como deseoso de interponerse entre ellas.

–¿Has leído a Erich Fromm? -repitió Helga, volviendo a echarse el pelo hacia atrás y pensando ya en otra cosa-. Estoy absolutamente enamorada de él -añadió, agachándose frente al calor con las manos bien abiertas-. Cuando admiro a un filósofo, me enamoro de él. Eso también es típico de mí. -Sus movimientos tenían una gracia superficial, una alegría de adolescente. Llevaba zapatos planos para compensar su altura.

–¿Dónde está Michel? -preguntó Charlie.

–Fräulein Helga no sabe dónde está Michel -intervino Mesterbein al punto desde su rincón-. Ella no es abogado, solamente ha venido por viajar y para hacer justicia. Fräulein Helga no sabe de las actividades de Michel ni de su paradero. Siéntese, por favor.

Charlie permaneció de pie, pero Mesterbein se sentó en una silla de comedor y dobló sus pulcras manos blancas sobre el regazo. Desprovisto de su gabardina, lucía ahora un traje marrón nuevo que podía haber sido regalo de su madre.

–Usted ha dicho que tenían noticias de él -comentó Charlie, temblándole la voz.

Agachada todavía, Helga se había vuelto para mirarla y se había llevado el pulgar a los labios, pensativa.

–Dígame, ¿cuándo le vio por última vez? -preguntó Mesterbein.

Charlie ya no sabía a quién mirar.

–En Salzburgo -dijo.

–Salzburgo no es ninguna fecha, digo yo -objetó Helga.

–Hace cinco o seis semanas. ¿Dónde está Michel?

–¿Nadie se puso en contacto con usted? -preguntó Mesterbein-. ¿Amigos suyos? ¿La policía, quizá?

–¿Y cuándo tuvo noticias de él por última vez? -insistió Mesterbein.

–¡Dígame dónde está! ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? -repitió, volviéndose hacia Helga.

–A lo mejor no tiene tan buena memoria como afirma tener, Charlie -sugirió Helga.

–Díganos con quién se ha puesto usted en contacto, Miss Charlie -dijo Mesterbein-. Es absolutamente necesario. Hemos venido por asuntos urgentes.

–Con lo buena actriz que es, seguro que sabe mentir -dijo Helga mientras sus inquisitivos ojos miraban límpidamente a Charlie-. Una mujer tan acostumbrada a fingir no es de fiar, me parece a mí.

–Debemos proceder con sumo cuidado -concedió Mesterbein a modo de anotación particular a tener en cuenta en un futuro.

Aquel toma y daca tenía algo de sádico; se estaban aprovechando de una aflicción que ella no había experimentado aún. Charlie los miró alternativamente. Las palabras se le escaparon de los labios, ya no podía contenerlas.

–Ha muerto, ¿verdad? -dijo quedamente.

Helga fingió no haberla oído. Estaba totalmente ocupada en mirarla.

–Sí, claro, Michel ha muerto -dijo Mesterbein taciturno-. Y lo siento, desde luego. Fräulein Helga también lo siente. Los dos lo sentimos mucho. Y a juzgar por las cartas que le escribía usted, suponemos que también lo siente.

–Pero puede que las cartas sean también fingidas, Anton -le recordó Helga.

Le había sucedido ya una vez, en el colegio. Trescientas chicas alineadas junto a la pared del gimnasio, la directora en el centro, y todo el mundo a la espera de que el culpable confesara su culpa. Charlie, con las más espabiladas, había estado mirando en busca de la culpable (¿será ésa? Seguro que es ésa... Pero sin ruborizarse, con cara seria e inocente, pues ella no había sido, ella no había robado nada). No obstante, sintió que de repente le fallaban las piernas y cayó al suelo, sintiéndose paralizada de cintura para abajo. Fue lo que hizo en aquel momento sin haber considerado siquiera la magnitud de la información recibida, antes también de que Helga tuviera tiempo de tender la mano para sostenerla. Cayó de bruces con un golpe sordo que hizo oscilar la lámpara del techo. Helga se arrodilló rápidamente a su lado, murmuró algo en alemán y le puso una reconfortante mano feminista en el hombro: un acto de genuina dulzura.

Mesterbein se inclinó a mirar, pero no la tocó. Su interés parecía centrado en ver cómo lloraba.

Tenía la cabeza ladeada y apoyaba la mejilla sobre el puño cerrado, de modo que el torrente de lágrimas le cruzaba la cara en lugar de resbalar mejilla abajo. Poco a poco, el hombre pareció alegrarse con sus lágrimas. Entonces asintió tímidamente con la cabeza, observó de cerca cómo Helga la llevaba en vilo hasta el sofá, donde Charlie quedó de nuevo tumbada con la cara hundida en los ásperos cojines y las manos cubriéndole la cara, llorando como sólo saben hacerlo los afligidos y los niños. Confusión, ira, culpa, remordimiento, pánico: percibía cada una de estas emociones como fases de una actuación que no por dominar dejaba de sentir profundamente. Lo sabía; no, no lo sabía; no me atrevía ni a pensarlo. Tramposos, cerdos fascistas asesinos, ¡hijos de puta! Habéis matado a mi amor en el teatro de lo real.

Debió de decir algo de esto en voz alta. Lo sabía, en efecto. Aun cuando la pena le atenazaba la garganta, había controlado y seleccionado perfectamente aquellas palabras ahogadas: ¡Fascistas hijos de puta, cerdos. Dios mío, Michel!

Hubo una pausa y luego oyó la voz impertérrita de Mesterbein invitándola a proseguir con sus insultos, pero ella hizo caso omiso y siguió balanceando la cabeza entre las manos. Se atragantó, tuvo arcadas; las palabras se le atravesaban en la garganta y le salían a borbotones por la boca. Las lágrimas, la angustia y los sollozos no le molestaban: estaba perfectamente en paz con los orígenes de su dolor y de su indignidad. No le hacía falta pensar en su difunto padre, a quien había mandado tempranamente a la tumba a causa de su expulsión del colegio, ni considerarse a sí misma como la niña trágica en los yermos de la vida adulta, que era lo que hacía normalmente. Le bastaba con recordar a aquel muchacho árabe domado a medias, que le había devuelto la capacidad de amar, que había dado a su vida el sentido que ésta había reclamado siempre, y que ahora estaba muerto para que ella pudiera llorarle.

–Dice que han sido los sionistas -objetó Mesterbein dirigiéndose a Helga en inglés-. ¿Por qué dice que han sido los sionistas si fue un accidente? Eso es lo que nos ha dicho la policía. ¿Por qué le lleva la contraria a la policía? Contradecir a la policía es muy peligroso.

Pero o bien Helga lo había oído ya por sí misma o le importaba un comino. Había puesto una cafetera en el hornillo eléctrico. Arrodillándose junto a Charlie, le apartó los cabellos de la cara con su fuerte mano, pensativa, esperando a que dejara de llorar y diese alguna explicación.

De pronto la cafetera empezó a hervir. Helga se levantó para servir el café. Charlie se incorporó en el sofá acunando su taza con ambas manos, inclinada como para inhalar el vapor de un bebedizo, mientras las lágrimas seguían rodándole por las mejillas. Helga le apoyó un brazo sobre el hombro y Mesterbein contempló a ambas

desde las sombras de su tenebroso mundo propio.

–Fue un accidente -dijo él-. Hubo una explosión en la *autobahn* Salzburgo-Munich. Según la policía, el coche iba lleno de explosivos; un montón de kilos. Pero ¿por qué? ¿Cómo es que explotaron en una autopista tan lisa? No tiene explicación.

–Tus cartas se han salvado -susurró Helga, apartándole un mechón y remetiéndoselo con cariño detrás de la oreja.

–El vehículo era un Mercedes -dijo Mesterbein-. Tenía matrícula de Munich, pero la policía dice que era falsa. Igual que los documentos. Falsificada. ¿A santo de qué iba a conducir mi cliente un coche con documentación falsa y lleno de explosivos? Él no era de los que ponen bombas; era un estudiante. Creo que se trata de un complot.

–¿Sabes algo de este coche, Charlie? -le murmuró Helga al oído, y la abrazó con más afecto tratando de sonsacarle una respuesta.

Charlie no podía ver mentalmente otra cosa que a su amado hecho pedazos por cien kilos de explosivo plástico ruso escondidos en el interior del coche: un verdadero infierno donde se consumía aquel cuerpo adorable. Y lo único que podía oír era la voz de su otro innombrable mentor: Desconfía, míenteles, niégalo todo; di que no.

–Ha dicho algo -observó Mesterbein con tono acusador.

–Ha dicho «Michel» -dijo Helga, enjugándole un nuevo raudal de lágrimas con un oportunísimo pañuelo que llevaba en el bolso.

–También murió una chica -dijo Mesterbein-. Dicen que también iba en el coche.

–Una holandesa -dijo quedamente Helga, tan cerca de su oído que Charlie llegó a notar su aliento-. Una chica monísima y rubia.

–Al parecer murieron juntos -prosiguió Mesterbein, subiendo el tono de voz.

–No eras la única, Charlie -le explicó confidencialmente Helga-. Ya ves que no tenías la exclusiva de nuestro pequeño palestino.

Por primera vez desde que le habían dado la noticia, Charlie pronunció una frase coherente:

–Yo no pedí nunca tenerla.

–La policía afirma que la holandesa era una terrorista -dijo Mesterbein.

–También dicen que lo era Michel -añadió Helga.

–Dicen que la holandesa había puesto ya varias bombas por encargo de Michel -dijo Mesterbein-. También dicen que Michel y esa chica planeaban otro atentado, y que en el coche fue encontrado un mapa del centro de Munich en el que aparecía marcado con caligrafía de Michel el centro comercial israelí. Junto al río Isar -añadió-. Una planta superior. La verdad es que era un blanco realmente difícil. ¿Le habló él de esto, Miss Charlie?

Charlie se estremeció al tiempo que sorbía un poco de café, cosa que a Helga le valió más que una respuesta.

–¡Eh! Está despertando por fin. ¿Quieres más café, Charlie? Puedo calentarte un

poco. ¿Y comer? Hay queso, huevos, salchichas, de todo...

Negando con la cabeza, Charlie dejó que Helga la acompañara al lavabo. Permaneció allí bastante rato, mojándose la cara, entre arcadas, y de vez en cuando rogando saber un poco más de alemán para comprender la agitada conversación que le llegaba a través de los delgados tabiques.

Al volver al salón, vio que Mesterbein estaba junto a la puerta y con la gabardina puesta.

–Miss Charlie, le recuerdo que Fräulein Helga goza de toda la protección de la ley -dijo, y se fue con paso airado. Al fin a solas. De mujer a mujer.

–Anton es genial -proclamó Helga con una carcajada-. Es nuestro ángel guardián, sabes, detesta la ley, pero acaba enamorado de lo que detesta, como es lógico. ¿No estás de acuerdo...? Mira, Charlie, has de estar siempre de acuerdo conmigo. De lo contrario, me siento muy frustrada. -Se acercó a Charlie-. La violencia no es la salida -dijo, reanudando una conversación que aún no había tenido lugar-. Jamás. Da lo mismo una acción violenta que una acción pacífica. Para nosotros la única salida es la lógica, no quedarse al margen mientras el mundo se gobierna a sí mismo, sino convertir la opinión en convicción y la convicción en acción. -Hizo una pausa para observar el efecto de sus asertos en su nueva alumna. Sus cabezas estaban casi juntas-. Acción significa realización de uno mismo; la acción es objetiva. ¿Vale? - Otra pausa, pero sin respuesta de Charlie-. ¿Quieres saber otra cosa que te sorprenderá? Tengo excelentes relaciones con mis padres. Tú eres diferente. Eso se nota en tus cartas. Anton también lo es. Claro que mi madre es inteligentísima, aunque mi padre... -Volvió a interrumpirse, pero esta vez le disgustó el silencio de Charlie y sus renovados sollozos.

»Basta ya, Charlie. Deja de llorar ahora mismo. Que no somos un par de viejas... Tú le querías, eso lo comprendemos, pero ha muerto. -Su voz sonaba ahora con una sorprendente dureza-. Ha muerto, pero nosotros no somos individualistas en busca de la experiencia personal; nosotros somos obreros y luchadores. Deja ya de llorar.

Cogiendo a Charlie del codo, la hizo andar despacio por toda la habitación.

–Escúchame bien. Una vez tuve un novio muy rico, se llamaba Kurt. Era muy fascista, un completo salvaje. Me servía para la cama, igual que me sirve Anton, pero también traté de educarlo un poco. Un día los luchadores de la libertad ejecutaron al embajador alemán en Bolivia, un conde de no sé qué. ¿Recuerdas el atentado? Kurt, que ni siquiera le conocía, montó en cólera: «¡Cerdos! ¡Terroristas! ¡Es una vergüenza!» Y yo le dije, «Kurt (se llamaba así, sabes). ¿A qué viene tanto lloriqueo? En Bolivia cada día muere gente de hambre. ¿Qué importa un conde más o menos?» ¿Estás de acuerdo con este punto de vista, Charlie? Vamos, di.

Charlie se encogió levemente de hombros mientras se paseaban por la habitación.

–Y ahora te diré otra cosa. Michel es un mártir, pero los muertos no pueden

combatir y además existen muchos otros mártires. Ha muerto un soldado. La revolución continúa. ¿De acuerdo?

–Sí -susurró Charlie.

Habían llegado al sofá. Helga extrajo de su bolso de mano una media botella plana de whisky en la que Charlie distinguió la etiqueta «libre de impuestos». Desenroscó el tapón y le pasó la botella a Charlie.

–¡Por Michel! -exclamó-. Bebamos a su salud. Por Michel. Dilo.

Charlie bebió un pequeño sorbo y esbozó una mueca. Helga recuperó la botella.

–Siéntate, Charlie, por favor. Quiero que te sientes. Ahora mismo.

Charlie lo hizo, con desgana, y Helga volvió a inclinarse sobre ella.

–Ahora escucha y responde, ¿de acuerdo? No he venido para pasar el rato, ¿está claro? Ni para charlar. A mí me encanta charlar, pero ahora no tengo ganas. Contesta «sí».

–Sí -dijo Charlie fatigada.

–Tú le atraías, eso es un hecho probado. En realidad le traías de cabeza. Sobre el escritorio de su piso había una carta inacabada, llena de afirmaciones fantásticas concernientes al amor y al sexo. Todas dedicadas a ti. También hablaba de política...

Lentamente, como si paulatinamente hubiera recuperado los sentidos, la abotargada cara de Charlie se puso seria.

–¿Dónde está la carta? -dijo-. ¡Dámela!

–Está siendo procesada. En las operaciones hay que evaluarlo todo y todo debe ser procesado con objetividad.

–¡Es mía! -dijo Charlie, poniéndose en pie-. ¡Devuélvemela!

–Ahora es propiedad de la revolución. Tal vez más adelante. Ya veremos... -Sin demasiada dulzura, Helga la sentó en el sofá de un empujón-. El coche, el Mercedes que ahora parece una urna para cenizas, ¿cruzaste con él la frontera alemana por encargo de Michel? ¿Era una misión? Responde.

–Fui a Austria -musitó Charlie.

–¿Desde dónde?

–Atravesando Yugoslavia.

–Charlie, me parece que se te da muy mal la precisión. ¿Desde dónde?

–Desde Tesalónica.

–Y Michel te acompañaría, claro está. Tengo entendido que en él era normal.

–No.

–No ¿qué? ¿Que hiciste el viaje sola? ¿Tantos kilómetros? ¡No seas absurda! Él no te habría encomendado una misión de tanta responsabilidad. No creo ni una palabra de lo que me dices. Todo es una patraña.

–¿Qué más da ahora? -dijo Charlie, sumiéndose de nuevo en la apatía.

Helga no opinaba lo mismo. Estaba furiosa.

–¡Claro que te da igual! ¿Por qué habría de importarte, si eres una espía? Yo sé lo que pasó. No necesito hacer más preguntas, es por pura formalidad. Michel te reclutó, luego te convirtió en su amante clandestina y después, tú, en cuanto tuviste ocasión, fuiste con el cuento a la policía a fin de cubrirte las espaldas y sacar un montón de pasta. Eres espía de la policía, y así lo pienso comunicar a ciertas personas muy eficientes con las que estamos en contacto y que se ocuparán de ti. Estás sentenciada.

–Estupendo -dijo Charlie-. Cojonudo -añadió, aplastando el cigarrillo-. Hazlo, Helga. Es justo lo que necesito. Mándamelos al hotel, ¿quieres? Habitación dieciséis. En el piso de arriba.

Helga se acercó a la ventana y descorrió la cortina de un tirón con la aparente intención de llamar a Mesterbein. Charlie divisó el pequeño coche que había alquilado Mesterbein. La luz de cortesía estaba encendida y se le veía a él sentado al volante, impassible y con el sombrero puesto.

Helga dio unos golpecitos en la ventana.

–¡Anton! ¡Anton, ven enseguida! ¡Hemos cazado a una espía! -Pero su voz, como ella pretendía, era demasiado grave para que él la oyera-. ¿Cómo es que Michel no nos habló de ti? -preguntó, corriendo de nuevo la cortina y girando hasta encararse con ella-. Tú, que durante tantísimos meses fuiste su as en la manga. ¡Es ridículo!

–Él me quería.

–¡Chorradas! Querrás decir que te utilizaba. ¿Aún guardas las cartas que te escribió?

–Michel me ordenó que las destruyera.

–Pero tú no lo hiciste, claro. ¿Cómo ibas a hacerlo si eres una sentimental y una idiota? Eso se ve enseguida en las cartas que le escribías. Sabías explotarle: ropa, joyas, hoteles... y luego le vendes a la policía. ¡Pues claro!

Helga cogió el bolso de Charlie y sin pensarlo dos veces volcó su contenido sobre la mesa del comedor. Pero las pistas que había en su interior -el diario, el bolígrafo de Nottingham, las cerillas del Diógenes de Atenas- le resultaron, en su estado de ánimo actual, demasiado exquisitas, pues lo que buscaba eran pruebas de la traición de Charlie y no de su devoción hacia Michel.

–La radio... -dijo al ver su transistor japonés con despertador incluido, que usaba para los ensayos-. ¿Qué es? Un artilugio de espía. ¿De dónde ha salido? ¿Cómo es que una chica como tú lleva una radio en el bolso?

Dejando que Helga se las arreglara con sus cuitas, Charlie se apartó y se dedicó a contemplar el fuego. Helga jugueteó con el dial y sintonizó música. Después apagó la radio y la dejó a un lado con cara de enfado.

–En la última carta que Michel no pudo echar al correo, te decía que has besado la pistola. ¿A qué se refiere?

–A que he besado la pistola -dijo, y se corrigió-: La pistola de su hermano.

Helga levantó bruscamente la voz:

–¿Su hermano? ¿Qué hermano?

–Tenía un hermano mayor, su héroe. Era un gran luchador. Fue su hermano quien le regaló el arma a Michel, y éste me la hizo besar a modo de promesa.

Helga la miraba incrédula.

–¿Fue Michel quien te contó esta historia?

–No, lo leí en el periódico. ¿Tú qué crees?

–¿Y cuándo te lo dijo?

–Hace tiempo, en una cumbre griega.

–¿Qué más te dijo de su hermano? ¡Vamos, habla!

–Michel le idolatraba, ya te lo he dicho.

–Quiero hechos: ¿qué más te contó de su hermano?

Pero la voz interior de Charlie le decía que ya había hablado bastante.

–Es secretario militar -dijo, cogiendo un cigarrillo.

–¿Te dijo dónde se encuentra o lo que hace? ¡Te ordeno que me lo digas! -Se acercó un poco más-. La policía, el servicio de inteligencia, puede que hasta los sionistas: todo el mundo te está buscando. Estamos en excelentes relaciones con ciertos elementos de la policía alemana. Ya saben que no fue la chica holandesa quien cruzó Yugoslavia en el Mercedes. Tienen la descripción. Tienen información suficiente para involucrarte. Nosotros podemos ayudarte, pero sólo cuando nos digas todo lo que sabes de Michel y de su hermano. -Se inclinó hasta que sus grandes ojos claros estuvieron a menos de un palmo de los de Charlie-. Él no tenía derecho a hablarte de su hermano. Y tú no tienes derecho a esa información. Habla de una vez.

Charlie consideró la orden de Helga, pero la rechazó tras pensarlo bien.

–No -dijo.

Tenía ganas de añadir: lo prometí y basta; no me fío de ti; déjame en paz... Pero después de oírse decir simplemente «no», decidió que con eso bastaba.

«Tu trabajo consiste en hacer que me necesiten -le había dicho José-. Tómalo como si fuera una conquista. Ellos apreciarán más lo que más les cueste conseguir.»

Helga mostraba una serenidad aterradora. Su histrionismo había terminado. Parecía haber entrado en una fase de glacial distanciamiento que Charlie captó instintivamente porque era algo que ella también sabía hacer.

–Muy bien. Llevaste el coche hasta Austria. ¿Y luego?

–Lo dejé donde él me dijo, nos reunimos y fuimos a Salzburgo.

–¿Cómo?

–En avión y en coche.

–¿Y una vez en Salzburgo?

–Fuimos a un hotel.

–¿Nombre del hotel, por favor?

–No me acuerdo. No me fijé.

–Describe cómo era.

–Estaba cerca del río. Era un hotel viejo, grande y muy bonito.

–Y directos a la cama... Él era muy hombre y tuvo muchos orgasmos, como de costumbre.

–Fuimos a dar un paseo.

–Y después del paseo, a la cama. No digas tonterías, por favor.

Charlie la hizo esperar otra vez.

–Ésa era nuestra intención, pero yo me quedé dormida al terminar la cena. El viaje me había agotado. Él intentó despertarme un par de veces pero luego renunció. Cuando desperté por la mañana, ya se había vestido.

–Y después fuiste con él a Munich, ¿cierto?

–No.

–¿Qué hiciste, pues?

–Tomé el vuelo de la tarde a Londres.

–¿Qué coche llevaba él?

–Uno de alquiler.

–¿Marca?

Charlie fingió no acordarse.

–¿Por qué no le acompañaste a Munich?

–Él no quería que cruzáramos la frontera juntos. Dijo que tenía cosas que hacer.

–¿Eso te dijo? ¿Que tenía cosas que hacer? ¡Bobadas! ¡No me extraña que fueras capaz de traicionarle!

–Dijo que tenía órdenes de recoger el Mercedes y dejarlo en alguna parte por cuenta de su hermano.

Esta vez Helga no mostró ninguna sorpresa ni indignación ante la abismal indiscreción de Michel. Ella creía en la acción, y eso era lo que tenía en mente. Se dirigió a la puerta de dos zancadas, la abrió de par en par y le hizo gestos a Mesterbein para que acudiera enseguida. Luego se dio la vuelta con las manos en jarras y miró a Charlie con sus grandes ojos claros, en los que se reflejaba un alarmante y peligroso vacío.

–Eres como Roma, Charlie -observó-. Todos los caminos conducen a ti. Mal asunto. Eres su amante secreta, conduces su coche, pasas con él la última noche de su vida. ¿Sabías lo que había en el coche cuando lo llevabas?

–Sí: explosivos.

–Tonterías. ¿De qué tipo?

–Plástico ruso. Cien kilos.

–Eso te lo dijo la policía. Ellos siempre tienen alguna mentira que contar.

–Me lo dijo Michel.

Helga soltó una risa falsa y colérica.

–¡Venga, Charlie! No te creo ni una palabra. Mientes más que hablas. -Mesterbein se materializó detrás de ella con pasos sigilosos-. Anton, lo sé todo. Nuestra viudita es una embustera de cuidado, estoy convencida. No haremos nada por ayudarla. Nos vamos.

Mesterbein la miró. Helga la miró también. Ninguno de los dos parecía tan seguro como daban a entender las palabras de Helga. Tampoco es que a Charlie le importara mucho. Se sentó cual muñeco de trapo, indiferente una vez más a nada que no fuese su congoja.

Sentada de nuevo a su lado, Helga le puso el brazo sobre los hombros inertes.

–¿Cómo se llamaba el hermano? -preguntó-. Vamos, di -añadió y la besó ligeramente en el pómulo-. Podemos ser tus amigos. Hay que tener cuidado, disimular un poco... Es lógico. Está bien, primero dime el nombre de Michel.

–Salim, pero te juro que nunca lo he utilizado.

–¿Y el nombre del hermano?

–Khalil -musitó Charlie, echándose a llorar otra vez-. Michel le adoraba -añadió.

–¿Y su nombre de guerra?

No entendía la pregunta ni le importaba.

–Era secreto militar -dijo.

Había optado por seguir conduciendo hasta caer rendida, como en el viaje por Yugoslavia. Voy a acabar con esto, me iré a Nottingham y me suicidaré en la cama del motel.

Se hallaba de nuevo en los brezales, sola y casi a ciento veinte por hora, cuando por poco se sale de la carretera. Detuvo el coche y apañó las manos del volante. Tenía los músculos de la nuca tensos y se sintió mareada.

Se sentó en el arcén y ocultó la cabeza entre las rodillas. Un par de caballos salvajes se acercaron. La hierba estaba crecida y reluciente por el rocío. Se humedeció las manos y se las llevó a la cara para refrescarse. Una moto pasó lentamente, y al levantar la vista Charlie vio a un chico que la miraba como dudando de si pararse a ayudarla. Por entre sus dedos Charlie le vio desaparecer bajo el horizonte. ¿Es de los nuestros o de los otros? Regresó al coche y anotó el número de la matrícula; por una vez, no se fiaba de su memoria. A su lado tenía las orquídeas de Michel, que había reclamado antes de marcharse.

«Pero Charlie, ¡no seas ridícula! -había protestado Helga-. Estás hecha una sentimental.»

Que te jodan, Helga. Las flores son mías.

Se hallaba en una meseta de tonos rosa, marrón y gris, desprovista de árboles. El

sol estaba saliendo por el retrovisor. En la radio del coche sólo hablaban francés. Parecía un programa de preguntas y respuestas sobre problemas de jovencitas, pero no comprendía lo que decían.

Pasó junto a un remolque aparcado en un campo. Al lado del remolque había un Landrover, y junto a éste ropa de bebé tendida en una cuerda extensible. ¿Dónde había visto antes un tendero como aquél? En ninguna parte. Nunca, jamás.

Yacía en la cama de la pensión, observando cómo el día iluminaba el techo y escuchando el parloteo de las palomas en el alféizar. «Lo más peligroso será cuando bajas de la montaña», le había advertido José. Oyó unos pasos furtivos en el corredor. Son ellos. Pero ¿quiénes? Siempre la misma pregunta. ¿Rojo? No, agente, yo jamás he conducido un Mercedes rojo, o sea que salga de mi cuarto. Una gota de sudor frío le caía por el abdomen desnudo. Mentalmente, siguió el recorrido de la gota por el ombligo, hacia el costado y luego sobre la sábana. Un crujir de tablas en el suelo, un jadeo ahogado: ahora está atisbando por el ojo de la cerradura. Por debajo de la puerta apareció la esquina de un trozo de papel blanco, serpenteó y aumentó de tamaño. Humphrey, el gordinflón, le había traído el *Daily Telegraph*.

Se había bañado y arreglado. Conducía despacio por carreteras secundarias, parando de camino en un par de tiendas, tal como él le había enseñado a hacer. Se había vestido desmañadamente, llevaba el pelo de cualquier manera. Nadie que la hubiera visto tan desaseada y torpe habría podido dudar de su zozobra. La carretera se ensombreció; unos olmos enfermos, entre los que se agazapaba una vieja iglesia típica de la región, se cernieron sobre ella. Paró el coche y abrió la verja de hierro. Las tumbas eran muy antiguas. Muy pocas tenían inscripción. Encontró una que parecía separada de las demás. ¿Un suicida? Se equivocaba: un revolucionario. Arrodillándose, depositó fervientemente las orquídeas donde suponía que estaba la cabeza. Luto instintivo, se dijo al penetrar en la gélida y mal ventilada iglesia. Era lo que Charlie habría hecho, de haberse dado las mismas circunstancias en el teatro de lo real.

Durante una hora siguió conduciendo sin rumbo fijo, deteniéndose sin motivo para apoyarse contra una verja y contemplar unos campos, o para apoyarse contra una verja y no contemplar nada. Hasta pasadas las doce no estuvo segura de que el motorista había dejado por fin de seguirla. Aun así, dio algunos rodeos y entró en un par de iglesias antes de tomar la carretera general hacia Falmouth.

El hotel era una antigua finca de ganado con teja de canalón situada en el estuario de Helford. Había piscina cubierta, sauna, un campo de golf con nueve hoyos y un puñado de huéspedes que parecían también empleados del hotel. Conocía bien los

otros hoteles, pero éste no. Él había firmado en el registro haciéndose pasar por un editor alemán, para lo cual había traído consigo un montón de libros infectos. Había dado suculentas propinas a las telefonistas de la centralita, explicando que tenía clientes de todo el mundo que ignoraban lo que era respetar el sueño ajeno. Camareros y mozos sabían que podían darle un buen sablazo y que pasaba las noches en blanco. Había vivido así con distintos nombres falsos durante las últimas dos semanas, acechando a Charlie por la península de Cornualles en un safari solitario. Se había tumbado en las mismas camas que Charlie y contemplado los mismos techos. Había hablado con Kurtz por teléfono para estar hora a hora al corriente de los movimientos de Litvak. Había hablado esporádicamente con Charlie, desayunado algún día con ella y suministrándole más información sobre trucos de escritura clandestina. Tan prisionero había estado él de ella como ella de él.

Fue él quien le abrió la puerta, y Charlie pasó por su lado arqueando las cejas, sin saber cómo reaccionar. Asesino, fanfarrón, tramposo. Pero no tenía ganas de montar las escenas obligadas. Las había representado ya todas: era una plañidera sin lágrimas. José estaba de pie al entrar ella, y Charlie tuvo la esperanza de que la abrazaría, pero él no se movió. Nunca le había visto tan serio, tan a la defensiva. Unas profundas ojeras rodeaban sus ojos preocupados. Llevaba una camisa blanca arremangada hasta el codo (no era de seda sino de algodón). Ella la miró, consciente de sus sentimientos. No llevaba gemelos ni medallón al cuello ni zapatos Gucci.

–Ahora estás solo -dijo Charlie.

Él no captó el sentido de la frase.

–Ya te puedes olvidar del blazer rojo, ¿verdad? Ahora eres tú mismo y nadie más. Has matado a tu guardaespaldas. Ya no tienes en quién escudarte.

Charlie abrió su bolso y le entregó la pequeña radio despertador. Él cogió el modelo original, que estaba sobre una mesa, y lo metió en el bolso de ella.

–Oh, desde luego -dijo él, mientras cerraba el bolso-. A partir de ahora nuestra relación carece de intermediario, si me permites la expresión.

–¿Qué tal lo he hecho? -preguntó Charlie, y se sentó-. Creo que no ha habido nadie igual desde la Bernhardt.

–Mejor aún. Según Marty, es lo mejor que ha ocurrido desde que Moisés bajó del Sinaí. O desde que subió, no sé. Si quisieras, podrías dejarlo ahora mismo con todos los honores. Es mucho lo que te deben. Muchísimo.

Siempre se refiere a *ellos*, pensó Charlie, nunca a *nosotros*.

–¿Y según José?

–Son peces gordos, sabes. Pequeños peces gordos que están en el ajo. Los enterados, Charlie.

–¿He conseguido engañarlos?

Él se sentó a su lado. Para estar cerca, pero no la tocó.

–Puesto que sigues con vida, hay que suponer que de momento sí.

–Vamos -dijo ella.

Sobre la mesa había un pequeño magnetófono. Charlie lo puso en marcha. Sin más preámbulos, como el viejo matrimonio en que se habían convertido, pasaron al interrogatorio. Aunque los de la furgoneta de Litvak habían escuchado toda su conversación de la noche anterior a través del pequeño transmisor astutamente instalado en el bolso de Charlie, aún quedaba por extraer y cribar convenientemente el oro puro de cuanto ella había percibido por su cuenta.

El joven vivaz que se presentó en la embajada israelí en Londres llevaba un chaquetón de piel y unas gafas anticuadas y dijo llamarse Meadows. Su coche era un immaculado Rover verde con el motor trucado. Kurtz se sentó delante para hacerle compañía, mientras Litvak se instalaba detrás, de muy mal humor. Kurtz se mostró apocado y un tanto ruin, cosa que solía sucederle en presencia de sus superiores coloniales.

–Acaba usted de aterrizar, ¿no es cierto, señor? -preguntó frívolamente Meadows.

–Ayer, sin ir más lejos -dijo Kurtz, quien llevaba en Londres una semana.

–Lástima que no nos avisara, señor. El jefe podría haberle facilitado las cosas en el aeropuerto.

–Ah, bueno, verá, Mr. Meadows, ¿no teníamos mucho que declarar! -objetó Kurtz, y ambos se echaron a reír satisfechos de que todo marchara tan bien. Desde el asiento de atrás, Litvak se rió también, pero sin convicción.

Fueron a toda velocidad hasta Aylesbury, sin reducir la marcha al pasar por calles muy estrechas. Llegaron a una entrada de piedra arenisca dominada por unos gallos también de piedra. Un letrero rojo y azul anunciaba «n.º 3 tisu»; una barrera de madera les impedía el paso. Meadows dejó a Kurtz y Litvak mientras se dirigía a la caseta, desde cuya ventana les observaban unos ojos oscuros. No pasaban coches; no se oía rechinar a ningún tractor. No parecía haber muchos seres vivos en las cercanías.

–El sitio no está mal -dijo Kurtz en hebreo, mientras esperaban.

–Muy bonito -concedió Litvak, dedicándoselo a un probable micrófono-. Y una gente estupenda.

–De primera -dijo Kurtz-. No hay duda de que son auténticos profesionales.

Volvió Meadows, se alzó la barrera y durante un rato sorprendentemente largo serpentearon por los inquietantes parques de la Inglaterra paramilitar; en lugar de caballos pura sangre paciendo tranquilamente, centinelas de uniforme azul y botas altas, había, medio sepultadas en la tierra, unas casas bajas de ladrillo y sin ventanas. Pasaron junto a una pista americana y a una pista privada de aterrizaje marcada con conos color naranja. Tendidos de orilla a orilla de un arroyo había unos puentes de cuerda.

–Es un sueño -dijo cortésmente Kurtz-. Una preciosidad, Mr. Meadows. Ojalá pudiéramos tener todo esto en nuestro país.

–Muchas gracias -dijo Meadows.

La casa había sido vieja en tiempos, pero los vándalos del ministerio le habían pintado la fachada de un azul barco de guerra, y alineado todos los maceteros en estricta oblicua izquierda. Un segundo joven que esperaba a la entrada les condujo

rápidamente por una reluciente escalera de pino encerado.

–Me llamo Lawson -explicó casi sin aliento, como si llegaran tarde, y acto seguido llamó briosamente con los nudillos a una puerta de doble hoja. Desde dentro una voz gruñó «¡Adelante!».

–Es Mr. Raphael, señor -anunció Lawson-. De Jerusalén. Me temo que han tenido problemas con el tráfico, señor.

El comandante en funciones Picton siguió sentado ante su mesa el tiempo suficiente como para resultar grosero. Luego cogió un bolígrafo y, arqueando las cejas en señal de disgusto, puso su firma al pie de una carta. Alzando la vista, clavó en Kurtz una mirada desvaída. Después se inclinó hacia adelante como si estuviera a punto de embestir y se puso lentamente en pie hasta quedar en posición de firmes.

–Buenos días tenga usted, Mr. Raphael -dijo, y a continuación sonrió escuetamente, como si las sonrisas no estuvieran de moda.

Era un sujeto grande de raza aria, con el pelo ondulado y partido por una raya que parecía una cuchillada. Era corpulento, grueso de cara y agresivo, con los labios siempre prietos y mirada de pendenciero. Su sintaxis era típica de policía de rango superior, mala y melindrosa, y sus modales una imitación de los de un caballero, aunque podía intercambiar ambas cosas sin previo aviso cuando le daba la gana. Llevaba un pañuelo sucio remetido en la manga izquierda, y una corbata con gruesas coronas de oro para que quedase claro que se codeaba con lo mejor de lo mejor. Era un especialista autodidacta en antiterrorismo, «parte soldado, parte polizone y parte malhechor», como gustaba de decir, y pertenecía a una generación famosa en su oficio. Había perseguido al comunismo en Malasia, al Mau Mau en Kenia, a los judíos en Palestina, a los árabes en Adén y a los irlandeses por todas partes. Había puesto bombas siendo miembro de los Trucial Oman Scouts; en Chipre se le escapó Grivas por los mismísimos pelos, y cuando se emborrachaba solía comentarlo con pena... ¡pero que nadie osara tenerle lástima! Había sido el segundo de a bordo, muchas veces pero raramente el primero, pues tenía cosillas que ocultar además de lo de Chipre.

–¿Qué tal le va a Misha Gavron? -inquirió, al tiempo que escogía un botón del teléfono y lo apretaba con tanta fuerza como si quisiera estropearlo.

–¡Misha está estupendamente! -dijo Kurtz con entusiasmo, y preguntó a su vez por el jefe de Picton, pero a éste no le interesaba lo que Kurtz tuviera que decir, y menos si se trataba de su superior.

Encima del escritorio descansaba en lugar destacado una pitillera de plata bruñida con las firmas de otros compañeros de armas grabadas en la tapa. Picton la abrió y se la ofreció a Kurtz, aunque sólo fuera para que éste pudiese apreciar cómo brillaba. Pero Kurtz dijo que no fumaba. Picton devolvió la pitillera a su sitio como si se tratara de una pieza de museo. Llamaron a la puerta y aparecieron dos hombres, uno

de gris y otro de tweed. El de gris era un galés cuarentón tipo peso gallo con señales de zarpas en la mandíbula inferior. «Mi inspector jefe», lo presentó Picton.

–Debo admitir que nunca he estado en Jerusalén -anunció el inspector jefe, poniéndose de puntillas al tiempo que se tiraba de los faldones de la americana, como si quisiera estirarse unos centímetros-. A mi mujer le encantaría pasar la Navidad en Belén, pero a mí que no me quiten Cardiff, ¿no señor!

El del traje de *tweed* resultó ser el capitán Malcolm, un hombre que poseía la clase por la que Picton suspiraba a veces y odiaba siempre.

Malcolm era cortés sin pasarse, y ésa era su mejor arma.

–Es un honor conocerle, señor -dijo en confianza y con toda sinceridad, y le tendió la mano antes de que Kurtz pensara hacerlo.

Pero cuando le llegó el turno a Litvak, el capitán no pareció comprender su apellido:

–¿Cómo dice, muchacho? -le preguntó.

–Levene -repitió Litvak no tan quedamente-. Tengo la suerte de estar a las órdenes de Mr. Raphael.

Había una mesa larga dispuesta para reuniones, pero sobre ella no se veían fotografías: ni retrato de esposa enmarcado ni el de la reina de Inglaterra en kodachrome. Las ventanas de guillotina daban a un patio vacío. La única sorpresa era el persistente olor a aceite caliente, como si acabara de pasar un submarino.

–Bueno, ¿qué tal si dispara usted de una vez, Mr... -la pausa fue realmente exagerada- Raphael, ¿no es eso? -dijo Picton.

Como mínimo, la frase era curiosamente oportuna. Al abrir Kurtz su maletín y empezar a distribuir expedientes, toda la sala se estremeció por la prolongada explosión de una carga debidamente controlada.

–Una vez conocí a un tal Raphael -dijo Picton mientras abría la cubierta de su expediente como quien va a echar una primera ojeada al menú-. Le tuvimos de comandante una temporada. Un tipo joven. Ya no recuerdo dónde fue. No sería usted, ¿verdad?

Con una sonrisa de circunstancias, Kurtz lamentó no ser aquella persona con suerte.

–¿No guarda ningún parentesco? También se llamaba Raphael, como el pintor ese... -Picton pasó un par de páginas-, En fin, nunca se sabe, ¿no es cierto?

La clemencia de Kurtz era sobrenatural. Ni siquiera Litvak, que conocía los múltiples matices de su personalidad, pudo haber predicho semejante contención de santo en su jefe. Su endemoniada bravuconería había desaparecido por completo, siendo sustituida por la sonrisa servil del desvalido. Incluso su voz, al menos al principio, adquirió un tono apocado, como de disculpa.

–«Mesterbein» -dijo el inspector jefe-. ¿Es así como se pronuncia?

El capitán Malcolm, ansioso por mostrar sus dotes para los idiomas, terció:

–Sí, Jack, se dice «Mesterbein».

–Los detalles personales están en la separata de la izquierda, caballeros -dijo Kurtz con indulgencia, y esperó a que buscaran un poco en sus expedientes respectivos-. Comandante, necesitamos su garantía formal respecto al empleo y distribución de estos papeles.

–¿Por escrito? -preguntó Picton, alzando ligeramente su rubia cabeza.

Kurtz le dedicó una sonrisa desdeñosa.

–La palabra de un oficial británico será suficiente para Misha Gavron -dijo, mientras seguía esperando.

–Entonces, de acuerdo -dijo Picton, sin poder evitar un arrebol de cólera.

Kurtz pasó rápidamente al asunto menos contencioso de Anton Mesterbein.

–El padre es un suizo conservador, comandante, propietario de una hermosa villa a orillas del lago. No se le conoce otro objetivo que el de ganar dinero. La madre es una librepensadora de la izquierda radical que pasa la mitad del año en París, donde tiene un salón, y es muy popular entre la comunidad árabe...

–¿Le suena a usted, Malcolm? -interrumpió Picton.

–Pues sí, un poco, señor.

–El joven Anton, el hijo, es un acaudalado hombre de leyes -prosiguió Kurtz-. Ha estudiado ciencias políticas en París y filosofía en Berlín. Estudió un año en Berkeley, derecho y políticas, un semestre en Roma, y cuatro años en Zurich, donde obtuvo el doctorado *cum laude*.

–Un intelectual, vaya -dijo Picton, como podría haber dicho un leproso.

Kurtz dio por buena la descripción.

–Podríamos decir que el señor Mesterbein ha salido políticamente a la madre y económicamente al padre.

Picton lanzó la risotada de un hombre sin sentido del humor. Kurtz hizo una pausa.

–La fotografía que tienen delante fue tomada en París, pero el señor Mesterbein ejerce en Ginebra. Se trata, de hecho, de una asesoría, situada en el centro de la ciudad y dedicada a tercermundistas, obreros inmigrantes y estudiantes radicales con problemas. También son clientes suyos diversas organizaciones progresistas que andan escasas de dinero. -Kurtz pasó página e invitó a su público a hacer otro tanto. Llevaba unas gafas gruesas sobre la punta de la nariz que le daban la apariencia gris de un empleado de banca.

–¿Se ha fijado bien, Jack? -le preguntó Picton al inspector jefe.

–Hasta en el carnet de identidad, señor.

–¿Quién es la rubia que está bebiendo con él, señor?

–preguntó el capitán Malcolm.

Pero Kurtz tenía un ritmo propio, y, pese a sus dóciles modales, Malcolm no iba a ser quien le hiciera perder el compás.

–El pasado mes de noviembre -continuó Kurtz-, el señor Mesterbein asistió en Berlín Oriental a una conferencia de unos autodenominados Abogados por la Justicia, en la que la delegación palestina disfrutó de una exagerada participación. Claro que en esto quizá no soy objetivo -añadió con paciente jovialidad, pero nadie se rió-. En abril, respondiendo a una invitación que se le había formulado a tal efecto en dicha reunión, Mesterbein realizó la primera visita, que nosotros sepamos, a Beirut para presentar sus respetos a dos de las organizaciones militantes más activas de allí.

–Conque buscando clientes, ¿eh? -preguntó Picton.

Al decir esto, Picton cerró el puño derecho y mandó un directo al aire. Liberada de este modo su mano, garabateó algo en su bloc. Luego arrancó la hojita y se la pasó al afable Malcolm, quien abandonó la habitación dedicando a todos una sonrisa.

–Volviendo de esa misma visita a Beirut -prosiguió Kurtz-, el señor Mesterbein se detuvo en Estambul, ciudad en la que mantuvo conversaciones con ciertos activistas clandestinos turcos entre cuyas metas se cuenta la aniquilación del sionismo.

–Qué chicos más ambiciosos, caramba -dijo Picton.

Y esta vez, ya que el chiste era de Picton, todo el mundo se echó a reír, salvo Litvak.

Malcolm regresó de hacer su recado con sorprendente celeridad.

–No es como para regocijarse, que digamos -murmuró sedosamente, y tras haberle devuelto el papelito a Picton, sonrió a Litvak y volvió a ocupar su asiento. Pero Litvak parecía haberse quedado dormido. Tenía la barbilla apoyada en sus largas manos y la cabeza ostensivamente inclinada sobre su expediente sin abrir. Gracias a las manos, su expresión no era visible.

–¿Les ha contado algo de esto a los suizos? -preguntó Picton, dejando a un lado el papelito de Malcolm.

–Todavía no hemos informado a los suizos, comandante -reconoció Kurtz en un tono que daba a entender que eso sería un problema.

–Yo creía que usted y los suizos hacían buenas migas -objetó Picton.

–Desde luego que hacemos buenas migas. Sin embargo, el señor Mesterbein cuenta con una serie de clientes que residen en su mayoría en la República Federal de Alemania, cosa que nos pone en una situación de lo más embarazosa.

–Me he perdido -dijo tercamente Picton-. Yo creía que ustedes y los cabezas cuadradas habían fumado la pipa de la paz hace ya tiempo.

Puede que a Kurtz se le congelara la sonrisa en el rostro, pero su respuesta fue un modelo de evasiva.

–Así es, comandante, pero de todos modos Jerusalén tiene la impresión de que,

dada la sensibilidad de nuestras fuentes y la complejidad de las simpatías políticas alemanas en este momento, no podemos informar a nuestros amigos suizos sin hacer lo propio con sus homólogos germanos. Hacerlo significaría imponer un injusto silencio a los suizos en sus tratados con Wiesbaden.

Picton se permitió también un largo silencio. Antaño, su avinagrada mirada de incredulidad había hecho maravillas con hombres de menor empaque, a quienes les preocupaba lo que pudiera ser de ellos a renglón seguido.

—Le supongo enterado de que ese tipejo de Alexis vuelve a estar en el candelero. Lo sabía, ¿no? -preguntó Picton como de pasada. Había algo en Kurtz que empezaba a pararle los pies: un reconocimiento, sino de la persona, sí al menos de la especie.

Kurtz dijo que estaba al corriente, desde luego. Pero ello no pareció afectarle, pues pasó con decisión al siguiente anexo.

—Un momento -dijo Picton. Estaba examinando su expediente, anexo número 2-. Conozco a este guaperas. Es el genio que superó su propio récord hace un mes en la *autobahn* de Munich. Y se llevó consigo a la holandésita, ¿no?

Descuidando por un momento su manto de supuesta humildad, Kurtz repuso:

—Así es, comandante. Según nuestras informaciones, tanto el vehículo como los explosivos implicados en tan funesto accidente fueron suministrados por los contactos del señor Mesterbein en Estambul y transportados vía Yugoslavia hasta la frontera austriaca.

Picton cogió el trozo de papel que Malcolm le había devuelto y lo movió adelante y atrás frente a sus ojos como si fuera miope, cosa que desde luego no era.

—Me comunican que en la caja mágica que hay abajo no consta ningún Mesterbein -proclamó con fingida despreocupación-. Ni en la lista blanca ni en la lista negra; ni rastro del muy cabrón.

Paradójicamente, eso pareció complacer a Kurtz.

—Comandante, esto no significa que su magnífico departamento de informes haya incurrido en la menor falta de eficiencia. Según tengo entendido, el señor Mesterbein ha sido considerado hasta hace muy poco un individuo inocuo incluso por Jerusalén. Y lo mismo vale para sus cómplices.

—¿Incluida la rubia? -preguntó el capitán Malcolm, volviendo al asunto de la acompañante de Mesterbein.

Pero Kurtz se limitó a sonreír y a recabar la atención de su público sobre otra fotografía, mediante el gesto de ajustarse las gafas. La foto había sido tomada en Munich desde la acera de enfrente por el equipo de vigilancia, y en ella aparecía Yanuka, por la noche, a punto de entrar en el edificio donde tenía el apartamento. La instantánea estaba empañada, como suele pasar con las fotos hechas con rayos infrarrojos y a baja velocidad de obturación, pero a efectos de identificación era suficientemente clara. Yanuka iba en compañía de una mujer alta y rubia a la que se

veía de medio perfil. La mujer estaba como en segundo plano mientras él introducía una llave en la cerradura del portal; se trataba de la misma persona que había llamado la atención del capitán en la fotografía anterior.

–¿Qué sitio es éste? -preguntó Picton-. París, no, desde luego.

–Es Munich -dijo Kurtz, y especificó la dirección.

–¿Y *cuándo* ? -quiso saber Picton con tal brusquedad que por un momento aparentó haber confundido a Kurtz con un subalterno.

Pero Kurtz optó una vez más por soslayar la pregunta:

–La mujer se llama Astrid Berger -dijo, y de nuevo la desvaída mirada del otro se posó en él con una especie de suspicacia fundada.

Privado demasiado tiempo de intervenciones importantes, el policía galés había decidido entretanto dedicarse a leer los datos personales de la señorita Berger:

–«Berger, Astrid, alias Edda, Helga»... alias lo que te dé la gana... «Nacida en Bremen en 1954, hija de un rico naviero.» Caramba, se relaciona usted con la flor y nata, Mr. Raphael. «Estudia en las universidades de Bremen y Frankfurt; licenciada en ciencias políticas y filosofía en 1978. Colabora ocasionalmente en periódicos satíricos de la extrema izquierda germano-occidental, últimas señas conocidas: París, en 1979; visita asiduamente Oriente Medio...»

–Otra intelectual de mierda -le interrumpió Picton-. Consigue más datos, Malcolm.

Al salir de nuevo Malcolm de la habitación, Kurtz aprovechó para tomar de nuevo la iniciativa.

–Si es usted tan amable, comandante, de comparar las fechas, verá que la última visita de la señorita Berger a Beirut fue en abril de este año, coincidiendo así con la del señor Mesterbein. Se encontraba asimismo en Estambul durante la escala que allí realizó Mesterbein. Llegaron en vuelos diferentes pero se alojaron en el mismo hotel. Adelante, Mike.

Litvak les ofreció un par de formularios fotocopiados, pertenecientes al registro de hotel, a nombre del señor Anton Mesterbein y la señorita Astrid Berger, con fecha del 18 de abril. Al lado, aunque muy reducido debido a la reproducción, había el recibo de la factura pagada por Mesterbein. El hotel era el Hilton de Estambul. Mientras Picton y el inspector jefe examinaban los documentos, la puerta se abrió y se volvió a cerrar.

–Increíble, señor. Astrid Berger también es [\[2\]](#) -dijo Malcolm con la más desolada de las sonrisas.

–Dígame, eso significa que no está fichada, ¿verdad? -preguntó Kurtz al punto.

Picton alzó su bolígrafo de plata con las yemas de los dedos de ambas manos y se puso a darle vueltas frente a sus dispéuticos ojos.

–En efecto, así es -dijo con aire pensativo-. Es usted el primero de la clase, Mr.

Raphael.

La tercera fotografía que mostró Kurtz -o, como Litvak lo llamaría irreverentemente después, su tercer as en la manga- había sido tan bien falsificada que ni siquiera los mejores expertos en reconocimiento aéreo de Tel Aviv habían conseguido distinguirla de entre otras varias que fueron invitados a examinar. Se veía a Charlie y a Becker la mañana de su partida, acercándose al Mercedes en el patio del hotel de Delfos. Becker llevaba la bolsa de Charlie y su cartera negra, mientras Charlie, ataviada con sus galas griegas, llevaba su guitarra. Becker vestía el blazer rojo, camisa de seda y zapatos Gucci. Su mano derecha enguantada estaba a punto de abrir la portezuela del conductor. Su cabeza también era la de Michel.

–Comandante, esta fotografía fue tomada por pura casualidad sólo dos semanas antes de la bomba a las afueras de Munich, incidente en el que, como usted bien ha dicho, cierta pareja de terroristas pereció por sus propios explosivos. La pelirroja que aparece en primer plano es súbdita británica. Su acompañante la llamaba «Juana», mientras que ella se dirigía a él por el nombre de «Michel», que sin embargo no era el que figuraba en el pasaporte.

Fue como si la temperatura hubiese caído en picado. El inspector jefe miró a Malcolm con una sonrisa tonta, y Malcolm pareció responderle de igual modo; aunque paulatinamente quedó claro que la sonrisa de Malcolm poco tenía que ver con lo que suele entenderse por humor. Pero era la impresionante inmovilidad de Picton lo que centraba toda su atención, su aparente negativa a obtener información de otra fuente que no fuera aquella fotografía, puesto que Kurtz, al referirse a un súbdito británico, se había aventurado sin saberlo en el terreno sagrado de Picton, y nadie hacía tal cosa sin correr un serio peligro.

–Conque *pura casualidad...* -repitió Picton con los labios prietos mientras seguía contemplando la fotografía-. Imagino que sería *un buen amigo* que casualmente tenía la cámara a punto... esas puñeteras casualidades, ¿no?

Kurtz sonrió tímidamente pero no dijo nada.

–Hizo un par de copias a toda prisa y las mandó a Jerusalén por si había algo. Él estaba de vacaciones y al ver a aquel par de terroristas pensó que las fotos servirían de algo.

La sonrisa de Kurtz se ensanchó, y, para su sorpresa, vio que Picton sonreía también, aunque con cara de pocos amigos.

–Bueno, sí, creo que conozco a esa clase de amigos, ustedes tienen amigos por todas partes, ahora que lo pienso... -Por un momento nada agradable pareció que ciertas frustraciones de los días que Picton había pasado en Palestina habían vuelto inesperadamente a la superficie, amenazando desbordarse en un estallido de mal humor. Pero se contuvo, suavizó su expresión, dominó su tono y relajó su sonrisa hasta hacerla parecer casi amistosa. Pero Kurtz tenía sonrisas a prueba de bomba, y la

cara de Litvak estaba tan contorsionada por su mano que se diría que se estaba partiendo de risa o que tenía un dolor de muelas salvaje.

El anodino inspector jefe se aclaró la garganta y, con bonhomía típica de galés, aventuró otra oportuna intervención.

–Veamos, señor, aun en el caso de que fuera inglesa, cosa que me parece a todas luces una conjetura de lo más hipotética, no hay ninguna ley, al menos en este país, que prohíba acostarse con un palestino. No se puede organizar una persecución a nivel nacional de una señora sólo por eso. ¡Estaríamos apañados...!

–Aún hay más -dijo Picton, volviendo a mirar a Kurtz-. Mucho más.

Pero por su modo de hablar parecía estar diciendo: éstos siempre tienen más que decir.

Sin menoscabo de su buen humor, Kurtz invitó a los presentes a examinar el Mercedes que aparecía a la derecha de la foto. Excusándose por no saber mucho de automóviles, aseguró que según su equipo se trataba de un modelo sedán, color burdeos, con antena de radio en la aleta delantera, dos retrovisores exteriores, cerradura centralizada y cinturones de seguridad sólo en los asientos delanteros. Por todos estos detalles, y muchos otros no visibles, dijo, el Mercedes de la fotografía se correspondía con el Mercedes que había estallado accidentalmente a las afueras de Munich y del que había quedado milagrosamente intacta casi toda la parte frontal.

–¿Y no será, señor -propuso Malcolm a modo de solución-, que no es una inglesa sino la holandesa de marras? Que tenga el pelo rojo o rubio no significa nada. Y lo de ser inglesa será porque las dos hablaban inglés.

–Silencio -ordenó Picton, y encendió un cigarrillo sin ofrecer tabaco a nadie más-. Deje que siga -añadió, y tragó gran cantidad de humo sin expulsarlo.

Entretanto, la voz de Kurtz se había ensanchado al igual que, al menos por un momento, sus espaldas. Había puesto ambas manos cerradas sobre la mesa, a ambos lados de su expediente.

–Tenemos asimismo información de una fuente distinta, comandante -proclamó con renovada energía-, según la cual el mismo Mercedes fue conducido desde Grecia hasta Austria atravesando Yugoslavia por una joven con pasaporte británico. Su amante no la acompañaba en esta ocasión, pero llegó antes que ella a Salzburgo en un vuelo de Austrian Airlines. La misma compañía aérea tuvo el privilegio de reservarle alojamiento en Salzburgo en el hotel Osterreichister Hof, donde según nuestras investigaciones se registraron como monsieur y madame Laserre, aunque la dama en cuestión no hablaba francés sino inglés. El personal del hotel la recuerda por su aspecto llamativo, su cabellera pelirroja, la ausencia de alianza matrimonial y por su guitarra (cosa que causó no poco regocijo), así como por el hecho de que aunque abandonó el hotel con su marido a primera hora de la mañana, regresaría después para utilizar sus servicios. El portero jefe recuerda haber pedido un taxi para que

llevara a madame Laserre al aeropuerto, y recuerda también la hora en que lo pidió: las dos de la tarde, poco antes de quedar libre de servicio. El portero se brindó a confirmarle su reserva de vuelo para el caso de que hubiera alguna demora, pero madame Laserre no se lo permitió, presumiblemente porque no pensaba viajar con el nombre de Laserre. Hay tres vuelos desde Salzburgo que encajan con la hora, uno de ellos a Londres en Austrian Airlines. En el despacho de billetes de la compañía una secretaria recuerda perfectamente haber hablado con una inglesa pelirroja que disponía de un pasaje de chárter de Tesalónica a Londres que pretendía canjear, cosa que no fue posible. Por consiguiente, la chica se vio obligada a comprar un billete de ida a precio normal, que pagó en dólares americanos. Billetes de veinte, en su mayoría.

–No me sea tan esquivo, caray -gruñó Picton-. ¿Cómo se llama la chica? -añadió, aplastando bruscamente el cigarrillo.

En respuesta a su pregunta, Litvak había empezado a distribuir fotocopias de una lista de pasajeros. Estaba pálido, como si le doliera algo. Cuando hubo dado la vuelta completa a la mesa, se sirvió un poco de agua, aunque en toda la mañana apenas había abierto la boca.

–Al principio, y para nuestra consternación -confesó Kurtz mientras los demás pasaban a examinar la lista-, no encontramos ninguna Juana. Todo lo más un tal Charmian. El apellido lo tiene usted delante. La mujer de Austrian Airlines ha confirmado nuestra identificación; es la número treinta y ocho de la lista. Se acuerda incluso de la guitarra. Por casualidad, resulta que es una admiradora del gran Manitas de Plata; de ahí que la guitarra dejara en su memoria una honda impresión.

–Vaya, otra puñetera amiga de ustedes -dijo groseramente Picton. Litvak tosió.

La última prueba presentada por Kurtz procedía también del maletín de Litvak. Kurtz extendió ambas manos para que Litvak la depositara en ellas: era un fajo de fotografías que aún estaban pegajosas debido al líquido fijador. Kurtz las repartió sin muchos miramientos. En ellas se veía a Mesterbein y a Helga en el vestíbulo de salidas de un aeropuerto. Mesterbein miraba abatido a la media distancia. Detrás de él, Helga estaba comprando medio litro de whisky libre de impuestos. Mesterbein llevaba un ramo de orquídeas envuelto en papel de seda.

–Aeropuerto Charles de Gaulle, París, hace treinta y seis horas -dijo enigmáticamente Kurtz-. Berger y Mesterbein disponiéndose a tomar el vuelo París-Exeter con escala en Gatwick. Mesterbein pidió un coche de alquiler en Hertz para que estuviera disponible a su llegada al aeropuerto de Exeter. Regresaron ayer a París los dos, menos las orquídeas, siguieron la misma ruta. La Berger viajaba bajo el nombre de Maria Brinkhausen, nacionalidad suiza, un nuevo alias que añadir a su larga lista. El pasaporte correspondía a uno de tantos confeccionados en Alemania del Este para uso de palestinos.

Malcolm no esperó la orden: estaba saliendo ya por la puerta.

–Lástima que no tenga también una foto de los dos llegando a Exeter -dijo Picton, con toda la intención, mientras aguardaban.

–Como usted bien sabe, comandante, eso no podíamos hacerlo -repuso cándidamente Kurtz.

–Oh -dijo Picton-. ¿De veras?

–Nuestros superiores, señor, tienen un acuerdo recíproco a ese respecto. Prohibida la pesca en las aguas respectivas sin previo consentimiento escrito.

–Ah, eso -dijo Picton.

El policía galés apeló una vez más a su unción diplomática.

–La chica es de Exeter, ¿no es así, señor? -preguntó a Kurtz-. Una muchacha de Devon, tal vez. Me figuro que en circunstancias normales a ninguna chica de pueblo le da por el terrorismo.

Pero todo parecía indicar que las fuentes informativas de Kurtz no habían podido superar la barrera de la costa inglesa. Oyeron a alguien subir por la escalera principal y el chirrido de las botas de ante del capitán. El galés, que no se arredraba nunca, probó otra vez.

–De todos modos, yo diría que en *Devon* no hay muchas pelirrojas que digamos -se lamentó-. Ni muchas *Charmians*, para serle franco. Bess, Rose, son nombres comunes allí. Sí, me imagino a una Rose. Pero no a una Charmian, en Devon no. Yo creo que *Charmian* es del norte de Inglaterra. O de Londres, probablemente.

Malcolm volvió a entrar con cautela, adelantando un pie y después el otro con precaución. Traía un montón de carpetas: el producto de las incursiones de Charlie en la izquierda militante. Las carpetas de abajo estaban muy manoseadas y viejas. De los bordes sobresalían recortes de prensa y panfletos ciclostilados.

–Pues a mí me parece, señor -dijo Malcolm, gruñendo de alivio al depositar su carga sobre la mesa-, que si ésta *no es* la chica, ¡bien podría serlo!

–A comer -soltó Picton, y tras largar una ristra de órdenes en voz baja a sus dos subalternos, condujo a sus invitados a un vasto comedor que olía a col y a cera de muebles.

Sobre la mesa de nueve metros de largo pendía una araña en forma de pina en la que ardían dos velas, y dos mozos con impecable chaqueta blanca aguardaban para atenderles en lo que fuera preciso. Picton comió estoicamente. Litvak, mortalmente pálido, pinchaba su comida como un inválido. Pero Kurtz parecía ajeno a los berrinches de los demás y no dejó de charlar, aunque, claro está, no de cosas del trabajo: dudaba que el comandante reconociera Jerusalén si es que alguna vez tenía la suerte de regresar a aquella ciudad; le agradecía de veras su primera comida en un comedor de oficiales ingleses. Pero ni así consiguió que Picton se quedara hasta finalizar el almuerzo. Por dos veces, el capitán Malcolm lo llevó a un aparte para

cruzar unas palabras en voz baja; en una ocasión fue requerido al teléfono por su superior, y cuando llegó el pudín se levantó de repente como si le hubiera picado algo, entregó su servilleta de damasco al camarero y salió a toda prisa, aparentemente para hacer algunas llamadas personales, pero tal vez también para hacer una consulta en el armario de su despacho, donde tenía bajo llave su despensa privada.

El parque, sin contar a los omnipresentes centinelas, estaba tan vacío como un patio de colegio el primer día de vacaciones, y Picton avanzó por él con la novelera desazón de un terrateniente vigilando malhumorado las cercas y dando zurriagazos con su bastón a todo aquello cuyo aspecto no le parecía bien. Poco más abajo, Kurtz caminaba alegremente a su lado. Vistos desde cierta distancia, podría haberse tratado de un preso y su carcelero, aunque no habría resultado muy clara la atribución de los papeles. Detrás de ellos iba Shimon Litvak arrastrándose bajo el peso de los dos maletines, y más atrás, *Mrs. O'Flaherty*, la famosa perra alsaciana de Picton.

–A su amigo Mr. Levene le gusta escuchar, ¿verdad? -saltó Picton, en voz lo bastante alta para que le oyera Litvak-. Oído fino y buena memoria. Eso está muy bien.

–Mike es un íntimo, comandante -contestó Kurtz con una cortés sonrisa-. Siempre viene conmigo.

–Pues a mí me parece que tiene cara de resentido. Mi jefe quiere que hablemos a solas, si usted no tiene inconveniente.

Kurtz se volvió para decirle algo en hebreo a Litvak, el cual se rezagó hasta quedar fuera del alcance del oído. Y pese a que ni Kurtz ni Picton pudieron explicarse el porqué, por más que lo hubieran reconocido, lo raro fue que entre ambos se estableció una indefinible sensación de camaradería tan pronto los dejaron a solas.

La tarde era gris y desapacible. Picton le había dejado a Kurtz un abrigo con capucha que le daba aspecto de lobo de mar. Picton llevaba su gabán de oficial, y el aire fresco le había ensombrecido la cara al momento.

–Es todo un detalle de su parte haber hecho el viaje para contarnos lo de la chica -dijo Picton a modo de reto-. Mi jefe piensa escribirle unas líneas a Misha Gavron, el viejo zorro.

–Seguro que Misha sabrá apreciarlo -dijo Kurtz sin preguntar a qué viejo zorro se refería.

–De todos modos, es curioso que vengan ustedes a darnos el soplo sobre nuestros terroristas. En mis tiempos la cosa iba al revés.

Kurtz dijo algo acerca de las vueltas que daba la historia, pero Picton era la antítesis de lo poético.

–La operación es suya, eso desde luego -dijo Picton-, lo mismo que las fuentes y todo lo demás. Mi jefe ha sido inflexible al respecto. Nuestra misión es quedarnos

quietecitos y hacer lo que se nos mande, maldita sea -añadió, mirando de soslayo.

Kurtz afirmó que en estos tiempos no se iba a ninguna parte sin cooperación, y por un momento pareció que Picton estaba a punto de estallar; se le agrandaron los desvaídos ojos y la barbilla se le quedó hundida en el cuello. Pero tal vez para calmarse encendió un cigarrillo, poniéndose de espaldas al viento y protegiendo la llama con sus poderosas manos de luchador.

-Le sorprenderá saber que sus informaciones han sido confirmadas -dijo Picton con sarcasmo mientras arrojaba la cerilla a un lado-. Berger y Mesterbein hicieron el viaje de vuelta París-Exeter, montaron en un coche de alquiler Hertz en la terminal de Exeter y se marcaron seiscientos cincuenta kilómetros. Mesterbein pagó con tarjeta American Express a su nombre. No sabemos dónde pasaron la noche, pero seguro que usted nos lo comunicará a su debido tiempo.

Kurtz mantuvo un virtuoso silencio.

-En cuanto a la mujer del caso -prosiguió Picton con aquella levedad forzada-, también le sorprenderá saber que actualmente trabaja como actriz en algún pueblecito del lejano Cornualles. Está en una compañía llamada Los Herejes, que a mí me gusta bastante, pero seguro que usted no lo sabía, ¿me equivoco? En su hotel dicen que un hombre que responde a la descripción de Mesterbein fue a buscarla tras la representación y que ella no regresó hasta la mañana siguiente. Por lo visto, a esta damisela suya le encanta saltar de cama en cama. -Picton se permitió una pausa significativa, que Kurtz fingió ignorar-. Mientras tanto, debo comunicarle que mi jefe es un oficial y un caballero y que le proporcionará todo cuanto usted precise. Mi jefe está muy agradecido, sabe. Agradecido y conmovido. Le caen bien los judíos y cree que han sido ustedes muy amables viniendo a Inglaterra para ponernos sobre la pista de esa chica. -Le dirigió una mirada malévola-. Mi jefe es un hombre joven, comprende. Es un gran admirador de ese flamante país de ustedes, salvo error u omisión, y no está dispuesto a escuchar ninguno de los sucios celos que yo albergo.

Picton se detuvo frente a un gran cobertizo verde y golpeó la puerta metálica con su bastón. Un muchacho con zapatillas de deporte y mono azul les hizo pasar a un gran gimnasio vacío. «Es sábado», dijo Picton presumiblemente para explicar aquella atmósfera de abandono, y acto seguido realizó un airado recorrido por los locales, supervisando el estado de los vestuarios y pasando uno de sus enormes dedos por las barras paralelas a fin de comprobar si tenían polvo.

-He sabido que han vuelto ustedes a bombardear esos campos -dijo acusadoramente Picton-. Habrá sido idea de Misha, ¿no? A Misha no le gusta usar espada donde puede usar trabuco.

Kurtz admitió sinceramente que el proceso de toma de decisiones en las altas esferas israelíes siempre le había resultado bastante misterioso, pero Picton no tenía tiempo para respuestas como aquélla.

–Pues no se saldrá con la suya. Dígaselo de mi parte. Esos palestinos les perseguirán hasta la misma tumba.

Esta vez Kurtz se limitó a sonreír y a menear la cabeza ante los maravillosos designios de la historia.

–Misha Gavron pertenecía al Irgun, ¿no? -preguntó Picton simplemente por curiosidad.

–No, a la Haganah -le corrigió Kurtz.

–¿Y de qué grupo era usted?

–Por suerte o por desgracia, comandante -dijo Kurtz fingiendo el tímido arrepentimiento del perdedor-, los Raphael llegamos a Israel demasiado tarde como para servirles de algo a los británicos.

–A mí no me engaña -dijo Picton-. Yo sé bien de dónde saca Misha sus amistades. Fui yo quien le conseguí su maldito puesto.

–Eso me dijo él, comandante -explicó Kurtz con su sonrisa a prueba de bomba.

El muchacho atlético les mantenía abierta una puerta. Pasaron los dos. En una vitrina alargada había una exposición de armas caseras para matar silenciosamente: un mazo con clavos en la cabeza, un alfiler de sombrero muy oxidado y provisto de un mango de madera, jeringas caseras, un garrote vil improvisado.

–Las etiquetas están borrosas -le espetó Picton al muchacho tras contemplar un momento con nostalgia aquellos instrumentos-. Quiero etiquetas nuevas para el lunes a las diez en punto, ni un minuto más, o le meto un paquete.

Volvió a salir al aire libre con Kurtz andando tranquilamente a su lado. *Mrs. O’Flaherty*, que les había esperado fuera, iba pisándole los talones a su amo.

–Bueno, ¿qué es lo que quiere, entonces? -dijo Picton, como quien se ve obligado a pactar contra su voluntad-. No me diga que ha venido a traerme una carta de amor de ese tahúr de Misha Gavron, porque no le voy a creer. A decir verdad, dudo que le crea, de todos modos. Soy muy suspicaz cuando se trata de judíos.

Kurtz sonrió y meneando la cabeza demostró que apreciaba el humor de los ingleses.

–Verá, Misha *el Tahúr* opina que en este caso un simple arresto está descartado; debido, naturalmente, a lo delicado de nuestras fuentes -explicó Kurtz en el tono de quien es un simple mensajero.

–Yo creía que sus fuentes eran sólo buenos amigos -le espetó Picton con malicia.

–Y aunque Misha consintiera finalmente en una detención en regla -prosiguió Kurtz sin dejar de sonreír-, se preguntaba de qué cargos se podría acusar a la mujer y ante qué clase de tribunal. ¿Quién va a probar que los explosivos estaban en el coche cuando ella lo llevaba? Dirá que alguien los metió después, lo cual, si no me equivoco, nos deja ante una intrascendente infracción por atravesar Yugoslavia con documentos falsos. ¿Y dónde están esos documentos? ¿Quién va a demostrar que

existen realmente? Todo es muy endeble.

–Mucho -concedió Picton-. Ese Misha se ha convertido en abogado, ahora que se ha hecho mayor, ¿verdad? -inquirió, mirando al otro de soslayo-. Caramba, eso sí es como el cazador furtivo que se mete a guardabosques.

–Según el razonamiento de Misha, hay que tener en cuenta también lo que vale la chica; el valor que tiene para nosotros y el que tiene para ustedes, dadas sus actuales circunstancias. Lo que podríamos llamar su estado de virtual inocencia. Al fin y al cabo, ¿qué sabe ella? ¿Qué puede revelarnos? Piense en la señorita Larsen.

–¿Qué Larsen?

–La holandesa implicada en el desgraciado accidente de las afueras de Munich.

–¿Qué pasa con ella? -Deteniéndose en plena marcha, Picton se volvió hacia Kurtz y le miró de arriba abajo con creciente suspicacia.

–La señorita Larsen también conducía coches y hacía recados para su novio palestino. De hecho es el mismo hombre. La Larsen llegó incluso a poner bombas por encargo suyo; dos bombas, tres, tal vez. Sobre el papel la señorita Larsen tenía todas las de perder. -Kurtz meneó la cabeza-. Pero en cuestión de inteligencia, la pobre era un cero a la izquierda. -Sin inmutarse por la amenazadora proximidad de Picton, Kurtz abrió las manos para indicar hasta qué punto era grande el cero-. Esa pobre no era más que una cría con ganas de acción, de peligro y de chicos, y a quien le gustaba agradar. Ellos no le explicaban nada: ni nombres, ni direcciones, ni planes.

–¿Cómo sabe usted eso? -dijo Picton con tono acusador.

–Estuvimos charlando con la chica.

–¿Cuándo?

–Pues hace ya *bastante* tiempo, en realidad. Fue un pequeño toma y daca antes de arrojarla de nuevo al arroyo, ya me entiende.

–Sí, supongo que charlaron cinco minutos antes de pegarle un tiro -observó Picton, mientras con sus ojos desvaídos seguía teniendo a Kurtz a tiro.

Pero nada podía alterar la maravillosa sonrisa de Kurtz.

–Ah, comandante, ¡si fuera así de fácil! -dijo, suspirando.

–Antes le he preguntado qué quiere, Mr. Raphael.

–Nos gustaría ponerla a trabajar, comandante.

–Ya me lo temía.

–Nos gustaría ponerla un poco en evidencia, pero sin detenerla. Nos gustaría darle un buen susto, tanto que se vea obligada a ponerse en contacto una vez más con su gente, o ellos con ella. Nos gustaría que llegara hasta el final. Es lo que llamamos un agente inconsciente. Desde luego compartiríamos los resultados con ustedes, y así, cuando la operación toque a su fin, podrán disponer tanto de la mujer como del mérito.

–Ella se ha puesto ya en contacto -objetó Picton-. Fueron a verla a Cornualles

para llevarle un ramo de orquídeas, ¿o no?

–Verá, comandante, nuestra interpretación de esa reunión nos sugiere que se trató de una especie de ejercicio de exploración. Creemos que ese contacto, por sí solo, no va a dar otros frutos.

–¿Y cómo diablos lo saben? -preguntó Picton entre airado y perplejo-. *Yo se lo voy a decir. ¡Eso es que han estado ustedes escuchando tras la puñetera puerta! ¿Por quién me ha tomado, Mr. Raphael? ¿Cree que acabo de salir de la tribu? ¡Esa chica es de los suyos, Mr. Raphael, no me cabe ninguna duda! ¡Sé cómo las gastan ustedes los israelíes, conozco a ese mequetrefe de Gavron, y empiezo a conocerle también a usted!* -Su voz había subido peligrosamente de tono. Echó a andar deprisa hasta que consiguió dominarse. Luego esperó hasta que Kurtz le alcanzó-. Ahora mismo se me ocurre un magnífico argumento. Me gustaría hacerle partícipe de él. ¿Puedo, Mr. Raphael?

–Será un honor, comandante -dijo Kurtz con simpatía.

–Gracias. Es un truco que suele hacerse con los fiambres. Se busca un bonito cadáver, se le viste y se le deja allí donde el enemigo tropiece con él. «Caramba -dice el enemigo-, mira lo que hay aquí, ¿un muerto con un maletín? Veamos qué lleva dentro.» El enemigo encuentra un pequeño mensaje. «Caramba -dicen-, seguro que era un correo. Leamos el mensaje y así caeremos en la trampa.» El enemigo lee el mensaje, y nos dan a todos una medalla. Solíamos llamarlo «desinformación», algo para despistar al enemigo, y nos salía bastante bien. -Tan pavoroso era el sarcasmo de Picton como su ira-. Pero eso es demasiado sencillo para Misha y para usted, que son un hatajo de fanáticos super cultos. Ustedes van más lejos. «¿Fiambres, nosotros? ¡*Qué va!* Que nos den cebos vivos. Carne árabe, a poder ser. O de Holanda.» Así que los hicieron volar por los aires en un bonito Mercedes. Que era de ellos. Lo que ignoro, claro está (y no sabré jamás, porque tanto usted como Misha lo negarían todo en el mismísimo lecho de muerte), es en qué lugar han colocado esa desinformación. Pero que lo han hecho, no me cabe duda, y ellos han picado. Si no, no le habrían llevado a la chica esas bonitas flores, ¿me equivoco?

Meneando tristemente la cabeza ante la graciosa fantasía de Picton, Kurtz empezó a apartarse de él, pero Picton, con certera intuición policial, le retuvo ligeramente.

–Cuéntelo todo a ese jodido de Gavron, y si tengo razón y los suyos han reclutado a uno de nuestros súbditos sin nuestro consentimiento, le aseguro que iré personalmente a esa mierda de insignificante país suyo para arrancarle los huevos de cuajo. ¿Entendido? -Pero, de pronto, y como en contra de su voluntad, Picton relajó las facciones hasta esbozar una tierna sonrisa evocadora-. ¿Qué era lo que solía decir el viejo Gavron? -preguntó-. Algo de tigres, ¿no? Usted ha de saberlo.

Kurtz también lo decía, y con frecuencia. Esbozando su sonrisa de pirata, pronunció la frase:

–Para cazar al león, primero hay que atar la cabra.

Pasado el momento de controversia gremial, Picton recompuso su pétrea expresión.

–Y a nivel formal, Mr. Raphael -le espetó-, la enhorabuena de mi jefe: su servicio de inteligencia ha llevado a cabo una buena operación. -Y girando sobre sus talones, echó a andar bruscamente hacia la casa, dejando que Kurtz y *Mrs. O’Flaherty* le siguieran-. Y dígame también esto -añadió Picton, apuntando a Kurtz con el bastón para dejar bien clara su autoridad colonial-: Que deje de utilizar nuestros malditos pasaportes. Si otros pueden apañarse sin ellos, también puedo hacerlo *el Tahúr*, maldita sea.

Kurtz hizo sentar a Litvak en el asiento delantero para enseñarle algo sobre modales ingleses durante el viaje de vuelta a Londres. Meadows, quien de repente había recuperado la voz, quiso hablar *del* problema de la orilla occidental: ¿qué posibilidad había de resolver la cuestión sin detrimento de un trato justo para los árabes? Desentendiéndose de tan fútil conversación, Kurtz se abandonó a reminiscencias que había mantenido a raya hasta aquel momento.

En Jerusalén existe una horca en la que ya no cuelgan a nadie. Kurtz lo sabía muy bien: está cerca del viejo recinto ruso, a mano izquierda según se va por una carretera a medio asfaltar que acaba en unas verjas antiguas que dan acceso a lo que en tiempos fue la cárcel principal de Jerusalén. Los rótulos rezan «al museo» y también «galería de héroes», y hay un viejo bastante estropeado que siempre está remoloneando por allí y que hace pasar a la gente haciendo una reverencia y barriendo el polvo con su chato sombrero negro. La entrada cuesta quince *shekels*, pero habrá subido. Es allí donde los británicos colgaban a los judíos durante el mandato; los colgaban de un nudo recubierto de cuero. De hecho sólo a unos pocos judíos, pero árabes colgaron a montones; y fue allí donde colgaron a dos amigos de Kurtz de la época que pasó en la Haganah con Gavron. Poco le faltó a éste para seguir el camino de la horca. Le habían encarcelado dos veces e interrogado cuatro, y los problemas que tenía de vez en cuando con la dentadura fueron atribuidos por el odontólogo a los golpes que había recibido de manos de un joven oficial de seguridad ya fallecido cuyo comportamiento, aunque no su aspecto, le recordaba al de Picton.

Pero Picton, pensó Kurtz, era un tipo simpático, a fin de cuentas, y sonriéndose por dentro consideró que había dado con éxito un nuevo paso. Era un poco rudo, quizá; un poco bruto de palabra y de obra; y lástima que tuviera debilidad por el alcohol, eso siempre echa a perder a la gente. Pero en el fondo, era tan honrado como la mayoría. Y un buen profesional. Un hombre inteligente dentro de su violencia. Misha Gavron decía siempre que había aprendido mucho de él.

Vuelta a Londres y vuelta a esperar. Durante aquellas dos húmedas semanas de otoño desde que Helga le comunicara la terrible noticia, la Charlie de su imaginación había penetrado en un malsano y vengativo infierno en el que ardía ella sola. Estoy conmocionada; soy una plañidera obsesa y solitaria sin un amigo con quien desahogarse. Soy un soldado sin general, una revolucionaria que se ha quedado sin revolución. Incluso Cathy la había abandonado a su suerte. «De ahora en adelante, te las apañarás sin niñera -le había dicho José con una escueta sonrisa-. No podemos dejar que vayas por ahí entrando en cualquier cabina telefónica.» Sus encuentros durante aquel período fueron esporádicos y puramente profesionales; él la recogía en coche en sitios cuidadosamente calculados. A veces la llevaba a algún restaurante discreto de las afueras de Londres; otras, de paseo por Burnham Beeches o al zoológico de Regent's Park. Adondequiera que fuesen él siempre le hablaba de su estado de ánimo, el de ella, instruyéndola sobre posibles contingencias pero sin explicarle nunca de cuáles podía tratarse.

Le preguntaba cuál sería el siguiente paso que darían ellos.

Están haciendo averiguaciones, observándote, pensando en ti.

En ocasiones se asustaba a sí misma con un estallido no previsto de hostilidad hacia él, pero, como un buen doctor, José se apresuraba a asegurarle que los síntomas eran normales en su estado.

Gracias por perdonar, pensó ella maravillándose en secreto ante las aparentemente infinitas facetas de su esquizofrenia compartida: comprender es perdonar.

—¡Santo Dios, pero si soy el prototipo del enemigo! He matado a Michel y te mataré a ti a poco que se me presente una oportunidad. Deberías guardarme todo tipo de recelos, ¡vaya que sí!

Hasta que llegó el día en que él le anunció que se habían acabado las citas, a no ser que sobreviniera una emergencia. Parecía saber que tenía que ocurrir alguna cosa, pero se negaba a decírselo por temor a que ella pudiera reaccionar de manera impropia para su personaje. O no reaccionar. Le dijo que estaría cerca, recordándole la promesa que le había hecho en Atenas: cerca -aunque no presente-, día tras día. Y así, después de haberle infundido una sensación de inseguridad máxima hasta el límite mismo de lo soportable, la devolvió a la vida de aislamiento que había inventado para ella; pero esta vez con la muerte de su amante como tema.

Su tan querido piso de antaño, debido al descuido al que lo habían sometido tan concienzudamente, se convirtió en un desordenado santuario dedicado a la memoria de Michel, un lugar de tétrica y eclesiástica quietud. Los libros y panfletos que él le había dado yacían en el suelo y sobre la mesa, abiertos y con párrafos marcados. En

las noches de insomnio, se sentaba ante su escritorio con un cuaderno, entre el desorden absoluto, a copiar citas de sus cartas. Pretendía con ello recopilar un ideario secreto de su amante que le revelara ante un mundo mejor como el Che Guevara árabe. Charlie se imaginaba yendo a ver a un editor independiente amigo suyo: «Cartas nocturnas de un palestino asesinado», impresas en papel malo y con muchas erratas. Todos estos preparativos tenían en sí mismos un alto grado de locura, como la propia Charlie advertía cuando lo consideraba fríamente. Pero en cierto modo sabía también que sin locura no era posible la cordura; sin papel que representar, no quedaba ya nada.

Sus salidas al mundo exterior eran escasas, pero una noche, a modo de demostración a sí misma de que estaba resuelta a enarbolar la bandera de Michel en la batalla, siempre que pudiera encontrar el escenario en que se libraba ésta, se presentó en una reunión de camaradas en la planta superior de un pub de St. Pancras. Se sentó junto a Los Loquísimos, la mayoría de los cuales estaba ya completamente colocada antes de llegar al pub. Pero Charlie aguantó hasta el final y los asustó a todos, y a sí misma, con una furiosa perorata contra el sionismo en todas sus manifestaciones fascistas y genocidas, lo cual, para secreto regocijo de su otra personalidad, propició las nerviosas quejas de los representantes de la izquierda radical judía.

Otras veces le daba por emprenderla contra Quilley: ¿qué ha pasado con la prometida prueba de pantalla? ¡Necesito trabajo, Ned, ¿es que no lo entiendes?! Pero lo cierto era que su gusto por la escena artificial estaba menguando. Ella estaba comprometida -mientras aquello durase, y pese a los crecientes peligros- con el teatro de lo real.

Y entonces empezaron las advertencias, algo así como el crujir de aparejos en alta mar cuando se acerca la tempestad.

La primera le vino del pobre Ned Quilley, mediante una llamada telefónica mucho más temprana de lo acostumbrado, supuestamente para devolverle la que ella le había hecho el día anterior. Pero Charlie supo enseguida que aquello se lo había ordenado Marjory tan pronto él entró en su despacho (antes de que se le olvidara, se amilanara o se tomara un trago). No, Ned no tenía nada para ella, sólo quería cancelar la cita para comer. Ella respondió que bueno, intentando ocultar gallardamente su desilusión, porque era el gran almuerzo que había pensado para celebrar el fin de la gira y para hablar de futuros trabajos. Charlie había esperado aquella comida con ilusión, como algo que podía permitirse con todo derecho.

–No hay problema, en serio -insistió, esperando que Ned le saliera con una excusa, pero en lugar de eso, Quilley se esforzó en ser estúpidamente grosero.

–Simplemente, no me parece apropiado en estos momentos -dijo con altivez.

–Pero ¿qué pasa, Ned? No estamos en Cuaresma. ¿Qué mosca te ha picado?

Su falsa frivolidad, cuya única intención era facilitarle las cosas a Quilley, no hizo sino animar a éste a alcanzar nuevas cotas de ampulosidad.

–Mira, Charlie, yo no sé en *qué* has andado metida -empezó desde su altar mayor-. Yo también fui joven una vez, y no tan fanático como tú te piensas, pero si la mitad de lo que parece es verdad, entonces no puedo evitar la sensación de que lo mejor que podemos hacer, en interés de ambas partes... -Pero siendo «su querido Ned», no podía cobrar ánimo suficiente para asestar el golpe definitivo, de modo que dijo-: es aplazar nuestra cita para cuando hayas recobrado el juicio.

Momento en el cual, según el argumento pergeñado por Marjory, debía colgarle el teléfono; y efectivamente, tras varias falsas caídas de telón y mucha ayuda por parte de Charlie, lo consiguió. Cuando ella volvió a llamar inmediatamente, fue Mrs. Ellis quien cogió el teléfono, que era lo que ella pretendía.

–¿Qué ocurre, Pheeb? ¿Es que de repente tengo mal aliento?

–Oh, Charlie, ¿en qué lío te has metido? -dijo Mrs. Ellis, hablando en susurros por temor a que la línea estuviera intervenida-. La policía estuvo aquí toda la mañana hablando de ti, y ninguno de nosotros sabe nada.

–Pues que les den por culo -dijo Charlie valientemente.

Será uno de sus controles de temporada, se dijo para sus adentros. La Brigada de las Preguntas Discretas, irrumpiendo intempestivamente con sus botas claveteadas para tener los expedientes a punto antes de Navidad. Lo habían hecho periódicamente desde que empezara a asistir a las sesiones revolucionarias de fin de semana. Sólo que esta vez no parecía cosa de rutina, con tres agentes y toda una mañana de preguntas; eso era un trato muy especial.

Luego ocurrió lo de la peluquera.

Charlie tenía hora para las once, y pensaba acudir a la cita, hubiera almuerzo o no. La dueña de la peluquería era una italiana generosa de formas llamada Bibi. Al verla entrar, frunció el ceño y dijo que ella misma se encargaría de arreglar a Charlie.

–¿Has vuelto a salir con un tío casado? -preguntó Bibi mientras le aplicaba champú-. Tienes mal aspecto, ¿lo sabías? ¿Has sido mala y le has robado el marido a alguna? Vamos, di, ¿en qué andas metida?

Tres hombres, explicó Bibi, después que Charlie le contara lo suyo. Ayer. Dijeron que eran inspectores de Hacienda, querían verificar las clientes que tenía apuntadas y su declaración del IVA.

Pero en realidad sólo querían hacer preguntas sobre Charlie.

–«¿Y esta Charlie de aquí?», me dijeron, «¿la conoce bien, Bibi?» «Pues claro», les dije yo, «Charlie es muy buena chica, y formal». «Conque formal, ¿eh? ¿Le habla de sus amiguitos esta Charlie? ¿De con quién se acuesta últimamente y todo eso?» Preguntaron por lo de tus vacaciones; que con quién te habías ido, que adonde fuiste

después de Grecia. Yo no les dije ni pío. Confía en Bibi. -Pero luego, al acompañarla a la puerta después que Charlie hubiera pagado, Bibi se puso en plan antipático por primera vez:- Oye, Charlie, no vuelvas durante una temporadita, ¿vale? No me gusta tener problemas con la policía.

Ni yo, Beeb. Créeme, yo tampoco. Y con esos tres guaperas menos aún. «Cuanto antes sepan las autoridades de ti, antes actuará el adversario», le había advenido José. Pero no le había dicho que sería por aquel sistema.

Luego, menos de dos horas después, ocurrió lo del chico guapo.

Charlie había almorzado una hamburguesa y luego había echado a andar pese a la lluvia, porque tenía la estúpida teoría de que mientras caminara estaría a salvo, y más aún si llovía. Se dirigió hacia el oeste pensando vagamente en ir a Primrose Hill, pero luego cambió de opinión y montó en un autobús. Quizá era coincidencia, pero al volver la vista atrás desde la plataforma vio que un hombre cogía un taxi a menos de sesenta metros de allí. Y tal como reprodujo la escena en su imaginación, el taxi tenía la bandera bajada antes de que el hombre lo parara.

«Cíñete a la lógica de la ficción», le había dicho José una y otra vez. «Si se debilita, adiós operación. Ajústate a la ficción, y cuando todo haya terminado pondremos remedio a los desperfectos.»

Empezando a sentir pánico, Charlie pensó que lo mejor era acudir inmediatamente a José. Pero se lo impidió su lealtad hacia él. Le quería sin vergüenza y sin esperanza. En ese mundo que José había puesto patas arriba sólo para ella, él era la única constante que le quedaba, fuera en la ficción o en los hechos reales.

De modo que optó por irse al cine, y allí fue donde el chico guapo trató de ligársela; y ella no se dejó por muy poco.

Era alto y vivaracho. Llevaba un chaquetón de piel nuevo y unas gafas anticuadas, y cuando se acercó a la fila de ella en el intermedio, Charlie supuso tontamente que le conocía pero que en medio de su confusión no conseguía recordar de qué ni cómo se llamaba. Así pues, le devolvió la sonrisa.

–Hola, qué tal -exclamó él, sentándose a su lado-. Tú eres Charmian, ¿verdad? ¡Caray, el año pasado estuviste magnífica en *Alpha Beta* ! Increíble, de veras. Toma, coge palomitas.

De repente, nada encajaba: la despreocupada sonrisa no encajaba en la mandíbula de calavera, las gafas antiguas no encajaban con los ojos de rata, las palomitas no encajaban con los zapatos relucientes, y el chaquetón seco no encajaba con el tiempo que hacía. Era como si hubiese llegado de la estratosfera sin otro propósito que atraparla.

–¿Quieres que llame al encargado o te vas sin rechistar? -dijo ella.

Él insistió, protestando, sonriendo con presunción, diciéndole que si era tortillera o qué, pero cuando Charlie salió furiosa al vestíbulo se encontró con que el personal

de la sala había desaparecido como por arte de magia, a excepción de una jovencita de raza negra que estaba en la taquilla y que fingió estar muy atareada haciendo el recuento del día.

Volver a su casa le exigió más valor del que creía tener, y más del que José tenía derecho a esperar de ella. Durante todo el camino anheló romperse un tobillo, ser atropellada por un autobús o tener otro de sus desmayos. Eran las siete de la tarde y la cafetería goanesa estaba momentáneamente en calma. El chef le sonrió de oreja a oreja, como era habitual, y el fresco de su novio la saludó tontamente. Una vez en su piso, en lugar de encender la luz se sentó en el borde de la cama y dejó las cortinas abiertas, observando en el espejo cómo los dos hombres que había en la otra acera se paseaban sin cruzar palabra y sin mirar hacia arriba. Las cartas de Michel seguían escondidas en el suelo, al igual que su pasaporte y lo que quedaba de su fondo de combate. «Tu pasaporte se ha convertido en un documento peligroso», le había advertido José como parte del sermón sobre su nuevo estatus a la muerte de Michel. «Él no debería haber dejado que lo utilizaras para el viaje. Debes guardar tu pasaporte junto con tus otros secretos.»

Cindy, pensó Charlie.

Cindy era una expósita oriunda del Tyneside que trabajaba en el turno de tarde del bar de abajo. Su amante indio estaba en la cárcel por agresión grave, y Charlie le daba clases de guitarra gratis de vez en cuando para hacerle más llevadera la ausencia.

«Cindy -escribió-, tengo un regalo de cumpleaños para ti, sea cuando sea tu aniversario. Te lo llevas a casa y practicas hasta que no puedas más. Tienes talento, o sea que no lo dejes. Llévate también el estuche, pero soy tan idiota que me dejé la llave en casa de mi madre. Te la traeré la próxima vez que vaya a verla. De todos modos, son partituras demasiado difíciles para ti, por ahora. Besos, Chas.»

El estuche había sido de su padre. Era de robusto estilo eduardiano, cosido a mano y con cerrojos. Charlie metió las cartas de Michel dentro del estuche junto con el dinero, el pasaporte y un buen montón de partituras, y lo bajó con la guitarra al bar.

–Esto es para Cindy -le dijo al chef, quien prorrumpió en risitas tontas y lo dejó todo en el lavabo de señoras junto al aspirador y los envases vacíos.

Charlie volvió a subir, encendió la luz, corrió las cortinas y se arregló con todas sus pinturas de guerra porque aquella noche tenía que ir a Peckham y nada iba a impedirle, ya fueran polis o amantes muertos, ensayar con sus críos la pantomima de Navidad.

Regresó a su casa poco después de las once; la calle estaba despejada; Cindy se había llevado el estuche y la guitarra. Telefonó a Al porque necesitaba a un hombre desesperadamente. No contestó nadie. El muy cabrón estará otra vez de juerga. Probó suerte con otro par de candidatos, pero sin éxito. Le pareció que el teléfono hacía un

sonido raro, pero tal como estaba podían haber sido sus oídos. A punto de meterse en la cama, echó un último vistazo por la ventana y allí estaban sus dos guardianes otra vez en la acera.

Al día siguiente no ocurrió nada, exceptuando que cuando pasó por casa de Lucy esperando encontrar allí a Al, Lucy le dijo que Al se había esfumado de la faz de la tierra, que había llamado a la policía, a los hospitales y a todas partes.

«¿Has probado en la perrera de Battersea?», le dijo Charlie. Pero al llegar a su piso se encontró con que el viejo y espantoso Al le llamaba por teléfono en un estado de histeria etílica.

–Ven *ahora* mismo, tía. No digas nada, tú pásate por aquí y verás.

Y Charlie fue, sabiendo que sería lo mismo de siempre; sabiendo que ni un solo rincón de su vida estaba ya desprovisto de peligro.

Al se había instalado en casa de Willy y Pauly, que finalmente no habían roto. Charlie se encontró al llegar con que Al había convocado a todo el club de fans. Robert había traído a una nueva amiguita, una imbécil con los labios pintados de blanco y el pelo de color malva, llamada Samantha. Pero, como de costumbre, el centro de atención era Al.

–¡Sí, ya puedes contarme lo que te dé la gana! -le chilló apenas entró-. ¡Es la guerra ! ¡Sí, señor, ya lo creo que lo es, y una guerra *total* !

Y siguió así un buen rato hasta que Charlie le gritó que se callara y que le contara qué había pasado.

–¿Pasado, dices? ¿*Pasado*? ¡Lo que ha pasado es que la contrarrevolución ha lanzado su primera andanada, eso es lo que ha pasado! ¡Y el blanco es el machaca de turno, o sea, yo!

–¡Haz el puñetero favor de hablarme en cristiano! -le gritó a su vez Charlie, pero aún así tuvo tiempo de volverse prácticamente loca antes de sonsacarle los hechos.

Apenas había salido de su pub habitual cuando aquellos tres gorilas se le echaron encima, dijo. Con uno, o incluso dos, habría podido, pero eran tres y más duros que el jodido Peñón de Brighton, y además trabajaban en equipo. Pero no fue hasta que le metieron en el coche celular, medio castrado, cuando se dio cuenta de que los muy cerdos querían endosarle una falsa acusación de obscenidad.

–Y tú ya sabes de qué querían hablar *realmente*, ¿no? -dijo, amenazándola con el brazo-. ¡De *ti* ! ¡De *ti* y de *mí*, y de nuestras malditas ideas políticas! Y de si por casualidad entre nuestras amistades había algún activista palestino. Mientras tanto me dicen que yo le he hecho una demostración de polla a un fascinante chapero en los servicios del Rising Sun, y que con la mano derecha he hecho gestos de clara naturaleza masturbatoria. Y cuando no me dicen *eso*, me vienen con que me arrancarán las uñas y que me caerán diez años por organizar complots anarquistas en una isla de Grecia con esos maricones extremistas amigos míos, como los aquí

presentes, Willy y Pauly. ¿Lo ves, tía? Ha estallado la guerra, ¡y los que estamos en esta habitación somos la primera línea!

Dijo que le habían pegado tan fuerte en la oreja que casi no podía oír su propia voz; tenía las pelotas como huevos de avestruz, añadió, y que se fijaran en el morado que tenía en el brazo. Había estado veinticuatro horas en chirona, de las cuales seis habían sido de interrogatorio. Le habían ofrecido un teléfono pero no monedas para llamar, y cuando él pidió un listín le dijeron que lo habían perdido, con que no pudo ni llamar a su agente. Y después, inexplicablemente, habían retirado los cargos por obscenidad y le habían soltado sin fianza.

En la fiesta había un muchacho llamado Matthew, un mofletudo aprendiz de contable en busca de alternativas vitales; y tenía piso propio. Para su sorpresa, Charlie se fue a su piso y se acostó con él. Al día siguiente no había ensayo y pensó en visitar a su madre, pero, al despertarse a la hora de comer en la cama de Matthew, no tuvo valor para ir. Así que la llamó para suspender la visita, cosa que probablemente debió decidir a la policía, ya que cuando aquella tarde llegó a la puerta del bar de los goaneses vio un coche patrulla aparcado y a un sargento de uniforme junto a la puerta del local, mientras el chef, a su lado, desplegaba con embarazo sus sonrisitas asiáticas.

Tenía que pasar y ha pasado, pensó Charlie, ya era hora.

Era el típico hombre de mirada colérica y pelo corto que odia a todo el mundo, pero especialmente a los indios y a las mujeres bonitas. Fue probablemente ese odio lo que le cegó a la hora de comprender qué papel representaba Charlie en ese momento de la obra.

—El bar está provisionalmente cerrado -le espetó el sargento-. Búsquese otro sitio.

El desconsuelo suele engendrar sus propias reacciones.

—¿Ha muerto alguien? -preguntó con temor.

—No lo sé. Un presunto ladrón ha sido visto en el local; nuestros agentes están investigando. Y ahora, andando.

Puede que el sargento hubiera estado demasiado tiempo de servicio y tuviera sueño. Puede que ignorase cuan rápido podía pensar y moverse una chica impulsiva. El caso es que en cuestión de segundos Charlie se escabulló dentro del café y fue cerrando puertas a su paso sin parar de correr. El bar estaba desierto y las máquinas desconectadas. La puerta de acceso a su piso estaba cerrada, pero le llegaron voces masculinas del otro lado. Abajo, el sargento no paraba de chillar y aporrear la puerta. Oyó una voz amortiguada que decía: «Eh, tú, vamos. Déjalo ya.» Entonces pensó en la llave, y abrió el bolso. Al ver el pañuelo blanco, decidió dejar las llaves y ponérselo, un pequeño cambio entre bastidores. Después pulsó el timbre: dos rápidos y confiados timbrazos. Y empujó la solapa de su buzón.

–Chas... ¿Estás ahí? Soy yo, Sandy.

Cesaron las voces y oyó pasos y alguien que susurraba «¡Date prisa, Harry!». La puerta se abrió poco a poco y Charlie se encontró cara a cara un hombrecillo enfurruñado de pelo gris y traje del mismo color. Detrás de él, Charlie distinguió sus reliquias de Michel esparcidas por todo el piso, su cama patas arriba, sus pósters descolgados, su alfombra enrollada y el parquet levantado. Vio también una cámara sobre un trípode enfocando hacia abajo, y a otro hombre atisbando por el visor, y debajo varias cartas de su madre. Vio cortaderas, alicates y a su falso pretendiente del cine con sus gafas antiguas arrodillado en medio de sus vestidos caros, y le bastó una mirada para advertir que no estaba interrumpiendo una investigación, sino un auténtico allanamiento de morada.

–Busco a mi hermana Charmian -dijo-. ¿Quién diablos eres tú?

–No está en casa -contestó el del pelo gris, y Charlie notó una sombra de acento galés y se fijó en las marcas de zarpas en la mandíbula.

Sin dejar de mirarla, el hombre levantó la voz hasta bramar:

–¡Sargento Mallis, sargento Mallis! ¡Saque a esta mujer de aquí y tómele los datos!

Le cerraron la puerta en las narices. Abajo se oía todavía gritar al sargento. Charlie bajó despacio las escaleras pero sólo hasta el descansillo, donde alcanzó la puerta del patio a través de un montón de cajas de cartón. La puerta no estaba cerrada con llave. Del patio se pasaba a un callejón y del callejón a la calle donde vivía Miss Dubber. Al pasar frente a su ventana, Charlie dio unos golpecitos en el cristal y la saludó alegremente con la mano. Cómo consiguió hacerlo, de dónde sacó el humor para ello, fue algo que no se explicaría nunca. Siguió andando, pero ya no la seguían voces airadas ni pasos de hombre, y tampoco frenaba ningún coche a su lado. Mientras iba por la calle principal se puso uno de los guantes de piel, que era la señal convenida con José para el caso de que le apretaran las tuercas. Llamó un taxi. En fin, se dijo, ya estamos todos. No fue hasta mucho tiempo después, a lo largo de sus muchas vidas, que le pasó por la cabeza que tal vez la habían dejado escapar a propósito.

José había quitado de la circulación el Fiat de Charlie, y, aunque de mala gana, ella sabía que era lo mejor. De modo que procedió por etapas, sin apresurarse. Trataba de convencerse a sí misma mediante palabras. Después del taxi tomaré el autobús, y luego andaré un trecho, se dijo, y después iré en metro. Pensaba a la velocidad del rayo, pero tenía que ordenar sus ideas; su alborozo no había menguado; sabía que necesitaba dominar sus reacciones antes de dar el siguiente paso, porque si hacía alguna pifia en esta parte del papel, echaría a perder toda la obra. Así se lo había dicho José, y ella le creía.

Soy una fugitiva. Me buscan. Santo Dios, Helga, ¿qué hago ahora?

«Puedes llamar a este número, Charlie, pero sólo en caso de emergencia. Si llamas sin causa justificada, nos enfadaremos mucho, ¿está claro?»

Sí, Helga, clarísimo.

Se sentó en un pub a beber uno de los vodkas preferidos de Michel, recordando el resto del gratuito consejo que Helga le había dado mientras Mesterbein estaba oculto en el coche. Asegúrate de que no te sigue nadie. No utilices teléfonos de amigos ni de familiares. No emplees la cabina de la esquina ni la de la acera de enfrente ni la de más abajo ni la de más arriba.

«Jamás, ¿está claro? Todas ellas son extremadamente peligrosas. Esos cerdos pueden pinchar un teléfono en cuestión de segundos, te lo digo yo. Y nunca uses dos veces el mismo teléfono. ¿Está claro, Charlie?»

Sí, Helga, perfectamente claro.

Al salir a la calle vio a un hombre mirando el escaparate de una tienda a oscuras y a otro dirigiéndose hacia un coche aparcado provisto de antena. Charlie sintió que el pánico se apoderaba de ella, tanto que tuvo ganas de echarse a llorar allí mismo, confesarlo todo e implorarle al mundo que la acogiera de nuevo. Las personas con las que iba a enfrentarse eran tan aterradoras como las que había dejado atrás, las fantasmagóricas líneas de la acera terminaban en un espantoso punto de fuga que no era sino su propio aniquilamiento. Helga, rezó; oh, Helga, sácame de ésta. Cogió un autobús equivocado, bajó, cogió otro y luego volvió a caminar, pero renunció a tomar el metro porque la idea de estar bajo tierra le daba miedo. Así que cedió y cogió otro taxi y miró por el cristal de atrás: nadie la seguía. La calle estaba desierta. Al infierno las caminatas, los metros y los autobuses.

—A Peckham -le dijo al taxista.

La sala que utilizaban para ensayar estaba en la parte de atrás de la iglesia, en una especie de granero contiguo a un parque para niños que los críos habían destrozado tiempo atrás. Para llegar allí Charlie hubo de pasar junto a una hilera de tejos. No había luces encendidas, pero pensando en Lofty, el viejo boxeador, llamó al timbre. Lofty era el vigilante nocturno, pero desde que habían empezado las restricciones iba sólo tres días por semana; para su consuelo, nadie acudió a la llamada. Así pues, abrió la puerta y entró en la iglesia. El frío y severo ambiente le recordó la iglesia de Cornualles que había visitado tras dejar una corona de flores en la tumba del revolucionario desconocido. Cerró la puerta y encendió una cerilla, cuya llama parpadeó en las pulidas losas verdes y en la alta bóveda del Victoriano techo de pino macizo. La cerilla se extinguió, pero Charlie pudo encontrar la cadena de la puerta e introducirla en el seguro antes de encender otra. Para no dejarse vencer por el miedo, exclamó «¡Loftyyy!». Su voz, sus pasos y el trapaleo de la cadena en aquella boca de lobo reverberaron hasta sacarla de quicio.

Pensó en murciélagos y demás aversiones; en algas que le resbalaban por la cara.

Una escalera con pasamanos de hierro conducía a una galería en madera de pino conocida eufemísticamente como «el cuarto de descanso», que desde su visita clandestina al dúplex de Munich le recordaba a Michel. Charlie se aferró al pasamanos y empezó a subir, y al llegar a la galería se quedó inmóvil mirando las tinieblas en que estaba sumida la sala mientras sus ojos se habituaban a la oscuridad. Distinguió el escenario y las abultadas nubes psicodélicas del telón de fondo, y luego las ménsulas y el techo. Reparó en el destello plateado del solitario reflector, un faro de coche reciclado por un chaval de Bahamas llamado Gums, que lo había birlado de un desguace. En la galería había un sofá viejo y a continuación una mesa con un mantel de plástico descolorido donde se reflejaban las luces de la ciudad entrando por la ventana. Sobre la mesa estaba el teléfono negro para uso exclusivo del personal, y el cuaderno donde se suponía que uno apuntaba las llamadas particulares, lo cual desataba las iras de algunos provocando varias broncas al mes.

Sentada en el sofá, Charlie esperó a que se le deshiciera el nudo de la garganta y que su pulso hubiera bajado de los trescientos latidos por minuto. Luego levantó el teléfono y lo depositó en el suelo, debajo de la mesa. En el cajón de la mesa solía haber un par de velas de uso doméstico para cuando fallaba la luz, cosa que pasaba a menudo, pero alguien las había robado también, de modo que cogió una página de una vieja revista de la parroquia e hizo con ella un embudo y, tras colocarlo en una taza sucia, encendió un extremo para hacer un sebo. Con la mesa encima y el balcón a un lado, la llama estaba tan protegida como era posible, pero por precaución la apagó tan pronto hubo terminado de marcar. En total eran quince números los que tenía que marcar y la primera vez el teléfono le respondió con un aullido. La segunda vez se equivocó al marcar y contestó un italiano gritando como un loco, y a la tercera se le resbaló un dedo. Pero a la cuarta obtuvo un melancólico silencio seguido por el zumbido de una conferencia internacional y, mucho después, la estridente voz de Helga hablando en alemán.

–Soy Juana -dijo Charlie-. ¿Te acuerdas de mí?

Otro silencio similar.

–¿Dónde estás?

–Y a ti qué te importa.

–¿Tienes algún problema, Juana?

–No exactamente. Sólo quería darte las gracias por mandarme a esos cerdos a mi casa.

Y entonces, la exuberante furia de antaño hizo presa en ella, y Charlie pisó a fondo con un desenfreno que no se permitía desde que José la había llevado a ver a su joven amante antes de hacerle servir de cebo.

Helga la escuchó en silencio hasta el final.

–¿Dónde estás? -preguntó cuando le pareció que Charlie había terminado. Lo dijo

de mala gana, como si estuviera quebrantando sus propias normas.

–Olvídalo -dijo Charlie.

–¿Se te puede localizar en alguna parte? Dime dónde vas a estar las próximas cuarenta y ocho horas.

–No.

–Hazme un favor, llámame dentro de una hora.

–No puede ser.

Largo silencio.

–¿Dónde están las cartas?

–En lugar seguro.

Otro silencio.

–Coge papel y lápiz.

–No me hace falta.

–Es igual. Tú, cógelo. No estás en condiciones de recordar muchas cosas. ¿Preparada?

No era una dirección ni tampoco un número de teléfono. Pero sí instrucciones para encontrar una calle, una hora y la ruta por la que ella tenía que ir.

–Haz exactamente lo que te digo. Si no te es posible, si se presentan dificultades, telefona al número de la tarjeta de Anton y pregunta por Petra. Trae las cartas contigo, ¿está claro? Contacta con Petra y trae las cartas. Si no lo haces, nos enfadaremos muchísimo.

Al colgar, Charlie oyó las palmadas de alguien que la aplaudía desde la platea. Se acercó a la galería, miró y, para su alegría, vio a José sentado a solas en el centro de la primera fila. Dio la vuelta y bajó corriendo a abrazarle. Cuando llegó al pie de la escalera le encontró esperándole con los brazos abiertos. Tenía miedo de que Charlie resbalase en la oscuridad. José la besó una y otra vez; luego la llevó de nuevo al escenario, sin dejar de rodearla con el brazo incluso en el tramo más angosto de escalera y con una cesta en la otra mano.

Había traído salmón ahumado y una botella de vino y lo había dejado todo sobre la mesa sin desempaquetarlo. Sabía el lugar que ocupaban los platos bajo el fregadero y cómo encender la estufa eléctrica. Había traído un termo de café y un par de mantas bastante roñosas del catre que Lofty tenía abajo. Dejó el termo junto con los platos y fue a comprobar la gran puerta victoriana, echando el cerrojo por dentro. Y ella supo perfectamente, incluso en medio de aquella lúgubre iluminación (lo sabía por la línea de su espalda y por sus ademanes, cómplicemente deliberados), que él se estaba saliendo del guión, que estaba cerrando una puerta a todo lo ajeno al mundo de ellos dos. Se sentó en el sofá y le puso una manta encima, porque no era fácil olvidarse del frío que hacía en la sala; ella no paraba de tiritar sin poder evitarlo. La llamada a Helga la había atemorizado, lo mismo que la mirada de verdugo del policía que

estaba en su piso y los muchos días de espera y saber de la misa la mitad, que era peor, muchísimo peor, que no saber nada.

La única luz procedía de la estufa eléctrica y brillaba hacia arriba iluminando la cara de José como una débil luz de viejas candilejas. Charlie se acordó de Grecia, de cuando él le decía que la iluminación inferior de ciertas ruinas era un acto de vandalismo moderno, porque los templos habían sido edificados para verlos con el sol encima, no debajo. Él la rodeó con su brazo por debajo de la manta, y a ella se le ocurrió pensar en lo delgada que parecía a su lado.

–He perdido unos kilos -dijo ella, a modo de advertencia.

Él no dijo nada, se limitó a abrazarla más fuerte para doblegar sus temblores, para absorberlos y hacerlos suyos. Charlie pensó que, pese a sus evasivas y sus disfraces, básicamente era un hombre bondadoso que se compadecía instintivamente por todos, en la guerra y en la paz, un hombre que odiaba hacer daño. Le tocó la cara y comprobó complacida que no se había afeitado, porque aquella noche no quería pensar que lo tenía todo calculado, pese a que no era su primera noche ni la quincuagésima; eran dos amantes con mucho frenesí, muchos moteles ingleses, Grecia, Salzburgo y sabía Dios cuántas cosas más a sus espaldas, pues de pronto se le hizo patente que toda aquella ficción compartida no era sino los prolegómenos para esa noche de amor, la verdadera noche.

José le apartó la mano, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la boca al que ella respondió castamente, esperando que fuera él quien encendiera la pasión de la que tan a menudo habían hablado. A ella le gustaban sus muñecas y sus manos. No había conocido nunca manos más sabias. Él le acarició la cara, el cuello, los pechos, y ella se contuvo de besarle porque quería disfrutarlo todo por separado: ahora me besa, ahora me toca, ahora me desnuda, yace en mis brazos, estamos desnudos, volvemos a estar en la playa, sobre las arena de Mykonos, somos ruinas víctimas del vandálico sol que nos ilumina por debajo. Él se rió y, rodando hacia el otro lado, apañó la estufa eléctrica. Y jamás en todas sus noches de amor había visto Charlie algo tan hermoso como aquel cuerpo inclinado sobre el resplandor rojo, el fuego brillante en que ardía. Volvió a acercársele, se arrodilló a su lado y empezó otra vez desde el principio sólo por si ella había olvidado algún detalle, besándola y tocándola toda con una leve ansia posesiva que poco a poco fue perdiendo su timidez, pero volviendo siempre al rostro porque necesitaban verse y probarse repetidas veces el uno al otro y asegurarse de que eran quienes decían ser. Mucho antes de penetrarla, él fue el amante incomparable que jamás había disfrutado, la estrella lejana que había estado siguiendo a través de todo aquel maldito país. De haber sido ciega, lo habría sabido por la forma en que él la tocaba; de haber estado moribunda, por su melancólica sonrisa de triunfo que era capaz de superar todo pánico y todo escepticismo por el mero hecho de tenerla delante, por su instinto para conocerla y para acrecentar su

propio conocimiento de sí misma.

Al despertar se lo encontró sentado a su lado, esperando a que volviera en sí. Había guardado todas las cosas.

–Será niño -dijo él, sonriendo.

–Serán mellizos -contestó ella, y apoyó la cabeza en el hombro de José. Él empezó a decir algo, pero ella se lo impidió con una firme advertencia-: No digas nada. Es parte del servicio. No quiere historias, disculpas ni mentiras. ¿Qué hora es?

–Medianoche.

–Entonces vuelve a la cama.

–Marty quiere hablar contigo -dijo él.

Pero algo en su voz y en sus gestos le decía que aquello no era cosa de Marty sino de él.

Era el piso de José.

Lo supo nada más entrar: un pequeño cuarto rectangular atestado de libros, en alguna planta baja del barrio de Bloomsbury, con cortinas de encaje y espacio para un solo inquilino. En una pared había mapas del centro de Londres; en otra, una cómoda con dos teléfonos. Una litera, no utilizada, delimitaba el tercer lado; el cuarto lo formaba un escritorio de abeto con una vieja lámpara. Junto a los teléfonos borboteaba una cafetera, y el hogar estaba encendido. Marty no se levantó al entrar ella, sino que giró la cabeza y le dedicó la más cálida sonrisa que le había visto nunca, aunque tal vez fuese porque ahora veía las cosas de color rosa. Marty extendió los brazos y ella se inclinó hacia su largo abrazo paternal: mi hija, que vuelve de sus viajes. Charlie se sentó en frente de él y José se acuclilló en el suelo al estilo árabe, tal como había hecho en aquella cumbre cuando la atrajo hacia sí para enseñarle el manejo de la pistola.

–¿Quieres oír tu propia voz? -le preguntó Kurtz, señalando un magnetófono. Ella negó con la cabeza-. Magnífica actuación, Charlie. Ni la tercera ni la segunda: eres la mejor.

–Te está zalamereando -le advirtió José, pero no bromeaba.

En aquel momento entró una mujer del marrón y preguntó si alguien quería azúcar en el café.

–Eres libre de retirarte, Charlie -dijo Kurtz cuando se hubo ido-, José insiste en que te lo recuerde, de viva voz y llanamente. Si te vas, lo harás con todos los honores. ¿Verdad, José? Dinero y honores en cantidad. Todo lo que te prometimos y más.

–Ya se lo he dicho -afirmó José.

Vio que Kurtz sonreía con más ganas para ocultar su enfado.

–Desde luego, José, pero ahora se lo digo yo. ¿No es eso lo que querías? Charlie, has conseguido levantar la tapa de una caja llena de gusanos que llevamos buscando

desde hace mucho tiempo. Nos has proporcionado más nombres, direcciones y conexiones de lo que te imaginas, y más que están por venir, contigo o sin ti. De momento estás casi limpia, y si hay alguna cosa que quede por limpiar, en un par de meses lo tendremos solucionado. Digamos que es una especie de cuarentena, un período de enfriamiento. Llévate a alguna amiga, si lo deseas, tienes derecho a ello.

–Lo dice en serio -dijo José-. No te limites a contestar que sigues adelante. Piénsalo bien.

Una vez más, Charlie notó en la voz de Kurtz un toque de enojo al dirigirse a su subordinado.

–Pues claro que lo digo en serio, y de no ser así, éste sería el peor momento para *coquetear* con estas cosas -replicó, ingeniárselas para que sonara como una broma.

–Pero ¿en qué punto estamos ahora? -preguntó Charlie-. ¿Cuál es el plan?

José hizo ademán de hablar, pero Marty se le adelantó como el coche que se cuele con malas artes.

–Verás, Charlie, en esto hay una parte superficial y otra subterránea. Hasta ahora, has estado en la superficie, aunque te las has arreglado para mostrarnos lo que hay en la parte subterránea. Pero a partir de ahora, bueno... puede que las cosas cambien un poco. Así es como lo vemos nosotros. Puede que estemos equivocados, pero éstos son los síntomas.

–Quiere decir que hasta ahora has estado en territorio amigo. Hemos podido estar cerca de ti y sacarte de esto si hacía falta. Pero a partir de ahora, se acabó. Vas a ser uno de ellos, vas a compartir sus vidas, su mentalidad y su código moral. Tal vez pasen meses hasta que tengas posibilidad de contactar con nosotros.

–Contactar, puede que sí, pero es cierto que no estaremos a tu lado -concedió Marty sonriendo, pero no a José-. De todos modos, puedes contar con que estaremos cerca.

–¿Y cuándo sale la palabra «fin»? -preguntó Charlie.

–¿A qué fin te refieres? -dijo Marty, aparentemente confuso-. ¿Al fin que justifica los medios? Me parece que no te comprendo...

–¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Cuándo os daréis por satisfechos?

–Estamos ya más que satisfechos, Charlie -dijo Marty con simpatía. Ella supo que la engañaba.

–El fin es un hombre -dijo bruscamente José, y Charlie vio cómo Marty volvía la cabeza hasta que su cara quedó fuera de su vista. Pero no la de José, cuya mirada, al devolver la de Marty, tenía una retadora franqueza que ella nunca le había visto.

–Sí, Charlie, el fin es un hombre. Ése es nuestro objetivo -concedió finalmente Marty, volviéndose a mirarla una vez más-. Si piensas continuar es mejor que lo sepas.

–Es Khalil -dijo ella.

–Exacto: Khalil -dijo Marty-. Khalil es quien dirige todos sus movimientos en Europa. Es el hombre que queremos.

–Es muy peligroso -dijo José-, Allí donde Michel era torpe, él es todo lo contrario.

Kurtz, tal vez para mostrarse como mejor estratega que José, se apropió de la frase:

–Khalil no tiene nadie en quien confiar, ninguna amiga fija. Jamás duerme dos veces seguidas en la misma cama. Él mismo se ha marginado de la gente y ha reducido sus necesidades básicas hasta el punto de que prácticamente es autosuficiente; un agente de los más listos -concluyó, dedicándole una indulgente sonrisa. Pero al encender otro cigarrillo, Charlie se dio cuenta por el temblor de la cerilla que estaba realmente enfadado.

¿Cómo era que ella no vacilaba?

Una extraordinaria calma se había adueñado de Charlie, una lucidez de sentimientos que superaba todo lo que había conocido hasta ahora. José no se había acostado con ella para alejarla sino para retenerla. Sufría en carne propia los miedos y dudas que ella debería haber sentido. Pero aun así Charlie sabía que en ese microcosmos secreto que le habían inventado, volverse atrás era volverse atrás irreversiblemente, que un amor que no progresaba nunca podría renovarse, que acabaría en el pozo de la mediocridad absoluta en que habían terminado todos sus antiguos amores desde que conocía a José. El hecho de que él quisiera impedir que continuara en la operación no la arredró, al contrario, le dio fuerzas para decidirse. Ellos dos eran compañeros, además de amantes. Tenían un destino común, un futuro común, como los esposos.

Le preguntó a Kurtz cómo reconocería la presa. ¿Se parecía a Michel? Marty se echó a reír, meneando la cabeza.

–¡Ay, querida mía, Khalil nunca ha querido posar para nuestros fotógrafos!

Y luego, mientras José desviaba la vista para quedarse mirando la ventana manchada de hollín, Kurtz se levantó y de un viejo maletín negro que había junto su butaca extrajo lo que parecía un recambio de bolígrafo gigante, con un par de finos alambres rojos saliendo de un extremo como los bigotes de una langosta.

–Esto, querida, es lo que llamamos un detonador -explicó al tiempo que daba unos golpecitos al recambio con su dedo regordete-. En esta punta se encuentra el bitoque y es al bitoque donde van conectados estos cables. De cable, necesita poco. El resto, el cable de sobra, se deja de esta manera. -Y, sacando del maletín unos alicates, cortó ambos extremos por separado, dejando unos cuarenta y cinco centímetros conectados. Después, con un gesto hábil y preciso, retorció el cable sobrante dándole forma de pelele, con cinturón y todo. Acto seguido se lo entregó a Charlie-. Este muñeco es lo que llamamos su rúbrica. Todo el mundo estampa su

firma, tarde o temprano. La suya es este muñeco.

Kurtz volvió a cogerlo.

José le proporcionó unas señas adonde dirigirse. La mujer de marrón la acompañó hasta la puerta. Al salir a la calle vio que había un taxi esperándola. Amanecía, y los gorriones empezaban a cantar.

Empezó más temprano de lo que Helga le había dicho, en parte porque era persona propensa a inquietarse, y en parte porque se había investido de una tosca capa de deliberado escepticismo con respecto al plan. ¿Y si el teléfono está estropeado?, le había dicho; esto es Inglaterra, Helga, no la perfecta Alemania; ¿y si están comunicando cuando llames? Pero Helga había desechado esa clase de razonamientos: Tú haz exactamente lo que se te ordena, lo demás déjame a mí. De modo que partió de Gloucester Road, tal como le habían dicho, y se sentó en el piso de arriba; pero en vez de coger el autobús de las siete y media, tomó el de las siete y veinte. En la parada de metro de Tottenham Court Road estuvo de suerte; un tren llegaba en el momento en que estaba bajando al andén, como resultado de lo cual tuvo que ir desde el Embankment hasta su último transbordo sentada como la fea a quien nadie saca a bailar. Era un domingo por la mañana, y aparte de unos pocos insomnes y de algunos feligreses camino de la iglesia, era la única persona despierta en todo Londres. Cuando llegó a la City, le dio la impresión de que había sido totalmente desalojada, y no tuvo más que buscar la calle para dar con la cabina de teléfono a unos cien pasos más allá, en el sitio exacto donde Helga le había explicado, guiñándole el ojo como un faro. Estaba vacía.

«Primero camina hasta el final de la calle, da la vuelta y retrocede otra vez», le había dicho Helga, de modo que hizo una primera pasada y confirmó que el teléfono no parecía demasiado estropeado (aunque para entonces pensaba que era un sitio de lo más obvio para estar esperando una llamada de unos terroristas internacionales). Dio la vuelta a la esquina y luego volvió sobre sus pasos, pero su irritación fue mayúscula al ver que un hombre se metía en la cabina y cerraba la puerta. Consultó su reloj: aún quedaban doce minutos, así que, no excesivamente preocupada, se apostó a unos metros de allí y esperó. El hombre llevaba una gorra con borla como de pescador y una cazadora de cuero con cuello de pieles, demasiado abrigo para un día de bochorno. Estaba de espaldas a ella y hablaba sin parar en italiano. Por eso necesita el forro de piel, pensó Charlie; a su sangre latina no le agrada demasiado nuestro clima. Charlie iba vestida igual que cuando se ligó a Matthew, el chico de la fiesta de Al: unos téjanos viejos y la chaqueta tibetana. Se había peinado pero sin cepillarse el pelo; la tensión la hacía sentir como perturbada, y confiaba en dar esa impresión.

Quedaban siete minutos aún, y el hombre de la cabina se había lanzado a uno de aquellos apasionados monólogos italianos que igual podía haber tenido como tenía un amor no correspondido que el estado de la bolsa milanesa. Nerviosa, Charlie se lamía los labios mirando a ambos lados de la calle, pero todo estaba en calma: ni siniestros turismos negros ni hombres escondidos en portales; y ningún Mercedes rojo. El único

vehículo a la vista era una furgoneta muy tronada, con la carrocería ondulada y la puerta del conductor abierta, que estaba justo enfrente de ella. Pese a todo, empezaba a sentirse desnuda. Una sorprendente variedad de relojes seculares y religiosos anunciaron las ocho de la mañana. Helga había dicho a y cinco. El hombre había dejado de hablar, pero Charlie oyó el tintineo de las monedas cuando se hurgó los bolsillos en busca de más; y entonces oyó unos golpecito: el de la cabina intentaba llamar su atención. Se volvió y vio que le tendía una moneda de cincuenta peniques con cara de súplica.

–¿No podría dejarme pasar un momento? -dijo ella-, Tengo mucha prisa.

Pero el hombre no hablaba inglés.

Mierda, pensó; Helga va a tener que marcar otra vez. Yo ya se lo había advertido. Se descolgó el bolso del hombro, lo abrió y rebuscó en aquel sumidero monedas de diez y de cinco hasta sumar cincuenta peniques. Santo Dios, si hasta me sudan los dedos. Tendió el puño cerrado hacia el italiano, con los húmedos dedos hacia abajo a fin de soltarle la calderilla en su agradecida palma de latino, y vio que el hombre la apuntaba con una pistola pequeña oculta entre los pliegues de su cazadora exactamente al punto donde la caja torácica se unía con el estómago, una verdadera muestra de prestidigitación como no había visto nunca. No era un arma de grandes dimensiones, aunque le constaba que cuando alguien te apunta, el arma siempre parece más grande. Más o menos como la de Michel. Pero Michel ya le había explicado que toda arma debía ser un equilibrio entre ocultación, maniobrabilidad y eficacia. El hombre sostenía aún el auricular en la otra mano y ella se figuró que había alguien escuchando al otro extremo de la línea, porque aunque ahora le hablaba a ella, seguía con el oído pegado al auricular.

–Y ahora, Charlie -le explicó en buen inglés-, vas a caminar a mi lado hasta el coche. Ponte a mi derecha y ve andando despacio, un poco más adelante y con las manos atrás donde yo pueda verlas. Juntas y a la espalda, ¿entendido? Si tratas de escapar o de hacerle alguna señal a alguien, te pego un tiro, aquí, ¿lo ves? Si gritas, te mato. Tanto si viene la policía como si alguien dispara, o sospecho alguna cosa, te mato.

Le señaló el punto exacto en su propio cuerpo para que lo comprendiera. Añadió algo por el teléfono en italiano y colgó. Después salió de la cabina y esbozó una sonrisa de desconfianza justo en el momento en que su cara estaba más próxima a la de Charlie. Cara de auténtico italiano, sin duda, igual que la voz, rica y musical. Ella se imaginó aquella voz resonando en antiguas plazas de mercado, charlando con las mujeres que miraban desde los balcones.

–Vamos -dijo el italiano. Seguía con una mano metida en el bolsillo de la cazadora-. No muy deprisa ¿de acuerdo? Camina normal y sin hacer tonterías.

Poco antes, Charlie había sentido intensas ganas de orinar, pero se le quitaron al

ponerse en movimiento y notó en cambio un calambre en la nuca y un zumbido en el oído derecho como si la rondase un mosquito nocturno.

–Cuando subas, apoya las manos sobre el salpicadero -le ordenó el hombre mientras andaban-. La chica de atrás también va armada y es muy rápida matando gente. Mucho más que yo.

Charlie abrió la portezuela, se sentó y apoyó la punta de los dedos, como una buena chica en la mesa, en el salpicadero.

–Relájate, Charlie -dijo alegremente Helga desde el asiento trasero-. Baja los hombros, querida, ¡que pareces una vieja! -Charlie dejó los hombros donde estaban-. Y ahora sonríe. ¡Viva! Sigue sonriendo. Hoy todo el mundo está contento. Y al que no lo está, se le pega un tiro.

–Pues empieza por mí -dijo Charlie.

El italiano subió al asiento del conductor, encendió la radio y sintonizó un programa religioso.

–Apaga eso -le ordenó Helga. Estaba apoyada contra la puerta de atrás con las rodillas levantadas, sosteniendo el arma con ambas manos, y no parecía de las que yerran a una lata de aceite a quince pasos. Encogiéndose de hombros, el italiano apagó la radio y volvió a dirigirse a Charlie.

–Muy bien, ahora ponte el cinturón, junta las manos sobre la falda -dijo-. Espera, lo haré yo por ti. -Le cogió el bolso, se lo lanzó a Helga, le ciñó el cinturón de seguridad, rozándole ávidamente los pechos. Era guapo como un actor de cine: un Garibaldi maleducado en plan héroe de la película. Con toda la calma del mundo, el actor sacó unas gafas de sol del bolsillo y se las puso a Charlie. Al principio creyó que se había quedado ciega de pánico, porque no podía ver nada. Pero luego pensó: Son de las que se ajustan solas; sólo tengo que esperar a que se aclare la visión. Y después se dio cuenta de que la intención era que no viese nada.

–Si te las quitas, ten por seguro que te pega un tiro en la nuca -le advirtió el italiano poniendo el coche en marcha.

–Desde luego que sí -dijo Helga, jovial.

Partieron dando botes por un tramo de adoquines y luego surcaron aguas más tranquilas. Ella esperaba oír otros coches, pero únicamente le llegaba el ruido del motor avanzando por las calles desiertas. Trató de descubrir qué camino habían seguido, pero se perdió enseguida. Y luego, sin previo aviso, pararon. No tuvo la sensación de que el vehículo aminorara la marcha, ni de que hubieran hecho maniobra para aparcar. Llevaba contados trescientos latidos de su pulso y dos paradas previas, que atribuyó a sendos semáforos. Había memorizado trivialidades como la alfombra de goma que tenía bajo los pies y el diablo rojo con un tridente que colgaba del llavín del coche. El italiano la estaba ayudando a salir del coche; le colocaron un bastón en la mano, que ella supuso blanco. Con ayuda de sus amigos, estaba

venciendo ahora los seis pasos y cuatro peldaños de subida hasta la casa de alguien. El ascensor producía un gorjeo que parecía una reproducción exacta del silbato de agua que le había tocado soplar en la orquesta del colegio para hacer de pájaro en la «Sinfonía de los juguetes». «Su actuación será magnífica», le había advertido José. «De aprendices no tienen nada. Son de los que actúan en el West End no bien acaban la escuela de arte dramático.» Se hallaba sentada en una especie de silla de montar sin respaldo. Le habían hecho juntar las manos sobre el regazo. Se habían quedado con su bolso, y les oyó volcar el contenido sobre una mesa de vidrio con el subsiguiente tintineo de las llaves y la calderilla... y el golpe sordo de las cartas de Michel, que aquella misma mañana había cogido por orden de Helga. En el aire había un olor a loción corporal, más dulzón y adormecedor que el de Michel. La moqueta del suelo era de nylon grueso y de color rojizo, como las orquídeas de Michel; supuso que las cortinas estarían corridas y serían gruesas, porque la luz que se colaba por los extremos de sus gafas era de un amarillo eléctrico, sin asomo de luz diurna. Llevaba en la habitación varios minutos y nadie decía nada.

–Exijo ver al camarada Mesterbein -prorrumpió de repente Charlie-. Exijo toda la protección de la ley.

–¡Pero Charlie! -estalló Helga, riendo como una posesa-. ¡Qué extravagante eres! ¿No te parece maravillosa? -dirigiéndose presumiblemente al italiano, pues Charlie no tenía conciencia de que hubiera nadie más. Aun así, no hubo respuesta a su pregunta, ni Helga parecía esperarla. Charlie lanzó otra sonda.

–Las pistolas te sientan muy bien, Helga, lo reconozco. De ahora en adelante, no te imaginaré de otro modo que con una pistola en la mano.

Esta vez Charlie advirtió claramente una nota de nervioso orgullo en la risa de Helga; estaba exhibiendo a Charlie delante de otra persona, alguien a quien respetaba mucho más que al italiano. Al oír pasos forzó al máximo la vista y distinguió sobre la moqueta rojiza, la bruñida puntera negra de un zapato carísimo de hombre. Oyó una respiración y el sonido de succión de una lengua apoyada contra los dientes superiores. El pie desapareció y se produjo una turbulencia del aire cuando el cuerpo muy perfumado del hombre pasó por su lado. Charlie se apartó instintivamente pero Helga le ordenó que se estuviera quieta. Oyó que encendían una cerilla y percibió un olor a cigarro puro como los que fumaba su padre por Navidad. Helga le advirtió una vez más que se estuviera quieta -«absolutamente quieta, o serás castigada sin vacilación»-, pero las amenazas de Helga no entorpecían los intentos de Charlie por definir a su invisible visitante. Se veía a sí misma como un murciélago, mandando señales y escuchando cómo rebotaban hacia ella. Se acordó de cuando jugaba a la gallina ciega en los guateques infantiles de Todos los Santos. Oler aquí, palpar allá, adivinar quién te estaba besando aquellos labios de trece años.

La oscuridad la estaba mareando. Me voy a caer. Menos mal que estoy sentada. El

hombre estaba ante la mesa de vidrio inspeccionando el contenido de su bolso, tal como había hecho Helga en Cornualles. Pudo oír unos segundos de música cuando el hombre jugueteó con su pequeña radio despertador, y un ruido metálico al dejarla a un lado. «Esta vez no habrá trucos», le había dicho José. «Te llevas el modelo original, nada de sustitutos.» Le oyó pasar las páginas de su diario mientras chupaba el puro. Seguro que me pregunta qué significa eso de «resbalón», pensó. Ver a M... Encontrarme con M... Amar a M... ¡¡atenas...!! El hombre no preguntó nada. Oyó como un gruñido cuando él se sentó en el sofá, y luego el crujido de la tela del pantalón sobre el rígido calicó del tapizado. Un gordinflón que gasta cosméticos caros y zapatos hechos a mano y que fuma habanos se sienta agradecido en un sofá de fulanas. La oscuridad la hipnotizaba. Seguía con las manos entrelazadas sobre el regazo, pero le parecían las de otra persona. Oyó el chasquido de una goma elástica. Las cartas. Nos enfadaremos mucho si no traes las cartas. Cindy, acabas de ganarte las clases de música. Ah, si hubieras sabido adonde iba cuando pasé por tu casa. Si yo lo hubiera sabido...

La oscuridad empezaba a volverla loca. Como me encierren, estoy perdida; la claustrofobia siempre ha podido conmigo. Estaba recitando a T. S. Eliot para sus adentros, unos versos aprendidos en el colegio durante el mismo curso en que la expulsaron: era algo de que el presente y el pasado estaban contenidos en el futuro; algo de que cualquier tiempo era eternamente presente. Ni lo comprendió entonces ni lo comprendía ahora. Menos mal, se dijo, que no me quedé con *Whisper*. Era un insolente perro de caza negro que vivía al otro lado de su calle y cuyos dueños se iban al extranjero. Se imaginaba a *Whisper* sentado junto a ella, con gafas oscuras.

–Cuéntanos la verdad, y no te mataremos -dijo quedamente una voz masculina.

¡Era Michel! O casi. ¡Michel volviendo casi a la vida! El acento era el de Michel, igual que la melodiosa cadencia, el tono soñoliento y rico en matices, surgido del fondo de la garganta.

–Si nos cuentas todo lo que les dijiste, lo que has hecho ya por encargo de ellos y cuánto te pagaron, lo comprenderemos y te dejaremos marchar.

–Mantén la cabeza quieta -le espetó Helga desde atrás.

–No pensamos que le traicionaras por traicionarle, ¿de acuerdo? Tuviste miedo, te metiste en esto hasta el cuello, y ahora les sigues el juego. Es lógico. Nosotros no somos inhumanos. Te sacaremos de aquí, te dejaremos a las afueras de la ciudad, y tú les cuentas lo que ha sucedido. Eso no nos importa... siempre que seas honesta.

El hombre suspiró, como si la vida le representara una carga.

–Puede que te hayas encaprichado de cierto guapo funcionario de policía y que le hayas hecho un favor, ¿no? Somos comprensivos con estas cosas. Somos gente comprometida, sí, pero no psicópatas. ¿Entendido?

–¿Comprendes lo que te dice, Charlie? -Helga estaba enfadada-. ¡Responde o

serás castigada!

Charlie insistió en no responder.

—¿Cuándo entraste en contacto con ellos por primera vez? ¿Fue después de lo de Nottingham? ¿De York, quizá? No importa. Acudiste a ellos. De eso no hay duda. Sentiste miedo y fuiste a la policía. «Este chalado de árabe pretende reclutarme para su causa terrorista. Sálveme, haré lo que me digan.» ¿Fue así como sucedió? Escucha, si vuelves con ellos no vas a tener problemas. Cuéntales tus heroicidades. Te proporcionaremos cierta información para contentarlos. Somos gente amistosa y razonable. Está bien, vamos al grano. Dejémonos de tonterías. Eres muy simpática pero te has metido donde no te llaman. Venga.

Ahora se sentía en paz y sumida en una inmensa lasitud causada por el aislamiento y la ceguera. Estaba a salvo, en el útero materno, libre para empezar de nuevo o para morir en paz, lo que la naturaleza dispusiera. Estaba durmiendo el sueño de la infancia, o de la vejez. Su propio silencio la hechizaba; era el silencio de la libertad perfecta. Ellos esperaban su respuesta, notaba su impaciencia pero no tenía sensación de compartirla en absoluto. En varios momentos llegó al extremo de pensar qué iba a decirles, pero su voz le sonaba muy lejana y no parecía tener sentido ir a buscarla. Helga dijo algo en alemán y pese a que Charlie no la entendió, sí pudo notar, como si fueran suyas, que las palabras tenían un tono de resignada perplejidad. El gordinflón le respondió en el mismo tono de desconcierto, pero sin hostilidad. Puede que sí o puede que no, pareció decir. Se los imaginaba a ambos negando toda responsabilidad sobre ella mientras se pasaban el muerto el uno al otro: una reyerta burocrática, en fin. El italiano quiso sumarse a la disputa, pero Helga le ordenó callar. El gordinflón y Helga reanudaron su discusión y Charlie captó la palabra «*logisch*».

Y entonces el gordinflón dijo:

—¿Dónde pasaste la noche después de llamar a Helga?

—En casa de un amante.

—¿Y anoche?

—Lo mismo.

—¿Era un amante distinto?

—Sí, pero los dos eran polis.

Supo que de no haber llevado las gafas puestas, Helga le habría pegado. En cambio, se abalanzó y con voz rabiosa le espetó una avalancha de órdenes: que no fuera impertinente, que no mintiera, que respondiera al momento y sin sorna. El interrogatorio se reanudó. Charlie respondió cansinamente, dejando que le sonsacaran las respuestas de la boca, frase a frase, pues en último término ¿por qué demonios tenían que meter las narices en sus cosas? ¿Qué número tenía la habitación de Nottingham? ¿Cómo se llamaba el hotel de Tesalónica? ¿Fueron a nadar? ¿A qué hora llegaron, a qué hora comieron, qué se hicieron subir a la habitación para beber?

Pero poco a poco, a medida que se escuchaba a sí misma y luego a ellos, supo que al menos de momento había ganado la partida, por más que la obligaran a llevar las gafas de sol al marchar y a dejárselas puestas hasta que estuvieron a bastante distancia de la casa.

21

Estaba lloviendo cuando aterrizaron en Beirut, y supo que era una lluvia cálida porque el bochorno penetró en la cabina mientras sobrevolaban en círculo y porque volvía a picarle la cabeza a causa del tinte con que Helga le había hecho teñir el pelo. Atravesaron unas nubes que parecían rocas al rojo vivo al resplandor de las luces del avión. Al cesar las nubes, salieron a mar abierto y volaron a poca altura con riesgo de colisionar contra las montañas que se les venían encima. Charlie solía tener una pesadilla parecida, sólo que su avión volaba por una calle atestada y con rascacielos a ambos lados, pero nada podía pararlo porque el piloto le estaba haciendo el amor. Tampoco ahora pudo detenerlo nada. El aterrizaje fue perfecto, se abrió la puerta y olió por primera vez el Oriente Medio dándole la bienvenida propia de los que vuelven a casa. Eran las siete de la tarde, pero igual podían haber sido las tres de la madrugada, pues enseguida se dio cuenta de que allí no se acostaba nadie. El estrépito que reinaba en la sala de llegadas le recordó el día de un derby famoso antes de dar la salida; con la cantidad de hombres de uniforme armados que había allí se podía empezar una guerra. Estrechando su bolsa de viaje contra el pecho, se abrió paso hasta la cola de inmigración y reparó con sorpresa que estaba sonriendo. Tanto su pasaporte germano-oriental como su falsa apariencia, que cinco horas antes habían sido cuestión de vida o muerte en el aeropuerto de Londres, resultaban totalmente triviales en este ambiente de inquieta y peligrosa urgencia.

«Ponte en la cola de la izquierda, y cuando enseñes el pasaporte, pide por el señor Mercedes», le había ordenado Helga en el Citroën aparcado en Heathrow.

«¿Y si me habla en alemán?»

La pregunta no era digna de ella, al parecer.

«Si te pierdes, ve en taxi al hotel Commodore, y siéntate a esperar en el foyer. Es una orden. Recuerda, señor Mercedes, como el coche.»

«¿Y después, qué?»

«Charlie, me parece que te estás pasando de terca y de imbécil. Haz el favor de dejarlo.»

«... o me pegas un tiro», sugirió Charlie.

—¡Señorita Palme! Su pasaporte. *Pass*. ¡Por favor!

Palme era su apellido alemán, pronunciando la «e» final, según le había dicho Helga. Lo decía ahora un árabe menudo con cara de contento y barba de un día, el pelo rizado y un traje tan raído como immaculado. «Por favor», repitió, tirándole de la manga. Llevaba la americana abierta y una enorme automática plateada metida en la cintura. Había unas veinte personas entre ella y el funcionario de inmigración. Helga no le había dicho que iba a ser así, ni mucho menos.

—Soy Mr. Danny. Por favor, señorita Palme. Venga por aquí.

Ella le entregó el pasaporte y el tal Danny se alejó entre el gentío, apartando a la gente con los brazos para que ella siguiese su estela. Hasta aquí toda señal de Helga o del señor Mercedes. Danny se había esfumado, pero reapareció muy ufano un momento después, llevando en una mano una tarjeta de desembarco y agarrando con la otra a un sujeto grande con cara de funcionario y chaqueta de cuero negra.

–Amigos -explicó Danny con una suntuosa sonrisa de patriota-. En Palestina todos amigos.

Ella tenía sus dudas, pero a la vista de semejante entusiasmo tuvo la cortesía de no negarlo. El tipo grande la miró de arriba abajo y a continuación examinó el pasaporte, pasándoselo luego a Danny. Por último inspeccionó la tarjeta blanca y se la metió en su bolsillo superior.

–*Willkommen* -dijo con un rápido movimiento de la cabeza, que no era sino una invitación a que se diera prisa.

Estaban junto a la puerta cuando empezó la pelea. Al principio sólo fue poca cosa, como si un funcionario de uniforme le hubiera dicho algo a un viajero de aspecto próspero. Pero de pronto estaban los dos gritando y amenazándose con los puños muy cerca de la cara. En cuestión de segundos había ya partidarios de cada contrincante, y mientras Danny la llevaba al coche, se aproximó al lugar de los hechos un grupo de soldados con boina verde, marchando a paso ligero al tiempo que se descolgaban las metralletas del hombro.

–Sirios -explicó Danny, y le sonrió filosóficamente como queriendo decir que todo país tiene sus sirios.

Era un viejo Peugeot azul. Olía a colillas rancias y estaba aparcado junto a una caseta que expendía café. Danny abrió la portezuela de atrás y sacudió el polvo del asiento con la mano. Al montar Charlie, un muchacho se coló a su lado por la otra puerta. Cuando Danny arrancaba, otro muchacho entró, sentándose a su lado. Estaba demasiado oscuro para que Charlie pudiera distinguir sus facciones, pero lo que sí vio claramente fueron sus metralletas. Los chicos eran tan jóvenes que por un momento llegó a dudar que sus armas fueran de verdad. Uno de ellos le ofreció un cigarrillo, que ella rechazó.

–¿Habla español? -le preguntó él con cortesía, a modo de alternativa. Charlie dijo que no-. Entonces, no haga caso de mi inglés. Si hablase usted español, yo podría expresarme correctamente.

–Pues hablas un inglés magnífico.

–No es verdad -replicó el joven, como si hubiera detectado en ello la perfidia occidental, y se sumió en un preocupado silencio.

Detrás de ellos sonaron unos disparos, pero nadie hizo caso. Se aproximaban a un recinto protegido por sacos de tierra. Danny paró el coche. Un centinela de uniforme se la quedó mirando y luego les indicó con la metralleta que podían seguir.

–¿Ése también era sirio? -preguntó ella.

–Libanés -dijo Danny, suspirando.

Pero Charlie, sin embargo, notó que estaba nervioso. Lo notaba en todos ellos: una agudeza de mirada y de pensamiento. La calle era en parte campo de batalla y en parte zona edificada, así lo revelaban en rápidos retazos las escasas farolas de la calle que funcionaban. Restos de árboles calcinados sugerían una antigua avenida elegante; las buganvillas empezaban a tapar las ruinas. Junto a las aceras yacían coches quemados y llenos de impactos de bala. Pasaron junto a chabolas iluminadas que albergaban comercios de llamativos colores y a altas siluetas de casa bombardeadas que parecían peñascos rocosos. Pasaron junto a una casa tan agujereada por los obuses que parecía un gigantesco rallador de queso recortándose contra un cielo pálido. Un fragmento de luna les acompañaba en su recorrido colándose aquí y allá. De vez en cuando aparecía un flamante edificio a medio construir, a medio iluminar y a medio habitar, como un juego de especuladores, con sus vigas rojas y su cristal negro.

–En Praga estuve dos años -dijo el chico, que parecía haberse recuperado de su decepción-. En La Habana, tres. ¿Ha estado en Cuba?

–No, no he estado nunca en Cuba.

–Pues yo soy intérprete oficial de árabe y español.

–Fantástico -dijo Charlie-. Enhorabuena.

–¿Quiere que le haga de intérprete, señorita Palme?

–Cuando quieras -dijo Charlie, provocando la carcajada general. La occidental acababa de ser rehabilitada.

Danny frenó y bajó la ventanilla. A lo lejos, en mitad de la calle, ardía una hoguera alrededor de la cual se reunía un grupo de hombres y muchachos con sus *kaffiyeh* blancos y ropa de campaña caqui hecha jirones. Cerca de ellos habían acampado por su cuenta unos perros. Charlie se acordó de Michel en su pueblo natal, escuchando las historias de viajeros, y pensó. «Han convertido las calles en aldeas.» Un apuesto anciano se levantó, se rascó la espalda y avanzó penosamente hacia ellos metralleta en mano hasta inclinar su arrugado rostro por la ventanilla de Danny para abrazarle. Su conversación se prolongó interminablemente. Sin nadie que le hiciera caso, Charlie se dedicó a escuchar atentamente, imaginando que entendía más o menos lo que decían. Pero al mirar más allá del viejo, tuvo una visión nada reconfortante: formando un semicírculo inmóvil, cuatro de aquellos hombres tenían sus metralletas dirigidas hacia el coche, y ninguno parecía sobrepasar los quince años.

–Son los nuestros -dijo el vecino de Charlie, reverentemente, al proseguir su camino-. Son comandos palestinos. Esta parte de la ciudad es nuestra.

Y de Michel, pensó ella con orgullo.

«Verás que son gente fácil de querer», le había dicho José.

Charlie pasó cuatro días y cuatro noches con los muchachos y les quiso a todos, juntos y por separado. Eran la primera de sus muchas familias. La transportaban siempre a oscuras, como si fuera un tesoro, y siempre con la mayor cortesía. Le explicaron con encantador recato que no la esperaban tan pronto, que su capitán necesitaba hacer ciertos preparativos. La llamaban «señorita Palme» y seguramente creían que aquél era su nombre verdadero. Aunque su afecto por ella era recíproco, en ningún momento le pidieron nada personal ni nada que pudiera parecer impertinente; mantenían en todos los sentidos una timidez y una reticencia disciplinadas, cosa que a ella le hacía preguntarse por la naturaleza de quien les mandaba. Su primera noche la pasó en lo alto de una casa derruida por los obuses y vacía de todo signo de vida excepto el loro del propietario ausente, que tosía como un fumador cada vez que alguien encendía un cigarrillo. También sabía imitar el sonido del teléfono, cosa que hacía a altas horas de la noche, obligándola a escabullirse hasta la puerta para ver si alguien contestaba la llamada. Los muchachos dormían fuera, en el descansillo, de uno en uno, mientras los otros fumaban, bebían pequeñísimos vasos de té azucarado o jugaban a cartas entre murmullos de fuego de campamento.

Las noches se hacían eternas, pero no había dos minutos iguales. Hasta los sonidos estaban en guerra, primero a lo lejos, avanzando después, agrupándose luego y cayendo finalmente en una refriega de ruidos en conflicto -un estallido de música, el chirriar de los neumáticos y las sirenas-, seguida del profundo silencio de la selva. En aquella orquesta, los disparos constituían un grupo de instrumentos menores: un toque de tambor aquí, un redoble allá y, de vez en cuando, el silbido de un proyectil. En algún momento oyó risas, pero las voces humanas eran escasas. Y en una ocasión, muy de mañana, tras un apremiante golpeteo en la puerta, Danny y los dos chicos se acercaron de puntillas a la ventana. Charlie se acercó también y vio que había un coche aparcado a un centenar de metros de allí. Salía humo del vehículo, que se elevaba en volutas irregulares. Una vaharada de aire caliente la hizo retroceder. Algo cayó de un estante y oyó un golpe sordo dentro de su cabeza.

—Paz -dijo Mahmoud, el más guapo, guiñándole el ojo; y todos se retiraron con la mirada brillante y confiada.

Lo único fácil de predecir fue el alba, cuando desde unos altavoces chirriantes aullaba el muecín convocando a los fieles a orar.

Charlie, sin embargo, lo aceptaba todo, dándose por entero a cambio. En medio de la sinrazón que la rodeaba, en aquella no buscada tregua para la meditación, halló por fin un soporte para su propia irracionalidad. Y puesto que ninguna paradoja era suficientemente ominosa en medio de aquel caos, halló también un lugar para José. Su amor hacia él, en aquel mundo de devociones inexplicables, estaba en todo cuanto

oía o miraba. Y cuando los chicos le deleitaban, entre una taza de té y un cigarrillo, con las historias de sus familias sometidas a las agresiones sionistas -tal como hiciera Michel, y con idéntica fruición romántica-, era una vez más su amor por José, el recuerdo de su suave voz y de su rara sonrisa, lo que abría su corazón a la tragedia.

Su segunda noche la pasó en el piso superior de un reluciente edificio de apartamentos. Desde su ventana se veía la negra fachada de un nuevo banco internacional y, más allá, el mar inmóvil. La playa desierta con sus casetas vacías era como un balneario siempre fuera de temporada. Un solitario vagabundo en aquella playa le resultó tan excéntrico como un bañista navideño en el Serpentine londinense. Pero lo más raro eran las cortinas. Cuando los chicos las corrieron al llegar la noche, no notó nada extraño, pero cuando amaneció vio una hilera de orificios de bala que atravesaba la ventana de una punta a otra en forma de serpiente. Eso fue el día en que les preparó tortillas para desayunar y les enseñó a jugar al gin rummy.

La tercera noche durmió encima de lo que parecía un cuartel militar. Las ventanas tenían barrotes y en la escalera había agujeros producidos por obuses. Unos carteles mostraban niños blandiendo metralletas o ramos de flores. En cada rellano había centinelas de ojos oscuros, y todo el edificio tenía el ambiente ruidoso y festivo de la Legión Extranjera.

-Nuestro capitán vendrá a verle pronto -le aseguraba Danny tiernamente, de vez en cuando-. Está haciendo los preparativos. Es un gran hombre, ya verá.

Empezaba a conocer esa sonrisa árabe que significa demora. Para consolarla de su espera, Danny le contó la historia de su padre. Tras veinte años en campos de refugiados, parecía que la desesperación había afectado el cerebro del pobre hombre. Y una mañana, antes de salir el sol, el viejo metió en una bolsa sus escasas pertenencias junto con los títulos de propiedad de sus tierras, y sin decírselo a su familia partió hacia las líneas sionistas con el propósito de reclamar personalmente su granja. Danny y sus hermanos fueron corriendo a buscarle, y vieron cómo su encorvada silueta se adentraba más y más en el valle hasta que una mina le hizo volar por los aires. Danny le contó todo aquello con desconcertante exactitud, mientras los otros dos le interrumpían para corregirle cuando la sintaxis o la cadencia de una frase les parecía incorrecta en inglés, y asentían con la cabeza para aprobar una determinada frase. Cuando Danny terminó su relato, le hicieron varias preguntas sobre la castidad de la mujer occidental, pues habían oído contar cosas vergonzosas aunque no del todo carentes de interés.

Y así fue como les fue queriendo cada vez más, y todo en sólo cuatro días. Les quería por su timidez, por su virginidad, por su disciplina y por la autoridad que ejercían sobre ella. Les quería como carceleros y como amigos. Pero pese a todo su afecto, ellos nunca le devolvieron el pasaporte, y si se acercaba demasiado a sus metralletas se apartaban de ella entre recelosas y frías miradas.

-Venga, por favor -dijo Danny, llamando suavemente a su puerta para despertarla-. Nuestro capitán está preparado.

Eran las tres de la mañana y no había amanecido aún.

Posteriormente recordaría una veintena de coches, pero habrían podido ser cinco solamente, porque todo sucedió muy rápido, en un zigzag de viajes cada vez más peligrosos por la ciudad en turismos color arena con antenas delante y detrás y guardaespaldas que no hablaban. El primer coche aguardaba al pie del edificio, pero por el lado del patio que Charlie aún no había visto. Y hasta que no salieron del patio a toda velocidad, no se dio cuenta de que los chicos se habían quedado. Llegando al final de la calle, el conductor debió ver algo que no le gustaba, pues giró en redondo haciendo rechinar los neumáticos, y mientras enfilaban nuevamente la calle a cien por hora oyó disparos y un grito muy cerca de ella, y notó que una mano fuerte le bajaba la cabeza, por lo que supuso que el tiroteo iba con ellos.

Pasaron un cruce en rojo y esquivaron a un camión por los pelos; se subieron a la acera de la derecha y describieron después un amplio giro a la izquierda penetrando en un empinado aparcamiento que daba a un parque de atracciones desierto. Vio una vez más sobre el mar la media luna de José, y por un momento se figuró que iban camino de Delfos. Aparcaron el coche junto a un Fiat grande y la hicieron subir con premura. Y otra vez a correr, vigilada por otros dos guardaespaldas, ahora por una autopista llena de baches con edificios acribillados a ambos lados y unos faros que les seguían de cerca. Las montañas que había delante eran casi negras, pero las que quedaban a izquierda eran grises debido al resplandor que emergía del valle iluminando sus laderas, y después del valle otra vez el mar. La aguja marcaba ciento cuarenta, pero un momento después ya no marcaba nada, porque el conductor había apagado los faros lo mismo que el coche perseguidor.

A su derecha había una hilera de palmeras y a su izquierda el arcén central que separaba ambas calzadas con una anchura de unos dos metros, a veces de grava y a veces de vegetación. Se metieron en el arcén central dando un tremendo salto, y con otro más fueron a parar a la calzada opuesta. Los coches hacían sonar sus cláxones y Charlie empezó a gritar «¡Hostia!» pero el conductor no era muy receptivo a las blasfemias. Poniendo las luces largas, enfiló hacia los coches que le venían en dirección contraria hasta torcer otra vez violentamente hacia la izquierda bajo un puente pequeño, y de repente emprendieron una alocada carrera hasta detenerse en una desierta pista de tierra para cambiar por tercera vez de vehículo, esta vez un Land Rover sin ventanas. Estaba lloviendo. No se había dado cuenta hasta entonces, pero mientras la metían como un paquete en la trasera del Land Rover, se quedó calada hasta los huesos y vio el resplandor de un relámpago hendiendo la montaña. O tal vez era una bomba.

Ahora subían por una carretera sinuosa de fuerte pendiente. Por la trasera del Land Rover veía el valle allá abajo, y por el parabrisas, entre la cabeza del guardaespaldas y del conductor, veía cómo la lluvia repicaba sobre el asfalto como formando bancos de pececillos danzantes. Había un coche delante de ellos; por la manera en que le seguían, Charlie supo que era uno de los suyos; había otro coche detrás y debía ser de ellos también, habida cuenta de que su presencia no parecía preocuparles. Hicieron uno o dos trasbordos más. Se aproximaban a un edificio con aspecto de colegio abandonado; pero esta vez el conductor apagó el motor y él y el guardaespaldas se apostaron en las ventanillas con las metralletas, esperando a ver quién subía por la colina. Más tarde, hubo controles de carretera en los que se detuvieron, y otros en los que les dejaron pasar merced a una señal hecha a los pasivos centinelas. En uno de los controles el guardaespaldas de delante bajó su ventanilla y disparó una ráfaga de metralleta a la oscuridad, pero la única respuesta fue el balido de unas ovejas aterradas. Y hubo también un último y terrorífico salto a la oscuridad entre dos pares de faros que les enfocaban de frente, pero para entonces Charlie ya no conocía el miedo; estaba aturdida y le importaba todo un comino.

El coche se detuvo al fin en el patio delantero de una vieja mansión con jóvenes centinelas provistos de metralletas, cuya silueta recortaba contra el cielo como una película de héroes rusos. El aire era frío y limpio y olía a todas aquellas fragancias griegas que la lluvia había despertado a su paso: a ciprés, a miel y a todas las flores silvestres del mundo. El cielo estaba borrascoso y cubierto de nubes amenazantes; abajo se veía toda la extensión del valle en menguantes retazos de luz. La condujeron por un porche hasta una sala grande, y allí, a la insignificante luz de una lámpara de techo, divisó por primera vez a quien llamaban «nuestro capitán»: una figura morena y sesgada, con una mata de pelo negro y lacio de colegial, un bastón tipo inglés de fresno natural para ayudar a andar a unas piernas renqueantes, y una irónica sonrisa de bienvenida iluminando su cara picada de viruela. Para estrecharle la mano, el hombre se colgó el bastón del brazo izquierdo, de modo que Charlie tuvo la impresión de ser ella quien le sostenía momentáneamente hasta que él se irguió otra vez.

–Miss Charlie, soy el capitán Tayeh. Le doy la bienvenida en nombre de la revolución.

Era una voz brusca y práctica. También era, como la de José, hermosa.

«En cuanto al miedo, será cosa de seleccionar», le había advenido José. «Por desgracia, nadie puede estar permanentemente asustado; pero con el capitán Tayeh, que es como se hace llamar, tendrás que emplearte a fondo, porque el capitán es un hombre muy inteligente.»

–Perdóneme -dijo Tayeh con una jovial falta de sinceridad.

La casa no era suya, porque no encontraba nada de lo que buscaba. Incluso para dar con un cenicero tuvo que ir a trompicones por la habitación, preguntando graciosamente a los distintos objetos si eran demasiado valiosos para aquel menester. Pero no había duda de que la casa era de alguien que le caía bien, pues Charlie observó en sus modales una actitud amistosa que era como decir: «Típico de ellos, sí señor, no podrían guardar las bebidas más que ahí dentro.» La luz seguía igual de parca, pero al irse acostumbrando a la oscuridad Charlie llegó a la conclusión de que aquella casa era de un profesor, de un político o de un abogado. Las paredes estaban atiborradas de libros de verdad, libros que habían sido leídos, consultados y vueltos a colocar sin demasiado esmero; el cuadro que había sobre la chimenea parecía representar Jerusalén. El resto era un masculino desorden de gusto ecléctico: butacas de piel con cojines de centón y un estridente batiburrillo de alfombras orientales. Y piezas de plata de Arabia, blanquísima y decorada, reluciendo como el cobre de un tesoro en oscuros recovecos. Y dos peldaños más abajo, en un gabinete, un estudio privado con un escritorio de estilo inglés y vista panorámica al valle que ella acababa de atravesar y al litoral bañado por la luna.

Estaba sentada donde él le había indicado, en el sofá de piel, pero Tayeh seguía dando trompicones por la habitación, con bastón y todo, haciendo cosas sin parar mientras le iba lanzando miradas desde distintos ángulos, evaluándola en todos sus aspectos; las gafas, una sonrisa; el vodka, otra sonrisa, y por último el whisky escocés que, a juzgar por cómo miraba la etiqueta, debía ser su marca preferida. En cada punta de la habitación había un muchacho con la metralleta apoyada en las rodillas. Había un montón de cartas esparcidas sobre la mesa, y no le hizo falta mirar para saber que eran las cartas que ella había escrito a Michel.

«No atribuyas a la incompetencia una confusión aparente», le había dicho José; «cuidado con la idea racista de que los árabes son inferiores, por favor».

La luz se extinguió del todo, pero eso solía pasar, incluso en el valle. Él se quedó de pie frente a ella, enmarcado por el ventanal como un risueño fantasma vigilante apoyado en su bastón.

—¿Sabe usted lo que sentimos cuando volvemos a nuestra tierra? -le preguntó Tayeh sin dejar de mirarla. Su bastón apuntaba ahora hacia el ventanal y su paisaje-. ¿Se imagina lo que es estar en su propio país, bajo sus propias estrellas, pisando su propia tierra y con un arma en la mano, buscando a los opresores? Pregúntele a los muchachos.

Su voz, al igual que las otras que ella conocía, era más hermosa aún en la oscuridad.

—A ellos usted les ha gustado -dijo él-. ¿Le gustan a usted?

—Sí.

—¿Cuál le ha gustado más?

–Todos por igual -dijo ella, y él rió otra vez.

–Me dicen que está muy enamorada de su difunto palestino. ¿Es eso cierto?

–Sí.

Seguía apuntando a la ventana con el bastón.

–En los viejos tiempos, si usted se hubiera atrevido, la habríamos llevado con nosotros más allá de la frontera. Para atacar, para vengarnos; para volver luego a festejarlo. Habríamos ido todos juntos. Helga dice que usted tiene ganas de luchar. ¿De veras tiene ganas?

–Sí.

–¿Contra cualquiera, o sólo contra sionistas? -El capitán no esperó respuesta y empezó a beber-. Entre nosotros hay gente que es pura escoria, y todos serían capaces de acabar con este planeta. ¿Es usted de éstos?

–No.

–Esa gente es pura escoria: Helga, Mesterbein... escoria necesaria, ¿comprende?

–No he tenido tiempo de averiguarlo -dijo Charlie.

–¿Es usted escoria?

–No.

–No -convino él, sin dejar de examinarla, pues la luz había vuelto-. No creo que lo sea. Puede que cambie. ¿Ha matado alguna vez?

–No.

–Tiene suerte. Allí hay policía, está en su propio país; hay un parlamento, unos derechos, pasaportes... ¿Dónde vive usted?

–En Londres.

–¿En qué parte de Londres?

Charlie tuvo la sensación de que él esperaba con impaciencia sus respuestas azuzado por sus propias heridas, que le impulsaban sin cesar a formular nuevas preguntas. Tayeh fue por una silla y la arrastró hacia ella trabajosamente, pero ninguno de los muchachos hizo ademán de ayudarle. Charlie supuso que no se atrevían a hacerlo. Cuando hubo dejado la silla donde quería, acercó una segunda, se sentó en la primera y con un gruñido balanceó la pierna hasta descansarla en la otra. Y cuando hubo terminado la operación, sacó un cigarrillo del bolsillo de su blusón y lo encendió.

–Usted es la primera inglesa que tenemos, ¿lo sabía? Hay holandeses, italianos, franceses, alemanes, suecos; un par de americanos, y hasta irlandeses. Todos han venido a luchar con nosotros. Pero aún no había nadie de Inglaterra. Como de costumbre, los ingleses siempre llegan tarde...

Le pareció recordar una frase similar. Al igual que José, aquel hombre hablaba de sufrimientos que ella no había experimentado, y desde una perspectiva que ella desconocía aún. No era viejo y, sin embargo, era sabio antes de tiempo. Ella tenía la

cara cerca de la lamparita; tal vez por eso la había hecho sentar allí. El capitán era un hombre muy inteligente.

–Olvídese de cambiar el mundo -comentó él-. Los ingleses ya se ocuparon de ello. Para eso es mejor que se quede en casa y que se limite a interpretar papeles en el teatro. Es más seguro.

–No, ya no -dijo ella.

–Bueno, siempre puede volver... -Bebió un poco de whisky-. Confesar, reformarse. Un año en prisión a lo sumo. Todo el mundo debería pasar un año en la cárcel. ¿Qué sentido tiene exponerse a morir por nosotros?

–Por él -le corrigió.

Tayeh desechó su romanticismo con un gesto airado del cigarrillo.

–Dígame: ¿a él qué más le da? Está muerto. Dentro de un par de años, lo estaremos todos. ¿Qué le importa a él?

–Todo. Él me lo enseñó.

–¿Le contó lo que hacemos...? ¿Que matamos, que ponemos bombas...? Bueno, qué más da.

Estuvo un rato ocupado únicamente en su cigarrillo. Miraba cómo se consumía el papel, inhalaba, fruncía el ceño y después lo aplastaba para encender otro. Charlie se figuró que en realidad no le gustaba mucho fumar.

–Pero ¿qué podía enseñarle él -protestó- a una mujer como usted? No era más que un muchacho. No podía enseñarle nada a nadie. No era nada.

–Lo era todo -repitió ella machaconamente, y una vez más vio que perdía interés, como quien se aburre de tener que aguantar la charla de un principiante. Pero entonces se fijó en que él había oído algo antes que los demás. Tayeh dio una orden y uno de los muchachos saltó hacia la puerta. Corremos más si nos lo pide un lisiado, pensó ella. Y oyó voces en el exterior.

–¿La enseñó a odiar? -sugirió Tayeh como si tal cosa.

–Decía que el odio era para los sionistas. Decía que para combatir hay que amar primero. Decía que el antisemitismo era un invento de los cristianos.

Se interrumpió al oír lo que Tayeh había percibido mucho antes: un coche que subía por la colina. Tiene el oído fino como los ciegos, pensó. Es por su defecto físico.

–¿Le gusta América? -quiso saber él.

–No.

–¿Ha estado alguna vez allí?

–No.

–¿Y cómo puede decir que no le gusta?

Pero se trataba una vez más de una pregunta retórica, una mera acotación que se hacía a sí mismo en medio de un diálogo dirigido a ella. El coche aparcó en el patio.

Oyó pasos y voces apagadas, y vio la luz de los faros colándose en la habitación antes de que los apagaran.

–No se mueva de ahí -le ordenó él.

Aparecieron otros dos chicos, uno con una bolsa de plástico y el otro con una metralleta, y aguardaron de pie a que Tayeh les dirigiera la palabra. Las cartas estaban sobre la mesa, entre ambos, y cuando ella recordó lo importantes que habían sido para ella, su desorden le pareció aún más impresionante.

–Nadie la va a seguir. Se dirige usted hacia el sur -le dijo Tayeh-. Bébase el vodka y vaya con los chicos. Puede que la crea y puede que no. O puede que eso no tenga importancia. Le proporcionarán ropa adecuada.

No se trataba de un coche sino de una mugrienta ambulancia blanca con medialunas verdes pintadas en el chasis y polvo rojizo sobre la capota; al volante, un muchacho con greñas y gafas oscuras. Agazapados en las destartadas literas del interior había otros dos chicos con sus metralletas incómodamente colocadas en aquel mínimo espacio, pero Charlie tuvo la osadía de sentarse junto al conductor, que vestía una bata gris de hospital y un pañuelo a la cabeza. Ya no era de noche, sino un bonito amanecer con un ominoso sol rojo a su izquierda que permaneció oculto mientras serpenteaban con cautela colina abajo. Charlie trató de cruzar unas palabras en inglés con el conductor, pero el chico puso cara de pocos amigos. Les dedicó a los de atrás un alegre «Hola, qué tal», pero si el uno era hosco, el otro era fiero, así que pensó: «Ya os apañaréis solos con vuestra revolución», y se dedicó a contemplar la vista. Él había dicho hacia el sur. ¿Cuánto tiempo?, ¿para qué? Pero existía una ética consistente en no hacer preguntas, y ella se veía forzada a acatarla tanto por orgullo como por instinto de supervivencia.

El primer control fue al entrar en la ciudad; hubo cuatro controles más antes de que salieron de Beirut por la carretera de la costa, y en el cuarto dos hombres estaban cargando el cadáver de un muchacho en un taxi mientras unas mujeres gritaban y aporreaban el techo del vehículo. El cuerpo iba con una mano vacía apuntando hacia abajo, como si aún estuviera empuñando alguna cosa. «No hay más muertes que la primera», recitó Charlie para sus adentros pensando en Michel asesinado. A su derecha se abría el mar azul, y de nuevo el paisaje le pareció absurdo. Era como si en plena costa inglesa hubiera estallado la guerra civil. A lo largo de la carretera del litoral se alineaban coches destrozados y villas acribilladas a balazos; en un parque infantil, dos niños jugaban con un balón junto al cráter de un obús; los pequeños muelles para yates aparecían medio sumergidos y desmoronados; hasta los camiones de fruta que pasaban rumbo al norte ocupando casi toda la calzada parecían impulsados por la desesperación del fugitivo.

Un nuevo control les obligó a parar. Eran sirios. Pero a ninguno de ellos le interesó una enfermera alemana dentro de una ambulancia palestina. Charlie oyó el

ruido de un motor de motocicleta y miró sin curiosidad. Era una Honda polvorienta con sus bolsas laterales repletas de plátanos verdes. Del manillar colgaba por sus patas un pollo vivo, y en sillín iba Dimitri escuchando las revoluciones del motor con gran concentración. Vestía como un soldado palestino (es decir, a medio uniformar) y llevaba un *kaffiyeh* rojo al cuello. Remetido en la charretera de su camisa caqui llevaba, a modo de regalo de una chica, un conspicuo ramito de brezo blanco como diciendo «Estamos contigo», porque ésa era la señal que ella había estado buscando los últimos cuatro días: un ramito de brezo blanco.

«A partir de ahora, sólo el caballo conoce el camino», le había dicho José; «tu misión es no bajarte de la silla».

Formaron una nueva familia y se dedicaron una vez más a esperar.

Su nuevo hogar era una casa pequeña cerca de Sidón, con una veranda de hormigón partida en dos por un proyectil disparado desde un barco de guerra israelí, que había dejado unos hierros oxidados colgando como antenas de un insecto gigante. En la parte de atrás había un huerto con mandarinos donde un viejo ganso picoteaba la fruta caída; el jardín de delante consistía en un montón de barro y chatarra que durante la última invasión (si no en la última en una de las últimas cinco) había sido un famoso emplazamiento. En el corral contiguo, una familia de gallinas amarillas y un spaniel refugiado con cuatro rollizos cachorros compartían los restos de un carro blindado. Más allá del tanque se extendía el azul mar cristiano de Sidón, con su fortaleza de las Cruzadas irguiéndose en el muelle como un auténtico castillo de arena. Charlie había sumado otros dos muchachos a las inagotables existencias de Tayeh: se llamaban Karim y Yasir. Karim era regordete y bufonesco, y cada vez que cogía su metralleta lo hacía con grandes aspavientos, resoplando y haciendo muecas como si levantara un peso muerto cuando se la ponía al hombro. Pero al sonreírle Charlie en gesto de solidaridad, Karim la miró turbado y corrió a reunirse con Yasir. Su ambición era ser ingeniero. Tenía diecinueve años y llevaba ya seis luchando. Hablaba inglés como cuchicheando e introducía alguna forma del verbo «soler» en casi todas sus frases.

–Cuando Palestina suela ser libre, yo estudiaré en Jerusalén -dijo-. Y mientras tanto -añadió, ladeando la cabeza y suspirando ante tan horrorosa perspectiva-, en Leningrado o quizá en Detroit.

Sí, concedió Karim educadamente, él «solía» tener un hermano y una hermana también, pero ésta había muerto en una incursión sionista sobre el campo de Nabatiyeh. Su hermano había sido trasladado a Rashidiyeh y había muerto tres días después durante un bombardeo naval al campo de aquella localidad. Hablaba de esas pérdidas con humildad, como si dentro de la tragedia general no tuvieran excesiva importancia.

–Palestina solía ser como un garito -le dijo misteriosamente a Charlie una mañana, mientras ella aguardaba junto a la ventana de su cuarto enfundada en un vaporoso camisón blanco en tanto Karim sostenía la metralleta a punto de disparar-. Necesita muchas caricias porque si no, suele volverse salvaje.

Le explicó que había visto en la calle a un hombre que le daba mala espina y que había subido a ver si tenía que matarlo o no.

Pero Yasir, con su frente baja de boxeador y su mirada feroz e hiriente, ni siquiera le dirigía la palabra. Vestía una camisa roja a cuadros y un cordoncillo en el hombro que indicaba que pertenecía al servicio de información militar, y cuando oscurecía se quedaba en el jardín, vigilando el mar por si llegaban los sionistas. Era un gran comunista, explicó compasivamente Karim, y pensaba acabar con el colonialismo en el mundo entero. Yasir odiaba a todos los occidentales, incluso a los que aseguraban amar a Palestina. Su madre y toda su familia habían muerto en Tal al-Zataar.

Charlie le preguntó cómo habían muerto.

De sed, le explicó Karim, y pasó a contarle un breve capítulo de la historia más reciente: Tal al-Zataar, el monte del tomillo, era un campo de refugiados que había en Beirut formado por chozas con techo de uralita. A veces había hasta once personas en la misma habitación. Durante diecisiete meses millares de palestinos y libaneses pobres resistieron ante los constantes bombardeos.

–¿Quién les bombardeaba? -preguntó Charlie.

A Karim le dejó perplejo la pregunta. El Kata'ib, dijo, como si la respuesta fuera evidente; irregulares maronitas fascistas, ayudados por Siria y sin duda también por los sionistas. Murieron a millares, dijo, pero nadie sabía el número exacto porque fueron muy pocos los que quedaron para contarlos. Cuando los atacantes llegaron al campo, mataron a la mayoría de los supervivientes. Fusilaron a las enfermeras y a los médicos, naturalmente, pues no quedaban medicamentos, agua, ni enfermos que curar.

–¿Estabas en ese campo? -preguntó Charlie.

Karim respondió que no; pero Yasir sí había estado allí.

–En adelante, no tome el sol -le dijo Tayeh cuando fue a recogerla al día siguiente-. No estamos en la Riviera.

Nunca volvió a ver a aquellos muchachos. Paso a paso estaba entrando en el estado que le había predicho José. La estaban educando en la tragedia, y la tragedia la absolvía de la necesidad de explicarse a sí misma. Era como una amazona con anteojeras a la que conducían por acontecimientos y emociones que no podía abarcar dada su magnitud, en una tierra donde el mero estar formaba parte de una monstruosa injusticia. El haberse unido a las víctimas la reconciliaba con sus embustes. Cada día que pasaba, su pretendida fidelidad a Michel se iba afianzando en los hechos, mientras que su fidelidad a José, por más que no inventada, sobrevivía únicamente

como una marca oculta en su alma.

–Pronto estaremos todos muertos -le dijo Karim, recordando las palabras de Tayeh-. Los sionistas culminarán su genocidio, como suelo decir yo.

La cárcel vieja estaba en el centro de la ciudad. Tayeh le había dicho enigmáticamente que aquél era el lugar donde los inocentes cumplían su cadena perpetua. Para llegar a la cárcel, hubieron de aparcar en la plaza mayor y penetrar en un laberinto de viejos pasadizos a cielo abierto pero cubiertos de pancartas de plástico, que ella al principio tomó equivocadamente por ropa tendida. Era la hora vespertina del comercio; tiendas y casetas estaban abarrotadas. Las farolas iluminaban el mármol viejo de las paredes como si la luz viniera del interior de los edificios. En las callejuelas el alboroto era intermitente, y a veces, al doblar una esquina, desaparecía por completo a excepción del ruido de sus pisadas sobre el pulido pavimento de las losas romanas. Un hombre de aspecto hostil y pantalones acampanados encabezaba la marcha.

–Le he dicho al administrador que es una periodista occidental -le explicó Tayeh mientras cojeaba a su lado-. No le extrañe si la trata mal, no le gusta los que vienen para mejorar sus conocimientos de zoología.

Una luna raída les seguía; la noche era bochornosa. Llegaron a otra plaza y oyeron la algarabía de una música árabe, transmitida por unos altavoces improvisados en lo alto de unos postes. Una verja alta que estaba abierta daba a un patio muy bien iluminado en el que había una escalera de piedra que llevaba a diversos balcones. La música sonaba ahora más fuerte.

–Pero ¿quiénes son? -preguntó Charlie, todavía perpleja-, ¿Qué es lo que han hecho?

–Nada. Ése es su delito. Son refugiados que se refugian de los campos de refugiados -replicó Tayeh-. La cárcel tiene muros muy gruesos, y estaba vacía. Por eso la confiscamos, para protegerlos. Salude a todo el mundo con solemnidad -añadió-. No sonría con demasiada facilidad, o pensarán que se está riendo de su desgracia.

Un viejo sentado en una silla de cocina les miró sin expresión. Tayeh y el administrador se adelantaron para saludarle. Charlie echó un vistazo alrededor. «Nada de esto es nuevo para mí. Soy una curtida periodista occidental encargada de explicar las privaciones de esta gente a personas que pese a tener de todo son desgraciadas.» Se encontraba en mitad de un enorme silo de piedra en cuyos vetustos muros se amontonaban hasta el cielo las puertas enrejadas y los balcones de madera. Todo estaba recién pintado de blanco, dando una ilusión de higiene. Las celdas de la planta baja eran abovedadas. Sus puertas estaban abiertas en señal de hospitalidad, y en su interior había figuras que al principio parecían inmóviles. Hasta los niños actuaban

con gran economía de movimientos. Frente a cada celda había cuerdas de tender la ropa cuya asimetría hacía pensar en el orgullo competitivo de la vida de pueblo. Charlie percibió olor a café, a alcantarilla y a día de la colada.

–Deje que ellos hablen primero -le aconsejó Tayeh al regresar con el administrador-. No sea impertinente con estas personas, no la entenderían. Está usted en presencia de una especie en proceso de extinción.

Subieron por una escalera de mármol. En la primera planta las celdas tenían puertas macizas con mirillas para el carcelero. El ruido parecía aumentar con el calor. Pasó una mujer vestida completamente de campesina. El administrador le dijo algo y ella señaló un letrero escrito en árabe que formaba una tosca flecha. Al mirar al patio, Charlie vio al viejo sentado en su silla y contemplando la nada. Habrá terminado su trabajo por hoy, pensó; nos ha dicho «Vayan arriba». Llegaron a la flecha, siguieron hacia donde indicaba, llegaron a otra y pronto estuvieron en el centro mismo de la cárcel. Necesitaré una cuerda para encontrar el camino de vuelta, se dijo. Miró a Tayeh, pero éste no quería mirarla a ella. No vuelva a tomar el sol. Entraron en una antigua sala de personal o tal vez una cantina. En mitad de la misma había una mesa camilla cubierta por un plástico y encima de un carrito nuevo, medicamentos, cubitos con torundas y jeringas. Un hombre y una mujer estaban atendiendo a los enfermos; la mujer, vestida de negro, limpiaba los ojos a un bebé con un algodón. Las madres esperaban pacientemente junto a la pared mientras sus niños dormitaban.

–Espere aquí -le ordenó Tayeh, y esta vez se adelantó él mismo dejándola con el administrador.

Pero la mujer ya le había visto entrar. Alzó la vista y luego miró a Charle con ojos inquisitivos. Le dijo algo a la madre del bebé y le devolvió a su hijo. Después se acercó al lavabo y se lavó metódicamente las manos mientras examinaba a Charlie por el espejo.

–Síguenos -dijo Tayeh.

En todas las cárceles hay uno: un pequeño cuarto alegre con flores artificiales y una fotografía de Suiza para solaz de personas sin culpa. El administrador se había ido. Tayeh y la chica se sentaron uno a cada lado de Charlie, la chica erguida como una monja y Tayeh de lado, con una pierna estirada rígidamente y el bastón como un mástil de tienda de campaña en el centro, y el sudor corriéndole por la cara picada mientras fumaba, se agitaba y fruncía el ceño. Los sonidos de la cárcel no habían cesado, pero ahora se habían unido en una cháchara única, mezcla de voces humanas y de música. De vez en cuando, y sorprendentemente, Charlie oyó risas. La chica era guapa y bastante severa e infundía cierto respeto con la negrura de su atavío. Tenía facciones rectas y marcadas, y una mirada franca de ojos oscuros que no se molestaba en disimular. Llevaba el pelo corto. La puerta estaba abierta, vigilada por la eterna

pareja de chicos.

–¿Sabe quién es ella? -preguntó Tayeh, apagando ya su primer cigarrillo-. ¿Reconoce en su cara algún rasgo que le resulte familiar? Fíjese bien.

–Es Fatmeh -dijo Charlie, sin necesidad de fijarse mucho.

–Ha regresado a Sidón para estar con su gente. No habla nada de inglés, pero sabe quién es usted. Ha leído las cartas que le escribió a Michel y las que él le escribió a usted, traducidas. Como es natural, quiere conocerla.

Cambiando de postura con un gesto de dolor, Tayeh sacó un cigarrillo manchado de sudor y lo encendió.

–Está muy apenada, claro que a todos nos pasa igual. Cuando hable con ella, evite los sentimentalismos, por favor. Ella ha perdido ya a tres hermanos y una hermana. Sabe muy bien de qué va.

Fatmeh empezó a hablar con mucha calma. Al terminar, Tayeh hizo de intérprete con cierto desdén, que parecía ser su estado de ánimo aquella noche.

–En primer lugar, quiere darle las gracias por el consuelo que supo dar usted a su hermano Salim mientras estuvo luchando contra el sionismo, así como agradecerle que se haya usted unido a la lucha por la justicia. -Esperó a que Fatmeh prosiguiera-. Dice que ahora son como hermanas. Ambas querían a Michel y ambas están orgullosas de su heroica muerte. Le pregunta... -Volvió a interrumpirse para dejarla hablar-. Le pregunta si también usted aceptará la muerte en lugar de convertirse en esclava del imperialismo. Es muy educada. Dígale que sí.

–Sí.

–Desea saber cómo hablaba Michel de su familia y de Palestina. No invente nada. Fatmeh tiene mucho instinto.

Tayeh había dejado de comportarse con negligencia. Tras encaramarse sobre sus piernas y bastón, empezó a recorrer lentamente la habitación, interpretando o lanzando sus propias preguntas a renglón seguido.

Charlie hablaba con franqueza, sin vacilar, de su recuerdo herido. Ya no era una impostora, ni siquiera para sí misma. Al principio, explicó, Michel no hablaba en absoluto de sus hermanos, y que sólo una vez, muy de pasada, había mencionado a su hermana del alma. Pero un buen día, estando en Grecia, empezó a recordarlos con mucho cariño, señalando que desde la muerte de su madre, su hermana Fatmeh se había convertido en madre de toda la familia.

Tayeh traducía con brusquedad. La chica no respondía nada, pero sus ojos seguían fijos en todo momento en Charlie, observando su rostro, escuchándolo, interrogándolo.

–¿Qué fue lo que dijo de ellos... de los hermanos? -la instó impaciente Tayeh-. Repítaselo.

–Decía que durante toda su niñez, sus hermanos mayores habían sido para él

fuente de inspiración. En Jordania, en el primer campo que estuvieron cuando él era todavía muy pequeño para combatir, los hermanos solían escabullirse sin decir adonde iban. Y entonces Fatmeh acudía a su cama y le decía al oído que habían atacado nuevamente a los sionistas...

Tayeh la interrumpió para traducir rápidamente.

Las preguntas de Fatmeh abandonaron la nota nostálgica para adquirir la aspereza de un examen. ¿Qué habían estudiado sus hermanos? ¿Cuáles eran sus diferentes aptitudes? ¿Cómo habían muerto? Charlie respondía cuando le era posible, y de forma fragmentada: Salim -Michel- no se lo había contado todo. Fawaz era un gran abogado, o ésa había sido su meta. Estaba enamorado de una estudiante de Ammán; de pequeños habían sido novios en su aldea palestina. Los sionistas le mataron a tiros cuando salía de casa de ella una mañana.

–Según Fatmeh... -empezó a decir.

–Según Fatmeh... ¿qué? -le preguntó Tayeh.

–Según Fatmeh, los Jordanes habían informado de su paradero a los sionistas.

Fatmeh hizo una pregunta. Con cara de enfadada. Tayeh volvió a traducir:

–En una carta, Michel menciona el orgullo de compartir la tortura con su heroico hermano -dijo-. Hablando de este incidente, escribe que su hermana Fatmeh es la única persona en el mundo, aparte de usted, a quien él ama sin reservas. Explíquele esto a Fatmeh, por favor. ¿A qué hermano se refiere?

–A Khalil -dijo Charlie.

–Explique todo el episodio -le ordenó Tayeh.

–Ocurrió en Jordania.

–¿Dónde? ¿Cómo? Explíquelo con detalle.

–Estaba anocheciendo. Un convoy de jeeps jordanos, seis en total, penetró en el campo. Apresaron a Khalil y a Michel -Salim-, y ordenaron a éste que fuera a cortar unas ramas de granado -Charlie extendió las manos como Michel había hecho aquella noche en Delfos-, seis ramas jóvenes de un metro cada una. Le hicieron quitar los zapatos a Khalil y obligaron a Salim a arrodillarse y sujetarle los pies a su hermano mientras le pegaban con las ramas de granado. Luego les ordenaron cambiar de posición, que Khalil le sujetara los pies a Salim. Los pies ya no parecían pies, estaban irreconocibles, pero aun así los jordanos les obligaron a correr mientras disparaban al suelo a sus espaldas.

–¿Y? -dijo Tayeh impaciente.

–¿Y qué?

–¿Qué importancia tiene Fatmeh en todo este incidente?

–Ella les curó. Día y noche les bañaba los pies y les daba ánimos. Les leía fragmentos de grandes escritores árabes. Les hacía planear nuevos ataques. «Fatmeh

es nuestro corazón», decía él. «Es nuestra Palestina. Debo aprender de su coraje y su fortaleza.» Eso es lo que solía decir.

–El muy tonto lo puso hasta por escrito -dijo Tayeh, colgando furioso su bastón del respaldo de una silla para encender otro cigarrillo.

Mirando fijamente hacia la pared desnuda como si en ella hubiera un espejo y apoyado en su bastón de fresno, Tayeh se estaba secando la cara con un pañuelo. Fatmeh se levantó y fue en silencio hasta el lavabo para servirle un vaso de agua. De un bolsillo, Tayeh sacó una petaca de whisky y se sirvió un poco. No era la primera vez que a Charlie se le ocurría que ambos se conocían muy bien, como íntimos colaboradores o incluso amantes. Hablaron un momento entre ellos y luego Fatmeh se volvió a mirarla una vez más mientras Tayeh le hacía una última pregunta.

–¿Qué es eso que sale en una carta de Michel: «Lo que acordamos sobre la tumba de mi padre...»? Explíquelo. ¿A qué se refería?

Charlie empezó a describir la forma en que había muerto, pero Tayeh la interrumpió al punto.

–Sí, ya sabemos que murió de desesperación. Háblenos del funeral.

–Pidió ser enterrado en Hebrón (en El Khalil), por eso se lo llevaron al puente Allenby. Los sionistas no dejaron pasar el cadáver. De modo que Michel, Fatmeh y dos amigos subieron el ataúd hasta la cima de una colina y al anochecer cavaron una tumba en un lugar desde el que pudiera ver la tierra que los sionistas le habían robado.

–¿Dónde está Khalil mientras eso ocurre?

–No está con ellos. Lleva varios años ausente e ilocalizable. Pero aquella noche, mientras tapaban la fosa, apareció de repente.

–¿Y?

–Les ayudó a llenarla de tierra y luego le dijo a Michel que fuera a luchar.

–¿Que *fuera* a luchar? -repitió Tayeh.

–Dijo que ya era hora de atacar al ente judío en todo el mundo. A partir de ahora no habría distinción entre israelí y judío. Dijo que la raza judía constituía en conjunto una base sionista, que el sionismo no descansaría hasta destruir nuestro pueblo. Nuestra única oportunidad era tirar de la oreja al mundo entero para que prestara oídos. Una vez y otra. Que hubieran de perecer vidas inocentes no significaba que tuvieran que ser siempre palestinas. Los palestinos no pensaban imitar a los judíos y esperar dos mil años para recuperar su patria.

–Entonces, ¿qué fue lo que acordaron? -insistió Tayeh, sin dejarse impresionar.

–Que Michel iría a Europa (Khalil lo arreglaría todo) y se convertiría en estudiante y en combatiente.

Fatmeh habló brevemente.

–Dice que su hermano pequeño tenía la boca demasiado grande y que Dios le hizo un favor al cerrársela cuando murió -tradujo Tayeh, y, haciendo una señal a los muchachos, empezó a bajar cojeando por las escaleras. Pero Fatmeh le puso a Charlie una mano en el hombro y la miró otra vez de hito en hito con sincera aunque amistosa curiosidad. Recorrieron juntas el pasillo de vuelta a la enfermería. Al llegar a la puerta, Fatmeh la miró otra vez, ahora con no disimulada perplejidad, y luego la besó en la mejilla. Charlie la vio por última vez cuando estaba atendiendo de nuevo al bebé, frotándole los ojos, y de no ser porque Tayeh la llamaba con premura, se habría quedado a ayudar a Fatmeh durante el resto de su vida.

–Tendrá que esperar -le dijo Tayeh mientras volvían al campo en coche-. A fin de cuentas, no estaba prevista su llegada. Nosotros no la hemos invitado a venir.

A primera vista Charlie creyó que la había llevado a un pueblo, pues las terrazas de las chozas blancas que se arracimaban en la ladera tenían un aspecto bastante atractivo a la luz de los faros. Pero mientras seguían de camino, la magnitud del lugar empezó a revelarse por sí misma, y para cuando llegaron a la cumbre vio que se hallaba en una ciudad fantasma construida no para centenares sino para miles de personas. Les recibió un hombre canoso que, pese a su digno aspecto, dispensó únicamente su cálida bienvenida a Tayeh. Llevaba zapatos negros lustrosos y un uniforme caqui con la raya perfectamente planchada, de modo que Charlie supuso que se había vestido de gala para recibir a Tayeh.

–Es el jefe de aquí -explicó escuetamente Tayeh al presentarlo-. Sabe que usted es inglesa, pero nada más. No hará preguntas.

Le siguieron hasta una habitación donde había una vitrina llena de trofeos deportivos. Sobre la mesita de café que había en el centro descansaba una bandeja con cajetillas de cigarrillos de distintas marcas. Una joven muy alta les llevó té dulce y galletas, pero nadie le dijo una palabra. Iba ataviada con un pañuelo en la cabeza, una falda larga típica y zapatos planos. ¿La mujer, la hermana tal vez? Charlie no supo qué pensar. Bajo los ojos tenía profundas ojeras de aflicción y parecía moverse en un reino de tristeza privada. Cuando se hubo ido, el jefe le lanzó a Charlie una mirada feroz y le soltó un sombrío discurso con un acento inequívocamente escocés. Explicó que durante el mandato británico había servido en la policía palestina y que todavía cobraba un retiro de los británicos. El espíritu de su pueblo, dijo, se había fortalecido gracias a sus sufrimientos, y aportó estadísticas que lo confirmaban. En los últimos doce años, el campo había sido bombardeado en setecientas ocasiones. Le dio la cifra de bajas y se extendió sobre la proporción de mujeres y niños muertos. Las armas más mortíferas habían sido bombas de fragmentación de fabricación americana; los sionistas lanzaban también bombas caseras camufladas como juguetes. Dio una orden y uno de los chicos desapareció para volver enseguida con un coche de

juguete destrozado bajo cuya carrocería asomaban cables y restos de explosivo. Puede que sí o puede que no, pensó Charlie. Se refirió a la variedad de teorías políticas entre los palestinos, pero le aseguró que tales diferencias desaparecían tratándose de la lucha contra el sionismo.

–Nos bombardean a todos por igual -dijo el hombre.

Se dirigió a ella por el nombre de «Camarada Leila», que era como Tayeh la había presentado, y al concluir le dio oficialmente la bienvenida y la dejó en manos de la joven alta y triste.

–Por la justicia -dijo, a modo de despedida.

–Por la justicia -contestó Charlie.

Tayeh la vio marchar.

Las calles angostas parecían iluminadas por velas. Por el centro discurrían las cloacas, y sobre las colinas flotaba una luna en cuarto creciente. La chica alta iba en cabeza y detrás los chicos con sus metralletas y la bolsa de Charlie. Pasaron junto a un campo de deporte embarrado y a unas chozas bajas que parecían una escuela. Charlie recordó que Michel jugaba al fútbol y se preguntó demasiado tarde si alguna de aquellas copas que el jefe tenía en sus estantes la habría ganado él. Pálidas luces azuladas ardían sobre las puertas herrumbrosas de los refugios antiaéreos. El ruido era el propio de una noche de exilio. Música rock y patriótica se mezclaba con el murmullo intemporal de los ancianos. En algún lugar reñía una pareja cuyas voces estallaron en una violenta y contenida trifulca.

–Mi padre le pide disculpas por las escasas comodidades de su alojamiento. Es norma en este campo que los edificios no sean permanentes, para que no nos olvidemos de cuál es nuestro verdadero hogar. Si se produce un ataque aéreo, no espere a que suenen las sirenas, límitese a seguir a los que corren. Cuando termine el ataque, cuide de no tocar nada de lo que haya en el suelo; bolígrafos, botellas, aparatos de radio... nada.

La chica se llamaba Salma, según explicó con su triste sonrisa, y su padre era el jefe.

Charlie entró en la diminuta cabaña, que estaba limpia como una sala de hospital. Había un lavabo, un retrete y en la parte de atrás un patio del tamaño de un pañuelo de bolsillo.

–¿Cuál es tu misión aquí, Salma?

La pregunta pareció dejarla perpleja; el mero hecho de estar allí era ya bastante.

–¿Y dónde estudiaste inglés? -dijo Charlie.

–En América -contestó Salma, aclarando que era licenciada en bioquímica por la Universidad de Minnesota.

Vivir durante un cierto tiempo entre las verdaderas víctimas de este mundo da

lugar a una terrible aunque pastoril sensación de paz. En el campo, Charlie pudo experimentar al fin esa compasión que la vida le había negado hasta el presente. Al esperar, se unió a las filas de quienes llevaban esperando toda su vida. Al compartir su cautiverio, tuvo la ilusión de haberse liberado del suyo propio. Al querer a aquella gente, imaginaba estar recibiendo de ellos el perdón por los muchos embustes que la habían llevado hasta allí. Ningún centinela la vigilaba, y en su primera mañana de asueto, no bien hubo despertado, puso manos a la obra para sondear con cautela los límites de su libertad. Al parecer, carecía de ellos. Anduvo por las zonas de deporte y contempló a los adolescentes que se esforzaban denodadamente por adquirir la condición física del hombre adulto. Vio la enfermería, las escuelas y los diminutos comercios que vendían de todo, desde naranjas hasta frascos tamaño familiar de champú Head amp; Shoulders. En la enfermería, una sueca entrada en años le habló satisfecha de la voluntad de Dios.

–Los pobres judíos no pueden descansar en paz mientras nos tengan sobre su conciencia -le explicó soñadoramente-. Dios les ha tratado con extrema dureza. ¿Por qué no les habrá enseñado a amar?

A mediodía, Salma le trajo un pastel de queso bastante insípido y una taza de té, y tras almorzar en su cabaña subieron juntas a un monte cruzando un naranjal. El paraje era muy parecido al lugar donde Michel le había enseñado a disparar la pistola de su hermano. Una cordillera de tonos pardos se extendía hacia el oeste y el sur.

–Los montes que hay al este son de Siria -dijo Salma, señalando hacia el valle-, pero éstos -añadió, moviendo el brazo hacia el sur y dejándolo caer en un gesto de repentino desánimo- son nuestros, y es por ahí por donde vendrán los sionistas a matarnos.

Al bajar de la cumbre, Charlie divisó camiones militares aparcados bajo unas redes de camuflaje, y luego, en un bosquecillo de cedros, el deslustrado fulgor de unos cañones apuntando al sur. Salma le dijo que su padre era de Haifa, que quedaba a más de sesenta kilómetros de allí. Su madre había muerto ametrallada por un caza israelí cuando salía de su refugio. Salma tenía un hermano en Kuwait a quien le iba muy bien como banquero. No, dijo con una sonrisa en respuesta a la obvia pregunta; los hombres la encontraban demasiado alta y demasiado inteligente.

Por la noche Salam llevó a Charlie a un concierto infantil. Después fueron a una escuela y ayudaron a otra veintena de mujeres a pegar llamativos remiendos en las camisas de los niños para la gran manifestación, empleando para ello una máquina parecida a un gran molde de hacer *waffles* que fallaba a cada momento. Algunos eslóganes escritos en árabe prometían la victoria total, y otros eran fotografías de Yasir Arafat, a quien los niños llamaban Abu Ammar. Charlie se quedó allí casi toda la noche y acabó siendo la preferida. El resultado fue dos mil camisas, todas las tallas, hechas a tiempo gracias a la camarada Leila.

Pronto su cabaña estuvo llena de niños de la noche a la mañana; algunos iban para hablar en inglés con ella, otros para enseñarle a bailar al son de las canciones; y otros, en fin, para cogerle de la mano y pasear por la calle con ella por el prestigio de estar en su compañía. En cuanto a sus madres, le llevaban tantas galletas y tantos pasteles de queso que habría podido quedarse a vivir allí para siempre, cosa que de hecho le apetecía hacer.

¿Quién es ella?, se preguntaba Charlie, concentrando su imaginación en otro de los relatos inacabados de su vida al ver a Salma entre aquella gente con su eterna y privada tristeza. La explicación surgió por sí sola pero sólo paulatinamente. Salma había viajado bastante. Sabía lo que los occidentales decían de Palestina y había visto con más claridad que su padre hasta qué punto quedaban lejos los pardos montes de su tierra natal.

La gran manifestación tuvo lugar tres días después, empezando a media mañana en el campo de deportes y avanzando lentamente a medida que aumentaba el calor por el perímetro del campo, a través de calles atestadas y engalanadas con estandartes bordados a mano que habrían sido el orgullo de cualquier institución femenina inglesa. Charlie estaba junto a la puerta de su choza con una chiquilla demasiado pequeña para desfilar, y el ataque aéreo empezó un par de minutos después que la maqueta de Jerusalén pasara delante suyo transportada a hombros por media docena de críos. Primero venía Jerusalén, representada -como explicó Salma- por la mezquita de Ornar en papel dorado y conchas marinas. Luego venían los hijos de los mártires, cada uno con su rama de olivo y su camiseta adornada con el fruto de una noche de trabajo. Y después, como continuación de la fiesta, le llegó el turno al alegre toque de retreta con fuego de cañón desde la falda de la colina. Pero nadie gritó ni se movió de allí. De momento. Salma, que estaba de pie a su lado, ni siquiera alzó la cabeza.

Hasta entonces, Charlie no había pensado en ningún ataque aéreo. Se había fijado en un par de aviones que volaban muy alto y estuvo admirando sus blancos penachos mientras describían círculos en el cielo azul. Pero, ignorante de aquel pueblo, no se le ocurrió que los palestinos pudieran tener aviones ni que las fuerzas aéreas israelíes pudieran poner objeciones a una fervorosa reclamación de territorio hecha a escasa distancia de su frontera. Estaba más pendiente de las chicas uniformadas que bailaban unas con otras sobre plataformas tiradas por tractores, blandiendo sus metralletas a un lado y a otro al ritmo de las palmadas del público; pendiente también de los jóvenes combatientes con sus tiras de *kaffiyeh* rojo anudadas a la frente al estilo apache, subidos con sus metralletas en la trasera de los camiones, y del inquebrantable ulular de tantísimas voces de un extremo a otro del campo: ¿es que nunca se quedaban roncos?

Y en aquel preciso instante, sus ojos se detuvieron en un pequeño episodio que

estaba sucediendo directamente delante de ella y Salma: un niño era castigado por un guardia. Éste se había despojado de su cinturón y pegaba al niño con la hebilla en plena cara. Por un momento, mientras pensaba si debían intervenir o no, Charlie tuvo la ilusión, entre el confuso alboroto que la rodeaba, de que era el cinturón lo que producía aquellos estallidos.

Luego le llegó el zumbido de los aviones virando con dificultad y un fragor mayor aún de disparos que venían de tierra, aunque a buen seguro poco podían hacer contra algo que volaba tan alto y a tanta velocidad. La primera bomba produjo casi el anticlímax del espectáculo: el que lo oiga es porque aún está vivo. Vio el resplandor a unos cuatrocientos metros en dirección a la ladera, y luego un negruzco hongo de humo que acompañó a la onda expansiva y el ruido. Se volvió para gritarle algo a Salma, como si estuviera en medio de una tempestad, aunque en ese momento todo estaba sorprendentemente en silencio; pero el rostro de Salma estaba como petrificado por el odio mientras miraba fijamente el cielo.

–Cuando quieren hacer daño, lo hacen -dijo Salma-. Hoy sólo están jugando. Será que nos traes suerte.

El significado de semejante observación fue excesivo para Charlie, y lo rechazó al instante.

La segunda bomba pareció caer mucho más lejos, o tal vez fue que ya no le impresionó tanto: podía caer donde quisiera salvo en aquellas callejuelas atestadas de columnas de niños esperando como diminutos centinelas a que la lava bajase montaña abajo. La banda empezó a tocar mucho más fuerte que antes, y la procesión se reanudó con más fasto todavía. La banda estaba interpretando una marcha y la multitud seguía el ritmo batiendo palmas. Charlie dejó a la niña en el suelo y, libres ya las manos, aplaudió también. Le dolían las manos y los hombros, pero siguió haciendo palmas. La procesión se apartó para dejar paso a un jeep que, a toda velocidad y con las luces parpadeando, precedía a las ambulancias y a un coche de bomberos que levantaron una polvareda amarilla cual humo de una batalla. La brisa dispersó la humareda y la banda siguió tocando para que desfilara el sindicato de pescadores, representado por una sobria furgoneta amarilla engalanada con fotos de Arafat y un gigantesco pez de papel, pintado de rojo, blanco y negro, en el techo. Detrás, y encabezada por una banda de gaitas, apareció otra riada de niños con escopetas de madera cantando la letra de la marcha. El cántico llenó todo el campo pues todo el mundo participaba, y Charlie, con letra o sin ella, se puso a cantar con viva emoción.

Los aviones desaparecieron. Palestina había cosechado otro triunfo.

–Mañana te llevan a otro sitio -le dijo aquella tarde Salma mientras andaban por la ladera.

–Yo no me voy de aquí -dijo Charlie.

Los aviones volvieron dos horas después, poco antes de oscurecer, cuando ya estaba en su choza. La sirena sonó demasiado tarde, y ella aún no había llegado al refugio cuando dos aparatos que parecían salidos de una exhibición aérea hicieron una primera pasada, ensordeciendo a la multitud con sus potentes motores: ¿es que nunca van a remontar el picado? Pero lo hicieron, y la onda expansiva de la primera bomba la lanzó contra una puerta metálica, aunque el ruido no fue tan fuerte como el terremoto que lo acompañó ni como los histéricos gritos que llenaron el acre humo negro del otro lado del campo de deporte. El batacazo que se dio contra la puerta alertó a las que estaban dentro, que abrieron, la hicieron entrar en la oscuridad y la obligaron a sentarse en un banco de madera. Al principio estaba sorda como una tapia, pero poco a poco empezó a oír el gimoteo de unos niños aterrorizados y las voces, más sosegadas pero emocionadas, de sus madres. Alguien encendió una lámpara de petróleo y la colgó de un gancho del techo, y Charlie creyó en medio de su aturdimiento que estaba metida en un grabado de Hoggarth colgado del revés. Pero entonces vio que Salma estaba a su lado y recordó que no se había separado de ella desde el momento en que la alarma empezó a sonar. Siguieron otros dos aviones -o tal vez los dos primeros haciendo otra pasada-, la lámpara osciló en su gancho y su visión recuperó el enfoque justo cuando una ristra de bombas se aproximaba en un meticuloso crescendo. Las dos primeras parecieron impactarle en todo el cuerpo... no, otra vez no, por favor... La tercera fue la más fuerte y la mató allí mismo, pero la cuarta y la quinta la convencieron de que seguía sana y salva.

-¡América! -gritó de pronto una mujer, presa de la histeria y el dolor, mirando a Charlie-. ¡América, América, América! -Intentaba que las demás mujeres se sumaran a su acusación, pero Salma le dijo suavemente que se callara.

Charlie esperó una hora, aunque probablemente no fueron más de dos minutos, y al ver que nada sucedía miró a Salma sugiriéndole que era hora de marcharse de allí, porque había llegado a la conclusión de que era peor estar en el refugio que fuera. Salma meneó la cabeza.

-Están esperando a que salgamos -le explicó serenamente, pensando quizá en su madre-. No podemos salir hasta que anochezca.

Cayó la noche y Charlie pudo regresar sola a su cabaña. Encendió una vela y lo último que vio en toda la estancia fue el ramito de brezo blanco que había en el vaso del cepillo de dientes, encima del lavabo. Estudió el cuadrito cursi que había pintado la niña palestina y luego pasó al patio, en cuyo tendedero seguía colgada su ropa limpia («Bravo, ya está seca»). Como no tenía manera de plancharla, abrió un cajón de su diminuta cómoda y metió allí la ropa doblada procurando esmerarse al máximo como habría hecho cualquier campesina. Lo ha dejado ahí uno de mis muchachos, se dijo contenta al ser su mirada atraída nuevamente por el ramito de brezo; ese tan alegre que yo llamo Aladino, el del diente de oro. Es un regalo de Salma en mi última

noche. Qué detalle de su parte. Y de él también.

«Somos como una aventura amorosa -le había dicho Salma al partir-. Tú te irás, y cuando ya no estés nos convertiremos en un sueño.»

Hijos de puta, pensó Charlie. Cabrones asesinos, sionistas hijos de puta. Si yo no hubiera estado aquí, los habría mandado al otro mundo a bombazos.

«La única lealtad consiste en estar aquí», había dicho Salma.

Charlie no era la única que veía pasar las horas y desplegarse su vida ante sus ojos. Desde el mismo momento en que ella había cruzado las líneas, Litvak, Kurtz y Becker -de hecho, su antigua familia- se habían visto de un modo u otro obligados a reprimir su impaciencia y adaptarse al ajeno e inconexo *tiempo* de sus adversarios. «Nada hay tan duro en la guerra -gustaba de decir Kurtz a sus subordinados, y sin duda también a sí mismo-, como la heroica proeza de contenerse.»

Kurtz jamás se había contenido tanto en toda su carrera. El mero hecho de haber retirado a su harapiento ejército de las sombras inglesas parecía más -o así lo pensaban sus soldados de a pie- una derrota que una de las victorias conseguidas hasta ahora pero apenas festejadas. Pocas horas después de la partida de Charlie, la casa de Hampstead fue devuelta a la diáspora; la furgoneta con la radio, desmantelada; su equipo electrónico, enviado a Tel Aviv por valija diplomática, caído en cierto modo en desgracia. La propia furgoneta, desprovista de su matrícula falsa y borrados los números del motor, se convirtió en otro más de los vehículos calcinados que se alineaban en las cunetas entre los páramos de Bodmin y la civilización. Pero Kurtz no se rezagó para supervisar estos obsequios sino que regresó precipitadamente a Jerusalén, se encadenó de mala gana al escritorio que tanto odiaba y se convirtió en ese mismo coordinador cuyas funciones había escarnecido hablando con Alexis. Jerusalén disfrutaba del balsámico hechizo de un sol invernal, y mientras Kurtz iba de un edificio de oficinas secretas a otro, esquivando críticas e implorando recursos, las doradas losas de la ciudad amurallada se reflejaban en el espejo de un rielante cielo azul. Por una vez, la vista le había procurado a Kurtz escaso consuelo. Su máquina de guerra, diría él después, se había convertido en un coche cuyos caballos tiraban cada cual por su lado. En su campo, pese a todas las trabas que le ponía Gavron, no tenía otro jefe que él mismo; en Israel, donde cualquier político de segunda y cualquier soldado de tercera se consideraban poco menos que genios, Kurtz tenía más críticas que Elías y más enemigos que los samaritanos. Su primera batalla por la continuidad de Charlie, y quién sabe si también por la suya, la libró en una especie de escena obligada que empezó no bien hubo puesto un pie en el despacho de Gavron.

El Tahúr se había levantado y le esperaba con los brazos en alto, listo para reprimirlo y con sus negras greñas más alborotadas que nunca.

-¿Qué tal te ha ido, bien? -graznó-. Habrás disfrutado de la gastronomía, porque veo que has engordado un poco...

A partir de ahí se pusieron a pelear como el perro y el gato; sus voces resonaban por todas partes mientras se chillaban y aporreaban la mesa con los puños como un matrimonio en plena pelea catártica. ¿Qué había sido de las promesas de Kurtz?, quiso saber *el Tahúr*. ¿No había hablado de no sé qué ajuste de cuentas? ¿Qué era eso

que decían de Alexis, cuando le había dejado muy claro a Marty que no debía hacer tratos con aquel hombre?

—¿Te extraña que pierda la fe en ti, después de tanto embuste y tanto dinero gastado, después de tantas órdenes desobedecidas y tan pocos resultados?

Como castigo, Gavron le obligó a asistir a una reunión del comité directivo, que a esas alturas sólo podía hablar del expediente definitivo. Kurtz hubo de cabildear con ganas incluso para obtener una pequeña modificación de sus planes.

—¿Pero qué te traes entre manos, Marty? -le preguntaban sus amigos en los pasillos, apremiándole en voz baja-. Danos al menos una pista para que sepamos por qué te estamos ayudando.

Su hermetismo les resultaba insultante, y él se quedaba con la sensación de ser un mezquino moderador.

Pero había otros frentes en los que combatir. Para seguir los avances de Charlie en territorio enemigo, se vio obligado a ir al departamento especializado en el mantenimiento de mensajeros rurales y en la escucha de teléfonos por todo el litoral del nordeste. Su director, un sefardí nacido en Aleppo, detestaba a todo el mundo pero muy especialmente a Kurtz. ¡Una pista como ésa podía llevarle a cualquier parte!, protestó el sefardí. ¿Y qué decir de sus operaciones? En cuanto a suministrar apoyo a tres de los vigías de Litvak simplemente para darle a la chica cierta sensación de hogar en su nuevo entorno, semejante imposición le parecía al sefardí fuera de lugar. Kurtz hubo de sudar gotas de sangre, y hacer toda suerte de concesiones bajo mano para conseguir el nivel de colaboración requerido. De estos y otros tratos similares, Gavron se mantuvo cruelmente al margen, optando por permitir que las fuerzas en liza encontraran su propia solución. Pero a los suyos les decía en secreto que Kurtz lograría salir adelante con fe; un poco de freno y el añadido de un poco de látigo no podían hacerle daño, aseguraba Misha Gavron.

Reacio a salir de Jerusalén mientras continuaran aquellas intrigas, Kurtz envió a Litvak a Europa como emisario suyo encargado de fortalecer y reconstruir el equipo de vigilancia, así como de prepararse por todos los medios a su alcance para lo que todos confiaban sería la última fase de la operación. La despreocupación de los días de Munich, cuando con sólo dos muchachos turnándose en un mismo día era suficiente, había terminado definitivamente. Mantener una vigilancia de veinticuatro horas sobre el celestial terceto Mesterbein, Helga y Rossino significaba reclutar pelotones enteros de colaboradores que hablasen alemán, aunque muchos estuvieran oxidados por la inactividad. La suspicacia de Litvak hacia todo judío no israelí no hizo sino aumentar sus dolores de cabeza; pero Litvak no pensaba ceder; eran demasiado blandos para la acción, argüía, y su lealtad estaba demasiado dividida. Por orden de Kurtz, Litvak voló a Frankfurt para reunirse en secreto con Alexis en el aeropuerto; la finalidad era en parte recabar su ayuda para la operación de vigilancia,

y en parte, como dijo Kurtz, «poner a prueba su temple, cosa notablemente incierta». Llegado el momento, el nuevo encuentro entre los dos hombres fue un desastre, porque Litvak y Alexis se detestaban mutuamente. O peor aún, la opinión de Litvak confirmó la primera predicción de los psiquiatras de Gavron: a Alexis no se le podía confiar ni el periódico de ayer.

–La decisión está tomada -le dijo Alexis a Litvak cuando ni siquiera se habían sentado, en un monólogo medio susurrado, medio incoherente y totalmente fiero, que terminaría en un falsete-. Jamás me retracto de una decisión; se me conoce por ello. Tan pronto termine esta entrevista me presentaré al ministro y le daré cuenta de cuanto aquí se ha hablado. No existe otra alternativa para un hombre íntegro. -Alexis, como se vio enseguida, no sólo había experimentado un radical cambio de actitud sino también un cambio de chaqueta política-. No es que tenga nada contra los judíos, naturalmente. Como alemán, uno tiene su mala conciencia... Pero debido a recientes experiencias... cierto incidente con una bomba... ha habido que tomar medidas excepcionales... bajo amenaza de soborno... y uno empieza a comprender ciertas razones históricas que han llevado a la persecución de los judíos. Usted perdone.

Litvak, encerrado en una expresión furiosa, no le perdonó ni una letra.

–Su amigo Schulmann, por lo demás un hombre muy capaz y persuasivo, carece de toda moderación. Ha llevado a cabo actos de violencia incalificables en suelo alemán; ha mostrado un grado de exceso que durante demasiado tiempo se nos ha atribuido a nosotros los alemanes.

Litvak tuvo suficiente con aquello. Con el semblante pálido y enfermizo, había apartado la vista tal vez para ocultar el fuego de su mirada:

–¿Por qué no le llama y se lo dice usted mismo? -le sugirió a Alexis.

Y éste lo hizo: desde la oficina telefónica del aeropuerto, marcando el número especial que Kurtz le había dado. Entretanto, Litvak esperaba de pie a su lado, escuchando por un supletorio.

–Muy bien. Paul, pues hágalo -le aconsejó Kurtz de corazón cuando Alexis hubo terminado. Y luego, su voz cambió-: Y mientras habla con el ministro, Paul, asegúrese de decirle lo de su cuenta en un banco suizo; de lo contrario, será tal mi asombro ante tan magnífico ejemplo de candor por su parte, que me veré obligado a ir personalmente a contárselo.

Tras lo cual Kurtz ordenó a la centralita que no le pasaran más llamadas de Alexis durante las próximas cuarenta y ocho horas. Pero Kurtz no era de los que guardaban rencor. Al menos, no a los agentes suyos. Transcurrido el período de enfriamiento, Kurtz se asignó un día libre e hizo su propio peregrinaje a Frankfurt, encontrando al doctor muy recuperado. La referencia a su cuenta en un banco suizo, aunque Alexis la había considerado «antideportiva», le había bajado los humos. Pero el factor decisivo de su recuperación fue el haber visto sus propias facciones en las páginas

centrales de uno de los periódicos más vendidos en Alemania, que le calificaba de resuelto, denodado y siempre con un as en la manga, convenciendo a Alexis de que era tal y como lo pintaban. Kurtz le dejó encandilarse con esa ficción y, como premio, se llevó consigo para enseñársela a sus ocupadísimos analistas una tentadora pista que Alexis, por pura inquina, había estado guardándose: la fotocopia de una postal dirigida a Astrid Berger bajo uno de sus muchos alias.

Escritura que no resultaba familiar, matasellos de París, distrito séptimo e interceptada por el servicio de correos alemán, siguiendo órdenes de Colonia.

El texto, en inglés, decía así:

«El pobre tío Frei va a ser operado el mes que viene tal como estaba previsto. Claro que como contrapartida podrás utilizar la casa de V. Nos veremos allí. Besos, K.»

Tres días después, las mismas pesquisas dieron como fruto una segunda postal escrita por la misma mano y enviada a otra de las direcciones seguras de la Berger, esta vez con matasellos de Estocolmo. Alexis, que una vez más colaboraba al ciento por ciento, se la hizo llegar a Kurtz por correo especial. El texto era muy breve: «Apendectomía de Frei en la habitación 251, a las 18 horas del día 24.» Y firmaba «M», cosa que según los analistas indicaba que faltaba una comunicación entre ambas postales; o, al menos, ése había sido el sistema por el que Michel recibía sus órdenes de vez en cuando. La postal «L», pese a los esfuerzos de todos, no pudo ser hallada. Pero en cambio, dos de las chicas de Litvak interceptaron una carta escrita por la propia presa, en este caso la Berger, ni más ni menos que a Anton Mesterbein, a una dirección de Ginebra. Fue un golpe realmente fino. Berger, que visitaba Hamburgo en ese momento, dormía en una comuna de lujo en Blankenese con uno de sus muchos amantes. Al seguirla un día al centro de la ciudad, las chicas vieron que echaba una carta al buzón disimuladamente. Tan pronto ella se hubo ido, las chicas echaron inmediatamente un gran sobre amarillo, listo para esa contingencia. La más guapa de las dos se quedó montando guardia. Cuando el cartero vino a vaciar el buzón, la chica le soltó una conmovedora historia de amor y cólera, y le hizo promesas tan explícitas que el hombre sonrió tontamente mientras ella recuperaba la carta del montón a fin de no estropear su vida para siempre. Sólo que la carta no era suya sino de Astrid Berger, y estaba convenientemente cobijada bajo el sobre amarillo. Tras abrirla al vapor y fotografiar su contenido, volvieron a echarla al mismo buzón a tiempo para la siguiente recogida.

El premio fueron ocho páginas de garabatos expresando una efusiva pasión de colegiala. Debía de estar colocada cuando la escribió, aunque quizá no fuese más que el producto de su propia adrenalina. Era una carta sincera que, en primer lugar, elogiaba la potencia sexual de Mesterbein. Luego se enfrascaba en violentas digresiones ideológicas relacionando arbitrariamente el presupuesto de defensa de

Alemania Federal con El Salvador y las elecciones en España con un reciente escándalo en Sudáfrica. Bramaba contra los bombardeos sionistas en el Líbano y mencionaba la «solución final» que los israelíes querían para los palestinos. Se deleitaba en la vida, pero veía cosas malas en todas partes; y presumiendo que el correo de Mesterbein podía estar siendo leído por las autoridades germanas, se refería virtuosamente a la necesidad de mantenerse «en todo momento dentro de los límites legales». Pero había una posdata de una sola línea, escrita rápidamente como si de una ocurrencia final se tratase, subrayada y adornada con signos de admiración. Era una baladronada, un juego de palabras privado, pero como pasa con las palabras de despedida, podía contener el verdadero propósito de todo el discurso previo. Y estaba en francés: *Attention! On va épater les 'Bourgeois!*

Los analistas, al verlo, se quedaron helados. ¿A qué venía la B mayúscula? ¿Para qué el subrayado? ¿Tan inculta era Helga que aplicaba los usos de su alemán materno a los sustantivos franceses? Era una idea absurda. ¿Y a qué venía el apóstrofe tan cuidadosamente añadido a la izquierda de la palabra clave? Mientras los analistas y los especialistas en mensajes secretos sudaban para descifrarlo, mientras los ordenadores se estremecían y crujían y sollozaban permutaciones imposibles, fue la sencilla Rachel quien, con su franqueza de inglesa del norte, consiguió dar con la pista para la conclusión más obvia. Rachel hacía crucigramas en su tiempo libre y soñaba con ganar un coche. Lo del «tío Frei» era la primera mitad, dijo como si tal cosa, y lo de «Bourgeois» la otra. Los «freibourgueses» eran los habitantes de Fr(e)iburgo, y era en su ciudad donde iba a tener lugar una «operación» a las seis de la tarde del día 24. ¿Habitación 251? «Habría que investigarlo, me parece a mí», les dijo a los boquiabiertos expertos en mensajes cifrados, quienes convinieron en que, efectivamente, habría que investigar.

Y desconectaron los ordenadores, pero el escepticismo duró aún un par de días. Aquella suposición era absurda y demasiado fácil: francamente pueril.

Con todo, y como ya sabían, Helga y la gente como ella evitaban casi por principio todo método sistemático de comunicación. Los camaradas debían hablar entre sí de corazón revolucionario a corazón revolucionario, utilizando alusiones retorcidas que la policía no pudiera captar.

Y entonces se dijeron: por probar que no quede.

Había media docena de Friburgos, como mínimo, pero el primero en que pensaron fue en el Friburgo de la Suiza natal de Mesterbein, donde se hablaba francés y alemán a partes iguales y donde la burguesía local, incluso entre los propios suizos, es famosa por su impasibilidad. Sin más demoras, Kurtz envió a un par de sigilosos investigadores con órdenes de indagar cualquier posible blanco de los ataques antijudíos, haciendo hincapié en las empresas que tuvieran contratos con el Ministerio de Defensa israelí, así como comprobar -hasta donde fuera posible sin

ayuda oficial- todas las habitaciones 251 en hospitales, hoteles u oficinas; y por último los nombres de todos los pacientes pendientes de una apendectomía el día 24 de ese mes o de cualquier otro tipo de operación a las seis de la tarde.

Kurtz obtuvo una lista puesta al día de judíos importantes con residencia conocida en la ciudad, además de los lugares de culto y reunión a los que acudían. ¿Existía un hospital judío, o, en caso contrario, algún hospital que satisficiera las necesidades de los judíos ortodoxos? Etcétera, etcétera.

Pero Kurtz, como los demás, estaba actuando en contra de sus convicciones. Tales blancos carecían por completo del efecto dramático que distinguían a los blancos precedentes; con eso no iban a *épater* a nadie, y nadie entendía cuál era el objetivo real.

Hasta que una tarde, en medio de la confusión, y casi como si sus energías aplicadas en un solo punto hubieran obligado a que la verdad saliese por el otro extremo, el feroz Rossino tomó un avión en Viena rumbo a Basilea y alquiló una moto acto seguido para dirigirse hacia la frontera con Alemania y conducir después durante cuarenta minutos hasta la antigua capital catedralicia de Freiburg-im-Breisgau, antaño capital del estado de Badén. Una vez allí, y tras disfrutar de un opíparo almuerzo, se personó en el *Rektorat* de la universidad y preguntó educadamente por un seminario sobre temas humanistas que, con plazas limitadas, iba a impartirse para el público en general y, más encubiertamente, por la situación del aula 251 en el plano de la universidad.

Fue como un rayo de luz en mitad de la niebla: Rachel tenía razón; Kurtz tenía razón; Dios era justo, y Misha Gavron también. Las fuerzas en liza habían encontrado la solución por sí solas.

El único que no compartió el alborozo general fue Gadi Becker.

¿Dónde estaba Becker?

Había veces en que los demás parecían saber la respuesta mejor que él mismo. Un día deambulaba por la casa de Disraeli Street, en Jerusalén, fijando su inquieta mirada en las máquinas decodificadoras que, en contadas ocasiones (muy pocas para su gusto), informaban de los contactos con su agente Charlie. Aquella misma noche -o, mejor dicho, en la madrugada del día siguiente- se encontraba pulsando el timbre de la casa de los Kurtz, despertando a Elli y los perros y exigiendo garantías de que no se perpetrara acción alguna contra Tayeh ni contra nadie hasta que Charlie estuviera fuera de peligro, pues, dijo, había oído rumores. «Misha Gavron no es precisamente famoso por su paciencia», añadió secamente.

Si regresaba alguno de los que operaban *in situ* -por ejemplo, el chico al que llamaban Dimitri, o su compañero Raoul, sacado de allí en bote de goma-, Becker insistía en estar presente en la sesión y acribillarles a preguntas para sacar

información sobre el estado de Charlie.

Pasados unos días, Kurtz se hartó de verle -«acechándome como si fuera mi mala conciencia»- y le amenazó abiertamente con prohibirle el acceso a la casa hasta que se aviniera a razones. «Un instructor de agentes sin agente es como un director sin orquesta», le explicaba solemnemente a Elli mientras bregaba interiormente por sofocar su ira. «Lo mejor es seguirle la corriente y ayudarle a pasar el rato.»

En secreto, y sin otra connivencia que la de Elli, Kurtz telefoneó a Frankie para decirle que su ex marido estaba en la ciudad y darle un número donde localizarle; pues Kurtz, con churchilliana magnanimidad, esperaba que todo el mundo hiciera una boda como la suya.

Frankie llamó a Becker, el cual escuchó durante un rato la voz de su ex -si es que fue él realmente quien contestó- y colgó suavemente el auricular sin responder, cosa que a Frankie le sentó fatal.

La treta de Kurtz, no obstante, surtió cierto efecto, pues al día siguiente Becker emprendió lo que más tarde sería considerado un viaje de autovaloración respecto a los supuestos básicos de su vida. En un coche alquilado, se dirigió primero a Tel Aviv, donde, tras haber efectuado unos trámites poco halagüeños con el director de su banco, fue a visitar el viejo cementerio en que estaba enterrado su padre. Depositó flores sobre la tumba, la limpió meticulosamente con una azada que había pedido prestada y pronunció la palabra *Kaddish*, aunque ni él ni su padre habían dedicado nunca demasiado tiempo a la religión. De Tel Aviv partió hacia el sudeste, a Hebrón, o, como habría dicho Michel, a El Khalil. Visitó la mezquita de Abrahán, que desde la guerra del 67 hace también incómodamente las veces de sinagoga; charló con los reservistas que, con sus desgarrados sombreros de campaña y sus camisas abiertas hasta el ombligo, merodeaban junto a la entrada y patrullaban las almenas.

¿Qué diablos estaba haciendo Becker, se dijeron al irse aquél -sólo que lo llamaron por su nombre hebreo-, Gadi en persona, la leyenda viviente, el hombre que combatió en el Golán desde detrás de las líneas sirias, qué podía estar haciendo en este repugnante agujero árabe, con tal cara de preocupación?

Mientras los otros le miraban con admiración, Becker paseó por el antiguo mercado cubierto, aparentemente ajeno a la explosiva quietud y a las fieras miradas de los árabes ocupados. Y, de vez en cuando, al parecer con otras cosas en la cabeza, se detenía para hablar en árabe con algún comerciante, preguntando por alguna especia o por el precio de unos zapatos, mientras los chavales se congregaban para escucharle y, en una ocasión, para atreverse a tocarle la mano. Al volver al coche, Becker se despidió de los soldados con un movimiento de la cabeza y enfiló las pequeñas carreteras que serpeaban por las ricas terrazas de uva roja hasta llegar en varias etapas a las aldeas árabes del lado este de la colina, con sus achaparradas casas de piedra y sus antenas a modo de torres Eiffel en el tejado. En las pendientes

superiores había una ligera capa de nieve; negras nubes arracimadas daban a la tierra un aspecto cruel y desapacible. Al otro lado del valle había un nuevo asentamiento israelí a guisa de avanzadilla de un planeta invasor.

Y en uno de aquellos pueblecitos, Becker bajó del coche. Era la aldea donde había vivido la familia de Michel hasta que en 1967 su padre consideró llegado el momento de huir.

—¿Así que fue a visitar también su tumba? -preguntó agriamente Kurtz al enterarse de todo-. Primero la de su padre y luego la suya, ¿no?

Un momento de perplejidad precedió a la carcajada general al recordar la creencia islámica según la cual José, el hijo de Isaac, también estaba enterrado en Hebrón, cosa que todo judío sabe que es falsa.

Desde Hebrón, por lo visto, Becker condujo hasta el valle del Jordán y se detuvo en Beit She'an, una ciudad árabe recolonizada por los judíos al quedar desierta como consecuencia de la guerra de 1948. Demorándose el tiempo suficiente para admirar el anfiteatro romano, continuó sin prisas hasta Tiberíades, que está convirtiéndose a marchas forzadas en la ciudad balneario del norte del país, con gigantescos hoteles a la americana frente al paseo marítimo, un parque de atracciones, muchas grúas y un excelente restaurante chino. Pero no pareció muy interesado por el lugar, pues no llegó a detenerse y se limitó a pasar a poca velocidad, asomándose a la ventanilla para mirar los rascacielos como si los estuviera contando. Se le vio después en Metulla, en la misma frontera septentrional con el Líbano. La frontera en sí venía marcada por una franja arada y varias hileras de alambre de espino en un lugar llamado en tiempos mejores «La Buena Cerca». A un lado de la cerca había ciudadanos israelíes observando con cara de asombro desde una plataforma los yermos que se extendían más allá. Al otro lado de la frontera, la milicia cristiana libanesa se paseaba en toda clase de transportes para recibir de los israelíes los víveres y pertrechos necesarios para sus encarnizadas luchas contra el usurpador palestino.

Pero en aquellos tiempos, Metulla era también el punto de llegada de todo correo que se dirigía a Beirut, y el servicio de Gavron mantenía en aquella localidad una modesta sección para organizar a sus agentes en tránsito. El gran Becker se presentó a media tarde, hojeó el diario de la sección, hizo algunas preguntas inconexas sobre la ubicación de las fuerzas de las Naciones Unidas y se marchó. Parecía preocupado, dijo el comandante de la sección. Enfermo, tal vez. Los ojos y el semblante parecían indicarlo así.

—¿Y qué diantres buscaba en Metulla? -le preguntó Kurtz al comandante.

Pero, hombre prosaico y embotado por la clandestinidad, el comandante no pudo ofrecer ninguna hipótesis. Parecía preocupado, repitió, como les ocurre a veces a los agentes que vuelven de una larga misión.

Becker siguió conduciendo hasta llegar a una zigzagueante carretera de montaña hendida por las orugas de los carros blindados, y siguió hasta el kibbutz donde, a falta de otro lugar, Gadi tenía su corazón: un nido de águilas desde el que se divisaba el Líbano hacia tres direcciones. Había sido un asentamiento judío en 1948, cuando se estableció allí un puesto militar que controlaba la única carretera este-oeste al sur del río Litani. En 1952 llegaron los primeros jóvenes colonos *sabra* con la intención de llevar la dura y secular existencia que antaño fuera el ideal sionista. A partir de entonces, el kibbutz había soportado varios bombardeos, gozado de una aparente prosperidad y sufrido una preocupante disminución de sus pobladores. Había aspersiones salpicando el césped cuando Becker llegó, y el aire tenía un aroma dulzón a rosas rojas. Sus anfitriones le recibieron con timidez y gran excitación.

—¿Es que por fin vienes a vivir con nosotros, Gadi? ¿Se han terminado tus días de lucha? Aquí tienes una casa disponible. ¡Puedes mudarte esta misma noche, si quieres!

Becker se echó a reír pero no asintió ni negó. Pidió que le dieran trabajo para un par de días, pero poco trabajo podían ofrecerle, pues estaban en la estación muerta. Tanto la fruta como el algodón habían sido recogidos, los árboles estaban podados y los campos arados para la primavera. Pero luego, al insistir él, le dijeron que podía encargarse de distribuir la comida en el comedor comunitario. Aunque lo que realmente querían de él era saber su opinión sobre cómo marchaba el país (quién mejor que Gadi para contárnoslo). Lo cual significaba que, por encima de todo, deseaban oír de su boca sus propias opiniones al respecto: que este gobierno era muy disoluto y que la política en Tel Aviv estaba en plena decadencia.

—¡Vinimos aquí a trabajar, Gadi, a luchar por nuestra identidad y a convertir a los judíos en israelíes! ¿Vamos a ser por fin un país o sólo un escaparate para el judaísmo internacional? ¿Qué futuro tenemos, Gadi? ¡Di!

Le hacían estas preguntas con una vivacidad confiada, como si fuera poco menos que un profeta llegado para dar nueva espiritualidad a sus vidas al aire libre; no podían saber, al menos de momento, que sus palabras caían en el vacío del alma de su héroe. ¿Y qué fue de todo lo que hablamos sobre hacer las paces con los palestinos? Según ellos, contestándose sus propias preguntas, el gran error fue la guerra del 67; en el 67 deberíamos haber sido generosos; deberíamos haberles propuesto un acuerdo aceptable. ¿Quién sino los vencedores pueden mostrarse generosos? «¡Somos tan poderosos, Gadi, y ellos tan débiles!»

Pero al cabo de un rato todas aquellas insolubles cuestiones le resultaron a Becker excesivamente familiares, y actuando de acuerdo a su afamado carácter introvertido, fue a dar un paseo a solas por el campo. Su lugar preferido era una derruida torre de vigilancia situada justo encima de una pequeña población chiíta y que hacia el nordeste miraba al antiguo bastión cruzado de Beaufort, en aquel momento todavía en

manos de los palestinos. Allí fue donde le vieron la última tarde que pasó con ellos, sin ponerse a cubierto y tan cerca de la valla electrificada de la frontera como era posible sin que se disparasen las alarmas. A causa de la puesta de sol tenía un lado de la cara iluminado y otro a oscuras y, con su postura erguida, daba la sensación de estar invitando a toda la cuenca del Litani a constatar su presencia en la torre.

A la mañana siguiente se encontraba de regreso en Jerusalén y, habiéndose personado en Disraeli Street, pasó el día vagando por las calles de la ciudad en la que había librado tantas batallas y visto derramarse tanta sangre, incluida la suya. Y seguía pareciendo cuestionarse todo cuanto veía. Con pasmoso desconcierto, contempló las anodinas arcadas del barrio judío reconstruido; se sentó en los vestíbulos de los altísimos hoteles que ahora estropeaban la línea del cielo de la ciudad y meditó sobre las partidas de honrados ciudadanos americanos procedentes de Oshkosh, Dallas y Denver que habían desembarcado de sus jumbos, cincuentones y de buena fe, con la idea de reencontrarse con sus raíces. Se asomó a las pequeñas boutiques donde vendían caftanes árabes bordados a mano y artesanía árabes garantizada por el propietario de la tienda; escuchó la inocente cháchara de los turistas, inhaló sus costosos perfumes y les oyó lamentarse con educada comprensión, de la pobre calidad de los solomillos que tan poco parecían a los que se comían en casa. Y pasó luego toda una tarde en el museo del Holocausto, apesadumbrado ante las fotografías de unos niños que habrían tenido su edad de haber sobrevivido.

Enterado de todo ello, Kurtz anuló el permiso de Becker y le puso a trabajar otra vez. Averigua lo de Friburgo, le dijo. Peina las bibliotecas y los archivos. Averigua a quién conoces allí, consigue el plano de la universidad. Consigue también dibujos de arquitectos y planos de la ciudad. Encuentra todo lo que necesitemos y más. Para ayer, Gadi.

«Un buen luchador jamás es normal -le dijo Kurtz a Elli para consolarse-. Cuando no es tonto de capirote, es que piensa demasiado.»

Pero para sus adentros Kurtz se maravillaba de comprobar hasta qué punto podía seguir sacándole de quicio su ovejita descarriada.

Aquello sí era caer bajo. Era el peor sitio que había conocido en todas sus diferentes vidas; un lugar olvidable incluso estando en él, su maldito internado pero encima con violadores, un foro metido en pleno desierto cuyos conferenciantes eran balas de verdad. El maltrecho sueño de Palestina estaba detrás de las colinas, a cinco horas de extenuante viaje en coche, y en su lugar no había más que aquel desastre de fortín que parecía un decorado para un *remake* de *Beau Geste*, con sus almenas de piedra amarillenta, y su escalera también de piedra, un muro medio derruido por los bombardeos y una entrada principal protegida por sacos terreros con un asta donde el viento abrasador hacía repicar sus raídas cuerdas pero donde nunca ondeaba una bandera. Que ella supiera, nadie dormía en aquel fortín. El sitio estaba pensado para administración y entrevistas; arroz con cordero tres veces al día, ampulosas discusiones de grupo hasta pasada la medianoche en las que los alemanes orientales arengaban a los federales y los cubanos a todo el mundo, y en las que un zombi americano que se hacía llamar Abdul leyó un ensayo de veinte páginas sobre el inminente logro de la paz mundial.

Su otro centro social lo constituía el campo de tiro para armas ligeras, que no era una cantera abandonada en pleno monte sino un viejo barracón con ventanas cegadas, una hilera de bombillas eléctricas colgadas de las vigas de acero y sacos de arena reventados cubriendo las paredes. Los blancos no eran tampoco latas de aceite sino toscas efigies tamaño natural de *marines* americanos con la bayoneta calada y esbozando muecas, y a sus pies unos rollos de papel marrón adhesivo para cubrir los orificios de bala después de haberlos matado. Era un lugar en constante demanda, a menudo a altas horas de la noche, y donde siempre se oían risas estrepitosas y gruñidos de competitiva decepción. Un buen día se presentó allí un gran luchador, una especie de terrorista de elite que iba en un Volvo con chófer, y todo el mundo salió a ver cómo disparaba. Otro día irrumpió en el aula de Charlie un puñado de negros muy agresivos que vaciaron cargador tras cargador haciendo caso omiso del instructor germano oriental.

—¿Estás satisfecho, blanco? -aulló uno de ellos mirando atrás, con fuerte acento sudafricano.

—Sí, cómo no, estupendo -dijo el germano oriental, conmovido por el asunto del *apartheid*.

Los negros salieron del barracón fanfarroneando y partiéndose de risa, habiendo dejado a los *marines* como coladores, como resultado de lo cual lo primero que tuvieron que hacer las chicas a primera hora fue ponerles parches de pies a cabeza para poderlos utilizar de nuevo.

A modo de habitaciones, tenían tres cobertizos alargados, uno de ellos con

cubículos para las mujeres, otro sin cubículos para los hombres, y un tercero provisto de una mal llamada biblioteca para instructores, adonde si una era invitada -según le contó una muchacha sueca llamada Fátima- no había que esperar gran cosa en cuanto a lectura. Les despertaba cada mañana el estrépito de una música marcial que sonaba por unos altavoces, y luego los ejercicios gimnásticos sobre una explanada de arena con surcos de pegajoso rocío que parecían estelas de caracoles gigantes. Pero según Fátima, los otros sitios eran peores aún. De estar a la versión que de sí misma daba, Fátima era una fanática de la instrucción. Se había entrenado en Yemen, en Libia y en Kiev. Estaba haciendo todo el circuito, como los terroristas profesionales, a la espera de ver qué hacían con ella. Tenía un hijo de tres años llamado Knut, que correteaba desnudo y parecía necesitado de afecto, pero cuando Charlie intentaba decirle algo se echaba a llorar.

Sus guardianes eran una clase de árabes que ella no había conocido hasta entonces, ni tenía ganas de ver otra vez: una especie de vaqueros jactanciosos y de pocas palabras que se dedicaban a humillar a todo occidental que se les pusiera delante. Rondaban por el perímetro del campamento fanfarroneando y se paseaban de seis en seis en jeep a toda velocidad. Fátima dijo que eran una milicia especialmente reclutada en la frontera siria. Algunos eran muy jóvenes. Por las noches, hasta que Charlie y una muchacha japonesa armaron un gran alboroto, aparecían los mismos chavales en grupitos de dos y tres e intentaban convencer a las chicas de ir a dar una vuelta por el desierto. Fátima solía acompañarlos, y también una germano oriental, y al regreso parecían muy impresionadas. Pero el resto de las chicas, cuando les daba por ahí, se lo hacían con los instructores occidentales, cosa que a los árabes les ponía frenéticos.

Todos los instructores eran hombres. Por las mañanas, a modo de oración matinal, se alineaban frente a los alumnos mientras uno de ellos leía una violenta condena del archienemigo del día: el sionismo, los traidores egipcios, la explotación capitalista europea, otra vez el sionismo, y el «expansionismo cristiano» (una novedad para Charlie), aunque este último había surgido tal vez porque era Navidad, fiesta cuya celebración consistió en un decidido mutis oficial. Los germano orientales iban casi rapados al cero, eran hoscos y fingían que las mujeres les aburrían. Los cubanos podían ser alternativamente ostentosos, nostálgicos y arrogantes, y casi todos ellos apestaban y tenían los dientes cariadados, salvo el amable Fidel, el favorito de todos. Los árabes eran los más volátiles y los que actuaban con más dureza, gritando a los rezagados o disparando más de una vez a los pies del que no atendía, a tal extremo que un muchacho irlandés se atravesó un dedo al mordérselo de puro pánico, para gran regocijo de Abdul, el americano, que observaba a cierta distancia, como solía hacer con frecuencia, sonriendo con presunción y andando detrás de ellos como el de la foto fija en un plato de cine, o tomando notas en una libreta para su gran novela

sobre la revolución.

Pero en aquellos primeros días de locura la estrella del fortín fue un checo llamado Bubi, un fanático de las bombas que la primera mañana de instrucción mató a su propio casco de combate primero con un kalashnikov, luego con un impresionante pistolón del 45 y, por último, para acabar con la bestia, con una granada rusa que lo hizo volar a quince metros de altura.

La lengua franca empleada para las charlas políticas era un inglés de parvulario con unas gotitas de francés. Charlie se juraba en secreto que si alguna vez salía de allí con vida, se libraría para siempre jamás de aquellas idioteces de medianoche referentes al «alba de la revolución». Mientras tanto, se reía por nada. No se había reído desde que aquellos hijos de puta hicieron volar a su amante por los aires en la autopista de Munich, y su reciente visión de la agonía de aquel pueblo sólo había aumentado su amarga necesidad de ser compensada.

«Hablarás de todo con la mayor seriedad -le había dicho José, que más serio no podía ser-. Te mostrarás reservada, solitaria, un poco loca si quieres, están acostumbrados a eso. No harás preguntas, te encerrarás día y noche en ti misma.»

El contingente variaba de día en día. Cuando el camión partió de Tiro, el grupo estaba formado por cinco chicos y tres chicas y toda conversación estaba prohibida por orden de dos guardianes con manchas de cordita en la cara, que iban con ellos en la trasera del camión, botando y bamboleándose al pasar por la pedregosa pista de montaña. Una chica que resultó ser vasca le sopló que estaban en Adén, pero dos muchachos turcos aseguraron que era Chipre. Al llegar había otros diez camaradas-alumnos esperando, pero al día siguiente los turcos y la vasca habían desaparecido, presumiblemente de noche, cuando se oía el trasiego de camiones con los faros apagados.

Para su investidura se les exigió formular un juramento de lealtad a la revolución antiimperialista y estudiar el «reglamento del campo», que a modo de Diez Mandamientos aparecía en un espacio liso de pared blanca en el Centro de Recepción de Camaradas. En todo momento los camaradas estaban obligados a usar únicamente su nombre árabe; nada de drogas, nada de ir desnudos, nada de jurar por Dios, nada de conversaciones en privado; nada de alcohol ni de cohabitación ni de masturbación. Mientras Charlie cavilaba cuál de estos preceptos transgredir primero, un discurso pregrabado de bienvenida sonó repentinamente por los altavoces.

«¡Camaradas! ¿Quiénes somos? Somos los que no tienen nombre ni uniforme. Somos las ratas que han escapado a la explotación capitalista. ¡Somos los huidos de los campos del Líbano, que el dolor asola! ¡Lucharemos contra el genocidio! ¡Venimos de las tumbas de hormigón de las ciudades de Occidente! ¡Y aquí nos encontramos todos! ¡Juntos prenderemos la antorcha en nombre de ochocientos millones de bocas hambrientas en todo el mundo!»

Al terminar del discurso, Charlie notó un sudor frío en la espalda y una punzante ira en el pecho. Lo haremos, pensó. Sí, lo haremos. Al mirar a una chica árabe que estaba a su lado, vio que su mirada reflejaba un fervor idéntico al de ella.

«Noche y día», le había dicho José.

Por consiguiente, se afanó noche y día: por Michel, por su propia loca cordura, por Palestina, por Fatmeh y por y por Salma y los niños caídos bajo las bombas en Sidón; forzándose a salir de sí misma para huir de su caos interior, haciendo acopio de todos los elementos de su segundo personaje como nunca había hecho antes, para unirlos en una sola identidad combativa.

Soy una viuda afligida y ultrajada y he venido para ocupar el sitio de mi amante muerto.

Soy la militante concienciada que ha malgastado el tiempo en paños calientes y que ahora se planta espada en mano dispuesta a todo.

He tocado con mi mano el corazón palestino y he prometido tirarle de las orejas al mundo para que preste atención.

Estoy ansiosa por actuar, pero soy astuta y tengo muchos recursos. Soy la soñolienta avispa que puede esperar todo el invierno para picar.

Soy la camarada Leila, ciudadana de la revolución mundial.

Noche y día.

Representó este papel hasta el límite de lo posible, desde la réplica airada con que realizaba su combate sin armas hasta el inquebrantable gesto ceñudo con que se miraba al espejo cuando se cepillaba salvajemente su largo pelo negro, en el que aún asomaban las raíces pelirrojas. Hasta que lo que había empezado como un esfuerzo de voluntad se convirtió en un hábito de cuerpo y mente, una ira permanente, enfermiza y solitaria que se transmitía rápidamente a los demás, fueran instructores o alumnos. Casi desde el principio, ellos aceptaron aquella especie de extrañeza suya que la mantenía apartada de todos. Tal vez no era el primer caso que conocían; eso decía José, al menos. Esa pasión de gélida mirada que ella desplegaba en las sesiones de entrenamiento con armas de fuego -desde prácticas con lanzacohetes manuales de fabricación rusa hasta la confección de bombas con circuitería de color rojo, pasando por los inevitables kalashnikov- impresionó hasta al mismísimo Bubi. Se entregaba en cuerpo y alma, pero era inaccesible. Los hombres, incluida la milicia siria, dejaron de hacerle proposiciones indiscriminadas; las mujeres abandonaron sus suspicacias ante su aspecto despampanante; los camaradas más débiles empezaron a pegársele tímidamente mientras que los fuertes la consideraban como a un igual.

En su dormitorio había tres camas pero al principio sólo tuvo una compañera, una diminuta japonesa que se pasaba todo el rato de rodillas, rezando, pero que no dirigía la palabra al resto de los mortales como no fuera en su propia lengua. Cuando dormía,

hacía rechinar los dientes de tal forma que una noche Charlie la despertó y se sentó a su lado cogiéndole la mano mientras lloraba lágrimas asiáticas, hasta que los altavoces vomitaron su música y llegó el momento de levantarse. Poco después y sin previo aviso también la japonesa desapareció, siendo reemplazada por dos hermanas argelinas que fumaban cigarrillos rancios y que parecían saber tanto de armas y bombas como el propio Bubi. Eran dos chicas corrientes, a juicio de Charlie, pero el personal instructor las veneraba por su participación en cierta gesta bélica contra el opresor. Por las mañanas se las veía rondar soñolientas por las cercanías del local de los instructores con sus chándales de lana, mientras las menos favorecidas terminaban sus combates de mentirijillas. Así fue como Charlie disfrutó por un tiempo de todo el dormitorio para ella sola, y aunque Fidel, el amable cubano, apareció una noche acicalado como un director de coro para estrecharla con su amor revolucionario, ella mantuvo su pose de abnegación y rigidez sin concederle más que un beso antes de despedirle.

El siguiente en solicitar sus favores después de Fidel fue Abdul, el americano. Se presentó a altas horas de la noche, llamando a la puerta tan quedamente que ella esperó ver aparecer a las argelinas, ya que solían olvidarse de la llave. A aquellas alturas, Charlie había llegado a la conclusión de que Abdul vivía siempre en el campamento, pues tenía mucha intimidad con los instructores y disfrutaba de total libertad sin otra función que la de leer sus espantosos discursos y citar a Marighella con un irregular acento del Sur profundo, que Charlie sospechaba impostado. Fidel, que admiraba al americano, le dijo que era un desertor de Vietnam que odiaba el imperialismo y que había llegado allí vía La Habana.

—Hola -dijo Abdul, y se coló sonriente antes de que ella pudiese cerrarle la puerta en las narices. Se sentó en la cama y empezó a liar un cigarrillo.

—Esfúmate -dijo ella-. Largo.

—Sí, claro -concedió él, y siguió liándose el cigarrillo. Era alto, con entradas, y visto de cerca, muy delgado. Llevaba un traje cubano de faena y tenía una sedosa barba castaña recortada.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, Leila? -preguntó.

—Smith.

—*Smith*. Me gusta. -Repitió varias veces el apellido en distintos tonos-. ¿Eres irlandesa? -Encendió el pitillo y le ofreció una calada que ella declinó-. Dicen que eres propiedad privada de Mr. Tayeh. Tienes buen gusto. Tayeh es un tipo muy melindroso. ¿A qué te dedicas profesionalmente, Smith?

Charlie se dirigió a la puerta y la abrió, pero él siguió en la cama, sonriéndole de un modo endeble y cómplice a través del humo.

—¿No quieres echar un polvo? -le preguntó-. Qué lástima. Esas *fräuleins* son como elefantes enanos de circo. Pensaba que tal vez podríamos elevar un poco el

nivel y hacer una demostración de las buenas relaciones entre nuestros países.

Abdul se levantó lánguidamente, tiró el cigarrillo junto a la cabecera y lo aplastó con la bota.

–¿No tendrás un poco de hash para este pobre mortal?

–Fuera -dijo ella.

Abdul avanzó hacia ella arrastrando los pies, se detuvo, alzó la cabeza y se quedó quieto; y, para su desconcierto, Charlie vio que sus extenuados e inexpresivos ojos estaban llenos de lágrimas y que sus mandíbulas se hinchaban con la ansiedad de un niño suplicante.

–Tayeh no me deja bajar del tiovivo -se lamentó. Su acento sureño había dado paso al normal de la Costa Este-. Teme que mis pilas ideológicas estén gastadas. Y me parece que tiene razón. Digamos que he olvidado el razonamiento que explica cómo todo niño muerto es un paso hacia la paz mundial, cosa que es una lata cuando resulta que has matado a unos cuantos. Tayeh se lo toma con mucha deportividad. Es un hombre muy equitativo. «Si quieres irte, vete», dice. Y luego señala hacia el desierto, deportivamente.

Como un pedigüeño desconcertado, Abdul tomó la mano derecha de Charlie.

–Me llamo Halloran -explicó como si apenas lograra recordarlo-. Abdul, léase Arthur J. Halloran. Y si alguna vez pasas cerca de alguna embajada norteamericana, Smith, te agradecería que les dejaras una nota diciendo que Arthur Halloran, antes natural de Boston y ex miembro del espectáculo de Vietnam, y últimamente de ejércitos menos oficiales, estaría encantado de volver a su país y pagar su deuda con la sociedad antes de que estos macabeos chalados asomen por la colina y nos machaquen a todos. ¿Querrás hacerme ese favor, Smith? Quiero decir que a la hora de la verdad, nosotros los anglosajones estamos por encima de esta gente, ¿no crees?

Charlie apenas podía moverse. Una modorra irresistible la había embargado, como cuando un cuerpo malherido empieza padecer de frío. Sólo tenía ganas de acostarse. Con Halloran. Para darle el consuelo que le pedía y obtener otro tanto a cambio. Le daba igual que por la mañana decidiese informar a los instructores. Que lo hiciera. Ella sólo sabía que no podía aguantar una noche más aquella infernal celda vacía.

Él seguía sosteniéndole la mano y ella le dejó hacer como al suicida que desde el borde de la ventana contempla la calle a sus pies. Y entonces, con un supremo esfuerzo, se liberó y con ambas manos empujó aquel cuerpo enjuto hacia el pasillo; Halloran no opuso resistencia.

Luego se sentó en la cama. Era la misma noche, sin duda alguna. Aún olía a cigarrillo, podía ver la colilla a los pies de la cama.

«Si quieres, vete», había dicho Tayeh. Y luego señalaba hacia el desierto. Tayeh era un hombre muy equitativo.

«No hay miedo comparable -había dicho José-. Tu valentía será como dinero en efectivo, irás gastando cada vez más, y una noche buscarás en tus bolsillos y no encontrarás nada: ahí es donde empieza el verdadero valor.»

«Existe una sola lógica -había dicho José-: tú. No puede haber más que un superviviente: tú, y una sola persona en quien confiar: tú.»

Se quedó asomada a la ventana preocupada por la arena. Nunca había pensado que la arena pudiera subir tan alto. De día, amansada por el sol abrasador, la arena permanecía dócil y sumisa, pero en cuanto salía la luna, como ahora, empezaba a amontonarse en ingobernables conos que saltaban de un horizonte a otro, de tal forma que ella pensó que luego podría oír cómo se colaba por las ventanas para asfixiarla mientras dormía.

Su interrogatorio empezó a la mañana siguiente y, según sus cálculos a posteriori, duró un día y dos medias noches. Fue un proceso violento y absurdo según a quién le tocara acosarla y según pusieran a prueba su compromiso revolucionario o la acusaran de ser una delatora británica, sionista de los norteamericanos. Mientras duró el interrogatorio se la eximió de toda instrucción, y entre una sesión y otra permaneció en su cabaña bajo arresto domiciliario, aunque nadie parecía tomarse a mal que saliera de vez en cuando a pasear por el campamento. Se turnaron para interrogarla cuatro fervorosos muchachos árabes que trabajaban por parejas, ladrándole preguntas preparadas que leían de unas notas manuscritas, y que se enfurecían cada vez que ella no entendía su pésimo inglés. Nadie le puso la mano encima, aunque habría sido más fácil para ella, pues así al menos hubiese sabido cuándo estaban satisfechos y cuándo no. Pero sus arrebatos daban bastante miedo y a veces le gritaban por turnos, acercándole sus caras, rociándola de saliva y provocándole una terrible jaqueca. Otro de los trucos era ofrecerle un vaso de agua y luego tirárselo a la cara cuando ella se disponía a cogerlo. Pero cuando volvieron a encontrarse, el muchacho que había sido instigador de aquella escena leyó en alto una disculpa escrita delante de sus tres colegas y luego abandonó la habitación profundamente humillado.

En otra ocasión la amenazaron con matarla por su conocida vinculación al sionismo y a la monarquía británica. Pero al ver que ella seguía negándose a confesar semejantes crímenes, perdieron todo interés, pasaron a contarle muy ufanos historias de sus pueblos natales, que nunca habían visto, y le hablaron de que sus mujeres eran bellísimas y de que tenían el mejor aceite de oliva y el mejor vino del mundo. Y ahí fue donde ella comprendió que había vuelto a la cordura... y a Michel.

En el techo giraba un ventilador eléctrico y de las paredes colgaban unos

cortinajes grises que ocultaban parcialmente varios mapas. Por la ventana abierta, Charlie pudo oír el ruido intermitente de las prácticas con bombas de mano en el campo de tiro de Bubi. Tayeh había acercado un sofá y había apoyado una pierna encima. Su rostro martirizado parecía lívido y enfermizo. Charlie estaba delante de Tayeh como una niña mala, con la mirada baja y la quijada trémula de rabia. Había intentado hablar una vez, pero Tayeh le había robado la escena al coger una botella de whisky y echar un trago. Luego, con el dorso de la mano, se secó los labios a un lado y otro, como si llevara bigote, que no era el caso. Se le veía más contenido que nunca y, en cierto modo, más intranquilo en presencia de ella.

–Abdul, el americano -dijo Charlie.

–¿Y bien?

Ella lo llevaba preparado. Había ensayado mentalmente repetidas veces: el elevado sentido del deber revolucionario de la camarada Leila supera su renuencia natural a delatar a un compañero de armas. Se sabía el libreto de memoria. Conocía a las furcias que lo habían recitado en las reuniones. Para recitar su papel, mantuvo su cara apartada de la de Tayeh y habló con dureza y furia masculina.

–Su verdadero nombre es Arthur J. Halloran; es un traidor. Me pidió que cuando me marchara dijese a los americanos que quiere volver a su país y enfrentarse a un juicio. Reconoce sinceramente albergar creencias contrarrevolucionarias. Sería capaz de traicionarnos a todos.

La oscura mirada de Tayeh no se había apañado de ella. Sostenía su bastón de arce con ambas manos y se golpeaba ligeramente el dedo gordo de su pierna mala, como para mantenerla despierta.

–¿Es por eso que ha pedido verme?

–Sí.

–Halloran la visitó hace tres noches -observó Tayeh, apartando la vista-. ¿Por qué no me lo ha contado antes? ¿A qué viene tanto esperar?

–Usted no estaba.

–Pero había otras personas. ¿Por qué no preguntó por mí?

–Temía que pudiera castigar a Abdul.

Pero no parecía que Tayeh estuviera poniendo a prueba a Halloran.

–Temía... -repitió, como si ello fuera una grave confesión-. ¿Temía, dice? ¿Por qué había de preocuparse por Halloran? ¿Tres días enteros? ¿No será que en el fondo simpatiza con su postura ideológica?

–Usted ya sabe que no.

–¿Es por eso que le habló con tanta franqueza, porque tenía razones para confiar en usted? Yo creo que usted le dio pie.

–Pues no.

–¿Se acostó con él?

–No.

–Entonces, ¿por qué habría de proteger a Halloran? ¿Por qué habría de temer por la muerte de un traidor cuando está aprendiendo a matar en nombre de la revolución? ¿Por qué no es sincera con nosotros? Me decepciona usted.

–Me falta experiencia. Me compadecí de él y no quise que sufriera daño alguno, pero luego recordé cuál era mi deber.

A Tayeh parecía confundirle cada vez más toda aquella conversación.

–Siéntese -dijo, tomando otro trago.

–No necesito sentarme.

–Siéntese.

Charlie obedeció, mirando con furia hacia algún odioso punto de su horizonte privado. Pensaba que Tayeh no tenía derecho a conocerla con mayor intimidad. He aprendido lo que se suponía debía aprender aquí. La culpa es tuya si no me entiendes.

–En una carta que escribió a Michel, habla de un niño. ¿Tiene usted un hijo de él?

–Hablaba del arma. Dormíamos con la pistola.

–¿Qué clase de arma?

–Una Walther. Se la regaló Khalil.

Tayeh suspiró.

–Si estuviera en mi lugar -dijo al fin, apartando la cabeza- y tuviera que arreglar lo de Halloran (que dice querer ir a su país, pero sabe demasiado), ¿qué haría usted con él?

–Neutralizarle.

–¿Se refiere a matarle?

–Eso es asunto suyo.

–En efecto, lo es. -Estaba examinando una vez más su pierna mala, con el bastón levantado en paralelo a la misma-. Pero ¿para qué ejecutar a un hombre que ya está muerto? ¿Por qué no hacer que trabaje para nosotros?

–Porque es un traidor.

De nuevo, Tayeh pareció obstinarse en no comprender la lógica de su postura.

–En este campamento, Halloran suele abordar a mucha gente y siempre con alguna razón. Es como el buitre que nos muestra donde está la flaqueza y la enfermedad. Nos señala el camino hacia los posibles traidores. ¿No cree que sería una estupidez librarse de criatura tan útil? ¿Se ha acostado con Fidel?

–No.

–¿Porque es latino?

–Porque no quería acostarme con él.

–¿Y con los muchachos árabes?

–Tampoco.

–Creo que es usted muy quisquillosa.

–Con Michel no era quisquillosa.

Suspirando de perplejidad, Tayeh bebió un tercer sorbo de whisky y preguntó con tono de ligera displicencia:

–¿Quién es Joseph? Vamos, por favor, dígame quién es ese Joseph.

¿Había llegado el momento de la muerte para la actriz, o estaba tan identificada con el teatro de lo real que la diferencia entre vida y arte había desaparecido al fin? No se le ocurrió ninguna de las respuestas ensayadas, era como si se hubiera quedado sin recursos interpretativos. No pensó en dejarse caer desmayada sobre el suelo de piedra. No sintió tentaciones de embarcarse en una confesión miserable cambiando su vida por toda la información que poseía, cosa que, según le habían advertido, era su última opción permitida. Estaba harta y furiosa de que pusieran en duda su integridad, de que cualquiera pudiera desempolvarla y someterla a examen cada vez que alcanzaba un hito más en su marcha hacia la revolución de Michel. De modo que le espetó su respuesta sin vacilar, a voleo, lo tomas o lo dejas, y que te zurzan.

–No conozco a ningún José.

–Venga, piense. Fue en Mykonos. Antes de ir a Atenas. Uno de sus amigos, hablando casualmente con un conocido nuestro, mencionó a un tal Joseph, que se había unido a la pandilla. Nos dijo que Charlie estaba prendada de él.

Ya no quedaban obstáculos ni barreras. Los había salvado todos y ahora estaba en la recta final.

–¡Ah, ése ! Se refiere a José -exclamó, dejando que su rostro expresara el haber recordado al fin, y que al hacerlo se ensombrecía de disgusto.

–Sí, ya me acuerdo. Un repugnante judío que se nos enganchó como una lapa.

–No hable así de los judíos. No somos antisemitas, sólo antisionistas.

–Venga ya -le espetó ella.

–¿Me está llamando mentiroso, Charlie? -preguntó Tayeh, interesado.

–Fuera o no sionista, era un lameculos. Me recordaba a mi padre.

–¿Su padre era judío?

–No, pero era ladrón.

Tayeh se quedó pensativo un buen rato, empleando primero su cara y luego todo su cuerpo como punto de referencia para aclarar cualquier duda que su cabeza pudiera albergar aún. Le ofreció un cigarrillo a Charlie, que ella rechazó: su instinto le decía que no debía intimar con él. Tayeh volvió a golpearse el pie muerto con su bastón.

–¿Recuerda la noche que pasó con Michel en el viejo hotel de Tesalónica?

–Sí. ¿Porqué?

–El personal oyó gritos en su habitación a altas horas de la noche.

–Bueno, ¿y qué?

–No me dé prisa, por favor. ¿Quién gritaba aquella noche?

–Nadie. Sería que estaban husmeando en otra puñetera puerta.

–¿Quién estaba gritando?

–Nosotros no gritamos. Michel no quería que yo me fuera. Eso es todo. Temía por lo que pudiera pasarme.

–¿Y usted?

La historia de que ella se había mostrado más fuerte que Michel había sido cuidadosamente preparada con José.

–Le dije que le devolvería la pulsera -dijo Charlie.

–Eso explica la posdata de la carta -dijo Tayeh con un suspiro-: «Me alegro de haberme quedado la pulsera.» Por supuesto que no hubo gritos. Tiene usted razón. Perdone mi burda treta árabe. -La miró escrutadoramente por última vez, en vano, intentando resolver el enigma. Luego frunció los labios marcialmente, igual que hacía José a veces, como preludio de dar una orden.

–Le tenemos preparada una misión. Vaya a por sus cosas y regrese enseguida. Su instrucción ha terminado.

La mayor locura de todas fue tener que marchar; peor que el fin de curso; peor que dejar colgada a la pandilla en El Pireo. Fidel y Bubi la estrecharon emocionadamente en una mezcolanza de lágrimas, y una de las argelinas le regaló un niño Jesús de madera para que lo usara como medallón.

El profesor Minkel vivía en un puerto que enlaza el monte Scopus con la colina Francesa, en la octava planta de un rascacielos nuevo próximo a la Universidad Hebrea, uno más de los muchos que forman el abigarrado horizonte que tantas protestas ha levantado por parte de los poco afortunados conservacionistas. Todos los apartamentos tenían vistas a la Ciudad Vieja, pero el problema era que la Ciudad Vieja también tenía vistas a los apartamentos. Al igual que sus vecinos, el edificio era una fortaleza además de un rascacielos, y la posición de sus ventanas venía dada por el ángulo de tiro óptimo caso de que hubiera que responder a un ataque. Kurtz hubo de intentarlo tres veces hasta dar con el sitio exacto. Primero se perdió en un centro comercial construido en hormigón de metro y medio de espesor, y luego en un cementerio británico consagrado a los caídos en la Primera Guerra Mundial. «Obsequio del pueblo palestino», rezaba la inscripción. Kurtz exploró otros edificios, en su mayoría regalo de millonarios norteamericanos, y por último dio con aquella torre de piedra labrada. Los letreros con los nombres de los inquilinos habían sufrido las iras de los gamberros, de modo que pulsó un timbre al azar y desenterró a un viejo polaco e Galitzia que sólo hablaba yiddish. El polaco sabía perfectamente cuál era el edificio -;ni más ni menos que éste!-, conocía al doctor Minkel y le admiraba por su postura; también él había asistido a la venerada Universidad de Cracovia. Pero resultó que también tenía muchas preguntas que hacer y Kurtz se vio obligado a contestar lo

mejor que pudo; por ejemplo, ¿de dónde era originario Kurtz? Ah, caramba, ¿y conocía a fulano de tal? ¿Y qué le traía a esta casa a él, un hombre adulto, a las once de la mañana, cuando el doctor Minkel debía de estar enseñando a los futuros filósofos del pueblo judío?

Los mecánicos de ascensor estaban en huelga y Kurtz se vio obligado a subir por la escalera, pero nada podía empañar su buen humor. Por una parte, su sobrina había anunciado su compromiso con un joven del propio departamento de Kurtz, y no con precipitación. Por otra parte, las conferencias sobre temas bíblicos habían concluido felizmente, Elli había dado una pequeña fiesta de clausura y, para su satisfacción, había conseguido tener presente a su marido. Pero lo mejor era que al descubrimiento del asunto Friburgo habían seguido diversas informaciones, entre las cuales la más satisfactoria le había llegado ayer mismo, gracias a uno de los escuchas de Shimon Litvak que estaba comprobando un nuevo micrófono direccional en un tejado de Beirut: la palabra Friburgo, tres veces repetida en cinco páginas de texto, una auténtica delicia. A veces la suerte es así, cavilaba Kurtz mientras iba subiendo peldaños. Y la suerte, como sabía Napoleón y cualquier habitante de Jerusalén, era lo que forjaba a los buenos generales.

Al llegar a un descansillo, Kurtz se detuvo a recuperar el aliento y ordenar un poco sus ideas. La escalera parecía un refugio antiaéreo por las jaulas de alambre que protegían las bombillas, pero lo que hoy le venía a Kurtz a la memoria eran los sonidos de su propia infancia en los guetos colándose por el lúgubre hueco de la escalera. He hecho bien no trayendo a Shimon, se dijo. A este Shimon le vendría bien un poquillo de frivolidad, ya que poco le cuesta dar a todo un toque glacial...

La puerta del 18D tenía una mirilla chapada en acero y cerraduras a todo lo largo de un lado. La señora Minkel fue abriéndolas de una en una como los botones de una bota, mientras decía «Un momento, por favor» y bajaba hasta el suelo. Kurtz entró en el piso y esperó pacientemente a que la mujer volviera a cerrarlas una a una. Era alta y atractiva, con ojos azules muy vivos y pelo gris sujeto a un moño muy formal.

–Usted es Mr. Spielberg, del Ministerio del Interior -le informó ella con cierta circunspección mientras le daba la mano-. Bienvenido. Hansi le está esperando. Por aquí, por favor.

Abrió la puerta de un diminuto estudio y allí estaba su Hansi, tan curtido y aristocrático como un Buddenbrook. El escritorio le quedaba pequeño, y así era desde hacía años; en el suelo, a su alrededor, se apilaban libros y papeles en un orden que no podía ser fortuito. La mesa estaba situada en diagonal respecto al mirador, que tenía forma semihexagonal, cristales ahumados y un banco de madera empotrado. Levantándose con sumo cuidado, Minkel se abrió camino con espiritual dignidad hasta el único islote que no era reclamado por su erudición. Su bienvenida fue torpe, y al sentarse ambos en el mirador, la señora Minkel arrimó un taburete y se sentó

entre ambos, como con la intención de vigilar que se jugara limpio.

Siguió un incómodo silencio y Kurtz echó mano de la pesarosa sonrisa del hombre a quien su deber le obliga.

–Señora Minkel, me temo que hay un par de cosas concernientes a seguridad que mi departamento insiste en que debo tratar primero a solas con su marido -dijo, y esperó, sonriente aún, hasta que el profesor le propuso a su esposa que fuera a hacer café.

Con una mirada de advertencia a su esposo desde el umbral, la señora Minkel se retiró a regañadientes. Poca diferencia de edad podía existir entre los dos hombres, pero aun así Kurtz tuvo buen cuidado de hablarle claro y en alto porque el catedrático estaba acostumbrado a ello.

–Tengo entendido, profesor, que nuestra común amiga Ruthie Zadir habló ayer mismo con usted -empezó Kurtz con respetuosidad de cabecera de enfermo. Él conocía bien la respuesta pues había estado vigilando a Ruthie mientras ésta hacía la llamada, y había escuchado ambas líneas para averiguar de qué iba aquel hombre.

–Ruth era una de mis mejores alumnas -comentó el profesor como perdido en sus pensamientos.

–Tenga por seguro que también lo es de las nuestras -dijo Kurtz, más efusivo-. Dígame, por favor, ¿está usted al corriente de la naturaleza del trabajo en que Ruthie anda metida ahora?

Minkel, a decir verdad, no estaba habituado a responder preguntas que no fueran de su especialidad, y antes de contestar necesitó unos momentos de perpleja reflexión.

–Me da la impresión de que debo decirle algo -respondió con incómoda decisión.

Kurtz le sonrió, hospitalario.

–Si su visita tiene que ver con las simpatías políticas de alumnos que están o han estado alguna vez a mi cuidado, lamento decirle que no puedo colaborar con usted. Se trata de criterios que no puedo considerar legítimos. Ya hemos hablado de esto en otra ocasión. Lo siento. -Parecía súbitamente incómodo, tanto por sus pensamientos como por su insuficiente hebreo-. Yo estoy aquí porque creo en ciertas cosas, y cuando uno cree en ciertas cosas debe hablar con claridad, pero lo más importante es actuar de acuerdo con lo que uno piensa.

Kurtz, que conocía el expediente de Minkel, sabía exactamente cuál era su ideología. Discípulo de Martin Buber y miembro de un olvidado grupo de idealistas que entre las guerras del 67 y el 73 había abogado por una paz sincera con los palestinos, Minkel era considerado traidor por la derecha y, a veces, cuando se le recordaba aquella época, también por la izquierda. Era un erudito en filosofía judaica, en cristianismo primitivo, en movimientos humanistas de su Alemania natal y en otra treintena de materias; había escrito un libro de tres volúmenes sobre teoría y práctica

del sionismo, con un índice tan largo como el listín de teléfonos.

–Profesor -dijo Kurtz-, me doy perfecta cuenta de cuál es su postura en estas cuestiones y puede estar seguro de que no es *mi* intención inmiscuirme en su probada actitud ética. -Hizo una pausa para dar tiempo a que le calaran sus palabras tranquilizadoras-. A propósito, ¿debo entender que su próxima conferencia en la Universidad de Friburgo versará también sobre el tema de los derechos individuales? Los árabes y sus libertades básicas... ¿no es ése el tema para el día veinticuatro?

El profesor no podía pasar por ahí. No toleraba las definiciones hechas a la ligera.

–En esta ocasión he cambiado de tema. Se trata de la autorrealización del judaísmo, no por medio de la conquista sino de la ejemplificación de la cultura y la moralidad judías.

–¿Y qué líneas sigue exactamente su argumentación? -preguntó Kurtz con afabilidad.

La mujer de Minkel regresó con una bandeja de pastas caseras.

–¿Te está pidiendo otra vez que hagas de delator? -quiso saber-. Si es así, dile que no. Y cuando se lo hayas dicho, se lo repites hasta que se entere bien. ¿Qué crees que te va a hacer, pegarte con una cachiporra?

–Señora Minkel, tenga por seguro que no le estoy pidiendo a su marido nada de eso -dijo Kurtz sin inmutarse apenas.

La señora Minkel se retiró otra vez con una mirada de manifiesta incredulidad.

Pero Minkel apenas dejó de hablar, si es que realmente se había dado cuenta de la interrupción. Kurtz le había formulado una pregunta; Minkel, para quien toda barrera al conocimiento era inaceptable, se proponía responderla.

–Le diré exactamente cuáles son las líneas de mi argumentación, señor Spielberg -contestó con solemnidad-. Mientras tengamos un pequeño estado judío, podremos progresar, como judíos, en la vía democrática hacia nuestra autorrealización en tanto que tales judíos. Pero si el estado se amplía con la incorporación de muchos ciudadanos árabes, tendremos que escoger. -Le mostró a Kurtz las dos posibilidades con sus pecosas manos de viejo-. De un lado, democracia sin autorrealización judía; del otro, autorrealización judía sin democracia.

–¿Y cuál es la solución, profesor? -preguntó Kurtz.

Las manos de Minkel surcaron el aire en un gesto desdeñoso de impaciencia académica. Parecía haber olvidado que Kurtz no era alumno suyo.

–Muy sencillo. ¡Retirarse de Gaza y de la orilla izquierda antes de que perdamos nuestros valores! ¿Es que hay otra solución?

–Y a todo esto, ¿cuál es la reacción de los palestinos, profesor?

El profesor no parecía tan seguro como antes, sino más bien triste.

–Suelen llamarme cínico -dijo.

–¿De veras?

–Según ellos, yo busco tanto el estado judío como la compasión mundial, y por eso me tachan de agente subversivo para su causa. -La puerta se abrió y la señora Minkel entró con el café y unas tazas-. Pero yo *no* soy subversivo -dijo con impotencia el profesor, aunque no pudo seguir debido a su esposa.

–¿*Subversivo*? -repitió ella, dejando de golpe la bandeja y enrojeciendo de indignación-, ¿Está llamando a *Hansi* subversivo? ¿Porque hablamos abiertamente de lo que ocurre en nuestro país?

Kurtz no habría podido pararla de haberlo intentado, pero el caso es que se limitó a dejar que se expresara a su gusto.

–De las palizas y las torturas en el Golán; de cómo se trata a los palestinos en la orilla izquierda, peor que la Gestapo. Y en el Líbano o en Gaza. O aquí mismo, en Jerusalén, donde por todas partes se maltrata a los niños árabes por el hecho de ser árabes. Y nosotros somos los subversivos por atrevernos a hablar de opresión, sólo porque a nosotros no nos oprime nadie. ¿Así que los judíos de Alemania somos subversivos en Israel?

–*Aber, Liebchen...* -dijo el profesor, nerviosamente incómodo.

Pero estaba claro que la señora Minkel era una mujer habituada a poner los puntos sobre las íes.

–No pudimos frenar a los nazis y ahora no podemos frenarnos a nosotros mismos. Tenemos un país propio, y ¿qué hacemos? Cuarenta años después inventamos una nueva tribu marginada. ¡Qué idiotez! Si no lo decimos nosotros, el mundo lo hará algún día. Lo está haciendo ya. Lea los periódicos, Mr. Spielberg. -Como para parar el golpe, Kurtz había situado el brazo entre su cara y la de ella. Pero la mujer de Minkel no había terminado-. Esa *Ruthie* -dijo en son de mofa- tenía talento. Estudió tres años con Hansi. ¿Y qué hace después? Meterse en el aparato.

Al bajar la mano, Kurtz estaba sonriendo, pero su sonrisa no era de escarnio ni de ira, sino que expresaba el confuso orgullo de quien ama de verdad la sorprendente diversidad de sus compatriotas. Estaba diciendo «Por favor», estaba apelando al profesor, pero la señora Minkel aún tenía muchas cosas en el tintero.

Cuando finalmente se calló, Kurtz le preguntó si no quería sentarse también y escuchar lo que había venido a decirles. Y ella volvió a montarse en el taburete a la espera de que la apaciguasen.

Kurtz escogió sus palabras con gran cautela y amabilidad. De lo que quería hablarles, dijo, era de algo que no podía ser más secreto. Ni siquiera Ruthie Zadir -estupenda funcionaría y acostumbrada a tratar asuntos confidenciales- sabía nada de aquello, les dijo: aunque eso no era cierto, pero qué más daba. No había venido para hablar de los alumnos del profesor, aclaró, y menos aún para acusarle de subversión o para polemizar sobre su postura política, tan encomiable. Había venido únicamente a causa del próximo discurso del profesor en Friburgo, que por lo visto había

despertado la curiosidad de ciertos elementos extremadamente negativos. Y al final lo dijo todo.

–Los hechos son así de tristes -dijo, y aspiró una buena bocanada-: si alguno de estos palestinos cuyos derechos tan valientemente han defendido ustedes dos lo consigue, usted no podrá dar ninguna conferencia el veinticuatro de este mes. En realidad, profesor, no volverá a dar ninguna más en su vida. -Hizo una pausa, pero sus interlocutores no dieron muestras de querer interrumpir-. Conforme a la información de que disponemos ahora, es evidente que uno de los grupos palestinos menos intelectuales le ha elegido a usted como peligroso elemento moderado capaz de aguar el vino de su causa. Lo que usted me decía, pero peor: le consideran a usted un portavoz de la solución bantustán para los palestinos,^[3] un falso faro que conducirá a los pobres de espíritu a hacer otra fatal concesión al yugo sionista.

Pero hacía falta mucho más que la mera amenaza de muerte para persuadir al profesor de que aceptara una versión no probada de los hechos.

–Usted perdone -dijo al punto-. Ésa es exactamente la descripción que apareció en la prensa palestina tras mi discurso en Beer Sheva.

–Verá, profesor, es precisamente de ahí de donde la hemos sacado -dijo Kurtz.

Llegó en avión a Zurich a media tarde. Los reflectores de seguridad alineados a lo largo de la pista llameaban delante de ella como señalando el camino de su propia determinación. En cuanto a su mente, que ella había preparado a tal efecto, era un revoltijo de viejas frustraciones maduras y orientadas hacia aquel mundo miserable. Ahora sí sabía que en él no había ni pizca de bondad; ahora sí había visto la agonía resultante de la opulencia occidental. Era quien siempre había sido: un recluta iracundo excluido del servicio, que ahora debía apañárselas solo; con la diferencia de que el kalashnikov había sustituido a sus vanas pataletas. Los reflectores iban pasando junto a su ventanilla como fuegos de un naufragio. El avión tomó tierra. Pero como su billete decía «Amsterdam», teóricamente aún tenía que aterrizar. «Una chica que viene sola de Oriente Medio levanta sospechas -había dicho Tayeh al darle las últimas instrucciones en Beirut-. Nuestra primera tarea es proporcionarle una procedencia más respetable.» Fatmeh, que había ido a despedirla, fue más concreta: «Khalil ha ordenado que asumas una nueva identidad cuando llegues.»

Al entrar en la desierta sala de tránsito, Charlie tuvo la sensación de ser un pionero pisando por primera vez aquel territorio. Sonaba música grabada pero no había gente que escuchara. Había una elegante tienda de queso y chocolatinas, pero estaba vacía. Se dirigió a los lavabos y examinó su aspecto, el pelo cortísimo y teñido de un castaño indefinido. Tayeh en persona había estado cojeando por el piso de Beirut mientras Fatmeh le hacía la chapuza capilar. Había ordenado que nada de maquillaje ni nada de *sex appeal*. Charlie llevaba un traje marrón oscuro y unas gafas para astigmáticos desde las cuales miraba frunciendo el ceño. Sólo me falta un sombrero de paja y un blazer con el escudo, pensó. Estaba muy lejos de la revolucionaria *poule de luxe* de Michel.

Dile a Khalil que le quiero, le había dicho Fatmeh al darle un beso de despedida.

Rachel estaba en el lavabo contiguo, pero Charlie simuló no verla. Ni le gustaba ni la conocía, y era pura coincidencia que Charlie dejase su bolso entre las dos, con el paquete de Marlboro encima, tal como le había enseñado José. Y tampoco vio la mano de Rachel cambiando el paquete de Marlboro por uno que llevaba ella, ni su rápido guiño tranquilizador por el espejo.

No tengo otra vida que ésta. No tengo otro amor que Michel y no debo lealtad a nadie más que a Khalil.

Siéntate todo lo cerca que puedas del tablero de salidas, le había ordenado Tayeh. Y así lo hizo. De su maletín sacó un librito sobre flora alpina, de formato ancho y delgado como un manual escolar. Lo abrió y lo dejó sobre su regazo, inclinado de forma que el título resultara visible. Lucía en la solapa una chapa redonda que decía

«Salvemos las ballenas», y ésa era la otra señal, dijo Tayeh, porque a partir de ahora Khalil lo exigirá todo a pares: dos señales, dos planes, un segundo sistema para todo por si falla el primero, y una segunda bala por si el mundo sigue con vida.

Khalil no se fía de nada a la primera, le había dicho José. Pero José estaba bien muerto y enterrado, no era más que un olvidado profeta de su adolescencia. Ahora era la viuda de Michel, el soldado de Tayeh que había venido a alistarse en el ejército del hermano de su amante muerto.

Un soldado suizo, un hombre mayor armado con una automática Heckler amp; Koch, la estaba mirando. Charlie pasó página. Las pistolas Heckler eran sus preferidas. En su último entrenamiento con armas de fuego había logrado meterle ochenta y cuatro disparos de un total de cien al miliciano nazi que hacía de blanco. Era la máxima puntuación, tanto en hombres como en mujeres. Por el rabillo del ojo vio que el suizo seguía mirándola, y se le ocurrió una torva idea. Te voy a hacer lo que hizo Bubi una vez en Venezuela, se dijo. Bubi había recibido orden de matar a cierto policía fascista cuando éste saliera de su casa por la mañana, una hora muy propicia. Bubi se escondió en un portal a esperar. Su víctima llevaba un arma bajo la chaqueta, pero al mismo tiempo era una persona muy casera, siempre estaba jugando con sus hijos. Cuando el policía salió a la calle, Bubi sacó una pelota del bolsillo y se la arrojó dando botes por la calle. Era la típica pelotita de goma: ¿qué padrazo no se habría agachado instintivamente a cogerla? En cuanto el policía se hubo agachado, Bubi salió del portal y le mató de un tiro: ¿quién puede defenderse mientras está cogiendo una pelota de goma?

Había uno que intentaba ligar con ella. Fumador de pipa, zapatos de piel, pantalón de franela gris. Notó que la acechaba y empezaba a aproximarse.

—Perdone que la moleste, ¿habla usted inglés?

Salida típica, violador inglés de clase media, cabello rubio, cincuentón y rechoncho. Se excusa pero miente. «Pues no», tuvo ganas de contestarle, sólo miro las fotos. Detestaba de tal forma aquella clase de hombres que casi sintió náuseas. Le lanzó una mirada feroz, pero el tipo, como todos los de su calaña, tenía mucho aguante.

—Verá, es que este sitio es *tristísimo* -explicó-. Pensaba si tendría usted inconveniente en tomar una copa conmigo. Sin compromiso. Le vendrá bien.

Ella dijo no, gracias, por no decirle papá me ha dicho que no hable con desconocidos, y al rato el hombre se alejó indignado, buscando un policía a quien denunciarla. Charlie volvió a observar el edelweiss común, y oyó cómo iba llegando la gente, de uno en uno, y cómo se dirigían todos hacia la tienda de quesos, hacia el bar... o hacia ella. Y se paraban.

—¡Imogen! ¿Te acuerdas de mí? ¡Sabine!

La vista alzada; pausa para identificación. Un vistoso pañuelo suizo para esconder

el pelo cortísimo y teñido de un castaño indefinido. Sin gafas, pero si Sabine tuviera que llevar unas como las mías, cualquier fotógrafo malo nos tomaría por hermanas gemelas. La segunda señal era una bolsa grande de viaje de Granz Carl Weber, Zurich, colgando de la mano.

–Caray, Sabine. Pero si eres tú.

Levantarse, el consabido beso en cada mejilla. Qué sorpresa. ¿Cómo tú por aquí?

Pero el vuelo de Sabine, ay, está a punto de salir. Lástima que no podamos hablar de nuestras cosas, pero la vida es así, ¿no? Sabine deja la bolsa de viaje a los pies de Charlie. Vigílamela un poco, encanto. Claro Sabine, tranquila. Sabine desaparece en el lavabo de señoras. Hurgando en la bolsa como si fuera suya, Charlie saca un bonito sobre con una cinta alrededor, detecta el perfil de un pasaporte y un pasaje de avión en su interior. Lo sustituye tranquilamente por su pasaporte irlandés, su propio billete de avión y su tarjeta de embarque. Regresa Sabine, agarra la bolsa, «Debo darme prisa», y se va por la derecha. Charlie cuenta hasta veinte, va al retrete y allí se queda. Baastrup Imogen, sudafricana, lee. Nacida en Johannesburgo tres años y un mes después que yo. Destino Stuttgart, dentro de una hora y veinte minutos. Adiós irlandesita; bienvenida nuestra pequeña racista cristiana y reprimida de los áridos llanos, en pos de sus raíces de mujer blanca.

Al salir del servicio, vio al soldado mirarla otra vez. Lo sabe todo. Está a punto de detenerme. Ha pensado que tenía diarrea, y no sabe hasta qué punto se acerca a la verdad. Charlie lo observó hasta que el otro se alejó. Sólo estaba buscando algo que mirar, se dijo mientras sacaba otra vez su librito de flora alpina.

Le pareció que el vuelo duraba sólo cinco minutos. Un anticuado árbol de Navidad le esperaba en la sala de llegadas de Stuttgart; había un ambiente de ajetreo familiar y de gente volviendo a casa. Mientras hacía cola armada con su pasaporte sudafricano, Charlie examinó las fotografías de las terroristas buscadas por la policía y tuvo el presentimiento de que iba a ver la suya de un momento a otro. Pasó por inmigración sin parpadear una sola vez. Cuando se acercaba a la salida vio a Rose, su paisana de Sudáfrica, repantigada sobre una mochila medio dormida, pero Rose estaba tan muerta como José y todos los demás, y era tan invisible como Rachel. Las puertas se abrieron electrónicamente y un remolino de nieve le dio en la cara. Charlie se subió el cuello de la chaqueta y corrió hacia el aparcamiento cruzando la amplia acera. Cuarta planta, le había dicho Tayeh; última esquina a la izquierda, busca una cola de zorra en la antena de radio. Ella se había imaginado una antena extensible con una vistosa cola peluda de zorro ondeando en lo alto. Pero aquel zorro era una zarrapastrosa imitación de nylon, sujeta por una anilla, y parecía un ratón muerto sobre la capota del pequeño Volkswagen.

–Soy Saul. ¿Cómo te llamas, pequeña? -dijo a sus espaldas una voz de hombre

con suave acento americano. Fue un momento terrible durante el cual creyó que Arthur J. Halloran, alias Abdul, había vuelto para perseguirla, de modo que cuando se dio la vuelta suspiró aliviada al ver a un joven de aspecto normal apoyado contra la pared. Cabello largo, zapatillas de baloncesto y una sonrisa lozana e indolente. Y también una chapa de «Salvemos las ballenas» como la suya, prendida en el anorak.

–Imogen -contestó, ya que Saul era el nombre que Tayeh le había dado como contraseña.

–Bien, Imogen, levanta el capó y mete la maleta dentro. Ahora mira a tu alrededor y dime lo que ves. ¿Alguien que te dé mala espina?

Inspeccionó pausadamente el aparcamiento. En la cabina de una furgoneta Bedford cubierta de alocadas margaritas, Raoul y una chica a quien no pudo distinguir estaban a medio consumir el acto.

Dijo que nadie.

Saul abrió la puerta de la derecha.

–Ponte el cinturón de seguridad, pequeña -dijo al montar a su lado-. En este país las leyes funcionan, ¿entendido? ¿De dónde vienes, Imogen? ¿Cómo es que estás tan morena?

Pero las viudas jóvenes propensas al asesinato no deben intercambiar frivolidades con desconocidos. Encogiéndose de hombros, Saul encendió la radio y escuchó un boletín de noticias en alemán.

La nieve lo hacía todo más bonito, y más cautos a los automovilistas. Lograron abrirse paso entre el follón de coches y tomaron por una carretera de doble calzada con edificios a ambos lados. Gruesos copos de nieve se agolpaban contra los faros delanteros. Al terminar las noticias, una voz de mujer anunció un concierto.

–¿Te va la música clásica, Imogen?

De todos modos, no cambió de emisora; Mozart de Salzburgo, donde Charlie se había sentido demasiado cansada para hacer el amor con Michel la noche antes de que le mataran.

Bordearon el fulgor del centro de la ciudad, sobre el que la nieve se iba posando cual negra ceniza. Pasando por un cruce en trébol, vieron abajo, en un patio cerrado de recreo, unos niños con anoraks rojos arrojándose bolas de nieve. Rememoró su grupo juvenil de teatro allá en Inglaterra, un millón de años atrás. Lo hago por ellos, pensó. Michel había llegado a creerlo así. Lo mismo que todos, en cierto modo. Todos excepto Halloran, que ya no le veía el sentido. ¿Por qué estaba tan presente en su pensamiento? se preguntaba. Porque Halloran dudaba, y ella había aprendido que la duda es el enemigo más temible. Dudar es traicionar, le había advertido Tayeh.

Lo mismo, o casi, le había dicho José.

Habían entrado en otro país y la carretera se convirtió de pronto en un río negro que atravesaba cañadas de campos nevados y densos bosques blancos. Primero perdió

la noción del tiempo y después la de proporción. Veía recortarse contra un cielo pálido castillos de ensueño y pueblecitos alineados como vagones de tren. Las iglesias de juguete con sus cúpulas de cebolla le provocaron ganas de rezar, pero ya estaba demasiado crecida para eso y, además, la religión era para los débiles. Vio ponis que tiritaban mientras triscaban balas de heno y se acordó, uno por uno, de todos los ponis que tuvo de pequeña. Cada vez que veía pasar a una de aquellas preciosas bestias, su corazón se le iba detrás para intentar sujetarla y hacerla parar. Pero no había nada que dejara huella en su mente; nada permanecía el tiempo suficiente; todo era como el hálito sobre el cristal pulido. De vez en cuando les adelantaba un coche; en una ocasión pasó una moto a toda velocidad y ella creyó reconocer la espalda de Dimitri, pero antes de que pudiera estar segura la moto se alejó del alcance de sus faros.

Subieron a la cima de un monte y Saul pisó a fondo. Torció a la izquierda, atravesó otra carretera y siguió luego a la derecha, dando botes por una pista llena de baches. A ambos lados, como soldados víctimas del frío en un noticiario ruso, se alineaban los árboles talados. Mucho más adelante, Charlie vislumbró una casa vieja y renegrida, con chimeneas de altos humeros, que por un instante le recordó la casa de Atenas. «Frenesí: ¿es así como se dice?» Saul detuvo el coche y encendió dos veces las largas. De lo que parecía ser el centro de la casa les llegó en respuesta el guiño de una linterna. Saul miraba su reloj e iba contando pausadamente los segundos en voz alta. «... nueve y diez; tiene que ser ahora.» La luz en la lejanía parpadeó otra vez. Saul se inclinó sobre ella y le abrió la portezuela.

—Hasta aquí hemos llegado, pequeña -dijo-. La conversación ha sido fantástica. Paz, ¿vale?

Maleta en mano, Charlie escogió un surco en la nieve y echó a andar hacia la casa sin otra cosa que le mostrara el camino más que la palidez de la nieve y los jirones de luna entre los árboles. A medida que la casa se aproximaba a ella, distinguió una vieja torre de reloj, sin reloj, y un estanque helado sin estatua que adornara la peana. Bajo una marquesina de madera centelleaba una motocicleta.

De pronto, oyó una voz conocida que le hablaba con la emoción contenida del conspirador: «Imogen, vigila el tejado. Si te cae un pedazo encima, te matará al momento. Imogen... oh, vamos, Charlie, ¡esto es ridículo!» Y un segundo después aparecía de entre las sombras del porche un cuerpo robusto para abrazarla, si bien la linterna y una pistola automática estorbaban ligeramente sus movimientos.

Abrumada por una oleada de absurda gratitud, Charlie devolvió el abrazo de Helga.

—¡Caramba, Helg, pero si eres tú... qué bien!

A la luz de su linterna, Helga la condujo por un vestíbulo con suelo de mármol del que había sido retirada ya la mitad de las losas, y a continuación subieron con

cuidado por una combada escalera de madera sin barandal. A la casa le quedaba poco tiempo de vida, pero alguien se había dado maña en apresurar su defunción. Las húmedas paredes estaban pintarrajeadas de rojo con frases políticas; los picaportes y los apliques de luz habían sufrido el saqueo. Recobraba su hostilidad inicial, Charlie trató de retirar su mano pero Helga se la apretó con más fuerza aún. Cruzaron una serie de estancias desiertas, cada una de las cuales podía haber albergado un banquete. En la primera había un hornillo de porcelana destrozado y lleno de papel de periódico; en la segunda, una máquina de ciclostilar cubierta de polvo y el suelo lleno hasta el tobillo de amarillentos panfletos de pasadas revoluciones. Al entrar en una tercera habitación, Helga dirigió el haz de su linterna sobre un montón de carpetas y papeles remetidos en un hueco.

—¿Sabes a qué nos dedicamos aquí mi amiga y yo, Imogen? -preguntó, alzando repentinamente la voz-. Mi amiga es increíble. Se llama Verona y su padre era un nazi integral, además de terrateniente, industrial y qué sé yo. -Su mano relajó la presa sólo para cerrarse una vez más sobre la muñeca de Charlie-. Como murió, ahora lo estamos vendiendo todo a modo de venganza. Los árboles a los que destruyen los árboles; la tierra a quienes destruyen la tierra; las estatuas y el mobiliario para el rastro. Lo que está valorado en cinco mil lo vendemos por cinco. Aquí estaba el escritorio. Lo despedazamos con nuestras propias manos y luego hicimos una hoguera. Fue como un símbolo. Era el cuartel general de su campaña fascista; ahí era donde firmaba sus cheques y donde organizaba todas sus acciones represivas. Lo rompimos y lo quemamos. Ahora Verona es libre. Es pobre, libre y se ha unido a las masas. ¿Verdad que es fantástica? A lo mejor tú deberías haber hecho lo mismo.

Una escalera de servicio subía de través hasta un largo pasillo. Helga abrió la marcha. Charlie oyó la música folk que sonaba encima de ellas y notó olor a humo de parafina quemada. Llegaron a un rellano, pasaron junto a los aposentos de la servidumbre y se detuvieron frente a la puerta del fondo. Por debajo salía luz. Helga llamó con los nudillos y musitó algo en alemán. Alguien descorrió un pestillo y la puerta se abrió. Helga entró la primera, haciendo señas para que Charlie la siguiera.

—Imogen, te presento a la camarada Verona. -Su voz tenía un toque de mando-. ¡Vero!

Dentro les esperaba una chica rolliza con cara de perturbada, vestida con un delantal sobre los anchos pantalones negros. Llevaba el pelo cortado como un chico. Una Smith amp; Wesson automática colgaba de su ancha cadera en una cartuchera. Verona se secó la mano en el delantal y estrechó las suyas al estilo burgués.

—Hace un año. Vero era tan fascista como su padre -comentó Helga con autoridad-. Era esclava y fascista a la vez. Pero ahora lucha con nosotros. ¿No es así, Vero?

Verona volvió a correr el pestillo y fue hasta un rincón donde estaba cocinando

algo en un fogón de camping. Charlie se preguntó si en el fondo no estaría soñando con el escritorio de su padre.

–Ven. Mira quien está aquí -dijo Helga, tirando de Charlie hacia el fondo de la habitación.

Charlie miró rápidamente en torno. Se hallaban en una amplia buhardilla, igual que la que había utilizado para jugar cuando iba de vacaciones a Devon. La tenue iluminación procedía de una lámpara de aceite colgada de una viga. De lado a lado de las ventanas había cortinas dobles de terciopelo. Acodado junto a una pared había un delicioso caballo de balancín y junto a él, sobre un atril, descansaba una pizarra de institutriz sobre la cual había el dibujo de un plano; unas flechas de colores apuntaban a un gran edificio rectangular que había en el centro. Sobre una mesa de pimpón quedaban restos de salami, pan integral y queso. Ante una estufa de petróleo colgaba ropa de ambos sexos puesta a secar. Habían llegado a una escalera corta de madera y Helga había empezado a subir. En el altillo había dos camas puestas una al lado de la otra. Sobre una de ellas, desnudo hasta más abajo de la cintura, descansaba el italiano moreno que había detenido a Charlie a punta de pistola en la City de Londres aquel domingo por la mañana. Se había echado un raído cubrecama sobre los muslos y estaba limpiando una Walther automática. Al lado había un transistor que emitía música de Brahms.

–Y aquí está el vigoroso Mario -anunció Helga con sarcástico orgullo, pinchándole en los genitales con los dedos del pie-. Mario, ¿sabías que eres un desvergonzado? Tápate inmediatamente y saluda a nuestra invitada. ¡Es una orden!

Pero Mario se limitó a darse la vuelta impudicamente hasta el borde de la cama, instando a quien quisiera imitarle.

–¿Cómo está el camarada Tayeh, Charlie? -preguntó Mario-. Danos noticias de la familia.

Un teléfono sonó como un grito en una iglesia, tanto más alarmante cuanto que a Charlie no se le había ocurrido que allí pudiera haber teléfono. Buscando algún modo de animarla, Helga estaba proponiendo un brindis a la salud de Charlie y extendiéndose exageradamente sobre ello. Había dispuesto vasos y una botella sobre una tabla de cortar pan y se disponía a llevarlo todo ceremoniosamente al fondo de la habitación, pero al oír el teléfono se quedó petrificada hasta que poco a poco consiguió depositar la tabla sobre la mesa de ping pong, que estaba casualmente a mano. Rossino apagó la radio. El teléfono destacaba sobre una mesita de marquetería que Helga y Verona no habían condenado aún a la hoguera. Era un teléfono de los antiguos, con auricular independiente. Helga se acercó a él pero no cogió el auricular. Charlie contó cuatro largos timbrazos hasta que dejó de sonar. Helga permaneció donde estaba, mirando el teléfono. Completamente desnudo, Rossino se paseó imperturbable por la habitación y fue a coger una camisa de la cuerda de tender.

–Dijo que llamaría mañana -se lamentó mientras se la ponía por la cabeza-. ¿Qué habrá pasado?

–Tú cállate -le espetó Helga.

Verona continuaba removiendo lo que estaba guisando, pero más despacio, como si correr fuera peligroso. Era una de esas mujeres cuyos movimientos parecen siempre proceder de los codos.

El teléfono volvió a sonar, dos veces, y en esta ocasión Helga levantó el auricular y colgó enseguida. Pero cuando volvió a sonar, respondió con un cortante «Diga» y luego escuchó durante unos dos minutos, sin sonreír ni mover la cabeza para asentir, antes de colgar de nuevo.

–Los Minkel han cambiado de planes -anunció-. Pasarán esta noche en Tubinga, en casa de unos amigos de la facultad. Llevan cuatro maletas grandes, muchos bultos pequeños y un maletín. -Con exquisito efecto dramático, cogió un trapo húmedo del fregadero de Verona y limpió la pizarra-. El maletín es negro, de cierre sencillo. La conferencia también ha cambiado de sitio. La policía no sospecha nada pero está nerviosa. Está tomando lo que suelen llamar «precauciones razonables».

–¿Qué hay de la secreta? -dijo Rossino.

–La policía quiere aumentar el número de guardias, pero Minkel se niega en redondo. Es lo que llaman un hombre de principios. Puesto que ha de pronunciar un sermón sobre la ley y el orden, insiste en que no se le debe ver en público rodeado de detectives. En cuanto a Imogen, todo sigue igual, sus órdenes son las mismas. Es su primera acción. Va a ser la protagonista absoluta. ¿No, Charlie?

De pronto, todos la estaban mirando; Verona, con despreocupada fijeza, Rossino con una mueca apreciativa y Helga de un modo absolutamente franco para el que, como siempre, la duda era algo desconocido.

Se recostó, usando el brazo como almohada. Su habitación no era una tribuna de iglesia sino un desván sin luz ni cortinas. La cama consistía en un colchón de tela de crin y una manta amarillenta que olía a alcanfor. Helga se sentó a su lado y le acarició el pelo teñido con su fuerte mano. Por el ventanal entraba el claro de luna; la nieve contribuía al silencio absoluto. Se podría escribir un buen cuento de hadas en este sitio. Mi amado encendería la estufa eléctrica y me poseería a su rojizo fulgor. Era como estar en una leñera, a salvo de todo excepto del futuro.

–¿Qué te pasa, Charlie? Abre los ojos. ¿Es que ya no te gusta?

Abrió los ojos y miró al frente sin ver ni pensar nada.

–¿Aún sueñas con tu joven palestino? ¿Te preocupa lo que hacemos aquí? ¿Prefieres abandonar y salir corriendo ahora que todavía puedes?

–Estoy cansada.

–Pues ven a dormir con nosotros. Podemos hacer el amor todos juntos y luego

dormimos. Mario es un magnífico amante.

Inclinándose sobre ella, Helga le dio un beso en el cuello.

–Si quieres, puede venir Mario solo. ¿Eres tímida? Hasta eso te permito. -Volvió a besarla, pero Charlie estaba fría y rígida como el hierro.

–Mañana por la noche puede que estés más cariñosa. Con Khalil no hay negativa que valga. Está realmente fascinado por conocerte. Ha preguntado por ti personalmente. ¿Sabes lo que le dijo una vez a un amigo nuestro? «Sin mujeres perdería mi calor humano y dejaría de ser soldado. Para ser un buen soldado es imprescindible tener humanidad.» Con eso te harás una idea de la clase de hombre que es. Tú amabas a Michel, o sea que él te amará a ti. De eso no hay ninguna duda.

Concediéndole un último y prolongado beso, Helga salió del cuarto y Charlie se quedó boca arriba con los ojos bien abiertos, viendo cómo la noche empezaba a iluminar la ventana. Entonces oyó un aullido de mujer que degeneraba en un suplicante y redoblado sollozo, y luego un apremiante grito masculino. Helga y Mario estaban adelantando la revolución sin su ayuda.

«Síguelos a donde sea que te lleven -le había dicho José-. Si te dicen que mates, mata. La responsabilidad es nuestra, no tuya.»

¿Y tú dónde estarás?

«Cerca.»

Cerca del fin del mundo.

En el bolso guardaba una pequeña linterna Mickey Mouse como las que habría usado para jugar bajo las sábanas en el internado. Sacó la linterna y el paquete de Marlboro de Rachel. Quedaban tres cigarrillos. Los volvió a guardar, sueltos. Con cuidado, según le había enseñado José, retiró el papel de celofán, rasgó el cartón del paquete y lo alisó. Luego se lamió un dedo y empezó a frotar ligeramente de saliva la superficie blanca de cartón. Aparecieron unas letras marrones muy finas, como si las hubieran escrito con *rotring*. Leyó el mensaje y luego metió la cajetilla alisada por una grieta del parquet hasta que desapareció de vista.

«Valor. Estamos contigo.» El padrenuestro entero en un grano de arroz.

Su cuartel general en el centro urbano de Friburgo era un despacho de planta baja apresuradamente alquilado en una importante calle comercial, y su tapadera la Walther amp; Frosch Investment Company, una de las muchas que la secretaría de Gavron tenía permanentemente registradas. Su equipo de comunicaciones tenía más o menos el aspecto de un *software* comercial; había además tres teléfonos corrientes, cortesía de Alexis, y uno de los tres, el menos oficial, era la línea directa del doctor con Kurtz. Eran las primeras horas de la mañana tras una ajetreada noche dedicada primero al delicado asunto de localizar a Charlie y luego a discutir acaloradamente sobre la demarcación de Litvak y de su homólogo germano occidental, pues a estas

alturas Litvak se las tenía con todo el mundo. Kurtz y Alexis se habían mantenido al margen de aquel altercado entre subordinados. El acuerdo general funcionaba, y Kurtz aún no tenía intención de romperlo. Alexis y sus hombres se llevarían los honores; Litvak y los suyos la satisfacción.

En cuanto a Gadi Becker, había vuelto por fin a primera línea. Ante la inminencia de la acción, su manera de comportarse había adquirido una reposada y resuelta ligereza. Su período de amarga introspección en Jerusalén había concluido; atrás quedaba la ociosidad de la espera que tanto le había torturado. Mientras Kurtz dormitaba bajo una manta del ejército y Litvak, nervioso y agotado, iba de un lado a otro del despacho o hablaba en secreto por uno de los teléfonos, con lo que iba adquiriendo un humor poco menos que turbio, Becker montaba guardia tras la celosía del amplio ventanal, contemplando pacientemente los montes nevados de la otra orilla del oliváceo río Dreisam. Puesto que, al igual que Salzburgo, Friburgo es una ciudad rodeada de cumbres, y todas las calles parecen subir hacia su propia Jerusalén.

–Está aterrorizada -dijo de repente Litvak a la espalda de Becker.

Becker se dio la vuelta y le miró perplejo.

–Se ha pasado a ellos, seguro -insistió Litvak. Su voz sonó con un matiz gutural.

Becker volvió a mirar por la ventana.

–Una parte de ella, sí, la otra no -replicó-. Eso fue lo que le pedimos nosotros.

–¡Se ha pasado al otro bando! -repitió Litvak, subiendo el volumen de su provocación-. No sería la primera vez que eso pasa con los agentes. Yo la vi en el aeropuerto, tú no. ¡Te juro que parece un fantasma!

–Si parece un fantasma, es que quiere tener ese aspecto -dijo Becker, majestuosamente sereno-. Ella es actriz. Lo conseguirá, no te apures.

–Pero ¿qué es lo que le mueve? No es judía, ni nada de nada; va a favor de ellos. ¡Olvídate ya de ella!

Al oír que Kurtz se agitaba bajo la manta, Litvak alzó la voz para que también él escuchara.

–Si aún es de los nuestros, ¿por qué le dio a Rachel una cajetilla de tabaco vacía en el aeropuerto? A ver, di. Lleva semanas con esa chusma y ni siquiera nos escribe una nota cuando volvemos a vernos... ¿Qué clase de agente es, que se muestra tan leal a nosotros?

Becker parecía estar buscando la respuesta en los montes lejanos.

–Puede que no tenga nada que decir. Ella vota con sus acciones, no con sus palabras.

Desde los bajíos de su precaria cama de campaña, Kurtz les brindó un soñoliento consuelo:

–Alemania te pone un poco nervioso, Shimon. Calma. ¿Qué más da que sea o no de los nuestros, mientras nos siga enseñando el camino?

Pero las palabras de Kurtz tuvieron un efecto contrario al previsto. Íntimamente atormentado como estaba, Litvak sintió que había una sucia alianza en contra suya, y ello le puso más violento aún.

—¿Y si se viene abajo y confiesa? ¿Y si les cuenta toda la historia? ¿Sería eso una manera de enseñarnos el camino?

Parecía decidido a que la cosa acabara mal, como si sólo de esa forma pudiera quedar satisfecho.

Apoyándose en un codo, Kurtz intervino con más rudeza:

—Bueno, Shimon, ¿y qué quieres que hagamos? Da tú la solución. Supongamos que se ha pasado a ellos. Supongamos que ha mandado toda la operación a hacer puñetas de principio a fin. ¿Qué quieres, que llame a Misha Gavron y le diga que hemos fracasado?

Becker no se había separado de la ventana, pero se había dado la vuelta y estaba observando pensativamente a Litvak, el cual, tras mirarlos a los dos alternativamente, extendió los brazos en un gesto que resultaba sumamente estrafalario frente a dos interlocutores tan estáticos como aquellos.

—¡Tiene que estar por alguna parte! -exclamó Litvak-. En un hotel, en un piso, en una casa de putas. Ha de estar. ¿Por qué no acordonamos la ciudad? Eso puede hacerlo Alexis. Vigilar las carreteras, el ferrocarril, los autobuses. ¡Registrar casa por casa hasta dar con él!

—Friburgo no es la orilla izquierda, Shimon -dijo Kurtz, probando con un poquito de humor.

Pero Becker, por fin interesado, parecía ansioso por continuar la discusión.

—Y cuando hayamos dado con él, ¿qué? -preguntó como si aún no hubiera comprendido bien los planes de Litvak-. ¿Qué hacemos después, Shimon?

—¡Encontrarle y matarle! ¡Se acabó la operación!

—¿Y a Charlie quién la mata? -preguntó Becker con absoluta lógica-. ¿Nosotros o ellos?

De repente, Litvak se sintió abrumado ante tantos dilemas. Sometido a las tensiones de la noche pasada y del día que les esperaba, todo el amasijo de sus frustraciones masculinas y femeninas subió súbitamente a la superficie de su ser. Se puso colorado y, con los ojos llameantes, señaló con un delgado brazo a Becker con gesto acusador.

—¡Es una puta y una comunista, y se acuesta con árabes! -gritó lo bastante fuerte para que le oyeran del otro lado del tabique-. Que se las arregle sola, ¿a quién le importa?

Si Litvak esperaba que Becker se lo tomara a pecho, llevó una decepción, pues Becker no le ofreció más que un asentimiento de cabeza como si todo cuanto él había pensado de Litvak durante un tiempo se hubiera demostrado ahora. Kurtz había

apartado la manta y estaba sentado en la cama en calzoncillos, cabizbajo, mientras se frotaba su corto pelo gris con los dedos.

–Ve a darte un baño, Shimon -le ordenó serenamente-. Te bañas, descansas un rato y luego te tomas un café. Vuelve a eso del mediodía. Pero no antes. -Estaba sonando un teléfono-. No contestes -añadió, y él mismo levantó el auricular mientras Litvak le miraba mudo de espanto desde el umbral-. Está ocupado -dijo Kurtz en alemán-. Sí, aquí Helmuth, ¿quién habla?

Kurtz dijo que sí; volvió a decir sí y luego «bien hecho». Colgó. Luego esbozó su siempre joven y melancólica sonrisa; primero a Litvak, para consolarle, y luego a Becker, porque en aquel momento sus diferencias no tenían importancia.

–Charlie ha llegado hace cinco minutos al hotel de los Minkel -dijo-. Rossino va con ella. Están tomando el desayuno juntos, con mucha anticipación, tal como le gusta a nuestro amiguito.

–¿Y la pulsera? -dijo Becker.

–En su muñeca derecha -dijo Kurtz que se reservaba lo mejor para el final-. Tiene un mensaje para nosotros. Es magnífica, Gadi, te felicito.

El hotel había sido construido en los años sesenta, cuando la industria del ramo aún creía en los grandes vestíbulos con sus sedantes fuentes iluminadas y vitrinas con relojes de oro. Una amplia escalera doble conducía a un entresuelo, y desde la mesa de la galería ante la que estaban sentados, Charlie y Rossino dominaban tanto la puerta principal como la recepción. Rossino llevaba un traje azul de ejecutivo medio y Charlie su uniforme de chica guía sudafricana y el niño de Jesús de madera que le habían regalado en el campo de instrucción. Los cristales de sus gafas, que a instancia de Tayeh eran de verdad, le producían dolor ocular cada vez que le tocaba el turno de vigilar. Habían desayunado huevos con bacon porque ella estaba muerta de hambre, y ahora tomaban café mientras Rossino leía el *Zeitung* de Stuttgart y le obsequiaba de vez en cuando con noticias jocosas. Habían ido en moto a la ciudad a primera hora de la mañana y ella se había quedado prácticamente congelada en el sillín de atrás. Habían aparcado en la estación, donde Rossino hizo numerosas averiguaciones, y se habían llegado hasta el hotel en un taxi. En la hora que llevaban allí, Charlie había visto cómo una escolta policial entregaba a un obispo católico, y cómo regresaban acompañando a una delegación de África Occidental con atuendos tribales. Había visto llegar un autocar lleno de americanos y partir otro lleno de japoneses; se sabía de memoria el procedimiento para registrarse en el hotel y hasta el nombre del portero que cogía las maletas de los recién llegados cuando entraban despedidos por la puerta corredera, las cargaba en unos carritos y permanecía a un metro de distancia esperando a que los huéspedes cumplieran las hojas de registro.

–Y Su Santidad el Papa prepara una gira por todos los estados fascistas de

Sudamérica -proclamó Rossino desde detrás del periódico, poniéndose en pie-, A lo mejor esta vez se lo cargan de verdad. ¿Adónde vas, Imogen?

–A mear.

–¿Qué pasa, estás nerviosa?

En los servicios de señoras había luces rosas sobre los lavabos y una música de fondo que ahogaba el zumbido de los ventiladores. Rachel se estaba dando sombra de ojos. Dos mujeres estaban lavándose la cara. Una de las puertas estaba cerrada. Charlie pasó rozando a Rachel y le pasó discretamente el mensaje garabateado. Se lavó y volvió a la mesa.

–Salgamos de aquí -dijo, como si al aliviarse hubiera cambiado de idea-. Esto es absurdo.

Rossino encendió un grueso puro holandés y le arrojó expresamente el humo a la cara.

Entonces apareció junto a la puerta un Mercedes de aspecto oficial del que emergió un puñado de hombres con traje oscuro y chapa de identificación en la solapa. Rossino había empezado a hacer un chiste obscuro a costa de ellos cuando la voz de un botones diciendo su nombre le interrumpió: el *signor* Verdi, que había dejado al conserje su nombre y cinco marcos de propina, era requerido en la cabina tres. Charlie sorbió su café, notando cómo le quemaba el pecho. Rachel estaba sentada con un amigo bajo una palmera de aluminio, leyendo *Cosmopolitan*. El amigo, que Charlie no había visto antes, parecía alemán y sostenía unos documentos en una carpeta de plástico. Había algo más de veinte personas sentadas en el vestíbulo, pero sólo pudo reconocer a Rachel. Rossino acababa de volver.

–Los Minkel han llegado a la estación hace dos minutos. Han tomado un taxi azul Peugeot. Estarán aquí de un momento a otro.

Rossino pidió la cuenta, pagó y reanudó la lectura del periódico.

Lo haré todo una sola vez, se había prometido mientras esperaba tumbada por la mañana; la última vez. Y se lo repitió ahora. Si estoy aquí sentada, no tendré que sentarme aquí nunca más. Cuando vaya abajo, será para no tener que subir nunca más. Cuando me vaya del hotel, será para no volver nunca más.

–¿Y por qué no matamos a ese cabrón y acabamos de una vez? -susurró Charlie, sintiendo aflorar súbitamente el miedo y el odio mientras fijaba otra vez la mirada en la puerta principal.

–Porque queremos seguir vivos para matar a otros cabrones -le explicó pacientemente Rossino. Pasó página y añadió-: Otra vez ha perdido el Manchester United. Pobrecito Imperio británico.

–Acción -dijo Charlie.

Un taxi Peugeot azul había aparcado frente a la puerta de cristal. De él estaba saliendo una mujer de pelo gris, seguida de un hombre alto y de aspecto distinguido

con andares pausados y ceremoniosos.

–Controla los bultos pequeños, yo vigilo los grandes -le dijo Rossino encendiendo de nuevo su cigarro puro.

El taxista estaba abriendo el maletero; Franz, el portero de librea, esperaba detrás con su carrito. Primero aparecieron dos maletas a juego nylon color marrón, ni nuevas ni viejas, con correas alrededor para una mejor sujeción y etiquetas rojas, luego una vieja maleta de piel, mucho más voluminosa, con dos ruedas en una esquina. Y finalmente una maleta más.

–Pero ¿cuánto tiempo piensan quedarse? -dijo Rossino soltando un taco en italiano.

Los bultos pequeños estaban apilados en el asiento del acompañante.

Después de cerrar el maletero, el taxista empezó a descargarlos, pero el carrito de Franz no era lo bastante grande para llevarlos todos de una vez: una gastadísima bolsa de viaje en cuero de varios colores y dos paraguas, uno de él y otro de ella; una bolsa de la compra con un gato negro pintado; dos grandes cajas envueltas en papel especial, probablemente regalos de Navidad con retraso. Y entonces lo vio: un maletín negro con cantos duros, armazón metálico y portaetiquetas de cuero. Caramba con Helga, pensó Charlie. Qué vista tiene. Minkel estaba pagando al taxista. Como alguien a quien había conocido una vez, el hombre llevaba la calderilla en un monedero y se la echaba en la palma para examinar un dinero que le resultaba poco familiar. La señora Minkel cogió el maletín.

–¡Mierda! -dijo Charlie.

–Espera -dijo Rossino.

Cargado de paquetes, Minkel cruzó la puerta corredera detrás de su esposa.

–Más o menos ahora, me dices que crees reconocerle -comentó tranquilamente Rossino-. Y yo te digo que por qué no vas y te aseguras. Tú dudas porque eres una tímida virgencita. -La estaba sujetando por la manga del vestido-. No fuerces las cosas. Si no funciona, hay otras maneras de hacerlo. Vamos, frunce el ceño. Ajústate las gafas. Adelante.

Minkel se aproximaba al mostrador de recepción con pasitos ligeramente ridículos, como si fuera la primera vez que entraba en un hotel. Su esposa, que seguía en posesión del maletín, estaba a su lado. Había una sola recepcionista de servicio y estaba ocupada con otros dos huéspedes. Mientras esperaban, Minkel miró desconcertado en derredor. Su mujer, sin dejarse impresionar, se hizo rápidamente una composición de lugar. Al fondo del vestíbulo, detrás de un panel de cristal ahumado, estaba congregándose un grupito de alemanes muy bien vestidos, a punto para algún acto. Estudió a los invitados con cara de desaprobación y murmuró algo a su marido. La recepción había quedado libre. Minkel le cogió el maletín a su esposa: una tácita e instintiva transacción entre cónyuges. La recepcionista era rubia y llevaba

un vestido negro. Verificó el índice de reservas con sus uñas encarnadas y luego le pasó a Minkel un formulario para que lo rellenase. Los peldaños golpeaban en los tacones de Charlie, la mano húmeda se le pegaba a la amplia barandilla, Minkel era una nebulosa abstracción visto desde sus gafas de astigmática. El suelo subió hasta ella y Charlie inició su vacilante travesía hacia el mostrador, sobre el cual estaba inclinado Minkel rellenando la hoja de inscripción. Había dejado a mano su pasaporte israelí y procedía a copiar la numeración. El maletín reposaba en el suelo, junto a su pie izquierdo; la señora Minkel estaba fuera de tiro. Situándose a la derecha de Minkel, Charlie miró disimuladamente por encima de su hombro mientras aquél escribía. La señora Minkel llegó por la izquierda, miró a Charlie sin entender nada y le dio un codazo a su esposo. Consciente al fin de que alguien le estaba mirando de cerca, Minkel levantó su testa venerable y se volvió hacia ella. Charlie se aclaró la garganta, haciéndose la tímida, cosa que no le costó nada. *Ahora.*

—¿Profesor Minkel? -dijo.

El hombre tenía ojos grises y preocupados y parecía aún más turbado que Charlie. De repente, fue como acompañar a un actor malo.

—Sí, soy el profesor Minkel -concedió, como si no estuviera del todo seguro-. ¿Por qué?

Su actuación era tan pésima que eso sólo le dio fuerzas a Charlie.

—Profesor -dijo, tomando aire-, soy Imogen Baastrup, de Johannesburgo, y soy licenciada en ciencias sociales por la Universidad de Witwatersrand. -Lo dijo de corrido con un acento menos sudafricano que vagamente australiano y un hablar empalagoso pero decidido-. El año pasado tuve la suerte de asistir a su conferencia del centenario sobre los derechos de las minorías en las sociedades con problemas raciales. Fue una bonita conferencia, profesor. De hecho, cambió mi vida. Quería escribirle pero no me decidí a hacerlo. ¿Le importa que le estreche la mano?

Prácticamente tuvo que cogérsela ella. El profesor miró estúpidamente a su esposa, pero ésta tenía más talento teatral y al menos sonreía a Charlie. Tomando ejemplo de su esposa, Minkel sonrió también, aunque lánguidamente. Si Charlie estaba sudando, lo de Minkel no podía ni describirse: le pareció que hundía la mano en una botella de aceite.

—¿Piensa quedarse muchos días, profesor? ¿Qué está haciendo en Friburgo? No me diga que vuelve a dar clases...

Fuera de foco, en segundo término, Rossino le preguntaba a la recepcionista si un tal señor Bocaccio había llegado ya de Milán.

Fue otra vez la señora Minkel la que vino al quite:

—Mi marido está de gira por Europa -explicó-. Estamos de vacaciones, dando algunas conferencias y visitando a algunos amigos. Nos hace mucha ilusión.

Animado por esta intervención, el propio Minkel consiguió por fin articular unas

palabras:

–¿Y qué le trae a Friburgo, señorita... Baastrup? -preguntó con el acento alemán más cerrado que ella había oído fuera de un escenario.

–Oh, bueno, había pensado ver un poco de mundo antes de decidir qué hacer con mi vida -dijo Charlie.

Sacadme de aquí. ¡Dios, sácame de aquí! La recepcionista lamentaba decir que no había ninguna reserva a nombre de un señor Bocaccio, y que, sintiéndolo mucho, el hotel estaba completo; con la otra mitad de su persona le estaba entregando la llave a la señora Minkel. Entretanto, Charlie estaba dando una vez más las gracias al profesor por tan estimulante e instructiva conferencia, y Minkel le daba las gracias por tan amables palabras; Rossino, tras darle las gracias a la recepcionista, se dirigía bruscamente hacia la entrada principal con el maletín de Minkel prácticamente oculto por el elegante impermeable negro que llevaba colgando del brazo. Con una última y vergonzante efusión de agradecimientos y disculpas, Charlie echó a andar detrás de él, cuidando de no mostrar ni pizca de apresuramiento. Al llegar a la puerta de cristal, vio reflejados a los Minkel mirando impotentes en derredor.

Charlie llegó al aparcamiento del hotel sorteando taxis aparcados a la entrada; allí la esperaba Helga, sentada en un Citroën verde con su capa de paño con botones de asta. Charlie montó a su lado; Helga condujo con serenidad hacia la salida del aparcamiento, introdujo el ticket y luego el dinero. Al levantarse la barrera, Charlie empezó a reír como si sus carcajadas hubieran sido accionadas por el mismo dispositivo. Como se quedaba sin resuello, se llevó los nudillos a la boca y apoyó la cabeza sobre el hombro de Helga, dejándose llevar por la más gloriosa hilaridad.

–¡He estado increíble, Helg! ¡Tendrías que haberme visto...!

Llegadas al cruce, un joven guardia urbano miró desconcertado a aquel par de mujeres adultas que lloraban y reían con el mismo desespero. Helga le dedicó un beso.

En el centro de operaciones, Litvak estaba sentado frente a la radio con Becker y Kurtz, de pie, detrás de él. Litvak parecía asustado de sí mismo y estaba pálido, apesadumbrado. Tenía puestos unos cascos de un solo auricular con micrófono incorporado.

–Rossino se ha ido a la estación en taxi -dijo-. Lleva consigo el maletín y se dirige a recoger la moto.

–No quiero que le sigan -le dijo Becker a Kurtz a espaldas de Litvak.

Litvak apartó el micrófono e hizo gestos de no dar crédito a lo que acababa de oír.

–¿Que no le sigan? Tenemos seis hombres vigilando esa moto. Alexis debe de tener unos cincuenta. Le hemos instalado un transmisor y disponemos de coches a la espera por toda la ciudad. Si seguimos a la moto, seguimos el maletín. ¡Y el maletín nos llevará a nuestro hombre! -concluyó, volviéndose hacia Kurtz en busca de apoyo.

–Gadi -dijo Kurtz.

–Rossino irá por atajos -dijo Becker-. Siempre hace lo mismo. Llevará el maletín hasta algún punto, lo entregará, y otro se encargará de llevarlo hasta la siguiente etapa. Nos harán seguirlos por calles estrechas, por el campo y hasta por restaurantes vacíos. No hay ningún equipo de vigilancia que pueda pasar por eso sin ser descubierto.

–¿Y tu interés especial, Gadi? -inquirió Kurtz.

–La Berger estará con Charlie todo el día. Khalil le telefonará a intervalos convenidos y a lugares pactados de antemano. Si Khalil se huele algo, ordenará a la Berger que la mate. Si él no llama en el lapso de dos o tres horas máximo, como sea que hayan quedado, Berger la matará igualmente.

Aparentemente indeciso, Kurtz les dio la espalda y se paseó por la habitación, mientras Litvak le miraba con ojos de loco. Finalmente Kurtz marcó la línea directa con Alexis y los otros le oyeron decir «Paul» en un tono de consulta, como quien pide un favor. Estuvo hablando un rato en voz queda, escuchando y hablando otra vez, y luego colgó.

–Nos quedan unos nueve segundos antes de que llegue a la estación -dijo Litvak muy alterado, escuchando por sus cascos-. Seis.

Pero Kurtz hizo caso omiso.

–Me comunican que la Berger y Charlie acaban de entrar en una peluquería de moda -dijo, volviendo al otro extremo del cuarto-. Parece que van a ponerse guapas para el acontecimiento -añadió, parándose frente a ellos.

–El taxi de Rossino acaba de llegar a la explanada de la estación -informó Litvak, al borde de la desesperación-. Ahora mismo está pagando.

Kurtz miró a Becker con respeto, con ternura incluso. Era como el viejo entrenador cuyo atleta favorito ha conseguido por fin la forma esperada.

–Hoy ha ganado Gadi, Shimon -dijo sin dejar de mirar a Becker-. Di a tus muchachos que lo dejen estar y que se tomen un descanso hasta la tarde.

Sonó un teléfono y Kurtz volvió a responder personalmente a la llamada. Era el profesor Minkel, en pleno ataque de nervios. Era el cuarto desde el principio de la operación. Kurtz le escuchó sin interrumpir y luego habló larga y serenamente con su esposa.

–Hoy está todo el mundo muy animado -dijo al colgar, ahogando su exasperación-. Todo el mundo se lo está pasando en grande. -Y poniéndose la boina azul, fue a reunirse con Alexis para inspeccionar con él la sala de conferencias.

Fue la espera más pesada y más larga de su vida; una primera noche que acababa con todas las noches de estreno. Peor aún, no podía hacer nada a solas, pues Helga la había nombrado su pupila favorita, y no pensaba perderla de vista ni un momento. De

la peluquería, en donde Helga había recibido la primera llamada telefónica bajo el secador, fueron a una tienda de ropa donde Helga le compró un par de botas forradas de piel y unos guantes de seda contra lo que denominó «marcas digitales». De allí a la catedral, en cuyo interior Helga impartió a Charlie a una lección de historia, y luego, de la catedral, entre risitas e insinuaciones, a una placita donde se empeñó en presentarle a un tal Berthold Schwarz, «el tipo más sexy que has visto nunca, Charlie, ¡seguro que te enamoras locamente de él!». Berthold Schwarz resultó ser una estatua.

—¿Verdad que es fantástico? ¿No te gustaría que te levantara las faldas una vez al menos? ¿Sabes qué hizo nuestro amigo Berthold? Era un famoso alquimista, franciscano para más señas, el inventor de la pólvora. Amaba tanto a Dios que enseñó a todas sus criaturas a ponerse petardos los unos a los otros. Y como premio, los buenos ciudadanos le erigieron una estatua. Lógico. -Cogiendo a Charlie del brazo, se le arrimó con entusiasmo-. ¿Sabes lo que haremos después de esta noche? Le traeremos unas flores a Berthold y las depositaremos a sus pies, ¿eh, Charlie?

La aguja de la catedral empezaba a sacar de quicio a Charlie: aquel faro viejo, mellado y siempre negro se le aparecía acechante cada vez que doblaba una esquina o enfilaba una nueva calle.

Para almorzar fueron a un restaurante de lujo donde Helga convidó a Charlie a vino de Badén, cultivado, según ella, en el suelo volcánico del Kaiserstuhl -¡un volcán, Charlie, imagínate!-, y todo cuanto comieron o bebieron allí hubo ser de tema de pesadas y jocosas indirectas. Mientras tomaban el pastel de la Selva Negra -«hoy tenemos que ser más burguesas que nunca»-, Helga fue nuevamente requerida al teléfono, y al volver dijo que tenían que irse a la universidad o no acabarían nunca. De modo que entraron en unas galerías subterráneas bordeadas de prósperas tiendecitas para salir después ante un impresionante edificio de piedra arenisca color fresa, con columnas y una fachada curvilínea con una leyenda grabada en oro que Helga se apresuró a traducir.

—Este mensaje parece pensado para ti, Charlie. Escucha: «La verdad os hará libres.» Una cita de Karl Marx en honor tuyo. ¿No te parece hermoso, no te da que pensar?

—Yo creía que la frase era de Noel Coward -dijo Charlie, y vio en el rostro super excitado de Helga una fugaz sombra de ira.

El edificio estaba rodeado, por una explanada de piedra que patrullaba un agente de policía entrado en años que miraba a las chicas mientras éstas señalaban boquiabiertas a todas partes, turistas hasta la médula. Cuatro peldaños llevaban a la puerta principal. Dentro, las luces de un amplio vestíbulo refulgían tras unas puertas de cristal oscuro. La entrada lateral estaba guardada por sendas estatuas de Hornero y Aristóteles admirando las esculturas o la pomposa arquitectura mientras en secreto calculaban distancias y accesos. Un cartel amarillo anunciaba la conferencia de

Minkel para aquella noche.

–Estás asustada, Charlie -susurró Helga sin esperar respuesta-. Escucha, después de lo de esta mañana, seguro que tendrás éxito; eres perfecta. Les enseñarás lo que es verdad y lo que es mentira, y también lo que es la libertad. Es lógico que para grandes mentiras hagan falta grandes acciones.

Grandes acciones, un gran público, una gran causa. Vamos.

Un moderno puente peatonal cruzaba sobre la avenida, presidido a cada extremo por macabros pilares de piedra a modo de totems. Cruzado el puente pasaron por la biblioteca de la universidad para ir a un bar de estudiantes que colgaba sobre la avenida como una cuna de cemento armado. A través de sus muros acristalados, tomando un café, observaron al personal docente y a los estudiantes que entraban y salían de la sala de conferencias. Helga estaba esperando otra vez una llamada, -y cuando volvió de hablar por teléfono, vio en Charlie una expresión que le puso frenética.

–Pero ¿qué te pasa? -le dijo entre dientes-. ¿Es que de pronto te ha entrado compasión por esas seductoras opiniones sionistas de Minkel? ¿Tan noble es, tan bueno? Escucha, ése es peor que Hitler; un tirano de tomo y lomo, pero con disfraz. Te invito a un *schnapps*, a ver si te animas.

El *schnapps* la abrasaba por dentro cuando llegaron al parque desierto. El estanque se había helado y empezaba a oscurecer; el aire vespertino le picoteaba la cara con motas de agua helada. Una campana antigua tocó la hora con estrépito, seguida de una segunda, más pequeña y más aguda. Bien arrebujaada en su capa verde, Helga soltó un débil grito de placer.

–¡Oh, Charlie, escucha eso! ¿Oyes esa pequeña campana? Es de plata. ¿Y sabes por qué? Yo te lo explicaré. Una noche un hombre que viajaba a caballo se perdió. Había ladrones merodeando, hacía mal tiempo, y se alegró tanto de ver Friburgo que regaló una campana de plata a la catedral. Y ahora suena cada tarde. ¿No te parece una hermosa historia?

Charlie asintió, tratando de sonreír, pero sin éxito. Rodeándola con su robusto brazo, Helga la atrajo hacia los pliegues de su capa.

–Oye, Charlie... ¿quieres que te eche otro sermón?

Charlie negó con la cabeza.

Sin soltarla, Helga miró su reloj y luego otra vez al camino que empezaba a desaparecer bajo las sombras.

–¿Quieres saber otra cosa de este parque, Charlie?

Sé que es el segundo lugar más horrible de la tierra. Y soy de las que no conceden primeros premios.

–Voy a contarte otra historia, ¿vale? Verás, durante la guerra hubo aquí una oca macho. ¿Se dice oca macho?

–Ganso.

–Pues el ganso en cuestión era como una sirena antiaérea. Cuando llegaban los bombarderos, él era el primero en oírlos, y entonces se ponía a chillar, o sea que los ciudadanos salían pitando para sus sótanos sin esperar a que sonara la alarma oficial. El ganso murió, pero después de la guerra los agradecidos ciudadanos hicieron levantar un monumento a su memoria. Así que ya ves cómo son los friburgueses; una estatua para el monje que inventó las bombas y otra para su alarma antiaérea. Están bien pirados, ¿no crees? -Helga se puso rígida, consultó otra vez su reloj y volvió a mirar hacia la brumosa oscuridad-. Ahí está -dijo quedamente, y se volvió para despedirse.

No, pensó Charlie. Te amo, Helga, seré tuya cada mañana del mundo, pero no me hagas ir con Khalil.

Helga sostuvo las mejillas de Charlie con sus manos y la besó suavemente en los labios.

–Éste por Michel, ¿eh? -Volvió a besarla, con más pasión-. Éste por la revolución, por la paz y por Michel. Sigue recto por el camino y llegarás a una verja. Allí te está esperando un Ford verde. Siéntate atrás, detrás del conductor. -Un último beso-. Eres fantástica, Charlie. Siempre seremos amigas.

Charlie echó a andar por el camino, se detuvo y miró hacia atrás. Rígida y extrañamente cumplidora a la luz del crepúsculo, Helga se la quedó mirando, envuelta en su capa verde como si fuera un guardia.

Helga se despidió con un monárquico vaivén de su enorme mano. Charlie respondió al saludo bajo la vigilancia de la aguja catedralicia.

El conductor llevaba un gorro de piel que le tapaba la mitad de la cara y el cuello de su abrigo subido. No se volvió para saludarla, y, desde donde se encontraba, Charlie no podía imaginárselo excepto que, a juzgar por el perfil del pómulo, parecía joven y, probablemente, árabe. Conducía despacio, primero entre el tráfico nocturno y luego a campo abierto, por caminos angostos y rectos donde aún había nieve. Pasaron junto a una pequeña estación de tren, se aproximaron a un paso a nivel y se detuvieron. Charlie oyó la campana de aviso y vio cómo la barrera empezaba a descender. El conductor puso segunda y se precipitó hacia el paso a nivel, cuya barrera se cerró limpiamente detrás de ellos en el momento en que se ponían a salvo.

–Gracias -dijo ella, y le oyó soltar una carcajada gutural; seguro que era árabe.

Siguieron colina arriba y el conductor volvió a detenerse, esta vez junto a una parada de autobús, y le entregó una moneda.

–Coge un billete de dos marcos en el próximo autobús -dijo.

Es como la busca del tesoro el día del aniversario de la fundación del colegio, pensó ella; de una pista pasas a la siguiente, y la última pista te lleva al premio.

Era noche cerrada, las estrellas empezaban a dejarse ver. De las colinas soplaba un cortante viento campestre. A lo lejos divisó las luces de una gasolinera, pero ninguna casa en las cercanías. Hubo de esperar cinco minutos a que apareciera un autobús jadeante, vacío en sus tres cuartas partes. Pagó el billete y fue a sentarse cerca de la puerta, con las rodillas juntas y la mirada perdida. Nadie subió en las dos siguientes paradas, y en la tercera subió un chico con cazadora de cuero que fue a sentarse alegremente a su lado. Era su chófer americano de la noche anterior.

Dentro de dos paradas, verás una iglesia nueva -dijo él, entablando conversación-. Baja, pasa de largo la iglesia y sigue andando, siempre por tu derecha. Verás un vehículo rojo aparcado que tiene un diablillo colgando del retrovisor interior. Tú abre la puerta del acompañante y siéntate a esperar. Eso es todo.

El autobús llegó a la parada. Charlie se bajó y echó a andar. El muchacho se quedó a bordo. La carretera era recta y la noche extraordinariamente oscura. Delante de ella, a unos quinientos metros, vio una mancha roja bajo una farola. Sin luces de posición. La nieve crujía bajo sus botas nuevas, el ruido se sumaba a la sensación de estar siendo separada de su esqueleto. Hola, pies míos, ¿qué tal va por ahí abajo? Andando, chica, andando. El vehículo estaba ahora más cerca, y pudo ver que se trataba de una furgoneta de Coca-Cola, subida al bordillo. A unos cincuenta metros más allá, bajo la siguiente farola, había un pequeño bar, y más allá del bar otra vez la pelada superficie de nieve y la recta e insulsa carretera hacia ninguna parte. A santo de qué había puesto alguien un bar en semejante sitio dejado de la mano de Dios, era un enigma que se reservaba para otra vida.

Abrió la puerta de la furgoneta y subió. El interior estaba extrañamente iluminado por la farola. Olía a cebolla y vio una caja de cartón llena entre las cajas de envases vacíos que atiborraban la trasera. Del retrovisor frontal colgaba un diablo de plástico provisto de un tridente. Se acordó de Londres y de haber visto una mascota parecida en aquella furgoneta, cuando fue secuestrada por Mario. A sus pies había un montón de mugrientas casetes. Era el lugar más tranquilo de la tierra. Una luz solitaria se acercó por la calle. Cuando estuvo a la altura del vehículo vio que se trataba de un cura joven montado en bicicleta. El hombre volvió la cabeza al pasar y pareció ofendido, como si ella hubiera desafiado su castidad. Charlie esperó otra vez. Un hombre alto con una gorra de visera salió del bar, olfateó el aire y miró arriba y abajo de la calzada como si no supiera qué hora era. Volvió a meterse en el bar, salió otra vez y echó a andar despacio hacia ella hasta pararse a su altura. Luego, dio unos golpecitos en su ventanilla con los dedos de una mano enguantada. Era un guante de piel, duro y rutilante. La luz de una linterna la dejó ciega por un momento. El haz de luz se desplazó lentamente en torno a la camioneta y volvió a enfocarla, deslumbrándola a medias. Charlie levantó una mano para protegerse los ojos, y mientras la bajaba, el haz de luz siguió a la mano hasta su regazo. La linterna se

extinguíó, se abrió su portezuela y una mano la cogió de la muñeca y la sacó del coche. Estaba cara a cara frente a él, un individuo treinta centímetros más alto que ella, y mucho más fornido. Pero seguía teniendo el rostro semioculto bajo la visera y el cuello del abrigo subido para protegerse del frío.

–Quédate quieta -dijo el hombre.

Descolgándole el bolso del hombro, comprobó su peso y luego lo abrió para atisbar en su interior. Era la tercera vez en la reciente vida de Charlie que su pequeño radio despertador era objeto de cuidadosa inspección. El hombre encendió la radio, que sonó, y luego la apagó, la manipuló unos momentos y se metió algo en el bolsillo. Charlie pensó que había decidido quedarse con el aparato, pero no era así, pues vio que lo devolvía al bolso, y el bolso a la furgoneta. Después, como un instructor corrigiéndole la postura, le puso los dedos enguantados sobre los hombros y le enderezó la espalda. Su oscura mirada no se apañaba de ella. Empezó a palparle ligeramente el cuerpo con la mano izquierda; primero el cuello y los hombros, luego el pómulo y los omóplatos, buscando el sitio donde debería haber estado el sujetador si ella hubiera llevado uno; después las axilas, bajando hasta las caderas, por último, los pechos y el vientre.

–Esta mañana, en el hotel, llevabas la pulsera en la muñeca derecha. Esta noche la llevas en la izquierda. ¿Por qué?

Hablaba un inglés culto, comedido y con acento extranjero, que ella tomó momentáneamente por árabe. Voz suave pero enérgica: una voz de orador.

–Me gusta cambiar de muñeca -dijo ella.

–¿Porqué?

–Porque así me parece nueva cada vez.

El hombre se agachó para examinarle las caderas, las piernas y la cara interna de los muslos con la misma minuciosidad que el resto de su cuerpo; luego, y siempre con la mano izquierda, introdujo sus dedos en las botas nuevas de Charlie.

–¿Sabes lo que cuesta esta pulsera? -preguntó él, poniéndose de nuevo en pie.

–No.

–Quieta.

Ahora estaba detrás, recorriéndole con la mano la espalda, las nalgas, y otra vez las piernas, hasta las botas.

–¿No la tienes asegurada?

–No.

–¿Por qué no?

–Michel me la regaló por amor, no por lo que costaba.

–Sube al coche.

Charlie obedeció; él dio la vuelta por delante y montó a su lado.

–De acuerdo. Te llevaré adonde está Khalil. -Puso el motor en marcha-. Entrega a

domicilio, ¿okey?

Era una furgoneta con cambio automático, pero ella reparó en que él conducía básicamente con la izquierda mientras su mano derecha descansaba en el regazo. El tintineo de los envases vacíos la sorprendió. Llegaron a un cruce y torcieron a la izquierda por una carretera tan recta como la anterior, pero sin alumbrado. La cara del hombre, o lo que podía ver de ella, le recordaba a la de José, no por los rasgos sino por su intensidad, por aquellos ojos rasgados, como de luchador, que constantemente escrutaban los tres retrovisores del vehículo al mismo tiempo que la vigilaban a ella.

–¿Te gustan las cebollas? -dijo él sobre el trapaleo de los cascos.

–Bastante.

–¿Te gusta guisar? ¿Qué sabes hacer? ¿Espagueti? ¿Wienerschnitzel?

–Cosas por el estilo.

–¿Qué le hiciste a Michel?

–Filete.

–¿Cuándo?

–La noche que se quedó en mi piso. En Londres.

–¿Sin cebolla? -le gritó él.

–Sólo en la ensalada.

Estaban volviendo a la ciudad, cuyo resplandor formaba una especie de muro rosado bajo los nubarrones de la noche. Descendieron por una loma y llegaron a un valle chato e irregular, de contornos difusos. Vio fábricas a medio construir y enormes aparcamientos para camiones, desocupados. Vio un vertedero que empezaba a parecer una montaña. No vio tiendas, ni bares, ni luces en ninguna ventana. Penetraron en un patio exterior de hormigón. Él detuvo la furgoneta sin apagar el motor. hotel garni edén, leyó Charlie en letras de neón rojo, y sobre la puerta: *Willkommen! Bienvenu! Wellcome!*

Mientras le tendía el bolso, él tuvo una ocurrencia.

–Toma, dale éstas. A él también le gustan -dijo, buscando en la caja de cebollas que había entre los cascos vacíos. Al dejársela en la falda, ella volvió a reparar en la inmovilidad de su mano derecha-. Habitación número cinco, cuarta planta. Por la escalera. Nada de ascensor. Te deseo suerte.

Con el motor todavía en marcha, él contempló cómo atravesaba el patio hasta la entrada iluminada. La caja pesaba más de lo que ella esperaba y necesitó ambos brazos para transportarla. El vestíbulo estaba desierto y el ascensor esperaba con la puerta abierta, pero no subió. Era una escalera angosta, de caracol, con la alfombra totalmente raída. La música que sonaba era como de jadeos insinuantes y el aire viciado apestaba a perfume barato y a tabaco rancio. Al llegar al primer rellano una mujer le gritó «*Grüss Gott*» desde su cubículo de cristal, pero Charlie no levantó la cabeza. Era un lugar donde al parecer entraban y salían gran número de mujeres

extrañas.

En el segundo rellano, oyó música y risas de mujer; en el tercero vio que le adelantaba el ascensor y se preguntó por qué le había pedido que subiera por la escalera, pero ya no le quedaba voluntad ni resistencia; todo estaba escrito, tanto sus palabras como sus actos. Le dolían los brazos de llevar la caja, y cuando llegó a la cuarta planta era el dolor lo que más la preocupaba. La primera puerta daba a la salida de incendios y la segunda, inmediatamente contigua, tenía el número cinco. El ascensor, la salida de incendios, las escaleras, pensó automáticamente; él siempre lo tiene todo a pares.

Llamó a la puerta, que se abrió, y lo primero que le vino a la cabeza fue: Vaya, hombre, ya he metido la pata. El hombre que la recibió era el mismo que la acababa de traer en la furgoneta, sólo que sin la gorra y el guante izquierdo. Le cogió la caja de cebollas y la dejó en el estante para equipaje. Luego le quitó las gafas, las dobló y se las devolvió. Después le descolgó una vez más el bolso que llevaba al hombro y vació su contenido sobre el barato edredón de color rosa, igual que le habían hecho en Londres al ponerle las gafas oscuras. En la habitación no había prácticamente otra cosa que la cama y el maletín. Éste descansaba sobre el lavamanos, vacío, y con sus negras fauces mirándola oblicuamente. Era el mismo que había contribuido a robarle al profesor Minkel en aquel hotel con entresuelo, cuando ella era demasiado joven para saber lo que se hacía.

Una calma absoluta había sobrevenido a los tres hombres que aguardaban en el centro de operaciones. Ninguna llamada, ni siquiera de Minkel o de Alexis; ninguna retractación a la desesperada por el aparato conectado a la embajada en Bonn. Su imaginación colectiva parecía decirles que toda aquella tortuosa conspiración estaba conteniendo el aliento. Litvak estaba repantigado en una silla de oficina con cara de abatimiento; Kurtz, con los ojos cerrados y sonriendo como un caimán, estaba en pleno sueño con palmeras incluidas. Y Gadi Becker era, como siempre, el más inmóvil de los tres, dedicado a contemplar autocríticamente la oscuridad como el hombre que hace examen de conciencia a pasadas promesas; ¿cuáles había mantenido?, ¿cuántas había roto?

—Esta vez tendríamos que haberle dado el transmisor -dijo Litvak-. A estas alturas, ya confían en ella. ¿Por qué no le dimos el transmisor? ¿Por qué no la tenemos conectada?

—Porque él la va a registrar -dijo Becker-. Mirará si lleva armas, cables o transmisor.

—¿Y por qué la utilizan a ella? -dijo, animándose lo suficiente para discutir-. Tú estás loco. ¿Para qué utilizar a una chica de la que no te fías para un trabajo como éste...?

–Porque ella no ha matado -dijo Becker-. Porque está limpia. Por eso la utilizan, y es por eso que no se fían de ella. La razón es la misma.

Kurtz sonrió casi como un humano.

–Cuando haya matado a alguien, Shimon; cuando ya no sea una novata; cuando esté para siempre al margen de la ley, sin remisión alguna... entonces sí se fiarán de ella. Todos confiarán en ella -le aseguró a Litvak satisfecho-. Esta noche a las nueve se habrá convertido en uno de ellos. Tranquilo, Shimon, tranquilo.

Pero Litvak no conseguía hallar consuelo.

Una vez más, era guapísimo, un Michel hecho y derecho, con la sobriedad y el donaire de José y el imperturbable absolutismo de Tayeh. Era cuanto ella se había imaginado cuando intentaba convertirle en alguien a quien esperar con ilusión. Era fornido y escultural, con esa rareza del objeto precioso que uno oculta a las miradas de los demás. No podría haber entrado en un restaurante sin que las charlas cesaran a su paso, ni salir de él sin dejar a su estela una especie de alivio general. Era un hombre de puertas afuera condenado a esconderse en cuartuchos, y tenía la palidez de las mazmorras reflejada en su semblante. Había corrido las cortinas y prendido la luz de la cabecera. No había silla para Charlie y él utilizaba la cama a modo de banco de trabajo. Había tirado las almohadas al suelo, junto a la caja, y la hizo sentar en su sitio mientras se ponía a trabajar sin dejar de hablar todo el tiempo, tanto para sí mismo como para ella. Su voz era como un agresivo impulso hacia adelante de palabras y pensamientos.

–Dicen que Minkel es buena persona. Es posible. Yo también lo pensé cuando leía cosas sobre él; este Minkel ha de tener valor para decir lo que dice. Creo que podría llegar a respetarle. Yo puedo respetar a mis enemigos, reverenciarlos incluso. En ese aspecto no me hago problemas.

Había arrojado las cebollas a un rincón y procedía ahora a sacar de la caja una serie de paquetitos y a desenvolverlos uno por uno. Tratando desesperadamente de concentrarse en algo, Charlie procuró aprendérselo todo de memoria, pero luego desistió: dos linternas nuevas a pilas de las que se venden en los supermercados en un solo paquete, un detonador de los que ella había empleado en el fortín durante su instrucción, con cables rojos que sobresalían del extremo. Una navaja. Alicates. Destornillador. Soldador. Un rollo de cable rojo de calidad, grapas de acero, hilo de cobre. Cinta aislante, una bombilla de linterna, tacos de madera de tamaño variado, y un trozo rectangular de madera blanda como base del artefacto. Khalil fue hasta el lavamanos con el soldador y lo enchufó en una toma de corriente que había al lado, desprendiendo un olor a polvo chamuscado.

–¿Tú crees que los sionistas piensan si somos o no somos buenas personas cuando nos tiran bombas? Yo diría que no. ¿Y cuando lanzan su napalm sobre nuestros pueblos o matan a nuestras mujeres? Lo dudo mucho. No creo que el terrorista del piloto israelí vaya pensando desde allá arriba: «Pobres civiles, pobres víctimas inocentes.» -Así debe de hablar cuando está solo, pensó Charlie. Y está solo muy a menudo. Habla para mantener vivo el fuego de su fe... y tranquila su conciencia-. Yo he matado a muchas personas a las que sin duda habría respetado -dijo él, de vuelta en la cama-. Pero los sionistas han matado a muchas más. Yo sólo mato por amor. Mato por Palestina y por sus niños. Trata de pensar así tú también -le

aconsejó devotamente, interrumpiendo lo que hacía para mirarla-. ¿Estás nerviosa?

-Sí.

-Es lógico. Yo también lo estoy. ¿Estás nerviosa cuando actúas en el teatro?

-Sí.

-Esto es lo mismo. El terror es como el teatro: provocamos emociones, atemorizamos, suscitamos indignación, cólera, amor. Ilustramos. El teatro también. La guerrilla es la gran actriz del teatro del mundo.

-Michel me lo decía también en sus cartas...

-Pero fui yo quien se lo dijo. Fue idea mía.

El siguiente paquete iba envuelto en papel encerado. Khalil lo abrió respetuosamente. Eran tres cartuchos de plástico ruso de un cuarto de kilo cada uno, que él depositó en su lugar de honor en el centro del edredón.

-Los sionistas matan por miedo y por odio -proclamó-. Los palestinos por amor y por la justicia. Recuerda esta diferencia, es importante. -Otra vez aquella mirada fugaz y autoritaria-, ¿Te acordarás de eso cuando tengas miedo? ¿Dirás para tus adentros «por la justicia»? Si lo haces, ya no tendrás miedo.

-Y por Michel -dijo ella.

Khalil no estaba del todo satisfecho.

-Por él también, claro -concedió, y agitando boca abajo una bolsa de papel marrón echó sobre la cama dos pinzas para la ropa y las acercó a la lamparita para examinar su sencillo mecanismo. Observándole desde tan cerca, Charlie reparó en una parte de piel blanca y arrugada en el lugar donde la mejilla y la parte inferior de la oreja parecían haber sido soldadas a fuego.

-Dime, ¿por qué te cubres la cara con las manos? -preguntó Khalil, por pura curiosidad, tras elegir la mejor de las dos pinzas.

-Me siento cansada -dijo Charlie.

-Pues espabila. Prepárate para tu misión. Y para la revolución también. ¿Conoces este tipo de bombas? ¿Te lo enseñó Tayeh?

-No sé si él, o tal vez Bubi.

-Entonces, presta atención. -Se sentó junto a ella en la cama, cogió la base de madera y con un bolígrafo dibujó rápidamente en la madera unas líneas que correspondían al circuito. -Nosotros hacemos bombas para todo tipo de circunstancias. Ésta funciona como una bomba de relojería, ves, y también como trampa explosiva, ¿ves eso? No hay que fiarse de nada. Es nuestra filosofía. -Tendiéndole una pinza y dos chinchetas, observó cómo ella las introducía a cada lado de las mandíbulas de la pinza-. Yo no soy antisemita, ¿lo sabías?

-Sí.

Charlie le devolvió la pinza, y él la llevó al lavamanos para proceder a soldar cables a las cabezas de las dos chinchetas.

–¿Cómo es que lo sabes? -preguntó él, perplejo.

–Tayeh me dijo lo mismo. Y Michel también. -Y otro tanto han hecho unas doscientas personas, pensó.

–El antisemitismo es un puro invento cristiano. -Khalil volvió a la cama, trayendo esta vez el maletín de Michel, abierto-. Vosotros los europeos sois antitodo. Antijudíos, antiárabes, antinegros. Tenemos muy buenos amigos en Alemania. Pero no porque amen a Palestina sino sólo porque detestan a los judíos. Esa Helga... ¿te cae bien?

–No.

–Ni a mí. Me parece una mujer muy decadente. ¿Te gustan los animales?

–Sí.

Se sentó junto a Charlie con el maletín a su lado, sobre la cama.

–¿Y a Michel?

«Elige, no vaciles nunca -le había dicho José-. Es mejor la incoherencia que la indecisión.»

–Nunca hablábamos de animales.

«Y jamás te contradigas.»

–No.

De un bolsillo, Khalil había sacado un pañuelo doblado, en cuyo centro había un reloj de pulsera barato al que le faltaban la esfera y la aguja horaria. Poniéndolo al lado de los cartuchos, cogió el cable rojo y lo desenrolló. Charlie tenía la base de madera sobre el regazo. Él se la quitó y acto seguido le agarró la mano de forma que ella pudiera sostener las grapas mientras él las clavaba en su sitio, dejando el cable rojo asegurado a la madera conforme al dibujo que había hecho antes. A continuación, volvió al lavabo y soldó los cables a la pila mientras Charlie cortaba trocitos de cinta aislante con unas tijeras.

–Mira -dijo él, ufano, al añadir el reloj a su obra.

Estaban muy cerca el uno del otro. Ella sentía su proximidad como un fuego. Parecía un zapatero remendón encorvado sobre la horma, enfrascado en su trabajo.

–¿Mi hermano se mostró religioso contigo? -preguntó, cogiendo una bombilla y enrosquándole un extremo pelado de cable.

–Michel era ateo.

–Unas veces era ateo y otras religioso. Y otras al fin era un muchacho muy tonto, siempre con sus mujeres, sus coches y sus ideas. Tayeh me ha dicho que en el campamento te mostraste muy recatada. Ni cubanos, ni alemanes, ni nada de nada.

–Lo que necesitaba era tener a Michel, a nadie más -dijo ella, con demasiado énfasis incluso para sus oídos. Pero al mirarle, no pudo evitar preguntarse si su amor fraterno era tan infalible como proclamaba Michel, pues Khalil había fruncido el entrecejo en un gesto de duda.

–Tayeh es un gran hombre -dijo, implicando tal vez que Michel no lo había sido. Se encendió la bombilla-. El circuito funciona -anunció, y alargó la mano para coger los tres cartuchos de explosivo-. Tayeh y yo casi perecimos juntos. ¿Te contó Tayeh esa historia? -preguntó mientras con ayuda de Charlie empezaba a pegar un cartucho a otro con cinta aislante.

–No.

–Los sirios nos apresaron (corta aquí). Primero nos dieron una paliza. Es lo normal. Levántate, por favor. -De la caja, Khalil había sacado una vieja manta marrón que ella sostuvo a la altura del pecho mientras él la rasgaba a tiras iguales con gran habilidad. Sus rostros estaban muy próximos a cada lado de la manta, y ella percibió el dulce aroma de su cálido cuerpo árabe.

–Mientras nos pegaban, se enfadaron tanto que decidieron partirnos los huesos. Primero los sesos, luego los brazos y después las piernas. Y por último nos rompieron las costillas a culatazos.

La punta de la navaja estaba a unos centímetros de su cuerpo mientras hendía la manta. Él iba cortando limpia y rápidamente como si la manta fuese un animal recién cazado-. Cuando acabaron con nosotros, nos abandonaron en el desierto, y yo me alegré. ¡Al menos moriríamos en el desierto! Pero no morimos. Nos encontró una patrulla de comandos nuestros. Tayeh y yo pasamos tres meses en el hospital en camas contiguas cubiertos de escayola, blancos muñecos de nieve. Charlamos mucho, nos hicimos muy amigos, leímos buenos libros juntos.

Tras doblar las tiras de manta en pulcros y castrenses montoncitos Khalil se dirigió al barato maletín negro de Michel, y ella se dio cuenta por primera vez de que estaba abierto por detrás mediante pequeñas bisagras, mientras que los cierres frontales seguían cerrados. Introdujo las tiras una a una en el maletín hasta formar una blanda plataforma donde posar la bomba.

–¿Sabes lo que me dijo Tayeh una noche? -le preguntó mientras preparaba el colchón-. «Khalil -me dijo-, ¿hasta cuándo vamos a hacer el papel de buenos chicos? Nadie nos ayuda ni nos da las gracias. Pronunciamos grandes discursos, sí, enviamos magníficos oradores a las Naciones Unidas, y tal vez si esperamos otros cincuenta años nuestros nietos, si siguen con vida, consigan que se haga un poquito de justicia. -Se interrumpió para ejemplificarle con los dedos a qué cantidad de justicia se refería-. Mientras tanto nos matan nuestros hermanos árabes, nos matan los sionistas, nos matan los falangistas, y los que quedamos con vida hemos de sufrir la diáspora, como los armenios y los propios judíos.» Y añadió con socarronería: «Pero si fabricásemos unas cuantas bombas, si matáramos a unos cuantos, si hiciéramos una matanza, aunque sólo fuera por dos minutos de historia...».

Sin terminar la frase, tomó el artefacto en sus manos y lo depositó solemnemente y con precisión dentro del maletín.

–Necesito gafas -explicó sonriendo, y meneó la cabeza como un viejo-. Pero ¿dónde va a ir a hacérselas un hombre como yo?

–Si te torturaron como a Tayeh, ¿por qué tú no cojeas? -quiso saber ella, con tono súbitamente alto debido a sus nervios.

Con delicadeza, Khalil retiró la bombilla de los cables, dejando libres los extremos pelados para conectar el detonador.

–La razón por la que no cojeo es que rogué a Dios para que me diera fuerzas, y Dios me las concedió para que pudiera pelear contra el enemigo real y no contra mis hermanos árabes.

Le pasó el detonador y se quedó mirando satisfecho cómo ella lo acoplaba al circuito. Cuando Charlie hubo terminado, él cogió el cable sobrante y con un hábil y casi inconsciente movimiento lo enrolló como si fuera una madeja en torno a las yemas de sus dedos inutilizados hasta formar un pequeño muñeco; luego, con dos puntas de cable le hizo una especie de cinturón en medio.

–¿Sabes lo que me escribía Michel antes de morir? ¿En su última carta?

–Pues no, no lo sé -contestó ella mientras observaba cómo arrojaba el muñequito al maletín.

–¿Cómo dices?

–Digo que no lo sé, Khalil.

–¿No sabes lo que decía en la carta que echó al correo pocas horas antes de morir? «La quiero. Ella no es como las otras. Es cierto que cuando la conocí tenía la conciencia paralizada, como todo europeo (toma, dale cuerda al reloj, por favor) y además era una puta. Pero ahora su alma es árabe; un día os la enseñaré a ti y a nuestro pueblo.»

Quedaba la trampa explosiva, y para prepararla hubieron de trabajar en mayor intimidad, pues le dijo que pasara un trocito de alambre de acero por el tejido de la tapa, y luego él mismo sostuvo la tapa lo más bajo posible en tanto que ella, con sus manos más menudas, procedía a meter el cable en los tacos de la pinza de la ropa. Con precaución, él llevó otra vez todo el dispositivo hasta el lavamanos y de espaldas a ella volvió a ajustar las bisagras mediante una gota de estaño por cada lado. Ahora ya no podían volverse atrás.

–¿Sabes qué le dije una vez a Tayeh?

–No.

–Amigo Tayeh, nuestro exilio nos ha vuelto muy perezosos a los palestinos. ¿Por qué no hay palestinos en el Pentágono o en el Departamento de Estado? ¿Cómo es que aún no dirigimos el *New York Times*, Wall Street o la misma CIA? ¿Cómo es que no rodamos películas en Hollywood sobre nuestra insigne lucha o hacemos que nos elijan alcaldes de Nueva York o presidentes del Tribunal Supremo? ¿Qué es lo que nos pasa, Tayeh? ¿Por qué no tenemos iniciativa? No basta con que entre nosotros

haya médicos, científicos o maestros de escuela; ¿por qué no gobernar también Norteamérica? ¿Es ésa la razón e que tengamos que emplear bombas y ametralladoras?

Se encontraba exactamente delante de ella y sostenía el maletín por su asa como un buen ejecutivo.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer?

Charlie no lo sabía.

—Largarnos todos, antes de que nos destruyan para siempre. -Le ofreció el antebrazo para que se pusiera de pie-. Marcharnos de Estados Unidos, de Australia, de París, de Jordania, de Arabia Saudí, de Líbano... de todos los lugares donde haya palestinos. Llevar barcos enteros a las fronteras. Aviones, también. Habría millones de palestinos, formando una gran marea que nada en el mundo podría contener. -Le tendió el maletín y rápidamente recogió sus herramientas y la guardó en la caja-. Y luego, todos juntos, marchar sobre nuestra tierra, reclamar nuestras casas, nuestras granjas y nuestras aldeas aunque para ello hubiera que derribar sus ciudades, sus colonias y sus kibbutz. Pero no funcionaría. ¿Sabes por qué? Nunca acudirían. -Se dejó caer en cuclillas para examinar posibles rastros delatores en la raída alfombra-. Nuestros palestinos ricos no podrían aguantar la *disminución socioeconómica de su estilo de vida* -explicó, poniendo un irónico énfasis en la jerga empleada-. Nuestros negociantes se negarían a dejar sus bancos, tiendas y despachos. Nuestros médicos no querrían renunciar a sus elegantes clínicas privadas, ni los abogados a sus tejemaneges, ni nuestros catedráticos a sus confortables universidades. -Estaba en frente de ella, y con su sonrisa expresaba su triunfo personal sobre tantas congojas-. O sea que los ricos hacen dinero y los pobres luchamos. ¿Acaso no ha sido siempre igual?

Ella le precedió al bajar las escaleras. (Sale furcia, llevando su cajita de las sorpresas.) La furgoneta de Coca-Cola seguía aparcada en el patio exterior, pero él pasó de largo como si no la hubiera visto en su vida y subió a un Ford para uso agrícola, un vehículo diesel con balas de paja sujetas al techo mediante correas. Charlie montó a su lado. Otra vez colinas. A un lado, pinos inclinados por el peso de la nevada reciente. Instrucciones al estilo de José. ¿Has entendido, Charlie? Sí, Khalil. Entonces repítemelo. Charlie lo hizo. Es por la paz, recuérdalo. Sí, Khalil, lo recordaré: por la paz, por Michel, por Palestina; por José y Khalil; por Marty y la revolución, por Israel, por el teatro de lo real.

Se había detenido junto a un granero y había apagado las luces. Ahora estaba consultando su reloj. De la carretera llegó un doble destello de linterna. Él alargó el brazo y le abrió la portezuela.

—Se llama Frank. Tú le dices que te llamas Margaret. Buena suerte.

Era una noche húmeda y tranquila, las farolas del barrio viejo se cernían sobre ella como lunas enjauladas en sus soportes de hierro. Había hecho que Frank la dejara en la esquina porque le apetecía dar un corto paseo por el puente antes de hacer su entrada. Quería dar la impresión de quien entra jadeante de la calle con la cara aterida de frío... y la mente llena de odio. Se encontraba en un callejón lleno de andamios a baja altura que se cerraban en torno a ella formando una especie de túnel. Pasó frente a una galería de arte llena de autorretratos de un muchacho rubio, con gafas y desagradable, y a otra donde se exponían paisajes idílicos que el muchacho nunca podría habitar. Contempló las agresivas pintadas en las paredes sin comprender una sola palabra hasta que de repente leyó: «A la mierda los americanos.» Gracias por la traducción, pensó. Estaba otra vez al aire libre, subiendo por unos peldaños de cemento espolvoreados con arena para que se fundiera la nieve, pero que aún estaban resbaladizos. Al llegar arriba vio a su izquierda la puerta acristalada de la biblioteca de la universidad. El bar de estudiantes tenía las luces encendidas. Rachel y un chico estaban sentados junto a la ventana, muy atentos. Pasado el primer poste-tótem de mármol, se encontró en el paseo arbolado que había sobre la avenida. Frente a ella se erigía ya la sala de conferencias, cuya piedra color fresa se había vuelto carmesí a la luz de los reflectores. Empezaban a llegar coches y los primeros miembros del público subían ya los cuatro escalones hasta la entrada principal, parándose a estrecharse la mano y felicitarse mutuamente por su respectiva importancia. Un par de guardias de seguridad registraban mecánicamente los bolsos de las señoras. Charlie siguió andando. La verdad os hará libres. Dejó atrás el segundo poste-tótem y se dirigió a la escalinata que bajaba a la ciudad.

Llevaba el maletín colgando de la mano derecha y notaba cómo le rozaba el muslo. Una sirena de policía le provocó un estremecimiento, pero siguió adelante. Dos motocicletas de la policía con sus luces azules destellando todavía se detuvieron precediendo a un reluciente Mercedes negro provisto de banderola. Por regla general, cuando veía pasar un coche de lujo, giraba la cabeza para no dar a los ocupantes la satisfacción de ser mirados, pero aquella noche era diferente. Podía andar con la cabeza en alto, porque tenía la respuesta en su mano. Así que los miró y obtuvo como recompensa la fugaz visión de un hombre rubicundo y sobrealimentado, vestido con traje negro y corbata gris plata, y a su lado la adusta esposa con triple papada y estola de visón. «Es lógico que para una gran mentira se requiera un gran público», recordó. Vio el destello de un flash, y la eminente pareja inició su ascenso hasta la puerta acristalada bajo la mirada boquiabierta de al menos tres transeúntes. «Pronto, hijos de puta, pronto», pensó.

Al pie de la escalinata tuerce a la derecha. Eso hizo Charlie, y siguió hasta llegar a la esquina. Procura no caerte al río, le había dicho Helga para poner un toque de humor: las bombas de Khalil no son impermeables, y tú tampoco. Torció a la

izquierda y empezó a bordear el edificio, siguiendo una acera de guijarros sobre la que la nieve no había conseguido cuajar. La acera se ensanchó hasta convertirse en un patio interior, en mitad del cual, junto a unas jardineras de cemento, había un furgón de policía. Frente al mismo, dos policías de uniforme se reían, frunciendo el entrecejo a todo aquel que se atreviera a mirarles. Estaba a menos de quince metros de la puerta lateral cuando empezó a sentir la calma que había esperado largo rato, aquella sensación de estar casi levitando que le invadía cuando salía a escena y dejaba en el camerino sus otras identidades. Ahora era Imogen, la sudafricana de conocido arrojo y escasa gracia, que se apresuraba a prestar su ayuda a un campeón del liberalismo. Le daba reparo -¡mierda, cuánto reparo le daba!-, pero hacía lo que tenía que hacer o reventaba. Había llegado a la entrada lateral. Estaba cerrada con llave. Probó el picaporte, en vano. Nervios. Apoyó la palma de la mano contra la hoja de la puerta y empujó, pero no se movía. Se apartó, miró la puerta y luego en derredor buscando alguien que la ayudara; pero para entonces los dos policías habían dejado de hablar y la estaban mirando con mala cara, aunque ninguno de los dos se acercó.

Arriba el telón. A escena.

-Perdón -les dijo en voz alta-, ¿Hablan inglés?

Ellos seguían sin moverse de allí. Si había que recorrer una distancia, que lo hiciera ella. Al fin y al cabo era un simple ciudadano, y encima mujer.

-Digo que si hablan inglés... *Englisch... sprechen Sie?* Que alguien le entregue esto enseguida al profesor. Es urgente. ¿Serían tan amables de acercarse un momento?

Ambos la miraron ceñudos, pero sólo uno se acercó a ella; lentamente, como correspondía a su rango.

-*Toilette nicht hier* -le espetó, e hizo un gesto con la cabeza señalando la calle por la que ella había venido.

-No busco los lavabos. Quiero que busque usted a alguien que le entregue este maletín al profesor Minkel. *Minkel* -repitió, sosteniendo en alto el maletín.

El policía era joven y no le gustaban mucho los jóvenes. En lugar de coger el maletín, ella mientras presionaba el cierre y se aseguraba de que estaba cerrado.

«Vaya por Dios -pensó ella-, acabas de suicidarte y todavía me miras con esa cara de perro.»

-*Öffnen* -ordenó el policía.

-No puedo abrirlo. Está cerrado con llave. -Dejó aflorar un tono de desesperación-. Es del profesor, ¿no lo comprende? Aquí dentro tiene las notas de su conferencia. Lo necesita para esta noche. -Y, girando en redondo, golpeó furiosamente la puerta-. ¡Profesor Minkel! Soy yo, Imogen Baastrup, de Wits. ¡Santo Dios!

Acababa de unírseles el segundo agente, que era mayor que el otro y tenía barba

cerrada. Charlie apeló a su mayor experiencia.

–Bueno, usted sí sabrá inglés, ¿no? -dijo en el momento en que la puerta se abrió unos centímetros y una cabruna cara de hombre la miraba con aguda suspicacia. El hombre habló unas palabras en alemán con el policía más cercano a la puerta, y Charlie captó la palabra «*Amerikanerin*».

–Yo *no* soy americana -replicó, al borde de las lágrimas-. Me llamo Imogen Baastrup, soy sudafricana y le traigo el maletín al profesor Minkel, que lo ha perdido. Haga usted el favor de entregárselo enseguida, porque seguro que le hace muchísima falta. ¡Por favor!

La puerta se abrió lo bastante para que se viera el resto del cuerpo: era un hombre rechoncho de unos sesenta años, con aspecto de concejal, vestido con traje negro. Estaba sumamente pálido y, a juicio de Charlie, también muy asustado.

–Oiga, ¿habla usted inglés? ¿Sí?

No sólo lo hablaba sino que había hecho juramentos en ese idioma, pues dijo que sí con tal solemnidad que no le quedaba posibilidad de negarlo para el resto de sus días.

–Pues haga el favor de entregarle esto al profesor Minkel, con los cumplidos de Imogen Baastrup, y dígame que *lo siento*, pero el hotel cometió una *estúpida* equivocación, y dígame también que tengo muchas ganas de escuchar su conferencia de esta noche...

Le tendió el maletín al concejal, pero éste rehusó cogerlo, miró al policía que estaba detrás de ella y pareció recibir de él ciertas garantías; luego miró el maletín otra vez y después a Charlie.

–Por aquí -dijo, como el acomodador que se saca diez libras por noche, y se apartó para dejarla pasar.

Charlie estaba consternada. Aquello no constaba en el guión de Khalil, en el de Helga ni el de nadie. ¿Y si Minkel abrió el maletín en su presencia?

–No, no, no puede ser. Tengo que ir a coger sitio en la sala. ¡Todavía no he comprado la *entrada* ! ¡Se lo *ruego* !

Pero el concejal también tenía órdenes que cumplir, y cosas que temer, pues cuando ella le tendió el maletín, se apartó de un salto como si estuviera ardiendo.

La puerta se cerró. Se hallaban en un pasillo por cuyo techo pasaban tuberías revestidas que le recordaron las de la Ciudad Olímpica. Le precedía su reacio acompañante. Notó un olor a petróleo y pudo oír el estrépito contenido de una caldera; sintió una oleada de calor en el rostro y pensó en la posibilidad de desmayarse o vomitar. El asa del maletín le arrancaba gotas de sangre, notaba la cálida babaza pringándole los dedos.

Habían llegado a una puerta con la inscripción *Vorstand*. El hombre con aspecto de concejal llamó y dijo, *Oberhauser! Schnell!* Mientras, Charlie miró hacia atrás

desesperada y vio a dos muchachos rubios con chaqueta de cuero que estaban en el pasillo. Llevaban metralletas. *Dios Todopoderoso, pero ¿esto qué es?* La puerta se abrió, y el primero en salir fue Oberhauser, quien la apartó rápidamente a un lado como si la desechara. Aquello parecía el plato para Journey's End. Los laterales y la parte de atrás del escenario estaban protegidos por sacos terreros, y el techo forrado de guata en enormes balas sujetas mediante tela metálica. La barrera de sacos formaba un zigzagueante pasadizo hasta la puerta. En mitad del escenario había una mesita de café con una bandeja de bebidas. Al lado de la mesita, en un sillón bajo, estaba sentado Minkel como una figura de cera con los ojos clavados en ella. Al otro lado su mujer, y junto a él una alemana regordeta con estola de pieles que Charlie tomó por la mujer de Oberhauser.

Apretujado en las bambalinas, entre sacos terreros, estaba el resto de la unidad en dos grupos diferenciados, con sus portavoces hombro con hombro en el centro. Los locales estaban dirigidos por Kurtz, a cuya izquierda había un hombre rijoso de mediana edad y de cara fofa, cosa que a Charlie le hizo descartar rápidamente a Alexis. Junto al alemán estaban sus lobeznos, que la miraban con hostilidad. Frente a ellos había parte de la familia que ella ya conocía y también algunos desconocidos, y lo oscuro de sus facciones judías contrastaba con las de sus homólogos germanos de tal forma que aquello era en un cuadro que no olvidaría mientras viviera. El maestro de ceremonias, Kurtz, se había llevado un dedo a los labios y estudiaba su reloj con la muñeca izquierda levantada.

Charlie dijo «¿Dónde está?», y entonces, notando un arrebató de cólera y de alegría a la vez, le vio, separado como siempre de los demás, el temible y solitario productor en su noche de estreno. Él se acercó enseguida y se situó ligeramente a un lado para dejarle el camino libre hacia Minkel.

–Recítale tus versos, Charlie -la instó tranquilamente-. Di lo que habrías dicho y haz caso omiso de los que no estén sentados a la mesa- y a ella sólo le faltó oír el *ruido* de la claqueta.

La mano de José se acercó tanto a la suya que pudo notar el cosquilleo de sus pelos al contacto con su piel. Tenía ganas de decirle «Te quiero... ¿cómo estás?», pero antes había otras frases que pronunciar. Charlie respiró hondo y las dijo porque, a fin de cuentas, en eso se basaba su relación.

–Profesor, ha ocurrido una cosa terrible -dijo de corrido-. Esos imbéciles del hotel me mandaron el equipaje a mi habitación pero con su maletín, supongo que me vieron hablando con usted y, claro, yo tenía *mi* equipaje y usted tenía el *suyo* y no sé cómo ese mozo cabeza de *chorlito* pensó que el maletín era mío y...

Se volvió hacia José, porque se había quedado sin habla.

–Dale el maletín al profesor -le ordenó él.

Minkel, con su cara de palo y aparentemente ajeno a todo, se había puesto de pie

como quien va a escuchar una larga condena de cárcel. La señora Minkel hacía todo lo posible por sonreír. Charlie tenía las rodillas paralizadas, pero gracias a la mano de José que le tocaba el codo consiguió avanzar tambaleándose y tenderle el maletín al profesor mientras pronunciaba algunas frases más.

–Pero hasta hace sólo media hora no me he dado cuenta de que la habían metido en ese armario, mi ropa estaba colgada encima, pero cuando lo vi y me fijé en la etiqueta, casi me da un soponcio...

Minkel habría cogido el maletín de buena gana, pero no bien se lo hubo ofrecido Charlie otras manos lo hicieron desaparecer como por parte de magia en una gran caja negra que había en el suelo y de la que salían unos gruesos cables. De repente, todo el mundo pareció mirarla con pánico mientras se parapetaban detrás de los sacos. Se vio asida por los fuertes brazos de José y notó cómo su mano le hacía agachar la cabeza hasta que no distinguió otra cosa que su cintura. Pero antes pudo ver a un buzo equipado con un traje blindado, anadeando en dirección a la caja provisto de un casco con grueso visor de vidrio. Una voz amortiguada ordenó silencio; José la había atraído hacia sí y la estaba casi ahogando con su cuerpo. La siguiente orden pareció traer el alivio general; las cabezas volvieron a erguirse, pero él seguía sujetándole la suya. Oyó pasos de apresurada pero ordenada huida, y cuando José la soltó por fin, vio a Litvak corriendo con lo que sin duda era una bomba fabricada por él, un artilugio mucho más aparatoso que el de Khalil, cuyos cables sin conectar arrastraban por el suelo. Entretanto, José había empezado a conducirla con firmeza al centro de la escena.

–Prosigue -le ordenó al oído-. Nos explicabas que leíste el nombre en la etiqueta. Sigue a partir de ahí. ¿Qué hiciste después?

Respira bien hondo. Sigue el discurso.

–Cuando pregunté en recepción me dijeron que usted había salido y que volvería tarde porque tenía que dar una conferencia en la universidad; total que paré un taxi y... mire, no sé si podrá perdonarme alguna vez. Bueno, he de marcharse. Buena suerte, profesor. Que vaya bien la conferencia.

A una señal de Kurtz, Minkel había sacado un llavero del bolsillo y aparentaba estar buscando una llave, aunque no tenía maletín con que jugar. Pero Charlie, apremiada por José, estaba ya llegando a la puerta, medio andando y medio transportada por el brazo que le ceñía la cintura.

No lo conseguiré, José, soy incapaz. Me he quedado sin valor, como tú dijiste, no me sueltes, José, por favor. Oyó a su espalda órdenes apagadas y sonido de pasos apresurados a medida que todos parecían batirse en retirada.

–Dos minutos -les advirtió Kurtz en voz alta.

Estaban otra vez en el pasillo junto a los dos muchachos rubios armados con metralletas.

–¿Dónde te has visto con él? -le susurró José.

–En un hotel llamado Edén, una especie de burdel de las afueras. Cerca de una farmacia. Tiene una furgoneta de Coca-Cola, FR guión BT no sé qué más y cinco. Y también tiene un Ford hecho polvo, pero no pude ver la matrícula.

–Abre el bolso.

Lo abrió y de prisa, tal como hablaba él. Tras sacar del bolso la pequeña radio despertador, José la sustituyó por una parecida que llevaba en un bolsillo.

–No es el mismo aparato que hemos usado otras veces -le advirtió-. Sólo puede captar una emisora. La hora la sigue dando, pero el despertador no va. Sin embargo, transmite, y nos dirá en qué punto te encuentras.

–¿Cuándo? -preguntó ella tontamente.

–¿Qué te ha ordenado Khalil que hagas ahora?

–He de seguir andando calle abajo... oye, José, ¿cuándo vas a venir? ¡Por el amor de Dios...!

Se le veía demacrado y desesperadamente serio, pero su rostro no expresaba concesión alguna.

–Escucha, Charlie, ¿me escuchas?

–Sí, José. Te escucho.

–Si aprietas el mando del volumen de la radio (fíjate bien, si *aprietas*, no si lo giras), sabremos que está durmiendo. ¿Entendido?

–No creas que va a ser tan fácil.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú de cómo duerme él?

–Khalil es de los que se pasan las veinticuatro horas despiertos, como tú... No me hagas volver, José, por favor.

Le miraba suplicante a la cara, esperando que acabara por ceder, pero su rostro seguía impassible.

–¡Es que quiere acostarse conmigo...! Pretende organizar una noche de bodas, José. ¿Te vas a quedar tan pancho? Va a tomarme allí donde Michel lo dejó. No le caía bien su hermano. Tiene intención de igualar la marca. ¿Aún quieres que vaya?

Le tenía agarrado con tal fuerza que a José le costó desprenderse. Charlie recostó la cabeza gacha contra su pecho, deseando que él la tomara de nuevo bajo su custodia. Pero él se limitó a pasarle las manos por debajo de los brazos para zarandearla, y Charlie volvió a ver aquella cara cerrada a cal y canto que le decía que el amor no era competencia de ellos: ni de él ni de ella, y, menos aún, de Khalil. José la animó a andar, pero ella se zafó y avanzó en solitario; él dio un paso al frente y luego se detuvo. Ella se volvió para mirarle con odio; luego cerró los ojos, los abrió y soltó un largo suspiro.

Estoy muerta.

Salió a la calle, se enderezó y echó a andar por una calle estrecha, como un

soldado y casi tan ciega, pasando junto a un cochambroso club nocturno que se anunciaba con fotografías iluminadas de chicas de más de treinta años y vulgares pechos desnudos. Eso tendría que estar haciendo yo, se dijo. Llegó a una calle importante y recordando su adiestramiento como peatón, miró a la izquierda y vio una torre medieval con un enorme rótulo, McDonald's diseñado con bastante buen gusto. El semáforo se puso verde, Charlie siguió andando y vio que la calle terminaba en unas altas colinas negruzcas detrás de las cuales se retorció inquieto un cielo pálido y nublado. Se dio la vuelta y vio la aguja de la catedral que la perseguía. Torció a su derecha y caminó lentamente por una avenida muy frondosa y bordeada de aristocráticos edificios. Había empezado a contar para sus adentros. Números. Ahora hacía ejercicios de vocalización: José-va-a-la-ciudad. Ahora recordaba lo sucedido en la sala de conferencias, pero sin Kurtz y sin José, y sin los sanguinarios expertos de ambos bandos irreconciliables. Delante de ella, Rossino sacaba silenciosamente su motocicleta por una puerta. Charlie se acercó, y Rossino le dio un casco y una cazadora de cuero. Estaba empezando a ponérselos cuando algo la hizo volverse hacia la calle por la que había venido, y entonces vio que un perezoso destello anaranjado se alargaba en dirección a ella por el húmedo adoquinado, como la senda del sol poniente, y reparó en que el resplandor se le quedaba en los ojos aún después de desaparecer. Finalmente oyó el sonido que había estado esperando: un lejano aunque íntimo golpe sordo, como algo que no tenía arreglo rompiéndose en sus entrañas: el exacto y definitivo punto final del amor. Bueno, José. Adiós.

En aquel preciso instante, la máquina de Rossino cobró vida rasgando la húmeda noche con el rugido de su carcajada triunfal. Pues yo también, pensó. Es el día más raro de toda mi vida.

Rossino conducía despacio por carreteras secundarias y siguiendo una ruta cuidadosamente pensada de antemano.

Tú conduce, que yo te sigo. Tal vez debería nacionalizarme italiana.

Una cálida llovizna se había llevado casi toda la nieve, pero él conducía con cautela debido al firme en mal estado y a la importante pasajera que llevaba. Iba contándole cosas divertidas y parecía estar pasárselo en grande, pero Charlie no tenía ganas de seguirle la corriente. Al pasar bajo un portal grande, preguntó «¿Es aquí?», sin saber ni importarle a qué sitio se refería con aquella pregunta, pero tras la entrada enfiló un camino sin asfaltar que se adentraba entre lomas y valles en un bosque particular, bajo una luna saltarina que antaño fuera propiedad privada de José. Charlie miró hacia abajo y vio un pueblo envuelto en una blanca mortaja; notó un olor a pinar griego y el viento que se llevaba sus tibias lágrimas. Aferrada al tembloroso y nada familiar cuerpo de Rossino que se pegaba al suyo, le dijo: Sírvete tú mismo, ya no queda nada.

Bajaron por una última colina, salieron por otro portón y penetraron en un camino bordeado de alerces pelados que parecían los árboles que veía en Francia cuando iba de vacaciones con su familia. El sendero ascendía de nuevo y, al llegar a la cumbre, Rossino apagó el motor y se deslizó cuesta abajo por una vereda que desembocaba en un bosque. Luego se detuvo, abrió una de las bolsas laterales y extrajo un paquete de ropa y un bolso de mano. Se los dio a ella. Mientras Charlie se cambiaba, la iluminó con una linterna, y en cierto momento ella quedó medio desnuda delante de él.

Si quieres, tómame; estoy disponible y sin compromiso.

Estaba vacía de amor y se menospreciaba. Estaba donde había empezado hacía tiempo y no le importaba si el mundo entero se la tiraba allí mismo.

Pasó unos cachivaches de un bolso al otro; maquillaje, compresas, dinero, paquete de Marlboro... y su pequeña radio despertador de baratillo para los ensayos. «Aprieta el mando del volumen, Charlie, ¿lo has entendido?» Rossino le cogió el pasaporte antiguo y le entregó uno nuevo, pero ella no se molestó en averiguar cuál era su nueva nacionalidad.

Ciudadana de ninguna parte, nacida ayer.

Rossino recogió su ropa usada y la metió en la bolsa de la moto junto con su vieja bolsa y las gafas. Espera aquí pero mirando hacia el camino, le dijo. Encenderá una luz roja dos veces.

Apenas hacía cinco minutos que Rossino se había marchado cuando vio parpadear la luz entre los árboles. ¡Vaya, por fin un amigo!

Khalil la cogió del brazo y la llevó casi en volandas hasta el flamante coche, porque ella lloraba y temblaba de tal manera que apenas podía caminar. Como contrapunto a su modesto atuendo de conductor de furgoneta, llevaba ahora lo que parecía el equipo completo de impecable ejecutivo alemán: abrigo negro, camisa y corbata y el pelo acicalado y peinado hacia atrás. Khalil abrió la portezuela, se quitó el abrigo y se la puso solícito sobre los hombros, como si fuera un animal enfermo. Charlie no tenía la menor idea de lo que él esperaba de ella, pero le pareció que su estado más que chocarle le infundía respeto. El motor ya estaba en marcha. Khalil puso la calefacción a tope.

–Michel estaría orgulloso de ti -dijo amablemente, y la miró un momento a la luz interior del coche. Ella empezó a decir algo, pero se echó otra vez a llorar y no pudo seguir. Él le entregó un pañuelo que ella sostuvo con ambas manos, retorciéndolo entre los dedos mientras las lágrimas no dejaban de caer. Partieron hacia la boscosa ladera.

–¿Qué ha pasado? -susurró ella.

–Gracias a ti, hemos logrado un gran triunfo. Minkel murió al abrir el maletín, y parece que otros amigos del sionismo han resultado gravemente heridos. Aún están haciendo recuento de las víctimas. -Hablaba con bárbara satisfacción-. Se habla de atrocidad, de gran conmoción, de asesinato a sangre fría. No les vendría mal visitar un día Rashidiyeh. Invito a la universidad en pleno. Deberían sentarse en los refugios mientras los bombardean y los ametrallan al salir. Deberíamos partirles los huesos y que vieran cómo se llevan a sus hijos para torturarlos. Mañana el mundo entero sabrá por la prensa que los palestinos jamás serán los negros de Sión.

Aunque la calefacción funcionaba al máximo, no era suficiente. Charlie se arrebujó en el abrigo de él. Las solapas eran de terciopelo. Olía a nueva.

–¿Por qué no me cuentas lo que sucedió? -dijo él.

Ella meneó la cabeza. Los asientos eran mullidos y elegantes; el motor, silencioso. No se oía pasar coches. Miró por el espejo. Nada detrás, nada delante. Captó los oscuros ojos de Khalil mirándola fijamente.

–No te preocupes. Nosotros cuidamos de ti, te lo prometo. Me alegro de que estés afligida. Los hay que cuando matan, se ríen y lo celebran; o se emborrachan y se arrancan la ropa como si fueran bestias. Lo he visto con mis propios ojos. Pero tú lloras. Eso me parece muy bien.

La casa estaba a orillas de un lago, y el lago en un valle escarpado. Khalil pasó de largo dos veces antes de torcer hacia la avenida que conducía a la casa, y sus ojos al escrutar a ambos lados eran como los de José: oscuros, resueltos y con un gran campo visual. Se trataba de un chalet de moderna construcción, la segunda vivienda de

alguien rico. Tenía paredes blancas, ventanas moriscas y un tejado rojo muy inclinado en el que la nieve no había podido cuajar. El garaje estaba en un anexo. Khalil entró el coche y la puerta del garaje se cerró tras ellos. Apagó el motor y sacó del interior de la americana una pistola automática de cañón largo. Khalil, el tirador manco. Ella permaneció en el coche, mirando los toboganes y la leña almacenada en la pared del fondo. Él abrió la puerta.

–Camina detrás de mí. A tres metros, pero no más cerca.

Una puerta metálica daba a un pasillo interior. Charlie esperó un poco y luego le siguió. Las luces de la salita estaban ya encendidas, había fuego en la chimenea. Sofá de piel de pony. Mobiliario rústico. Mesa de troncos con cena para dos. Y en un cubo con hielo sobre su propia peana de hierro forjado, una botella de vodka.

Permaneció en el centro de la sala, sosteniendo con ambas manos el bolso mientras él iba de habitación en habitación con tal sigilo que ella apenas le oía abrir o cerrar un armario de vez en cuando. Se echó a temblar otra vez. Khalil volvió a la salita, dejó la pistola, se agachó frente al fuego y procedió a avivarlo. Para ahuyentar a las bestias, pensó ella al contemplarle. Y que la oveja esté a salvo. El fuego empezó a crepitar con fuerza. Charlie se sentó en el sofá. Él encendió el televisor. Daban una vieja película en blanco y negro. Khalil se situó frente a ella.

–¿Te apetece un vodka? -le preguntó-. Yo no bebo, pero tú haz lo que quieras.

A ella le apetecía, y él le sirvió un poco, demasiado.

–¿Quieres fumar?

Le pasó una cajita de cuero y luego le encendió cigarrillo.

La sala parecía ahora más iluminada; ella dirigió la vista al televisor y se encontró mirando fijamente las nerviosas y expresivas facciones de comadreja del alemán bajito que no hacía ni una hora había visto en compañía de Marty, de pie junto al furgón de la policía. Detrás de él pudo ver un trozo de acera y la entrada lateral de la sala de conferencias, acordonada con cinta fluorescente. Coches de policía, bomberos y ambulancias entraban y salían de la zona vigilada. El terror es como el teatro, se dijo. En la siguiente imagen se veían unas lonas verdes puestas de modo que las inclemencias del tiempo no impidieran la continuación de las pesquisas. Khalil subió el volumen y ella oyó las sirenas de las ambulancias sonando como fondo de la empalagosa y bien modulada voz de Alexis.

–¿Qué dice? -preguntó.

–Es el que dirige la investigación. Espera. Ahora te lo cuento.

Alexis desapareció de la pantalla sustituido por una toma de estudio con Oberhauser ileso.

Khalil le indicó con la mano que no dijera nada. Al escuchar, Charlie advirtió con distanciada curiosidad que Oberhauser estaba dando su descripción. Captó las palabras «*Süd Afrika*» y una alusión a su pelo castaño; vio que con su mano señalaba

unas gafas; la cámara enfocó un tembloroso dedo que apuntaba a unas gafas parecidas a las que le había dado Tayeh.

Tras Oberhauser vino el retrato robot de la sospechosa, que no se parecía a ningún ser humano salvo quizá a un viejo anuncio de cierto laxante líquido. A continuación apareció uno de los dos policías que habían hablado con ella, que aportó su modesta descripción.

Khalil apagó el televisor y se situó frente a ella.

–¿Puedo? -preguntó.

Ella cogió su bolso y lo puso al otro lado para que él se sentara en el sofá. ¿Un zumbido? ¿Un pitido? ¿Era un micrófono? ¿Qué era lo que había sonado?

Khalil habló con precisión: el avezado especialista dando su diagnóstico personal.

–Corres cierto peligro -dijo-. Oberhauser te recuerda, y también su mujer, los policías y varias personas del hotel. Por tu estatura, tu tipo, tu buen inglés y tu talento como actriz. Desgraciadamente, hay también una inglesa que dice haber oído por casualidad parte de tu conversación con Minkel y que asegura que no eres sudafricana ni mucho menos, sino inglesa. Han enviado tu descripción a Londres, y sabemos que los ingleses te tienen ya en su punto de mira. Toda la zona está en máxima alerta, las carreteras bloqueadas y con controles por todas partes; todo el mundo anda con pies de plomo. Pero no te preocupes -añadió, estrechándole la mano con fuerza-. Te protegeré con mi vida. Por esta noche estamos a salvo. Mañana te mandaremos clandestinamente a Berlín y luego a casa.

–A casa -repitió ella.

–Ahora eres de los nuestros. Para nosotros eres como una hermana. Fatmeh dice que eres nuestra hermana. No tienes hogar, pero formas parte de una gran familia. Podemos proporcionarte una nueva identidad, o, si lo prefieres, puedes irte a vivir con Fatmeh el tiempo que gustes. Cuidaremos de ti, aunque no vuelvas a combatir nunca más. Por Michel. Por lo que has hecho por nuestra causa.

Su lealtad era abrumadora. Ella seguía con su mano en la de él, que le transmitía una fuerza tranquilizadora. Sus ojos centelleaban de posesivo orgullo. Charlie se levantó y salió de la sala, llevándose consigo el bolso.

Una cama de matrimonio, la estufa eléctrica encendida a tope, sin reparar en gastos. Una estantería con los bestsellers de su país natal. Ambos lados de la cama abiertos. Al fondo el cuarto de baño, de pino macizo, con sauna incluida. Sacó la radio del bolso y vio que era la antigua: sólo que pesaba un poquito más y le parecía más recia al tacto. Espera a que esté dormido. A que esté dormida yo. Se miró en el espejo. A fin de cuentas, el dibujante de la policía no andaba tan errado. Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra. Primero se frotó las manos y las uñas, luego, siguiendo un repentino impulso, se desnudó y tomó una larga ducha, aunque sólo fuera por según un rato más a salvo de la calidez de aquel hombre tan seguro de sí. Se

friccionó con loción corporal que encontró en el armarito del lavabo. Le interesaron sus ojos; le recordaban a los de Fátima, la sueca del campo de instrucción; tenían la misma furiosa carencia de una mente que ha aprendido a renunciar a los peligros de la compasión. E idéntico odio de sí mismos. Al volver a la salita lo encontró disponiendo la comida en la mesa: fiambre, queso, una botella de vino. Las velas encendidas. Khalil una silla con estilo europeo y ella se sentó; él lo hizo frente a ella y empezó a comer con aquel ensimismamiento innato con que lo hacía todo. Igual que mataba, ahora comía: nada más apropiado. Es la cena más loca de mi vida, pensó; la peor, la más descabellada. Si un violinista se acerca a la mesa, le pediré que interprete *Moon River*.

–¿Aún te arrepientes de lo que has hecho? -preguntó él, con el interés con que uno dice «¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?».

–Son unos cerdos y unos asesinos despiadados -dijo Charlie con aire sombrío.

Sintió ganas de llorar pero se contuvo a tiempo. Le temblaban tanto los cubiertos que tuvo que dejarlos en la mesa. Oyó pasar un coche... ¿o era un avión? Mi bolso, pensó en medio del caos, ¿dónde lo he dejado? Ah, en el baño, a salvo de sus zarpas. Volvió a empuñar el tenedor y vio que el hermoso e indómito rostro de Khalil la miraba con detenimiento más allá de las velas chorreantes, tal como José había hecho en aquella colina de Delfos.

–Puede que los odies más de la cuenta -dijo él, tratando de calmarlo.

Era la peor obra en que había trabajado nunca, y el peor guateque de su vida. El mismo apremio la impulsaba a acabar con la reunión a la vez que consigo misma. Se puso en pie y oyó cómo los cubiertos rebotaban en el suelo con un ruido metálico. Apenas podía verle entre el llanto de su desesperación. Empezó a desabrocharse el vestido, pero sus manos parecían dominadas por una angustia propia y no le respondían. Rodeó la mesa y cuando le instó a levantarse, él ya estaba poniéndose de pie para abrazarla; luego la besó, la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio como si fuera un camarada herido. La depositó sobre la cama y de pronto, sabe Dios por qué extraña alquimia de cuerpo y mente, ella estaba poseyéndolo. Sentada a horcajadas, empezó a desnudarle, a atraerle hacia sí, para su mutua destrucción, como si fuera el último hombre sobre la tierra en el día del fin del mundo. Le devoraba, le succionaba, le engullía hacia los chirriantes y vacíos espacios de su culpa y su soledad. Lloraba, le gritaba, se llenaba de él la embustera boca, le hacía ponerse encima para borrar bajo el peso del cuerpo impetuoso el recuerdo de sí misma y de José. Notó su oleada, pero siguió aterrándolo en su interior mucho después de que él hubiera dejado de moverse, rodeándolo con sus brazos como si buscara guarecerse de la tormenta que se avecinaba.

Dormido no estaba, pero empezaba a dar cabezadas. Yacía con el pelo negro

desmelenado sobre el hombro de ella y el brazo sano apoyado descuidadamente sobre su pecho.

–Salim fue un chico con suerte -musitó con una sonrisa en la voz-. Una chica como tú es una magnífica causa por la que morir.

–¿Y quién dice que murió por mí?

–Según Tayeh, existe esa posibilidad.

–Salim murió por la revolución. Los sionistas hicieron volar su coche por los aires.

–No, la culpa fue suya. Hemos leído muchos informes de la policía alemana sobre el caso. Yo le dije que no fabricase bombas, pero él me desobedeció. Carecía de talento para estos menesteres. No era un luchador nato.

–¿Qué ha sido ese ruido? -dijo ella, apartándose.

Sonó como un crujir de papeles estrujados, una serie de sonidos punteados, seguida de silencio total. Charlie se imaginó un coche con el motor apagado, avanzando por un camino de grava.

–Alguien está pescando en el lago -dijo Khalil.

–¿A estas horas?

–¿Tú nunca has pescado de noche? -preguntó él, riendo medio dormido-. ¿Nunca has ido al mar en una barquita a pescar peces con las manos?

–Despierta. Dime cosas.

–Es mejor que durmamos.

–Yo no puedo. Tengo miedo.

Khalil empezó a contarle la historia de una misión nocturna que él y otros dos habían llevado a cabo en Galilea hacía años. De cómo habían cruzado el mar en un bote de remos y cómo, al verlo todo tan hermoso, perdieron la noción de lo que habían ido a hacer y se dedicaron a pescar. Ella le interrumpió.

–No era una barca -insistió-. Era un coche, lo he vuelto a oír. Escucha.

–Era una barca -dijo él, soñoliento.

La luna había encontrado un resquicio entre las cortinas e iluminaba el suelo hasta la cama. Charlie se levantó, se acercó a la ventana y, sin tocar las cortinas, echó una ojeada al exterior. Había pinares por todas partes, el reguero de luna sobre el lago era como una blanca escalera que bajaba hacia el centro del mundo. Pero no se veía ninguna barca, ni luz con que atraer peces. Volvió a la cama e intentó atraer a Charlie hacia su cuerpo, pero al notar que se resistía, se apartó con dulzura y se tumbó lánguidamente boca arriba.

–Dime algo -repitió ella-. Khalil. Despierta. -Le sacudió con vehemencia y luego le dio un beso en los labios-. Vamos, despierta.

Así pues, él se reanimó para complacerla, porque era un hombre bondadoso y acababa de asignarle categoría de hermana.

–¿Sabes lo que resultaba raro de tus cartas a Michel? -dijo-. Lo de la pistola. «De ahora en adelante, soñaré que tu cabeza está en mi almohada, y debajo de ella tu pistola...» Cosas de enamorados. Cosas muy bonitas.

–¿Qué es lo que te resulta raro? A ver...

–Una vez tuve con él una conversación. Precisamente sobre este mismo particular. Yo le dije: «Escucha, Salim, sólo los vaqueros duermen con la pistola debajo de la almohada. Si vas a olvidar todo lo que te enseñe, al menos recuerda esto. Cuando estés en la cama, deja tu arma a un lado donde puedas esconderla mejor, y a la altura de tu mano. Aprende a dormir así, incluso cuando estés con una mujer.» Me dijo que así lo haría. Siempre me hacía promesas y luego se olvidaba o encontraba otra mujer... o un coche nuevo.

–O sea que no hacía caso de las reglas, ¿eh? -dijo ella, y le cogió la mano enguantada para examinarla detenidamente en la penumbra, tocándole de uno en uno los dedos inertes. Todos eran de relleno, menos el meñique y el pulgar.

–¿Y qué les pasó a éstos? -preguntó muy animada-. ¿Fueron los ratones? Vamos, Khalil. Despierta.

Tardó mucho en responder.

–Una vez, en Beirut, me porté como un tonto, igual que Salim. Estoy en el despacho, llega el correo, voy con prisas porque espero cierto paquete. Lo abro y... Fue una equivocación.

–Ya. ¿Y qué pasó? Lo abriste y se oyó una explosión, ¿no es así? Te quedaste sin dedos. ¿Lo de la cara también te lo hiciste así?

–Al despertar en el hospital, vi a Salim. Estaba muy contento de mi metedura de pata. «La próxima vez que abras un paquete, enséñamelo primero o lee bien el matasellos -me dijo-. Si viene de Tel Aviv, más vale que se lo devuelvas al cartero.»

–Entonces ¿por qué haces tú mismo las bombas, teniendo una sola mano?

Su respuesta fue el silencio; el silencio y la quietud de su rostro a media luz, vuelto hacia ella con su mirada franca y no risueña de luchador. La respuesta estaba en todo cuanto ella había visto desde su firma del contrato con el teatro de lo real. Por Palestina. Por Israel. Por Dios y mi sagrado destino. Para pagar a esos hijos de puta con la misma moneda con que ellos me pagaron a mí. Para reparar las injusticias. Hasta que todos hayan volado en mil pedazos y la justicia pueda finalmente distinguirse de los escombros y andar por las calles deshabitadas.

De pronto, él la apremió y ya no hubo posibilidad de resistirse.

–Cariño -susurró ella-, Khalil... oh. Dios. Oh, cariño. Por favor...

Y todo eso que dicen las putas.

Estaba amaneciendo, pero ella aún no le dejaba dormir. La pálida luz la había sumido en un aturdimiento insomne. Besos, caricias; había echado mano de todas las

ardides que conocía para tenerle allí, ardiendo de pasión. Eres el mejor, le susurraba, y eso que yo nunca doy primeros premios. El más fuerte, el más gallardo, el más listo de todos mis amantes. Khalil, oh, Khalil, Dios... ¿Mejor que Salim?, preguntaba él. Más paciente que Salim, más cariñoso, más reconfortante. Mejor que José, que me entregó a ti en bandeja.

—¿Qué pasa? -dijo ella al ver que se separaba bruscamente-. ¿Te he hecho daño?

En lugar de responder, Khalil alargó la mano buena y con un gesto autoritario le pellizcó suavemente los labios. Luego se apoyó en un codo para escuchar. Ella hizo otro tanto. Un ave acuática alzando el vuelo en el lago, el chirrido de unos gansos, el cacareo de un gallo joven, el tintineo de una campana. Todo ello condensado por el manto de nieve que inmovilizaba la campiña. Notó que el colchón subía por el lado de él.

—No hay vacas -dijo él en voz baja desde la ventana.

Estaba de pie a un lado de la ventana, desnudo todavía pero con el arma colgando del hombro en su cartuchera. Y Charlie, en medio de la tensión que la atenazaba, llegó a imaginar el reflejo de José al otro lado del espejo, al fulgor de la estufa y separado de él únicamente por la delgada cortina.

—¿Qué se ve? -susurró ella al fin, incapaz de soportar por más tiempo la tensión.

—Ni vacas ni pescadores ni bicicletas. Veo muy poca cosa.

La tensión dominaba su voz. Su ropa seguía junto a la cama, donde ella la había arrojado durante su frenesí compartido. Khalil se puso los pantalones oscuros y la camisa blanca y se colocó el arma en su sitio, bajo la axila.

—Ni coches ni luces que transiten -dijo suavemente-. Y ningún obrero camino del trabajo. Y, desde luego, ninguna vaca.

—Se han ido a que las ordeñen.

—No, no las ordeñan hasta dentro de dos horas -repuso, meneando la cabeza.

—Es por la nieve. Las tiende en los corrales.

Algo de lo que dijo despertó la curiosidad de él; al espabilarse se había agudizado su conciencia de ella.

—¿Por qué intentas explicarlo?

—Si no intento... sólo...

—¿Por qué intentas explicar el motivo de que no haya vida en torno a esta casa?

—Para dominar tus temores, para consolarte.

En la mente de él se abrió paso una idea terrible. Podía verlo en la cara de ella, en su desnudez; y ella a su vez notó sus sospechas.

—¿Por qué quieres acallar mis temores? ¿Por qué temes más por mí que por ti misma?

—Eso no es cierto.

—Eres una mujer buscada. ¿Cómo puedes tener tantas ganas de amarme? ¿Por qué

hablas de mi consuelo y no de tu propia seguridad? ¿Qué culpa corroe tus pensamientos?

–Ninguna. No me gustó matar a Minkel. Quiero librarme de todo esto. Khalil...

–¿Tenía razón Tayeh al decir que mi hermano murió por ti? Responde, por favor - insistió con voz muy queda-. Quiero una respuesta.

Ella le rogaba con todo su cuerpo que suspendiera provisionalmente la ejecución. Notaba en su cara un calor terrible, como si tuviera que arderle de por vida.

–Vuelve a la cama... -susurró-. Ámame, Khalil, ven aquí.

¿Cómo podía estar tan sereno si tenían toda la casa rodeada? ¿Cómo podía mirarla de aquella forma mientras el cerco se iba cerrando segundo a segundo?

–¿Qué hora es, por favor? -preguntó, sin apartar la vista de ella-. Charlie...

–Las cuatro y media, o las cinco. ¿Qué importa eso?

–¿Dónde está tu *reloj*? Ese pequeño *despertador* tuyo. Necesito saber la hora, por favor.

–No sé. En el baño, quizá.

–Quédate aquí, hazme el favor. De lo contrario, puede que te mate. Ya veremos.

Fue por el despertador, regresó a la cama y se lo dio a Charlie.

–¿Te importaría abrirlo? -dijo mirando a continuación cómo ella forcejeaba con el cierre.

–Bueno, Charlie, ¿qué hora es? -preguntó de nuevo con una frivolidad terrible-. Haz el favor de informarme qué hora del día marca tu reloj.

–Las seis menos diez. Más tarde de lo que pensaba... Él le arrebató el despertador y leyó la esfera. Digital, veinticuatro horas. Conectó la radio, dando tiempo a que sonara un gemido musical antes de apagarla otra vez. Acto seguido se llevó el reloj a la oreja y lo sopesó valorativamente en la mano.

–Desde que nos despedimos ayer noche, no has tenido mucho tiempo para ti sola, creo. ¿Me equivoco? Ni un minuto libre, de hecho.

–Ni uno solo.

–Entonces ¿cómo pudiste comprar pilas nuevas?

–No lo compré.

–Y ¿cómo es que aún funciona?

–Aún no estaban gastadas... un solo juego dura años... hay que comprar de las especiales... pilas de larga duración.

No sabía qué más inventar. Se le había acabado la cuerda para siempre, fuese en aquel sitio o en cualquier otro, porque acababa de recordar el momento exacto en que él la había hecho quedarse de pie junto a la furgoneta de Coca-Cola para registrarla, y el momento en que él se metió las pilas en un bolsillo antes de dejar el reloj en su bolso y arrojar el bolso a la furgoneta.

Khalil había perdido todo interés por ella en favor del despertador.

–A ver, tráeme esa maravillosa radio de la mesilla, Charlie. Vamos a hacer un pequeño experimento, un interesante experimento tecnológico relacionado con las emisiones en alta frecuencia.

–¿Puedo ponerme algo encima? -susurró ella.

Se puso el vestido y le llevó la radio de la mesilla, un moderno aparatito de plástico negro, con un altavoz que parecía el dial de un teléfono. Khalil colocó ambos aparatos juntos, la radio y el despertador, y encendiendo la primera fue pasando emisoras hasta que la radio soltó un aullido moribundo que subía y bajaba de tono como una alarma antiaérea. Luego cogió el pequeño despertador, retiró con el pulgar la solapa de la recámara las pilas y sacudió el aparato para que cayeran al suelo, tal como había hecho la noche anterior. El aullido enmudeció de golpe. Como un niño tras realizar con éxito un experimento, Khalil alzó la cabeza y la miró con una sonrisa fingida. Ella no pudo evitar mirarle, pese a intentarlo.

–¿Para quién trabajas, Charlie, para los alemanes?

Ella negó con la cabeza.

–¿Para los sionistas?

Él interpretó su silencio como un sí.

–¿Eres judía?

–No.

–¿Crees en la idea de Israel? ¿De qué vas tú?

–De nada -dijo ella.

–¿Eres cristiana? ¿Los consideras los fundadores de tu gran movimiento religioso?

Ella meneó la cabeza.

–¿Es por dinero, entonces? ¿Té sobornaron, te hicieron chantaje?

Sentía ganas de gritar. Apretó los puños e hinchó los pulmones, pero el caos interior la hizo atragantarse y, en vez de gritar, sollozó.

–Lo hice por salvar vidas, por participar, por ser algo. Yo le quería.

–¿Traicionaste a mi hermano?

Los obstáculos de su garganta desaparecieron para dar paso a una mortal monotonía de voz:

–Yo no le conocía. Jamás llegué a hablar con él. Me lo enseñaron ellos antes de matarle, el resto es pura invención. Ni siquiera le escribí esas cartas, fueron ellos. Ellos escribieron también las cartas que te mandaba él, esa que hablaba de mí. Me enamoré del hombre que se ocupaba de mí. Eso es todo.

Lentamente, él alargó la mano izquierda y le tocó la mejilla como si quisiera cerciorarse de que era real. Entonces fijó de nuevo su mirada en ella como haciendo algún tipo de comparación.

–Y tú eres inglesa, como los que entregaron mi país al sionismo... -comentó en

voz queda, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

Khalil alzó la cabeza y ella vio cómo hacía un gesto de desesperación y cómo, debido al impacto de la bala que José acababa de dispararle, se le encendía la cara. Le habían dicho a Charlie que se quedara quieta durante los disparos, pero José no lo hizo. No se fió de que las balas cumplieran su cometido sino que corrió tras ellas tratando de empujarlas hacia el blanco. Se precipitó por la puerta como un vulgar intruso y se lanzó hacia adelante al tiempo que hacía fuego. Y lo hizo con ambos brazos extendidos, para reducir aún más la distancia. Charlie vio estallar el rostro de Khalil, le vio girar en redondo y extender los brazos hacia la pared, buscando un refugio, de modo que las balas le entraron por la espalda, estropeándole la camisa blanca. Apoyó las palmas contra la pared -una mano de cuero, la otra de carne y hueso-, y su cuerpo acribillado se desplomó hasta acuclillarse como un jugador de rugby mientras trataba desesperadamente de huir a través de la pared. Pero en ese momento José estaba ya lo bastante cerca para ponerle la zancadilla y acelerar su fin. Detrás de José entró Litvak, al que ella conocía como Mike y había considerado siempre, ahora se daba cuenta, un individuo malsano. Cuando José se apartó, Mike se acercó y disparó a Khalil un tiro de gracia en la nuca, lo cual no era necesario. Detrás de Mike irrumpieron los verdugos de medio mundo con sus uniformes de campaña, seguidos de Marty y del alemán con cara de comadreja y de dos mil enfermeros con camillas, conductores de ambulancia, médicos y mujeres que no sonreían, levantándola en vilo, limpiándole la cara de vómito, conduciéndola por el pasillo hasta el bendito aire libre, aunque el olor viscoso y tibio de la sangre le obstruía la nariz y la garganta.

Una ambulancia estaba haciendo marcha atrás frente a la puerta principal. Dentro había frascos de sangre y mantas rojas, e instintivamente, ella se negó a subir. De hecho, se resistió mucho y debió de dar muchas patadas pues una de las mujeres que la sujetaban la soltó de pronto y se apartó llevándose la mano a la cara. Se había quedado medio sorda, de modo que apenas si oía sus propios gritos, pero su mayor preocupación era despojarse del vestido, en parte porque era una puta y en parte porque la sangre de Khalil lo había salpicado. Pero el vestido le resultaba más extraño aún que la noche pasada, y no conseguía recordar si tenía cremallera o botones, de modo que optó por no preocuparse más. Entonces aparecieron Rose y Rachel, y la agarraron cada una de un brazo como habían hecho en la casa de Atenas cuando Charlie llegó para hacer su primera prueba para el teatro de lo real; la experiencia le había enseñado que toda resistencia era inútil. La ayudaron a subir a la ambulancia y se sentaron en una de las camillas, flanqueando a Charlie. Charlie bajó los ojos y vio todas aquellas caras estúpidas que la miraban fijamente... los muchachos con cara de duros frunciendo el ceño como sus héroes, Marty y Mike, Dimitri y Raoul, y varios amigos más, algunos de los cuales no le habían sido presentados. Entonces la gente

empezó a apartarse y apareció José, que cortésmente se había deshecho del arma con que había asesinado a Khalil pero aún conservaba manchas de sangre en sus téjanos y en sus zapatillas de deporte, según observó. Se acercó al pie de la ambulancia y al principio fue como si ella se mirara en un espejo, porque vio en él las mismas cosas que odiaba de sí misma. Así pues, había tenido lugar una suerte de intercambio de personajes; ella asumía el papel de asesino y chulo interpretado por José, y él, probablemente, el suyo de señoelo, puta y traidora.

Hasta que súbitamente, mientras continuaba con sus ojos clavados en José, se encendió en ella una última chispa de indignación que le devolvió la antigua identidad que él le había robado. Charlie se levantó sin que Rose ni Rachel tuvieran tiempo de sujetarla, aspiró una gran bocanada de aire y le gritó «Vete». O eso le pareció a ella. Tal vez había dicho «Muérete». No tenía importancia.

De las inmediatas y no tan inmediatas secuelas de la operación, el mundo supo muchas más cosas de las que comprendió, y, desde luego, muchas más que Charlie. Supo, por ejemplo -o pudo haber sabido de haber repasado los sueltos que aparecían en las páginas de internacional de la prensa anglosajona-, que un supuesto terrorista palestino había resultado muerto en un tiroteo con miembros de un comando de elite germano occidental, y que su rehén, una mujer de la que no se facilitaba el nombre, había sido conducida al hospital en estado de *shock*, pero ilesa. Los periódicos alemanes aportaban versiones mucho más sensacionales del incidente (el salvaje oeste llega a la selva negra, titulaba uno), pero todas las crónicas se jactaban tanto de su propia veracidad, pese a ser contradictorias, que resultaba difícil sacar nada en claro. La relación de este hecho con la abortada bomba de Friburgo contra el profesor Minkel -supuestamente muerto en un principio, pero que, según se supo después, había escapado milagrosamente al atentado- fue tan ingeniosamente desmentida por el doctor Alexis que todo el mundo se dio por satisfecho. Pero, según los más enterados articulistas, era lógico que no se dieran muchas explicaciones.

Una serie de incidentes menores acaecidos por todo el hemisferio occidental despertó variopintas especulaciones sobre las actividades de uno u otro grupo terrorista palestino, pero lo cierto era que con tantas organizaciones en liza, las posibilidades de acertar eran escasas. El absurdo asesinato a plena luz del día del doctor Anton Mesterbein, abogado suizo defensor de los derechos humano de las minorías e hijo del eminente financiero, fue atribuido gratuitamente a una organización extremista de falangistas libaneses que habían «declarado la guerra» a todo europeo que simpatizara abiertamente con la «ocupación» palestina de su país. El atentado tuvo lugar cuando la víctima salía de su residencia camino del trabajo -sin escolta, como de costumbre-, hecho que conmocionó al mundo durante al menos media mañana. Recibida en la redacción de un periódico de Zurich una carta firmada por «Líbano Libre» reclamando la autoría de la acción, y comprobada su autenticidad, se solicitó de un joven diplomático libanés que abandonara el país, cosa que éste hizo resignado.

El atentado con coche bomba contra un diplomático del Frente de Rechazo a la salida de la recién construida mezquita de St. John's Wood no obtuvo apenas repercusión en la prensa; era la cuarta persona asesinada por este sistema en otros tantos meses.

Por otra parte, el sanguinario apuñalamiento del músico y columnista italiano Albert Rossino y de su acompañante alemana, cuyos cuerpos desnudos y apenas reconocibles fueron encantados semanas después junto a un lago de la región del Tirol, fue declarado por las autoridades austriacas carente de toda relevancia política,

pese al hecho de que ambas víctimas estaban relacionadas con grupos extremistas. A tenor de las pruebas disponibles, se optó por considerar el caso como un crimen pasional. La mujer, una tal Astrid Berger, era bien conocida por sus extravagantes apetencias y, pese a lo grotesco de la suposición, se estimó probable que no había existido un tercero en discordia. Una serie de muertes al parecer poco interesantes pasaría casi desapercibida, como el bombardeo israelí de una antigua fortaleza en el desierto junto a la frontera siria, que según fuentes de Jerusalén era utilizada como base palestina para entrenamiento de terroristas extranjeros. En cuanto a la bomba de doscientos kilos que hizo explosión en una colina a las afueras de Beirut, destruyendo una lujosa villa y matando a sus ocupantes -entre los cuales se encontraban Tayeh y Fatmeh-, resultó a la postre tan inescrutable como la mayoría de los actos terroristas en aquella trágica región.

Pero Charlie, encerrada en su refugio costero, no se enteró de nada; o, más exactamente, se enteró de las líneas maestras, pero estaba demasiado aburrida o asustada como para interesarse por los detalles. Al principio, sólo se dedicaba a ir a nadar o a dar lentos paseos sin rumbo fijo de una punta a otra de la playa, arrebuja en su albornoz, mientras sus guardaespaldas la seguían a distancia prudencial. Cuando se metía en el agua, solía sentarse en la zona menos profunda, donde no llegaban las olas, para hacer sus abluciones con agua salada, primero la cara y luego los brazos y las manos. Siguiendo instrucciones, las otras chicas se bañaban desnudas, pero al ver que Charlie declinaba tan liberadora invitación, el psiquiatra les ordenó que volvieran a usar bañador y esperasen acontecimientos.

Kurtz iba a verla una vez por semana, y a veces dos. Se mostraba extraordinariamente amable con ella, paciente y constante incluso cuando ella le gritaba. Solía llevarle informaciones muy útiles, todas ellas beneficiosas para Charlie.

Le dijo que le habían inventado un padrino, un antiguo amigo de su padre que, tras hacer fortuna, había fallecido recientemente en Suiza, dejándole a Charlie una cuantiosa suma de dinero que, por tratarse de moneda extranjera, estaría libre de impuestos una vez transferida al Reino Unido.

Había habido conversaciones con las autoridades británicas, y éstas -por razones de las que Charlie no podía ser partícipe- habían aceptado la inutilidad de seguir ahondando en sus posibles conexiones con ciertos elementos extremistas europeos y palestinos, le informó Kurtz, que asimismo respecto a la buena opinión que Quilley tenía de ella: la policía, le explicó, había insistido en garantizarle que sus sospechas acerca de Charlie eran infundadas.

Kurtz trató también con Charlie distintos métodos para explicar su brusca desaparición de Londres, y ella se avino pasivamente a alegar varias causas, entre ellas el temor a ser acosada por la policía, una benigna crisis nerviosa y un enigmático amante que había conocido tras su estancia en Mykonos, un hombre

casado que la había invitado a bailar para finalmente dejarla plantada. Fue al empezar Kurtz a instruirla sobre el particular, y a atreverse a ponerla a prueba en pequeñas cuestiones de la trama, cuando ella empezó a quedarse lívida y a temblar. Algo parecido ocurrió al anunciarle Kurtz, en lo que probablemente no fue una gran idea, que las «altas instancias» habían decretado que siempre que quisiera y por tiempo indefinido Charlie podía solicitar la ciudadanía israelí.

–Que se la den a Fatmeh -le espetó a Kurtz, quien, como en aquel momento tenía varios casos en marcha, hubo de consultar sus archivos para comprobar quién era, o había sido, aquella Fatmeh.

Kurtz le dijo que, en cuanto a su carrera, le esperaban varias ofertas suculentas tan pronto ella estuviese en condiciones de actuar. Durante su ausencia, un par de importantes productores de Hollywood habían mostrado un genuino interés por ella y esperaban ansiosos que viajase a California para hacerle unas pruebas de pantalla. De hecho, uno de ellos aseguraba reservarle un pequeño papel que parecía pensado para ella; Kurtz ignoraba más detalles. Y también en el mundillo teatral londinense estaban pasando cosas interesantes.

–Yo sólo quiero volver a donde estaba -dijo Charlie.

Kurtz le dijo que no se preocupara, que eso tenía fácil arreglo.

El psiquiatra, un sujeto joven y vivaracho con un tic en el ojo y un pasado militar, no era nada proclive al autoanálisis ni a ningún otro tipo de melancólica introspección. Por el contrario, parecía más preocupado por convencerla de que no debía hablar que por animarla a ello; en su profesión, debía de ser de lo más independiente. Se la llevó de paseo en coche, primero por las carreteras de la costa y luego a Tel Aviv. Pero cuando, imprudentemente, le señaló algunas de las pocas casas árabes antiguas que habían sobrevivido al urbanismo demoledor, Charlie empezó a decir tonterías de pura cólera. La llevaba a restaurantes discretos, o a nadar, e incluso se tumbaba junto a ella en la playa y le daba un poco de conversación, hasta que un día Charlie le dijo -con un extraño quiebro en la voz- que prefería hablar con él en la consulta. Al enterarse el psiquiatra de que le gustaba montar, hizo traer caballos y pasaron un día inolvidable cabalgando; ella parecía haberse olvidado por completo de sí misma. Pero al día siguiente volvía a estar demasiado callada para gusto del psiquiatra, quien dijo a Kurtz que habría que esperar al menos otra semana. Y, efectivamente, aquella misma tarde Charlie tuvo un prolongado e inexplicable acceso de vómitos, tanto más extraño cuanto que apenas comía.

Rachel, que había reanudado sus estudios en la universidad, fue a visitarla. Se mostró muy sincera, dulce y relajada, en una versión de sí misma muy distinta de la dura que Charlie había conocido en Atenas. Le dijo que Dimitri también había vuelto a sus clases; que Raoul estaba pensando en hacer medicina para convertirse quizá en médico castrense, aunque tal vez se decidiría por la arqueología. Charlie esbozó una

sonrisa cortés al conocer aquellas noticias de la familia. (Rachel le contaría a Kurtz que había sido como hablar con su abuela.) Pero a largo plazo, ni su origen norteamericano ni sus alegres maneras de inglesa de clase media consiguieron el impacto deseado en Charlie, y al cabo, sin dejar de ser cortés, Charlie le pidió que por favor la dejara otra vez a solas.

Entretanto, el departamento de Kurtz se había enriquecido con ciertas valiosas enseñanzas que venían a sumarse a los muchos conocimientos técnicos y humanos que formaban el tesoro de sus numerosas operaciones. Los no judíos, pese a los prejuicios inherentes en su contra, no sólo eran útiles sino, a veces, incluso esenciales. Una chica judía no habría sabido salvar una situación tan comprometida. Los expertos quedaron fascinados ante el asunto de las pilas de la radio despertador; nunca es tarde para aprender. Gran efecto causó entre los instructores una historia convenientemente expurgada del caso, según la cual, en una situación ideal, el encargado del caso debería haber advertido al hacer el cambalache que en el modelo del agente no había pilas. Claro que al dejar de oír la señal de radioguía, ató rápidamente cabos y entró en la casa sin vacilar. Por supuesto que el nombre de Becker no figuraba para nada; a Kurtz, por canales distintos de los habituales, le habían llegado rumores poco halagüeños sobre Gadi, y no estaba dispuesto a asistir a su canonización.

Y, por fin, a finales de primavera, no bien la cuenca del Litani estuvo lo bastante seca para permitir el paso de los blindados, se cumplieron los peores temores de Kurtz y las más negras amenazas de Gavron; la largamente esperada ofensiva israelí contra el Líbano, que ponía punto final a la actual fase de las hostilidades o bien, según la posición de cada cual, anunciaba la siguiente. Los campos de refugiados en que Charlie había residido fueron higienizados, lo cual quería decir que llegaron las excavadoras para enterrar los cadáveres y terminar lo que habían empezado los ataques por sorpresa de tanques y artillería. Hacia el norte se formó un lastimoso reguero de refugiados que dejaban atrás a centenares, millares de muertos. Grupos especiales procedieron a desalojar los lugares secretos que Charlie había visitado en Beirut; de la casa de Sidón solamente quedaron las gallinas y el huerto de mandarinos. El edificio fue destrozado por un comando de *sayaret*, que acabaron también con la vida de los dos muchachos, Karim y Yasir. Irrumpieron por la noche procedentes del mar, como siempre había predicho Yasir, el gran agente del servicio de información, y emplearon para ello un tipo especial de bala explosiva norteamericana que todavía está en la lista secreta y que mata por simple contacto. Se tuvo buen cuidado de mantener a Charlie en la inopia de la destrucción definitiva de su breve romance con Palestina, que según su psiquiatra podía desquiciarla; habida cuenta de su imaginación y de su carácter introspectivo, no era difícil suponer que pudiera sentirse responsable de la invasión entera. Por consiguiente, era mejor

ocultárselo y que ella lo averiguase en su momento. En cuanto a Kurtz, apenas si se le vio durante un mes o más, e incluso quienes lo vieron apenas si le reconocieron. Parecía haberse encogido a la mitad de su tamaño, sus ojos de eslavo habían perdido todo su brillo y, por fin, aparentaba su edad, tuviera los años que tuviese. Pero un buen día, como quien se ha recuperado de una larga y devastadora enfermedad, regresó a su puesto y en cuestión de horas, por lo visto, reanudó con vigor su inveterada enemistad con Misha Gavron.

En Berlín, Gadi Becker estuvo flotando al principio en un vacío similar al de Charlie, pero no siendo la primera vez que le ocurría, era, en cierto modo, menos sensible a sus causas y a sus efectos. Becker regresó a su piso y a sus endeble proyectos comerciales; una vez más, la insolvencia estaba a la vuelta de la esquina. Aunque pasaba días enteros discutiendo por teléfono con los mayoristas o llevando cajas y más cajas de una punta a otra del almacén, la depresión a nivel mundial parecía haberse cebado en la industria textil berlinesa con más fuerza que en cualquier otra. De vez en cuando se acostaba con una mujer bastante imponente y con la treintena cumplida, afectuosa hasta la exageración e incluso -para apaciguar sus prejuicios heredados- vagamente judía. Tras varios días de inútil reflexión, Becker le telefoneó para decirle que estaba provisionalmente en la ciudad, pero sólo por unos días; tal vez sólo uno, insistió. Dejó que ella expresara su alegría por tenerle de vuelta y escuchó sus festivas protestas ante su brusca desaparición, pero sin dejar de oír las turbias voces de su propia mente.

–Pues pásate por casa -dijo ella cuando hubo terminado de regañarle.

Pero él no acudió. Le parecía incorrecto que ella le proporcionara placer.

Temeroso de sí mismo, corrió a un cabaret griego que estaba de moda y que regentaba una mujer de mundana sabiduría, y tras embriagarse se quedó mirando cómo los clientes rompían los platos con absoluta vehemencia, según la mejor tradición grecogermana. Al día siguiente, sin muchos esquemas previos, inició la redacción de una novela sobre una familia judía de Berlín que se había instalado en Israel para regresar de nuevo a Alemania al no conseguir adaptarse a lo que se estaba haciendo en nombre de Sión. Pero cuando repasó lo escrito, arrojó sus notas primero a la papelera y después, por razones de seguridad, a la chimenea. Fue a visitarle un nuevo miembro de la embajada israelí en Bonn, que dijo sustituir al anterior: Si necesita usted comunicarse con Jerusalén, pregunte por mí. Incapaz, por lo visto, de evitarlo, Becker se enzarzó en una provocadora charla con el diplomático sobre el Estado de Israel. Y para terminar, formuló una pregunta de lo más ofensivo, algo que dijo haber entresacado de las obras de Arthur Koestler, adaptándolo, evidentemente, a sus propias cuitas:

–Me pregunto en qué vamos a convertirnos -dijo-, si en la patria de los judíos o en

un pequeño y repugnante estado espartano...

El nuevo hombre de la embajada era de miras estrechas y poca imaginación y la cuestión le molestó claramente aun sin llegar a comprenderla. Al salir le dejó algo de dinero y su tarjeta: segundo secretario para asuntos comerciales. Pero lo más significativo fue que dejó una nube de dudas que la llamada telefónica de Kurtz a la mañana siguiente tenía por objeto disipar cuanto antes.

–Pero ¿qué diablos intentas decirme, Gadi? -le preguntó de mala manera, y en inglés, no bien Becker hubo descolgado el teléfono-. Estás metiendo cizaña, y luego querrás volver aquí, donde nadie te hace caso.

–¿Cómo está ella? -preguntó Becker.

Kurtz respondió con crueldad probablemente deliberada, puesto que la conversación tenía lugar en un momento en que él estaba bajísimo de forma.

–Frankie está bien, mental y físicamente, aunque por alguna razón que se me escapa insiste en quererte. Elli habló con ella el otro día y se llevó la clara impresión de que el divorcio no le parece inevitable.

–Nadie ha dicho que el divorcio sea obligatorio.

Pero Kurtz tenía una respuesta, como siempre:

–Nadie ha hablado de divorcio, y *punto*.

–Bueno, y ¿ella como está? -repitió Becker con énfasis. Kurtz tuvo que contener su mal genio antes de responder.

–Si te refieres a nuestra amiga común, está bien de salud, la están curando y dice que no quiere verte nunca más, ah... ¡y que te conserves siempre joven! -terminó Kurtz con un grito desbocado, antes de colgar.

Aquella misma tarde le telefoneó Frankie (Kurtz debía de haberle dado el número por pura ojeriza). Así como otros tocaban el violín, el arpa o el *shofar*, el instrumento preferido de Frankie era el teléfono.

Becker estuvo un buen rato escuchando su llanto, que no tenía igual, sus lisonjas y sus promesas de siempre.

–Seré como tú quieras que sea -le dijo-. Tú manda, que yo te obedeceré.

Pero nada más lejos de la intención de Becker que inventarle otra vez a alguien una nueva personalidad.

Poco tiempo después de aquello, Kurtz y el psiquiatra decidieron que ya era hora de devolver a Charlie a la realidad.

La gira se titulaba «Ramillete de comedias», y el teatro, al igual que otros que ella había conocido, cumplía a la vez funciones de instituto femenino y de escuela de arte dramático, aunque probablemente servía también de colegio electoral llegado el caso. Tanto la obra como el teatro eran horribles, y ambas cosas llegaban en el momento más bajo de su declive como actriz. La sala tenía tejado de cine y suelo de madera, y

cada vez que ella pisaba fuerte, salían disparadas de entre las tablas pequeñas columnas de polvo. Había empezado haciendo únicamente papeles dramáticos, porque después de mirarla con cierto nerviosismo, Ned Quilley había supuesto que era eso lo que necesitaba, y otro tanto se había figurado Charlie aunque por distintas razones. Pero pronto habría de descubrir que los papeles serios, si es que alguno llegaba a interesarle, le venían demasiado grandes. Le daba por llorar o gritar en los momentos más inoportunos, y en más de una ocasión tuvo que simular un mutis para salir airosa del desastre.

Pero lo que más la hartaba era la irrelevancia de aquellos papeles; no aguantaba - o, peor, aún, no comprendía- lo que la sociedad occidental de clase media entendía por dolor. Y así fue como la comedia se convirtió en un magnífico disfraz, gracias al cual las semanas se fueron sucediendo entre Sheridan y Priestley y la última hornada de genios teatrales, cuyas obras eran calificadas en el programa de mano como de «*soufflé* aderezado con un mordaz sentido de humor». Habían actuado en York pero, por suerte, se habían saltado Nottingham; hubo funciones en Leeds, Bradford, Huddersfield y Derby, y ni una sola vez pudo ver Charlie crecer el *soufflé* o asomo de sentido del humor, claro que el problema tal vez estaba en ella misma, pues se imaginaba declamando su parte como el boxeador *groqui* que o se defiende a puñetazo limpio o besa la lona.

Durante el día, cuando no ensayaba, mataba el tiempo yendo de un lado a otro como un paciente en la sala de espera, fumando y leyendo revistas. Pero aquella noche, al levantarse una vez más el telón, una peligrosa pereza sustituyó a su nerviosismo habitual. Sólo tenía ganas de dormir. Oía subir y bajar su voz, notaba que alargaba un brazo o adelantaba un pie; hacía una pausa que normalmente levantaba las risas del público, pero le sorprendía un incomprensible silencio. Al mismo tiempo empezaron a venirle a la memoria imágenes de su álbum prohibido: de la cárcel de Sidón y de la cola de madres aguardando junto al muro; de Fatmeh; de la noche en la escuela del campo de refugiados, planchando consignas para la manifestación; del refugio antiaéreo y de las caras estoicas que la miraban, preguntándose si la culpa sería de ella. Y de la mano enguantada de Khalil dibujando su tosca zarpa con su propia sangre.

Tenían un camerino comunitario, pero al llegar el intermedio Charlie no fue allí sino que permaneció junto a la puerta de actores, al aire libre, fumando, tiritando y mirando la neblinosa calle de los Midlands, preguntándose si no sería mejor echar a andar y no parar hasta que desfalleciera o le pillara un coche. Estaban gritando su nombre y oía cerrarse puertas y ruido de pasos apresurados, pero el problema parecía ser de ellos, no suyo, y dejó que se las apañasen solos. Un último resquicio de sentido de la responsabilidad le hizo abrir la puerta y volver al escenario.

—¡Pero Charlie, por Dios...! ¡Qué coño te pasa, Charlie!

Se alzó el telón y allí estaba de nuevo en escena, sola. Tenía un largo monólogo, cuando Hilda está sentada ante el escritorio de su marido, escribiendo una carta a su amante: a Michel, a José. Junto a ella ardía una vela, y al cabo de un momento debía abrir el cajón del escritorio en busca de otra hoja para encontrarse -«¡Oh, no!»- con una carta que su marido había escrito, pero no enviado, a su querida. Empezó a escribir como si estuviera en el motel de Nottingham; miró la llama de la vela y vio la cara de José al otro lado de la mesa en la cantina de las afueras de Delfos. Al mirar otra vez, era Khalil quien estaba cenando con ella en la mesa rústica de la casa de la Selva Negra. Charlie estaba interpretando un papel, que, milagrosamente, no era de José, de Tayeh ni de Khalil, sino de Hilda. Abrió el cajón del escritorio y metió la mano; con cara de asombro sacó una hoja de papel escrita a mano y la exhibió en alto para que el público la viera. Se levantó de la silla y, con una expresión de creciente incredulidad, avanzó hasta el borde del escenario y empezó a leer en voz alta... Qué carta tan ingeniosa y tan llena de alusiones... Su marido, John, entraría dentro de un momento por la izquierda enfundado en su batín, se acercaría al escritorio y leería la carta que *ella* estaba escribiéndole a su amante. Dentro de un momento se produciría un lío más gracioso aún entre ambas cartas, y el público estallaría en delirantes carcajadas que llegarían al éxtasis cuando los dos amantes engañados, excitado cada cual por las infidelidades del otro, se fundiesen en un lascivo abrazo. La entrada de su marido era la señal para que ella subiera el volumen de su voz: la indignación sustituye a la curiosidad mientras Hilda sigue leyendo. Estrujó la carta con ambas manos, se dio la vuelta y dio dos pasos a la izquierda a fin de no tapar a John.

Y al hacerlo, le vio; no a John, sino a José, inconfundible allá en el centro del patio de butacas, donde solía sentarse Michel, mirándola con la misma cara de preocupación terriblemente circunspecta.

Al principio no se sorprendió en absoluto; la línea divisoria entre su mundo interior y su mundo exterior siempre había sido sumamente endeble, pero en los últimos meses había dejado prácticamente de existir.

Conque has venido, pensó. Pues ya era hora. ¿Traes orquídeas, José? ¿Orquídeas no? ¿Y el blazer rojo? ¿Y el medallón de oro? ¿Y los zapatos Gucci? Después de todo, creo que tendría que haber ido al camerino y haber leído tu nota. Así habría sabido que venías, ¿no?, y te habría preparado un pastel.

Había dejado de leer en voz alta porque carecía de sentido seguir actuando, por más que el apuntador le soplara desvergonzadamente las frases y el director se encontrara detrás de ella agitando los brazos como quien trata de espantar un enjambre de abejas; ambos se hallaban dentro de su campo visual, pese a que ella miraba exclusivamente a José. O tal vez se los estaba imaginado, porque José se había convertido al fin en algo real. A su espalda, el marido John, sin convicción en

su voz, había empezado a inventarse un texto para cubrirle la retirada. Y ella tenía ganas de decirle con orgullo: Te hace falta un José; nuestro amigo José, ese de ahí, puede proporcionarte frases para toda las ocasiones.

Había entre ellos una retícula de luz, no tanto una mampara como una división óptica. Sumada a sus lágrimas, su visión de José había empezado a perturbarle hasta el punto de que se preguntaba si no sería un simple espejismo. Desde las bambalinas le gritaban que saliera de escena; John, el marido, había empezado a desfilar hacia las candilejas y se la llevaba ya gentilmente pero con firmeza como paso previo a mandarla al loquero. Charlie supuso que en cuestión de segundos caería el telón y le darían a aquella furcia -como se llamara- de su sustitúa la oportunidad de su vida. Pero su preocupación era llegar hasta donde estaba José, tocarle y asegurarse. A telón cerrado, empezó a bajar los escalones hacia él. Se encendieron las luces y, en efecto, era José, pero el verle con tanta claridad la fastidió; era otra persona más del público. Echó a andar por el pasillo y al notar una mano en su brazo, pensó: Vaya, otra vez mi marido John, lárgate. El vestíbulo estaba vacío, sin contar a dos duquesas de la tercera edad que a buen seguro eran las gerentes del teatro.

–Yo de usted, querida, iría a ver un médico -dijo una.

–O me iría a dormir la mona -dijo la otra.

–No os preocupéis, señoras -les aconsejó alegremente Charlie, empleando una expresión que no había utilizado jamás.

Ni llovía como en Nottingham ni había ningún Mercedes rojo a la puerta, de modo que fue a una parada de autobús, casi esperando ver llegar al muchacho americano diciéndole que estuviera atenta por si pasaba una furgoneta roja.

José se aproximaba por la calle desierta; le parecía altísimo y se lo imaginó echando a correr a fin de llegar antes que sus propias balas, pero no fue así. Se paró delante de ella, respirando con cierta dificultad, y no había duda de que alguien le enviaba con un mensaje, seguramente Marty, o quizá Tayeh. Al disponerse él a pronunciar su recado, Charlie se lo impidió.

–Estoy muerta, José. Me pegaste un tiro, ¿no te acuerdas?

Quiso añadir algo sobre el teatro de lo real, algo de que los cadáveres no se levantan y se marchan porque sí, pero no lo consiguió.

José hizo señas a un taxi que pasaba. El taxi no paró, como era de prever. Corren tiempos en que los taxis hacen lo que les da la real gana. Charlie se había apoyado en él, y habría caído de bruces de no ser porque José la sostenía con firmeza. Las lágrimas la cegaban y la voz de él le sonaba como si estuvieran debajo del agua. Estoy muerta, estoy muerta, no paraba de repetir. Pero al parecer él la quería igual muerta que viva. Y, entrelazados, echaron a andar torpemente por la acera aunque la ciudad les resultaba desconocida.

Notas

[1] Del inglés cathouse, a la vez «gatero» (lugar habitado por gatos) y «casa de putas». (N. del T.)

[2] Nothing Recorded Against (N. del T.)

[3] Alusión a los territorios semiindependientes que, a modo de reservas, fueron creados en Sudáfrica en 1959 para perpetuar el régimen de apartheid confinando en ellos a la población de etnia bantú. (N. del T.)